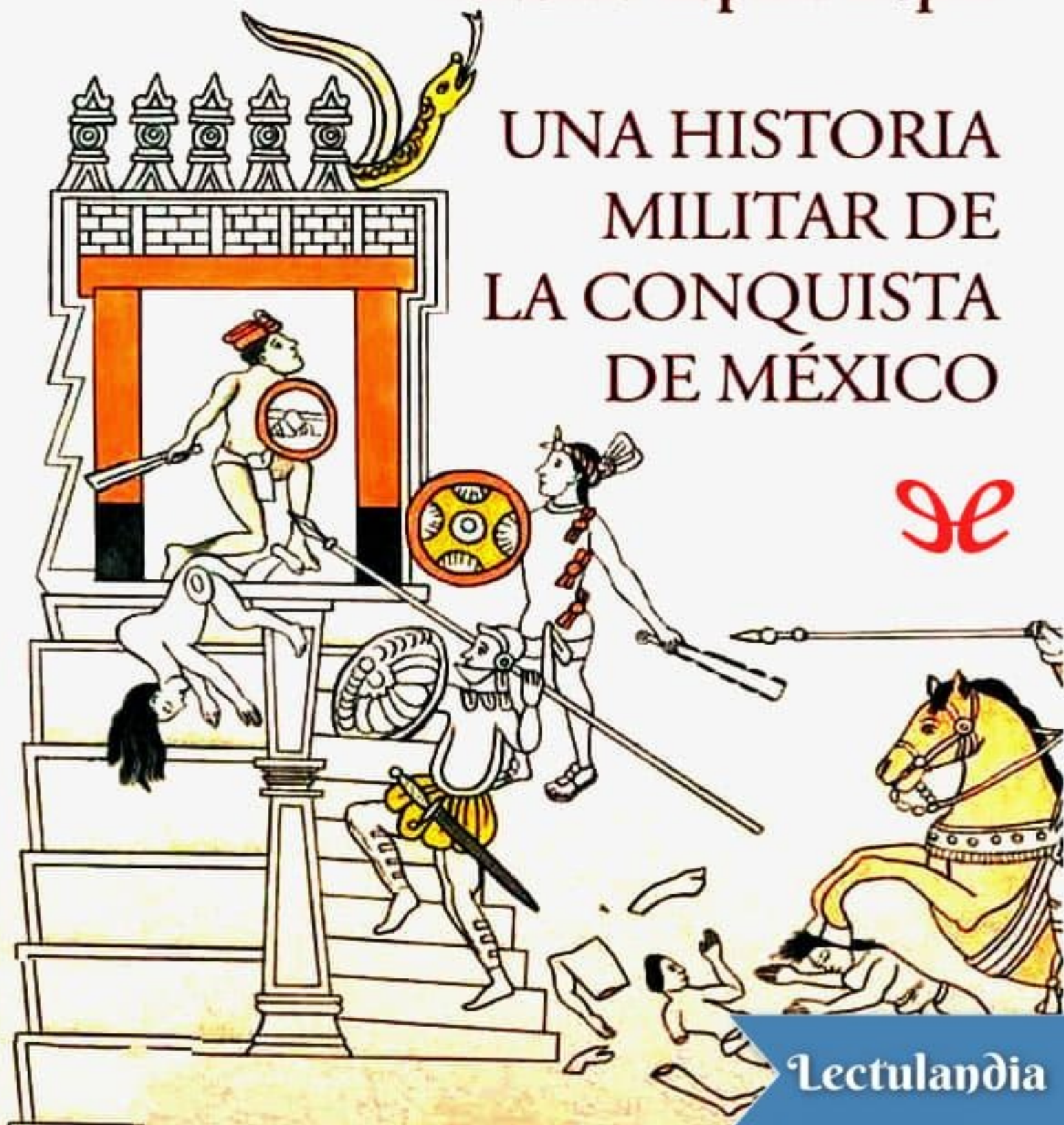


# VENCER O MORIR

Antonio Espino López

UNA HISTORIA  
MILITAR DE  
LA CONQUISTA  
DE MÉXICO



Lectulandia

Hace cinco siglos, el 13 de agosto de 1521, caía **Tenochtitlán**, la otrora esplendorosa capital del Imperio azteca y ahora tan devastada como sus habitantes, exterminados por la guerra, el hambre y la viruela. Un mundo, el de **Moctezuma** y **Cuauhtémoc**, el de **Huitzilopochtli** y el **Tezcatlipoca**, se extinguía, y otro, el de **Cortés** y **Malinche**, el de **Cristo** y la **Virgen de Guadalupe**, nacía. Un hito en la historia universal, que supuso un bocado de león en la conquista española de América y que marcó el nacimiento del país mestizo que es México. Un hito doloroso, pero que cinco siglos después sigue asombrando: ¿cómo pudieron Cortés y su puñado de españoles, prácticamente incomunicados, en medio de un mundo que les era totalmente ajeno y extraño, conquistar un Imperio que se enseñoreaba sobre una vasta parte de lo que hoy es México? ¿Cómo pudieron escapar en la Noche Triste y vencer a los guerreros águila y jaguar en Otumba? **Antonio Espino**, catedrático de Historia Moderna en la Universitat Autònoma de Barcelona, y que respondió a una pregunta similar en *Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú*, aborda en *Vencer o morir. Una historia militar de la conquista de México* la aventura de Hernán Cortés y sus huestes, para resaltar la poderosa personalidad del líder hispano y el papel de las armas y mentalidad europeas, pero evidenciando también la importancia de las alianzas tejidas con los indígenas, sin cuyo concurso la conquista habría sido imposible.

**Imágenes de los pliegos a color:** láminas del *Lienzo de Tlaxcala* © Biblioteca Digital Hispánica. Las copias originales del códice conocido como *Lienzo de Tlaxcala* se han perdido. Las imágenes provienen de las litografías del volumen *Antigüedades mexicanas*, publicado por la Junta Colombina de México en el IV centenario del descubrimiento de América. Se han sintetizado en los pies de imagen los comentarios a las mismas redactados por Alfredo Chavero. El *Lienzo de Tlaxcala* fue elaborado a petición del cabildo de Tlaxcala y del virrey Luis de Velasco en 1552 para dejar patente la colaboración de los tlaxcaltecas en la conquista y poder reclamar privilegios, como la disminución o indulgencia del pago de los tributos. Las escenas escogidas describen diferentes momentos de la campaña de conquista, desde la llegada de Cortés a Tlaxcala hasta la caída de Tenochtitlan.

Antonio Espino López

# **Vencer o morir**

**Una historia militar de la conquista de México**

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2022

Antonio Espino López, 2021

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1







# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Vencer o morir](#)

[Introducción](#)

1

[El Imperio Mexica. Luces y sombras de un estado mesoamericano](#)

[Guerra e imperios en la antigüedad mesoamericana](#)

[Toltecas y tepanecas](#)

[La génesis de la Triple Alianza\[17\]](#)

[La estructura imperial: Provincias tributarias fronterizas\[31\]](#)

[El desarrollo político. Los reinados militares: De Itzcoatl a Ahuitzotl\[32\]](#)

[Mohtecuzoma Xocoyotzin](#)

[El arte de la guerra en el mundo mexica](#)

[La guerra convencional](#)

[Las guerras floridas](#)

[Formación militar](#)

[El espacio físico y social de la contienda](#)

[El espacio ideológico, o ética política, en el mundo mexica](#)

2

[La forja de un caudillo: Hernán Cortés](#)

[Semblanza e imagen de Hernán Cortés](#)

[Armamento europeo](#)

[Soldados de Italia e indios aliados](#)

[Los hombres\[127\] de Cortés](#)

[Y las mujeres...](#)

[Las expediciones precedentes: Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva\[182\]](#)

3

[De Cuba a Cholula, febrero-octubre de 1519](#)

[Se organiza una expedición\[1\]](#)

[De Cozumel a Tabasco\[14\]](#)

[La Malinche y la Villa Rica de la Veracruz\[27\]](#)

[Cempoallán\[42\]](#)

[El inicio de la campaña: Tlaxcala\[52\]](#)

[Masacre en Cholula\[86\]](#)

4

[Al fin, Moctezuma, noviembre de 1519-junio de 1520](#)

[Entrada en Tenochtitlan, noviembre de 1519\[1\]](#)

[Llega Pánfilo de Narváez, abril-mayo de 1520\[43\]](#)

[Matanza en el Templo Mayor, abril-junio de 1520\[64\]](#)

5

[Salvar obstáculos, junio-diciembre de 1520](#)

[La Noche Triste y la batalla de Otumba\[1\]](#)

[Perseveración, julio-diciembre de 1520\[53\]](#)

[Ocupación de Tetzco, diciembre de 1520\[87\]](#)

6

[La preparación de una campaña, enero-mayo de 1521](#)

[La construcción de los bergantines, octubre de 1520-abril de 1521\[1\]](#)

[Nuevas operaciones de castigo, enero-febrero de 1521\[9\]](#)

[Ataques a Xaltocan y Tlacopan, enero-febrero de 1521\[13\]](#)

[Defensa de Chalco y otras operaciones de castigo, marzo-abril de 1521\[16\]](#)

[La batalla por Xochimilco, abril de 1521\[23\]](#)

[La preparación del asedio final, abril-mayo de 1521\[29\]](#)

7

[El inicio del asedio, junio de 1521](#)

[Inicio del asedio: 1-9 de junio de 1521\[2\]](#)

[Del 10 al 23 de junio de 1521\[13\]](#)

[Del 24 al 29 de junio de 1521\[26\]](#)

[30 de junio de 1521\[40\]](#)

8

[La caída de México-Tenochtitlan, julio-agosto de 1521](#)

[Inquietud: 1-14 de julio de 1521\[1\]](#)

[Redoblar esfuerzos: 15-24 de julio de 1521\[5\]](#)

[El principio del fin: 25 de julio-11 de agosto de 1521\[15\]](#)

[La caída de México-Tenochtitlan, 12-13 de agosto de 1521\[23\]](#)

[Botín: el saqueo de México-Tenochtitlan\[38\]](#)

9

[El día después: Afianzar la conquista, 1521-1526](#)

[Tensiones aliviadas: Nuevas conquistas, 1521-1522](#)

[La campaña de 1523. La conquista de Pánuco y la Huasteca\[15\]](#)

[La conquista de Guatemala y Chiapas, 1524](#)

[Bernal Díaz del Castillo y la pacificación de Chiapas, 1523-1524](#)

[La rebelión de Cristóbal de Olid y la expedición a las Hibueras, 1524-1526\[36\]](#)

[Epílogo](#)

[Galería de láminas](#)

[Fuentes y bibliografía](#)

[Fuentes de archivo](#)

[Fuentes primarias](#)

[Fuentes secundarias](#)

[Sobre el autor](#)



*Y demás desto pregunta la ilustre fama por los conquistadores que hemos escapado de las batallas pasadas, y por los muertos, dónde están sus sepulcros y qué blasones tienen en ellos [...] y a lo que a mí se me figura, con letras de oro habían de estar descritos sus nombres, pues murieron aquella crudelísima muerte, y por servir a Dios y a su majestad y dar luz a los que estaban en tinieblas: y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar.*

*Bernal Díaz del Castillo,  
Historia verdadera de la conquista de Nueva España,  
Madrid, 1632.*

¶ como se hubo preso Guatemuz, quedamos tan sordos todos los soldados, como si de antes estuviera uno puesto encima de un campanario y tañesen muchas campanas; y en aquel instante que las tañían cesasen de las tañer: y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres días, que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces [...] Pues desde los adoratorios y casas malditas de aquellos malditos ídolos, los atambores y cornetas, y el atambor grande y otras bozinas dolorosas, que de continuo no dexaban de se tocar: y desta manera, de noche y de día no dexábamos de tener gran ruido, y tal que no nos oíamos los unos a los otros: y despues de preso el Guatemuz cesaron las voces y el ruido.

Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, libro II, Madrid, Imprenta del Reino, 1632, 155.

El repique comenzó con la campana mayor. La siguieron las demás [...] Llegó el mediodía y no cesaba el repique. Llegó la noche. Y de día y de noche las campanas siguieron tocando todas por igual, cada vez con más fuerza, hasta que aquello se convirtió en un lamento rumoroso de sonidos. Los hombres gritaban para oír lo que querían decir:

«¿Qué habrá pasado?», se preguntaban.

Juan Rulfo, *El llano en llamas y otros cuentos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, 122.

# Introducción

**D**on Bernardo de Estrada, comisario ordenador de los Reales Ejércitos de Carlos III, además de intendente de la provincia de Valladolid y corregidor de su capital, escribió un *Compendio o abreviada Historia de los descubrimientos, conquistas y establecimientos del Nuevo Mundo y sucesos de el hasta el año de 1783*. La obra, ambiciosa, fue concebida para extenderse a lo largo de tres gruesos volúmenes, pero Estrada apenas completó el primero, que ni tan siquiera llegó a la imprenta. Lo más probable porque el dictamen del cosmógrafo y cronista de Indias, don Juan Bautista Muñoz, feroz pero elocuentemente preciso, destrozaba la obra al alegar, entre otras razones de peso, la manifiesta inmadurez de Estrada como historiador. Pero lo que nos interesa ahora no son las elucubraciones y digresiones fatales, según Muñoz, del esforzado Estrada, sino las afirmaciones con las que inicia este su libro:

No puede negarse que en nuestras conquistas de América se cometieron excesos, mas no es novedad el que se vean en tiempos de guerra, y en la del Nuevo Mundo son menos culpables, así por la dificultad de ser sostenidos los españoles, como porque siendo tan pocos, tenía cada uno que contra restar a millares de hombres, que ignorando el uso de la pólvora, savían perfectamente el arte de la guerra y se servían de buenas armas.<sup>[1]</sup>

Unos pocos supieron derrotar a muchos,<sup>[2]</sup> que no carecían de pericia en la guerra. Ni de buenas armas. Esa aseveración, que ya sostuvieran algunos cronistas de los siglos XVI y XVII —como nos muestra la afirmación de López de Gómara: «Nunca jamás hizo capitán [Hernán Cortés] con tan chico ejército tales hazañas, ni alcanzó tantas victorias ni sujetó tamaño imperio»—, <sup>[3]</sup> no solo fue recogida por nuestro autor, Estrada, que la había incorporado a su imperfecta obra, sino que, lamentablemente, con ligeras variantes nos ha llegado hasta nuestros días. Lo cual no deja de ser algo insólito. Y paradójico. Por ejemplo, sorprende que un historiador solvente y de largo recorrido, como

lo es Esteban Mira Caballos, en su biografía de Hernán Cortés de 2010, todavía afirmase, en un momento dado, que «Muy significativo fue el caso de los tlaxcaltecas, cuyo ejército de 300 000 hombres asediaron a los hispanos de día y de noche durante un mes y el resultado fue el de cuatro caballos muertos».<sup>[4]</sup> La falta de reflexión conduce a afirmaciones como esa, puesto que si la cifra del ejército aborigen es aceptada, y sabemos que el contingente de Cortés, sin contar los todavía pocos indios aliados que transportaban su bagaje, los *tamemes*, se situaría, siendo generosos, en el medio millar de hombres, una proporción de seiscientos combatientes contra uno es insalvable, insisto, incluso para las portentosas armas europeas de la época.<sup>[5]</sup> Es normal que alguien que estuvo allí, como Francisco de Aguilar, presente en la batalla de Otumba (7 de julio de 1520), por ejemplo, creyese que los contrarios eran centenares de miles, pues el peligro era enorme, pero desde nuestro presente es un error grave dejarse llevar por dichos guarismos. Aguilar escribió:

Aquí [en los campos de Cuauhtitlan y Otumba] en este día se señaló el capitán Cortés muy mucho y se igualó en las proezas y esfuerzo con César Augusto y con los mejores capitanes del mundo y no solo él sino también los demás capitanes, porque eran pocos y los contrarios pasaban de *quinientos o seiscientos mil hombres escogidos*.<sup>[6]</sup>

Gonzalo Fernández de Oviedo, con su habitual erudición, tanto clásica como bíblica, nunca obvió esta cuestión: en la retirada cortesiana de México-Tenochtitlan en dirección a Tlaxcala, tras la huida acontecida en la denominada Noche Triste, no dudaba en poner en boca de Hernán Cortés los siguientes argumentos:

[...] como de susso dixes, aquella auctoridad de Vegecio «que no creays ques mejor la moltitud», por estotra de la Sagrada Escripura os acuerdo que no desconfiays por ser pocos, porque si la vitoria consistiesse en el número mucho de los hombres, no le dixera Dios á Gedeon que con pocos se quedasse.

Y poco más adelante de su discurso señala: «Con solo uno de vosotros que me quede tengo de acabar en mi offiçio: é si esse me faltare, solo yo le haré, porque nunca se dirá que yo, señores, os falté».<sup>[7]</sup> Desde luego, Cortés no les falló, pues botín hubo como se verá, aunque fuese escaso, pero, sobre todo, Cortés no se falló a sí mismo.

Por suerte, son muchos ya los autores que se han mostrado críticos con tales asertos y han sabido dotar a los aliados indígenas de Hernán Cortés, pero también a los de Francisco Pizarro o Diego de Almagro, entre otros, de su



verdadero papel en el proceso de invasión y posterior conquista de las Indias. Pero todavía quedan ciertos autores, y autoras, que o bien no han reflexionado acerca del asunto<sup>[8]</sup> o bien no les interesa hacerlo.<sup>[9]</sup> Y algunos otros, los menos, en su afán renovador amparado bajo el paraguas de una relativamente imprecisa «Nueva Historia de la Conquista», que no solo han rescatado el papel de los indios aliados, dándoles el protagonismo conquistador que, en realidad, siempre tuvieron, sino que incluso han reivindicado el desempeñado por los esclavos africanos, cuando este sí que fue puramente anecdótico.<sup>[10]</sup> Porque tratar estos asuntos desde la perspectiva de la «Historia de los Perdedores», en referencia a los propios conquistadores «menores», además de a los indios, como hace Susan Schroeder,<sup>[11]</sup> en el fondo ¿no es lo que intentó hacer a su manera Bernal Díaz del Castillo en su crónica?

Ahora bien, y abundando en este último asunto, puede decirse que para el primero de los Austrias, el emperador Carlos, América, las Indias, siempre fue una anécdota. En sus memorias, a modo de testamento político, dictadas entre 1550 y 1552 y con el futuro Felipe II como destinatario, en realidad unos anales que cubrían los sucesos de 1515 a 1548, no hizo ni una sola mención a las Indias; por tanto, ni la conquista del Imperio mexicana ni la figura de Hernán Cortés interesaron en demasía al de Gante. Con enemigos como Francia, en los años de Francisco I de Valois-Angulema, o como los turcos del gran Solimán I, aparte de las dificultades internas del inicio del reinado — Comunidades en Castilla, Germanías en Valencia, precisamente entre 1519-1521 y 1523-1524—, sin mencionar la elección imperial en 1519 y los problemas con la Liga de Esmalcalda en Alemania, ¿qué papel podía desempeñar un oscuro hidalgo extremeño y un grupo de voluntarios quienes, con la ayuda de decenas de miles de bárbaros, dominaron uno de los grandes imperios americanos? La respuesta es que, al nivel que nos referimos, ninguno. El final de los días de Cortés fue injusto: hubo de participar en una de las mayores derrotas bélicas del emperador, la catástrofe de la toma de Argel en 1541, y aún se le solicitaría prestarle al monarca diez mil ducados en 1546, un año antes de su muerte, cuando padeció serios problemas económicos. La época de Carlos I era abusiva y cruel.<sup>[12]</sup> Pero ¿acaso no lo fue también Cortés?

Quinientos años vista de los acontecimientos, el libro que propongo a los lectores parte de la base de intentar evitar considerar a Hernán Cortés como un héroe, pero tampoco como un villano. Con mostrarlo como un agente histórico, un dinamizador de acontecimientos, terribles más que gloriosos en mi modesta opinión, es suficiente. Ahora bien, como historiador me reservo el

derecho, y la obligación, de analizar dichos acontecimientos de la manera más objetiva posible. Y esa objetividad no recae en un juicio imparcial<sup>[13]</sup> de los actos de Cortés y su hueste a la luz de las prácticas habituales de su época porque, bajo ese prisma, sencillamente, nunca habría crítica. En realidad, al gran caudillo extremeño ya lo definió perfectamente, en 1944 nada menos, Henry Wagner: «Cortés era una especie de empresario independiente que comandaba una banda de aventureros armados».<sup>[14]</sup> Ni más, ni menos. Ni tropas del rey,<sup>[15]</sup> ni hueste real, ni intereses patrióticos, solo intereses personales interpenetrados por la ideología cristiana típica de la época —por la que la providencia divina adquiriría el mismo peso que el esfuerzo personal— que, eso sí, una vez realizada la gesta hubo que afanarse por verla ratificada por Carlos I —en su nombre y en el de su madre, la malograda reina Juana—. Pero, como diría Bernal Díaz del Castillo,<sup>[16]</sup> sobre todo cabe relatar, y analizar, lo acontecido sin olvidar a todos los compañeros de Cortés —europeos, pues no solo castellanos participaron en la gesta—, incluidos los indios amigos o aliados, de quienes Bernal sí se olvidó un tanto. O de las mujeres, de las que se olvidaron todos.<sup>[17]</sup> Propongo, pues, una nueva lectura de los hechos desde la óptica de la Nueva Historia Militar<sup>[18]</sup> como la venimos practicando en las últimas décadas. Así, me interesará mucho más detenerme en aspectos y discusiones como el armamento utilizado —sus limitaciones y su consiguiente influencia en las tácticas seguidas—, el número de aborígenes combatientes, el uso del armamento europeo en un contexto de guerra urbana como el producido en el sitio de México-Tenochtitlan, la logística desarrollada, etc. El resultado deberá ser un fresco de la invasión y conquista del Imperio mexica desde una óptica propia de la historia social de la guerra, que resalte los aspectos humanos, pues, pero sin desmerecer otros componentes, como la historia del combate.<sup>[19]</sup>

Las limitaciones con las que me he enfrentado son las mismas que, en su momento, hubieron de sortear mis colegas: las crónicas de Indias deben ser leídas con mucho cuidado, pero la información que nos transmiten sigue siendo valiosa. Siempre cabe analizar tanto lo que nos explican, y cómo lo exponen, como lo que callan que, a menudo es, simplemente, olvido. Y otras veces no tanto. Pero hay que estar atentos a todos los detalles porque, por nimios que parezcan, sumados permiten crear el fresco relativo a una campaña militar realmente asombrosa. Y en eso no hay discusión posible. Habrá quien esté orgulloso de estas cuestiones, de estas hazañas, desde nuestro presente. Hay una especie de sobrevaloración social de las gestas (exitosas) del pasado de una nación, o de un Estado, que tienen que ver con

cuestiones de tipo militar. Serían algo así como el sustrato bélico-heroico de la nación. Sin duda, en el caso de España, el peso de la conquista de América es fundamental en ese pasado heroico. El problema es que se acabe mitificando sin estudiarse de una manera profesional. Ser crítico con nuestro pasado bélico-heroico no significa ser antipatriota. Los acercamientos a estas temáticas deberían ser siempre cuidadosos; debería primar la curiosidad intelectual por encima de cualquier otra consideración, sobre todo las político-ideológicas del presente. Una legítima y sana curiosidad intelectual nos hace más objetivos. Pues el máximo peligro sería caer en lo que me gusta llamar «militarismo cultural banal», del que, en los últimos tiempos, de exacerbación nacionalista, ha habido muchos ejemplos. He procurado, en la medida de mis posibilidades, no abandonar la regla de oro de la objetividad. Si lo he conseguido o no, el lector juzgará.

Una de las ironías del destino ha sido acabar este libro viviendo una pandemia. El terrible virus Covid-19 terminó por extenderse por todo el planeta, de la misma forma como lo hizo la viruela en el Caribe y el Anáhuac en el siglo XVI, y ha afectado a nuestras vidas como lo hizo con las de ellos. Pergeñar este volumen, como cualquier otro, ha exigido de un cierto confinamiento por parte de su autor, pues el trabajo intelectual, al menos como yo lo concibo, suele necesitarlo, solo que en esta oportunidad me he visto en la tesitura de finiquitarlo en el marco de un confinamiento general de toda la población. Por ello, daría la (falsa) impresión de haber sido un trabajo que he terminado especialmente en solitario. Pero no ha sido así. En todo momento me he sentido acompañado y arropado por Mercedes Medina Vidal, quien sigue concediéndome su amor aun en los tiempos del Covid-19. Ni tampoco puedo olvidarme de mis editores y amigos y personal en general de la editorial Desperta Ferro, sin los cuales toda esta aventura hubiera sido imposible. Seguíis siendo mis héroes.

*Cala Comte (Ibiza)-Mollet del Vallès, 2019-2020*

# 1

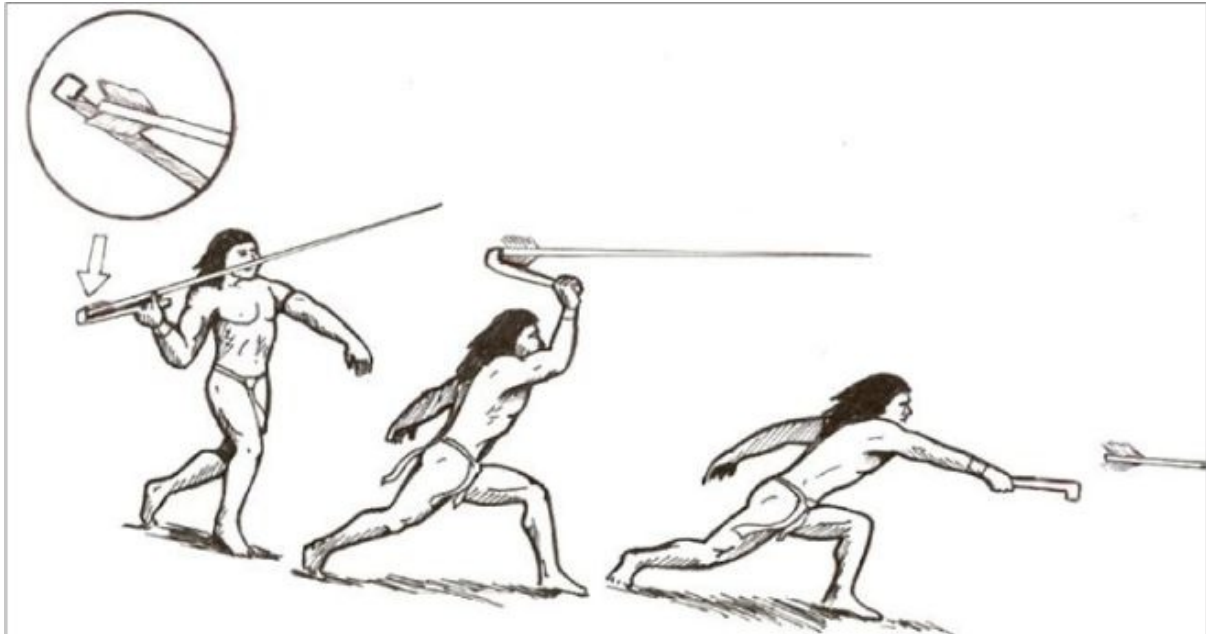
## **El Imperio Mexica. Luces y sombras de un estado mesoamericano**

### **Guerra e imperios en la antigüedad mesoamericana**

A partir de 2500 a. C., cuando comenzaron a prosperar las primeras comunidades agrarias sedentarias, los conflictos armados no solo menudearon, sino que adquirieron mayor relevancia en Mesoamérica. Los olmecas fueron los primeros, entre 1150 y 400 a. C., en desarrollar una guerra compleja, cuyo poso se dejó sentir hasta el momento de la conquista española, como se verá. Los olmecas no fueron diferentes a cualquier otra sociedad evolucionada en el sentido de que organizaron, entrenaron y dieron uso, es decir, curso, a la utilización del ejército. Fueron capaces de armar un número reducido, pero eficiente, de hombres y expandirse más allá del actual México central y meridional, hasta alcanzar lo que hoy es El Salvador. Pero el auge olmeca estuvo en origen mucho más centrado en el control comercial que en el dominio de territorios lejanos, entre otras cosas porque las largas distancias aumentaban las dificultades logísticas en la misma proporción que disminuían los efectivos de cualquier ejército.<sup>[1]</sup> Según Ross Hassig, para el conjunto de los estados mesoamericanos, incluida el área maya, dos fueron los



componentes esenciales de los rasgos históricos de la expansión de estos pueblos: la demografía que lograsen desarrollar, es decir su crecimiento poblacional, y, al mismo nivel, la evolución de su armamento. De hecho, la introducción de nuevas armas llevó a la especialización militar, al entrenamiento, a la diferenciación social entre nobles y comunes, que también comportaba una diferenciación militar, a unas sociedades más complejas, en definitiva, aristocráticas y meritocráticas.<sup>[2]</sup>



Representación del manejo del *átlatl*, el propulsor empleado en Mesoamérica. El lanzador sostiene el *átlatl* con una mano, por el extremo opuesto a la base del proyectil, que lanza por la acción de la parte superior del brazo y la muñeca. El brazo lanzador y el *átlatl* actúan como palanca. Con un movimiento rápido, el lanzador otorga fuerza, distancia y velocidad al proyectil.

Las tropas olmecas estaban armadas primitivamente con lanzas<sup>[3]</sup> (*teputzopilli* en náhuatl, una de las lenguas francas de la zona), sus propulsores, o *átlatls*,<sup>[4]</sup> y dardos,<sup>[5]</sup> es decir, proyectiles para combatir y herir a cierta distancia, pero pronto comenzaron a introducir mazas —*quauhololli*, un arma típica de los chichimecas—, porras y lanzas con punta de piedra, armamento que cortaba y clavaba, que hería al enemigo merced a la lucha cuerpo a cuerpo. Como no disponían de defensas corporales o escudos, solo una élite entrenada podría usarlas con suficiencia. Las incursiones olmecas expandieron, sin duda, ideas y prácticas bélicas, además de políticas, en toda el área mesoamericana.

En la era posolmeca, comenzaron a introducirse tanto escudos —de madera, cañas o cuero— capaces de absorber el impacto de golpes de porra y

maza, como picas de hasta dos metros de largo que se usaban por encima del escudo, que protegía todo el cuerpo, o por los lados del mismo. Las picas no servían para ser arrojadas, sino para clavarlas en el contrario, con lo que se mantuvo la tendencia a luchar a corta distancia. Y más en un sentido defensivo que ofensivo.

El imperio de Teotihuacan<sup>[6]</sup> comenzó a expandirse desde el siglo I a. C., merced, en buena medida, a presentar ejércitos mucho mejor protegidos con cascos de algodón acolchado y escudos más ligeros que liberaban los brazos y que se podían colgar del cuerpo cuando se iniciaba el lanzamiento de proyectiles, ya que Teotihuacan reintrodujo el uso del *átlatl*, cuyo dardo alcanzaba los 70 metros, si bien el alcance recomendable por efectivo no superaba los 45. Por otro lado, el piquero también portaba un escudo pequeño atado al brazo izquierdo. Así, la ventaja para Teotihuacan llegó cuando supieron combinar dos tipos de formaciones complementarias con armas especializadas: los portadores de *átlatl* podían concentrar sus proyectiles en un determinado punto del cuerpo de batalla o de combate del contrario para deshacerlo, pero, como eran demasiado vulnerables, debían ser defendidos del avance del contrario por sus lanceros, igualmente un cuerpo cohesionado. Teotihuacan triunfó mediante el entrenamiento de sus hombres, el uso de armamento estandarizado en su producción y con su guarda y custodia regularizadas mediante arsenales supervisados por el poder central y porque toda la población, del origen que fuese, podía servir en el ejército. Así, sobre un total de unos 60 000 habitantes en el siglo I d. C., pudieron disponer de 13 000 efectivos que conformaban un ejército y no un grupo más o menos numeroso de combatientes de la élite.



Teotihuacan, pues, hubo de desplazar más hombres a mayores distancias que los olmecas y, si bien el uso de las tortillas de maíz, que podían aguantar muchos días una vez cocidas, se mantuvo, el secreto de su gran logro logístico estuvo más bien en el establecimiento de relaciones con ciudades que se localizasen en sus caminos de expansión, que eran quienes abastecían a las tropas, o bien en fundar asentamientos en lugares estratégicos. De todas formas, las operaciones debían limitarse a la época posterior a la cosecha, es decir, la estación seca de diciembre a abril. Y, en todo caso, la expansión hacia el norte obligaba al establecimiento de puestos avanzados donde no se controlaba a las poblaciones locales, mientras que en la propia área mesoamericana habría un *hinterland* interior estrechamente controlado desde la ciudad y otro exterior, regional, dominado por unas élites políticas, además de comerciantes y soldados, que una vez habían logrado asentarse, dominaban toda su área de manera efectiva y con un coste muy reducido.

A partir de 500 d. C., la cuantía de la logística militar fue aumentando al tiempo que lo hacían las competencias locales, de modo que Teotihuacan fue renunciando a sus puestos avanzados, no sin antes incrementar el volumen del tributo pagado por las zonas controladas más cercanas al centro de poder, y a procurar mejorar militarmente el rendimiento de sus tropas con la adopción de la armadura de algodón acolchado de más de 8 centímetros de grosor, ya fuese en forma de piezas que cubrían el cuerpo y las extremidades, o bien túnicas que bajaban y protegían hasta las rodillas. Ese tipo de defensas, costosas, solo podían estar en manos de una élite social o militar, quizá la fuerza de choque en las batallas. Ese avance tecnológico no bastó para frenar

la decadencia de la ciudad, que desapareció a partir de 650 d. C., y sí, en cambio, influyó en acelerar su fragmentación o diversificación social.

A diferencia de los habitantes de Teotihuacan, los mayas mantuvieron ejércitos de reducidas dimensiones y de carácter elitista pues el arte de la guerra para ellos consistía, sobre todo, en incursiones con ataques rápidos y retiradas veloces efectuados con una panoplia de armas entre las que las de tipo arrojadizo no estaban presentes,<sup>[7]</sup> no así los escudos y las lanzas con hojas de piedra insertadas en ambos lados. Los ejércitos mayas, pues, tan eclécticos en cuanto a su armamento, estaban muy lejos de las fuerzas convencionales que hemos visto, de modo que las ciudades-estado guerreaban entre ellas en pequeña escala. Tras la caída de Tikal en el siglo VI d. C., la fragmentación política del resto de Mesoamérica también alcanzó a las tierras mayas.

Pero algunos poderes regionales se dejaron sentir, como el de Cacaxtla, en el centro de México, si bien se trataba de un emporio comercial fundado por un grupo maya denominado olmeca-xicalanca, que había querido reanimar antiguos lazos comerciales con el México central. El interés máximo para nosotros ahora es resaltar el hecho de que los olmecas-xicalancas utilizaran armas de las tradiciones mexicanas y mayas fusionadas. Usaban *átlatls* con dardos emplumados para dotarlos de estabilidad en su trayectoria una vez lanzados, además de puntas con lengüetas que, al penetrar en el cuerpo del enemigo, causaban peores heridas al ser difíciles de extraer. Fray Diego Durán, por ejemplo, comentaba que al clavarse ese tipo de jabalinas, que él llama varas o fisgas, es decir un tipo de arpón, solo podían extraerse sacándolas por la otra parte, de modo que «muchos, muy mal heridos de ellas, se vieron en mucho peligro».<sup>[8]</sup> Sus picas también fueron dotadas, además de su punta lanceolada, de hojas en los laterales para causar mayores daños y contaban con cuchillos (*técpatl*) de piedra<sup>[9]</sup> pero sin mango de madera. Se equiparon de escudos redondos que se ataban al antebrazo para dejar la mano izquierda libre. Pero las defensas corporales de algodón tupido desaparecieron, quizá a causa de no tener que luchar contra enemigos de entidad.

## **Toltecas y tepanecas**

**L**os siglos que precedieron a la llegada de los conquistadores españoles al valle central de México se dividen en el llamado periodo Clásico



(150-750/900 d. C.) y el Posclásico (900-1521 d. C.). La inestabilidad política y militar fue un hecho habitual. La ciudad de Tula<sup>[10]</sup> dominó el espacio entre los años 900 y 1250 (o bien 950-1150 d. C.) y se constituyó en una sociedad pluriétnica en la que la lengua de los nahuas, el náhuatl, se impuso ante otras, como la otomí. Aquellas gentes volvieron a fusionar su armamento, procedente del norte, con el mesoamericano: dejaron de lado las picas y adoptaron el *átlatl* de las nuevas tierras ocupadas, mientras que a sus cuchillos de piedra les añadieron mangos de madera. Aunque la gran innovación llegó con las macanas cortas curvas de madera, o *macuahuitl*,<sup>[11]</sup> a las que insertaron hojas de obsidiana como antes se había hecho con las picas. De esta forma crearon un arma ligera, para una sola mano y con casi medio metro de superficie afilada, de corte, para un total de poco más de 80 centímetros de largo. Le añadirían protección de algodón para el brazo y un escudo capaz de atarse al antebrazo para dejar la mano libre. Los toltecas, de hecho, fusionaron dos tipos de soldado especializado, el lanzador de dardos y el infante portador de macana, en uno solo, pues eran capaces de arrojar los cuatro o cinco dardos que llevaban con sus brazos protegidos y, seguidamente, tomar su macana de madera para continuar el combate cuerpo a cuerpo.



El *macuahuitl* (macana) era un arma utilizada por guerreros mexicas durante la conquista. Era capaz de infligir heridas muy graves, pues llevaba lascas de obsidiana incrustadas a los lados y podía manejarse con una o dos manos.

Ahora bien, al actuar de esa forma con sus ejércitos, que además eran reclutados entre todos los estratos sociales, los toltecas lograron incrementar su potencia, pues ahora un solo soldado realizaba una doble función. Eso sí, tales fuerzas, con un despliegue táctico como el descrito, necesitaban de un mando coordinado y eficaz, especializado, en definitiva. Los toltecas de Tula lograron expandirse por el sur hasta la actual Costa Rica y por el norte hasta los desiertos. Pero no fueron un imperio militarista, sino que buscaban el control de los territorios a través de los enclaves comerciales establecidos y mediante colonias y no tanto someter áreas remotas. Se limitaron a proteger a sus comerciantes con sus soldados, un ejército cada vez más potente merced al aumento demográfico y al de la productividad agrícola de la Mesoamérica de la época.

La cultura tolteca declinó en el momento en el que la capital, Tula, fue abandonada en 1179 d. C. La causa principal del hundimiento fue la llegada de grupos nómadas procedentes de un norte cada vez más árido, los *chichimecas*, o bárbaros en náhuatl, que fueron claves en la introducción del arco y las flechas.<sup>[12]</sup> Con esta arma, que desdeñaba la lucha cuerpo a cuerpo de un ejército convencional como el tolteca, los recién llegados consiguieron elevar con sus incursiones los costes de defensa del gran imperio comercial tolteca. Aunque la caída de este cabe asociarla también, o más bien, a la desecación progresiva del área. Pero una vez abandonada Tula, enclaves toltecas se mantuvieron en muchas partes de Mesoamérica y conservaron sus contactos con lugares como Oaxaca o el Yucatán, donde emigró a Chichén Itzá una facción tolteca enfrentada a otra en la propia Tula en el siglo X. Allí vencieron al poder local putun e introdujeron las armas y las tácticas bélicas mesoamericanas en las tierras bajas mayas.<sup>[13]</sup> Chichén Itzá cayó a principios del siglo XIII solo cuando desde la localidad de Mayapan los atacaron usando los nuevos arcos llegados de México. Pero, a corto plazo, tanto el imperio tolteca como los parciales imperios mayas no consiguieron subsistir y desde el siglo XIII se volvió a una época inestable en el sentido de que ningún poder local supo o pudo imponerse sobre los demás.

Sentado esto, el poder en el área tolteca iría siendo sustituido por el de los tepanecas desde la ciudad de Azcapotzalco a partir del siglo XIV.<sup>[14]</sup> Los tepanecas comenzaron a controlar las ciudades vecinas de Culhuacan y Tetzaco, una vez las hubieron vencido, y les impusieron tanto gobernadores militares propios como la obligación del pago de tributos. Dichos gobernadores eran hijos, príncipes pues, de Tezozomoc, el líder tepaneca del momento. Es una cuestión clave, pues se trata de un gran precedente de la

manera mexicana de gobernarse y de gobernar los territorios adquiridos en su posterior expansión. De hecho, fueron los mexicas los principales tributarios de los tepanecas durante una centuria, al ceder tributos en forma de servicios y en especie. Aunque no lo hicieron desde la posición del vencido, sino que solicitaron al gran señor tepaneca terrenos donde asentarse a cambio de los tributos referidos.

En el sistema de gobierno tepaneca, una ciudad podía regirse por un *cuatuhltlatoani*, es decir, por un príncipe de la casa real tepaneca y, si disponía de una mayor categoría en el sentido de poder contar con un linaje propio, si bien manteniendo la subordinación, la urbe pasaba a estar regida por un *tlatoani*. Todo apunta a que tanto las ciudades de Tenochtitlan como Tlatelolco fueron gobernadas por hijos de Tezozomoc hasta que, en un momento dado, los mexicas solicitaron una mejora de su estatus y, con ello, el nombramiento de un *tlatoani*. Ahora bien, mientras la primera se decidió por que el *tlatoani* fuese un príncipe de estirpe culhua, con lo cual el cambio de estatus era más marcado, Tlatelolco se conformaba por mantener un linaje tepaneca al frente de la urbe, si bien igualmente como *tlatoani*. Este hecho marcó ya una diferencia en el futuro casi inmediato entre las dos ciudades, que acabaron por enfrentarse en 1473.

En 1427, aprovechando el deceso de Tezozomoc y las luchas entabladas entre sus descendientes en Azcapotzalco, tanto Tenochtitlan como Tlatelolco decidieron levantarse contra sus antiguos señores. Para entonces, hacía casi un siglo que se había fundado México-Tenochtitlan.

En efecto, en 1325 se erigía dicha urbe tras una odisea iniciada desde la ciudad de Aztlan en el siglo XII de nuestra era. Como en el caso de otros muchos pueblos mesoamericanos, el origen de los mexicas se encuentra a caballo entre lo mítico y lo incierto, o lo inciertamente mítico. Entre las diversas parcialidades de los mexicas destacaron pronto dos: los tenochcas y los tlatelolcas. Tras vagar por el territorio en busca de un asentamiento favorable, es más que factible que los mexicas se dedicaran a labores propias de los mercenarios y obtuvieran el rechazo de algunos, pero también el reconocimiento de otros, como el señor de Culhuacan, quien les permitió asentarse en un lugar insalubre, Tizapan, para, más tarde, permitirles acudir a los mercados de la urbe central. Al poco, los mexicas habían emparentado con los culhuas y surgieron los mexicas-culhuas, los llamados aztecas.

Pero, tras algunas desavenencias, los mexicas hubieron de partir de nuevo en 1323 hacia los lagos del valle central de México, donde se asentaron en un lugar interesante desde el punto de vista estratégico, pues se situaba entre las

ciudades rivales de Azcapotzalco, de la que dependieron como se ha visto, y Tetzaco. Y gentes acostumbradas a la guerra y a las intrigas sacaron partido de esta circunstancia.

Hacia 1376, México-Tenochtitlan obtuvo su primer *tlatoani* de origen culhua, Acamapichtli, mientras que la ciudad de Tlatelolco, como se ha dicho, optó por otro de linaje tepaneca, Cuacuauhpitezahuac. Durante otro siglo, ambas ciudades se vigilaron y mantuvieron vivas sus diferencias, hasta que, en 1473, los mexicas-culhuas derrotaron a los tlatelolcas. Estos últimos apostaron por el comercio para cubrir sus necesidades y se permitió que comerciantes (*pochtecas*) exógenos se instalasen en la urbe. Los tenochcas, en cambio, se decantaron más bien por la dominación de hombres y tierras y la imposición de tributos para prosperar. Sin dejar de ayudar a los tepanecas en sus conflictos, lo que les reportó parte de sus beneficios en los mismos, los mexicas-culhuas, por su lado, también pudieron realizar conquistas, siempre que cediesen parte de sus ganancias a sus señores. Uno de esos enfrentamientos, que se alargó en el tiempo, lo sostuvieron contra la confederación de Chalco-Amecameca.



Tras los años de gobierno de Acamapichtli (1372-1391), su sucesor, Huitzilihuitl (1391-1417) no solo logró que los mexicas-culhuas fueran ganando en potencia dentro todavía del marco de sujeción a los tepanecas, sino que introdujo cambios importantes en el estamento militar: aparecerán los capitanes generales o cabeza suprema del ejército, o *tlacochcalcatl*, un

cargo que, con el tiempo, se transformó en trampolín ineludible, al parecer, para alcanzar el grado de *tlatoani*.

Inmersos, pues, en las guerras tepanecas, los mexicas-culhuas lucharon contra Xaltocan y Tetzco, así como contra Cuauhtinchan, aunque el conflicto principal siguiera siendo el de Chalco, hasta que Huitzilihuitl tomó la capital en 1411. En el reinado de su sucesor, Chimalpopoca (1417-1427), los mexicas-culhuas capturaron Tetzco, que recibió el estatus de ciudad tributaria de México-Tenochtitlan. Y fue en ese momento de una inicial expansión, si bien aún sujetos a los tepanecas como se ha dicho, cuando tanto los mexicas-culhuas como los tlatelolcas decidieron intervenir en la guerra civil desatada por la sucesión del difunto Tezozomoc en Azcapotzalco.

Uno de los candidatos al dominio de Azcapotzalco, Maxtla, al conocer las intenciones de tenochcas y tepanecas de oponérsele, una vez habían, incluso, conspirado para matarle, endureció sus exigencias de tipo tributario, lo que condujo a la llamada *Excan Tlatoloyan*, es decir a la confederación de tres ciudades, o señoríos —*tlatocáyotl* en náhuatl—, para la autodefensa: los aculhuas de Tetzco dirigidos por Nezahualcoyotl, los mexicas-culhuas de México-Tenochtitlan comandados por Itzcoatl y, por último, los tepanecas de Tlacopan con Totoquihuatzin en cabeza. Es lo que se conoció como la Triple Alianza.<sup>[15]</sup> Es más, incluso Cuauhtlatoa de Tlatelolco, que había optado primero por acercarse a Maxtla en vista de su enfrentamiento con los tenochcas, ante la respuesta tibia recibida por parte de este, hubo de rectificar y allegar posiciones con respecto a la Triple Alianza. Tras casi cuatro meses de lucha, a la que se fueron uniendo otros pueblos, Maxtla fue derrotado<sup>[16]</sup> y la facción más importante de la nueva Alianza, los tenochcas de México-Tenochtitlan, acabó haciéndose con el control del territorio y sustituyó a Azcapotzalco en tales lides.





*Pochtecas* del Imperio mexica. Su función, además del comercio, era la de hacer las veces de diplomáticos o espías para el imperio. Incluso, en ocasiones, pagaban con su vida la hostilidad de alguna provincia rebelde que los veía como la punta de lanza de la expansión imperial. *Códice Florentino*, siglo XVI.

Poco menos de un siglo más tarde, entre 1519 y 1521, fueron los *tenochcas* descendientes de Itzcoatl quienes se enfrentaron a una nueva

alianza para derribarlos del poder, solo que liderada por un extranjero: Hernán Cortés.

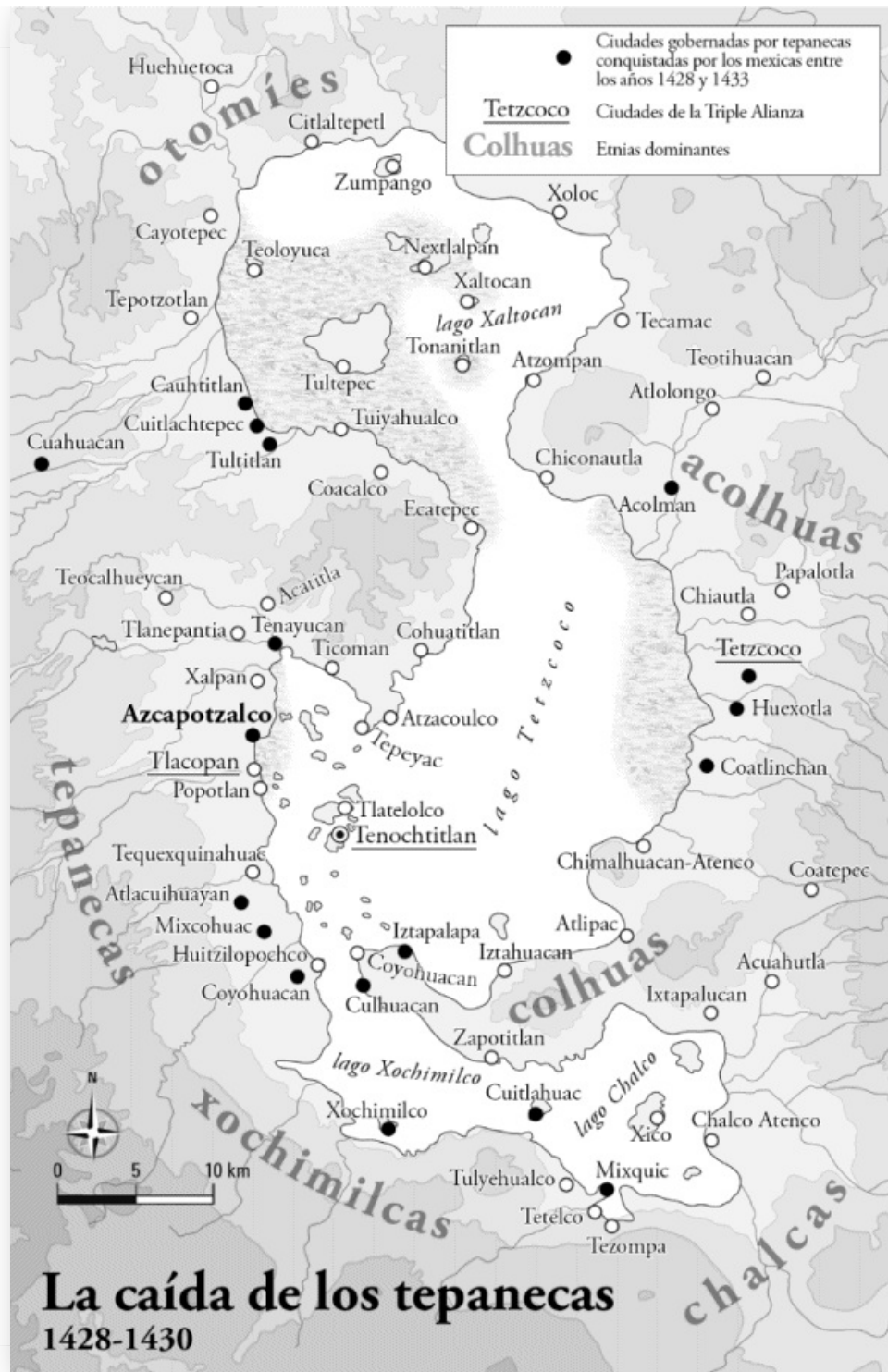
### **La génesis de la Triple Alianza<sup>[17]</sup>**

La Triple Alianza puede considerarse una agrupación étnica tripartita, según los criterios de división de la época, formada por la rama colhua (México-Tenochtitlan), la rama tolteca-acolhua —con el agregado de los pueblos chichimecas— (Tetzco) y la rama otomí (Tlacopan). Esta organización tuvo, necesariamente, un fuerte apoyo ideológico de carácter religioso. Todo indica que la historia se repitió. La triple formación que precedió a la que encontraron los españoles, conformada por Culhuacan-Azcapotzalco-Tetzco, fue debilitada y, por último, rota por el predominio de Azcapotzalco, bajo el gobierno despótico de Tezozomoc. Cuando, a su vez, los tepanecas de Azcapotzalco fueron derrotados por la unión de varios pueblos de la región, la reconstitución de la Triple Alianza acabó por ser un magnífico pretexto ideológico no solo para restablecer el orden, sino para que quienes se aprovecharan de ella desarrollaran un nuevo proyecto hegemónico, incluso con tintes expansivos. En este caso, tanto los acolhuas-chichimecas como los mexicas-tenochcas enarbolaron sus candidaturas para ocupar la nueva triada de poder desde sus sedes de Tetzco y México-Tenochtitlan. Sin embargo, era necesario completar el cuadro con un tercer representante del mundo tepaneca, pero evitando, como era de esperar, que este territorio fuese encabezado de nuevo por Azcapotzalco. La capital elegida fue Tlacopan, poseedora de la suficiente representatividad como para sustituir a Azcapotzalco y con la adecuada debilidad para no constituir un peligro. En realidad, el peligro lo representaba México-Tenochtitlan, que aprovechó su preeminencia militar para imponerse a sus dos socios, como otrora hiciese Azcapotzalco.

Una vez establecida la nueva, y última versión, de la Triple Alianza se procedió a un reparto complejo de posesiones de cada ciudad en las que establecer tributos, si bien los otros dos socios disponían de señoríos propios en la demarcación del tercero. El mundo conocido por los mexicas, el Anáhuac, se dividió en cuatro partes, las cuales irradiaban desde el típico ombligo del mundo que, en este caso, sería México-Tenochtitlan. Siguiendo los puntos cardinales, el cuadrante noroeste de cedía a Tlacopan; el cuadrante nordeste correspondió a Tetzco y los habitantes de Tenochtitlan obtenían

los dos cuadrantes del sur.<sup>[18]</sup> El cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl escribió en su momento que al fundarse la Triple Alianza, cada uno de los líderes de las ciudades tuvo bajo su dominio diversos señoríos de filiación dinástica afín: 14 bajo soberanía de Tetzcoco, 7 bajo la de Tlacopan y 9 bajo la de Tenochtitlan. Al conquistarse nuevos territorios, como Tlalhuic, Chalco o Matlatzinco, cada una de las tres capitales obtuvo territorios por separado. Aunque el reparto de tributos no era exacto: la fórmula más repetida afirma que Tenochtitlan gozaba de dos quintos de los mismos, al igual que Tetzcoco, mientras que Tlacopan debía conformarse con el quinto restante. Tenochtitlan se quedaría, además, con el control de los aspectos militares y comandaba el ejército común; Tetzcoco se haría cargo de las cuestiones de tipo jurídico y, por último, Tlacopan de los tributos. Pero no es menos cierto que siendo estos dos últimos aspectos igualmente fundamentales, Tenochtitlan los dominase de una u otra forma pues, de manera indiscutible, era la ciudad líder de la Triple Alianza. Prueba de ello es que Tlacopan estuvo subordinada a la capital tenochca y varias ciudades tepanecas recibieron desde los años de Itzcoatl gobernantes mexica. Por otro lado, la realidad estructural político-territorial de la Triple Alianza era muy compleja: Xaltocan tributaba a Tetzcoco, pese a estar sujeta políticamente a Tenochtitlan. Acolman, en cambio, contaba con dirigentes emparentados y aliados subordinados al *tlatoni* de Tetzcoco, mientras que, al mismo tiempo, Acolman era sede provincial del *calpixque* tenochca. De esa forma, se manifestaba uno de los ejes vertebradores de la Triple Alianza: «el entreveramiento de territorios con el fin de cohesionar e integrar los dominios de los tres *tlatocayotl* aliados», escribe Carlos Santamarina.<sup>[19]</sup>





La administración de la nueva entidad territorial fue unitaria, es decir, seguía las mismas directrices en cuanto a política interna, externa, economía y las cuestiones militares. Pero, como se ha señalado, cada ciudad del triplete vencedor dominaba una serie de territorios, unos más cercanos que proporcionaban los recursos prioritarios para la vida, además de ceder trabajo para la construcción y mantenimiento de edificios públicos, hombres para el

ejército y otros menesteres menores. Y otros más alejados que aportaban bienes suntuarios y exóticos, pero que, sobre todo, podían asistir al ejército. Así, las obligaciones contraídas lo eran o con la Triple Alianza o con alguna de las ciudades cabeceras de la misma, pero siempre controladas por unos funcionarios, los *calpixque*, que eran los representantes de la Triple Alianza en la ciudad bajo su custodia y quienes organizaban el acomodo de los altos dignatarios imperiales cuando visitaban ese lugar en concreto. El máximo responsable de la recaudación de los tributos de una zona, que ocupaba a diversos *calpixque*, era el *huey calpixque*, que enviaba a la metrópoli todos los productos. Al carecer de animales de tiro y de cualquier medio de locomoción que portase ruedas, es factible pensar que una parte del tributo consistiría en el transporte de los productos hasta las ciudades cabecera del imperio. La Triple Alianza debía garantizar esos envíos militarmente, en el sentido de vigilar la tarea del acarreo de bienes hacia el núcleo central, una labor realizada por porteadores o *tamemes*. Se podía declarar la guerra en un momento dado contra quien osase asaltar una caravana comercial. Así, se instauró un sistema comercial administrativamente controlado por la Triple Alianza en el que los comerciantes de la misma, los *pochtecas*, podían realizar su trabajo con suficientes garantías, el tributo fluía y los mercados estarían bien abastecidos, tanto los de los lugares vencedores como los de los dominados, pues en ellos también se podría gozar de la llegada de productos de otros parajes, lo que estimulaba la producción de los propios, con los que se pagaba o se comerciaba.



La batalla de Azcapotzalco. Varios soldados pelean con macanas y escudos, entre ellos guerreros jaguar (la élite azteca) y una figura que representa a Axayacatl. Detrás, tres mujeres piden misericordia mientras otra intenta defenderlas. A la derecha, un niño está siendo sacrificado por un sacerdote en un templo. *Códice Tovar* (ca. XVI). Courtesy of the John Carter Brown Library.

En las zonas de «frontera» del imperio, las obligaciones de las provincias conquistadas incluían la defensa de los propios límites, así como aportaban provisiones y soldados para el ejército «de campaña», como también para las guarniciones. Por lo demás, había otras, sin el mismo valor estratégico, en las que se buscaba la obtención de productos suntuarios, en cantidades que fueron al alza al centralizarse la estructura política y burocratizarse a un mayor nivel, al establecerse un sistema social cada vez más intensamente jerárquico y dependiente de manifestaciones suntuarias, así como con unas ceremonias religiosas más aparatosas, caras y frecuentes.<sup>[20]</sup> Es más, se podría decir que existía una ley que implicaría que, a mayor distancia del valle central se incrementaban los tributos de productos de lujo y disminuían los utilitarios, mucho más pesados.<sup>[21]</sup> Por último, en los márgenes del imperio se podía dar el caso de zonas que se incorporaban de manera voluntaria a la Triple Alianza, de manera que su contribución no se calificaba como tributo, sino como regalo. De hecho, M. Kobayashi propuso diferenciar señoríos

semiindependientes que tributaban voluntariamente por amistad, como Acatlan, de otros, también semiindependientes, obligados a tributar y acogiendo a los *calpixque* imperiales; y, por último, a los señoríos con dependencia total, o *cuauhtlatocayotl* con *calpixque* y apropiación imperial de tierras.<sup>[22]</sup>


Isabel Bueno Bravo, en una excelente monografía, reflexiona acerca de toda una polémica en torno al estatus imperial, e incluso estatal, de la formación política que levantaron los mexicas desde principios del siglo XV.<sup>[23]</sup> Siguiendo a autores como Nigel Davies y Ross Hassig,<sup>[24]</sup> queda claro que el mexica fue un excelente ejemplo, como el inca por otra parte, aunque salvando algunas distancias, de imperio hegemónico, es decir aquel que no se decanta por derrocar a los antiguos gobernantes y anexionarse el territorio, con la necesidad inmediata de disponer para su vigilancia de un ejército de ocupación, que sería el caso de un imperio territorial, sino aquel otro que opta por transformar las élites gobernantes locales del territorio conquistado en afines con respecto a los intereses del centro imperial y disponer de la economía de sus poblaciones, intervenida para que cediese tributos y otros servicios y para que entrase en las redes comerciales imperiales.<sup>[25]</sup> En lugar de erradicar a la élite gobernante derrotada, el modelo de la Triple Alianza, copiado como hemos visto de los tepanecas, consistió en colocar a un *tlatoani* que emparentaría a la mayor brevedad con dichas élites locales y que pronto crearía una nueva generación de señores afines.<sup>[26]</sup> Ahora bien, en este modelo de imperio hegemónico era mucho más fácil que se produjesen rebeliones.<sup>[27]</sup> Como señala Bueno Bravo:

[...] los imperios hegemónicos están más orientados a mantener la tranquilidad entre sus tributarios que a guardar las fronteras permanentemente: este aspecto se encomienda a los estados clientes que se encargan de la seguridad con el apoyo, si lo necesitan, de las fuerzas imperiales. Su objetivo no era únicamente dominar un territorio, sino mantener la zona tributaria lo más productiva posible para sacarle el máximo rendimiento económico.<sup>[28]</sup>

Los malestares larvados por la presión a la que los mexicas sometían a los habitantes sometidos del imperio podían aparecer en el momento del fallecimiento de un gobernante o en cualquier otra situación crítica. La llegada de un grupo de extraños invasores podía ser una de ellas, por ejemplo. Sobre todo, lo que debía evitarse a toda costa era la unión de diversos estados cercanos para crear un frente común antimexica. Porque ejemplos había, y varios, de estados no conquistados por la Triple Alianza: los tarascos (o purépechas),<sup>[29]</sup> los mixtecos<sup>[30]</sup> de Tototepec y las ciudades de Puebla-

Tlaxcala. Estos últimos fueron claves en la posterior conquista castellana del Imperio mexicana.

### **La estructura imperial: Provincias tributarias fronterizas<sup>[31]</sup>**

eográficamente, las cuatro provincias del nordeste del Imperio mexicana, a saber: Atlan, Ctzicoac, Tuchpa y Oxtipan, regían grandes arterias de comercio y transporte. Dejaban al oeste Metztitlan y se adentraban como una cuña en territorio de los huastecas. Oxtipan estaba algo separada de las otras tres ciudades, todas ellas con unas localizaciones estratégicas privilegiadas, al estar situadas en vías ribereñas principales que unían el altiplano con las ricas tierras bajas de la costa. Ctzicoac y Tuchpa fueron el primer objetivo de las conquistas mexicas en la región. Estos querían controlar un área de particular abundancia; Tuchpa era especialmente rica y suministraba productos de lujo tropicales y semitropicales a la Triple Alianza: algodón, prendas finas de dicho tejido, así como chile, plumas preciosas, maderas, liquidámbar y una amplia variedad de productos perecederos de la costa. Además, al ocupar una zona se controlaba asimismo el comercio preexistente, igualmente atractivo; en este caso, el de turquesas, piedras verdes y sal. Por supuesto, muchos productos y manufacturas tropicales de alto valor se canalizaban a través de los bulliciosos mercados de la región. Cuando los comerciantes del valle central fueron asesinados en Ctzicoac y Tuchpa, los tenochcas y sus aliados fueron a la guerra y aumentaron su dominio sobre el área, cuando exigieron un aumento de tributos, en especial de productos manufacturados en lugar de la misma cantidad de materias primas y la consecución de bienes valiosos, como turquesas y piedras verdes. La presencia de la Triple Alianza en una zona de frontera inestable con Metztitlan, y con los huastecas desde Oxtipan, no rompió, ni mucho menos, los lazos comerciales de estos territorios con sus vecinos potencialmente hostiles, pues estos no querían romper los lazos comerciales beneficiosos para ambas partes. Eso sí, las guarniciones mexicas las tendrían muy cerca.

En el sudeste, las provincias de Cuetlaxtlan y Tochtepec se extendían desde las tierras altas hasta las costas en los confines del imperio con Coatzacoalco (Coatzacoalcos), en contacto con tierras mayas. Como en el caso de las provincias anteriores, estas regiones eran atractivas para la Triple Alianza por la abundancia de sus recursos tropicales y por su posición estratégica, al incluir o abrir rutas de comercio hacia tierras ricas y tentadoras

más distantes. Una vez más, el asesinato de *pochtecas* y otros emisarios mexicas en la zona de Cuetlaxtlan significó la conquista final de toda la región, de las más ricas incorporadas al imperio, conocida aquella costa central del golfo como Totonacapan. Tras la crisis alimentaria sufrida en el valle central de México los primeros años de la década de 1450, toda esta área del este fue vista como una tierra rica, ya que los bienes de subsistencia se producían aquí en abundancia, pero no solo ellos, también obtenían cacao, piedras verdes, oro, goma, adornos cutáneos (bezotes) y plumas de pájaros tropicales, incluido el quetzal. De la misma manera que en el caso de las provincias tributarias del nordeste, tanto Cuetlaxtlan como Tochtepec experimentaron algunos cambios en sus requerimientos de tributo y aumentaron la petición de productos manufacturados. Tochtepec fue primero objeto de atención por parte de Tlatelolco, pero después tanto Tenochtitlan como Tetzaco también se interesaron y de ahí llegó la conquista e incorporación final. Con guarnición militar y gobernador mexica, esta ciudad y su entorno no se rebelaron a diferencia de Cuetlaxtlan, que lo hizo varias veces, atendiendo principalmente a los estímulos de Tlaxcala, que también tenía intereses en esta región, y a pesar del traslado de población colona dependiente de los mexicas a sus costas.

En la costa del Pacífico, todo parece indicar que las conquistas de Xoconochco (Soconusco) y Cihuatlan fueron sendos objetivos por sí mismas, es decir, sin ser vistas en ningún caso como posibles etapas de una posterior expansión hacia tierras más distantes. No obstante, Xoconochco sí se encuentra en una ruta muy obvia hacia América Central, un lugar donde, además, los mexicas compitieron con los mayas quichés por el control de aquellas ricas tierras. Por su parte, Cihuatlan se extendía a lo largo de la costa del Pacífico, fronteriza con los tarascos al noroeste y con las tierras de Yopitzingo al sudeste. En ambas provincias se producía cacao de calidad, que, en el caso de la región del Xoconochco, pudo intercambiarse por obsidiana del centro de México y hachas de cobre, que funcionaban como moneda. Además del tributo según los recursos locales, los mexicas obtuvieron en esta zona ámbar, oro y posiblemente piedras verdes gracias a las redes comerciales ya establecidas con anterioridad. De ahí que su conquista quizá buscara por encima de todo dotar de ventaja a los comerciantes mexicas sobre sus rivales mayas en la consecución de las riquezas de las tierras situadas más allá. Cihuatlan, en cambio, dependía de los recursos producidos localmente para su tributo imperial: manufacturas del algodón allí cultivado, pero, sobre todo, algodón pardo en bruto, cacao



bermejo y conchas de la variedad *Spondylus*, unos productos que únicamente los obtenían los mexicas de este territorio.

Dada su distancia a las capitales imperiales, tanto el Xoconochco como Cihuatlan podían esperar el nombramiento de funcionarios imperiales u otros medios de control político y militar. La cercanía a la frontera tarasca sin duda influyó en el caso de Cihuatlan, donde al menos uno de sus centros provinciales proporcionaba como tributo comida y armas «para la frontera». No obstante, parece que en Xoconochco se desplegó una actividad militar mayor.

En la zona sur se hallaban situadas las provincias de Tlappan, Coixtlahuacan y Tlachquiuhco. Estas dos últimas se hallan localizadas en la Mixteca Alta, una región montañosa conocida históricamente por sus reinos independientes que competían entre sí, mientras Tlappan se localizaba en el actual estado de Guerrero. Tlappan contaba con fronteras con territorios enemigos como Yopitzingo y Tototepec; Coixtlahuacan y Tlachquiuhco compartían frontera entre ellos y las ciudades-estado en las dos provincias llevaban a cabo incesantes guerras dentro de los límites del imperio y con enemigos más allá de las fronteras, Teotitlan al norte y la propia Tototepec al sur. Las tres provincias dominadas aportaban oro, cochinilla y plumas de quetzal, estos dos últimos productos obtenidos mediante el comercio con zonas independientes. La situación militar se conoce mucho mejor para Coixtlahuacan, donde había gobernadores mexicas, guarniciones y una fortificación, aunque estos establecimientos pueden ser típicos de esta región fronteriza. Sin embargo, algunas ciudades-estado en estas provincias fueron conquistadas durante el reinado de Mohtecuzoma Xocoyotzin (o Moctezuma II).

La zona del norte, fronteriza con los tarascos, los chichimecas y Metztitlan, se hallaba ocupada por las provincias tributarias de Atotonilco, Axocopan, Xilotepec y Xocotitlan. Por tanto, era esta una zona en la que la guerra y la asistencia para la misma era la principal actividad de sus habitantes por deseo de los señores mexicas. La producción local se centraba en textiles, con toda probabilidad fibra de magüey, trajes de guerrero, cuyas plumas debían importar, y granos para la alimentación. En todas ellas parece que las relaciones comerciales eran intensas, en especial en Xilotepec, algo menos en Axocopan, mientras que Tulancinco, un centro especialmente importante en la provincia de Atotonilco, disponía de un mercado ampliamente conocido. Su conveniente localización geoestratégica hizo que los mexicas la utilizaran como una escala en sus expediciones militares a la

costa del golfo, lo cual no fue óbice para que se rebelara en alguna ocasión. En esta región, solo la provincia de Xilotepec estaba razonablemente bien fortificada con una fortaleza y una guarnición de soldados, aunque también existían en Xocotitlan pequeños asentamientos agrupados a lo largo de la frontera, si bien alejados con respecto a la capital de la provincia, mucho más apartada de la frontera.

Por último, las provincias que hacían de frontera con Tlaxcala eran Tlatlahquitepec, Tlapacoyan, Cuauhtochco y Tepeacac. Las dos primeras enfrentaban a Tlaxcala desde el norte. Aunque estas provincias limitaban directamente con Tlaxcala, parece que la mayor carga de las escaramuzas y la guerra la soportaba la pequeña provincia estratégica de Tetela, emparedada entre estos tres reinos. Cuauhtochco marcaba el límite sur de Tlaxcala, quizá con poca eficacia, ya que esta superaba las defensas de esta provincia y, repetidamente, incitaba a la rebelión a la más lejana Cuetlaxtlan. Tlaxcala y Tepeacac compartían una frontera particularmente larga y contenciosa. Tlatlahquitepec y Tlapacoyan, producían algodón en abundancia, lo que parece haber atraído a la Triple Alianza y haber señalado estas áreas para ser conquistadas. Cuauhtochco pagaba su tributo en cacao y una gran cantidad de algodón, aunque hay alguna duda acerca de si estos productos se daban en la provincia o eran importados. Sea como fuere, el algodón en bruto lo pagaban solo otras tres provincias y cuatro eran las que enviaban cacao como tributo. Los recursos de Tepeacac eran bastante diferentes y, en algunos casos, únicos: madera, cal, canutos para fumar y pieles de venado. Por otro lado, con los mexicas se incidió en que tanto Tlapacoyan como Tepeacac dispusiesen de mercados bien abastecidos, en especial de productos de lujo, tras la conquista y que dispensaran de facilidades a los comerciantes en tránsito por sus tierras. Con todo, aunque los recursos y el comercio seguro que eran incentivos para la conquista mexica, la posición estratégica de estas tierras a lo largo de la frontera de Tlaxcala debe de haber sido un estímulo aún más fuerte. El imperio necesitaba súbditos leales que rodearan a su enemigo más tradicional y estas cuatro provincias, por lo general, sirvieron bien a los poderes de la Triple Alianza. Cuauhtochco se fortificó fuertemente con puestos militares y guarniciones y Tepeacac parece haber sido reorganizada de forma interna para dar a la fiel ciudad de Tepeacac preeminencia en la provincia.

## **El desarrollo político. Los reinados militares: De Itzcoatl a Ahuitzotl<sup>[32]</sup>**



**T**ras vencer en la guerra tepaneca, Itzcoatl (1427-1440) se decantó por un reparto poco equitativo de las nuevas tierras obtenidas, pues el propio *tlatoani* las obtuvo para no depender de las instituciones primigenias de poder, es decir los *calpulli*,<sup>[33]</sup> o comunidades de parentesco o linaje dirigidas por un líder (*teomama*) que controlaban los asuntos internos y se repartían el poder mexica antes de la centralización del mismo. Además, Itzcoatl cedió muchas tierras a los notables mexicas e inició, así, una diferenciación social muy marcada con el resto de la población, los *macehualtin*. Lo que se hizo, en definitiva, fue lograr que los líderes de los *calpulli* se integrasen en un nuevo orden imperial marcado por la centralización política y militar. Pero incluso la nueva prosperidad económica del *tlatoani* le permitiría recompensar a los comunes, de modo que estos respondieran a sus requerimientos. De esa manera, fue apareciendo una nueva organización social fiel a los intereses del emperador<sup>[34]</sup> e incluso se constituyó una guardia de corps. Por otro lado, a partir de Itzcoatl, el máximo mandatario mexica no solo contó con parte del tributo de sus súbditos directos mexica, sino también con tributos y tierras de las provincias que se fueron sometiendo, así como del beneficio de la venta en los mercados de los productos obtenidos en sus tierras.

Igual de importante fue su alteración del orden habitual de sucesión, cuando se decidió otorgarle mucha más trascendencia a las cualidades militares de los posibles candidatos en lugar de la primogenitura directa, pero siempre dentro de un cierto orden dado por el linaje reinante. De ese modo, en realidad, los candidatos a la sucesión salían de los dos máximos responsables militares: *tlacateccatl* y *tlacochcalcatl*. El primero parece ser más importante que el segundo, puesto que tres *tlatoani* lo fueron: el propio Itzcoatl, Moctezuma I y Moctezuma II. En definitiva, Itzcoatl consiguió centralizar el poder político, religioso y militar en su persona y, después de él, en sus sucesores en el cargo, además de colocar a personas afines, de su linaje, en los principales cargos militares.

Tras el *tlatoani*, la figura más importante era el *cihuacóatl*, o encargado de los asuntos internos de la administración y, en ocasiones, regente. Con dicha figura y las tres anteriores, es decir el propio emperador y las dos máximas autoridades militares, se formaba el Consejo de los Cuatro que regía el imperio. Dentro del mismo, estos tres últimos conformaban el Consejo de Guerra. También existía un *tlatocan* o Consejo Mayor, con entre 12 y 20 miembros, donde se discutían aquellos aspectos que afectasen a todos los

estratos sociales, si bien existían consejos específicos para los asuntos jurídicos, económicos y religioso-educativos.

Según Marco A. Cervera Obregón, el armamento mexica apenas varió desde la caída de Azcapotzalco y hasta la conquista cortesiana. Los arcos y flechas que conocían de antiguo se unieron a las armas tradicionales mesoamericanas como el *átlatl*, las hondas<sup>[35]</sup> y las macanas cortas. Sustituyeron las puntas de piedra de sus picas por un cuerpo de forma ovoide de madera donde insertaban hojas de obsidiana hasta alcanzar una tercera parte de superficie de corte del total de 200 centímetros de largo que tenía la pica. Aunque quizá lo más significativo fue la invención —o adopción— en el siglo XV de una macana más larga y ancha, de madera, con hojas de obsidiana a ambos lados. De obsidiana se fabricaban las puntas de flecha, dardo, macana y lanza, de modo que el estado se preocupó de controlar su producción y distribución en forma de tributo, como las piedras especiales para arrojarse con hondas (o *temalatl*). Se han encontrado evidencias de glandes de piedra —de entre 3,7 y 4,6 centímetros de diámetro y un peso de 21,7 a 23,9 gramos— y de cerámica, más pequeñas —de 1,4 a 2,8 centímetros de diámetro—. Los mexicas conservaron los escudos redondos, tipo rodela, llamados *chimalli*, de 20 a 75 centímetros de diámetro, y las defensas de algodón acolchado a modo de jubón (*ichcahuipilli*) que cubría el torso y la cintura, o algo más abajo, pero dejando las extremidades libres para el combate. Así, el guerrero mexica podía recibir heridas de corte, pero no tanto las más difíciles de curar de tipo perforante.<sup>[36]</sup>

Con Itzcoatl y Nezahualcoyotl de Tetzaco, la guerra se llevó más allá del núcleo central de la Triple Alianza, hacia tierras de los actuales estados de Morelos y Guerrero. Se conquistó Cuauhnahuac y se infligió una primera derrota a Chalco. Varios hijos de Itzcoatl fueron a gobernar a diversas ciudades, lo que marca la esfera de influencia real de Tenochtitlan: Ecatepec a Iztapalapa; Xilotepec, Apan y Atotonilco fueron a ciudades tlacopanecas. En estos años, además, se incorporaron varias ciudades a la Triple Alianza cuando aquellas solicitaron la intervención de Itzcoatl en un conflicto interno: ocurrió en el caso de Tollan, cuando el *tlatoani* tenochca obtuvo tierras y la colaboración militar del *altépetl* sometido en lo sucesivo. Tollan se impuso, pero a costa de una sumisión a un poder superior. Y también fue el caso de Cuauhtitlan, dividida entre protepanecas y protenochcas. La victoria de estos últimos les llevó a dominar a los primeros y conseguir sus tierras, no sin antes verse obligados a aceptar el dominio de la Triple Alianza. Por último, los pobladores de Tepeyac, en su pugna con Coahuatitlan, acabaron por vencer y

ser la cabecera de la región, pero a costa de pagarles nuevos tributos a los tenochcas, quienes les habían ofrecido su apoyo.<sup>[37]</sup>

También con Itzcoatl parece aumentarse lo que podemos considerar como guerra naval. Como es lógico pensar, el uso de canoas para el combate hubo de estar muy extendido en el mundo mexica, aunque las fuentes hispánicas no aporten demasiados datos al respecto. Así como los mexicas estuvieron limitados en cuanto a su logística terrestre por la ausencia de animales de tiro y el desconocimiento de la rueda, factores suplidos con el uso de los *tamemes*, Ross Hassig, en su clásico estudio acerca de la guerra en el mundo mexica, llegó a afirmar que a ellos se les debió la potenciación del uso de las canoas con fines militares en sus conquistas del entorno inmediato del lago. En un momento dado, estos aprovecharon la capacidad de transporte de las canoas para conducir hombres, armas y demás suministros allá donde hiciesen falta. De esa manera, dinamizaron las campañas al poder hacer la guerra desde tierra y desde el interior del lago.

Ya en los años de dominio de Tezozomoc de Azcapotzalco, los tepanecas, según el cronista Alva Ixtlilxóchitl, en su conflicto contra Tetzcoco los atacaron con sus canoas al presionarles desde la cercana localidad de Huexotla. Posteriormente, la insularidad de México-Tenochtitlan le iba a permitir poder dirigir sus canoas en todas direcciones, lo que le dio ventaja táctica. Como decía, en tiempos de Itzcoatl uno de sus conflictos se libró contra Cuitláhuac, otra ciudad insular, situada en el sur del gran lago, entre Xochimilco y Chalco. Fray Diego Durán los calificó de

bulliciosos y enemigos de toda quietud, pareciéndoles que el agua de que estaban cercados les era muro y defensa de su ciudad y la hacían inexpugnable, y también confiando [en] que la destreza que tenían en revolver las canoas a una parte y a otra les era de gran ayuda.

Tras asegurarse de que los de Cuitláhuac no iban a recibir ayuda ni de Chalco ni de Tlalmanalco, a cuyos señores advirtió, Itzcoatl envió contra ellos un millar de canoas con tropas veteranas que fueron defendidas de las flechas lanzadas por el contrario merced a los escudos enarbolados por jóvenes guerreros mexicas. En años posteriores, también se sometieron localidades ribereñas de la zona norte como Cauhtitlan, Xaltocan (en 1434), Tenayocan o Tultitlan.<sup>[38]</sup>

Moctezuma I (Mohtecuzoma Ilhuicamina, 1440-1469) recibió, a modo de herencia, la necesidad de expandir el imperio más allá de los límites del gran valle central. Conquistó Hueypuchtla, Atotonilco de Tula, Axocopan, Tollan y Xilotepec. Asimismo, desde 1451, atacó la zona de la Huasteca, en concreto

la plaza de Cuertlaxtlan, que abría para los tenochcas grandes posibilidades comerciales con la zona de la costa. Tlaxcala convenció dos veces a los habitantes de Cuertlaxtlan para que no se sometieran a la política de Moctezuma I, pero la ayuda militar prometida no se materializó y fueron derrotados, lo que les dobló el tributo. Ese impulso expansivo mejoró los intercambios comerciales con Coatzacoalco y más allá, incluso. Este último no era territorio conquistado, pero sí ofrecía protección a los *pochtecas* tenochcas.<sup>[39]</sup>

Pero Moctezuma I también hubo de afrontar el final de un ciclo mexicana, de 52 años, que coincidió con 1455. A modo de siglo propio, el tránsito de un ciclo mexicana a otro generaba gran angustia en la sociedad, pues había que satisfacer a los dioses para evitar que no se materializase en caos en el universo y llegase el final. En los años 1446, 1449 y de 1450 a 1454 ocurrieron diversas catástrofes meteorológicas, plagas<sup>[40]</sup> y demás fenómenos adversos que abundaron en la verosimilitud de sus creencias, cuya traducción fue un aumento de los sacrificios humanos. En 1450, por ejemplo, en el reinicio de la guerra contra Chalco, los combates fueron adversos, no así en 1453, cuando dejaron de combatir cuerpo a cuerpo contra el poderoso ejército de los chalcos y la Triple Alianza usó masivamente arcos y flechas. Aunque en 1455 la guerra no había finalizado, sí había causado muchas bajas entre los mexicanos; entre otros, dos hermanos del *tlatoani* habían caído. Solo en 1465, poco antes de su muerte, Moctezuma I pudo derrotarlos e imponer un gobierno militar en Chalco, un reparto de tierras y un elevado tributo.<sup>[41]</sup> Otras victorias fueron la toma de Coixtlahuaca en 1458, que contaba con un famoso mercado y estaba en la ruta para alcanzar Guatemala, al tiempo que los huastecos y los totonacas pasaron a ser tributarios de la Triple Alianza. Y en 1466 incorporó la ciudad de Tepeacac, importante por su economía y por su posición geográfica, pues abría caminos hacia la zona sur y consolidaba los que iban al sudeste. En realidad, ya en 1458 Quauhtinchan se quejó de la actitud expansiva de Tepeacac, que amenazaba con conquistarlos al igual que a Totomihuacan. Los tenochcas reaccionaron y terminaron por, más bien, pactar la incorporación de Tepeacac, pues el tributo impuesto al territorio fue tan alto que los propios habitantes de Quauhtinchan se vieron obligados a cubrirlo en parte.<sup>[42]</sup>

El sucesor de Moctezuma I fue Axayacatl (1469-1481), quien, en 1473, hubo de enfrentarse al levantamiento de Tlatelolco. El *tlatoani* de la urbe, Moquihuix,<sup>[43]</sup> se mostró muy soberbio tras derrotar en solitario a los tradicionales enemigos de la Triple Alianza, las ciudades de la alianza de

Puebla-Tlaxcala: Cholula, Tlaxcala y Huexotzinco, una vez que Axayacatl dio la orden de retirada al ejército mancomunado. Así, a la riqueza acumulada por Tlatelolco en los últimos años se añadió el hecho de contar con un *tlatoani* héroe de guerra, una mezcla demasiado peligrosa si tenemos en cuenta que, además, estaba desposado con princesas de Tetzcoco y de la propia Tenochtitlan, y que en esta última había algunas facciones que no estaban de acuerdo con la elección de Axayacatl en 1468. Moquihuíx intentó ya en 1469 un acercamiento a Chalco para buscar su conformidad y ayuda en un posible enfrentamiento contra Tenochtitlan. Pero los chalcas entregaron a Axayacatl a los embajadores tlatelolcas encargados de las negociaciones. Este invitó a su homólogo tlatelolca a un banquete en el que se sirvieron cocinadas las carnes de sus embajadores.<sup>[44]</sup> Pero Moquihuíx no arrojó la toalla. En 1472 falleció el *tlatoani* de Tetzcoco, Nezahualcoyotl, y su sucesor fue un niño, Nezahualpilli, una situación que Tenochtitlan aprovechó para hacerse con el control de la ciudad hasta el punto de que, gobernando ya Moctezuma II, los tenochcas consiguieron designar al mandatario tetzcocano.

Pero Tlatelolco era otra cosa. Una ciudad rica que había prosperado en el seno de la Triple Alianza y que no aceptó la preeminencia de Tenochtitlan y luchó para revertir el nuevo orden que se estaba imponiendo. La guerra, inevitable cuando Moquihuíx repudió a su esposa tenochca, hermana por más señas de Axayacatl, estalló. Y fue perdida por Tlatelolco,<sup>[45]</sup> que se vio sometida de inmediato a Tenochtitlan, desde donde se controló su destino político y el de su gran mercado.

Aunque Axayacatl continuó con las conquistas en tierras huastecas y consolidó su dominio sobre Tepeacac y Cuetlaxtlan, no obstante Axayacatl acabó siendo derrotado por los tarascos en su intención de continuar la expansión en el noroeste del imperio. Si en 1476-1477 los mexicas lanzaron una campaña contra los tarascos para frenar su expansionismo y llegaron a tomar varias posiciones fronterizas, incluida Taximaroa, y avanzaron hasta Charo, la respuesta de los tarascos consistió en retomar aquellas tierras, fortificar mucho mejor su frontera oriental y trasladar a la zona población matlatzinca y otomí que había huido del dominio mexica. Es decir, que siguieron una política de reasentamiento de población en sus fronteras igual que la practicada por sus rivales.<sup>[46]</sup>

Axayacatl, después de morir en 1481, fue sucedido por su hermano Tizoc, que apenas reinó hasta 1486, cuando fue envenenado, probablemente, al no disponer de un perfil expansionista, aunque sí acometió algunas conquistas menores como las conseguidas en tierras de los huastecas, en Puebla, donde

obtuvo Atezcahucan, o en el actual estado de Guerrero. Más bien lo que sucedió fue que su hermano Ahuitzotl, un afamado guerrero, consiguió ponerse al frente de una de las facciones que disputaron el poder entre los mexicas.<sup>[47]</sup> En opinión de José Lameiras, la política de Tizoc fue continuista con respecto a la de Axayacatl, quien quiso rehuir el compromiso político y militar en beneficio del administrativo y burocrático a la hora de retener el poder. Así, Tizoc, mucho más proclive a una política «pacifista», fracasó, además, en su campaña inaugural contra Metztitlan.<sup>[48]</sup>

Ahuitzotl (1486-1502) consiguió encauzar la situación al aplastar las revueltas existentes entre 1488 y 1489 —se rebelaron antiguos tributarios como Telolopan, Oztoman y Alahuiztlan; tras recuperar Telolopan, sus habitantes aseguraron que habían sido engañados por los naturales de las otras dos y comenzaron a colaborar con los mexicas en la guerra; Ahuitzotl, tras tomar ambas ciudades, ordenó la masacre de sus habitantes, menos los niños, que fueron distribuidos por todo el imperio—, lo que reforzó su prestigio, al igual que la consecución de una gran masa de cautivos que fue inmolada en la inauguración del gran templo central de México-Tenochtitlan, una obra de gran envergadura iniciada por Moctezuma I. Sin duda, la necesidad de aplacar la ira de los dioses del panteón mexica, y en especial del dios del sol y de la guerra, Huitzilopochtli, propició estos sacrificios masivos, pero también la necesidad de los mexicas de reafirmarse como el gran poder central que eran y enviar un claro mensaje a los anteriormente sublevados. Con todo, la expansión constante que caracterizó la época de Ahuitzotl fue un claro síntoma de que la búsqueda de botines y mercados, el control de nuevas tierras y de hombres, de víctimas para los sacrificios rituales, se había convertido en un fin en sí misma. Se ansiaban cada vez más riquezas, más productos exóticos, como el cacao, de modo que la expansión de 1491-1495 se dirigió hacia el sur y se acercó al entorno del Pacífico en busca de dicho producto, tan demandado por las élites mexicas. Fue entonces cuando se conquistaron Cihuatlan —primero cayó Otlatlan y, quizá dividiendo sus fuerzas en dos, una de ellas fue a por Coyocac y Acapolco, mientras que la otra avanzó hacia Petlatlan, Xihuacan, Yztapan, Apancelacan y Zacattula, en el límite fronterizo con el mundo tarasco—,<sup>[49]</sup> Oaxaca,<sup>[50]</sup> Tehuantepec, rebelada en 1497, y Xoconochco. En la frontera con los tarascos fundó colonias militares en la zona de Oztoman. También se iniciaron aquellos años las expediciones comerciales a Xicalanco, en tierras mayas. Allá, y en Cimatlan, se localizaban guarniciones mexica, que fueron las primeras en informar a Moctezuma II del ataque sufrido por Juan de Grijalva en

Champotón.<sup>[51]</sup> El caso de lo ocurrido en Oaxaca es significativo. El *tlatoani* envió un ejército en 1497 para vengar el asesinato de comerciantes mexicas y aliados. Se les ordenó no solo matar a 2000 personas por cada comerciante muerto, sino aniquilar a todos, adultos o niños, porque era demasiado lejos para conseguir hacer marchar a los cautivos de retorno a México-Tenochtitlan. Sin embargo, unos 1200 fueron llevados de dicho territorio.<sup>[52]</sup>



Serpiente bicéfala de mosaico de turquesa. Es posible que se trate de una representación de Xiuhtecuhtli, la serpiente de fuego, el arma más poderosa del dios de la guerra Huitzilopochtli, principal deidad mexica y original de esta cultura.

En política interna, la necesidad de emprender obras hidráulicas para asegurar el suministro de agua en Tenochtitlan,<sup>[53]</sup> unos trabajos que precisaron de la ayuda del *tlatoani* de Tetzaco ante los primeros fracasos en las mismas, pues hubo inundaciones, también tuvieron como consecuencia la muerte del señor de Coyohuacan, asesinado por orden de Ahuizotl por contradecirle en sus planes hidráulicos. Al ser familiar el de Coyohuacan del *tlatoani* de Tlacopan se generó una nueva tensión. Lo que, en el fondo, era una situación no solo habitual sino en auge, ya que el imperio estaba alcanzando cotas de extensión nunca antes igualadas en Mesoamérica. Así, según Isabel Bueno, el imperio hegemónico de los mexicas no triunfaba solo gracias a su superioridad militar o bien por su superior organización económica-social, sino más bien por una combinación de ambos elementos, de manera que cada territorio sometido realizaba aportaciones diferentes:

A unas provincias se les exigía tributos en productos y servicio, a otras refuerzos para sus tropas, o abastecimiento del ejército con todo lo necesario. Así quedaban integradas en una

vasta red que estaba tejida con sangre y miedo, mutuos beneficios comerciales y socioculturales, alianzas matrimoniales e intrigas.<sup>[54]</sup>

Sangre y miedo. Tzvi Medin, en una sugestiva monografía, ha insistido en que «el espectáculo recurrente de los sacrificios humanos», en su cotidianidad y monumentalidad como la definió David Carrasco, era una especie de «aviso mortal y aterrizante que ocupaba un lugar muy especial dentro del horizonte existencial de tal sociedad». La perpetuación de las estructuras sociales, pero también de las políticas, era esencial, de ahí que junto con el sacrificio de los guerreros capturados en batalla y de los esclavos no mexicas, también se sacrificasen niños y esclavos de origen nahua, además de mujeres —en un tercio de los festivales, según Carrasco, se sacrificaban féminas—. En la religión mexica, el dios Huitzilopochtli derrotó a su rival Coyolxauhqui en su lucha por la montaña sagrada, y lugar de nacimiento del dios, Coatépetl. Esta era simbolizada por el propio Templo Mayor. Al cortar la cabeza y los miembros de Coyolxauhqui, Huitzilopochtli hizo que estos rodasen montaña abajo, el mismo efecto que se buscó al dotar a las pirámides de una subida empinada: los restos de los sacrificados también rodaban hacia abajo vertiginosamente. En los años de Itzcoatl y de Tlacaélel se afinaron estas prácticas y se convirtieron en el modelo político-religioso mexica; la identificación imperial con ese terror institucionalizado, basado en los sacrificios, fue total.<sup>[55]</sup> De hecho, según Medin, una de las claves, sino la clave, del funcionamiento del imperialismo mexica fue el impacto del terror imperial; en otras palabras, «la implantación del espanto y del pavor paralizantes en tanto una parcela esencial del espacio de la conciencia colectiva de los pueblos supeditados».<sup>[56]</sup> Y una manera de demostrarlo es comentar que en la celebración antes mencionada del *tlatoani* Ahuitzotl en el momento de la finalización del Templo Mayor<sup>[57]</sup> se sacrificaron por lo bajo 20 000 personas en varias jornadas, apenas tres, si bien la cifra se ha querido elevar hasta las 80 400.<sup>[58]</sup> Recientemente, mediante un cálculo hábil a partir de la lectura cuidadosa de las fuentes, Jesús Ruvalcaba ha podido defender que en las famosas jornadas de consagración del Templo Mayor se sacrificaron 2300 personas.<sup>[59]</sup>

Pero, ahora bien, es posible que, siguiendo a Michael Smith, ese terror no solo se dirigiera hacia el «exterior» de la sociedad tenochca, sino también hacia su propio cuerpo social, pues es factible asimismo pensar que alcanzaba a los *macehualtin*: «*Witnessing the gruesome deaths of not only enemy soldiers but also local slaves, infants, and the occasional free commoner must*



*have made most people think twice before engaging in any form of resistance against their king of local noble».*<sup>[60]</sup> [N. del E.: «Contemplar las muertes atroces, no solo de los combatientes enemigos, sino también de esclavos, niños y, de vez en cuando, alguien del vulgo, debió de hacer que la mayor parte de la gente se lo pensase dos veces antes de resistirse contra su rey o el noble local».]

## Mohtecuzoma Xocoyotzin

**M**ohtecuzoma Xocoyotzin (1502-1520), o Moctezuma II, era hijo de Axayacatl y sobrino de Ahuitzotl. Su madre era una noble de Iztapalapa y su hijo nació hacia 1467. Se hizo merecedor de ostentar el poder al ocupar cargos como el de *tlacatécatl*, es decir, oficial del ejército, además de ser un consumado poeta.<sup>[61]</sup> También un político con la dureza necesaria. Hubo de eliminar a su hermano Macuilmalinaltzin, un molesto rival en la carrera para alcanzar el poder, pues además era yerno del *tlatoani* de Tetzco, e impedir que los colaboradores de su tío continuasen disfrutando de parte del poder, rodeándose de afectos a su persona tanto en la administración como en el ejército, donde se pasó a tener un mayor peso no gracias al mérito obtenido en la guerra, sino por el abolengo del linaje (cercano) al nuevo *tlatoani*. De hecho, Moctezuma II, que había controlado las instituciones de enseñanza, escogió varios hijos de los señores principales de las tres ciudades cabecera del imperio y los instruyó en sus propios ideales. Los enriquecidos mercaderes, o *pochtecas*, adquirieron una mayor relevancia a costa de la nobleza meritocrática y también separó a los artesanos, una pieza clave del sistema productivo mexicana, de sus *calpulli* respectivos. Pero no prescindió de la nobleza de mérito, sino que le confió la recaudación de los tributos a costa de la nobleza legítima, es decir de aquella que podía reclamar derechos sucesorios. Es decir, que de una u otra forma, Moctezuma II desplazó, limitó, redujo o suplantó los poderes de las instituciones tradicionales y de algunos estratos sociales para conseguir mayor control sobre el entramado institucional imperial.

Con Moctezuma II se emprendieron guerras con la intención de inaugurar su reinado con una gran victoria. Pero, según Michel Graulich, los primeros enfrentamientos, en 1503, contra las ciudades mixtecas de Xaltepec y Achiotlan fueron producto del desafío de las mismas ante la irrupción de un nuevo emperador, pues en ambas se asesinó a todos los mexicanos residentes y a las gentes instaladas en las guarniciones de sus fronteras. Según otra versión,

los ultimados fueron los comerciantes de la órbita mexicana hallados en territorio mixteco. Seguidamente, ambas localidades se pusieron a la defensiva atrincherándose. Aunque poco pudieron hacer contra la furia de Moctezuma II y sus aliados. Ambas fueron tomadas e incendiadas. Ese mismo año se atacó a los yopis y se tomó Malinaltepec, pero parte del territorio yopi aún se mantuvo independiente.<sup>[62]</sup>

También hubo conflictos en Atlixco, donde un ejército mexicano ayudó a uno de los dos bandos de la ciudad de Huexotzinco que, en plena guerra civil, luchaba contra los tlaxcaltecas, cuyo territorio habían invadido. Estos últimos derrotaron a los aliados y pillaron el territorio de Huexotzinco en 1504. Mejor fueron las cosas en la lucha contra Tototepec, donde la Triple Alianza consiguió 1350 prisioneros. Pocos días después, fue tomada al asalto y quemado el Templo Mayor, Quetzaltepec. El *tlatoani* dio órdenes de que se respetara solo la vida de mujeres y niños. Moctezuma II se retiró con un buen botín y la promesa de pago de nuevos y duros tributos. En el invierno de 1505-1506 les llegó el turno a Yanhuitlan, Zozollan y Tlachquiauhco con la intención de controlar mejor las rutas que aseguraban los dominios de Tehuantepec y Soconusco; de la primera obtuvieron hasta un millar de prisioneros de guerra, si bien se masacró a casi toda su población. El mensaje fue entendido en Zozollan, cuyos habitantes huyeron a las montañas. También se trataba, como ocurrió en el invierno de 1506-1507, de terminar con las revueltas en territorio mixteco (Oaxaca),<sup>[63]</sup> cuando se atacó Teuctepec, una localidad que se había aliado con Coatlan. En esta ocasión, Moctezuma II ya no participó en la campaña, que les reportó a los de la Triple Alianza 2300 prisioneros. En este último caso, la ciudad, defendida por una cuádruple línea defensiva, también cayó porque sus habitantes decidieron pelear en campo abierto preparando una emboscada que resultó fallida. Aunque también se sufrieron derrotas, como la ocurrida en Atlixco en 1508, cuando se perdieron 2800 efectivos de la Triple Alianza.<sup>[64]</sup>

En cambio, de entrada, las luchas entabladas entre 1510 y 1511 contra los pueblos de Nopallan (donde se hicieron 5100 cautivos), Ycpatepec (cuya captura produjo 3860 prisioneros), Xaltepec y Cuatzotlan tuvieron, probablemente, la intención de eliminar población poco productiva y mantener solo a la que pudiera rendir con su trabajo, para lograr índices superiores de excedentes, además de enviar a dichos parajes población mexicana del valle central. De esa manera se conseguía controlar mejor el territorio y descongestionar de población otras áreas.<sup>[65]</sup>

Sea como fuere, entre 1512 y 1514 Moctezuma II mantuvo acciones punitivas contra los yopis, que se habían rebelado, desde la guarnición de Tlacotepec. Aunque la campaña más importante de 1512 se dio contra Tlaxiaco, donde se obtuvieron 12 210 prisioneros, una cifra un tanto exagerada, pero es la que disponemos a partir de las fuentes mexicas. Todos ellos fueron sacrificados en la inauguración del templo del dios Tlamatzincatl. En 1513, en el área de Tehuantepec, los hombres de Moctezuma II lanzaron ataques contra Alotepec y Quetzaltepec, donde obtuvieron 1332 cautivos. También atacó el señorío independiente de Tototepec. Al año siguiente, cayeron no solo Quetzaltepec, sino también Iztactlalocan, Cihuapohualoyan y Cuezcomaixtlahuacan, ciudades todas ellas del área de Oaxaca. E incluso en 1515 los mexicas tomaron Centzontepec y Texocuauhtli en el entorno de Tototepec.<sup>[66]</sup>

Por otro lado, los problemas con Tetzcocho se mantuvieron, y de manera grave, pues su *tlatoani*, Nezahualpilli, en 1510 ordenó a sus tropas que cesasen de actuar en la guerra abierta que se mantenía contra Tlaxcala, Huexotzinco y Atlixco aquellos años —entre 1508 y 1513; da la sensación que Huexotzinco había regresado a su alianza natural con Tlaxcala—. La respuesta de Moctezuma II fue procurar eliminar las tropas de élite tetzcocanas, así como a los hijos de su *tlatoani*, además de ordenar a los tributarios de Tetzcocho que dejaran de pagarles. La pugna se mantuvo hasta la muerte sin designar sucesor de Nezahualpilli en 1515, momento que Moctezuma II aprovechó para proponer para el trono tetzcocano a su sobrino Cacama, hijo del difunto, pero de madre tenochca. La facción que se opuso a dicha elección, liderada por Ixtlilxóchitl, entró primero en una etapa de guerra civil, tomando varias localidades que se fortificaron, y, a continuación, pasando a engrosar la, al final, larga lista de aliados de Hernán Cortés. En ese clima de, por un lado, inestabilidad en el seno de la Triple Alianza, y, por otro, con la actitud centralizadora exhibida por Moctezuma II, no es de extrañar que aumentasen las revueltas de los tributarios y se recrudesiesen las hostilidades contra los tlaxcaltecas y sus allegados, también desde 1515. Aunque Moctezuma II llegase a derrotar a los yopis y tomase Metztitlan y lanzase una última ofensiva contra la frontera norte de los tarascos en 1517-1518 y alcanzara la localidad de Acámbaro, al poco fue frenado por estos; también fracasó en la conquista de la ciudad mixteca de Tototepec, ello sin contar las extrañas noticias llegadas de tierras totonacas desde la primavera-verano de 1519.<sup>[67]</sup>

En definitiva, en el momento de la llegada de la hueste cortesiana, los problemas de índole tanto interna como externa abrumaban a Moctezuma II: ni había podido derrotar a los tarascos, quienes, además, lanzaron una ofensiva y ocuparon Ixtlahuaca, en el valle de Toluca, y pusieron en peligro aquella frontera y su prolongación hacia la costa; ni había podido imponerse a Tlaxcala, de manera que una guerra total contra esta última estaba en marcha desde 1517. Incluso Huexotzinco, que entre 1512 y 1515 se había apartado de su liga con Tlaxcala por influencia de Moctezuma II, un pequeño éxito, para 1518 volvía a estar en guerra contra los mexicas. Estos perdieron 1200 hombres en un ataque contra sus antiguos aliados. Además, en palabras de Conrad y Demarest, citados por Lameiras:

Las reformas políticas y sociales erosionaron las motivaciones militares, empeorando la actuación de los ejércitos aztecas en su lucha contra los enclaves independientes. El resquemor causado por los decretos de Moctezuma II, las decepciones de las campañas militares mexicas y las periódicas escaseces y hambrunas se combinaron para crear una atmósfera de malestar social.<sup>[68]</sup>

La descripción que del personaje nos hizo Bernal Díaz del Castillo es bien conocida:

[Moctezuma era] de buena estatura y bien proporcionado, e cenceño e pocas carnes, y la color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas barbas, prietas y bien puestas e ralas, y el rostro algo largo e alegre, e los ojos de buena manera, e mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, e cuando era menester gravedad.

Y a Francisco de Aguilar le mereció la consideración de «asaz astuto, sagaz y prudente, sabio, experto, áspero en el hablar, muy determinado». En su juventud, como cualquier otro líder mexica, hubo de participar en diversas campañas militares, mientras perfeccionaba su formación merced a las enseñanzas de los veteranos, aunque algunos testimonios concretan que llegó a obtener el prestigioso título de *cuáchic*, o «rapado», el cual se otorgaba a quienes habían capturado varios enemigos, particularmente a valientes guerreros del valle de Puebla. De nuevo Díaz del Castillo nos informa de que Moctezuma II había sido vencedor en tres enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Cervantes de Salazar nos ofrece un cuadro más completo del personaje. Era Moctezuma II:

[...] hombre de buenas fuerzas, suelto y ligero; tiraba bien el arco, nadaba y hacía bien todos los ejercicios de guerra; era bien acosdicionado, aunque muy justiciero [...] Era bien hablado

y gracioso cuando se ofrecía tiempo para ello; pero, junto con esto, muy cuerdo; era muy dado a mujeres y tomaba cosas con que se hacer más potente; tratábalas bien; regocijábase con ellas bien en secreto; era dado a fiestas y placeres, aunque por su gravedad lo usaba pocas veces.<sup>[69]</sup>

Así que, al menos, tenía un rasgo en común con Hernán Cortés: ambos eran mujeriegos.

Para los austeros compañeros de armas y fatigas de Hernán Cortes, sin duda era más admirable el boato de palacio de Moctezuma II que algunas de sus costumbres guerreras. Por ejemplo, mientras los gobernantes mexicas se vestían como dioses a la hora de ser representados en sus momentos de gloria, al conquistar otros señoríos, el primer cautivo de una campaña era sacrificado y desollado para que su piel fuera, literalmente, vestida por el *tlatoani*. En cambio, Díaz del Castillo se deleita al describir la comida de un día cualquiera en la corte de Moctezuma II, quizá rememorando escaseces vividas por él:

[...] cotidianamente le guisaban más de trescientos platos, gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña y palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves e cosas de las que se crían en esta tierra, que son tantas, que no las acabaré de nombrar tan presto.<sup>[70]</sup>

## El arte de la guerra en el mundo mexica

**E**n el caso del mundo mexica, cabría diferenciar entre las guerras convencionales, o de conquista (*ocoltic yaoyotl*), y las guerras rituales o ceremoniales, denominadas guerras floridas. Y, dentro del primer caso, quiénes participaban, pues eran tres los señoríos, como ya hemos visto, que conformaban la Triple Alianza, por ello así denominada. Tanto Tenochtitlan, como Tetzcoco y Tlacopan —que también era conocida como Tacuba— dominaban sobre diez o más reinos cada una, aunque la cabeza de la alianza, y siempre lo fue Tenochtitlan, comandaba las campañas militares. Los hombres de Tenochtitlan podían luchar en solitario o ayudados por sus aliados, pero cuando se trataba de una guerra de conquista sus enormes ejércitos buscaban el dominio de un territorio y la obtención de tributos.

Si no se había producido una entrega voluntaria del territorio, con el consiguiente pacto, los mexicas podían declarar la guerra cuando se daban los siguientes supuestos, según siempre Cervera Obregón: se había dado muerte a mercaderes mexica, es decir, se había atacado a una caravana de los mismos; en segundo lugar, cuando se ofendía o asesinaba a los embajadores del

*tlatoani*; y, en tercer lugar, cuando se denegaba el pago de los tributos apalabrados. Cada 80 días se recaudaban los tributos establecidos, labor, como se ha señalado, de los *calpixque* y de aquellos que los supervisaban en un determinado territorio, es decir, los *huey calpixque*. A los señoríos remisos a la hora de satisfacer el pago de su tributo se le daban hasta tres avisos para conminarlos a abonarlo, si bien en cada ocasión se aumentaba el volumen del tributo o se exigían productos de difícil obtención en el territorio en cuestión. [71]

Una vez se había establecido que, en efecto, existía un *casus belli*,<sup>[72]</sup> el *tlatoani* declaraba oficialmente la guerra tras consultar a su Consejo. Le seguía todo un ritual de proclamación del estado de guerra en la gran plaza central y el envío de emisarios hacia las zonas amigas por donde debía pasar el ejército para que contribuyesen a la logística tan necesaria para mantenerlo y moverlo, así como a la provincia o territorio que iba a ser atacada para intentar reconducir la situación por la vía diplomática. Una buena organización logística siempre fue dificultosa para cualquier ejército en cualquier momento de la historia, máxime en un ámbito como el mesoamericano con ausencia de animales de tiro, además de dificultades meteorológicas y orográficas notables.<sup>[73]</sup> El abastecimiento de las tropas se fue convirtiendo en un problema mayor al aumentar el número de hombres en campaña y extenderse los límites del imperio. Por ello, la colaboración de los señoríos dominados, asimilados o aliados —un total de 38 a finales del siglo XV— era fundamental: debían aportar hombres, armas y, sobre todo, alimentos, a saber: tortillas de maíz tostadas, chile molido, frijoles, pinoles, pipas de calabaza y sal. Con un día de antelación con respecto a las tropas salían las armas, luego llegaban los soldados que eran aposentados en campamentos preparados *ad hoc* donde encontraban un mínimo menaje y mantas, además de tiendas para guarecerse (*aoxacalli*). El suministro de agua era imprescindible, como se puede comprender. Todo ello era movido merced a los *tamemes*, que hacían jornadas de hasta 25 kilómetros, pues se ha afirmado que tal distancia podían andar las tropas en un día, pero cargando con hasta 25 kilogramos de peso. El grueso de las tropas no viajaba al unísono, sino que lo hacía por separado, una buena estrategia para confundir al enemigo, que no sabría a ciencia cierta cuál era el total de fuerzas; se reducía el tiempo de la marcha, pues varias columnas por distintos caminos que convergen en un mismo punto circulan más deprisa que una columna enorme; y se podía atacar por distintos frentes al contrario, con lo cual se podían superar con facilidad los planes defensivos que hubiese trazado.



Armas de guerra aztecas fabricadas de obsidiana, una roca volcánica extremadamente cortante que hacía estragos entre los enemigos. Según las crónicas de Bernal Díaz del Castillo, «pasan cualesquier armadura».

El ejército se estructuraba en formaciones de 8000 hombres llamadas *xiquipilli*, todos ellos aportados por los *calpulli*, que se subdividían en 20 unidades de 400 hombres a las órdenes de un oficial (*centlamatin yaoquizque*). Según el peligro al que se tuviesen que enfrentar, los mexicas podían reclamar la ayuda de los ejércitos de los señoríos tributarios, así como la ayuda de los jóvenes de las poblaciones sojuzgadas. El horizonte humano, 200 000 habitantes en Tenochtitlan, entre 1.200 000 y 2.650 000 habitantes en el valle central de México, según Ross Hassig, permitió a la Triple Alianza disponer del ejército más poderoso que viera Mesoamérica. Considera este autor que la propia ciudad podría aportar un mínimo de 25 250 hombres —para una campaña ofensiva— y un máximo de 43 000 en caso de circunstancias defensivas; pero al contabilizar el esfuerzo bélico del valle central, en caso de ofensiva el número de tropas las sitúa entre los 151 500 y los 334 563 guerreros, y en caso de defensa entre los 258 480 y los 570 810 hombres.<sup>[74]</sup>

Teniendo en cuenta el ancho de los caminos, las tropas marchaban en dos columnas desde el amanecer, pero cada *xiquipilli* podía extender su marcha hasta una docena de kilómetros, de manera que los últimos hombres en salir lo hacían tres o cuatro horas después que lo hubieran hecho los primeros. La logística era abrumadora y solo un imperio como el mexica, con gran número de tributarios que cultivase maíz para su uso militar por el estado central, podía mantener en campaña un ejército tan potente, ya que se ha afirmado que un solo *xiquipilli* podía consumir diariamente ocho toneladas de maíz. Con todo, como los costes del desplazamiento de las tropas eran enormes, las campañas largas en lugares remotos exigían ejércitos mucho más exigüos, de ahí que las fuerzas mexicas tuviesen problemas para imponerse a los señoríos de mayor densidad poblacional y situados en los márgenes del imperio.<sup>[75]</sup> Michel Graulich, para la campaña de 1503 contra las ciudades mixtecas de Xaltepec y Achiotlan,

estima el envío de 16 000 hombres que, a razón de 2,5 metros de separación entre uno y otro, formarían una columna de poco más de 20 kilómetros de los primeros a los últimos; por otro lado, debían ir acompañados, por cada soldado, de dos portadores con comida, agua y demás elementos, aparte de armas de reserva; como estos hombres también comían, significa que la logística debía ajustarse al máximo. Porque una expedición típica, con tres agrupaciones de 8000 hombres, una por cada ciudad de la Triple Alianza, es decir 24 000, necesitaba de otros 40 000 que actuaran como portadores.<sup>[76]</sup>

Lo habitual es que en las campañas a larga distancia, tanto en vanguardia como en retaguardia, se colocasen los soldados veteranos y que dejaran el centro del contingente ocupado por los bisoños y los portadores del bagaje. Además, enviaban por delante del contingente corredores para otear el entorno y comprobar la presencia del enemigo emboscado, sin olvidar el uso de espías. También servían para ir señalando los mejores emplazamientos para acampar, siempre en lugares seguros, aventajados sobre el terreno y de fácil defensa.<sup>[77]</sup>

Los tarascos, por ejemplo, podían disponer de 10 000 hombres que, en caso de emergencia, lograrían aumentar hasta los 24 500, aunque si acudían a la ayuda puntual ofrecida por matlatzincas, otomíes, mazahuas y chontales bien pudieran llegar a los 40 000 hombres que refirió fray Diego Durán en una de las campañas de Axayacatl (que portó consigo 24 000 guerreros de la Triple Alianza).<sup>[78]</sup> Una posible explicación de por qué los tarascos no fueron conquistados.

La disciplina estaba muy desarrollada en el seno del ejército y se podía castigar con la muerte en numerosos supuestos, como desobedecer órdenes, atacar sin permiso, robar cautivos o revelar planes al contrario. Es factible pensar que dicha disciplina es lógica si atendemos a la profesionalización de buena parte de aquellas tropas, un tema no del todo aclarado historiográficamente hablando, pero que cuenta con adeptos importantes como Ross Hassig. Los diversos destacamentos mexicas se diferenciaban por el volumen de su contingente, por el tipo o especialización de sus armas o bien por su procedencia. Sus oficiales eran guerreros que hubiesen sobresalido por su valor y su destreza en combate, pero si no procedían de un linaje de aboengo tampoco podían aspirar a las máximas sinecuras. Pero, como señala con agudeza Isabel Bueno Bravo, si la guerra no se podía practicar durante todo el año por el tiempo y el estado de los caminos, si los *limites* del imperio eran defendidos por los señoríos sojuzgados o bien aliados de esas zonas en cuestión, el hecho de disponer de un gran ejército



profesional no parece que fuera una buena idea, al menos en términos económicos, de mantenimiento. Lo cual no quita que todo Estado necesite de un cierto número de hombres no solo adiestrados, sino especialmente capacitados para dirigir a otros en todo momento y circunstancia. Y como el mexica nunca fue un imperio territorial, sino hegemónico, es lógico que demandase a los señoríos conquistados en forma de tributo aquellos elementos que le permitían organizar grandes ejércitos, es decir, soldados, armas, vituallas, además de otros servicios como el transporte, mantenimiento de caminos, etc., así como la vigilancia de sus propias fronteras, que entonces también eran las del imperio. Era un sistema perfecto: con un mínimo gasto para la administración central, los sojuzgados iban aportando aquellos instrumentos bélicos que permitirían dominar a su vez a otros o bien reprimir cualquier protesta que se suscitara.<sup>[79]</sup>

Dicho esto, en caso necesario, los mexicas instalaban guarniciones militares, con sus gobernadores respectivos, que tenían un rango superior al de un *calpixque* los de las guarniciones más importantes, así como colonos procedentes de la Triple Alianza en lugares estratégicamente comprometidos. En su momento, Hassig adelantó los nombres de hasta 14 guarniciones mexicas en sus fronteras, cuando, además, y en contrarréplica, sus enemigos tarascos tenían 4 en su *limes* con los anteriores. Una de ellas, Metztitlan, hemos visto que fue conquistada por los mexicas. Por otro lado, Tlaxcala y los tarascos de Michoacán acogieron a desplazados otomíes y matlatzincas, huidos de la presión mexica, a quienes asentaban en tierras de sus propias fronteras.<sup>[80]</sup>

Otros autores, como Pedro Carrasco, se refirieron a distritos militares en el seno del imperio. Por ejemplo, en territorio tenochca, Citlaltepec formaba un distrito militar y de allí salieron los gobernadores para las colonias de Oztoman y Alahuiztlan. Es posible que los bastimentos para la guerra necesitados en Citlaltepec procediesen de Tlatelolco. La región de Tizayocan, aunque formase parte de la tierra de Acolhuacan, también estaba vinculada con Citlaltepec y era considerada como «tierra de guerra», o *cuauhtlalpan*. Una zona donde es factible que los soldados con actos de guerra meritorios recibieran tierras. Otros lugares del distrito de Acolhuacan pudieron prestar apoyo en los conflictos contra Metztitlan y en tierra huasteca. Otros casos, como Calpollalpan, bajo dominio de Tetzco, era un puesto militar que presionaba Tlaxcala. O los pueblos de origen xochimilca, al sur de Chalco, una vez conquistados, sirvieron en la frontera de guerra con Huexotzinco. O el reino de Xilotepec, que incluía varias guarniciones de frontera contra los

chichimecas. En definitiva, había siete distritos militares en el imperio; el propio Bernal Díaz del Castillo distinguió cuatro: Xoconochco, en Chiapas, defendía las tierras hacia Guatemala por el Pacífico; Atzacan se situaba en Coatzacoalco, en el Atlántico, hacia tierras mayas; Atlan se localizaba en el Atlántico, hacia el norte y cerraba el paso al Pánuco; y Oztoman bloqueaba el camino de Michoacán, el mundo tarasco. Por cierto, estos últimos tenían guarnición en Cutzamala como réplica a Oztoman. Pero aparte de esos cuatro puntos extremos, existían otros tres distritos: Zozollan y Huaxyacac vigilaban las tierras no del todo controladas de los mixtecos y los zapotecos y protegían el camino hacia el istmo de Tehuantepec. Quecholtetenanco, con guarniciones de ayuda en Cuauhtochco e Itzteyoacan, cerraba el camino de los tlaxcaltecas hacia el Atlántico, pues estos habían incitado a la guerra contra los mexicas a la gente de Cuetlaxtan. Según la importancia del distrito, cada guarnición era regida por uno o dos gobernadores y, además, estos se distinguían por su origen, plebeyo o noble.<sup>[81]</sup> Ahora bien, como señala Beekman:

Con la excepción de la fortificación limítrofe tarasca en Acámbaro, tanto los sitios fronterizos aztecas como los tarascos fueron bastante pequeños y apenas reconocibles como instrumentos estratégicos de los dos estados más fuertes en la historia de Mesoamérica. Esto se debe más bien a que los analistas han querido encontrar una relación demasiado simplista entre la estrategia y la fuerza militar.<sup>[82]</sup>

Michael Smith defendió en su momento la existencia de provincias estratégicas, provistas de guarniciones, más alejadas del centro del imperio que otras, intermedias, y muy productivas, que cabía defender lo mejor posible de incursiones enemigas.<sup>[83]</sup> Eran estas, pues, aquellas cuyo tributo se especializaba en lo que podríamos considerar la reproducción o regeneración del poder militar del propio estado. Por otro lado, me pregunto, las gentes de las guarniciones de frontera, o bien los retenes de tropas en las ciudades ocupadas, ¿no los podemos considerar de alguna manera tropas profesionales? Pedro Carrasco da una explicación plausible de una cuestión tan importante: «Aunque no había ejército permanente en el sentido moderno de la palabra, el Imperio disponía permanentemente de fuerzas armadas compuestas de nobles, mancebos del *telpochcalli* y campesinos que tenían la obligación de servir en las guerras». En las zonas conquistadas eran los colonos asentados quienes proporcionaban ese servicio militar y demandaban un servicio semejante a los pueblos sometidos. Por último, Carrasco no gusta de abusar del término mercenario, dado que, sencillamente, no había un segmento social, o un grupo determinado, que se dedicase en exclusiva a la

guerra, a pelear por otros, sino que los había cuya principal función era la militar, de la misma manera que para otros lo era la comercial o la artesanal. Un tributo en forma de servicio militar, en lugar de efectuarlo en especie, no es lo mismo que un mercenariado que cobra un salario.<sup>[84]</sup>

En definitiva, nos hallaríamos ante un ejemplo de imperio hegemónico que, por diversas circunstancias, tuvo que comportarse a la manera de un imperio territorial. En realidad, como apunta con sagacidad Carlos Santamarina, ambos no son del todo excluyentes. Por un lado, «el desarrollo de un sistema de dominación según el modelo territorial habría requerido una evolución previa hacia una mayor centralización política en detrimento de la relativa autonomía de las partes constituyentes [...]»; es más, añade Santamarina, «[...] en un contexto de densidad demográfica y complejidad política apreciables, no parece factible la organización de un sistema de dominio directo sin pasar antes por una fase de dominio hegemónico». Una vez cumplido este segundo objetivo, precisamente Moctezuma II se hallaba procurando lograr el primero. Por ello, concluye, «[...] puede afirmarse que el Imperio Mexica evolucionaba hacia una mayor centralización del poder cuando su desarrollo histórico fue interrumpido por los españoles».<sup>[85]</sup>

No obstante, también podríamos contemplar diversas «estrategias provinciales» a la hora de relacionarse con el poder central mexica por parte de los sometidos, tal y como propugnan Chance y Stark en un estimulante trabajo.<sup>[86]</sup>

## La guerra convencional

Las batallas convencionales del mundo mexica se libraban al amanecer si era posible, con los dos bandos buscándose para la pelea hasta alcanzar una distancia de unos escasos 60 metros. Mediante el sonido de tambores u otros instrumentos al uso como trompetas o caracoles de mar se daba la orden para el lanzamiento de flechas y proyectiles con las hondas y bajo ese paraguas se iniciaba el acercamiento a las filas del contrario. Las órdenes militares del ejército mexica —la orden del propio *tlatoani*, o de los príncipes; la orden de los águilas,<sup>[87]</sup> la orden de los leones y jaguares,<sup>[88]</sup> la de los coyotes,<sup>[89]</sup> por último, la de los pardos, es decir de soldados plebeyos, o *macehualtin*, que se habían distinguido en la guerra— eran las primeras en avanzar en solitario y las seguían soldados veteranos (o *tequihuah*). La unidad táctica mínima estaba formada por 4 o 5 soldados dirigidos por un veterano,

que a su vez se agrupaban en pelotones de hasta 20 hombres, los cuales acababan englobados en unidades mayores de 100, 200 e, incluso, de 400 hombres, todas ellas con su respectivo capitán, que, a su vez, recibían órdenes de un tercer oficial a cuyo mando se englobaban. Como el estrépito debía de ser notable, mediante señales de humo y el uso de estandartes se indicaban los movimientos de cada unidad y se daban las órdenes tácticas más adecuadas para cada situación. Una vez pasada la fase inicial de lanzamiento de dardos, pues las tropas de ambos contendientes se habían alcanzado, se iniciaba el combate cuerpo a cuerpo con las armas oportunas, picas o lanzas, espadas de madera, rodela, etc. Una descripción de fray Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana* es muy aclaratoria:

Al principio [de la batalla] jugaban de hondas y varas como dardos que sacaban con jugaderas y las tiraban muy recias. Arrojaban también piedras de mano. Tras estas llegaban los golpes de espada y rodela, con los cuales iban arrodados los de arco y flecha, y allí gastaban su almacén [...] después de gastada mucha parte de la munición, salían de refresco con unos lanzones y espadas largas de palo guarnecidas con pedernales agudos (que estas eran sus espadas), y traíanlas atadas y fiadas a la muñeca.<sup>[90]</sup>

Juan B. Pomar el cronista mestizo de Tetzaco, hizo un apunte interesante: como el ideal era capturar a los guerreros enemigos más famosos, casi siempre las batallas degeneraban en verdaderos duelos parciales en primera línea entre guerreros valerosos de ambos bandos asistidos por sus allegados e incluso se preveía disponer de gente de reserva para vencer en esos duelos tan trascendentes. Por lógica, al lucharse así, en determinados lugares del frente de combate aumentaba la mortandad entre los participantes y si se conseguía que el contrario huyera, por no soportar la presión y las bajas acumuladas, entonces se podían realizar muchas capturas saliendo tras ellos. Pero no dejaba de ser peligroso, pues si el contrario se reorganizaba merced al buen hacer de algún guerrero osado, el resultado es que aquellos que disponían de algún prisionero, como les dificultaban la marcha, se encontraban en la tesitura de abandonarlos ante el peligro de ser ellos capturados entonces. Por ello, se vieron casos que los prisioneros acabaron por tomar presos a sus captores ante la llegada de refuerzos de los suyos. Aunque estas tácticas eran contradictorias por naturaleza, pues si el máximo premio era conseguir prisioneros, cabía el riesgo de perder una batalla solo por satisfacer a determinados guerreros. Por ello, Pomar asegura que había hombres valerosos, generales y capitanes

que no se ocupaban en otra cosa más de en sustentar y tener en peso la batalla, sin curar de prender a ninguno contrario, aunque el tiempo y la ocasión se lo ofreciese, por no poner en riesgo de ser el ejército roto por los contrarios, si no era cuando estuviese ya seguro de esto.<sup>[91]</sup>

Según Ross Hassig, los soldados peleaban arduamente durante un cuarto de hora, salían de la refriega para refrescarse y volvían a entrar en la misma más tarde. Si se pelea con los flancos y la retaguardia protegidos por los compañeros, como en el caso mexica, la táctica de combate implicaba desorganizar las primeras líneas del contrario, romper su frente de combate y, dado el caso, abrir una brecha a partir de la cual dividir sus fuerzas en dos. Dado que se podía luchar con un número limitado de hombres en las primeras filas, la superioridad numérica era muy importante para el desgaste del contrario en la zona de choque directo y, por supuesto, también se podía optar por aumentar la extensión del frente, incluso flanquear al contrario y procurar rodearlo. Pero un punto clave, que sin duda influyó en sus luchas contra los castellanos, fue el hecho de que los mexicas buscaran la captura de prisioneros en combate, lo que parecía limitar el uso de sus armas, pues no se trataba de matar, sino, en todo caso, de herir para doblegar. Una vez más, Marco Cervera recurre a una cita de fray Juan de Torquemada, el cual aseguraba que nadie se entregaba de forma voluntaria, sino que peleaba por soltarse si había sido hecho prisionero, de modo que «[...] hacía todo lo posible el prendedor, por dejarretarle, en algún pie, o mano, y no matarlo, por llevarlo vivo al sacrificio». Es decir, el ideal era atrapar, inmovilizar y atar al contrario preso, para trasladarlo más tarde, pero si era necesario se le hería, en brazos y/o pies, para poder controlarlo mejor.<sup>[92]</sup>

Stan Declercq, citando a diversos cronistas, comenta que el hecho de realizar capturas de personas que se deben certificar como propias hizo que los prisioneros dudosos, es decir, aquellos por los que dos o más personas disputaban, pudieran ser sacrificados sin llegar a reconocerse a su captor. Por otro lado, estaba penado con dureza, mediante ahorcamiento, el hecho de pretender ser el dueño de una captura de manera fraudulenta o bien ceder a otra persona el prisionero obtenido. Es más, toda esta parafernalia recuerda inevitablemente a una partida de caza en la que cada actuante reclama su pieza o sus piezas y no se desea compartirlas con otros. Aunque se menciona el hecho de atar a los prisioneros, algunas imágenes de ciertos códices señalan el apresamiento tomando al contrario por los cabellos. Aunque esa acción de sometimiento se me antoja que separaba inevitablemente la caza de la guerra.<sup>[93]</sup>

Todo indica que en los encuentros contra el europeo, las armas arrojadas fueron más letales que las restantes, pues estas no estaban pensadas para dar muerte. En cambio, los dardos lanzados con *átlatl* o las piedras arrojadas con hondas, por no hablar de las flechas, por muy inferiores que fuesen si se las comparaba con la fuerza impulsora de una ballesta europea, siempre causaban muchos daños al penetrar en las zonas desprotegidas de los cuerpos de los europeos, ya fuesen rostros, cuellos, brazos o piernas. La táctica mexicana de envolvimiento del enemigo, con unas líneas delanteras que golpean e intentan arrollar a los contrarios, antes de trasladar a la retaguardia a los prisioneros, es asimilable, según V. Hanson, a la de zulúes y germanos, pero sin profundizar en una explicación de tales similitudes.<sup>[94]</sup>

Era habitual la ingesta de los cuerpos de los enemigos vencidos, una práctica que horrorizaba a los españoles y que les servía para demonizar a las sociedades aborígenes, pero que hubieron de tolerar, y esa es la gran paradoja, a sus aliados tlaxcalteca, sobre todo. Desde luego, los vencedores en una batalla se apresuraban a retirar los cuerpos de sus caídos para evitar que también fuesen comidos.<sup>[95]</sup> Es más, esa costumbre tan extendida quizá estuvo en el origen de la retirada de los cuerpos de los compañeros caídos en plena batalla, lo que a veces causaba extrañeza en los castellanos, por sus nefastas consecuencias tácticas, pero así lo hacían, al menos, los mayas. Ahora bien, dichas consideraciones en un combate contra europeos, que reaccionaban de manera distinta en la lucha y portaban otro tipo de armamento, es muy posible que resultaran ser contraproducentes, pues los hombres de Cortés solo buscaban la aniquilación del contrario si este no retrocedía —otra cuestión es cómo el caudillo extremeño, como veremos, satisfizo las ansias de prisioneros de sus aliados aborígenes—.

Los mexicas tuvieron que adaptarse a una orografía complicada, a pelear en ciudades lacustres y a batallar en otras que no lo eran, de modo que también desarrollaron diversas estratagemas. En un momento dado, podían fingir una retirada para obligar al contrario a seguirles y hacer que cayesen sobre el mismo tropas emboscadas. Podían construir trampas en el suelo, que cubrían de estacas, por donde harían que pasase el enemigo, o sencillamente obstruir caminos. En las ciudades, dada su arquitectura, se podía atacar al contrario desde las azoteas de los pisos superiores con el lanzamiento de todo tipo de proyectiles. Pero el combate cuerpo a cuerpo era fundamental. Está claro que en una lucha de tipo gladiatorio, los más habilidosos no solo sobrevivían, sino que recibían las máximas recompensas. Cuando el escenario de la batalla era una urbe situada en los lagos del valle central, los mexicas

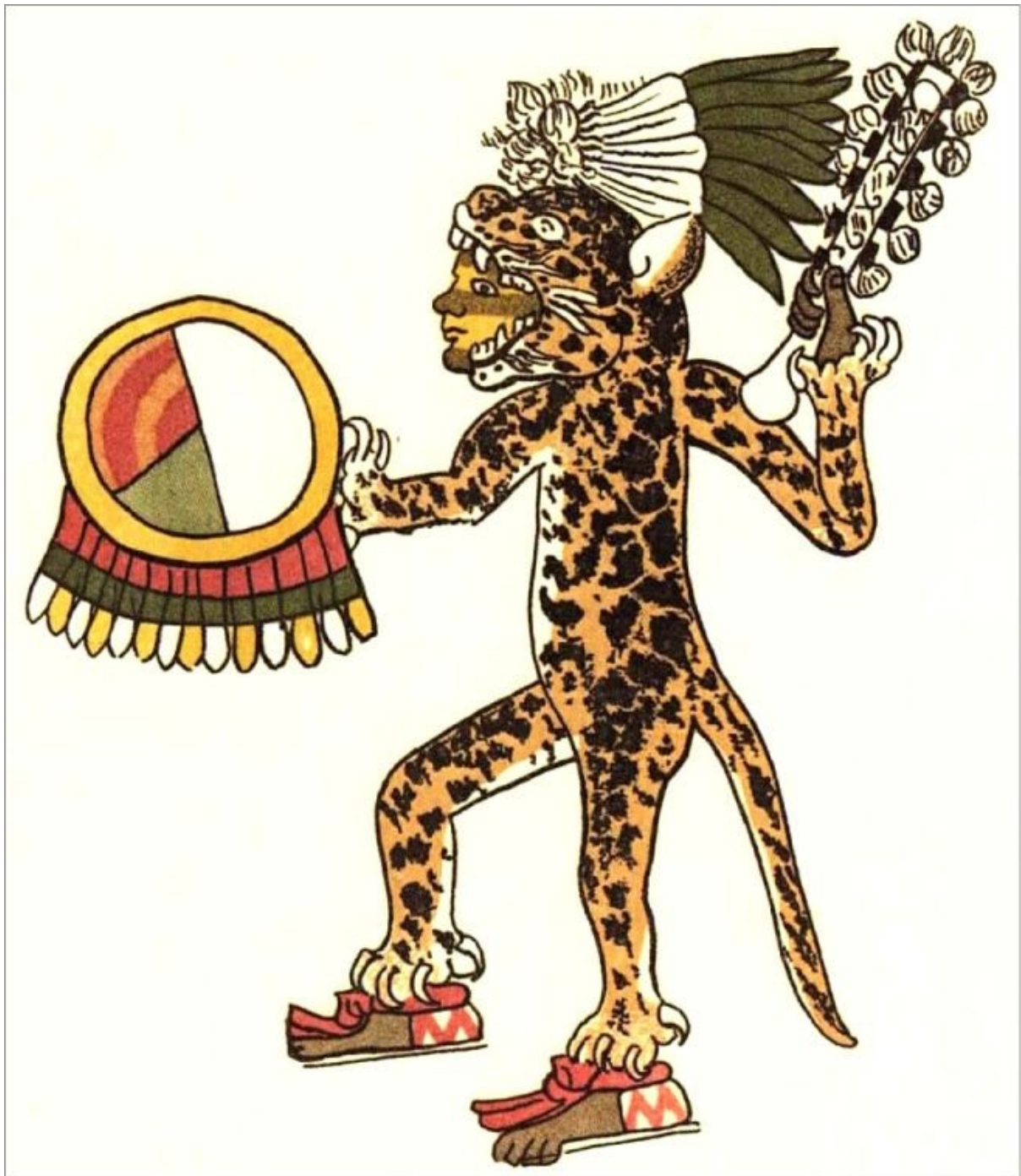
disponían de dos tipos de embarcaciones, según su tamaño, que acorazaban para la guerra, detrás de cuyas defensas colocaban arqueros que disparaban sus proyectiles. Aunque también colocaban trampas disimuladas en el agua, o bien fingían retiradas para atraer las canoas del contrario a una emboscada.

En el mundo mexica, los grados militares se adquirían gracias al número de enemigos capturado, sujetos pacientes de los posteriores sacrificios. Ese era el barómetro de la meritocracia. Marco Cervera nos ofrece un cuadro acerca de la adquisición de grados en función de la capacidad demostrada en combate, que este autor toma de los trabajos de Jesús Monjarás y Luz María Mohar. Aquellos que no habían aprisionado a ningún enemigo —pero habían matado contrarios, se entiende— se denominaban *cuexpalchicacpol* y usaban una indumentaria específica. Si habían capturado un prisionero se llamaban *telpochtliyaqui tlamani* y podía usar un traje de algodón. Si eran dos o tres los capturados el rango era el de *papalotlahitzli* o *cuextecatli*, podían ser instructores y tenían mando sobre otros hombres. Sus trajes tenían tonos rojos, azules y amarillos y portaban una nariguera de oro. Los capitanes *mexicatli* o *tolnahuácatli* habían capturado cuatro prisioneros y tenían derecho a portar el traje de *océlotl*, cuya indumentaria y el casco imitaban a un jaguar. Cuando se habían obtenido cinco prisioneros, los capitanes se denominaban *quauhyacame* y el derecho a la vestimenta especial era el traje de *xopilli*. Por lo explicado, se entiende que el uso de insignias de prestigio estaba muy regulado y visualizado mediante esos trajes específicos, además de permitirse a los guerreros más capacitados poder estar cerca de los grandes capitanes en las ceremonias o encuentros protocolarios. También parece sugerirse a partir del estudio de los códices que las defensas de algodón, los *ichcahupilli* (escaupiles) tenían un diseño distinto si eran usados por gentes de la plebe mexica, los *macehualtin*, o por la gente noble, o *pipiltin*, en cuyo caso la prenda defensiva podía alcanzar las rodillas, sin rebasar la cintura en el primero. Otras fuentes permiten hablar de la existencia de los *cuauhuehuetl*, capitanes con mucha experiencia de combate, y los *quachic*, guerreros tan valientes que preferían morir en combate antes que retroceder. Estos hombres, junto con los llamados *otomitl*, conformaban la vanguardia en las batallas, pero también eran aquellos que en grupos de 4 y hasta 20 individuos podían emprender operaciones concretas, como preparar emboscadas o explorar el terreno. Su aspecto era tan feroz que no necesitaban ningún traje especial para inspirar terror en el enemigo. De hecho, eran reconocibles por su peinado y por el hecho de batallar desnudos, pero con el cuerpo pintado. Según Isabel Bueno, «En la batalla cada cuachic velaba por la vida de tres o cuatro novatos



porque se les consideraba “amparo y muralla de los suyos” y eran capaces de permanecer inmóviles, sin comer o beber, varios días para alcanzar su objetivo».<sup>[96]</sup> Por otro lado, existió la figura del *cuexpalchicacpol*, es decir, un guerrero que había acudido a al menos dos batallas y no había capturado a ningún contrario. El padre Sahagún aporta, asimismo, el título de *cuauhtlocélotl* para designar a los hombres especialmente diestros en la guerra.<sup>[97]</sup>

Tras la batalla, se procuraba atender a los heridos, puesto que existían los cirujanos de guerra, o *texoxotlaticitl*, y médicos-sacerdotes, o *tlamacazque*. Según algunos testimonios, los mexicas disponían de unas personas encargadas de recoger a los heridos del campo de batalla y los acercaban donde se encontraba el servicio médico. Los muertos, en especial los de mayor rango, eran quemados y sus cenizas se llevaban de vuelta con las tropas. Porque los cuerpos de otros guerreros podían descarnarse para ofrecer sus despojos a los dioses. Se informaba al *tlatoani* del resultado de la batalla y se debía tener cierta idea de los caídos en el combate,<sup>[98]</sup> dado que se confeccionaban listas para dar la noticia y compensar a sus familias.<sup>[99]</sup> Y, sobre todo, había que saber qué guerreros habían sobresalido y cuántos prisioneros de guerra se habían logrado. Por otro lado, al conquistarse una plaza, también llegarían atados a Tenochtitlan las mujeres y niños de los derrotados. En abril se realizaba un gran ceremonial, al que debían asistir los mandatarios del imperio, para sacrificar a la mayor parte de los capturados.  
[100]



Los guerreros jaguar constituían la élite del ejército mexica. Solían enviarse al frente de la batalla en las campañas militares. Para alcanzar el estatus de jaguar, el soldado debía capturar doce enemigos vivos en dos campañas consecutivas.

En palabras de Isabel Bueno, «Los espectáculos de masas fueron fomentados por el imperio mexicano para hacer ostentación de su poder y controlar a las comunidades, haciéndolas partícipes y cómplices».<sup>[101]</sup> Las celebraciones implicaban el sacrificio de seres humanos, una cuestión siempre controvertida, pero está claro que, en todo caso, no fueron los mexicas sus introductores en Mesoamérica. Sin duda, hubo sacrificios humanos en la

ciudad de Teotihuacan. Los toltecas y los acolhuas sacrificaron seres humanos y los mexicas, al entrar en contacto con ellos y sus prácticas, los adoptaron. Pero, sobre todo, fue tras su asentamiento en el valle central de México, al estar bajo la tutela gubernativa de los tepanecas de Azcapotzalco, cuando los mexicas asumieron los aspectos sociogubernativos e ideológico-religiosos de los mismos y de ahí que las prácticas como la extracción de los corazones, pero también el flechamiento y el posterior desollamiento del cuerpo, además del llamado sacrificio gladiatorio,<sup>[102]</sup> estuviesen bien insertadas en el calendario festivo-religioso. Era este un calendario muy nutrido de por sí de celebraciones, que aumentaron conforme lo hizo la extensión del imperio y, con ella, los triunfos militares. No fue hasta el reinado de Moctezuma I cuando se sistematizaron las conmemoraciones en el ámbito mexica. Yolotl González, citada por Isabel Bueno, afirmaba que «En un Estado centralizado el sacrificio se convierte, con su función reguladora y controladora de la violencia, en un medio de manipulación y de obtención de poder político a través del manejo de la ideología y de las fuerzas sobrenaturales».<sup>[103]</sup> Para Alfredo López Austin:

[...] la explicación [de los sacrificios humanos] debe buscarse en la ineficacia de los conquistadores para dominar a los pueblos que habían caído bajo sus armas. Cuando la rebeldía de los vencidos podía echar por tierra los logros bélicos, debía optarse entre disminuir el beneficio de la expoliación o arriesgarse al surgimiento de un peligroso movimiento de liberación.<sup>[104]</sup>

Y añade:

[...] en el fondo los mexicas también querían dominar a menor costo. La guerra cansaba con los siglos, y el intento de difundir el culto de Huitzilopochtli como rector y el de sus hijos como modernos toltecas creadores de cepas de gobierno era, a todas vistas, la pretensión de un cambio de vida. [...] La era del dominio pacífico, religioso, pretendía iniciarse cuando llegaron otros conquistadores [...].<sup>[105]</sup>

El propio López Austin, en un trabajo conjunto con Leonardo López Luján, se desdijo en buena medida de esa idea acerca del dominio pacífico, religioso, que nunca llegó a ver la luz, sino que, más bien, existieron o, mejor, coexistieron estrategias de dominación coercitivas e ideológicas, las cuales, por cierto, aplicó la Monarquía Hispánica. López Austin lo reconoce sin ambages:

La Conquista [española] y la Colonia se establecieron gracias a dos formas concurrentes y complementarias de dominación: por una parte, el avance militar y el establecimiento de un

orden político hegemónico, bases del nuevo orden económico de explotación a los indígenas; por la otra, el adoctrinamiento religioso y la aculturación de los indígenas bajo los cánones del pensamiento occidental. No es posible —como lo han pretendido algunos de los defensores de la evangelización— separar la conquista militar de la llamada «conquista espiritual», pues ninguna puede explicarse sin el auxilio de la otra, ni ambas sin su unión a la empresa imperial. [106]

Stan Declercq, merced al uso de los cronistas y la comparación con otros espacios americanos, nos revela todo el ceremonial de recibimiento de los prisioneros de guerra: eran aclamados con cánticos específicos para ese momento, como si se entrase de nuevo en guerra, y los propios prisioneros participaban de tales cánticos y bailes<sup>[107]</sup> junto con los principales mexicas y honraban el templo de Huitzilopochtli. En esos cantos, muchos tomados al enemigo, se celebraban hazañas bélicas y de los antepasados. Recibían entonces un refrigerio y eran sahumerizados como personas con un destino importante, en este caso, el sacrificio. Pasaban ante el *tlatoani* para ser recibidos formalmente y eran llevados a un lugar especial, un recinto donde guardar a las víctimas sacrificiales, el *malcalli*, para, posteriormente, poner a los presos en filas delante del *tzompantli*, donde los guerreros captores se identificaban como tales. Había jaulas de madera en las que se guardaban a los cautivos durante un tiempo, llamadas *teylpiloyan* por fray Juan de Torquemada para diferenciarlas de las jaulas para presos comunes, o *quauhcalco*. Después, el prisionero pasaba a ser custodiado por el *calpulli* de su captor, donde era vestido y alimentado como un miembro más y se le daba un buen tratamiento. Incluso podía disponer de prostitutas como si de una esposa mexica se tratase. De esa forma, la integración en la nueva comunidad era total. En un momento dado, a elección de los sacerdotes de acuerdo con un calendario de actos, el prisionero era trasladado de nuevo a un templo principal, donde era inmolado. Era habitual que el capturado hiciera referencia a la honra de su localidad de procedencia y se regocijaba por tener un final digno, el mejor, de hecho, aparte de morir en combate. Tanto en un caso como en otro, el destino final era morar en el cielo mexica, en un llano cerca del sol. Después del ritual sacrificial, el guerrero captor disponía de los restos y los trasladaba a su *calpulli*. Según fray Juan de Torquemada:

[...] llegaba con sus deudos y amigos el que lo había cautivado y preso y llevábenselo con grandes regocijos y solemnidades y hacíanlo guisar, y con otras comidas hacían un muy solemne y regocijado banquete; y si el que hacía esta fiesta era rico, daba a todos los convidados mantas de algodón.

Por último, se realizaban ciertos ritos *post mortem* donde toda la comunidad, pero sobre todo el guerrero captor, los huesos de la víctima y su alma tenían un rol importante que desempeñar.

En toda la parafernalia descrita era muy importante la vestimenta, la apariencia física tanto de captor como de capturado. Solo ellos podían vestirse de esa forma, cuando existía todo un ritual formalizado con 48 clases de mantas distintas y 11 taparrabos. Cuando se acercaba el momento de la ejecución, el captor y su prisionero se vestían ambos con los atributos de las víctimas sacrificiales. Durante el mes de Tlacaxipehualiztli<sup>[108]</sup> se presentaban las víctimas rayadas de rojo y blanco, con banderas de papel y rayas pintadas de hule negro o *huahuantin*, mientras que los guerreros captores se pintaban de color rojo, con brazos y piernas cubiertos con plumas blancas de guajolote. De esa forma, uno y otro se identificaban y, de alguna forma, el captor resaltaba su posición al ofrecer un cautivo para el sacrificio.

El guerrero exitoso, capturador de enemigos, es decir aquel que contribuía a mantener a los dioses vivos gracias a la muerte de los capturados en batalla, recibía como premio poder gozar de un número variable de mujeres. De entrada, cuando un guerrero joven regresaba con un primer prisionero era el momento en que podía desposarse. Declercq cita al cronista Hernando de Alvarado Tezozómoc, que señalaba que existía una ley entre los mexicas según la cual:

[...] el varón que más fuere y valiere en las guerras, en premio les concedemos que de nuestras hijas y nietas y sobrinas, al que mereciere, conforme a su valor y valentía, tenga en su casa dos o tres o cuatro mujeres suyas y los más valerosos podían tener ocho o diez mujeres si las podían sustentar.

Por otro lado, según fray Diego Durán y fray Bernardino de Sahagún, los guerreros notables por sus capturas, conocidos como «caballeros del sol» podían beber cacao, vestirse con algodón y ciertas plumas, portar tocados especiales, afeitarse parte de la cabeza, acudir calzados a palacio, tener el derecho a bailar, perfumarse y ponerse flores. Algunos, los más destacados, podían comer en el palacio del *tlatoani*, quien les ofrecía parte de los alimentos sobrantes de su propia comida. También recibían tierras y, quizá lo más chocante para el europeo, el permiso para la ingesta de carne humana. Una costumbre muy arraigada en toda Mesoamérica.<sup>[109]</sup>

## Las guerras floridas

**D**e manera tradicional se había pensado que la forma usual de obtener prisioneros para ser sacrificados era a través de un tipo de guerra ritualizada, o *xochiyaóyotl*, que se pactaba previamente entre los señores de diversos pueblos: las guerras floridas.<sup>[110]</sup> Es conocida la afirmación del antropólogo Michael Harner, el cual creía que los mexicas sacrificaban un gran número de personas para poder comer los cuerpos de los mismos, ya que el imperio a finales del siglo XV se encontraba en plena crisis alimentaria, pero también como una forma de equilibrar el sistema social y económico. Así, se refirió a la existencia de un «imperio caníbal», una hipótesis que fue rebatida un año después de ser establecida, en 1977, por Barbara Price. En cuanto a la antropofagia ritual mexica, sin duda existió, pero reservada a la clase privilegiada y, dentro de la misma, a la alta oficialidad militar.<sup>[111]</sup> Los informantes de fray Bernardino de Sahagún afirmaban que se distribuía el cuerpo del prisionero sacrificado siguiendo determinadas pautas de reparto si los captores habían sido varios. Además, los trofeos de guerra, como el corte de cabezas del enemigo, eran apreciados por el prestigio que permitían obtener a los guerreros. En el caso mexica destaca la confección de largos muros a base de cráneos de guerreros enemigos, el *tzompantli*, que luego se expondría en la plaza central de Tenochtitlan y otros lugares. Con el tiempo, estos muros fueron adornados también con cabezas de castellanos e, incluso, de sus caballos.<sup>[112]</sup> Por ello, cabe decir, siguiendo a M. Sahlins citado por Stan Declercq, que en el modelo mexica

nunca había canibalismo culinario. La víctima se asimila al dios y al sacrificante, y el consumo de la carne solamente tiene sentido por su carácter sagrado. Así, cautivos y esclavos eran divinizados. A través del consumo de la carne de las víctimas, se establece una comunión con los dioses. Al mismo tiempo, la fuerza divina se incorpora en los comensales.<sup>[113]</sup>

Pero lo cierto es que entre sociedades menos avanzadas,<sup>[114]</sup> como los chichimecas, parece haber pruebas de ingesta de enemigos sin carácter ritual, sino plenamente dietético, y, por otro lado, cuando se produjeron sacrificios de castellanos, ¿era también su ingesta ritual a la manera de Sahlins, o representa una manera de vengarse y de castigarlos? Y, en el transcurso del sitio de México-Tenochtitlan, en unas condiciones terribles, ¿la ingesta de los cuerpos de los vencidos no sería una manera de alimentarse fuera de todo tipo de consideración ritual? Estas cuestiones, planteadas por Declercq a partir de trabajos de M. Graulich e Y. González Torres, demuestran la amplitud del debate. Con todo, lo más interesante es la gestión, como se verá, que hizo

Cortés de esta problemática cuando tuvo que permitir a sus aliados aborígenes semejantes prácticas.<sup>[115]</sup>

Por otro lado, al menos entre los tarascos, mientras los prisioneros jóvenes, hombres y mujeres, podían ser llevados de vuelta a Michoacan sin demasiados problemas para su transporte, el canibalismo, en cambio, se ejercía sobre otros segmentos de la población: «los viejos y viejas y los niños de cuna y los heridos, sacrificaban antes que se partiesen en los términos de sus enemigos, y cocían aquellas carnes y comíanselas».<sup>[116]</sup> Sea como fuere, tampoco se puede olvidar que a nivel de cultura popular, por así decirlo, ha cundido la idea de ser las mesoamericanas unas sociedades militaristas y sedientas de sangre, lo cual no es cierto en absoluto. Ruvalcaba Mercado nos lo recuerda citando a Sophie Coe, para quien existe un viejo cliché según el cual «[...] los aztecas eran unos militaristas sedientos de sangre, dejándolo como una sobresimplificación ridícula, producto de la autojustificación de los europeos que ha sobrevivido a causa de ese rasgo sombrío que nubla nuestro pensamiento».<sup>[117]</sup>

Aunque no se conoce a ciencia cierta el origen de las guerras floridas, como tantos otros elementos de su cultura bélico-religiosa, todo apunta a que los mexicas pudieron introducir prácticas propias de los toltecas. Un cronista, Francisco Chimalpáhin, creía que las guerras floridas ya fueron practicadas por Chalco contra los tlacochealcas en 1324, contra los tepanecas en 1381 y contra los mexicas en 1378. La guerra contra Chalco, que se prolongó en el tiempo durante muchos años, sin duda estuvo en el origen de un endurecimiento de la misma, pues llegó un momento en el que incluso los nobles combatientes eran muertos en los combates. El uso de los arcos y las flechas en la campaña de 1453, con la posibilidad de matar a distancia, de manera que la habilidad personal contaba mucho menos, hubo de desestabilizar la situación, de forma que los mexicas optaron por aislar Chalco y derrotarla mediante un sitio de desgaste. No quisieron jugarse el todo por el todo en un enfrentamiento directo, que podía causarles numerosas bajas e incluso la derrota, y se decantaron por una presión intermitente que, incluso, permitía otras aventuras militares. Para Ross Hassig, «La perspectiva de guerras prolongadas con pocas ganancias inmediatas era, sin embargo, problemática para un imperio en el que la pérdida de tributos amenazaba el poder del rey», de ahí el uso de estos conflictos pactados.<sup>[118]</sup> Ambos contendientes mandaban al combate fuerzas escogidas, generalmente nobles bien entrenados en el uso de las diversas armas, en forma de contingentes con igual número de hombres, que eran los únicos que se enfrentaban. De esta

manera, si los mexicas vencían, sus contrarios debían capitular y aceptar las condiciones de vasallaje tributario impuestas. Si el sistema no funcionaba, poco a poco se iba virando a un tipo de guerra convencional cada vez más dura, más cruel, de desgaste, con tendencia a ir conquistando los enclaves que rodeaban a las ciudades más remisas a aceptar la derrota.

Para Marco Cervera Obregón, las guerras floridas se emplearon contra Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, Atlixco, Tecóac y Tiliuhquitepec. Por tanto, sería lícito pensar que este tipo de conflicto era parte de la estrategia bélica, en el sentido de que se usaba contra vecinos poderosos y se buscaba el desgaste, insisto; era mejor la cautela que no sufrir una derrota. Por otro lado, la nobleza participaba en unos enfrentamientos meritorios, muy especializados, en los que no todo el mundo podía sobresalir con facilidad. De hecho, en el reinado de Tizoc, según afirma Isabel Bueno, se obligó a los *macehualtin* a sobresalir en las guerras floridas para escalar socialmente, a sabiendas que no lo tendrían fácil. No se les cerraban las puertas, pero eran difíciles de atravesar. Así, se contaba con soldados de élite —bien entrenados— en todo momento y, además, se enviaba un mensaje a todos los vecinos del poderío de los ejércitos mexicas. Por otro lado, la ideología transmitida sugería el carácter sagrado de la guerra, pues se recibían prisioneros para ser sacrificados a los dioses, y, por ello, el ejército y, dentro del mismo, la élite noble era imprescindible para la sociedad mexicana. Con su estatus mantenido a salvo, la fama y la gloria obtenidas eran fundamentales, incluso en caso de muerte heroica, que para los mexicas era, más bien, una muerte afortunada (o *xuchimiquiztli*).

Aunque menudearon las guerras floridas desde la época de Moctezuma I, no solo Tenochtitlan luchó de tal guisa contra los señoríos enemigos arriba mencionados, sino que también se sumaron Tetzaco y Tlacopan. Un *tlatoani* de Tlacopan, Totoquihuatzin, resultó muerto en la que libró contra Atlixco y Huexotzinco en 1468-1469. Y no siempre hubo victorias, pues en 1504 la guerra florida contra las dos ciudades citadas y Cholula acabó en derrota y gran desprestigio, pues murieron familiares del propio Moctezuma II en la misma. Es más, esa derrota condujo a una revuelta de los huastecas, lo que demuestra el papel propagandístico de la guerra florida tanto en un sentido positivo, al ensalzar el poder mexicana, como en otro negativo, cuando evidenciaba su debilidad. Más tarde, Moctezuma II obtuvo algunas victorias y procuró atraerse tanto a Cholula como a Huexotzinco contra Tlaxcala, e incluso a esta cuando la hueste de Cortés ya operaba en el territorio. Sin duda, fue una suerte para el extremeño ese orden de cosas cuando apareció en el



valle central mexicano dispuesto a hacerse famoso o morir en el intento. Stan Declercq sugiere, asimismo, que unos conflictos calificados como guerras floridas en su comienzo acabaron siendo guerras clásicas o convencionales, destinadas al sometimiento y conquista, más adelante.<sup>[119]</sup> O bien a la derrota, como le ocurrió a Moctezuma II.

Pronto se plantea la pregunta de cómo fue posible que un señorío como Tlaxcala, aunque poderoso, pudiera aguantar tanto tiempo enfrentado a la todopoderosa y cercana Triple Alianza. Las respuestas que se obtienen a través de los cronistas, alguno de los cuales, como Andrés de Tapia, le preguntaron directamente al *tlatoani* tenochca, es que las guerras floridas se mantenían porque no dejaban de ser un entrenamiento militar de primer orden para la nobleza y una fuente segura y cercana de prisioneros para los sacrificios. Pero esas respuestas se pueden considerar, también, como excusas. Por otro lado, parece factible pensar que Moctezuma II estaba decidido a acabar con la independencia de Tlaxcala, pues ya lo había conseguido con Huexotzinco y Cholula, pero le faltó tiempo.



Fray Diego Durán afirma en sus crónicas que el *xochiyáoyotl*, las guerras floridas, fue instituido por Tlacaelel durante la gran hambruna de Mesoamérica de 1450-1454. Estas narran que Tlacaelel, junto con los dirigentes de Tlaxcala, Cholula y Huexotzingo, organizó batallas rituales para ofrecer suficientes víctimas y apaciguar a los dioses.

Cortés llegó demasiado pronto. Además, también los potentes tarascos estaban sin conquistar y había otros muchos problemas que atender. Por otro lado, tampoco hay que dejar de lado la ferocidad bélica de los propios tlaxcaltecas, que lucharon siempre a la desesperada.<sup>[120]</sup>

Ahora bien, al hablar de guerras floridas se podría caer en la tentación de pensar que todo el fenómeno bélico mexica giraba en torno a una guerra ritual o ritualizada, cuando, como hemos señalado, contaba con suficientes elementos pragmáticos. De hecho, se puede hablar de la existencia de unas leyes de la guerra en el mundo mexica que no servían, precisamente, para limitar la acción de sus guerreros en el campo de batalla. En todo caso, existieron tribunales de guerra formados por cinco capitanes que solo dirimían asuntos de dicho calado y que actuaban *in situ*, en el propio campo de batalla, para tratar de cualquier delito que se produjese e imponer una condena inmediata. La mayoría de dichas faltas —desobediencia, cobardía, desertión, robo de un cautivo, traición, cautiverio o el uso indebido de los símbolos— se sancionaba con la pena de muerte. Pero no fueron extraordinarios, sino relativamente comunes, algunos comportamientos muy duros, propios de una civilización en la que el peso de lo militar fue muy importante. Por ejemplo, los mexicas masacraron a la población no combatiente de algunas ciudades en las guerras tepanecas, según relató fray Diego Durán, tras vencerlos. También mutilaron prisioneros, cortando orejas y narices, por ejemplo en el caso de Xochimilco, cuando los mexicas eran mercenarios de Culhuacan. La esclavitud de mujeres y niños, que eran repartidos por diversas localidades del imperio, demuestra que no todo el prisionero de guerra acababa sacrificado de inmediato. Asimismo, el padre Durán informó de la ejecución de 500 prisioneros de Chalco en la hoguera, pero una vez que les había sido extraído el corazón, es decir, se les practicó la cardioectomía ritual.



Pero, es más, lo habitual en un conflicto mexica de conquista era quemar los templos, saquear y robar, el método más fácil para contentar a las tropas, que así recibirían una recompensa. Además, cuando las tropas pasaban por un poblado ya sometido, si no recibían todo lo requerido por los guerreros era habitual que estos robasen y saqueasen, desnudasen a los habitantes, los agredían físicamente y sexualmente, podían destruir sus cultivos, aparte de otras muchas injurias y daños, escribió una vez más el padre Durán. Esos comportamientos servían al cronista citado para asegurar a sus lectores que los mexicas trataron a aquellos que conquistaron peor que los españoles los trataron a ellos cuando, a su vez, lo fueron. Dejando de lado el debate acerca de la veracidad absoluta o relativa del último aserto, lo cierto es que la presión ejercida sobre otros pueblos del entorno no se limitó al hecho de sacrificar a cierto número de personas, sino que era mucho más profunda y alcanzaba a todos los estratos sociales. De ahí el odio suscitado por los mexicas. Es decir, que podríamos pensar, rememorando el título de la famosa obra de don Miguel León-Portilla, en una visión de los vencidos (por los mexicas) anterior a la visión de los vencidos (cuando lo fueron los propios mexicas). También los tarascos pudieron perpetrar grandes masacres con los civiles no combatientes que han sido interpretadas siempre como sacrificios, cuando solo tenían en común con aquellos la cardioectomía como fórmula para administrar la muerte.<sup>[121]</sup>

## Formación militar

En el mundo mexica, la formación militar fue un aspecto especialmente mimado por el poder. Teniendo en cuenta que en el reinado de Itzcoatl se «reescribió» la historia mexica, olvidando, de manera oportuna, los momentos oscuros y apareciendo en su lugar una «historia oficial» que alababa la aparición de un pueblo valiente y orgulloso: el pueblo del sol.<sup>[122]</sup> Con Moctezuma I se sancionó la obligatoriedad de la enseñanza, que estuvo en manos del Estado central. Cada barrio disponía de un centro de enseñanza en el que, entre otras materias, veteranos de guerra impartían docencia acerca del manejo de las armas y valores castrenses, pues no debemos olvidar que entre los mexicas las virtudes estaban estrechamente relacionadas y se obtenían mediante el éxito militar. La escuela para los nobles, *calmecac*, estaba patrocinada por el dios Quetzalcóatl, mientras que la escuela para los plebeyos, llamada *telpohcalli*, lo era por el dios guerrero Tezcatlipoca.<sup>[123]</sup> Lo cual no deja de ser extraño, ya que el dios patrón de los mexicas y en especial de la guerra era Huitzilopochtli. En el *calmecac*, que funcionó como un internado y se localizaba en el recinto del Templo Mayor asistido por sacerdotes-guerreros, los alumnos aprendían materias como retórica, poesía o escritura, astrología o cómputo del tiempo, pero también estrategia y táctica militares, además de protocolo y otros aspectos sociales. En cambio, el manejo de las armas se impartía en el *telpohcalli* y había uno en cada *calpulli*. Por tanto, sería poco habitual que los plebeyos acudiesen al *calmecac*, pero es seguro que los nobles se formaban también en el *telpohcalli*. Mientras las enseñanzas de la primera se acababan en torno a los veinte años —los cronistas no están de acuerdo con cuántos años se entraba—, en el caso del *telpohcalli* se acudía al mismo a los quince, cuando ya la persona disponía de fuerza para aprender a usar las armas. Además, parece que los alumnos serían llevados al campo de batalla para ir adquiriendo experiencia práctica.

Aunque lo cierto es que fue la nobleza y no los *macehuales* quien recibió el mejor entrenamiento militar, dispuso de las mejores armas y las defensas corporales más elaboradas, de manera que eran sus miembros quienes podían destacar en el combate de manera más fácil. El combate cuerpo a cuerpo, cabe aclarar, porque el uso de arcos y flechas se reservaba a los plebeyos.<sup>[124]</sup> Gracias a dicha circunstancia, los miembros de la clase dominante podían obtener los mayores beneficios materiales y el prestigio social tan anhelado que conducía al disfrute de los máximos cargos públicos. Una buena actuación en combate de los comunes también tenía su recompensa, pero nunca sería alcanzar el rango de señor, o *tecutli*. De esa forma, la élite guerrera necesitaba de nuevos conflictos que justificasen su protagonismo



social. Como además la religión del Estado precisaba de los sacrificios humanos para contentar a las divinidades, y estos se lograban capturando enemigos, una vez más la guerra siempre estaría justificada. Es decir, cuando no había razones de índole económica, política, estratégica o de cualquier otro tipo para declarar la guerra, el pretexto religioso era perfecto, pues era asumido por todos y necesario para el funcionamiento del día a día. De esa manera, los gobernantes mexicas consiguieron que su sociedad asimilase la guerra con un acto sagrado. El volumen necesario de personas sacrificiales en un momento dado dependía de la voluntad mexica por demostrar tanto a los ya conquistados como a los que estaban en vías de serlo su supremacía política y militar y, por ello, no era esta ya una cuestión religiosa, sino meramente política.<sup>[125]</sup>



La imagen muestra el sacrificio de un noble azteca por su país. El héroe es Ezhuahuatl, primo de Moctezuma, en su trono, a quien se le dio la oportunidad de convertirse en gobernante de los chalco, pero se puso a bailar en un poste, del que se arrojó para salvar a su pueblo de ser esclavo de los chalco. *Códice Tovar*, ca. XVI. Courtesy of the John Carter Brown Library.

## El espacio físico y social de la contienda

El lugar escogido por los mexicas para asentarse era muy peculiar. El valle central de México estaba presidido por el gran lago de Tetzaco, una gran masa de agua en forma de doble ese con unos 70 kilómetros de largo y algo más de 30 de ancho. Con una superficie de unos 1000 kilómetros cuadrados, su profundidad era de pocos metros, pero se dividía en dos zonas bien diferenciadas por una particularidad: la parte septentrional, en realidad los lagos de Xaltocan y de Tetzaco propiamente dichos, estaba conformada por agua salada, mientras que la meridional —lagos de Xochimilco y de Chalco— contenía agua dulce procedente de las lluvias que las cadenas de montañas circundantes conducían al lago. Un dique de 12 kilómetros de largo y 7 metros de ancho que enlazaba Atzacoulco con Iztapalapa impedía que las aguas de una y otra parte se mezclaran.<sup>[126]</sup> El lago quedaba insertado en un altiplano a 2200 metros de altitud y el valle tendría una superficie total de unos 8000 kilómetros cuadrados, muy densamente poblados. El secreto era la agricultura intensiva practicada mediante el uso de sistemas de riego muy desarrollados, que incluía la producción en bancales y *chinampas*, islas artificiales largas y estrechas logradas gracias a la acumulación de lodo del fondo de la parte de agua dulce del lago.<sup>[127]</sup>

En el momento de la llegada de la hueste de Hernán Cortés, el Imperio mexica se habría extendido por unos 200 000 kilómetros cuadrados y estaría habitado por entre 5 y 6 millones de personas. Antonio Aimi no cree probable una movilización total de los varones en edad militar, entre veinte y cuarenta años, como apuntó en su momento Ross Hassig, de modo que reduce la cifra de tropas de la Triple Alianza a unos 16 000 hombres bien adiestrados —una cifra que se me antoja demasiado reducida—; ni tampoco el imperio había levantado una burocracia profesionalizada. De hecho, encuentra un gran obstáculo en el establecimiento de un imperio hegemónico en lugar de territorial, de manera que, desde su punto de vista:

El Imperio azteca era principalmente un Estado joven que no había integrado las ciudades y etnias conquistadas y que tenía enemigos hostiles, en ocasiones muy bien aguerridos, como, por ejemplo, las ciudades del Valle de Puebla, los señoríos huastecas, el Imperio tarasco y los reinos de Tututépec, Metztitlan y Yopitzinco.<sup>[128]</sup>

Pero, con independencia de que podamos criticar el poderío exacto del Imperio mexica y el verdadero alcance de sus logros militares, lo que no deja lugar a las dudas era el magnífico esplendor de la gran ciudad, Tenochtitlan. Asentada en varias islas en el centro del lago Tetzaco, con una superficie de entre 12 y 15 kilómetros cuadrados, la gran urbe llegó a tener entre 150 000 y

200 000 habitantes. En aquellos momentos, no existía en la península ibérica una ciudad de semejante tamaño y recordemos que las ciudades europeas más grandes de aquel tiempo, Nápoles, Venecia y París se movían en torno a los 100 000 o 125 000 habitantes. Los edificios de la ciudad, que en recordado pasaje de la famosa obra de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, eran asimilados a las casas encantadas que aparecían en la reconocida novela de caballerías, *Amadís de Gaula*, no dejaron a ningún europeo de la hueste cortesiana indiferente.<sup>[129]</sup> La ciudad se comparaba con facilidad a Venecia por el hecho de contar con numerosos canales<sup>[130]</sup> que la atravesaban, así como con varias calzadas elevadas, hasta cinco tramos de entre 3 y 7 kilómetros y una anchura de 8 pasos, que conectaban la isla con los márgenes de tierra firme del lago. En el entorno de este, en múltiples ciudades cercanas conectadas entre sí, podían vivir otras 400 000 personas en una superficie de unos 600 kilómetros cuadrados.

Las casas, de dos alturas y con una terraza superior, de piedra o pintadas de blanco, se extendían hasta alcanzar el centro de la ciudad, donde se hallaban las pirámides ceremoniales y el gran templo central, situado en una gran plaza cuadrada de 450 metros de lado. La gran pirámide central medía 35 metros de altura y estaba rematada por los dos templos gemelos dedicados a Tláloc y Huitzilopochtli. Pero eran 78 los edificios que constituían el Templo Mayor, pues incluían oratorios, escuelas y otras dependencias. Si entrásemos en la zona central de México-Tenochtitlan desde la calzada de Tlacopan encontraríamos enfrente el espacio dedicado al juego de pelota, a la derecha se localizaba el templo de Xippe Tótec y a la izquierda la Casa de las Águilas. Justo detrás del juego de pelota se localizaba el terrible *tzompantli*, es decir, el enorme estrado construido con millares y millares de cráneos humanos, producto de los sacrificios realizados. Había seis de ellos en la ciudad. Dos conquistadores, Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría, contaron los cráneos que formaban el *tzompantli* principal y el resultado son unos espeluznantes 136 000, sin sumar los que se hallaban en unas torres levantadas con tan tétrico material. A la derecha del *tzompantli* se encontraba la plataforma donde se llevaban a cabo los sacrificios gladiatorios. La parte central del espacio estaba ocupada por el Templo Mayor propiamente dicho y, a su derecha, el templo de Tezcatlipoca. Toda el área (del Templo Mayor) estaba rodeada por el llamado muro de las serpientes, o *coatepantli*.<sup>[131]</sup> A la derecha de ese muro se encontraba el palacio de Moctezuma II<sup>[132]</sup> y, justo detrás de los dos templos referidos, el palacio de Axayacatl. Lugar emblemático porque fue donde Cortés y sus hombres fueron alojados. El

refinamiento de la corte mexicana también venía dado por la existencia de zoológicos: había uno para todo tipo de aves, con estanques para las acuáticas y miradores para observarlas. Diversas dependencias se reservaban a jaulas para jaguares, pumas, ocelotes, lobos, etc. En otra sección había grandes tinajas con serpientes venenosas que alimentaban con las vísceras de los sacrificados, pero también había un espacio reservado para, según Cervantes de Salazar:

[...] enanos, corcovados, quebrados, contrechos y monstruos, que los tenía en mucha cantidad para su pasatiempo, y aún dicen que para este fin los quebraban y enjibaban desde niños cuando estaban más tiernos, diciendo que en la casa de tan gran Rey, para grandeza suya, había de haber cosas que no se hallasen en las casas de otros Príncipes.<sup>[133]</sup>

La ciudad de Tenochtitlan acabó por unirse a su urbe gemela, Tlatelolco, para conformar la gran metrópoli mexicana tal y como la conoció Cortés: México-Tenochtitlan. Tlatelolco también contaba con un gran centro ceremonial, una enorme pirámide y, sobre todo, sobresalía por el cosmopolitismo y la riqueza de su mercado.<sup>[134]</sup>

La sociedad mexicana estaba compuesta por los *macehualtin*<sup>[135]</sup> que, como se ha comentado, trabajaban las tierras comunales de su *calpulli*, formaban parte de los ejércitos y, algunos de ellos, comerciaban (los *pochtecas*) y se dedicaban a la artesanía. Los miembros de este nivel social, más que clase social, que trabajaban tierras ajenas a su *calpulli* se denominaban *mayeques*, es decir los que poseían manos para trabajar. Asimismo, la sociedad mexicana contemplaba a los *tlatlacotin*, una suerte de esclavos, pues no tenían por qué serlo de por vida, ya que ellos mismos podían pagar su manumisión, y sus hijos, además, no se consideraban esclavos. Los *pochtecas*, que establecieron vínculos con los nobles, o mejor notables, los *pipiltin*, aquellos que ejercían los principales cargos de gobierno, acabaron poseyendo un código jurídico y económico propio, así como ceremonias y ritos religiosos también singulares, al igual que tribunales exclusivos. Al tiempo que comerciaban con todos los rincones del imperio, precisamente por ello podían utilizarse como informadores, espías e incluso como embajadores. Es decir, que algunos de ellos eran más importantes en un momento dado que determinados *pipiltin*. Aunque estos últimos podían tener varias esposas, a modo de concubinas, solo había una mujer con el rango de esposa. Lógicamente, solo entre los *pipiltin* podía ser elegido el *tlatoani*.<sup>[136]</sup>

Las mujeres *macehualtin* ejercían unas funciones muy notables en el mundo doméstico, no en vano, el cordón umbilical de la recién nacida se



enterraba en la propia casa donde había nacido, mientras que, de forma significativa, el de un varón se enterraba en el campo de batalla. Además de en la esfera doméstica en general, y de la reproducción humana en particular, las mujeres *macehualtin* eran formadas en el trabajo de hilado y de manufactura textil desde niñas, aunque podían colaborar en otros trabajos de la especialidad de su *calpulli*. Porque además de moler maíz y confeccionar tortillas, además de guisar, actividades que también realizaban sirviendo a los ejércitos —para los que prepararon, además de las mencionadas tortillas tostadas, maíz tostado y harina de maíz para confeccionar atole, una bebida a base de harina y agua a la que se le acabó añadiendo leche, frijoles molidos, además de proveer de sal, chiles e instrumentos para guisar—, podían ser vendedoras de verduras, de plumas, de sal, avivadoras de los fuegos de los baños, curanderas, casamenteras y hechiceras e, incluso, elaboradoras de los materiales para fabricar códices. Aunque también había prostitutas.<sup>[137]</sup>

### **El espacio ideológico, o ética política, en el mundo mexica**

**P**ara Antonio Aimi, en la ética política de los mexicas siempre se premiaba la conducta humilde y se castigaba la transgresión. A nivel de las guerras que marcaron el devenir del imperio, los mexicas siempre vencían cuando eran víctimas de alguna provocación. En cambio, sus enemigos acababan derrotados cuando eran los culpables de algún desafuero, ya fuese una actitud de infundada hostilidad, una ofensa cometida en la persona y dignidad de sus embajadores, el asalto a las caravanas y el asesinato de mercaderes, o bien las rebeliones o el ataque a un pueblo sometido o aliado de alguna forma de los mexicas. Sin embargo, cuando los mexicas cometieron el exceso de hacer la guerra sin haber sido provocados, son derrotados por los tarascos y los habitantes de Tliluhquitepec y Metztlán. La única excepción fue la campaña de Ahuitzotl en Chiapas, con conclusión victoriosa a pesar de que los mexicas no habían sido provocados. En las narraciones de los informantes aborígenes acerca de la construcción del imperio, las características de los vencidos siempre eran las mismas: orgullo, presunción y envidia. De la misma forma, las virtudes del pueblo victorioso cabe enmarcarlas en la humildad y la paciencia. Como señala Aimi, los informantes de fray Diego Durán, al reflexionar acerca del origen del dominio mexica sobre tantos señoríos, no dudaban en señalar lo siguiente:

Y una cosa tuvieron buena: que en todas las guerras que en esta tierra hubo, nunca jamás los mexicanos provocaron a nadie, y siempre ellos fueron provocados e incitados a ella [...] Es por cierto de notar cuánto suele traer la propia presunción y cuánto puede remediar un juicio claro fundado en la razón; cuánto daño el presuntuoso con su temeraria presunción, siguiendo los acelerados ímpetus de su desordenada pasión, con la cual no solamente destruye a sí mismo, pero a todos sus seguidores.<sup>[138]</sup>

Ahora bien, en algunos casos, las victorias obtenidas eran pírricas y las explica el propio Durán: en la lucha contra Tliluhquitepec se contabilizaron 420 bajas mexicas para obtener 700 prisioneros; en el caso de Metztlán, hubo 300 muertos a cambio de apenas 40 prisioneros y la victoria, eso sí. Para la élite mexica, este segundo caso sería claramente una derrota táctica.<sup>[139]</sup> De hecho, ¿qué opinión tendrían sus coetáneos del gran emperador Moctezuma II?

Al analizar las fuentes hispánicas de la época, elaboradas a partir de las informaciones de sus contactos aborígenes, Antonio Aimi trata la cuestión de los presagios en el mundo mexica en el sentido de buscar cómo estos explicaron *a posteriori* su propia caída, la génesis de la derrota. Ni más ni menos, el culpable de todos los males acontecidos fue el propio Moctezuma II. Presagio tras presagio, un total de 23, analizados a partir de las variantes de los diversos autores, los mexicas construyeron una narración de su conquista que inculpaba totalmente a Moctezuma II. En palabras de Aimi:

Los principios de la ética mexica nos dicen que Motecuhzoma es la negación de la figura del emperador recto. Debido a su soberbia, su vanagloria, su desasosiego, sus incertidumbres y su bellaquería, este *tlatoani* es la negación absoluta de la *mexicayotl*, de la «mexicanidad».

Era el traidor absoluto. Y, más adelante, añade: «En el pensamiento indígena, Motecuhzoma es el responsable del desastre, una verdadera perturbación del cosmos que ha caído sobre el mundo azteca».<sup>[140]</sup> Los supervivientes de la hecatombe buscaron, sin duda, fórmulas para explicar tamaña catástrofe y es más que factible que rastrearán argumentos no del todo desconocidos, pues en una monarquía electiva al frente de una confederación, con múltiples enemigos no domeñados, era muy fácil que las rencillas y los desencuentros entre el *tlatoani* y la oligarquía sacerdotal y la nobleza estuviesen a la orden del día. Antonio Aimi hace referencia al posible envenenamiento del emperador Tizoc y también al menos probable de su predecesor, Axayacatl, que fuera vencido por los tarascos en Matlazinco, la mayor derrota mexica, en la que perdieron cinco sextos de su ejército. Las reformas que Moctezuma II llevó a cabo tras su acceso al poder en 1502 son

presentadas por los informadores del padre Sahagún y por el cronista Tezozómoc como un grave acto de soberbia del *tlatoani*, quien, como se ha explicado, alejó de la corte mexica a los consejeros de su predecesor, los sustituyó por gente afín a su persona e, incluso, buscó lo que sus detractores llamaron su «divinización». Sentado esto, apunta Aimi, si partimos de la base de que «en una cultura donde el rey era ya un dios durante los rituales, la concentración del poder en las manos de una sola persona solamente podía conllevar un cierto “culto de la personalidad”», que, por cierto, le fue criticado con dureza. Además, procuró controlar políticamente las ciudades de la Triple Alianza, como Tetzoco, al auspiciar la elección de Cacama en lugar de Quetzalacxóyatl. Por ello, parte de la élite de la Triple Alianza se le opuso, incluyendo la casta sacerdotal, que lo acusaba de traidor a la tradición político-religiosa mexica, muy fácil de defender, pues era la responsable de la expansión y de la grandeza del estado.<sup>[141]</sup>

Antonio Aimi explica de la siguiente forma la secuencia de los hechos. A partir de los presagios, como se ha señalado, que son las fuentes menos manipulables tal y como llegaron a los escritos de los cronistas del siglo XVI, la historia mexica de la conquista parte de los siguientes fundamentos: es el *huey tlatoani* Moctezuma II quien traicionó los principios y equilibrios sobre los que se había fundado el señorío mexica y marginó a la casta sacerdotal. A través de los presagios, pues tal era su función, el dios Tezcatlipoca le invitaba a arrepentirse. Moctezuma no supo interpretarlos correctamente, de ahí que el dios volviese, mediante nuevos presagios, a darle una segunda oportunidad. Pero el *tlatoani* sigue en sus trece, una señal de su «locura», que terminó con su destrucción por parte de Tezcatlipoca. Para castigarlo, el instrumento elegido es la llegada de los españoles, de modo que el líder mexica paga con la muerte, pero, de paso, el imperio también sucumbe, traicionado por aquel que debía garantizar su protección.<sup>[142]</sup>

Es más, la asociación de Hernán Cortés con el dios Quetzalcóatl, con todas las implicaciones que tiene, sobre todo políticas, es una «invención» ocurrida *a posteriori* de los hechos y muy conveniente para los intereses del extremeño, en primer lugar. Pues asimilar la llegada de los españoles con el retorno del dios implicaba la «devolución» del imperio a su legítimo dueño, de ahí que una conquista ilegítima, como veremos, no necesitase de la lectura obligatoria del famoso Requerimiento,<sup>[143]</sup> que implicaba, nada menos, que el emperador mexica se declaraba vasallo de Carlos I, en este caso, y aceptaba el cristianismo como verdadera religión. En esas circunstancias, si Cortés hubiera leído el Requerimiento a Moctezuma, no se podría hacer la guerra a

los mexicas, pues esta sería injusta, en caso de aceptación del mismo por el *tlatoani*. Y la detención del monarca mexica sería un acto punible según las propias leyes castellanas de la época. De ahí que a Cortés le interesase muchísimo, y así lo escribió en su *Segunda carta de relación*, que sus actuaciones en lo que fue la Nueva España no estuviesen marcadas por la ilegalidad, señalada, entre otras circunstancias, por la ausencia de la lectura del Requerimiento, como se ha dicho, sino también por la libre elección de Moctezuma II de «entregarse» a su captor, asimilado nada menos que a un dios. Como señala Aimi, y son cuestiones que trataremos más adelante:

Solamente la invención de la devolución del Imperio y la prospectiva del hecho cumplido pueden dar alguna esperanza a un puñado de golpistas que se han rebelado contra la autoridad del gobernador de Cuba. La historia del regreso de Quetzalcóatl hace plausible la devolución (normalmente los Imperios no se regalan, como mucho se compran, y Carlos V lo sabe bien); la devolución vuelve legítima jurídicamente la Conquista.<sup>[144]</sup>

Y concluye Antonio Aimi: «Cortés captó de forma inteligente las ventajas que tendría para su persona, y su empeño, esa extraña asimilación con el dios mexica». Para Aimi, Cortés no puede ser considerado solo como

un aventurero sin escrúpulos, un asesino a sangre fría, un feroz capitán, sino también un hábil comunicador, un gran orador de masas y, sobre todo, un extraordinario antropólogo. Un antropólogo que deberíamos incluir en los manuales de esta disciplina [...] Si se aprecia a Cortés desde este punto de vista, se vuelve mucho más plausible que, en los largos meses de «pacífica» convivencia con los mexicas (noviembre de 1519-mayo de 1520), se diera cuenta de que Quetzalcóatl era contemporáneamente un título honorífico reservado a los altos exponentes de la élite mexica y una especie de rumor que rodeaba a su persona. En el campo antropológico, el golpe de genio es la *Segunda Carta [de Relación]* a Carlos V, donde, para justificar su ilegalidad, funde el título honorífico con el rumor, inventando uno de los mitos más afortunados de la Edad Moderna.<sup>[145]</sup>

No se puede explicar mejor.

## 2

# La forja de un caudillo: Hernán Cortés

## Semblanza e imagen de Hernán Cortés

**E**l caudillo indiscutible de esta gesta heroica, aunque terrible y cruel, fue Hernán Cortés. Nacido en Medellín en 1485,<sup>[1]</sup> murió en Castilleja de la Cuesta (Sevilla) en 1547. Martín Cortés, abuelo paterno del conquistador, fue nombrado caballero de la espuela dorada por Juan II de Castilla en julio de 1431 tras la batalla de La Higuera. Es factible que luchara en los siguientes años en las vegas de Málaga y Granada, pero para entonces todo su linaje ya gozaría de honra y fama. Tras desposarse con una Monroy, lo más probable, el matrimonio tuvo seis hijos y el padre de nuestro protagonista fue el cuarto de los vástagos, nacido hacia 1449. Según Esteban Mira Caballos, no hay datos fehacientes que vinculen al padre del conquistador como seguidor del bando de la llamada despectivamente la Beltraneja, doña Juana de Castilla, en su lucha contra Isabel I en la guerra civil librada entre 1474 y 1479. Lo más probable es que la familia Cortés de Monroy, deudos del conde de Medellín, cambiasen de bando en 1476 (y se hiciesen seguidores de Isabel). Quizá Martín Cortés de Monroy también fuese soldado, pero de infantería, pues su nombre aparece en documentación de 1489, 1497 y 1503 con tal empleo. De hecho, el padre De las Casas mencionaba en su *Historia de las Indias* a Martín Cortés como un pobre escudero. El padre del

conquistador desempeñó distintos cargos en el concejo de Medellín, como regidor y como procurador general, según declararon en la probanza de hidalguía tanto el clérigo Diego López como Juan de Montoya. Se desposó con Catalina Pizarro Altamirano, de ascendencia hidalga, cuya familia se había asentado en Trujillo, adonde habían llegado en el siglo XIII procedentes de Ávila. Era hija de Leonor Sánchez Pizarro y de Diego Alfón Altamirano, escribano y mayordomo de Beatriz Pacheco, condesa de Medellín.<sup>[2]</sup> El abuelo materno de Francisco Pizarro, conquistador del Perú, Hernando Alonso Pizarro, era el hermano menor de Martín Pizarro de Hinojosa, bisabuelo de Hernán Cortés. Así, Francisco Pizarro era primo segundo de Catalina Pizarro Altamirano. A pesar de lo repetido a menudo, ambos conquistadores, ciertamente emparentados, no se conocieron.<sup>[3]</sup>





Batalla de La Higueruela, 1 de julio de 1431. La victoria más importante de las tropas castellanas ante el reino de Granada durante el reinado de Juan II. Óleo de Fabrizio Castello (1562-1617), Galería de batallas del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Quizá por haber padecido problemas de salud de niño, la familia no quiso en primera instancia encaminar al joven Cortés al oficio de las armas. Durante mucho tiempo se consideró que nuestro hombre había conseguido nociones de jurisprudencia en la universidad de Salamanca, pero hoy sabemos que, en todo caso, estudiaría en Valladolid. De hecho, Demetrio Ramos demostró que el conquistador residió y habitó en la ciudad del Pisuerga, donde se hallaba momentáneamente la Corte, y pudo hacerlo gracias a la protección que le otorgó uno de sus tíos, Francisco Núñez de Valera, quien sí había sido

profesor de latín y gramática en Salamanca, pero que ocupaba plaza en aquellos momentos de relator del Real Consejo de Castilla, sito en Valladolid. Fue en ese ambiente, al trabajar en la escribanía de su tío entre 1501 y 1504, cuando Cortés se empapó de conocimientos jurídicos y, puede que más importante incluso, pudo establecer buenos contactos con destacados secretarios reales, como Lope de Conchillos y Francisco de los Cobos, que iniciaron sus carreras precisamente en Valladolid, y también con Francisco de Lizaur, quien, posteriormente, viajó a La Española con el gobernador Nicolás de Ovando bien como paje bien como secretario. Asimismo, es posible que trabajase un tiempo en una escribanía de Sevilla antes de pasar a las Indias.<sup>[4]</sup>

Cortés llegó a La Española en 1504 y, si bien regresó al año siguiente a Castilla, en 1506 volvió de manera definitiva a la isla,<sup>[5]</sup> donde permaneció hasta 1511; tras participar en las «pacificaciones» de las provincias de Higüey y Jaraguá, es decir, en su conquista y control, recibió una primera encomienda, aunque pobre, en el Dayguao. Es factible que, a través de los contactos establecidos con Lizaur, pero sobre todo con Lope de Conchillos,<sup>[6]</sup> el de Medellín recibiese una escribanía en la ciudad de Compostela de Azua. Este extremo lo desmiente Esteban Mira, quien advierte que dicha escribanía, y otras cuatro de la zona de Jaraguá, estaban en manos de Diego Velázquez de Cuéllar (1465-1524), futuro conquistador de Cuba. Una fuente, *De rebus Gestis Ferdinandi Cortesii*, nos describe a Velázquez como un hombre «en posesión de una considerable experiencia militar, habiendo servido diecisiete años en las guerras europeas, ilustre por linaje y reputación, codicioso de gloria y algo más codicioso de riqueza».<sup>[7]</sup> En todo caso, Cortés actuaría como delegado de Velázquez en Azua. La suerte pareció comenzar a sonreírle a Cortés, pues si con la llegada de Diego Colón hijo<sup>[8]</sup> con el cargo de virrey de La Española a partir de 1509 fueron los allegados de este quien más pudieron medrar en un futuro inmediato, lo cierto es que el tesorero general, Miguel de Pasamonte, le ofreció al extremeño un empleo a cargo de la Hacienda Real, es decir, la supervisión del cobro del llamado «Quinto Real» en la cercana Cuba, que desde 1511 estaba siendo conquistada por el propio Diego Velázquez con el cargo de teniente de gobernador de la misma. Aunque Velázquez dependiese de Diego Colón, lo cierto es que estaba estrechamente vinculado a Juan Rodríguez de Fonseca, a la sazón responsable de los asuntos de Indias por deseo de los monarcas Isabel y Fernando. Esos contactos fueron peligrosos para Cortés en el futuro.<sup>[9]</sup>

De esa forma, Cortés arribó a Cuba y muy pronto, haciendo gala de buenas dotes políticas, conocimientos jurídicos, don de gentes, etc., se hizo



imprescindible para Velázquez, que no dispondría de demasiadas personas con dicho perfil en aquellos momentos. En breve, Cortés fue nombrado secretario del teniente de gobernador, recibió una segunda encomienda, que comprendía tres pueblos, y se asentó en la ciudad de Santiago. Cortés comenzó a enriquecerse con la incipiente agricultura y ganadería, pero sobre todo con la explotación minera de sus indios encomendados, hasta el nivel de haber invertido ya en 1518 2000 castellanos en la sociedad mercantil de Andrés de Duero, otro de los hombres de confianza de Velázquez y secretario de este a su vez. No obstante, el hecho de responder a los intereses de la Hacienda Real a partir de su contacto con Pasamonte, además de convertirse en el portavoz de los vecinos de Santiago, de donde era alcalde ordinario, hizo que Cortés y Velázquez vivieran momentos de cierta tensión por algunos negocios. En concreto, Cortés se puso del lado de aquellos vecinos que protestaron por el trato dado por Velázquez a Francisco de Morales, un vecino de la isla con fama de honrado, a quien envió preso a Santo Domingo. El teniente de gobernador llegó a tener encarcelado a Cortés y, según algunos testimonios de enemigos de este, como el de Luis de Cárdenas en 1528, estuvo condenado a recibir un centenar de azotes, aunque la pena no se cumplió. También se insinuó una condena a la horca que Velázquez, por presiones de muchos, entre otros de Andrés de Duero, conmutó por prisión. No obstante, el papel de Morales es mucho más turbio de lo que parece, pues en el fondo solo quería agilizar el reparto de indios en encomienda en Cuba al estilo de como se hacía en La Española. Sus presiones, que incluyeron el rapto de aborígenes, condujeron a un gran malestar entre los mismos y algunas muertes de españoles. Bajo ese prisma, el gobernador Velázquez se nos muestra como un personaje comedido que esperó a recibir instrucciones de la Corte para establecer los consiguientes repartos de indios, pero desde una posición mucho más humanitaria que la exhibida, por ejemplo, por Ovando en la primera década del siglo XVI en La Española.<sup>[10]</sup>

Por esos años, Cortés tuvo una hija fuera del matrimonio con Leonor Pizarro, puede que pariente suya, a la que legitimó junto con sus hermanastros Martín y Luis en 1529. También es factible que le naciera por esas mismas fechas, 1514 o 1515, una hija con su primera esposa, Catalina Suárez, una dama de compañía de la esposa de Diego Velázquez, María de Cuéllar. Como Cortés ofreció matrimonio a Suárez, pero luego se desdijo, todo apunta que se desposó gracias a las presiones del gobernador Velázquez. Otro motivo de disputa.<sup>[11]</sup>



Retrato de Diego de Velázquez incluido en la *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales (1601-1615)*, de Antonio de Herrera y Tordesillas, 1728. Velázquez contó con Hernán Cortés para su expedición a la conquista de Cuba en 1511, pero su amistad se tornó en profunda rivalidad cuando Cortés fue elegido para dirigir la tercera expedición para explorar el Yucatán financiada por Velázquez.

El hermano de Catalina Suárez, Juan Suárez de Peralta, había llegado a las Indias en 1502 y fue un encomendero importante allí y en Cuba, donde pasó en compañía de sus hermanas en 1511. Las relaciones hubieron de mejorar

entre los cuñados, pues Suárez de Peralta se quedó en Cuba al partir Cortés en febrero de 1519 con la misión de pagar las deudas contraídas en la organización de la armada cortesiana, algo que hizo vendiendo las propiedades del cuñado y aun las propias. De hecho, compartían una encomienda de indios. Aunque sea adelantar acontecimientos, lo cierto es que si bien Cortés mandó llevar a su esposa a Nueva España una vez finalizada la conquista, hay muchas pruebas de que la asesinó en octubre de 1522 tras una disputa. Según testigos, Cortés habría estrangulado a Catalina Suárez por una causa inmediata y puntual, sus celos al haber sido padre Cortés aquellas semanas de un hijo mestizo, con doña Marina, la famosa Malinche, pero también porque Cortés, en el fondo, quería desposarse con una dama de origen noble y fundar una dinastía propia, y Catalina era un estorbo para sus planes.<sup>[12]</sup> Lo cierto es que Cortés aprovechó su primer viaje a la Península tras la conquista del Imperio mexica para desposarse en 1529 con Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar.<sup>[13]</sup>





*Retrato de Medellín* (1957), por Juan Aparicio. No se conservan retratos contemporáneos de Cortés a excepción del realizado por Cristóbal Weiditz, cuando posó para él en Toledo en 1529. Todos los retratos y reproducciones posteriores, como el de la imagen, son idealizaciones a partir de estos.

Diego Velázquez optó por enviar a diversos capitanes, como Francisco Hernández de Córdoba (1475-1518), quien descubriese el golfo de México al navegar más allá de la península del Yucatán —posiblemente descubierta en

1509 por Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís—, y a Juan de Grijalva (1489-1527), un sobrino suyo aún más joven que Cortés, para dirigir sendas expediciones de descubrimiento y «rescate» de oro, es decir, de trueque, pacífico si era posible, del dorado metal que hubiese en los territorios visitados por baratijas. Fueron viajes, llevados a cabo en 1517 y 1518, respectivamente, que se caracterizaron, como veremos, por sus choques con los aborígenes de las costas alcanzadas, pues el interior apenas se vislumbró.

Tras dos expediciones seguidas, pues, Velázquez necesitaba a alguien con fortuna propia, buenas dotes de mando y predicamento entre sus convecinos para organizar una tercera expedición que lograra encontrar oro en cantidades más importantes. Alguien lo suficientemente persuasivo como para que lograra el enrole en una tercera aventura de una parte significativa de los españoles que, por aquel entonces, habitaban en Cuba y que carecían de los favores y contactos para convertirse en encomenderos. Además, siempre cabía la posibilidad de que las noticias acerca de nuevas costas apenas exploradas con buenas posibilidades de hacer fortuna pudieran atraer a competidores de Diego Velázquez, como el gobernador de Jamaica, Francisco de Garay, o Juan Sedeño desde Puerto Rico. De hecho, ambos enviaron expediciones en 1519: la de Garay con rumbo a Florida, aunque tenía permiso para poblar una tierra al norte de donde se asentaron Cortés y los suyos, en Veracruz: el Pánuco; la expedición de Sedeño naufragó. De manera que se debía actuar de manera diligente.

El gobernador de Cuba, siempre ávido de tierras en las que hubiese oro, no podía ausentarse de su gobernación, pero había solicitado a Carlos I nuevas mercedes acerca de las tierras que se encontraban más allá de las costas del Yucatán, de ahí que enviara a Cortés con la misión de encontrar el primer oro, para ir cubriendo los muchos gastos, pero también con la obligación de proteger el territorio descubierto sin fundar ciudades, pues no se disponía todavía de permiso legal para hacerlo. Como sabemos, Cortés varió totalmente la naturaleza de su expedición, que de exploración y rescate de oro se transformó en otra muy distinta: de conquista, pero de manera ilegal. Por ello, en su momento, se llegó a hablar del pecado original de la conquista de México.<sup>[14]</sup>

Según el cronista Bernal Díaz del Castillo, Cortés, físicamente:

Fue de buena estatura e cuerpo, e bien proporcionado e membrudo, e la color de la cara tiraba algo a cenicienta, y no muy alegre, e si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera, y era en los ojos en el mirar algo amorosos e por otra parte graves; las barbas tenía algo prietas e pocas e ralas, e el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas, e tenía el pecho alto e la espalda de buena manera, e era cenceño de poca barriga y algo

estevado, y las piernas e muslos bien sentados: e era buen jinete e diestro de todas armas, así a pie como a caballo e sabía muy bien menearlas, e, sobre todo, corazón e ánimo, que es lo que hace al caso.

Aunque su buena imagen —«Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especial con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez»— no estaba exenta de críticas, sobre todo en cuanto a táctica militar. Díaz del Castillo rememoraba un ataque contra unos indios fortificados en un peñón y Cortés, contra la opinión de todos, insistió en una subida y ataque frontal contra el mismo. A resultas de su falta de juicio «[...] murieron diez o doce soldados, y todos los más salimos descalabrados y heridos, sin hacer cosa que de contar sea, hasta que mudamos otro consejo», es decir, rodear el peñón y rendirlo por hambre. También asegura nuestro cronista que aconsejó en persona a Cortés, en su campaña contra Cristóbal de Olid, el cual se había alzado en Honduras, que no avanzase desde Nueva España por la costa, sino por el interior que, aunque montañoso, estaba muy poblado. No obstante, seguidamente, el cronista relata las numerosas acciones de guerra meritorias acometidas por Cortés, aquellos años, así como la ayuda recibida de parte de muchos de sus hombres, que le salvaron la vida en varias ocasiones, incluso a costa de perder la propia, como ocurrió con Cristóbal de Olea.<sup>[15]</sup>



Retrato de Francisco Cervantes de Salazar, José de Bustos (s. XVIII). Fue un humanista toledano que se trasladó a Nueva España en 1550. Allí estudió en la Real y Pontificia Universidad de México, de la que fue rector. Como cronista oficial, escribió *La Crónica de la Nueva España*, inédita hasta 1914.

Para el cronista Cervantes de Salazar, que siempre ensalzó a nuestro protagonista:

Fue Cortés hombre de mediana disposición, de buenas fuerzas, diestro en las armas y de invencible ánimo; de buen rostro, de pecho y espalda grande, sufridor de grandes trabajos a pie y a caballo; parecía que no se sabía cansar; velaba mucho y sufría la sed y hambre mucho más que otros; finalmente: cuán dichoso y valeroso Capitán fuese, cuán avisado en el razonar, cuán recatado con los enemigos, cuán deseoso de que el Evangelio se promulgase, cuán piadoso y amigo de los suyos y cuán leal a su Rey.

Y más adelante, añade:

Fue Cortés hombre afable y gracioso; presciábase de ganar amigos y conservarlos, aunque fuese a costa de su hacienda; hacía con mucho calor lo que podía con ellos; procuró siempre el amistad de los mejores y que más podían; tenía muy claro juicio y aprovechábase muy bien de lo que había estudiado; nunca se determinaba a negocio, sin pensarlo muy bien y consultarlo con los amigos de quien se confiaba; era amigo de leer cuando tenía espacio, aunque era más inclinado a las armas; veneraba y acataba mucho a los sacerdotes; procuró siempre cuanto en sí fue la pompa y auctoridad del culto divino; honraba a los viejos y tenía en mucho a los valientes y animosos, y, por el contrario, era poco amigo de los pusilánimos y cobardes. Cuando vino a mandar y tener cargo de General, supo darse maña como de los más fuese amado y temido; gastaba su hacienda con liberalidad, especialmente cuando pretendía más señorío, como hizo cuando lo de Narváez, porque entendía que ganadas las voluntades, era fácil el ganar las haciendas; perdonaba las ofensas de buena voluntad cuando los que las cometían se arrepentían dellas; en el castigar era misericordioso; regocijábase mucho con las damas, y era muy comedido y liberal con ellas; jugaba todos juegos sin parecer tahir, mostrando tan buen rostro al perder como al ganar; en las fiestas y banquetes que hizo fue muy largo.<sup>[16]</sup>

Empapado de saberes típicos de la jurisprudencia, lo que haría de él una persona muy celosa de reflejar por escrito todas sus acciones, es posible que el contacto con su padre y el ambiente intelectual en el que se movió hicieran de Cortés un hombre con nociones militares básicas, que desarrolló desde un pragmatismo extraordinario. Hugh Thomas sugiere, pero sin pruebas concluyentes, que su paso por Jaraguá en La Española, donde se produjo una gran represión entre los aborígenes, que asimila a la ordenada por él más tarde en Cholula, o la quema en vida del cacique Hatuey en Cuba, que quizá presencié, fueron situaciones que le prepararon para decisiones como la quema también en vida del señor de Nahutlan, Cuauhpopoca, y varios más de sus allegados, hasta diecisiete personas. Un adecuado uso del terror por imperativo militar. La utilización de la violencia extrema bien dosificada. Unas prácticas atemorizantes que Cortés habría presenciado, pues, y que fue aplicando cuando convenía en su campaña contra el Imperio mexicana. No en vano, Cortés fue un hombre religioso, sin duda, pero también falto de escrúpulos. Cervantes de Salazar refirió que, en cierta ocasión, Cortés dibujó a sus contertulios una rueda de la fortuna y les dijo que «había de comer con trompetas o morir ahorcado». Y en 1530, su otrora hombre de confianza, Diego de Ordaz, por entonces enemistado con el de Medellín por una cuestión de dineros, le escribía a un familiar residente en España lo siguiente: «Hagoos saber que el marqués [Cortés] no tiene más conciencia que un perro».<sup>[17]</sup> Diego de Ávila, uno de los testigos de la información efectuada en Cuba en 1521 en contra de Hernán Cortés, aseguró que oyó decir a otro conquistador, García Holguín, que «dicho Fernando Cortés no estaba en servicio de Dios ni del Rey».<sup>[18]</sup>



A un siglo vista de los principales acontecimientos, Baltasar Gracián en *El Héroe* (1637) se refirió a Hernán Cortés en los siguientes términos:

Nunca hubiera llegado a ser Alejandro español y César indiano, el prodigioso marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más por las letras hubiera llegado a una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó a la cumbre de la eminencia.<sup>[19]</sup>

Y como las armas son tan importantes, antes de continuar debemos saber algo más acerca de ellas.

### **Armamento europeo**

Mucho se ha insistido en el extraordinario adelanto tecnológico que significaron las armas europeas con respecto al armamento de piedra y madera de los mesoamericanos.<sup>[20]</sup> El especialista en la guerra de la Antigüedad, V. Hanson, llegó a afirmar: «La conquista de México es uno de los pocos acontecimientos de la historia en que la tecnología [...] se bastó por sí misma para anular el peso de variables como el genio y las hazañas individuales». Una opinión que contrasta, y mucho, por la mantenida por H. Bicheno: «[...] a lo largo de la historia, la importancia de la tecnología en la guerra siempre ha tenido un papel secundario frente a la intensidad variable del deseo de dominar de los diferentes grupos sociales. Donde hay voluntad, hay un arma».<sup>[21]</sup> Sin duda, que los invasores castellanos del Anáhuac portasen con ellos armas desconocidas en aquel entorno fue importante, pero la voluntad inquebrantable de Cortés y su gente por triunfar fue aún más trascendente. Ya se ha señalado el alcance de la tecnología armamentística en la evolución político-territorial de los propios señoríos aborígenes. Ahora bien, siempre hay que tener muy presente las limitaciones tecnológicas de dichas armas en el momento en el que se produjo la conquista, como también el alcance de las tácticas empleadas por los aborígenes en los combates que se iban a suceder. La mayor, y más rápida, adaptación de unos, los europeos, con respecto a los otros fue, asimismo, crucial.

Las armas de fuego que se pudieron observar en las Indias desde finales del siglo XV eran, como se puede comprender, muy arcaicas. Desde finales del siglo XIV existieron las «culebrinas» de mano; en realidad, apenas un tubo de hierro que se fijaba en un mango de madera. Se necesitaba rellenar buena parte de ese tubo con la pobre pólvora de la época, taponarlo con un

taco de madera y colocar la bala, que quedaría casi a la altura de la boca del arma. El procedimiento de ignición era tan complicado que sería imposible apuntar y cebar el arma para dispararla al mismo tiempo, por ello se piensa que la debían de usar dos hombres. Y con resultados ínfimos. A finales del siglo XV se dispuso de la llave de serpentín o mecha, que permitió desentenderse del proceso de ignición y centrarse en el de alinear y apuntar el arma, con una sola persona como protagonista del disparo. Gracias a la manipulación de la llave de serpentín, el infante podía poner en contacto la brasa de la mecha con la pólvora situada en una cazoleta contigua al oído del cañón mientras apuntaba, como se ha dicho, el arma. La pólvora utilizada para dotar de fiabilidad al artefacto tenía que ser de la máxima calidad, la denominada pólvora fina o polvorín. Este tipo de llave se encuentra descrita y representada entre 1475 y 1477, de modo que para los años de la conquista americana ¿estaba más que presente entre el bagaje armamentístico hispano? La clave del asunto nos la da Nicolás Pérez: a pesar del avance tecnológico que supuso la llave de serpentín, en su opinión, las armas de fuego de la época «siguieron siendo inferiores en eficacia real a las armas convencionales arrojadas, el arco y la ballesta». La mala calidad de la pólvora, pues no se amalgamaban sus tres componentes, azufre, salitre y carbón vegetal, con ningún componente, sino que se mezclaban según la receta de cada polvorista, solo aseguraba un cierto estruendo y la magia del fogonazo, pero la bala debía de salir del ánima del cañón con trayectorias muy irregulares y perdía fuerza a escasas decenas de metros. Además, los cañones quedaban llenos de residuos cada pocos disparos y el arma se inutilizaba hasta su limpieza. Por lo demás, en el arranque de su conquista, Hernán Cortés apenas si portaba trece arcabuces, pero N. Pérez duda si llevaban llave de serpentín o eran modelos arcaicos. De hecho, ¿eran arcabuces? En las *Cartas de Relación* cortesianas y en la crónica de Díaz del Castillo se hacen referencias siempre vagas a las armas de fuego, nunca se describen con precisión y Cortés las llama «escopetas». En una imagen del famoso *Lienzo de Tlaxcala*, el infante castellano que manipula un arma de fuego está acercando una mecha a la cazoleta de la pólvora (*vid.* Lámina 13), lo que daría a entender que, al menos el artista, no había visto nunca un arma tecnológicamente avanzada, con llave de serpentín.<sup>[22]</sup> Por otro lado, ¿qué fiabilidad tienen los dibujantes del momento a la hora de representar las armas europeas? ¿Habían visto alguna, realmente? ¿Representaban armas con modelos a la vista? Sea como fuere, la escopeta, como precedente del arcabuz, era un arma muy rudimentaria que disparaba balas de plomo de unos 13 milímetros de diámetro y de media onza

de peso, es decir, poco más de 14 gramos. El alcance efectivo de sus balas puede establecerse en un umbral entre 40 y 80 metros.

Lo cierto es que, como decía N. Pérez, ni Hernán Cortés ni Díaz del Castillo hablaron de otra arma de fuego portátil que no fuese la escopeta. Díaz del Castillo lo deja bien claro en el capítulo II de su magna crónica: «Llevamos quince ballestas, y diez escopetas (que así se llamaban escopetas y espingardas en aquel tiempo)».<sup>[23]</sup> Nótese el añadido de Díaz del Castillo: a causa de su larga vida, sabía perfectamente que años después de la conquista el término escopetero se fue sustituyendo por el de arcabucero y la escopeta por el arcabuz. Y lo mismo le ocurre a Cervantes de Salazar. En su trabajo, apenas si se refiere al arcabuz para informar de las distancias, en el sentido de usar la expresión «a un tiro de arcabuz» (de lejos). Por otro lado, asocia a los escopeteros con los ballesteros, constantemente, pues parecen actuar juntos dado que son los especialistas en arrojar proyectiles. Es más, en alguna ocasión, llega a asegurar que los piqueros podían ser más efectivos que los escopeteros —«Fueron de gran provecho en esta refriega y en otras las picas que los españoles de pie llevaban, las cuales Cortés había mandado hacer después que lo desbarataron, porque como los que las jugaban eran diestros dellas, hacían a veces más daño que los escopeteros»—.<sup>[24]</sup> Ahora bien, el impacto psicológico que causaron las armas de fuego sin duda existió y no se puede menospreciar. En un momento dado, el propio Cervantes de Salazar apunta que, cuando los escopeteros lanzaban una salva, los indios se sentían atemorizados —«Los últimos en la orden de a pie fueron los escopeteros, los cuales, haciendo una muy hermosa salva, pusieron pavor a los indios»—.<sup>[25]</sup> Incluso, en sendas ocasiones, Fernández de Oviedo habla de espingardas y espingarderos, en el momento final del sitio de México-Tenochtitlan; en sus muchas y prodigiosas páginas nunca se refiere a arcabuces, sino a escopetas.<sup>[26]</sup> También Díaz del Castillo alude en un momento dado a los «espingarderos» que traía Pánfilo de Narváez en su hueste.<sup>[27]</sup> Es más, la imprecisión es tal que, en cierto momento, en su *Segunda carta de relación*, Cortés parece confundir su artillería, trece «tiros», con arcabuces, pues los diferencia con claridad de escopetas y ballestas: «Y puesto que la artillería hacía mucho daño, porque jugaban trece arcabuceros, sin las escopetas y ballestas, hacían tan poca mella que ni se parecía que no lo sentían [...]». Antonio de Herrera, autor mucho más tardío y que ya había visto desarrollarse no solo los arcabuces, sino también los mosquetes, suele hablar de arcabuces para referirse a las armas de fuego portátiles, pero deudor de las crónicas que precedieron a la suya, cuando describe cómo dividió Cortés sus fuerzas entre

sus capitanes para rodear Tenochtitlan a finales de mayo de 1521 lo hace utilizando el término escopeteros.<sup>[28]</sup> Sentado esto, Herrera tampoco aclara demasiado el panorama: por ejemplo, al tratar el uso de la artillería en la batalla de Centla, no duda en señalar que la gente de Cortés iba armada con «peceçuelas de artillería, que pues se tiravan a braço devían de ser esmeriles, o como a[h]ora dicen mosquetes de posta». Aunque más significativa me parece, aún, la crónica de López de Gómara, pues habla de escopetas en todo momento mientras relata los hechos acaecidos entre 1519 y 1521 y pasa a hablar de arcabuces cuando narra los acontecimientos de la década de 1530.<sup>[29]</sup> Por otro lado, hacia 1529, en el momento de su juicio de residencia, Cortés, en sus descargos ante las acusaciones de los testigos contrarios a su gestión, volvió a hablar de escopetas (y ballestas), pero no de arcabuces.<sup>[30]</sup> Es lógico pensar que dada la fecha de la acción fuesen espingardas y no arcabuces las armas de fuego cortesianas. De hecho, en las guerras de Italia en las que algunos de sus hombres batallaron, las huestes del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, portaban espingardas —en batallas como Ceriñola o Garellano de 1503 y 1504—. En cambio, para la batalla de Pavía, librada como se sabe en 1525, ya podemos hablar de arcabuces, aunque también se usasen escopetas.

En realidad, pienso que se debería hablar de un trinomio de rodeleros, ballesteros y escopeteros, junto con los «tiros» de artillería, como uno de los elementos esenciales para los castellanos en sus guerras mexicanas. La ballesta se me antoja un arma tan decisiva como el arma de fuego portátil. En los cronistas aparece con la misma importancia, pero en los códices brilla por su ausencia. Cortés, según Díaz del Castillo, se cuidó mucho de disponer de buenas ballestas, siempre bien aderezadas:

[...] mandó a dos ballesteros, maestros de aderezar ballestas y que se decían Juan Benítez, y Pedro de Guzmán el balletero, que mirasen que todas las ballestas tuviesen a dos y a tres nueces e otras tantas cuerdas, e que siempre tuviesen cargo de hacer almacén, y tuviesen cepillo e inguijuela (sic), y tirasen a terrero [...].<sup>[31]</sup>



Las ballestas españolas se utilizaron en el continente americano hasta la década de 1570. Baratas y sencillas de suministrar, eran un arma con un alto potencial de penetración contra enemigos desprotegidos y con una cadencia de tiro superior a la del arcabuz.

La ballesta era un arma poderosa, dado que en las guerras europeas era común que fuese capaz de atravesar una armadura hasta 65 metros de distancia, y matar objetivos situados a 300 metros de distancia, pero no dejaba de ser un dispositivo incómodo que pesaba un poco más de 7 kilogramos, con arcos de acero tan fuertes que tenían que doblarse con un sistema doble de poleas o de manivelas y un trinquete. Además, se tardaba un minuto en cargarse y para dispararla se debía accionar un cerrojo de poco menos de 100 gramos de peso. Mientras el ballestero montaba su arma estaba particularmente indefenso, pues era una operación que le obligaba a apoyarla en el suelo y requería de toda su fuerza y atención. Por ello, necesitaba ser cubierto por un compañero. Todo ello implica que el ballestero debía ser realmente diestro para ser efectivo.<sup>[32]</sup> Los aborígenes aprendieron pronto el peligro de la flecha de punta de acero impulsada por una ballesta. Como se señala en *Visión de los vencidos* del gran historiador mexicano Miguel León-Portilla: «[Las flechas de hierro] aquel a quien daban en el blanco, ya no escapaba: moría al momento, exhalaba su aliento final».<sup>[33]</sup> Además, se

podían seleccionar objetivos. Por ejemplo, se cita el caso de un Diego Castellanos, ballestero, quien en compañía de Gonzalo Hernández y Juan Volante «mató con una ballesta un valiente cacique».<sup>[34]</sup> De hecho, hubo maestros de la ballesta como el tesorero real Julián de Alderete. Según Cervantes de Salazar, en cierta ocasión, peleando ya en el cerco de México-Tenochtitlan en junio o julio de 1521, Alderete, que estaba acompañado por un paje, Campos, quien le armaba la ballesta, se dedicó a agotar su provisión de saetas derribando a muchos mexicas que, desde las azoteas, arrojaban proyectiles de todo tipo a los españoles. Esos duelos entre lanzadores de flechas fueron comunes. Cuando una jabalina atravesó el cuello del soldado Magallanes, que fue a morir al campamento base, su deceso conmocionó a tantos, pues debía de ser un hombre popular, que otro soldado, «Diego Castellanos, muy certero en tirar piedra, ballesta y escopeta. Asestó a un indio muy valiente, que le pareció que había muerto a Magallanes, dio con él muerto del azotea abaxo».<sup>[35]</sup>

Otro ballestero consumado fue Rodrigo de Castañeda, quien, al conocer la lengua náhuatl y portar un tocado que incluía algunas plumas, era conocido por los mexicas como «Xicotencatl cuilone». Castañeda hizo buen uso de sus habilidades, pues mientras entretenía a los guerreros contrarios con sus palabras aprovechaba el descuido para abatirlos con su arma. Hasta que, advertidos de sus tretas, procuraron darle de lado.<sup>[36]</sup>

Ya sea según el propio Cortés, Fernández de Oviedo o bien Cervantes de Salazar, por citar tres de los cronistas más destacados, al ballestero casi siempre le acompañaba el escopetero y viceversa. En Díaz del Castillo encontramos diversas alusiones directas a los ballesteros como soldados especializados, diferenciados del resto, pero lo más habitual es que se haga referencia específica a escopeteros y ballesteros, normalmente estos en mayor número que aquellos: al inicio de la expedición, oficialmente Cortés contaba con 32 ballesteros y 13 escopeteros; en una ocasión, se cita la presencia de 100 infantes castellanos, con 10 ballesteros; en otra son una decena los ballesteros por 8 los escopeteros; en un tercer caso, se destaca el haberse operado con 13 ballesteros y una decena de escopeteros, y, por último, en otras se suma el número de unos y otros. Es muy trascendente una cita de Díaz del Castillo que demuestra la importancia dada a la saeta impulsada por la ballesta:

[...] y aquélla misma noche mandó Cortés a todos los ballesteros, que alistasen todas las saetas que tuviesen, y las emplumasen y pusiesen sus casquillos, porque siempre traíamos en las entradas muchas cargas de almacén de saetas, y sobre cinco cargas de casquillos hechos de

cobre, y todo aparejo para donde quiera que llegáramos tener saetas; y toda la noche estuvieron emplumando y poniendo casquillos todos los ballesteros: y Pedro Barba que era su capitán, no se quitaba de encima de la obra, y Cortés que de cuando en cuando acudía.<sup>[37]</sup>

Y no menos interesante es esta otra en la que los mexicas se han hecho cargo de la ventaja de disponer de aquella arma: en pleno sitio de Tenochtitlan,

nos tiraban saetas de las nuestras con ballestas, cuando tenían vivos a cinco ballesteros, y al Cristóbal de Guzmán con ellos, y les hacían que les armasen las ballestas, y les mostrasen como habían de tirar, y ellos y los mexicanos tiraban aquellos tiros, y no nos hacían mal,

resuelve Díaz del Castillo como para justificar la situación.<sup>[38]</sup>

Por otro lado, no todos los lanzadores de proyectiles disparaban al mismo tiempo, pues los instantes de recarga eran peligrosísimos, sino que lo hacían por turnos (y eligiendo bien los blancos). Díaz del Castillo, una vez más, lo explica de forma clara: «[...] unos ballesteros y escopeteros tirando, y otros armando, y otros cebando sus escopetas, y no soltaban todos a la par [...]».<sup>[39]</sup>

Ni que decir tiene que los rodeleros eran fundamentales para proteger a escopeteros y ballesteros en los diversos lances, en especial cuando recargaban sus armas. Pero es que incluso llegaron a cubrir a los caballos para protegerlos de una lluvia de flechas. Cervantes de Salazar utilizar los verbos «rodelar» y «arrodelar» en el sentido de proteger con un escudo a los anteriores, en concreto en el momento de atacar una albarrada o cualquier otra posición fuerte del contrario.<sup>[40]</sup> La rodela era un escudo metálico, redondo y delgado, que se embarazaba en el brazo izquierdo y servía para proteger el tronco del infante. Según el tratadista Martín de Eguiluz, no hacía falta portar peto de acero para protegerse si se disponía de una rodela, que incluso defendía al infante de un arcabuzazo, no así del disparo de mosquete.<sup>[41]</sup> Por tanto, era una buena protección contra las armas aborígenes.

En una situación de peligro extremo, como cuando en los días previos a la huida de México-Tenochtitlan del primero de julio de 1520 un escuadrón mexica se subió al Templo Mayor con dos grandes vigas para atacar el palacio de Axayacatl —hundiendo su techumbre y poder entrar—, residencia de Cortés y los suyos, al tener que ir a expulsarlos de dicha posición, los españoles lo hicieron en grupos de tres: según los informantes del padre Sahagún, los castellanos subían lentamente hacia la cumbre haciendo uso de sus ballestas y escopetas, pero en cada grada iba delante un escopetero, tras él un soldado armado de espada y rodela y, por último, un alabardero. Es decir,

primero un especialista en disparar proyectiles, seguido por soldados para luchar cuerpo a cuerpo, uno de ellos capaz de matar a mayor distancia al disponer de un arma de asta.<sup>[42]</sup>

La artillería, junto con los caballos, sin duda debió de tener un efecto «mágico», sobre todo en los primeros compases del encuentro entre unos y otros. Pero tampoco hay que abusar de tales ventajas psicológicas. Díaz del Castillo nos ofrece algunas noticias un tanto imprecisas acerca del número de piezas artilleras de las que dispondría Hernán Cortés al inicio de su aventura. Antes de salir de Cuba, el parque artillero conseguido constaba de 10 tiros de bronce<sup>[43]</sup> y «ciertos falconetes»;<sup>[44]</sup> más tarde se afirmará que 4. Un parque artillero que se amplió<sup>[45]</sup> cuando se capturó el armamento que portaba Pánfilo de Narváez: 20 artillerías y «mucha pólvora y todo género de aparejos, de piedras y pelotas,<sup>[46]</sup> y dos artilleros»; el capitán de la artillería de Narváez se llamaba Rodrigo Martín. Se unió a los artilleros que portaba Cortés desde el primer momento:

[...] mandó a Mesa el artillero que así se llamaba, y a un Bartolomé de Usagre, e Arbenga, e a un Catalán, que todos eran artilleros, que lo tuviesen muy limpio y aderezado, y los tiros, y pelotas muy a punto; juntamente con la pólvora. Puso por Capitán de la artillería a un Francisco de Orozco que había sido buen soldado en Italia [...]

Otra observación importante.<sup>[47]</sup>

Todos los cronistas —se han consultado los escritos de Cortés, Díaz del Castillo, Fernández de Oviedo, López de Gómara, Cervantes de Salazar, Francisco de Aguilar y Herrera— concuerdan en que la artillería cortesiana usada en el sitio de México-Tenochtitlan se limitaba a 3 grandes cañones de hierro, 15 pequeños de bronce y 10 quintales de pólvora y muchas pelotas. Lo curioso es que no se describiesen con más detalle tales armas si tan importantes resultaron para el resultado final del asedio. Otra cosa son sus efectos. El propio Cortés, no sin un exceso de sinceridad, comenta que, al enfrentarse a los escuadrones aborígenes sin ballesteros ni escopeteros, sus cañones «[...] hacían tan poca mella que ni se parecía que no lo sentían, porque por donde llevaba el tiro diez o doce hombres se cerraba luego de gente, que no parecía que hacía daño ninguno». Aunque la cita admite una segunda lectura: en el fondo, Cortés puede dar a entender, también, las dificultades de la lucha emprendida y el mérito, por tanto, de su hazaña. Asimismo, algún comentario de Díaz del Castillo puede servir de elogio a la bravura exhibida por los nativos en combate. Guerreando ya en tierras de Tabasco, señala el cronista: «Mesa, nuestro artillero, con los tiros mataba



muchos de ellos, porque eran grandes escuadrones y no se apartaban lejos, y daba en ellos a su placer: y con todos los males y heridas que les hacíamos, no los podíamos apartar». «Acuerdóme de que cuando soltábamos los tiros, que daban los Indios grandes silbos, y gritos, y echaban tierra y pajas en alto, porque no viésemos el daño que les hacíamos».<sup>[48]</sup> En otra ocasión, se dispararon dos bombardas, especifica Díaz del Castillo, contra unas peñas para impresionar a los primeros embajadores de Moctezuma. Pero lo que más llamaba la atención era la efectividad del cañón al enfrentarse a grandes masas de soldados: «Una cosa nos daba la vida y era que como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacían mucho mal».<sup>[49]</sup> Eso sí, la ventaja psicológica tampoco era eterna: los informantes del padre Sahagún explicaron que los mexicas, ante los disparos de la artillería europea, «començaron a culebrar para escaparse de los tiros, y andar de lado».<sup>[50]</sup> Tan sencillo como eso. Nadie se deja matar por mucho tiempo sin reaccionar.

Siguiendo ahora a Cervantes de Salazar, relata este cronista que, camino ya de Tlaxcala, Cortés sintió la necesidad de demostrar su poderío:

Mandó [...] al artillero mayor que, puestas las piezas de artillería en el orden y asiento que es menester para dar batería a una ciudad, disparase, sin quedar ninguna, contra cierto baluarte, para que los indios viesen la gran furia de los tiros y considerasen el mucho daño que podrían hacer en las personas, pues en las paredes le hacían tan señalado.<sup>[51]</sup>

Pero más interesante, incluso, es la siguiente constatación: tras un primer encuentro con los indios del río Grijalva, «Dixeron tras esto que los tiros y las espadas desnudas y las grandes heridas que con ellas los nuestros hacían, los había en gran manera espantado [...]».<sup>[52]</sup> O, en el caso de los tlaxcaltecas, concluido uno de los primeros enfrentamientos con los españoles antes de pactar con ellos, estos aseguraron a Cortés que «estaban maravillados de las grandes y mortales heridas que daban sus espadas».<sup>[53]</sup> Así, en determinadas circunstancias, los cronistas alaban tanto o más el papel de la espada, de las estocadas con las que se defendían los castellanos, que la propia artillería. Al fin y al cabo, estaban elogiando un combate cuerpo a cuerpo, no la modernidad de matar a distancia. Los indios parecían extrañados de las heridas terribles que causaban, como si con sus armas no las pudieran provocar también. De nuevo Cervantes de Salazar explica, con admiración, cómo se enfrentaron dos aborígenes a seis caballeros de Cortés, en un momento dado, y

pelearon y defendiéronse tan bien de los seis de a caballo, que hirieron dos dellos y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y aun, a lo que vieron algunos de los nuestros, eran tan valientes y de tan buenos brazos que a cercén y con riendas cortaron las cabezas a los caballos que mataron, y esto no fue porque hicieron golpe, sino porque las espadas eran de navajas de pedernales muy agudas, y aunque tenían muchas fuerzas habían muy diestramente cortar.<sup>[54]</sup>

Tras semejante descripción, más bien se podría pensar que eran los hombres de Cortés quienes estarían conmocionados ante el poderío de las macanas mesoamericanas. Cortés lo estuvo, pero más bien por la muerte de dos de sus escasos caballos.

También Moctezuma II, en uno de sus primeros encuentros con Cortés, comentó, a través de los traductores del extremeño, la Malinche y Jerónimo de Aguilar, cómo le habían impresionado sus espadas, pues le habían contado las terribles heridas que producían, «que partíades al hombre por medio, y punzábades de tal manera con ellas que en un punto matábades al que así heríades».<sup>[55]</sup>

Cervantes de Salazar relata un lance que demuestra que no basta con poseer un arma, sino saber usarla. Cierta alto dignatario mexicana si se le juzgaba por su atuendo —«vestido todo de verde, con un plumaje que le salía de las espaldas, alto, sobre la cabeza una vara también verde, con más de seiscientas plumas, llenas todas de argentería, el más bello que hasta aquel tiempo se había visto»—, desafió en duelo a cualquiera que con él quisiera pelear. Cometió el error de abandonar sus armas tradicionales, en la que sería ducho, por una espada y una rodela tomadas a algún europeo caído en los combates previos. El soldado Hernando de Osma armado con una espada castellana a su vez, aceptó el desafío. El mexicana usó el arma europea como si fuese una macana, intentando golpear de arriba hacia abajo:

[...] el indio le tiró un altibaxo que Osma rescibió en la rodela, que fue con tanta fuerza (aunque no con destreza), que la hendió hasta la manija, y rescibiendo este golpe el soldado le tiró por abaxo una estocada que le pasó un palmo de espada de la otra parte del cuerpo. Cayó luego el indio muerto e Osma le tomó el plumaje y el espada española, paresciéndole que arma de gente tan valiente no había de quedar en poder de hombres que tan mal sabían usar della.<sup>[56]</sup>

Y esa es otra clave del asunto. En varias ocasiones, los mexicanos se presentaron en el combate portando armas europeas tomadas a los caídos e incluso se confeccionaban lanzas y picas con puntas de acero hispano, pero eso no era sinónimo de saber usarlas bien y sacarle todo el partido posible. No obstante, una lanza larga, cuyo manejo sí era conocido, utilizada tras un

mamparo protector, sí podía resultar una defensa adecuada y repeler una embestida de los caballos, por ejemplo. Por otro lado, Bernal Díaz no cita a Osma, quizá por ser uno de los hombres llegados con Pánfilo de Narváez y no conocerlo de antes. Según Cervantes de Salazar, Cortés quedó contento y admirado con el lance, que siempre daba moral a las tropas propias y era señal de mal agüero para el contrario. Una cuestión no menor en cualquier conflicto y mucho más en uno como aquel en el que no estaba claro, por ejemplo, qué sucedería tras la victoria, si es que la había. El de Medellín hizo un reconocimiento público de la gallardía de Osma, pues en una ocasión anterior hubo de castigarlo por alguna actuación impropia, si bien este soldado, en la Noche Triste, logró salvar un caballo.<sup>[57]</sup>

Hubo una gran variedad de espadas en manos de los invasores del valle central mexicano. Portaban montantes o mandobles, alfanjes, cuchillos de monte, estoques de ristre, espadas de mano y media, dos espadas en una, puñales y dagas. Según Germán Dueñas, citado por Marco Cervera Obregón, la más importante era la espada cruciforme de guerra, también llamada estoque, un arma de hoja muy estrecha cuya principal finalidad es herir de punta, es decir, estocar, mientras que las de hoja más ancha servían tanto para esa función como para cortar. Asimismo, se utilizaron los montantes, conocidos por mandobles al tener que usarse las dos manos en la empuñadura para manejar el arma. Podían medir hasta 130 centímetros y pesar 2,30 kilogramos, pero en manos de un experto era un arma ligera, apta tanto para la ofensa como la defensa.<sup>[58]</sup> «Las espadas españolas tenían la longitud precisa para alcanzar a un enemigo que careciese de un arma similar» y sin las protecciones adecuadas.<sup>[59]</sup>

Se celebraron diversos duelos con armas blancas españolas, además del mencionado entre Osma y el dignatario mexica. El propio Cervantes de Salazar menciona que en otra ocasión, días después del episodio anterior, un oficial mexica armado con espada castellana y rodela se acercó a las posiciones hispanas y solicitó un campeón que se midiese con él en singular duelo. Cortés, siempre atento a estas cuestiones, le dijo a través de los intérpretes que podía buscar otros diez como él para enfrentarse a uno de sus hombres. Ante la queja del mexica, pero manteniendo la bravuconería, al final el de Medellín designó para el duelo a un joven paje, Juan Núñez Mercado. Era un enfrentamiento desigual si se tiene en cuenta la fuerza física de cada uno, pero Cortés quería significar la destreza de sus hombres. Y lo logró, pues el paje Núñez consiguió matar a su oponente de una estocada. Le tomó sus armas y sus adornos de plumas. «Quedaron desto muy afrentados y corridos

los mexicanos, y aun para lo de adelante lo tuvieron por ruin agüero, viendo que un muchacho hubiese muerto un Capitán en quien ellos tenían tanta confianza».<sup>[60]</sup>

Y había otras maneras de ofender al enemigo. Era un aspecto más de la guerra psicológica establecida. Cristóbal de Olid, conocido ya por su nombre de pila entre los mexicas, fue afrentado por estos cuando le hicieron llegar unas tortillas y cerezas para que comiera como dando a entender que a ellos no les faltaba. Al entender el ardid, Olid le cedió aquella comida a un paje suyo y bajando de su caballo se sentó en un lugar donde no podía ser alcanzado por sus proyectiles e hizo como que comía,

y después que estuvo un poco sentado, levantándose, alcanzando las faldas del sayo, motejándolos de putos y de lo poco en que los tenía, les mostró las nalgas, aunque cubiertas con las calzas. No lo hubo hecho, cuando los enemigos, muy afrentados, le tiraron muchas piedras y varas que parecían que llovían [...].<sup>[61]</sup>

En cuanto a las armas de asta, se usaron las lanzas, muy importantes para la gente de a caballo, pero también las alabardas<sup>[62]</sup> y las picas. Y no solo para enfrentarse a los indios, sino a los españoles. La hueste cortesiana se armó con picas a la hora de chocar con las tropas de Pánfilo de Narváez. Cuando tuvo noticia de su llegada, según Díaz del Castillo, Cortés envió a un infante de los más experimentados que tenía puesto que, cómo no, había servido en Italia, a una provincia que llamó de los chichinencas, grandes enemigos de los mexicas, donde se usaban unas lanzas largas, a modo de pica europea, solo que con dos brazas de cuchillas de obsidiana. El encargo fue llevar 300 unidades de tales armas para quitarles las cuchillas de piedra y sustituirlas, ya que había mucho cobre disponible, por dos hierros, es decir, por un juego de puntas de metal para cada una. El encargado del asunto, llamado Andrés de Tovilla, además tuvo la orden de enseñar a sus compañeros a usar las picas para frenar a los caballos, pues se sabía que Narváez traía muchos. Y así lo hizo.<sup>[63]</sup>



Moharra de hierro de una alabarda española. En los combates, era un arma de menor utilidad, dado que los indígenas carecían de caballería y de armaduras de metal.

Díaz del Castillo no hace más referencias, prácticamente, a las picas en la lucha contra indios. Sin embargo, Cervantes de Salazar sí las hace. Al salir de Cholula, explica que Cortés mandó fabricar 80 picas de pino muy largas y gruesas, con puntas del tamaño de un jeme, es decir la distancia que media entre el extremo del dedo pulgar y el índice totalmente extendidos.<sup>[64]</sup> Para su enfrentamiento con Narváez, en primavera de 1520, Cortés mandó preparar 70 picas de encina —no las 300 que se han señalado antes—, de 38 palmos de largo, que, a la postre, le dieron la victoria al enfrentarse a las lanzas y partesanas<sup>[65]</sup> de aquel. Luego, como es conocido, el propio Narváez perdió un ojo a consecuencia de un golpe de pica.<sup>[66]</sup>

En muchas ocasiones, las descripciones de las armas aborígenes se hicieron a partir del estándar armamentístico europeo. Por ejemplo, las lanzas de los mexicas y otros pueblos mesoamericanos se calificaban como menores, o mayores, que una pica. Cervantes de Salazar hizo referencia en cierto momento a que los mexicas usaron «lanzas mayores que picas, tostadas las puntas, pensando con ellas matar los caballos, y no se engañaban si supieran jugarlas, pero si no es en el flechar, en todas las demás armas tienen poca destreza».<sup>[67]</sup> Fernández de Oviedo también hizo referencia a que los indios disponían de «lanzas luengas, como picas, para los caballos, é ya se avian visto algunas dellas con que pelearon los indios en la provincia de Tepeaca». En otros casos, comenta la existencia de lanzas largas, de 25 a 30 palmos e incluso de otras algo mayores que una lanza jineta española.<sup>[68]</sup>

Comentario aparte merece el uso por parte de los hispanos de los sayos de algodón, los *escaupiles*, de los aborígenes como armas corporales defensivas. Un aclaración de Díaz del Castillo permitiría pensar que dichas defensas ya eran conocidas antes de desembarcar en la costa veracruzana, e incluso en el Yucatán, puesto que en Cuba, antes de partir, hicieron acopio de tales

elementos: «como en aquella tierra de la Habana había mucho algodón hizimos armas muy bien [a]colchadas, porque son buenas para entrar en indios, porque es mucha la vara y flecha, y lanzadas que daban, pues piedra era como graniço». Las defensas más tupidas, que no dejaban pasar una flecha, eran muy pesadas en opinión de Díaz del Castillo. De modo que no todos las llevaban de esa guisa, para no perder tanta movilidad y, en una ocasión, el propio Bernal Díaz asegura que «a mi me dieron un buen bote [golpe] de lança, que me pasaron las armas, y si no fuera por el mucho algodón y bien colchadas que eran, me mataran, porque con ser buenas las pasaron, y echaron buen peloto de algodón fuera, y me dieron una chica herida». En otra ocasión, según siempre su testimonio, sus armas le pararon siete flechas, nada menos. Los indios de Cimatlan y Talatupan eran capaces de pasar con sus flechas «dos doblezes de armas de algodón», explica este cronista.<sup>[69]</sup> Cervantes de Salazar especifica que cuando se preparaba Cortés para el sitio de Tenochtitlan e hizo el alarde de sus tropas, algunos de los oficiales llevaban cotas de malla, pero otros cota y defensas de algodón.<sup>[70]</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl asevera que Cortés en Tetzaco ordenó no solo la confección de saetas para las ballestas, sino también «mucha cantidad de colchas de algodón, de que se hicieron muchas armas para los españoles».<sup>[71]</sup>

Y Antonio de Herrera, por su parte, insiste en que aquellas corazas de algodón las adoptaron en tierras mexicas y eran

tan gruesas como el dedo, que llamaban escaupiles, de los cuales se aprovecharon después los castellanos, porque los hallaron provechosos para las flechas y para el mucho trabajo que padecían, que con armas de yerro y de acero no pudieran sufrir, y también se valieron de las rodela de los indios porque con el mucho pelear presto perecieron las suyas.<sup>[72]</sup>

Esa información la extrajo, como tantas otras, de Cervantes de Salazar, el cual aseguraba que los escudos de los tlaxcaltecas eran

de palo y cuero, y con latón y pluma; otras texidas de caña con algodón, y son las mejores, porque no hienden; destas se aprovecharon después los nuestros, porque las suyas perescieron presto por los muchos y grandes golpes que en ellas rescebían de los enemigos.<sup>[73]</sup>

Solo un autor, Baltasar Dorantes de Carranza, pareció confiar muy poco en estas defensas y achacaba al hecho de no ir defendidos a la manera europea uno de los motivos de la mortandad mexicana en la guerra. Al comentar lo acontecido tras la caída de México-Tenochtitlan, escribió:

Y en la guerra acabaron tantos, que no tiene cuenta su número: porque aunque peleaban como valientes, era gente desnuda y desarmada, porque quando mucho, algunos caballeros, príncipes y señores se ponían unas insignias de tigre ó león ó águila, que denotaba su braveza y ánimo por aquel significado, con muchas plumas en la cabeça y bracos, que servía de gala y hermosura, mas que de defensa, pues eran como echarse encima una camisa sencilla de lienço [...]<sup>[74]</sup>

Muy poco se habla en las crónicas, en cambio, de otras defensas corporales como cascos, capacetes, celadas o borgoñotas, almetes, gorjales y barboquejos o jacos. Pero se debieron de utilizar, máxime teniendo en cuenta que arrojar proyectiles era una de las especialidades de los indios y los heridos por pedradas, por ejemplo, fueron abundantes. Díaz del Castillo cita a uno de los oficiales cortesianos, Juan Velázquez de León, como poseedor de un capacete,<sup>[75]</sup> junto con una cota.<sup>[76]</sup> En las ordenanzas dictadas por Cortés poco antes de iniciar el sitio de México-Tenochtitlan, se insistió en que los hombres lleven gorjales —también llamados gorgueras— y papahigos, para proteger su cuello y en parte la cabeza, pero es de suponer que debían de llevar, además, algún tipo de casco. Cervantes de Salazar menciona el caso de Martín López a quien, batallando en la gran urbe mexicana, «Echaron [...] desde un[a] azotea una galga o losa sobre la cabeza, de que cayó luego en tierra, e a no llevar una muy buena celada le hacían pedazos la cabeza».<sup>[77]</sup>

Infantes armados con espada, rodela y lanza, ballesteros y escopeteros, además de artilleros. Pero siempre se dedicó una atención especial a los caballos de Cortés, a los que se menciona como una de las claves de la victoria. Tras la Noche Triste, el propio caudillo relata que los mexicas

nos mataron un caballo, que aunque Dios sabe cuánta falta nos hizo y cuánta pena recibimos con habémosle muerto, porque no teníamos después de Dios otra seguridad sino la de los caballos, nos consoló su carne, porque la comimos sin dejar cuero ni otra cosa de él, según la necesidad que traíamos.<sup>[78]</sup>

Nunca hay que olvidar que el número de caballos presentes en la conquista de México fue ridículamente reducido. Tanto, que Díaz del Castillo nos describe todos y cada uno de los caballos que, inicialmente, consiguió disponer Cortés en Cuba, justo antes de alcanzar la propia La Habana, sus características y sus dueños, claro.<sup>[79]</sup> Según Martín López, responsable en 1520 y 1521 de construir los célebres bergantines que actuaron en el lago Tetzco, tres de los caballos embarcados en Cuba tuvieron que ser arrojados al mar.<sup>[80]</sup> Al comienzo de la entrada en el territorio Cortés portaba, pues, 16 equinos, que, tras los primeros encuentros bélicos, quedaron reducidos a 13.



Pero antes de salir de Veracruz hacia Cempoallan llegó una carabela que desembarcó 9 animales. La cuenta es fácil de seguir dado que eran tan pocos, insisto, los caballos disponibles. Meses más tarde, la arribada de Pánfilo de Narváez le permitió a Cortés, una vez derrotado este, contar con, al menos, otros 80 equinos. Cifra que se redujo de nuevo tras la precipitada salida de Tenochtitlan el último de junio de 1520. Según Cortés, en aquella ocasión le mataron 45 caballos, de modo que apenas pudo operar las siguientes semanas con 24 animales.<sup>[81]</sup> Para las navidades de 1520, Cortés aseguraba tener 40 caballos consigo en Tlaxcala y, a finales de abril de 1521, a un mes vista de iniciar el sitio/bloqueo de México-Tenochtitlan, consiguió disponer de 86 equinos. Por otro lado, en el juicio de residencia de Cortés, así como en otras demandas, menudearon solicitudes de retorno del dinero que representaba el valor del caballo perdido en los combates habidos en las conquistas del valle central de México y en las posteriores de diversos territorios de Nueva España.<sup>[82]</sup>

Se relatan anécdotas acerca de caballos, como el caso del potrillo que se quedó atrás en el camino —seguramente lo parió la yegua de Juan Sedeño que iba preñada al iniciar la aventura, según explicó Díaz del Castillo—, pero que «después pasado año y medio hallaron hecho buen rocín entre una manada de venados, de los cuales nunca se había apartado, que, enfrenado, fue un buen caballo y sirvió bien en la guerra». Pero lo que realmente importaba era el terror que podían inspirar los caballos, aunque también se señalaba el extraordinario valor de los aborígenes, los tlaxcaltecas, en este caso, puede que producto del desconocimiento. Cervantes de Salazar nos explica que «Cortés mandó luego enterrar los caballos, por que no supiesen que morían» y de esa forma limitar el impacto de semejante pérdida, cuando se disponía de tan pocos equinos. Y es que cuando se luchaba en terreno poco favorable, el asunto se complicaba a todas luces:

[...] las acequias, guardadas y defendidas con mucha gente de guerra, eran a todos los nuestros grande estorbo, y embarazó tanto que muchos de los enemigos se atrevían a abrazarse con los caballos y quitar las lanzas a los caballeros. Perdiéranse allí muchos españoles si los indios amigos, como diestros en el agua y con fidelidad maravillosa no les ayudaran.<sup>[83]</sup>

Los indios «amigos», los aliados,<sup>[84]</sup> la verdadera clave de la victoria.

También la experiencia hacía mucho. Al poco de iniciar la entrada en el territorio, después de las escaramuzas iniciales en Tabasco, ya Cortés «apercibió á los Caballeros, que habían de ir los mejores ginetes, y caballos, que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó, que no se parasen á

alancear hasta haberlos desbaratado, sino que las lanzas se las pasasen por los rostros». Los pretales servían para, al aumentar el ruido, dar sensación de que el número de jinetes, y su potencial peligro, era mucho mayor. Y cuando se comenzaron a trabar escaramuzas con los tlaxcaltecas, en una larga cita de Díaz del Castillo se percibe el cuidado que Cortés ponía en todo, lo que demostraba sus muchas cualidades como líder:

Pues yendo desta manera que he dicho, siempre íbamos hablando como habían de entrar y salir de á caballo á media rienda, y las lanzas algo terciadas, y de tres en tres, porque se ayudasen: é que quando rompiesemos por los escuadrones, que llevasen las lanzas por las caras, y no parasen á dar lanzadas, porque no les echasen mano dellas: y que si acaeciese, que les echasen mano, que con toda fuerza la tuviesen, y debaxo del brazo se ayudasen; y poniendo espuelas con la furia del caballo se la tornarían á sacar, ó llevarían al Indio arrastrando. Dirán ahora, que para qué tanta diligencia sin ver contrarios guerreros que nos acometiesen. A esto respondo y digo, que decía Cortés: Mirad señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos y aparejados, como si ahora viésemos venir los contrarios á pelear, y no solamente vellos venir, sino hacer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos, y que como acaece muchas veces, que echan mano de la lanza, por eso hemos de estar avisados para el tal menester, así dello, como de otras cosas que convienen en lo militar, que ya bien he entendido, que en el pelear no tenemos necesidad de avisos, porque he conocido, que por bien que yo lo quiera decir, lo haréis muy mas animosamente.<sup>[85]</sup>

Se aprendió, sin duda, de estos combates iniciales y así, más tarde, cuando se hubo de luchar contra los mexicas, las lecciones estaban entendidas. De nuevo, en palabras de Díaz del Castillo, la técnica para romper el frente de los regimientos de los contrarios consistía en «entrar y salir los de a cavallo media rienda, y que no se parasen a alancear, sino las lanzas por los rostros hasta romper sus escuadrones, y que todos los soldados las estocadas que diésemos, que les pasasen las entrañas», es decir, estocadas efectivas que impidieran que la hoja de la espada quedase enganchada, con riesgo de rotura, en las costillas del adversario.<sup>[86]</sup>

En cambio, como anotó en su momento José Luis Martínez, muy poco o nada se dice de la presencia de perros de combate. Apenas hay vagas referencias a la existencia de canes y lebreles y relacionándolos con la caza, como hizo López de Gómara. ¿Acaso no los utilizaron realmente en las operaciones de guerra y sí en los años posteriores? Es difícil de creer habida cuenta del uso de los cánidos tanto en el Caribe como en el Darién. De hecho, Díaz del Castillo cita un lebrel de Francisco de Lugo,<sup>[87]</sup> muy ladrador, que fue convertido en una fiera salvaje para asustar a los primeros aborígenes hallados en el camino a Tlaxcala.<sup>[88]</sup>

El armamento europeo, pues, fue muy importante, pero en su justa medida, no puede ser la explicación monocausal de una conquista tan

compleja como la del Imperio mexica, aunque tampoco podemos caer en el error de ningunear su importancia. Solo debemos atender a una nueva razón: la propaganda. Cuando los nuevos aliados cortesianos, los tlaxcaltecas, intentaron convencer a la gente de Cholula de que abandonasen su reciente alianza con los mexicas, los argumentos que usaron tenían que ver con el armamento de los extranjeros: si los cholultecas no entraban en razón, «con los tiros de hierro, con los animales fieros, y armas blancas y espantosas, y con los leones bravos, que así llamaban a los perros, serían destruydos». Este pasaje parece copiarlo Herrera de Muñoz Camargo, cuando explica que los españoles eran

gente muy feroz, atrevida y valiente, que traían armas aventajadas y muy fuertes de hierro blanco, decían esto a causa de que entre ellos no había hierro sino cobre, é que traían titos de fuego y animales fieros que los traían de trailla atados con condeleres de hierro, y calzaban y vestían hierro, y de cómo traían ballestas fortísimas y leones y onzas muy bravas que se comían las gentes, lo cual decían por los perros lebreles y alanos muy bravos que en efecto traían los nuestros.<sup>[89]</sup>

Por tanto, sí se usaron perros. Otra pequeña pista nos la proporciona Francisco de Aguilar: tras las duras batallas de tanteo habidas con los tlaxcaltecas en septiembre de 1519, al entrar en la ciudad la hueste de Cortés, sus habitantes ofrecieron comida no solo a los hombres, también a los caballos, a los perros y hasta a los cañones —«[...] de manera que a cada caballo, ponían una gallina y su pan, y a los perros así mismo y a los tiros»—. <sup>[90]</sup> O fray Bernardino de Sahagún. Cuando se informa a Moctezuma por primera vez del armamento europeo, se hace mención de la artillería, armas ofensivas y defensivas, incluidas las defensas corporales de hierro, de los caballos, como no podía ser menos, pero también de los perros, en especial «de la ferocidad que mostravan y de la color que tenían». Una vez iniciada la entrada hacia México-Tenochtitlan, la peligrosidad de los canes ya parece que se había contrastado: «Ansimismo ponían gran miedo los lebreles que traían consigo, que eran grandes: traían las bocas abiertas, las lenguas sacadas, y ivan carleando. Ansí ponían gran temor en todos los que los vían».<sup>[91]</sup> También en el *Códice Ramírez* —también conocido como *Origen de los mexicanos*— se citan a los cánidos: «[...] perros de ayuda que traían consigo, que eran muchos, muy feroces y diestros en la guerra».<sup>[92]</sup> Queda más o menos claro que mientras para el cronista castellano la presencia de los perros no es apenas relevante, para los informantes indios fue una novedad aterradora y así reaccionaron ante su presencia.

No obstante, al hilo de lo último mencionado, siempre tendremos la duda

de la auténtica y primigenia reacción aborígen ante el armamento, y los animales de combate, europeo. En la siguiente, y extensa, cita de Muñoz Camargo, cuando relata la información remitida a los tlaxcaltecas por Cortés merced a la intervención de sus aliados totonacas, este cronista, que escribió varios decenios después de los acontecimientos, expresa más bien su opinión acerca de unas armas que ya formaban parte de su vida diaria, de su cotidianidad:

Señores, esta gente que nuevamente ha llegado y parecido es muy feroz y brava y valiente, porque traen armas aventajadas y vestidos muy extraños [...] Traen rayos y truenos y relámpagos como los que caen del cielo. Tenemos entendido que son los dioses de las aguas, que han bajado del cielo para tomar venganza de algunos enojos que les hemos hecho, y deben de venir a destruir el mundo. Traen grandes animales, y bestias fieras y dragones, para que se coman y traguen las gentes dondequiera que pisan y huellan tiembla la tierra y se va hundiendo. Tráenlos con hierros atraillados en las bocas, y tan domésticos que los gobiernan como quieren, y andan encima dellos, y los corren hacen cosas espantosas; tráenlos calzados de hierro [...] Traen otros animales más pequeños, muy ligeros y feroces, que no se sustentan sino de carne humana; tienen la forma y manera de lobos y leones y tigres, y no podemos entender que son los dioses que han bajado del cielo [...] que las espadas que traen son de hierro, resplandecientes y alumbrantes: son más agudas y cortadoras que navajas. Y las ballestas y arcos con que tiran no las pudimos encarar por ninguna manera, y éstos las tiran con mucha facilidad, con unas saetas cortas y pequeñas, pero más fuertes que las nuestras; que las traen con puntas de hierro [...].<sup>[93]</sup>

Por cierto, Muñoz Camargo explica muy bien que, en Tlaxcala, los caballos sin duda causaron sensación al principio y los deificaron como a los propios conquistadores, de cuyo cuerpo formaban parte, todo era uno. Pero, «El cual engaño duró muy poco, porque luego entendieron que eran animales irracionales que se sustentaban de yerbas y en el campo». Es más, durante un tiempo pensaban que eran carnívoros que comían personas, deducción que hicieron por llevar los equinos frenos en sus bocas y aparecer estas a veces ensangrentadas. El relincho se interpretaba como el deseo del caballo de ver satisfecha su hambre. Además, los tlaxcaltecas, para hacer valer su condición de nuevos aliados de los españoles y aquellos extraordinarios seres de cuatro patas, les explicaban a los visitantes de los territorios vecinos, que acudían para apreciar aquellas novedades, lo terribles que eran poniendo «terror y espanto» en todos ellos.<sup>[94]</sup>

## **Soldados de Italia e indios aliados**

**E**n cuanto al componente humano, en las huestes indianas, sin duda, se buscaba la presencia del soldado veterano, de las guerras de Italia si era posible, que dotaba a todos sus participantes del máximo prestigio en aquellos momentos. Junto con los artilleros, gentes aún más especializadas, cualquiera con verdadera experiencia militar era muy necesario, en especial para completar sobre la marcha la formación castrense de sus compañeros. Y aunque las guerras contra los aborígenes eran muy distintas a las libradas en Europa, no dejaba de haber un poso de sabiduría bélica aplicable a otros lugares. Díaz del Castillo destaca como veteranos de Italia, además del capitán de artillería Orozco,<sup>[95]</sup> a Heredia el Viejo, «que era Vizcaíno, y tenía mala catadura en la cara, y la barba grande, y la cara media acuchillada, é un ojo tuerto, é coxo de una pierna, escopetero»; a un tal capitán Portillo, que murió en el sitio de Tenochtitlan; es famoso el caso de aquel soldado que, en palabras del cronista, «decía el mismo que había estado en Italia en compañía del Gran Capitán, y se halló en la Chirinola de Garayana (sic), y en otras grandes batallas, y dezía muchas cosas de ingenios de guerra». La falta de verosimilitud de la afirmación del soldado, marcada por esa expresión de decirlo él mismo, queda más acentuada aún por el hecho de no saber, tampoco, Díaz del Castillo distinguir las batallas de Ceriñola de la de Garellano (o Garigliano). El soldado en cuestión, un tal Sotelo, natural de Sevilla (o de Zamora), importunó a Cortés hasta conseguir que aceptase su peregrina idea de construir un trabuco, es decir una catapulta, en el patio del mercado de la antigua ciudad de Tlatelolco desde donde bombardear, en concreto, la zona donde se encontraban reclusos Cuauhtémoc y los últimos resistentes. El resultado, tras ímprobos esfuerzos de acarreo de materiales y construcción, fue un desastre, pues cuando se cargó la honda con una gran piedra, al dispararla «no pasó adelante del trabuco porque fue por alto y luego cayó allí donde estaba armado». Cortés ordenó deshacer el ingenio defectuoso. También había sido soldado en Italia, según su propio testimonio, Pedro de Briones, a quien Cortés puso al frente de uno de los bergantines que actuaron en el lago Tetzoco. Briones, que se jactaba de haber guerreado mucho en la península transalpina, donde «había muerto, y herido, y hendido cabeças y cuerpos de hombres», fue derrotado en un encuentro y era interpelado por el capitán Sandoval, el cual hacía broma de si aquella guerra con los mexicas se parecía a las suyas, y Briones respondió que «juraba a tal, que más quisiera batalla contra tirios, y grandes ejércitos de contrarios, assí de Turcos como de Moros, que no con aquellos zapotecas». Briones, que era natural de Salamanca, alegaba también haber perdido los lóbulos de las orejas

en Italia, por no haberse rendido en alguna batalla. A saber si era verdad, puesto que el personaje fue ahorcado, según algunas informaciones, años más tarde en Guatemala por su carácter perturbador.<sup>[96]</sup> Incluso la prodigiosa memoria de Díaz del Castillo no se olvidó de Canillas, tambor en Italia, y también en la Nueva España, quien muriese «en poder de indios», ni de Benito de Bejel, tambor en Italia a su vez, solo que en su caso murió de muerte natural. Así como de un soldado, Andrés de Tovilla, «que cojeaba de una pierna, que decía él que se había hallado en lo del Garellano con el Gran Capitán, murió en poder de indios». Natural de Baeza, algún testigo dijo de Tovilla que era hidalgo y muy hábil en el manejo de la pica. Murió en la retirada de la Noche Triste. O de Francisco de Mesa, quien fuese «artillero en Italia, y así lo fue en la Nueva España, y murió ahogado en un río después de ganado México».<sup>[97]</sup> También habían luchado en Italia antes de participar en la conquista de Cuba un tal Rodrigo Guipuzcoano, nacido en Medina del Campo pero de progenitores vascos, o el sevillano Rodrigo de Segura, que había militado en el país transalpino y en Berbería, según su declaración, por veinte años. De vida longeva, pues quizá naciera hacia 1470 y vivió unos noventa años, Segura llegó a gozar de tres encomiendas. Otros veteranos de las guerras europeas eran Juan de Solís, quien en Nueva España comentó la necesidad de elegir por votación al capitán general, como se hacía en Italia, o bien Juan de Torres, un cordobés cojo y viejo al que dejaron de vigilante en Cempoallan cuando la expedición se adentró en el territorio. También es el caso de Cristóbal de Maeda. Incluso hubo un caso, el del sevillano Diego de Marmolejo, que había luchado en el norte de África con un caballo y dos escuderos en Melilla, Orán, Argel o Tremecén y fue evacuado a la isla de Ibiza, «donde pasamos muchas hambres y pestilencias e grandes necesidades e trabajos [...] y después [...] yo vine en esta Nueva España».<sup>[98]</sup>

Hernán Cortés debió improvisar en un principio su sapiencia militar, pero, con el tiempo, esta se hizo sólida. Luego, poco más tarde, sus aduladores hicieron el resto. El propio Cortés contribuyó a limpiar su imagen al presentarse como un héroe cristiano en sus *Cartas de Relación*.<sup>[99]</sup> Muy pronto la gran hazaña militar cortesiana adquirió el estatus de las grandes victorias de los héroes de la Antigüedad, ya fuesen Alejandro Magno, Aníbal o César, en las obras de Francisco López de Gómara o en la de Gonzalo Fernández de Oviedo. Este último escribía: «Sin dubda alguna la habilidad y esfuerzo<sup>[100]</sup> é prudencia de Hernando Cortés muy dignas son que entre los cavalleros é gente militar en nuestros tiempos se tengan en mucha estimación en los venideros nunca se desacuerden». Las gestas de Cortés le servían a

Fernández de Oviedo para recordar las de otro extremeño, Viriato, y las no menos célebres de Julio César, «espejo de caballería», tal y como las habían narrado el propio dictador, Suetonio o Plutarco. La diferencia era el lugar, condiciones de lucha y los enemigos de uno y otro. Porque las gestas de Cortés se habían llevado a cabo en «un mundo nuevo ó tan apartadas provincias do Europa, ó con tantos trabaxos é nesgessidades é pocas fuerzas, ó con gente tan innumerable é tan bárbara é belicosa é apacentada en carne humana [...]», lejos de la ayuda que les pudiera enviar su príncipe. En cambio, César «ovo sus batallas é victorias en provincias é partes pobladas é proveydas é de las mejores del mundo, en compañía de sus propios é muchos romanos é naturales ó otras gentes de razón». Haciendo gala de erudición, Fernández de Oviedo comparó la defensa que Cortés hizo de uno de los puentes destruidos de México-Tenochtitlan poco antes de la Noche Triste con la hazaña, también en un puente, del héroe mítico romano Horacio Cocles, tal y como la relató Tito Livio, puntualiza el cronista. Asimismo, lo equiparó a Ciro el Grande a través de la lectura de Jenofonte y, si bien era factible que Cortés no hubiese leído a Vegetio o a Catón, «é á otros excelentes autores, que escribieron sobre el arte militar; mas afirmo é creo quel ingenio deste capitán era tal en las cosas de la guerra, que naturalmente nasció para enseñar á otros muchos lo que en ella se debe haçer».<sup>[101]</sup> Por su parte, Karl Kohut, en un trabajo acerca de la primera recepción de las cartas cortesianas en Alemania, recoge las impresiones del traductor —al latín—, Pietro Savorgano, para quien el de Medellín era asimilable a Aníbal y Alejandro Magno —cuando traduce la *Segunda carta de relación*—, y a Salomón, Hércules, los faraones egipcios y, de nuevo, Alejandro Magno cuando traduce la *Tercera carta de relación*.<sup>[102]</sup>

Bernal Díaz del Castillo asegura que Cortés, una vez tenía más que decidida la entrada en el territorio y había mandado dar al través a sus buques, usó las guerras de los romanos para alentar a sus hombres —«[...] y sobre ellos dixo otras muchas comparaciones de hechos heroicos de los Romanos»—. Tras la exitosa pero agónica batalla de Otumba, nuestro cronista reconoció ser «más digno de loores nuestro Cortés que no los romanos». Poco más adelante en su libro, exclama: «era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo [...] y entre los cartagineses a Aníbal». Incluso Díaz del Castillo quiso que el derrotado Pánfilo de Narváez hablase bien de Cortés ante Francisco de Garay, alabando, de paso, a sus oficiales y soldados:



[...] otros más venturosos en el mundo no ha habido que Cortés; y tiene tales capitanes y soldados que se podrían nombrar tan en ventura cada uno en lo que tuvo entre manos, como Octaviano, y en el vencer como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas como Aníbal [...].<sup>[103]</sup>

Cervantes de Salazar es de los pocos, por no decir el único, que fue capaz de asimilar a los aliados tlaxcaltecas con los soldados romanos, nada menos —«[...] en el cerco de México, donde, como adelante se dirá, pelearon, no como indios, sino como romanos»—. Pero, aún más notable, también ensalzó la lucha de las mujeres mexicas para defender a sus hijos y su ciudad:

No menos que ellos [los hombres] porfiaron las mujeres, queriendo morir con sus maridos y padres, tiniendo en poco la muerte, después de haber trabajado en servir los enfermos, curar los heridos, hacer hondas y labrar piedras para tirar. Peleaban como romanas, desde las azoteas, tirando tan recias pedradas como sus padres y maridos.<sup>[104]</sup>

Asimismo, entre los autores religiosos encontramos quienes encomiaron a Cortés. Gonzalo de Illescas, en su *Historia Pontifical y Católica*, afirmaba que los grandes generales de la Antigüedad, con sus enormes ejércitos, «no hicieron tanto como este nuestro español con quinientos cincuenta compañeros».<sup>[105]</sup> Fray Jerónimo de Mendieta, en su *Historia Eclesiástica Indiana*, hizo un par de observaciones que, si bien erróneas, conservan toda su fuerza. Creía que el nacimiento de Cortés en 1485 servía para compensar el de Martín Lutero<sup>[106]</sup> el mismo año, cuando lo hizo en 1483, pues si bien este había conseguido «meter bajo la bandera del demonio a muchos fieles», el de Medellín trajo «al gremio de la Iglesia infinita multitud de gentes que por años sin cuenta habían estado debajo del poder de Satanás [...]». Además, Mendieta entendió la figura de Cortés como si se tratara de un nuevo Moisés, pues en el año de su nacimiento es cuando el emperador Ahuitzotl, en la celebración de la consagración del gran templo central de Tenochtitlan, mandó sacrificar a 80 000 personas; aunque se equivoca de nuevo, pues dicha celebración fue en 1487. Lo curioso, en palabras de Hans-Jürgen Prien, es que Mendieta llegue a la conclusión de que «el clamor de tantas almas movió a Dios a enviar a Cortés a México para remediar tanto mal, así como antaño había enviado a Moisés a Egipto».<sup>[107]</sup> Pero apenas rastro de los indios aliados. Una gran injusticia, pues, sin duda, fueron estos una de las claves de la victoria cortesiana. En todo caso, Mendieta atribuía a la Providencia Divina y a nada más el hecho de que Cortés recibiese la ayuda de Cempoallan, Tlaxcala y Huexotzinco. Y añade:

Porque cuando salió de la isla de Cuba para acometerla [Nueva España], en todas las banderas de sus navíos puso en medio de sus armas una cruz colorada con una letra que decía: Amici, sequamur cruce: si enim fidem habuerimus, in hoc signo vincemus. Que quiere decir: «Amigos, sigamos la cruz, porque si tuviéremos fe, en esta señal venceremos». En ninguna parte de los indios infieles entró que luego no derrocara los ídolos, y vedase el sacrificio de los hombres, levantase cruces y predicase la fe y creencia de un solo Dios verdadero y de su Unigénito Hijo Nuestro Señor Jesucristo: cosa que no todos los victoriosos capitanes, ni todos los príncipes (á cuyo poder vienen las tales presas) suelen tomar tan á pechos.<sup>[108]</sup>

En efecto, las alianzas sabiamente establecidas por el de Medellín le permitieron disponer, según Cervantes de Salazar, de hasta 200 000 indios «amigos» para sitiar Tenochtitlan entre finales de mayo y el 13 de agosto de 1521.<sup>[109]</sup> En un momento dado, producto de la lisonja, el pacto, la diplomacia, pero también de la crueldad y el terror aplicados —un historiador, Matthew Restall, lo definió como una utilización teatral de la agresión—,<sup>[110]</sup> lo cierto es que los sectores gobernantes de diversos señoríos enemigos de los mexicas, que incluía a antiguos aliados y otros que no hacía tanto tiempo habían sido conquistados por ellos, como Cempoallan, Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco, Chalco, Xochimilco y Tetzaco, fueron, principalmente, quienes ofrecieron a Cortés decenas y decenas de miles de combatientes, zapadores y acarreadores, milicianos auxiliares en suma, lo que constituyó la causa principal de la caída del Imperio mexica. Como reconoce la moderna historiografía mexicana —aunque dicha idea, en realidad, ya fuera puesta de manifiesto por Servando T. de Mier, cuando señaló que «los soldados para la conquista han sido Indios con jefes Europeos»— los propios indios conquistaron México-Tenochtitlan y ayudaron, en su momento, a conquistar el resto del altiplano central mexicano.<sup>[111]</sup> Ya han quedado superadas visiones como las de Raymond Aron, quien, en su momento, no dudó en utilizar el concepto de «conquista a lo Cortés». Es decir, la idea de que, «en caso de encuentro entre combatientes que pertenezcan a colectividades esencialmente heterogéneas, un pequeño ejército es capaz de conseguir éxitos espectaculares». En concreto, Aron señalaba que «Unas cuantas decenas de caballeros españoles representaban una fuerza de primer orden frente a los aztecas del Méjico precolombino».<sup>[112]</sup>

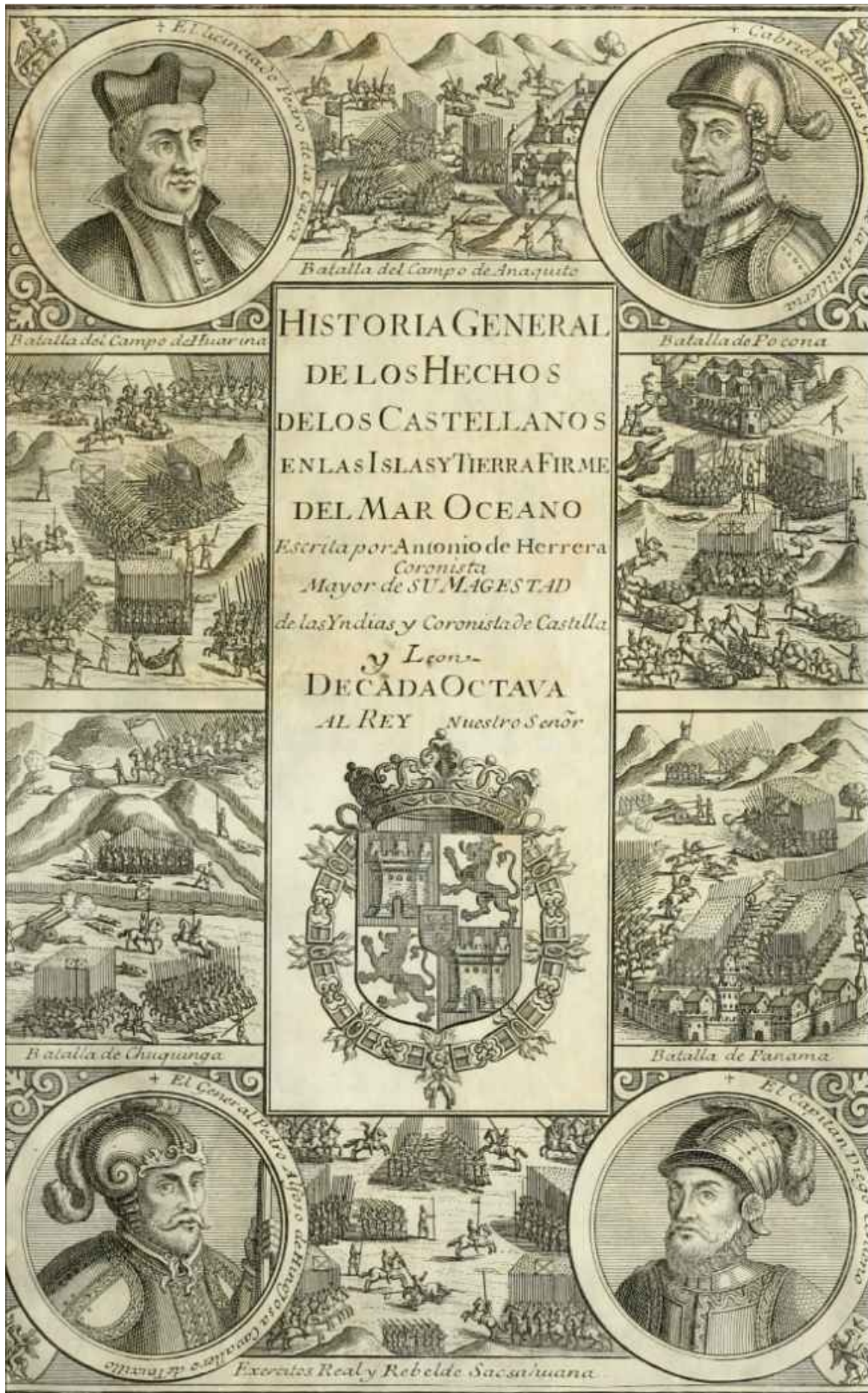
Sin duda, los indios aliados fueron una pieza clave en la victoria y a menudo se mantuvieron como reserva para ir cubriendo posibles bajas, pero al terminar el combate se lanzaban a perseguir sin tregua a los aborígenes derrotados. De los pocos cronistas del primer cuarto del siglo XVI sensibles con este tema destaca Pedro Mártir de Anglería en particular. Así, si en los primeros encuentros bélicos, en concreto las luchas con Tlaxcala, nuestro

autor no tiene ningún problema a la hora de adjudicar a las armas europeas la victoria —«Cortés tenía seis cañones y otros tantos escopeteros, cuarenta flecheros, y mezclados con estos trece caballos, instrumentos de guerra desconocidos de los bárbaros; y así, por fin, se disolvió aquella nube de bárbaros»—, lo cierto es que, una vez conseguidos nuevos aliados, entre ellos los propios tlaxcaltecas, la situación cambió. Por ejemplo, en la lucha contra Tepeacac, en el verano de 1520, señala Anglería: «Nuestras bombardas y a la vez los caballos, cosas que ellos jamás habían visto ni oído, les dejaron a punto descuajados; pero ayudó muchísimo la ayuda reunida de aquellos tres pueblos», es decir, de tlaxcaltecas, cholultecas y huexotzincos.<sup>[113]</sup> Los primeros, aliados de Cortés en la toma de Cholula, como apenas se diferenciaban de los guerreros enemigos en sus armas y divisas, «se pusieron en las cabezas unas guirnaldas de esparto [...] y con esto eran conocidos los de nuestra parcialidad, que no fue pequeño aviso».<sup>[114]</sup>

En otras ocasiones, el mejor servicio que podían ofrecer los aborígenes fue informar del tipo de guerra practicada por los suyos. En un pasaje injustamente olvidado, A. de Herrera nos recuerda que Cortés inquirió entre los primeros prisioneros en combate hechos a los tlaxcaltecas «los ardidés y formas de pelear que tenían en todos tiempos, y de qué costado los castellanos recibirían mayor daño, espanto y temor; y todo lo demás que le parecía debía saber para encaminar bien las cosas de la guerra».<sup>[115]</sup>

Por su parte, el padre José de Acosta no dudó en señalar que «Fue también gran providencia del Señor, que quando fueron los primeros españoles, hallaron ayuda en los mismos indios por haber parcialidades y grandes divisiones». Y continúa diciendo: «quien estima en poco a los indios, y juzga que con la ventaja que tienen los Españoles de sus personas y caballos, y armas ofensivas y defensivas, podrán conquistar cualquier tierra, y nación de indios, mucho mucho se engaña». Por último, aseguraba:

Atribuyase la gloria a quien se debe, que es principalmente a Dios, y a su admirable disposición, que si Moteçuma en México, y el Inga en el Perú se pusieran a resistir a los españoles la entrada, poca parte fuera Cortés, ni Pizarro, aunque fueron excelentes capitanes, para hacer pie en la tierra.<sup>[116]</sup>



Un gran especialista en la guerra mesoamericana, Ross Hassig, argumentó en su momento que el avance tecnológico hispano pudo suponer una gran ventaja en sus primeros contactos con los aborígenes, hasta el punto de que los tlaxcaltecas acabaron por convencerse de las virtudes de contar con ellos en su guerra con los mexicas. Este punto de vista es muy importante, pues indica que el pacto hispano-aborigen no lo dirigía Cortés, sino más bien los tlaxcaltecas y algunos otros aliados, como Ixtlilxóchitl de Tetzaco, añado. Por tanto, nos hallamos en una guerra mesoamericana, que perdieron los mexicas y que ganaron ciertas élites aborígenes y, por supuesto, los españoles.<sup>[117]</sup>

Sin embargo, hay un último elemento táctico al que dediqué algunas páginas hace un tiempo. Apenas ningún autor ha enfatizado el hecho de que el grupo expedicionario, la hueste indiana de Cortés, evolucionaba por el territorio siempre en formación de combate, es decir, en escuadrón o formando un escuadrón. Y no solo lo mandaba Cortés. En su viaje exploratorio y de rescate, Juan de Grijalva hizo desembarcar a un centenar de hombres en la isla de Cozumel bien «apercibidos y puestos en ordenanza», asegura el padre Juan Díaz, que más tarde se enroló en la aventura cortesiana.<sup>[118]</sup> López de Gómara escribe que Cortés, en los primeros compases de la conquista, hacía que su gente «saliesen con sus armas *en ordenanza* al paso y son del pífano y a tambor», es decir como si de un ejército<sup>[119]</sup> europeo profesional se tratase. En otro momento, explica: Cortés llevaba su contingente «muy puesto en ordenanza y con los dos tirillos a punto, por si algo aconteciese». Sin duda, siempre precavido. «En ordenanza» significaba en orden de escuadrón. López de Gómara lo deja claro: «la ordenanza del escuadrón» escribió en una ocasión. Poco antes de toparse por primera vez con los tlaxcaltecas, Cortés fue en su busca «con su escuadrón bien concertado, y en medio del fardaje y artillería [...]». Al trabarse la pelea, si bien Cortés «aunque iba en la delantera con los caballos peleando y haciendo lugar, volvía de cuando en cuando a concertar el escuadrón y animar su gente». Pero es que antes de tales acontecimientos, López de Gómara presentó la entrada de las gentes de Cortés en Cempoallan como si de un desfile se tratara, pues sus habitantes «[...] dábanles con alegre semblante muchas flores y frutas muy diversas de las que los nuestros conocían; y aún entraban sin miedo en la ordenanza del escuadrón, y de esta manera, y con regocijo y fiesta, entraron en la ciudad». E insiste un poco más adelante en

que, tras el envío de seis de a caballo para ver qué deparaba el camino a la ciudad, el escuadrón entró en la misma.<sup>[120]</sup>

Díaz del Castillo se extiende, por suerte para nosotros, en describir las características de los mejores jinetes del grupo, pero también en cómo dictaminó Cortés que «Diego de Ordaz [...] fuese por capitán de todos nosotros y aún de los ballesteros y escopeteros, porque no era hombre de a caballo. Y otro día muy de mañana [...] puestos todos en ordenanza con nuestro Alférez, que entonces era Antonio de Villarroel [...]». En breve plazo, Díaz del Castillo nos narra la entrada en un pueblo fortificado en altura, Quiahuiztlan, difícil de tomar si había pelea. Por ello, «[...] yendo con buen concierto y ordenanza, creyendo que estuviese de guerra, iba el artillería delante, y todos subíamos en aquella fortaleza, de manera que si algo aconteciera, hacer lo que éramos obligados». Bernal Díaz lo expresa así porque uno de los hombres, Hernando Alonso de Villanueva, «no iba en buena ordenanza» y la reacción del capitán Alonso de Ávila, descrito como «soberbio e de mala condición», fue darle tal lanzazo en un brazo que lo dejó manco. En una de las batallas contra los tlaxcaltecas, en pleno fragor, Díaz del Castillo rememora que

no osábamos deshacer nuestro escuadrón, porque el soldado que en algo se desmandaba para seguir algunos indios de los montantes o capitanes, luego era herido y corría gran peligro. Y andando en estas batallas, nos cercan por todas partes, que no nos podíamos valer poco ni mucho; que no osábamos arremeter a ellos si no era todos juntos, porque no nos desconcertasen y rompiesen.

En otro de los encuentros con los tlaxcaltecas, cuando el escuadrón fue totalmente cercado por el contrario, Díaz del Castillo exclamaba:

Yo vi entonces medio desbaratado nuestro escuadrón, que no aprovechaban voces de Cortés ni de otros capitanes para que tornásemos a cerrar; tanto número de indios cargó entonces sobre nosotros, sino que a puras estocadas les hicimos que nos diesen lugar; con que volvimos a ponernos en concierto.

Una vez trabada la lucha en México-Tenochtitlan dos años más tarde, las circunstancias obligaban a adaptarse a la realidad de la guerra:

[...] y luego se puso en concierto cómo habíamos de ir, el fardaje y los heridos en medio, y los de a caballo repartidos, la mitad de ellos delante y la otra mitad en la retaguardia, y los ballesteros también con todos nuestros amigos, e allí poníamos más recaudo, porque siempre los mexicanos tenían por costumbre que daban en el fardaje; de los escopeteros no nos aprovechábamos porque no tenían pólvora ninguna; y de esta manera comenzamos a caminar.  
<sup>[121]</sup>



El propio Cortés explica, en su *Segunda carta de relación*, cómo colocaba en orden a sus hombres en función del momento:

Y porque vi que de todas partes se recrecía la gente de los contrarios, concerté allí la de los nuestros y de la que había sana para algo, hice escuadrones y puse en delantera, rezaga, lados y en medio, los heridos y así mismo repartí los de caballo y así fuimos todo aquel día peleando por todas partes.<sup>[122]</sup>

Cervantes de Salazar asegura que, una vez superada la prueba de las durísimas batallas contra Tlaxcala, Cortés se dirigió con los suyos hacia la cercana ciudad de Cholula y «concertó [...] su gente en orden de guerra». Y cuando, meses más tarde, hubo de dirigirse a la costa a pelear contra Pánfilo de Narváez, al salir de México-Tenochtitlan Cortés «puso su gente en orden como si hobiera por el camino de tener muchos reencuentros». Y al salir una vez más de la capital mexicana tras los sucesos de la Noche Triste, en el camino de retorno a Tlaxcala, el caudillo colocó «su gente en orden como solía caminar». Narrando esos mismos hechos, aclara este cronista: «Cortés, como hombre apercebido y a quien Dios en las armas dio tanto saber y ventura, como entendió que el concierto y orden de la gente es el que la fortifica». De hecho, en su relato de la batalla de Otumba, Cervantes de Salazar deja bien claro el poderío que significaba luchar todos juntos y en buen orden:

[los mexicas] acometieron a los nuestros, tirándoles muchas flechas y varas, e acercábanse tanto a los nuestros que, aunque jugaba la escopetería y ballestería y les hacía muy gran daño, venían a brazos y a sacarlos del escuadrón; pero Cortés, que vía que toda la fuerza estaba en que los suyos estuviesen juntos y en orden [...] Defendió tan bien su escuadrón, que ningún soldado le llevaron [...].<sup>[123]</sup>

Sin duda, no se puede desdeñar el componente armamentístico, ni el uso tan provechoso de las alianzas establecidas sobre el terreno, pero también es humano que Díaz del Castillo se alabara a sí mismo y a todos sus compañeros: tras una larga parrafada donde explica la dureza del servicio los días de estancia en México-Tenochtitlan antes de la llegada de la hueste de Pánfilo de Narváez, con la tensión a flor de piel, durmiendo mal, sin apenas descanso... el cronista rememoraba las costumbres adquiridas desde entonces para el resto de la vida, como el apenas dormir sin despertarse varias veces, entre otras. «[...] y esto he dicho porque sepan de qué arte andábamos los verdaderos conquistadores, y cómo estábamos tan acostumbrados a las armas y a velar».<sup>[124]</sup>



Aunque tampoco podemos olvidar un último componente: las diversas intensidades combativas. La función de Cortés y su hueste era hacer la guerra. A tiempo completo. Los españoles no tuvieron reparos en atacar, también, durante las temporadas de siembra y cosecha,<sup>[125]</sup> cuando la mayoría de las poblaciones estaban pendientes de los campos y los líderes aborígenes tenían dificultades para formar ejércitos con todos sus efectivos desplegados. Por otro lado, el grupo invasor, a menudo ayudado por sus aliados, no sintió ningún reparo en matar civiles, quemar cultivos y prender fuego a pueblos y aldeas. Como asevera D. Headrick, cualquiera que sea la merecida reputación de los mexicas por la violencia ejercida, los castellanos fueron incluso brutales, con unas formas de hacer la guerra que desmoralizaron a su oponente.<sup>[126]</sup> Y esa fue, sin duda, una baza importante en el largo, sangriento y terrible camino hacia la victoria.

## Los hombres<sup>[127]</sup> de Cortés

La extraordinaria memoria de Bernal Díaz del Castillo le permitió evocar la figura no solo de los grandes capitanes, sino también de buena parte de los compañeros que partieron de Cuba en la expedición cortesiana. En varios célebres capítulos de su magna crónica, el cronista dejó sentado cuál era su principal interés: recordarlos a todos, no solo a unos cuantos, pues la labor de conquista fue colectiva. De manera que se podría decir que, si bien todo el mundo es bueno para morir luchando, también lo es para ser recordado. Bernal Díaz siempre le echó en cara a su, por otro lado, idolatrado capitán general Cortés que en sus *Cartas de Relación* no se acordase de ellos,

[...] mas en aquel tiempo que escribió a su majestad, toda la honra y prez de nuestras conquistas se daba a sí mismo, y no hacía relación de cómo se llamaban los capitanes y fuertes soldados, ni de nuestros heroicos hechos; sino escribía a su majestad: «Esto hize, esto otro mandé hacer a uno de mis capitanes», e quedábamos en blanco hasta ya a la postre, que no podía ser menos de nombrarnos.

Pues bien, tras rememorar en numerosas páginas los nombres, algunas hazañas y las muertes de buena parte del contingente, el propio Bernal se puso en su sitio. El último, pero no por ello menos importante:

[...] mi nombre es Bernal Díaz del Castillo, y soy vecino y regidor de Santiago de Guatemala, y natural de la muy noble e insigne y muy nombrada villa de Medina del Campo,

hijo de Francisco Díaz del Castillo, regidor de ella, que por otro nombre le nombraban «el galán», que haya santa gloria; y doy muchas gracias y loores a la virgen Santa María, su bendita madre, que me ha guardado que no sea sacrificado, como en aquellos tiempos sacrificaron todos los más de mis compañeros que nombrados tengo, para que ahora se descubran muy claramente nuestros heroicos hechos: y quiénes fueron los valerosos capitanes y fuertes soldados que ganamos esta parte del Nuevo Mundo y no refieran la honra y prez y nuestra valía a un solo capitán.<sup>[128]</sup>

Díaz del Castillo traza unas breves biografías de sus compañeros, en las que resalta este o aquel aspecto y cuál fue su destino en la vida, a menudo truncado por la muerte en combate contra los indios. Pocos, unos pocos, son descritos como hombres de fortuna sobrevenida en el Nuevo Mundo. Es decir, que lograron su objetivo en la vida. En estos casos, como es obvio, su muerte fue natural. Algunos oficiales, e incluso soldados, nos son referidos con sus dolencias, como Andrés de Monjaraz,<sup>[129]</sup> quien «estaba muy malo de bubas y dolores que le impedían harto para la guerra», o su hermano Gregorio, el cual «ensordeció estando en la guerra de México». Lo mismo le ocurrió a Juan de Limpias Carvajal, «buen soldado, capitán que fue de bergantines». A otros los recuerda por las heridas que recibieron en la lucha, como Ojeda, a quien «quebráronle un ojo», o el caso de un tal De la Serna, quien «tenía una cuchillada por la cara». A De La Serna no le fue mal, pues Díaz del Castillo lo rememora como propietario de una mina de plata. Tampoco a Gregorio de Villalobos, natural de Santa Olalla dice Bernal Díaz o bien de Jerez de la Frontera, «que se fue a Castilla rico». Tenemos el caso del soldado Alonso Luis o Juan Luis, no recuerda el cronista el nombre exacto, pero sí que era de gran estatura, por eso quizá le llamaban «el Niño». O tampoco eran fáciles de olvidar otros buenos soldados, corcovados, como Rodrigo de Jara o Alonso Madrid, que murió en el sitio de México-Tenochtitlan. O bien Juan Díaz, «que tenía una gran nube en un ojo». A Díaz, si bien lo terminaron por matar los indios, había tenido a su cargo «el rescate e vituallas de Cortés». Tampoco se olvidó de un soldado gallego, Francisco de Ribadeo, «que por sobrenombre le llamábamos beberreo porque bebía mucho vino, murió en poder de indios». O de Porras (¿Diego de Porras?), por ser «muy bermejo y gran cantor».

También parece destacar nuestro cronista un cierto número de bajas entre los hombres de a caballo, casi todos ellos descritos como «bien esforzado y buen jinete», muchos de ellos fallecidos en la retirada de la Noche Triste: son los casos de Gonzalo Domínguez, Francisco de Morla, Pedro de Morón, un fulano de Lares y otros varios. En cambio, Santos Hernández, «hombre anciano, natural de Soria, que por sobrenombre le llamábamos “el buen viejo”, jinete batidor, murió de su muerte». Hernández, por cierto, le extrajo

una flecha de la cara a Francisco de Granada en la Noche Triste.<sup>[130]</sup> Sorprende el número de «ancianos» participantes en la empresa; no todos los hombres de Cortés se nos describen como mancebos: son los casos de Hernando de Lerma, que fuera capitán, o de Juárez —o Lorenzo Suárez—, un portugués de Évora, balletero, llamado oportunamente «el Viejo». Por cierto que de este último nos explica Díaz del Castillo que «mató a su mujer con una piedra de moler maíz»; y también asesinó a su esposa, conocida como «la hija de “la vaquera”», el soldado Juan Pérez. Lo mismo hizo antes de la guerra de México Ruí Monjaraz, vizcaíno, que «mató a su mujer sin motivo alguno, en Santo Domingo». Por tanto, Cortés, si es que también él asesinó a su primera mujer, estuvo acompañado por personas con esa terrible afinidad. Alonso Pérez era recordado, en cambio, porque participó en la conquista en compañía de su esposa india, cubana de Bayamo, calificada como muy hermosa. Juan Escobar, en cambio, a pesar de ser un buen soldado, fue colgado después de la guerra por violar a una mujer casada.<sup>[131]</sup>

Es interesante constatar que mientras Díaz del Castillo resalta la condición de balletero de muchos de los recordados —Juan de Nájera,<sup>[132]</sup> Juan de Iniesta, Alamillo (¿Sebastián Alamilla?), Pedro Santisteban, Alonso Hernández, Cristóbal Díaz, Arroyuelo, Pedro López, Diego de Peñalosa, el portugués Sebastián Rodríguez o el también lusitano Juan Castaño—,<sup>[133]</sup> o rememoraba a Luis Alonso, que «cortaba muy bien con una espada», no hace, en cambio, ni una sola mención a algún soldado escopetero. La excepción parece ser Alonso Delgado, natural de Portillo, en Salamanca, a quien un compañero calificó como «buen escopetero».<sup>[134]</sup> Pero era un hombre llegado en el grupo de Narváez. En algunas ocasiones, la alusión a las armas es por otros motivos. Es el caso de un soldado llamado Enríquez, natural de Palencia, quien «se ahogó de cansado e del peso de las armas e del calor que le daban». Conocemos, de todas formas, a otros balleteros del primer grupo de Cortés: Juan de Aparicio, Juan Barro, Juan Benítez, Diego Martín, el jerezano Bartolomé Sánchez o Martín Vázquez, quien en Champotón recibió cinco heridas y hubo de escapar a nado, o bien en la batalla de México-Tenochtitlan fue herido en tres o cuatro ocasiones y una vez fue rescatado del lago por el propio Cortés, que se lo arrebató a los mexicas estirando de un brazo para sacarlo del agua. Vázquez, que había sido custodio de Moctezuma, aseguraba que el *tlatoani* no lo quería bien porque una vez escupió en su presencia. Tuvo varias encomiendas y, al ser fiel seguidor de Cortés, este le concedió el monopolio del juego los primeros años. Tuvo cuatro hijos de su mujer, una aborigen cubana.<sup>[135]</sup>

Una manera de diferenciar a los que tenían el mismo apellido, como el caso de los Solís, es informarnos de algunas de sus características, como uno de ellos que, «porque era algo arrebatado, le llamábamos “casquete”», escribe con gracia Bernal Díaz; u otro Solís, de nombre Pedro, conocido por «“tras de la puerta” porque estaba siempre en su casa tras de la puerta mirando los que pasaban por la calle y él no podía ser visto». Un tercer Solís era apelado «el de la huerta» y a un cuarto se le nombraba «“sayo de seda”, porque se preciaba mucho de traer sayo de seda». Este Solís en concreto, llamado Francisco, fue hombre de confianza de Cortés, gozó de hasta cinco encomiendas y llegó a tener diecisiete hijos.<sup>[136]</sup> O fue el caso de los Espinosa; recordaba Bernal a tres del mismo apellido, pero uno, llamado Alonso, era conocido como Espinosa «de la bendición» porque «siempre traía por plática “con la buena bendición”, era muy buena aquella plática, e murió de su muerte».<sup>[137]</sup> También el de dos soldados apellidados San Juan: uno de ellos, Pedro, era nombrado como «“el entonado”, porque era muy presuntuoso». Murió a manos de indios. Muy divertido es el recuerdo de tres soldados apellidados, o conocidos como, Tarifa. Dos de ellos tenían sobrenombres. El primero, Francisco, era «el de los servicios», porque

siempre andaba diciendo que servía a su majestad e que no le daban nada, y era natural de Sevilla, hombre hablador, murió de su muerte; y el otro llamaban [Gaspar] Tarifa «el de las manos blancas», también era natural de Sevilla; llamábase así porque no era para la guerra ni para cosa de trabajo, sino hablar de cosas pasadas que le habían acaecido en Sevilla.

En otros casos, es definitorio el hecho de pertenecer a la misma familia. Abundan los casos de hermanos, tíos y sobrinos presentes. El más conocido fue el de los hermanos Alvarado: además de Pedro, concurren en la conquista de México Jorge, que fue capitán y murió en Madrid en 1540; Gómez de Alvarado, presente más tarde en la conquista y en las guerras civiles peruanas; Gonzalo de Alvarado, que sobrevivió a la guerra y se instaló en Oaxaca; y un bastardo, Juan de Alvarado, que feneció camino de Cuba donde se lo comisionó para comprar caballos. Pero también se acordaba Bernal Díaz de los hermanos Jiménez, extremeños de Herguijuela; de los hermanos Florián, ambos muertos en el conflicto, lo mismo que los Ramírez, sobrinos de Francisco González de Nájera, que también participó junto con su hijo Pedro. Asimismo, estuvieron presentes los hermanos Carmona, Juan y Esteban; los Vargas, Diego y Rodrigo, o los Martínez, estos últimos naturales de Fregenal y ambos muertos en la guerra. Otra saga presente fue la de los

Almodóvar, el padre, conocido como «el Viejo», y su hijo Alonso, aunque peor suerte les cupo a dos sobrinos, ambos muertos «en poder de indios».

Algunas trayectorias son extraordinarias. Es el caso de Sancho de Ávila, quien, tras haber conseguido 6000 pesos de oro de unas minas de Santo Domingo, tornó a Castilla, pero allí se jugó y perdió todo su patrimonio. De regreso a las Indias, acabó enrolado en la expedición de Cortés y murió en la guerra. O el de Pedro de Guzmán, el cual, tras participar en la conquista mexicana, «se casó con una valenciana que se decía doña Francisca de Valtierra, fuese al Perú e hubo fama que murieron helados él y la mujer y un caballo y unos negros y otras gentes». Guzmán era un maestro balletero que fue alférez y camarero de Nuño Beltrán de Guzmán, de modo que fueron al Perú una vez producida la caída del anterior a partir de 1531. Tampoco se queda atrás Diego Hernández Nieto, llamado «el Loro», hijo de un hidalgo sevillano que lo tuvo con una sirvienta de origen africano, Catalina García, definida como «mujer prieta, libre e muger soltera [...] que tenía en sus casas». En una de sus probanzas, un testigo, Juan de la Hilera, dijo que Hernández Nieto había «hecho en cosas de byen e de honra lo que qualquiera hombre blanco».<sup>[138]</sup> Por si había alguna duda.

También es extraordinaria la remembranza de aquellos que optaron tras la guerra por profesar en una orden religiosa. Fueron los casos de Carlos Síndos de Portillo, Francisco de Medina, Juan Quintero, Pedro de Escalante, Gaspar Burguillos o Alonso de Aguilar. Muchos de ellos tenían una posición económica desahogada, pero repartieron todos sus bienes entre los pobres e ingresaron en la orden de los franciscanos, o bien en la de los dominicos. Pero, por encima de todos, destaca Gaspar Díaz, que se hizo eremita, atrajo a otras personas y llevaba una vida tan austera y áspera que el propio arzobispo de México, fray Juan de Zumárraga, le conminó a que la dulcificara. Murió a los cuatro años de tomar aquella decisión. Síndos (o Cíndos) de Portillo había sido uno de los guardas de Cortés y maltrataba a sus indios encomendados, por lo cual estos se rebelaron y casi lo matan. Dijo haberse salvado por intervención divina, por lo que liberó a sus aborígenes y se hizo franciscano con el nombre de fray Cíndos. Más tarde, predicó el evangelio y enseñó canto gregoriano a los chichimecas en la zona de Zacatecas. Lo mató la picadura de una serpiente venenosa.<sup>[139]</sup>

En otros casos el recuerdo sirve para explicar algunos detalles negativos de la trayectoria de Cortés. Es el caso de Lope de Lerma, que salvó en una ocasión la vida al de Medellín, pero «se fue entre los indios como aburrido de temor del mismo Cortés [...] por ciertas cosas de enojo que Cortés contra él

tuvo, que aquí no declaro por su honor; nunca más supimos dél vivo ni muerto: mala sospecha tuvimos». Y a un antiguo criado de Diego Velázquez, Piñedo, se le acusó de intentar desertar cuando trascendió la llegada de la hueste de Pánfilo de Narváez a la costa veracruzana. En el camino de México-Tenochtitlan a Veracruz «le mataron indios, sospechase que por mandado de Cortés». También nuestro cronista recriminó con una cierta dureza las muertes de un tal Francisco Martín Vendaual, «vivo le llevaron los indios a sacrificar; y asimismo a otro su compañero que se decía Pedro Gallego». Según su testimonio, en pleno sitio de México-Tenochtitlan, Cortés quiso emboscar a unos escuadrones mexica, pero fueron estos quienes le emboscaron a él; el resultado fue que atraparon a ambos «y los llevaron a sacrificar delante de sus ojos, que no se pudieron valer». También había ejemplos de soldados que, quizá, nunca tuvieron en buen concepto a Cortés, o bien que pueden calificarse como desagradecidos. Puede ser este el caso de Alonso Ortiz de Zúñiga, el cual se querelló contra Cortés por valor de 2000 pesos «por la injuria que le hizo cuando prendió a Narváez, e de lo que perdió». Pero, si es que es la misma persona, en la conquista de Las Hibueras, Cortés le regaló un buen caballo, de tono rojo claro, llamado «Cabeza de Moro», según explica Bernal Díaz, por ser portador de buenas noticias del capitán Sandoval.<sup>[140]</sup>

Pero un buen compañero como Bernal Díaz no podía por menos que trazar entrañables biografías de algunos de los mejores. Destaca Cristóbal de Olea, de veintiséis años de edad y natural de Medina del Campo, que no es descrito como «de buen cuerpo e membrudo, ni muy alto ni bajo; tenía buen pecho e espalda, el rostro algo robusto, más era apacible; e la barba e cabello tiraba algo como crespo e la voz clara». Alega Bernal que la suficiencia en el manejo de las armas de Olea, además de su prestancia, le hicieron muy popular y recordado cuando salvó a Cortés en un lance terrible en Xochimilco, cuando los mexicas lo tenían preso, una vez derribado del caballo, y dispuestos a llevárselo a rastras, como a tantos otros, para ser sacrificado, como ocurrió en un famoso lance en una de las calzadas de México-Tenochtitlan y que tendremos oportunidad de narrar:

Este esforzado soldado hizo cosas por su persona, que, aunque estaba muy mal herido, mató a cuchillo e dio estocadas a todos los indios que le llevaban a Cortés,<sup>[141]</sup> que les hizo que lo dejasen; e así le salvó la vida, y el Cristóbal de Olea quedó muerto allí por lo salvar.

Tampoco olvidó a Gonzalo Domínguez, que falleció en un encuentro en Oaxtepec cuando un caballo se le cayó encima, o un tal Lares, una de las

bajas en la batalla de Otumba, ambos rememorados por sus cualidades parecidas a las de Olea. O el caso de Andrés de Tapia, de veinticuatro años al iniciarse la aventura cortesiana, un buen capitán y eficiente tanto a pie como a caballo; «era el color del rostro algo ceniciento, e no muy alegre, e de buen cuerpo e de poca barba e rala». Tapia, como es conocido, dejó uno de los mejores relatos acerca de la conquista de Cortés.<sup>[142]</sup>

### Y las mujeres...

Aunque no podían faltar alusiones a la presencia de amazonas<sup>[143]</sup> en cualquiera de las nuevas tierras encontradas —López de Gómara habla brevemente de ellas con noticias recabadas por Juan de Grijalva cuando navegaba por la costa yucateca, y, más tarde, tras la conquista del valle central volvieron a aparecer, aunque sin localizarlas nunca, quizá asimiladas a las habitantes de Cihuatlan, que se traduciría como «lugar de mujeres»<sup>[144]</sup>— lo cierto es que casi ningún cronista menciona de manera adecuada el papel representado por los aborígenes en la conquista hispana de México y, mucho menos, el de las mujeres naturales del territorio. Aunque siempre se resaltaría la figura de las amancebadas de los grandes oficiales sin grandes tapujos, una vez bautizadas, a pesar de la prohibición expresa de tales prácticas según dictó el gobernador de Cuba Diego Velázquez,<sup>[145]</sup> lo cierto es que en casi todos los lugares por donde la hueste conquistadora pasaba recibía, además, indias esclavas para su servicio. Eran fundamentales para moler el maíz y hacerles el pan de la tierra.<sup>[146]</sup> Pero también para la satisfacción sexual de la hueste. Días antes de la entrada en México-Tenochtitlan, los embajadores de Moctezuma proporcionaron a Cortés y los suyos bastimentos y les ayudaron a acondicionar su campamento nocturno, pero también «por hacerles más regalo, a su costumbre, les tenían mujeres de buen parecer», escribe un cauto Cervantes de Salazar, que hace pasar por costumbre lo que tal vez era una exigencia.<sup>[147]</sup> Por cierto que este es un argumento que apenas o nunca se ha usado para justificar que los aborígenes no concibieron en realidad la naturaleza divina de los recién llegados en ningún momento. No solo necesitaban alimentarse, sino también *folgarse*, como se decía en el siglo XVI. Como señala con agudeza crítica F. Manzo Robledo, «El uso, literalmente, de las mujeres indígenas como objetos sexuales fue una práctica evidente, pero no recibe tanta atención crítica como los sacrificios humanos, o aún el “pecado nefando”».<sup>[148]</sup> Pero vayamos por partes.

Aparte de con la famosa Malinche, o doña Marina, —que fue casada de manera oficial con el capitán conquistador Juan Jaramillo poco después del nacimiento del hijo habido con el de Medellín, Martín Cortés, dada la llegada a Nueva España, en julio o agosto de 1522, de la legítima esposa de Cortés, Catalina Suárez—, el caudillo tuvo relaciones con otras muchas aborígenes de noble cuna. Con Tecuichpo, cuyo nombre cristiano era doña Isabel, hija de Moctezuma, Cortés tuvo a su hija doña Leonor Cortés y Moctezuma, nacida en 1527. Tecuichpo se había desposado previamente con los *tlatoani* Cuitláhuac y Cuauhtémoc. Y, *a posteriori*, el de Medellín mandó que se desposara con otros conquistadores, con Alonso de Grado primero, Pedro Gallego más tarde, y con Juan Cano en último lugar, una vez que el propio Cortés ultimaba su segundo matrimonio, en este caso con Juana Ramírez de Arellano, una vez enviudado de su primera esposa. Un testigo en el juicio de residencia de Cortés, nada menos que el intérprete Jerónimo de Aguilar, dio buena cuenta de los excesos carnales del gran conquistador, quien, en su casa de México, mantuvo relaciones no solo con Malinche, como se ha señalado, sino también con una familiar suya, llamada doña Catalina, además de tener como amantes a varias hijas de señores mexicas, entre otras con doña Ana, una sobrina de Moctezuma, que primero se desposó con Pedro Gutiérrez Trujillo y, en segundas nupcias, con Juan de Cuéllar. Otro testigo del juicio, Vázquez de Tapia, aseguraba que Cortés había mantenido relaciones con otras dos hijas de Moctezuma II antes de la huida de México-Tenochtitlan, las dos fallecidas en la Noche Triste. Pero, y esa era una acusación más peliaguda, también tuvo relaciones regularmente con algunas españolas después de la guerra y no le importaba que fueran parientes entre ellas, o que estuvieran casadas. Aunque no por manifestar tal comportamiento dejaba de ser una persona celosa, pues, en un momento dado, ahorcó en un patio de su casa a varios aborígenes por mantener relaciones con Malinche.<sup>[149]</sup>

Sin embargo, no siempre se ha resaltado el hecho de que Jerónimo de Aguilar, que se presentó a sí mismo como un casto religioso mientras estuvo en poder de los mayas, a quienes siempre rechazó sus ofrecimientos de mantener relaciones con sus mujeres, una vez regresó con los suyos tuvo una amante aborígen, doña Elvira Toznenitzin, hija del señor de Topoyanco, con la que tuvo dos hijas, lo cual, por cierto, no impidió que, a finales de la década de 1520, fuese canónigo de la catedral de México.<sup>[150]</sup>

Meses antes de entrar en México-Tenochtitlan, Cortés aceptó del cacique de Cempoallan una de sus sobrinas a manera de concubina «oficial», llamada doña Catalina. Y de la misma manera, explica Cervantes de Salazar, Pedro de



Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Ávila y otros capitanes, hasta siete, recibieron, también, mujeres totonacas, a las cuales bautizaron. Tras la captura de Pánfilo de Narváez, el hecho de disponer de una rica mujer totonaca de alta cuna fue aprovechado por Cortés, quien trasladó a la morada de esta, una casa fuerte asegura el cronista, buena parte de las armas y la artillería que había llegado de Cuba con el capitán de Velázquez, así como las personas del propio Narváez y algunos otros, que eran velados allá noche y día.<sup>[151]</sup>

A partir de entonces, quien más quien menos, todo el mundo procuró hacerse con alguna mujer procedente de las filas de las altas esferas de los señoríos que iban siendo contactados. Fue el caso de uno de los hermanos Alvarado, Jorge, que tuvo como concubina a Elvira, una princesa tlaxcalteca, hermana de la amante aborigen de Pedro de Alvarado. Esta última, Luisa Techquiluatzin, hija de uno de los señores de Tlaxcala, Xicoténcatl el Viejo, fue entregada a los españoles en calidad de «rehén» cuando se producían los primeros encuentros destinados a forjar una alianza firme antimexica. A su vez, Cortés dejó a doña Luisa bajo custodia de Pedro de Alvarado. Con posterioridad, Jorge Alvarado se casó con una castellana: la hija del tesorero Alonso de Estrada, uno de los enemigos de Cortés en la década de 1520. En total, Alvarado tuvo seis hijos, tres con sendas mujeres. Por otro lado, la pasión de Pedro de Alvarado por su amante tlaxcalteca era tal que fue acusado por dos testigos en su juicio de residencia, Rodrigo de Castañeda y Alonso Morcillo, de regresar cada noche a Tlacopan, en los días del cerco de México-Tenochtitlan, con la excusa de ir a buscar ballestas, para poder yacer con ella. Como tantos otros, a pesar de tener dos hijos mestizos (don Pedro y doña Leonor, aunque se cita un tercero, don Diego), Pedro de Alvarado acabó casándose sucesivamente con señoras castellanas, ambas hermanas: Francisca y Beatriz de la Cueva, hermanas del segundo duque de Alburquerque.<sup>[152]</sup>

Otros muchos conquistadores consiguieron mujeres indias. El propio Díaz del Castillo le solicitó una en persona a Moctezuma, a través del paje Orteguilla, que le concedió la hija de un señor. Fue bautizada como doña Francisca. O, en el caso de Juan de Cuéllar, un hombre de confianza de Cortés en Veracruz, tuvo como primera esposa a una hija del señor de Tetzco, cuyo nombre castellanizado fue Ana Ruiz, quien poseía dos pueblos. También otro hombre de confianza de Cortés, Juan Rodríguez de Villafuerte, se desposó por primera vez con doña Juana, una de las hijas de Axochtzin, un príncipe de Tetzco, hijo de Cacama el Viejo. Con ella tuvo dos hijos. Se

casó de manera legítima con Juana de Zúñiga, una pariente de la segunda esposa de Hernán Cortés, con la que tuvo a su hija Aldonza.<sup>[153]</sup>

Como he mencionado antes, el papel de la mujer aborigen estuvo absolutamente relacionado con los servicios logísticos que pudiesen ofrecer a la hueste, al menos *a priori*. Aunque, conocedores de la naturaleza humana, y de los muchos excesos cometidos en las conquistas previas, tanto Diego Velázquez como el propio Cortés procuraron dejar sentada la prohibición de abusar de ellas. En el caso del teniente de gobernador de Cuba, en sus ordenanzas para la expedición cortesiana, dejaba muy clara su política: en caso de desembarco o entrada en algún lugar, el capitán debía llevar consigo la gente más pacífica, aunque bien armada, los cuales no solo no debían hurtar nada a los indios sino, y sobre todo, abstenerse de «entrar en ninguna casa dellos ni de burlar con sus mujeres, ni de tocar ni llegar a ellas, ni les hablar, ni decir, ni hacer otra cosa de que se presuma que se pueden resabiar».<sup>[154]</sup> Una de las bases de la buena sintonía con las gentes de Tlaxcala es que Cortés supo acceder a sus demandas, que incluían la ausencia de abusos hacia sus mujeres. Se puede rastrear la cuestión por varias vías. Un conquistador, Pedro Moreno, en el juicio de residencia de Pedro de Alvarado, comentó que los líderes tlaxcaltecas habían rogado a Cortés y sus oficiales que «no tomasen mugeres los españoles sy no fuesen de los de su nasción».<sup>[155]</sup> Mientras que los aliados totonacas, también en diálogo con los tlaxcaltecas, les explicaron las bondades de una alianza militar con los castellanos, pues

querían antes estar sujetos a ellos que a otro ninguno; porque [...] eran buenos, poderosos, y no venían a mal hacer; y según ellos habían conocido, en la guerra y batallas eran valentísimos y venturosos. Por las cuales dos razones confiaban de ellos que su libertad sería menos quebrada, sus personas, *sus mujeres más miradas* y no destruidas sus casas ni labranza; y si alguno los quisiese ofender, defendidos.<sup>[156]</sup>

Aunque también es probable que los tlaxcaltecas preparasen el terreno para que hubiese una buena sintonía al ceder al grupo conquistador nada menos que 300 de sus esclavas, pero condenadas por delitos que habían cometido contra las leyes de la tierra. Muñoz Camargo las describe como hermosas, bien dispuestas y mejor ataviadas, pero seguidamente da a entender que eran esclavas de guerra o descendientes de estas, una costumbre muy arraigada. Las mujeres pensaban que padecerían inauditos sacrificios en manos de sus nuevos dueños, por lo que lloraban de desesperación. Cortés se negó a recibirlas como posibles esposas de su gente si antes no se bautizaban. Como el momento todavía no era propicio para nuevas tensiones, en este caso

religiosas, el de Medellín las aceptó, por no desagaviar a los tlaxcaltecas, pero como sirvientas de Malinche, una fórmula inteligente que, además, aumentaba a ojos vista la posición de la traductora. Solo más adelante, al percibir que algunas de las esclavas eran bien recibidas por los españoles, los señores tlaxcaltecas les entregaron mujeres de su familia incluso con la pretensión de que procrearan con aquella especie de héroes militares.<sup>[157]</sup> El de Medellín respondió al regalo haciendo que no menos de 120 guerreros y 200 *tamemes* fuesen a Cempoallan para regresar cargados de ropas, sal, cacao, camarones y pescados, todos ellos productos de los que carecía la señoría de Tlaxcala por el bloqueo al que estaban sometidos por los mexicas y sus súbditos.<sup>[158]</sup>

Por su parte, el propio Cortés, en las ordenanzas de Tlaxcala de principios de 1521, preparatorias para el futuro sitio de México-Tenochtitlan, no se olvidó de resaltar la importancia de que sus hombres no forzasen mujeres, aunque no se especificaba si de los aliados o bien eran todas las que entraban en tal prohibición.<sup>[159]</sup>

El caso es que, por motivos estratégicos, Cortés y sus oficiales, quienes sí disponían de concubinas aborígenes desde el principio como se ha señalado, tuvieron que controlar lo mejor que pudieron a sus hombres. Por ello, se puede colegir que las indias esclavizadas entregadas a lo largo del camino debieron de sufrir los accesos —y excesos— sexuales del común de la hueste. Cronistas como Bernal Díaz del Castillo, con la intención de demostrar la disciplina inculcada por Cortés entre los suyos, siempre señaló los castigos recibidos tras las insubordinaciones de cualquier tipo, pero no relató forzamiento de mujeres, al menos en el tránsito hasta México-Tenochtitlan. Lo cual no quiere decir que no existieran, por supuesto. Más bien se pondera siempre un control estricto de la hueste cortesiana en tales asuntos. Por ejemplo, cuando Moctezuma II trata de calmar los ánimos de sus súbditos tras la entrada de Cortés en la urbe una vez derrotado Pánfilo de Narváez en Cempoallan, es significativo que uno de los argumentos a favor de los españoles sea que no habían forzado ni a sus mujeres ni a sus hijas.<sup>[160]</sup> En cambio, cuando el señor de Huacachula o Cachula (en realidad Quauhtinchan) ofreció la paz y aliarse con los españoles en otoño-invierno de 1520, uno de los argumentos era la tiranía de los mexicas, quienes llevaban tantos y tantos años «tomándoles las mujeres, forzándoles las hijas, usurpándoles las haciendas».<sup>[161]</sup> Asimismo, la «tiranía» de Pánfilo de Narváez quedaba demostrada, a ojos de los totonacas, cuando se quejaron a Gonzalo de Sandoval y al propio Cortés de que aquel y sus hombres no solo les robaban

comida, sino que también les obligaba a trabajar y «les tomaban las hijas y las mujeres, usando de ellas a su voluntad».<sup>[162]</sup> En cambio, cuando es Cuauhtémoc quien tiene que ofrecer argumentos en pleno sitio acerca de la maldad de los españoles, entre otras acusaciones estaba la de violentar a las mujeres. Es más, el soldado Juan Rodríguez Bejarano tomó prisionera a una señora mexicana, a quien se sonsacó el estado de la moral de los resistentes y, específicamente, los planes de Cuauhtémoc, pero con métodos pacíficos; en el relato de lo acontecido sobrevuela la bonhomía de los castellanos, pues parecería una práctica muy extraña el forzamiento o la tortura de las mujeres, al menos en la versión de los hechos de Cervantes de Salazar. Estos obtuvieron la información deseada al tratar con toda cortesía a la noble mexicana.<sup>[163]</sup>

En todo caso, es interesante constatar que en el mundo mesoamericano era práctica común la violación de las mujeres de los derrotados, como lo fueron algunas mujeres mexicas en las guerras con los tepanecas del siglo XV. En el derecho mexica, la violación estaba castigada con la muerte y el método de ejecución consistía en soltar una losa de piedra sobre la cabeza del infractor.<sup>[164]</sup> Pero el «derecho de guerra» castellano no era mucho mejor, pues cuando Cortés y sus oficiales dispusieron de muchas mujeres esclavizadas tras su campaña a sangre y fuego en la provincia de Tepeacac en otoño e invierno de 1520, los integrantes de la hueste, en palabras de Díaz del Castillo, se indignaron al comprobar que, cuando se iban a repartir entre todos, aquellos «habían ya escondido y tomado las mejores indias, que no [a]pareció allí ninguna buena, y al tiempo de repartir dábannos las viejas y ruines». Las murmuraciones y quejas fueron tan universales, pues las profirieron tanto los más fieles al caudillo como los menos adictos, que este, con su proverbial habilidad, decidió que a partir de aquel momento no habría reparto, sino subasta de las mismas. Y así se terminarían las discusiones. Tal medida se aplicó no solo en el caso de lo ocurrido en las ciudades de Tepeacac, sino que fue práctica común desde entonces.<sup>[165]</sup> Pero del dicho al hecho hay un gran trecho, como se dice habitualmente.

Otras noticias, no exentas de sorpresa para los castellanos, señalan el acaparamiento de mujeres por los grandes señores aborígenes a modo de harenes indianos. Un tema que no podían dejar pasar por alto los cronistas. Olintetl, señor de Xocotlan, disponía de 30 «esposas» en su casa servidas por otras 100 mujeres; por ello, no era de extrañar que el todopoderoso Moctezuma II tuviese, según López de Gómara, un millar de concubinas, aunque el número total entre señoras y sus sirvientas alcanzaría a 3000

personas del sexo femenino habitantes de su palacio. Un capellán como Gómara no podía dejar de señalar que muchas de las «esposas» del *tlatoani* «a persuasión del diablo, movían, tomando cosas para lanzar las criaturas, o quizá porque sus hijos no habían de heredar».<sup>[166]</sup>

También dio noticia del siguiente asunto Cervantes de Salazar: enfadado Moctezuma II por su suerte tras la entrada de Cortés y los suyos en la gran urbe, el emperador mexica ordenó en secreto

deshacer una ramería de mujeres públicas que ganaban en el Tatelulco [Tlatelolco], cada una en una pecezuela, como botica; serían las casas más de cuatrocientas y así las mujeres, diciendo que por los pecados públicos de aquéllas, habían los dioses permitido que viniesen a su ciudad y reino cristianos que pudiesen y mandasen más que él, no considerando cuán más feos y graves pecados eran los de la sodomía, sacrificios de inocentes, comer carne humana, oprimir y subjectar a los que menos podían, quitándoles su libertad y hacienda sin haber hecho por qué.<sup>[167]</sup>

Argumentos propios de una civilización cristiana servían, como vemos, para juzgar, como si de una moral aceptable se tratase, a la sociedad mexica.

Desde luego, cuando comenzó la fase final de la guerra con el sitio de México-Tenochtitlan la situación cambió de forma sustancial. El ahora prisionero Cuauhtémoc se quejó ante Cortés del número de mujeres e hijas de señores que sus hombres, no solo los oficiales, les habían tomado en las semanas anteriores. El de Medellín, que intuía problemas, le aseguró en primera instancia que sería materia delicada dejar sin sus concubinas a los hombres, pero que haría lo posible. Indagaron por los campamentos y, con cierta satisfacción, Díaz del Castillo aseguró que muchas de ellas no quisieron retornar con sus esposos y padres, «sino estarse con los soldados con quienes estaban, y otras se escondían, y otras decían que no querían volver a idolatrar, y aun algunas de ellas estaban ya preñadas; y desta manera no llevaron sino tres».<sup>[168]</sup> Ahora bien, si atendemos a la costumbre mexica de considerar como muerto para la comunidad a aquel, o aquellas en este caso, que había sido capturado por el enemigo, es lógico pensar que estas mujeres en su amplia mayoría no quisieran regresar con los suyos.<sup>[169]</sup> Con todo, la situación de caos sobrevenido debió de ser de tal magnitud que Cuauhtémoc demandó algo, el retorno de las mujeres, que, en circunstancias normales, se supone que no habría hecho.

En todo caso, la obtención de mujeres aborígenes del enemigo en las campañas de enero a agosto de 1521 por parte de los hombres de Cortés fue un elemento importante para mantener contenta a la hueste. Se ha señalado la voluntad del caudillo extremeño de venderlas en pública subasta para evitar

controversias, pero todo siguió de mal en peor en opinión de Díaz del Castillo. Cuando a finales de marzo de 1521 se procedió al herrar de los esclavos habidos desde principios de año, con aquella terrible G con el significado de Guerra, nuestro cronista asegura que se mantuvo la práctica de no solo apartar el Quinto Real, sino también el quinto que obtenía Cortés del botín habido, así como una parte menor, pero sustancial, para sus capitanes más allegados. El resultado, en cuestión de mujeres, era que, una vez más, «nos desaparecieron las más bellas». Es decir, que no todas las mujeres llegaban a la subasta pública como se había prometido. Acusa Bernal Díaz a los oficiales del rey presentes, quienes nunca fueron rectos en su cuidado de semejante negocio. El resultado es que, a menudo, «muchos soldados que tomábamos algunas buenas indias, porque no nos las tomasen, como las pasadas, las escondíamos y no las llevábamos a herrar, y decíamos que habían huido». En otras ocasiones, se llevaban a herrar en secreto, se pagaba el quinto del rey y asunto resuelto. O bien se decía que la india, o indias, en cuestión no eran prisioneras de guerras esclavizables, sino sirvientas naborías, es decir, mujeres al servicio de la tropa procedentes de las ciudades aliadas y exentas, por tanto, de ser esclavizadas. Un detalle muy interesante: como algunas indias llevaban con la hueste varios meses en el momento de la subasta pública a finales de marzo de 1521, conocían a la perfección quién las trataba bien o mal, quién era caballeroso y quién no, de modo que, conscientes de que el indeseable de turno podía hacerse con ellas para siempre, como legítima posesión, no dudaban en huir del campamento hispano. También ocurría con las indias naborías, pues el maltrato alcanzaba a cualquier fémina, de la condición que fuera, si la persona era de una rudeza notoria.<sup>[170]</sup>

En cuanto a la presencia de mujeres castellanas, es muy conocida la figura de María de Estrada, que peleó por su vida, espada y rodela en mano, para escapar de la ratonera en que se convirtió México-Tenochtitlan en la huida de la Noche Triste y en la batalla de Otumba, según escribió Dorantes de Carranza. Muñoz Camargo la sitúa combatiendo, lanza en mano, a lomos de un caballo en dicha batalla. De ser cierto, significa que le faltaban jinetes a Cortés en condiciones de pelear. Díaz del Castillo también la mencionaba en su crónica. Según algún testimonio, María de Estrada salvó la vida a Diego Sánchez de Sopena, un soldado herido durante la guerra y caído en los alrededores de la capital mexicana, a quien recogió. Era hermana del conquistador Francisco de Estrada Farfán, que llegó con el grupo de Narváez, y se casó con alguien, quizá, de su parentela: Pedro Sánchez Farfán. Marido y

mujer cuidaron de la retaguardia de Cortés desde Tlaxcala durante el sitio de México-Tenochtitlan.<sup>[171]</sup>

Isabel Rodríguez vivió en Santo Domingo antes de pasar a Nueva España. Nos la encontraremos en plena guerra al cuidado de los soldados enfermos, tanto castellanos como aliados. Según Cervantes de Salazar:

[...] lo mejor que ella podía les ataba las heridas y se las santiguaba «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Sancto, un solo Dios verdadero, el cual te cure y sane» [...] e aconsecia que aunque tuviesen pasados los muslos iban sanos otro día a pelear, argumento grande y prueba de que Dios era de los nuestros, pues por mano de aquella mujer daba salud y esfuerzo a tantos heridos.

Para el cronista, una historia como esta, contrastada por tantos testigos, no podía dejarse de explicar. Es más, en el caso de los heridos españoles, incluso con heridas complicadas en la cabeza, con la imposición de aceite, o agua cuando faltaba todo lo demás, pues no quedaban medicinas, llegaron a sanar algunos.<sup>[172]</sup> Díaz del Castillo, que rememora a todas las castellanas presentes en la caída de México, pues no había otras en el territorio en aquel momento, nos muestra a Isabel Rodríguez como una vieja casada con un tal Guadalupe, Miguel Ramírez de Guadalupe, en realidad.<sup>[173]</sup>

Asimismo, Cervantes de Salazar nos presenta a una mulata, Beatriz de Palacios, casada con un español, Pedro de Escobar, un médico y boticario que acompañó a Grijalva en su viaje y, posteriormente, lo hizo con Narváez. Beatriz de Palacios era una de las cuatro mujeres que llegaron a Nueva España con Pánfilo de Narváez. Una vez que su esposo se tornó loco, la señora volvió a casarse, en este caso con Antonio de Alcocer. Según Cervantes de Salazar, la mujer, los días que su primer marido tornaba al campamento asignado una vez había luchado toda la jornada en el sitio de México-Tenochtitlan, en muchas ocasiones ella realizaba la guardia nocturna asignada a Escobar para que pudiese descansar, «no con menos ánimo y cuidado que su marido, y cuando dexaba las armas salía al campo a coger bledos y los tenía cocidos y aderezados para su marido y para los demás compañeros». También curaba a los heridos, ensillaba los caballos y, en compañía de otras mujeres, cosieron ropas de la tierra a Cortés y otros varios cuando regresaron a Tlaxcala tras la huida de México-Tenochtitlan con su indumentaria destrozada. Esas otras eran María de Estrada e Isabel Rodríguez, ya mencionadas, pero también Juana Martín y otra Juana, apellidada Ruiz Mansilla, esposa de Alonso Valiente. Juana Martín estaba desposada con Bartolomé Porras, un sevillano. Martín le dijo a Jerónimo de

Aguilar que Cortés la había seducido al igual que a su hija, la cual acabó casándose con Martín Cortés. Juana Ruiz Mansilla, en 1525, cuando Cortés se hallaba fuera de Ciudad de México y sus enemigos se habían apoderado del poder aludiendo a la muerte del caudillo en Honduras, fue azotada públicamente por defender que Cortés aún vivía tras acusarla de hechicera. Tras la recuperación del poder por parte de los partidarios del de Medellín, Juana fue desagraviada: fue paseada por toda la ciudad de México montada en un caballo mientras los restantes caballeros la escoltaban.<sup>[174]</sup>

Las hermanas Ordaz, Beatriz y Francisca, llegaron a Nueva España para acompañar a su hermano, el famoso Diego de Ordaz. En Cempoallan en el momento de la pugna de Cortés con Pánfilo de Narváez, Cervantes de Salazar nos las presenta muy alteradas gritándole al grupo perdedor, aunque más numeroso, por su falta de hombría en el combate. Tal vez un ardid para ser bien recibidas por Cortés, cosa que hizo. Ambas tuvieron matrimonios disparejos: Beatriz casó con Hernando Alonso, aunque ya habría muerto cuando su marido fue acusado de judaísmo y «relajado» en persona en 1528, es decir ajusticiado. Alonso, es probable que por miedo a la tortura, confesó prácticas judaizantes desde que vivía en Santo Domingo. Dos años más tarde del deceso, el presidente de la Segunda Audiencia de México, Sebastián Ramírez de Fuenleal, reconoció irregularidades en el caso procesal de Hernando Alonso. Francisca se desposó con Juan González Ponce de León, hijo del conquistador de Puerto Rico, empresa en la que participó. González Ponce de León llegó a Nueva España con Narváez y en su probanza de méritos un antiguo criado de la familia, Andrés López, nos ofrece una vívida descripción de un combate cuerpo a cuerpo entre un infante castellano, armado con defensas corporales de acero tanto en su torso como en su cabeza, incluida la celada bajada, que se enfrentó en desigual combate a un buen número de mexicas. El resultado fue que González de León recibió tres lanzazos y cuatro heridas de jabalina en los muslos, por no llevarlos protegidos como el resto del cuerpo. Los mexicas usaron, pues, jabalinas en forma de arpón armadas con pedernales y lanzas y fueron superados por la dalla o guadaña que usaba el conquistador. Dejó quince o dieciséis muertos a sus pies cuando fue socorrido por sus compañeros. El mismo testigo dejó constancia de que González Ponce de León mató con su espada a siete contrincantes en la huida de México y recogió a mucha gente en Tlacopan hasta que todos los que pudieron salieron. Cortés lo condujo a su propia tienda poco después alarmado por sus heridas.<sup>[175]</sup>



También fue destacada la intervención de Beatriz Bermúdez de Velasco, llamada «la Bermuda», esposa de Francisco de Olmos de Portillo, renombrado conquistador. La señora Bermúdez llegó a Nueva España en la expedición de Juan de Burgos, que alcanzó Veracruz en febrero de 1521 procedente de Canarias. En cierta ocasión, en plena batalla por la ciudad de México-Tenochtitlan, una arremetida mexicana confundió a la hueste cortesiana y a los indios aliados, que huyeron en desbandada, Beatriz Bermúdez, según relató Cervantes de Salazar, frenó el retroceso de los suyos, afeándoles un comportamiento tan poco disciplinado. La imagen que nos da de ella el cronista es impagable: una señora castellana armada con una rodela india y vistiendo un escaupil, con espada española en la mano y una celada puesta se interpuso en la huida de los desesperanzados y los obligó a regresar al combate.<sup>[176]</sup>

Otras mujeres fueron Beatriz Gómez, casada con el tambor Benito de Bejel, o Beatriz González, desposada con Benito de Cuenca, un buen jinete que llegó a América en 1502 con Nicolás de Ovando. González se distinguió también en la cura de heridos. Otro veterano de la misma época, Juan de Cáceres, se encontraba entre los hombres que permanecieron custodiando a Moctezuma cuando Cortés partió a enfrentarse con Pánfilo de Narváez en mayo de 1520. Se casó con una conquistadora, Mari Hernández, a la que Díaz del Castillo cita como participante en los festejos de la victoria en agosto de 1521, cuando ya era anciana, y en segundas nupcias con Catalina González, que le enviudó. Quizá Bernal Díaz no quiere recordar nada más de Mari Hernández dado que llegó a Nueva España en busca de su primer marido, Andrés Núñez, un opositor a Cortés por su condición de seguidor de Diego Velázquez. Tras enviudar, hubo de permanecer en el territorio y estuvo durante toda la guerra. Pero en una carta de petición de ayuda al primer virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, no menciona que estuviese casada con Juan de Cáceres.<sup>[177]</sup>

Díaz del Castillo también recuerda a una hermosa señora casada con Hernán Martín, puede que Hernán Martín Herrero, uno de los especialistas en la construcción de los célebres bergantines de Cortés: puede tratarse de Catalina Márquez, o Marqués, que luego se desposó con Bartolomé Tofiño, otro conquistador, y que vivieron en la encomienda de Malinaltepec heredada por Catalina de su primer marido; y otra señora, viuda del capitán Juan Portillo, quien murió peleando en los bergantines, que no acudió a la fiesta de la victoria por su estado (de viudez).<sup>[178]</sup> Cita como de pasada a una tal Hermosilla, Elvira Hermosilla, en realidad, con quien Cortés tuvo un hijo a

pesar de su condición de casada: llegó en 1520 a Nueva España en compañía de su esposo Juan Díez del Real. El hijo, don Luis Cortés, fue comendador de Santiago y habría nacido en 1525. Por su parte, la señora Hermosilla obtuvo un nuevo marido, una vez había concebido de Cortés viuda: se casó con uno de los capitanes del de Medellín, Lope de Acuña.<sup>[179]</sup> Por cierto, la señora Hermosilla, en una carta al virrey Mendoza, le comentó que era una de las ocho primeras mujeres llegadas a Nueva España. En cambio, Díaz del Castillo se olvidó de la esposa de Bartolomé de Porras, casada tras enviudar con Pedro Valenciano. La señora Mancheño, pues así se apellidaba, llegó con el grupo de Pánfilo de Narváez al territorio, aunque Porras aparece casado también, según otras informaciones, con Juana Martín. Tampoco mencionó a Beatriz Muñoz, al parecer comadrona, además de curar a los heridos habidos cuando se construyeron los bergantines para el sitio de México-Tenochtitlan, pues muchos hombres se lesionaban al carecer de herramientas adecuadas. Y también olvidó a Catalina Sotomayor, arribada con el grupo de Narváez, que primero se casó con Juan de Cáceres Delgado, al cual hemos visto desposado con Mari Hernández, lo que sería entonces un error, y más tarde con Pedro Méndez de Sotomayor. La información nos la ofrece la interesada en la típica misiva dirigida al virrey en busca de una ayuda para mantenerse.<sup>[180]</sup> Una triste realidad para muchos conquistadores y, por ende, para sus mujeres e hijos.

Como señala con perspicacia Eloísa Gómez-Lucena, el bueno de Bernal Díaz del Castillo no dudó en enumerar, con nombres y características físicas, a los 16 equinos que Cortés incorporó en su primera entrada en el Anáhuac, pero no creyó necesario proporcionarnos datos similares acerca de las mujeres, castellananas o no, que acompañaban a la hueste.<sup>[181]</sup>

## **Las expediciones precedentes: Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva<sup>[182]</sup>**

**C**omo se ha mencionado páginas atrás, el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, organizó antes que la expedición cortesiana saliese de La Habana otras dos previas —tres si se cuenta la de Cristóbal de Olid—. Francisco Hernández de Córdoba comandó una expedición cuyo piloto fue Antón de Alaminos, grumete en los viajes del almirante Colón, si bien se encontraron presentes otros personajes que devinieron ilustres como el propio cronista Bernal Díaz del Castillo. Este, que llegó a las Indias en 1514 en la

expedición del gobernador de Castilla del Oro (actual Panamá), Pedrarias Dávila, posteriormente pasó a Cuba y junto con 110 personas que no habían obtenido encomiendas ni otro empleo en el gobierno de Diego Velázquez, decidió probar fortuna en el viaje comandado por Hernández de Córdoba. Es posible que Alaminos,<sup>[183]</sup> que también fue piloto de Juan Ponce de León — conquistador de Puerto Rico en 1508— en la expedición que descubrió Florida en 1513, le sugiriese a Hernández de Córdoba la posibilidad de encontrar tierras ricas en las costas situadas al norte de lo que hoy es Honduras. Unas aguas que habían navegado Juan de Solís y Vicente Yáñez Pinzón en 1508 y 1509 y que también habían sido avistadas en 1511 por la expedición de Juan de Valdivia.

La armada, compuesta por dos navíos y un bergantín, partió de La Habana el 8 de febrero de 1517. Según Díaz del Castillo, el coste de aparejar uno de los barcos salió del bolsillo de Velázquez a condición de que topasen, antes de descubrir nuevas tierras, en la isla de las Guanajas, en la costa de Honduras, para conseguir esclavos. A la postre, el destino de la expedición fue otro, pero, de todas formas, el mensaje del cronista acerca de un gobernador de Cuba con pretensiones esclavistas quedó recogido. De hecho, Antonio de Herrera asegura que la mayor parte de los hombres de la expedición, gentes como vemos que no habían conseguido medrar ni en Panamá ni en Cuba, se embarcó dispuesta a encontrar esclavos en las Bahamas.<sup>[184]</sup>

Un mes más tarde, el 4 de marzo, al topar con la costa de Yucatán, entrevieron en el interior las primeras construcciones de piedra hechas por indígenas en aquellas tierras, a las que asimilaron a mezquitas a pesar de su planta piramidal; la existencia de escultura religiosa, por representar deidades femeninas, acabó por dar nombre a uno de los lugares: isla de las Mujeres. En aquel litoral se produjo una primera refriega con los aborígenes de la zona: Bernal asegura que desembarcaron pertrechados con armas de fuego, una decena, y ballestas, sobre las 15, pero fueron atacados reciamente con toda la panoplia de armas habitual de los autóctonos, incluidas defensas de algodón. Tuvieron una quincena de heridos, pero les hicieron la misma cantidad de muertos a los aborígenes, quienes, claramente, les traicionaron, pues los primeros contactos habían sido amistosos, en el mar, para atraerlos a tierra. Tras llevarse dos indios consigo —una fórmula habitual para conseguir futuros intérpretes—, bautizados como Melchor y Julián, dos semanas después la expedición alcanzó Campeche, donde recabaron noticias del paso de algún castellano por aquellas tierras. En aquellas jornadas murieron dos de

los heridos en la refriega anterior —sus cuerpos fueron arrojados al mar, escribe Bernal, quien, poco más adelante en su relato, eleva la suma a cinco, pues hubo quien feneció de sed—. Ante el poderío militar exhibido por los habitantes de la zona, Hernández de Córdoba decidió continuar moviéndose costa adelante, hasta desembarcar en Champotón. Se trabó una batalla. Allí, aunque la proporción de 300 a 1 sea, con casi total seguridad, una exageración de Bernal Díaz, lo cierto es que el contingente hispano fue totalmente rodeado por guerreros aborígenes quienes, a pesar del uso de sus armas europeas, pero en ausencia de caballos y artillería, les atacaron con denuedo y los masacraron. Según nuestro cronista, no menos de medio centenar de castellanos cayó al poco tiempo de trabarse la pelea. Al final, tras un combate de media hora de duración, y perseguidos hasta sus barcos, el contingente desembarcado sufrió 57 bajas,<sup>[185]</sup> entre ellas dos infantes que los indios se llevaron presos para su posterior sacrificio —o esclavitud, en el mejor de los casos—. Todos los hombres, salvo uno, resultaron heridos.<sup>[186]</sup> El propio cronista recibió tres heridas, una de consideración. Al regreso de la expedición, en la que se perdió un barco al que se le prendió fuego por falta de tripulantes en condiciones de servir, no menos de 60 hombres habían perecido, incluyendo a Hernández de Córdoba, el cual había recibido 12 flechazos y murió a consecuencia de sus heridas, al poco de retornar a Cuba, en 1518. En definitiva, la expedición fue un gran fracaso y tuvo un final trágico y pesimista, pues la derrota militar contra los aborígenes impresionaba siempre, si bien la codicia, inmanente a todos los conquistadores, lograba superar todas las dudas acerca de si seguir adelante o no. Por otro lado, es factible pensar que cuando los cronistas, en situaciones apuradas, especialmente si han sido testigos de vista de las mismas, evalúan el número de fuerzas de los contrarios, es normal y lógico que lo hagan al alza.

Tras el regreso de los expedicionarios, a pesar de la mísera cantidad de oro conseguida, las noticias dadas por Melchor, el joven traductor —o lengua como se decía en la época—, de la existencia de grandes minas del dorado metal, sin olvidar la existencia de edificios de cal y canto, que facilitaron poder pensar en la existencia de unos habitantes más civilizados y ricos que no los de la isla de Cuba, bastaron para convencer a Diego Velázquez, pero también a personajes de fortuna y tan codiciosos como él, como Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo y Alonso de Ávila, de la necesidad de promocionar una nueva expedición, esta vez compuesta por 240 hombres embarcados en cuatro naves —dos naos, una carabela y un bergantín— que costeó Velázquez, si bien los bastimentos los abonaron los tres citados

anteriormente y Juan de Grijalva, jefe de la expedición. Muchos de los supervivientes de la anterior aventura volvieron a probar fortuna, mientras que Velázquez se preocupaba de aportar las armas necesarias. El cronista Fernández de Oviedo aseguró en su momento que el coste de la expedición, a cargo de Velázquez, fue de 100 000 pesos. Además, el gobernador se apresuró en informar a la Corte de tales descubrimientos y demandó, a través del obispo Rodríguez de Fonseca, el cargo de adelantado del Yucatán para asegurarse un nuevo gobierno y el primer botín que se lograra.<sup>[187]</sup>

La expedición partió de Matanzas el 5 de abril de 1518 y, en esta ocasión, se descubrió la isla de Cozumel, ya en mayo, que fue reconocida por Grijalva y los suyos. La llamaron isla de Santa Cruz. Las trazas de ser aquellas tierras civilizadas, con casas de piedra, templos en ruinas, esculturas, pero también restos de sacrificios humanos, debieron de encandilar a los expedicionarios. Grijalva siempre hizo gala de mucha prudencia y no permitió que se trabase combate alguno con los naturales cuando estos se mostraron menos complacientes, lo que exasperó a los hombres según el capellán fray Juan Díaz: «[...] volvieron los indios a vista de nuestro ejército, y toda la gente estaba desesperada porque el capitán no los dejaba pelear con los indios [...]». Aunque las circunstancias fueron cambiando, aumentó la agresividad de los aborígenes, de modo que al comenzar a flecharlos, Grijalva dio orden de disparar la artillería —dos falconetes, una gran novedad con respecto a la anterior expedición—, que mató a tres hombres, mientras los ballesteros también causaban bajas entre los contrarios y se quemaron tres de sus bohíos, es decir de sus viviendas. Díaz comenta un suceso muy grave: ya habían surgido disensiones entre los hombres por la tímida actitud de Grijalva, de modo que «algunos de los nuestros siguieron la bandera y otros al capitán», una recriminación importante cuando el peligro era máximo, no en vano, hasta 40 expedicionarios fueron heridos y uno murió, Juan de Guetaria. Ante la petición de venganza, Grijalva se negó y ordenó embarcar a su gente. Pronto ordenó poner rumbo a Champotón; cerca de la costa un perro de la expedición se lanzó al agua y nadó hacia tierra, donde fue muerto por los indios, luego comenzaron a dispararles flechas hasta que una descarga de falconete acabó con un indio y se retiraron. No obstante, hasta 60 castellanos fueron heridos y 3 —o quizá hasta 7— murieron en el combate que se desencadenó poco después, una vez desembarcaron. El propio Grijalva sufrió tres heridas y le saltaron dos dientes, pero se consiguió derrotar a los moradores de la localidad, aunque sin lograr un buen contacto con ellos *a*

*posteriori* a pesar de usar a los traductores y regalarles algunas baratijas a tres indios que habían sido apresados y puestos en libertad más tarde.

Tras abandonar el lugar, la navegación les llevó a la altura de la desembocadura del río Tabasco, al que llamaron de Grijalva, su nombre actual. En la zona, después de desembarcar, no sin prevenciones, pues se juntó medio centenar de canoas con gente armada, a través de los intérpretes consiguieron manifestar sus deseos de paz y de efectuar intercambio, por lo que fueron bien acogidos al contemplarlos como mercaderes. Con todo, allá se evidenció sin ambages la noticia de la existencia de los culhuas y de México, si bien los hombres de Grijalva no lo entendieron, de momento. Díaz del Castillo menciona que trascendieron dos noticias relevantes: en la anterior refriega con los europeos, estos habían matado 200 hombres de Champotón, pero, y era la segunda apreciación, en aquellas tierras se podrían juntar con facilidad dos *xiquipilli* de 8000 hombres cada uno para oponérseles si hiciera falta. De ser cierta esta última aseveración, sería muy importante para el devenir de futuras aventuras.

Al seguir la navegación costa adelante hasta alcanzar el río que llamaron de las Banderas, por encontrarse allá enviados de Moctezuma II —quien, mientras, había conocido la presencia hispana en la costa y sus luchas iniciales— que enarbolaban grandes banderolas en sus lanzas. Grijalva mandó desembarcar primero a todos los ballesteros y escopeteros de su hueste para, una vez comprobadas las intenciones de los enviados mexicas, desembarcar él mismo con el resto de la gente. Las cosas fueron bien. Se consiguieron de 15 000 a 16 000 pesos en oro mediante trueque y un nuevo traductor, Francisco, cuestión no menos importante. Se tomó posesión de la tierra en nombre de Diego Velázquez, como representante del rey.<sup>[188]</sup> Cuando más adelante alcanzaron lo que se llamó San Juan de Ulúa, por la mala pronunciación de Francisco del colhua —o culhua, la palabra nahua para designar la costa del golfo de México, desde la laguna de Términos y hasta el Pánuco—,<sup>[189]</sup> o más bien por entenderlo mal los castellanos, Díaz del Castillo informa de los primeros signos de sacrificios humanos —encontraron 5 indios con los troncos abiertos y sin brazos ni piernas—, así como de la muerte de sus heridas de una decena de miembros de la expedición —13, asevera Díaz del Castillo—, con otros 4 dolientes de cuidado. En aquel momento, 24 de junio de 1518, Grijalva decidió enviar de vuelta a Cuba a Alvarado con uno de los barcos que hacía algo de agua para que lo carenasen, además de una petición de socorro, pues necesitaba refuerzos. Por otro lado, evitaba de esa forma el jefe de la expedición un enfrentamiento directo con un

subordinado levantisco, el cual discutía su liderazgo por falta de empuje y carisma, enemistado además con los restantes oficiales. Alvarado cumplió las órdenes recibidas y, en breve plazo, se presentó ante Velázquez con nuevas de aquellas tierras y un argumento siempre infalible: todo el oro rescatado.

Grijalva alcanzó la costa de Pánuco las siguientes semanas y, en la desembocadura de un río, que llamaron de las Canoas, fueron atacados por los naturales, quienes hirieron a 2 hombres con una rociada de flechas desde sus canoas. La respuesta del armamento europeo, a decir de Díaz del Castillo, significó que una tercera parte de los aborígenes se tuvo que retirar herida y 3 de sus canoas sufrieron daños. Quizá 4 murieron a manos de los ballesteros, extremo que confirma fray Juan Díaz. Tras decidir poner proa hacia Cuba, pues la mayoría se creía sin fuerzas para asentarse en un territorio tan hostil, una nueva frustración se iba a producir: en cierto momento, confundieron pequeñas hachas de cobre con oro, que se apresuraron a rescatar con la sorpresa posterior. Llegaron a Cuba 600 hachas de cobre tras 45 días de navegación completamente enmohecidas. No obstante, otros 4000 pesos de oro se sumaron a los anteriores llevados consigo por Alvarado, hasta alcanzar las ganancias de la expedición los 20 000 pesos. Una parte de ese oro se obtuvo al desvalijar tres sepulturas en el río Tonalá. Eran tres cuerpos cubiertos de arena y un crudo Fernández de Oviedo asevera: «Pero de creer es que si tuvieran más oro, que aunque más hedieran no quedarán con ello, aunque se lo ovieran de sacar de los estómagos».<sup>[190]</sup>

Díaz del Castillo se cuida muy bien de señalar que, ante tales noticias, Diego Velázquez quiso asegurar su posición de cara al futuro y mandó como procurador a la Corte a su capellán, Benito Martín, el cual llevó parte del oro a los mandamases allá presentes: el obispo Fonseca, presidente de la Junta de Indias, el secretario real Lope de Conchillos y Luis Zapata, consejero de Castilla y colaborador de Fonseca. Todos ellos gozaban de encomiendas de indios en Cuba, concedidas por Velázquez, de forma que sus anhelos de obtener permiso para la conquista de las nuevas tierras halladas se supone que serían atendidos. Pero, antes de que hubiese respuesta, se organizó la expedición liderada por Hernán Cortés.<sup>[191]</sup>

Juan de Grijalva presenta el perfil de aquel que siempre siguió las normas, pues en ningún momento traicionó las órdenes de su superior y pariente. No se atrevió a poblar los territorios descubiertos,<sup>[192]</sup> seguramente con buen criterio habida cuenta de las fuerzas de las que disponía, y, económicamente, su viaje no representó ninguna fortuna. El piloto Antón de Alaminos, que repetía en esta expedición, aseguró en una probanza de méritos de 1522 que

Grijalva fue reprendido por Diego Velázquez por no haber llevado a Cuba todo el oro que alguien con más empuje hubiera conseguido, ni tampoco había inquirido los «secretos» de aquellas tierras, es decir, no había regresado con noticias fidedignas para poder planificar mejor los siguientes pasos que dar. En realidad, la expedición fue un verdadero desastre para Grijalva, quien, aunque recibió una encomienda de 134 indios en Cuba, acabó por participar en otra expedición fallida, la organizada por Francisco de Garay para la conquista de Pánuco y, por último, terminó por trasladarse a la gobernación de Pedrarias Dávila en Castilla del Oro —que abarcaba desde la actual Panamá a Nicaragua—. Y en 1527, precisamente en Nicaragua, donde le envió el gobernador, fue muerto por los aborígenes. Según el padre De las Casas, Velázquez quedó desairado con la actitud de Grijalva e incluso lo afrentó, porque «no había quebrantado su instrucción y mandamiento en poblar tierra».<sup>[193]</sup> Pues bien, con Hernán Cortés se iba a encontrar con la horma de su zapato.



## 3

# De Cuba a Cholula, febrero- octubre de 1519

## Se organiza una expedición<sup>[1]</sup>

**D**iego Velázquez solicitó licencia a los tres padres jerónimos —Luis de Figueroa, Bernardino de Manzanedo y Alonso de Santo Domingo— que, desde finales de 1516 (y hasta 1519), sustituían a Diego Colón al frente del gobierno de las Indias desde Santo Domingo para emprender una nueva expedición. También buscó entre una extensa nómina de candidatos, pues pudo elegir entre media docena, un personaje con más brío e ímpetu que los demostrados por Grijalva, excesivamente cauto y ordenancista. Creo que Esteban Mira acierta cuando apunta que la principal virtud de Hernán Cortés en aquellos momentos es que disponía de fortuna propia, pues ya contaba con tres barcos aparejados, y una buena sintonía con muchos de los habitantes de la Cuba del momento. Además, gozaba del total apoyo de sus socios, Andrés de Duero y el contador<sup>[2]</sup> Amador de Lares —quien había sido durante nada menos que veintidós años maestresala<sup>[3]</sup> del Gran Capitán en Italia, según el padre De las Casas—, quienes influyeron también ante el gobernador Velázquez, el cual desconocía la existencia de un pacto secreto entre los tres para repartirse las ganancias de la expedición. Según testimonio del propio Cortés, su contribución representó dos terceras partes del coste de la armada y el gobernador aportó el tercio restante. Otros testimonios señalan que Cortés

acabó aparejando 7 barcos y gastó 5000 castellanos de oro —si bien una parte del capital le fue prestada por el propio Velázquez, por Andrés de Duero, por los mercaderes Jaime y Jerónimo Tria y el almojarife<sup>[4]</sup> Pedro de Jerez, los cuales le entregaron 4000 pesos y le fiaron por otros 4000 con sus indios en encomienda como garantía; en total, Cortés reconoció haber pedido prestados 19 000 pesos—, mientras que Velázquez solo aparejó 3 bajeles y gastó 1800 castellanos.

Por otro lado, quizá el gobernador no deseaba repetir un perfil como el de Grijalva, un hombre quien, para Díaz del Castillo, «era buen capitán y no había falta en su persona y en saber mandar», es decir, el de un «soldado prudente», sino un perfil mucho más diplomático, propio de alguien que debía centrarse en el rescate de oro y en establecer buenas relaciones con los aborígenes, pero sin poblar el territorio. La prueba es que en las instrucciones dadas a Cortés, del 23 de octubre de 1518, Velázquez no se planteaba tales extremos de forma clara y meridiana, si bien dejaba en el aire la posibilidad de que el de Medellín, si tenía iniciativa y oportunidad, intentase poblar. Además, Cervantes de Salazar apunta que Andrés de Duero pudo insinuar al gobernador y adelantado Velázquez que ninguno de los candidatos le debía tanto como Cortés, de modo que su fidelidad estaría más que asegurada, al tiempo que las rencillas entre los otros candidatos muy bien podían conducir a que la elección de uno de ellos hiciese que los demás se negasen a partir bajo sus órdenes y dicha circunstancia le restaría fuerza a la expedición a organizar. De alguna manera, la elección de Cortés tenía muchos más pros que contras.

Velázquez ordenó a Cortés en sus instrucciones que no solo contactase con la expedición de Grijalva —quien regresó a Cuba el 15 de noviembre, lo que dejó este punto sin efecto—, sino también con el navío que con Cristóbal de Olid a bordo había partido en busca de aquel hacía algunas semanas; asimismo, que rescatase a la media docena de españoles esclavos de los indios del Yucatán según se había sabido por testimonio del intérprete Melchor; además se trataba de cartografiar correctamente toda la costa descubierta en los últimos viajes e inquirir acerca del tipo de religión practicada por aquellas gentes —sin duda, el hecho de descubrir templos y pirámides había llamado la atención, además de un símbolo parecido a la cruz cristiana entre la iconografía maya encontrada hasta entonces—; y, sobre todo, rescatar el oro y las piedras preciosas que se pudiera, sin dejar de explorar el interior del país, pero con el buen cuidado que se debía tener en estos casos, siendo cautos y recelando de posibles emboscadas de los indios. Como anécdota, Velázquez

también ordenaba la búsqueda de monstruos, cinocéfalos,<sup>[5]</sup> sirenas, etc., una señal más de la presencia de la mitología de las épocas antigua y medieval en el imaginario del momento. Cervantes de Salazar, que reproduce las instrucciones, cesa en su comentario de forma brusca y no va más allá, pero, sin duda, una armada como aquella estaba destinada al poblamiento de las nuevas tierras descubiertas, cosa que las anteriores no habían podido hacer por falta de hombres. Se trataba, pues, de derrotar al contrario en caso de que entablase batalla y asentarse en aquellas tierras para ir inquiriendo con más calma qué se hallaba en el interior.





Portada de la *Brevisima relacion de la destruccion de las Indias*, de fray Bartolomé de las Casas (1553), defensor de los indígenas y en la que denunció el efecto que

tuvo en ellos la conquista.

Todo apunta a que Diego Velázquez, al ver la dimensión económica y de recluta de gentes que tomaba la empresa, empezó a intuir que la misma se le escapaba de las manos y Cortés tenía planes propios sin que le hubiesen llegado desde la Corte poderes otorgados por el monarca para que no hubiese dudas acerca de su legitimidad como futuro gobernador de las nuevas tierras por conquistar: adelantado del Yucatán. Por otro lado, Díaz del Castillo señala que los familiares, amigos y gentes cercanas a Velázquez, quienes habían visto sus esperanzas frustradas a la hora de dirigir la expedición, comenzaron a murmurar y malmeter acerca de las (secretas) intenciones cortesianas, hasta el grado de lograr que el gobernador se arrepintiese de la elección realizada. Por eso, Cortés aceleró al máximo su partida de Cuba. Pero a mediados de noviembre regresó Grijalva con su gente, como se recordará: un motivo menos para hacerse a la mar con tanta prisa. La tensión iba en aumento.

Una prueba más de que Cortés buscaba descubrir y poblar, y no solo rescatar, es el cuidado puesto en el armamento que debía portarse: a diferencia de las dos expediciones anteriores, ahora se contaba con hasta 14 artillerías —10 tiros de bronce y 4 falconetes— en perfecto estado de funcionamiento y con munición suficiente, 16 caballos, 13 armas de fuego portátiles (escopetas) y 32 ballestas —las llamadas ballestas de gafas— y una buena provisión de saetas, casquillos para otras y demás elementos para su buen funcionamiento. Además, explica Díaz del Castillo, Cortés se preocupó de averiguar cómo era el tiro de las ballestas, si era preciso y la saeta salía recta y cuál era el alcance de las mismas. También se hizo acopio de algodón para fabricar defensas acolchadas apropiadas para el tipo de guerra, con lanzamiento de jabalinas, flechas y piedras, de los indios, y del clima de la zona.

Cuando Velázquez realizó los primeros movimientos para destituir a Cortés de su cargo de capitán general de la armada, este logró atraerse a su causa a casi todos los deudos, parientes y agentes velazqueños, lo que demuestra no solo la codicia imperante en el momento, pues todos tenían muchas ganas de prosperar y sabían que las ocasiones debían ser aprovechadas, sino también la capacidad de liderazgo y convocatoria de Cortés; además del cansancio por los muchos años de administración de Velázquez, que no había podido contentar con los repartimientos de indios concedidos a mucha gente, lo cual hubiera sido, por otro lado, un imposible. Ahora la esperanza, el futuro, estaba en manos del de Medellín y no tanto en las del gobernador nacido en Cuéllar.



Por último, que es el principio, el 18 de febrero de 1519 partieron los 11 barcos que logró aprestar Cortés con, según para mí las cifras más fiables de Díaz del Castillo, 508 hombres<sup>[6]</sup> y 109 marineros.<sup>[7]</sup> El objetivo era alcanzar la isla de Cozumel, donde Cortés, escribió este cronista, «[...] comenzó a mandar muy de hecho», con muy buen criterio a la hora de «pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes [...]». Por ejemplo, no cejaba en inquirir el estado de los hombres, armas y caballos, pues «[...] verdaderamente tenía grande vigilancia en todo». Francisco de Aguilar apuntó en su relación que se hallaron presentes en la hueste cortesiana: «[...] gente de Venecia, griegos,<sup>[8]</sup> sicilianos, italianos,<sup>[9]</sup> vizcaínos, montañeses, asturianos, portugueses,<sup>[10]</sup> andaluces y extremeños». E incluso, catalanes, si Juan Catalán,<sup>[11]</sup> el artillero, lo era. Entre esta hueste, la gente arribada con Pánfilo de Narváez en primavera de 1520, y que se pasó a la causa cortesiana, y otros desembarcados en diversos navíos que tocaron Veracruz-San Juan de Ulúa, según las estimaciones hechas por R. Konetzke, Cortés contaría con 1822 europeos. Pero fueron varios cientos más, como se analizará en capítulos posteriores. También acompañaron a Cortés en la primera entrada varias mujeres europeas: dos hermanas de Diego de Ordaz, tres o cuatro criadas, más otras dos que actuarían como amas de llaves. Así como María de Estrada. El padre De las Casas apunta, asimismo, que acompañaron a la expedición cortesiana entre 200 y 300 indios e indias de Cuba, además de «ciertos negros<sup>[12]</sup> que tenían por esclavos». Hay quien dijo que fueron 500 o 600 indios cubanos y algunas mujeres.<sup>[13]</sup>

## De Cozumel a Tabasco<sup>[14]</sup>

A lcanzada, pues, la isla de Cozumel, Cortés de momento siguió lo ordenado por Diego Velázquez y se afanó por saber algo más de los españoles esclavizados en aquella tierra —y rescatarlos, si era posible—, según habían contado sus habitantes a Hernández de Córdoba en su momento. Tras enviar mensajes por escrito para los mismos, junto con baratijas para intercambiarlos por ellos, al no tener resultado, Cortés decidió realizar un desembarco con casi toda su gente de combate en otra zona de aquella costa, pero al poco tuvieron noticias de Jerónimo de Aguilar —Martín López, en una probanza a favor de Andrés de Rozas efectuada muchos años más tarde, recordaba que un hombre de la hueste, Ángel Tintorero, salió a cazar y a dos leguas de donde se hallaban Cortés y los suyos encontró a Aguilar, a quien

solo pudo reconocer cuando le habló en castellano, dado su aspecto—,<sup>[15]</sup> quien les refirió, además, acerca de la presencia de Gonzalo Guerrero.<sup>[16]</sup> Ambos llevaban en cautividad desde 1511, cuando el barco del capitán Valdivia, camino de Santo Domingo procedente del Darién, se desvió de su singladura a causa de una tormenta y naufragó en Jamaica. Ocho supervivientes alcanzaron más tarde Yucatán, de los que solo sobrevivían los dos señalados. Pero sus reacciones fueron muy distintas ante el cautiverio. Aguilar, un clérigo natural de Écija, nunca aceptó su nueva condición y se resistió a interactuar con sus captores más allá de la circunstancia de ser esclavo de indios. En cambio, Guerrero, un marinero oriundo de Palos, habría aceptado su nueva vida: casado con la hija de un cacique, Na Chan Can, señor de Chactemal, tenía tres hijos de corta edad y se definió ante Aguilar como un cacique «y capitán cuando hay guerras». Además, argumentó: «[...] yo tengo labrada la cara e horadadas las orejas, ¿qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera?». Quizá el apellido Guerrero no es el correcto, pues Cortés le llamó «un tal Morales» en una de sus declaraciones ante la justicia, muchos años más tarde.<sup>[17]</sup> El cronista López de Gómara recogió el asunto. El caso es que Jerónimo de Aguilar se convirtió en el primer traductor del castellano al maya chontal y viceversa. Una noticia estupenda para Cortés en ese sentido y no sería la última. Por otro lado, en vista de su negativa a regresar con los suyos, Aguilar insinuó que la resistencia bélica que encontró Hernández de Córdoba en aquella costa fue obra de los consejos e iniciativas de Guerrero, lo cual es dudoso, pues este habitaba a 160 kilómetros de la zona donde desembarcó el anterior. Por cierto, Germán Vázquez, sutilmente, señala las dificultades de la vida en el condado de Niebla durante los años mozos de Guerrero.<sup>[18]</sup> ¿No era mejor ser asesor militar de un señor maya antes que humilde marinero criado entre miserias, me pregunto?

El 4 de marzo partieron de Cozumel con destino a la desembocadura del río Grijalva, donde llegaron ocho días más tarde. Cortés habría insinuado un desembarco en Champotón, donde se derrotó con tantas bajas a Hernández de Córdoba, pero el piloto Antón de Alaminos se lo desaconsejó por razones náuticas, pues vientos contrarios hacían muy difícil apartarse de tierra y proseguir la navegación hacia el norte. Por otro lado, el desembarco de Grijalva en la zona de Tabasco había sido mucho más amistoso, de modo que Cortés tomó tierra en la llanura de Centla.

Advertido por Aguilar de las intenciones bélicas de los naturales, quienes dispondrían de 12 000 hombres según Díaz del Castillo y habrían fortificado su pueblo, situado a media legua de la costa, Cortés tomó sus primeras

medidas: solo avanzarían por la desembocadura los bateles, los barcos de menor calado, pero cada uno con tres artillerías, y además les repartió los ballesteros y los escopeteros. Envió tres hombres de noche a comprobar el camino hacia la localidad para evitar sorpresas. A la mañana siguiente, remitiría por dicho acceso al capitán Alonso de Ávila con un centenar de hombres, entre ellos una decena de ballesteros, mientras el resto de la tropa subía el río en los bateles. Se trabó una dura pugna al poco, cuando recibieron una lluvia de flechas al desembarcar y fueron encarados lanza en mano por los naturales, que fueron rechazados. Tras atravesar una primera línea defensiva —una albarrada levantada con grandes troncos—, entraron en el pueblo, donde se tuvo que luchar para deshacer una segunda empalizada, mientras llegaban Ávila y sus efectivos, demorados a causa de unas ciénagas en el camino. Según Bernal Díaz, 14 españoles quedaron heridos, entre ellos él mismo de un flechazo en el muslo. Pero solo consignó 18 cadáveres de aborígenes que vio flotar en el agua. Contando con que se llevasen sus heridos, pues abandonaron el lugar, esas cifras nos dan una idea clara del volumen real de guerreros aborígenes en liza: sin duda, no fueron 12 000 en ese momento. Cortés tomó posesión de aquella tierra, siguiendo el procedimiento habitual, en nombre de Carlos I.<sup>[19]</sup>

Al día siguiente, Cortés ordenó que Pedro de Alvarado con un centenar de hombres, entre ellos 15 escopeteros y ballesteros, y Francisco de Lugo con idéntica cantidad de efectivos, una docena de escopeteros y ballesteros incluidos, fuesen a explorar los contornos hasta dos leguas al interior. Fue Lugo quien contactó con indios de guerra, que comenzaron a combatir con su gente.<sup>[20]</sup> Advertido por el ruido de la pugna, Alvarado llegó con su hueste y se generalizó la lucha. Murieron entonces 2 españoles y 11 resultaron heridos. Indios fenecieron 15 y se tomaron 3 presos. Gracias al buen hacer lingüístico de Aguilar, se supo por aquellos aborígenes que el lengua Melchor, que había huido un par de días antes, les había aconsejado que atacasen la hueste de Cortés de día y de noche, puesto que eran pocos, y, además, se habían concertado todos los caciques de la zona para darles batalla una vez se rodease el campamento castellano.

En ese momento, Cortés se aprestó para la misma. Justo entonces, y no antes, ordenó sacar los caballos, aun embarcados, si bien hubieron de dejar pasar un tiempo para que se adaptasen a pisar suelo firme y se fijaron pretales de cascabeles en las riendas para aumentar la sensación de algarabía. Los caballeros recibieron la orden de no alancear a los contrarios, sino de pasarles las puntas de las lanzas por los rostros para obligarlos a retroceder, en caso de



trabarse combate. Solo en la desbandada podrían clavarles las armas, pues entonces se trataba de matar, no de desbaratar la línea de combate del contrario. Estas medidas, junto con el cuidado puesto en que ballesteros y escopeteros disparasen por turnos, evitando la carga general de sus armas al mismo tiempo, señalan una experiencia en combate notoria. No eran acciones improvisadas. Seis o siete soldados mozos, quizá por el peso de las armas utilizadas durante un buen lapso, el clima y las emociones vividas, debieron ser reembarcados con síntomas de agotamiento. Un duro y curtido Díaz del Castillo señala que se dijo que la causa fue por «ser regalados en Cuba», es decir por llevar demasiada buena vida y no estar preparados para una acción sostenida.



Cortés en el camino a Tenochtitlan, de junio a noviembre de 1519. Va acompañado por la india Malinalli, Malinche, que desempeñó la función clave de ser intérprete con las poblaciones

El llano de Centla fue el lugar elegido para darse la batalla. Los escuadrones aborígenes se aprestaron a, tras el lanzamiento de proyectiles, herirles con sus lanzas en formación compacta —«pie con pie» dice Bernal Díaz que venían los lanceros—, un movimiento táctico que permitió a los artilleros causar estragos entre sus filas, pues los disparos de las seis artillerías desembarcadas hacían blanco seguro, mientras que, al acercarse demasiado, los aborígenes se enfrentaron a la carnicería que causaban las armas de acero en sus cuerpos. Pero el volumen de tropas aborígenes —el capitán Ordaz creyó que luchaban con una desproporción de 300

contra 1, de nuevo esa cifra mágica— les permitiría aguantar aquellas pérdidas durante una hora al menos

de combate, hasta que los caballeros los atacaron por la espalda. Desde el primer momento, Cortés jugó tácticamente con la idea de arremeter contra aquellas gentes por dos frentes a la vez, si bien en su propio informe el de Medellín dividió la infantería en dos grupos de 300 y 100 hombres, mientras él mismo con los caballos atacaba por un tercer lugar. Tras la retirada de los tabasqueños, los castellanos contaron 5 caballeros heridos, así como 8 equinos maltrechos. La dureza de la época queda manifiesta cuando Bernal Díaz, con la mayor naturalidad del mundo, explica cómo se curaron los caballos —y los hombres—: se les quemó las heridas y se las recubrió con grasa de un indio muerto al que abrieron el cuerpo. Del lado hispano hubo 2 muertos a causa de flechazos en la garganta y el oído, pero nuestro cronista asegura haberse contabilizado 800 cadáveres aborígenes esparcidos en el campo de batalla, «é todos los mas de estocadas», puntualiza Díaz del Castillo —Cortés redujo dicha cifra a 220—, además de 5 indios presos. En ese momento de su crónica, Bernal Díaz lanza una soberbia pulla a su homólogo López de Gómara, quien, según el primero, aseguró: «[...] salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado, antes que llegase Cortés con los de a caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago, o señor San Pedro». Bernal Díaz aseguraba no dudar de la palabra de Gómara y fueron realmente ambos apóstoles quienes pelearon con ellos aquel día, pero

yo, como pecador, no fuese digno de verles; lo que yo entonces vi y conocí, fue a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra, según y de la manera que allí pasamos.

Estuvieron presentes Cortés, Bernal Díaz y otros 400 hombres por lo menos. Ni uno más, ni uno menos. Pero, desde luego, Gómara no.<sup>[21]</sup> Y la victoria no se debió única y exclusivamente al buen hacer de los caballeros, sino que los peones —recuérdese el detalle de los muchos contrarios ultimados con heridas de arma blanca— también dieron buena cuenta del enemigo.

Una cuestión no menor es si Cortés leyó el Requerimiento a aquellas gentes antes de iniciar sus operaciones. A pesar de las insinuaciones lingüísticas de Díaz del Castillo, que en varias ocasiones habla de requerir a

los indios que se mostrasen pacíficos y aceptasen la soberanía de Carlos I y el cristianismo, su insistencia, sin duda, fue producto de sus deseos *a posteriori* de maquillar lo sucedido. Un detalle: tras la batalla de Centla, Bernal Díaz abunda en presentar a los caciques tabasqueños la figura del monarca hispano como «el emperador don Carlos», cuando la acción referida se sitúa en marzo-abril de 1519 y la elección imperial se produjo el 28 de junio del mismo año. Con todo, Cortés aseguraba en su primera carta que el procedimiento habitual antes de iniciarse cualquier acto de violencia era avisar en tres ocasiones, a través de los intérpretes, de que no se deseaba pelear y se levantaba acta ante notario. Dicha actuación denota, en todo caso, cierta preocupación ante la evidencia de que las cosas debían hacerse en toda regla y tal y como se exigía desde la Corte.

Otro asunto importante es la cantidad de enemigos, los ejércitos aborígenes, a los que se enfrentaban. Está claro que se buscaba el redondeo heroico, pues en palabras de Cortés en Centla se luchó contra 40 000 tabasqueños, de ocho provincias, siendo ellos apenas 400, de esa forma la proporción de 100 enemigos contra 1 quedaba establecida. Lo más acertado, y lógico, sería detraer un cero a las cifras que nos aportan nuestros cronistas con respecto al enemigo. Así, sean 800 o poco más de 200 los fallecidos entre las filas de los tabasqueños, si evaluamos dicha cifra sobre 4000 combatientes, y no 40 000, estaremos más cerca de la verdad. William Prescott señaló en su momento que la mayor parte de los relatos mencionaba 5 escuadrones aborígenes de 800 efectivos cada uno. Es decir, 4000. También estaremos más cerca de la verdad si la proporción es de 10 enemigos contra 1 y no 100. Derrotar a una fuerza diez veces superior no estaría nada mal. Además, a veces el de Medellín repite cifras, se muestra poco cuidadoso: en los encuentros habidos aquellos días en dos ocasiones habla de apenas 20 españoles heridos y no consigna ningún muerto, cuando hubo dos o tres, según Díaz del Castillo. Años más tarde, en los descargos dados en su juicio de residencia, Cortés llegó a explicar que en dicha batalla sus peones fueron totalmente rodeados por los aborígenes y que en semejante lance la situación dio un vuelco al entrar en acción la gente de a caballo, que consiguió romper el frente de combate y hacer huir al contrario. Al volver sus espaldas, en plena desbandada de los tabasqueños, se produjo el ataque final hispano. Cortés asegura que «se mató mucha xente e sin morir nengun español, aunque quedaron setenta e tantos españoles muy mal heridos».<sup>[22]</sup>

Es el propio Díaz del Castillo, quien tan a menudo exageraba asimismo las cifras de rivales en los campos de batalla del Anáhuac, quien nos da

algunas claves de este tema al criticar el trabajo del cronista López de Gómara: asegura que este último, cuando refería la ayuda recibida por parte de los indios aliados, «no tiene cuenta ni razón en tantos como pone». También exageraba el número de habitantes de las ciudades por donde pasaban, o peleaban, «no siendo la quinta parte», porque de lo contrario habría más habitantes en aquellos territorios que en la propia Castilla, algo que Bernal Díaz no podía admitir. Así, el problema de fondo es que a Gómara le daba lo mismo «poner mil que ochenta mil, y en esto se jacta, creyendo que va muy apacible su historia a los oyentes no diciendo lo que pasó». Por otro lado, aparece una cuestión terrible, que aún en nuestros días perdura: la falta de análisis crítico. Díaz del Castillo se muestra dolido cuando otros historiadores, además relevantes, como Gonzalo de Illescas —autor de una *Historia Pontifical y Católica* (1565-1573)— y Pablo Jovio, autor de varias obras acerca de hombres ilustres, en especial soldados, de su tiempo, aceptaron sin problemas la autoridad de López de Gómara y propagaron sus errores. Pero era una corriente contra la que no se podía luchar.<sup>[23]</sup>

El cronista Antonio de Herrera, no sin admiración, nos transmite una imagen de Cortés como gran soldado a partir de sus primeras acciones militares en suelo de lo que apenas tres años más tarde fue la Nueva España. El de Medellín, según sus palabras,

fue dotado de las tres cosas que se requieren en la guerra que son consejo, determinación y eficacia, o presteza, por la vivacidad de su ánimo, y prontitud de su ingenio [...] con lo qual, y con el exemplo que dava a los soldados en los trabajos y peligros los tenía muy prontos y obedientes.<sup>[24]</sup>

En todo caso, quedó claro para los mayas que, aun vencidos, se habían enfrentado a hombres, no a seres sobrenaturales, si bien contaban con un armamento distinto al suyo y unas tácticas de combate desarrolladas. También los conocían algo mejor, pues habrían aprovechado los viajes precedentes de Hernández de Córdoba y Grijalva, los cuales no entendían a sus enemigos europeos como ellos. Ese conocimiento, acumulativo, valió su peso en oro en manos de Cortés y los suyos.<sup>[25]</sup>

La hueste cortesiana permaneció tres semanas en Champotón, la primera ciudad conquistada, para recuperar fuerzas merced a los suministros allá encontrados, mientras sus habitantes apenas si se atrevían a dejarse ver, pasaban hambre y vivían a la intemperie. No dejaba de ser otra consecuencia de haber perdido la guerra. Ahora Cortés podía imponer su paz y los mayas captaron el mensaje.<sup>[26]</sup>

## La Malinche y la Villa Rica de la Veracruz<sup>[27]</sup>

Para sellar la paz con los españoles, los mayas de Tabasco regalaron a la hueste hasta 20 mujeres para que se desenvolviesen como asistentes; en concreto, para moler el maíz y otros menesteres. Es significativo que Cortés las repartiese entre sus hombres y cupo a Alonso Hernández Portocarrero una india llamada Malintzin —Malintze o Malintziné serían otras posibilidades, pero Malinalli, otro nombre propuesto, parece poder descartarse a partir de algunos estudios lingüísticos—. <sup>[28]</sup> Aquí hace su aparición la famosa Malinche, <sup>[29]</sup> también conocida como doña Marina una vez bautizada. Su nacimiento se produjo en una localidad cercana a Coatzacoalco —se han propuesto Painala, Olutla, Jaltipan, Tetícpac o Huilotlán—, y por diversos avatares llegó a manos de los tabasqueños que, con unos quince años de edad, la obsequiaron como se acaba de mencionar a los españoles. Pronto, tras la marcha de Hernández Portocarrero, junto con Francisco de Montejo, <sup>[30]</sup> a la Península a finales de julio de 1519 como procuradores de Hernán Cortés, Malinche se convirtió en amante de este y, lo más trascendente, en la principal traductora del náhuatl al maya. Así, antes de que aprendiera suficiente castellano, entre ella y Aguilar podían hacer entender a los habitantes del interior del territorio los deseos y propuestas del de Medellín. Una situación muy interesante, puesto que la cuestión del lenguaje, de la información y el conocimiento, pero también de las noticias alcanzadas con anticipación con respecto al contrario, se convirtió en un asunto político de primer orden. Malintzin, que tuvo un hijo con Cortés en 1522 como se ha señalado, Martín Cortés, sin embargo en 1524 se casó o, mejor, fue casada con un conquistador, Juan Jaramillo, y el matrimonio recibió dos pueblos, Olutla y Jaltipan, a modo de «dote» de la novia por parte del por entonces gobernador general de Nueva España. Tras dar a luz una segunda hija en 1526, esta vez de Jaramillo, Malinche murió en 1527. <sup>[31]</sup>

La asimilación entre Cortés y Malinche fue tan profunda que, en pasaje muy conocido, Díaz del Castillo explica que

en todos los pueblos por donde pasamos, o en otros donde tenían noticia de nosotros, llamaban a Cortés Malinche; y así lo nombraré de aquí adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con cualesquier indios, así desta Provincia, como de la ciudad de México, y no le nombraré Cortés, sino en parte que convenga; y la causa de haberle puesto aqueste nombre, es que como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores o pláticas de Caciques, y ella lo declaraba en lengua Mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el capitán de Marina, y para mas breve le llamaron Malinche; y también se le quedó este nombre a un Juan Pérez de Artiaga, <sup>[32]</sup> vecino de la Puebla, por

causa que siempre andaba con Doña Marina y con Jerónimo de Aguilar aprendiendo la lengua, y a esta causa le llamaban Juan Pérez Malinche.

Por tanto, interesaba tener más de un traductor por lo que pudiera pasar. Lo verdaderamente extraño del caso es que el propio Cortés fuese tan parco en referencias a la Malinche. En su *Segunda carta de relación* hace mención de ella en el momento de narrar los sucesos de Cholula de una manera casi anecdótica: «[...] Y estando algo perplejo en esto, a la lengua que yo tengo, que es, una india desta tierra, que hobe en Putunchan [...]».<sup>[33]</sup> Y nada más. Tal vez pensó que no estaría bien visto que su señor supiera de sus amoríos con una aborígen. O de la trascendencia alcanzada por una mujer y, además, nativa, en el transcurso de la conquista.

El Jueves Santo de 1519, 21 de abril aquel año, la expedición alcanzó, tras salir de Tabasco, San Juan de Ulúa, donde dos enviados de Moctezuma,<sup>[34]</sup> quien desde el viaje de Grijalva habría recibido constantes noticias de la llegada de los extranjeros, contactaron con la hueste cortesiana. Tras un intercambio de regalos desigual y de información, Cortés insistió en su interés por conocer al gran *tlatoani* presentándose como un enviado de su soberano. Detalles importantes: se hizo exhibición de las armas europeas para aprovechar al máximo los pocos elementos en su haber que podían impresionar a gentes como aquellas, cuando ellos mismos estaban más maravillados con los primeros regalos de México-Tenochtitlan: una rueda de oro del tamaño de la de una carreta que representaba el sol, totalmente labrada, con un valor de unos 20 000 pesos, además de un casco que devolvieron los mexicas lleno de polvo de oro, por valor de 3000 pesos. Asimismo, una rueda equivalente a la primera de plata que simbolizaba la luna.

Pero la información también circulaba hacia el interior: en un día y medio, y gracias al sistema de postas imperial, los 422 kilómetros de la costa hasta la capital imperial eran salvados. Los mensajeros llevaban pinturas que representaban a los españoles, sus caballos, sus barcos, sus armas... Tzvi Medin ha comentado con acierto que, con la información recibida de sus enviados al campamento hispano aquellas jornadas, Moctezuma II tuvo que reafirmarse en su postura táctica en el sentido de impedir el arribo de aquellas gentes hasta su capital, aunque también aumentó su incertidumbre estratégica al no saber qué hacer ante la negativa de Cortés y los suyos a retroceder una vez iniciada la andadura hacia México-Tenochtitlan. Ese no saber qué hacer, esa falta de respuesta, de modo que el grupo invasor hispano recorrió dos tercios de su camino sin oposición mexica alguna, fue una de las claves de la

conquista. Porque, además, quienes ofrecieron resistencia, los tlaxcaltecas, se convirtieron en los mayores aliados cortesianos. Pero los españoles no podían tenerlas todas consigo; al fin y al cabo, no eran dioses, de modo que «la incertidumbre, el temor y las precauciones no fueron patrimonio exclusivo de Moctezuma».<sup>[35]</sup>

Tras la demora de días antes acerca de saber si Moctezuma permitía la entrada en el interior del país, comenzaron las murmuraciones en uno y otro sentido: por un lado, era evidente que el país era rico y prometía un buen botín, pero también estaba muy poblado y podría ser peligroso. Díaz del Castillo comenta que, entre las quejas de aquellos que deseaban volver a Cuba, se hizo mención de la muerte hasta entonces de 35 hombres, muchos heridos en los combates habidos, pero también por enfermedades y hambre. Poco a poco, se dejó entender que no todos los miembros de la hueste, ni mucho menos, tenían intención de oponerse a la autoridad de Diego Velázquez. Entonces, Cortés y sus adeptos hubieron de esforzarse al máximo para convencer a los indecisos de que la opción de futuro, el enriquecimiento, solo se lograría al perseverar en el territorio y convertir la expedición de rescate, como se había apalabrado con Velázquez, en una de poblamiento, como Cortés, por otro lado, había ido pregonando a mucha gente en Cuba. Cortés tuvo la brillante idea de fundar una ciudad en la costa, en los arenales de Chalchiuhcuecan, de hecho, donde se había desembarcado el Jueves Santo, y una vez establecido su cabildo, formado por adeptos suyos,<sup>[36]</sup> estos lo elegirían a su vez capitán general y justicia mayor de la población que se llamó Villa Rica de la Veracruz. El de Medellín tuvo mucho cuidado en argumentar, y aquí sus conocimientos jurídicos le ayudaron, que la fundación de la ciudad se hizo tras atender la solicitud de sus hombres en ese sentido. Además, los nobles e hidalgos que conformaban el cabildo entendían que los poderes que tenía Cortés hasta entonces, otorgados por el gobernador Velázquez, ya no estaban en vigor y era necesario, pues, que alguien los ejerciera en nombre de Juana y Carlos de Castilla. Así, la desvinculación con Velázquez, quien además solo estaba interesado en rescatar oro para su peculio, sería total. Con la fundación de la nueva ciudad aumentarían los dominios reales y el soberano recibiría oportunamente la quinta parte de los beneficios, como solía hacerse de haberse firmado una capitulación de conquista. Es decir, Cortés, completamente consciente de lo irregular de su acción, procuró comportarse como si su expedición fuese de conquista, por ello se comprometió a actuar con los aborígenes como si les hubiese leído el Requerimiento y a pagar a la Corona el Quinto Real. Solo que, como explica

Díaz del Castillo, al haberse gastado toda su fortuna en organizar su expedición, «[...] lo peor de todo lo que le otorgamos, [fue] que le daríamos el quinto del oro de lo que se hubiese,<sup>[37]</sup> después del sacado el real quinto». De entrada, por influjo de Cortés, se decidió en su momento enviar a Carlos I todo el botín habido hasta aquel momento, al tiempo que se nombraban dos procuradores, Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero, como se ha señalado. Pero José Luis Martínez, en su magnífica biografía de Cortés, asegura que apenas se le remitieron al Austria un extra de 400 pesos<sup>[38]</sup> sobre el Quinto Real correspondiente.<sup>[39]</sup>

En vista de la oposición de muchos de los hombres más adictos al gobernador de Cuba, Cortés emprendió varios movimientos aquellos días para controlar la situación: por ejemplo, envió presos a uno de los barcos a Juan Velázquez de León, Diego de Ordaz, a un criado de Velázquez, Escobar, y a Pedro Escudero. Otro problema sobrevenido fue la retirada de los enviados mexicas, seguida por el cese del envío de vituallas a la Villa Rica por parte de la población de la zona, sometida a los tenochcas. Cortés remitió a Pedro de Alvarado con un centenar de hombres, entre ellos 15 ballesteros y 6 escopeteros, la mitad de ellos del bando velazqueño, en busca de comida, por lo que exploraron para ello los alrededores. Mientras, él mismo y sus acólitos iban convenciendo al resto de los expedicionarios acerca de sus intereses, con la pretensión de que fueran los de todos. Díaz del Castillo, con su franco estilo habitual, señala que el caudillo repartió oportunamente parte del oro conseguido entre los dubitativos, dado que el dorado metal «quebranta peñas».

Una de las mejores explicaciones de lo ocurrido aquellas semanas, con el desenlace que ya conocemos, la expuso años más tarde el conquistador Alonso de la Serna, un miembro del grupo de Narváez, adicto a Cortés — sobre todo al presenciar su actuación, que elogió, en la huida de México y en la batalla de Otumba—, quien en 1529 planteó un pleito contra Fernando de Zavallos,<sup>[40]</sup> un defensor de la memoria de Pánfilo de Narváez, por entonces ya fallecido en su vano intento de conquistar Florida. De la Serna, con todo, no se dejaba engañar cuando señaló:

[...] el dicho Cortés cuando hubo llegado y desembarcado, al ver la riqueza de la tierra y su disponibilidad, y la humildad con que los nativos lo recibieron, y la gran distancia entre esos puertos y el rey de Castilla [...] y siendo una persona vil de bajas ideas al que Diego Velázquez había sacado de la humilde posición de escribano en el pueblo de Azúa para llevarlo a la isla de Cuba, donde le ofreció puestos de honor y finalmente lo envió a este país como jefe de la expedición mencionada, compuesta por hombres jóvenes de la misma isla que estaban en situación de necesidad y quedaron deslumbrados por el con facilidad.<sup>[41]</sup>



Pero volvamos con Alvarado. Este encontró algunos suministros, pero no indios, que se habían retirado no sin dejar muchos rastros de sacrificados en los templos, para horror del contingente hispano. Ahora bien, en su juicio de residencia, algunos testigos, entre ellos Vázquez de Tapia, insinúan que Alvarado quemó y robó dos pueblos, al menos, y que se hizo con dos indias hermosas para su uso personal. Su amistad con Cortés hizo que este no le amonestase por ese comportamiento. Asimismo, jornadas atrás, Cortés encargó al piloto Antón de Alaminos y a Francisco de Montejo que buscasen un fondeadero situado más al norte de la localización, poco favorable, de la Villa Rica, que encontraron cerca de Quiahuiztlan, un poblado totonaca. Allí se realizó en su momento una segunda fundación de la Villa Rica de la Veracruz.

Para entonces, se había producido un segundo encuentro muy trascendente. Al retirarse los enviados de Moctezuma II con su negativa a la visita de Cortés al *tlatoani*, los totonacas, cuya capital, Cempoallan, se hallaba muy cerca, hicieron acto de presencia en el campamento castellano. A través del buen hacer de Aguilar y Malinche —para entonces ya se habían descubierto sus capacidades lingüísticas—, Cortés supo de su sometimiento por los mexicas, los tributos que, con terrible regularidad, habían de pagar a México-Tenochtitlan, que incluían personas sacrificables a sus dioses, así como la existencia de otros grupos aborígenes en disputa con el gran señor de México. Cortés se decidió por acudir a la capital totonaca y envió a los infantes por tierra, mientras sus barcos alcanzaban el nuevo puerto hallado jornadas atrás.

## Cempoallán<sup>[42]</sup>

**A** primeros de junio de 1519 los españoles entraron en Cempoallan. Cortés, siempre precavido, había marchado en orden de escuadrón, preparado para repeler cualquier contingencia que surgiese. Aun siendo una ciudad de medianas dimensiones para los estándares mesoamericanos del momento, les impresionó. Muy poblada, rodeada de jardines feraces y huertas, uno de los primeros caballeros en vislumbrar su interior regresó muy excitado ante la posibilidad de que hubiera patios de plata en aquella urbe. El error es obvio, pues se trataba de edificios encalados, pero la percepción de un lugar rico, de ensueño, como ocurriera tantas veces, estaba presente.<sup>[43]</sup> A Cortés, en el fondo, tales yerros le interesaban mucho que calasen en el ánimo

de sus hombres: merecía la pena arriesgarse por un país como aquel. Fueron recibidos por el famoso cacique «gordo», llamado Quauhtlaebana, que reafirmó las críticas vertidas contra los mexicas y ofreció a Cortés bastimentos y 400 indios cargadores, los llamados *tamemes*. Es significativo que Díaz del Castillo afirmase que «[...] nos holgamos, porque de antes siempre traíamos a costas nuestras mochilas, los que no traían indios de Cuba, porque no pasaron en la armada sino cinco o seis». A partir de entonces, una de las primeras demandas, además de amistad, ayuda militar y bastimentos, fue conseguir indios cargadores. Cortés lo visitó en sus aposentos con medio centenar de sus hombres. Más tarde, al alojarse en la urbe, el de Medellín situó las habituales centinelas y una de las artillerías menores a la entrada y dio órdenes estrictas a su gente de que no abandonase el emplazamiento por ningún motivo o excusa. Quauhtlaebana, en las negociaciones establecidas, si bien se jactaba de poder contar con 100 000 guerreros, cifra que Cortés rebajó a la mitad en su *Segunda carta de relación*,<sup>[44]</sup> siempre reconocía la potencia militar de los mexicas y su miedo a posibles represalias. Cortés intentó calmarlo.

Tras salir de Cempoallan, la hueste se dirigió a la vecina Quiahuiztlan, un lugar de fácil fortificación, donde acudió Quauhtlaebana. Una vez más, se refirieron los excesos cometidos por los mexicas contra las treinta localidades de la nación totonaca, justo cuando aparecieron, para suerte de Cortés, cinco *calpixque*, o recaudadores de tributos mexicas, quienes increparon a los totonacas por su hospitalidad con los extranjeros. Para castigar su actitud, les reclamaron una veintena de jóvenes para ser sacrificados. Cuando Cortés entendió la situación, trazó rápidamente un doble juego. Insinuó a los de Cempoallan que detuviesen a los recaudadores de Moctezuma II y se negasen a seguir pagando tributos a los mexicas, pero él custodiaría a los presos y los protegería desde entonces en caso de reacción punitiva de aquellos. A los *calpixques* los dejó en libertad más tarde, tras asegurarles que nada tenían que ver los españoles con su detención, con cuidado de que no lo supiesen Quauhtlaebana y los suyos, pues se trataba de enviar un nuevo mensaje de amistad a México-Tenochtitlan. La astucia de Cortés, una vez más, queda demostrada. En Quiahuiztlan fue cuando, por primera vez, el grupo conquistador fue denominado como *teules*, siempre traducido por «dioses», si bien es una corrupción de la palabra náhuatl *teotl* o *teutl* que tiene otras acepciones: hace referencia a lo «maravilloso», «raro», «sorprendente» o «peligroso». Desde esa perspectiva, se entienden mucho mejor algunas de las reacciones aborígenes.<sup>[45]</sup> Cortés y los suyos eran agentes exógenos en

relación con aquel mundo y podían ser tanto amables como peligrosos, amigos y aliados o bien enemigos. Podían ser dioses, pero también demonios. El juego que se estableciese con ellos era algo totalmente nuevo. Y las reglas para jugarlo también eran desconocidas. Aquel que mejor se adaptase tendría mucho que ganar y viceversa.

Justo entonces, Cortés, que entretanto regresó a la costa, se decidió por edificar la segunda Villa Rica a la manera de ciudad española; el mismo empezó a trabajar, entre otros edificios, en una fortificación desde los cimientos y, en poco tiempo, con el esfuerzo de todos los castellanos y la ayuda de los indios, estuvo suficiente alta como para cerrarla con maderas, después de hacer troneras, torres bajas (cubos) y barbancas, dice Díaz del Castillo. Por lo demás, Moctezuma II, enterado de la rebelión totonaca, comenzaba a cavilar su venganza, cuando arribaron los *calpixques* liberados por Cortés, lo que motivó el envío de una segunda embajada que le reportó al de Medellín y los suyos regalos por valor de 2000 pesos. Una vez más se reiteraron los deseos de ir a visitar la capital de la Triple Alianza.

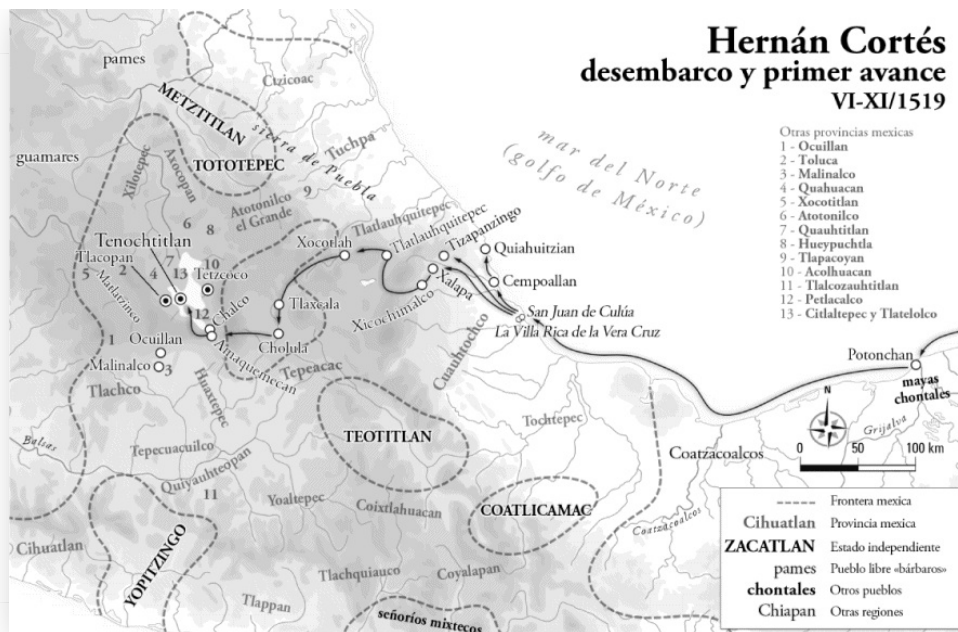
La consideración entre los totonacas creció al ver estos que no se les tenía temor a los enviados de Moctezuma, de forma que, para cimentar la alianza, Quauhtlaebana solicitó a Cortés una acción punitiva contra la guarnición mexicana de Cingapacinga —o Tizapanzingo, una localidad desaparecida—, situada a 8 o 9 leguas de Cempoallan. Los mexicas arruinaban los cultivos totonacas y los asaltaban de continuo, de ahí esa demanda de castigo. El nuevo ardid de Cortés consistió en enviar un solo hombre, el vizcaíno Heredia, tuerto, cojo, de rostro acuchillado y de mala catadura, con espesa barba, el cual, acompañado de algunos indios, se acercó a la localidad mientras disparaba su arma de vez en cuando para atemorizar a los indios, algo que consiguió, lo que aumentó el prestigio entre los totonacas de Cortés y su gente. Pero también era necesario amistarse con los de Tizapancingo y sus aliados, de modo que cuando un tal Mora, de Ciudad Rodrigo, tomó dos gallinas de uno de esos pueblos pacíficos, el caudillo ordenó que fuese ahorcado y solo la intervención de Alvarado, puede que pactada con Cortés, cortando la soga permitió que Mora no muriese.

A primeros de julio llegó un barco de Cuba, al mando de Francisco de Saucedo (o Salcedo), un amigo de Cortés, que llevó noticias preocupantes, además de 10 hombres de refuerzo y 2 caballos. Con fecha del 13 de noviembre de 1518, Carlos I daba permiso a Diego Velázquez para conquistar y poblar las tierras donde operaba el caudillo extremeño. El gobernador de Cuba, pues, disponía de una capitulación de conquista, de modo que cualquier

postura que tomase el de Medellín, si no acataba aquella nueva situación, equivalía a una declaración de rebeldía. Definitivamente, Cortés podía perder la vida si lo derrotaban en aquel juego, pues ahora se enfrentaba al adelantado del Yucatán, Cozumel y las restantes tierras descubiertas. Cortés, sin más dilaciones, el 26 de julio de 1519, en su mejor barco, envió a la Península en busca de Carlos I, por entonces ya Carlos V, a sus procuradores Montejo y Hernández Portocarrero, como se ha explicado con anterioridad, para contrarrestar la influencia en la Corte de Velázquez.

Ante tales noticias es lógico pensar que en Villa Rica los ánimos comenzaran a mudar. Y lo hicieron. Todos aquellos que no estaban dispuestos a seguir adelante, a jugarse su vida en una conquista incierta, en un país muy poblado, ni a levantar las iras del adelantado Velázquez, decidieron regresar a Cuba. De hecho, un grupo formado por Pedro Escudero, Juan Cermeño, Gonzalo de Umbría, Bernardino de Coria, el clérigo Juan Díaz y los hermanos Peñate, decidió tomar uno de los barcos, bastimentos y marcharse a Cuba sin permiso de Cortés. Aunque Coria se arrepintió y confesó el plan completo al de Medellín, que acabó por mandar ejecutar en la horca a Escudero y Cermeño, mutiló a Umbría —le cortó los dedos de un pie—,<sup>[46]</sup> mandó dar 200 azotes a los Peñate e hizo una severa advertencia al padre Díaz. El caudillo explicó o justificó los hechos de la siguiente forma: «[...] algunos se me quisieron alzar [...] vistas las confesiones de estos delincuentes, los castigué conformé a justicia y a lo que según el tiempo me pareció que había necesidad»; pero Fernández de Oviedo, muy frío en general en sus valoraciones del conquistador extremeño, lo explica de forma menos cínica:

Algunos parciales a Diego Velázquez pesándoles de como Hernando Cortés ya desconocía la superioridad que le debía, queriéndose ir de la tierra [...] fueron justiciados [...] y como en estas partes el príncipe está lejos [...] fácil es de entender cuán poco achaque bastaría para que padeciesen todos aquellos que les pareciese a Cortés que le eran contrarios o que no seguían su voluntad.<sup>[47]</sup>



Entonces, llega un momento trascendente que, posteriormente, fue manipulado de tal manera que, incluso en nuestros días, sigue la confusión. Un escueto Cortés lo explica de esta forma en su *Segunda carta de relación*: ante el riesgo de que otros muchos también tuviesen la tentación de desertar y dejar solos a sus compañeros, llevándose todos o casi todos los barcos,

tuve manera como, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, los eché a la costa por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra y yo hice mi camino más seguro y sin sospecha que vueltas las espaldas no había de faltarme la gente que yo en la villa había de dejar.

Es decir, que Cortés echó sus navíos al través, no llegó a quemarlos. El incendio de los mismos es una falsedad que primero propaló el cronista Cervantes de Salazar con cierta timidez en 1546, pues poco después la rectificó; pero, más tarde, la idea fue copiada y magnificada por Juan Suárez de Peralta (en 1589), también cronista. En la versión de Bernal Díaz, fueron sus hombres quienes aconsejaron al capitán general que «no dejase navío en el puerto ninguno, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen ocasiones [...]», además de que el centenar de maestros, pilotos y marineros quedarían transformados en miembros de la hueste. Ahora bien, asegura este cronista, «según vi y entendí, esta plática de dar con los navíos al través que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que fuésemos en los pagar». El plan cortesiano se fraguó de la siguiente forma: un personaje adicto a Cortés, aunque fuese por su enemistad con Diego Velázquez, Juan

Escalante, se presentó en Villa Rica con la orden de sacar de los bajeles todos los elementos útiles y aprovechables, como velas, anclas, cables y demás, y más tarde se les echó al través, es decir, se vararon sus cascos en la playa. Otra cosa es que, literariamente, el propio cronista señalara que dicha acción equivalía al paso del Rubicón por parte de César: «[...] que echada estaba la suerte de la buena o mala ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicón». Es obvio que cronistas como Cervantes de Salazar o Suárez de Peralta contribuyeron a fabricar el «Rubicón» de Cortés.

En la versión de López de Gómara, un Cortés determinado a perder los barcos en pos de la posibilidad de conquistar lo que se empezaba a intuir como el Imperio mexicana,

negoció con algunos maestros que secretamente barrenasen sus navíos, de suerte que se hundiesen, sin los poder agotar ni atapar; y rogó a otros pilotos que echasen fama cómo los navíos no estaban para más navegar de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos a él, estando con muchos, a se lo decir así, como que le daban cuenta de ello, para que después no les echasen culpa.

Así se hizo, y como los barcos hacía tres meses que estaban fondeados, todo el mundo creyó que realmente padecían de broma y tenían los cascos podridos.<sup>[48]</sup> Los cinco primeros fueron echados al través, pero cuando les tocó el turno a los siguientes cuatro «ya entonces se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el trato y el propósito de Cortés, y decían que los quería meter en el matadero». Tras plantear la posibilidad de dejar un navío a disposición de los que quisiesen regresar a Cuba, Cortés terminó por incapacitarlo también, no sin conocer antes quiénes eran poco fiables para su aventura. Como puede colegirse por la importancia de la decisión, y sus puntos oscuros, la misma fue objeto de controversia en el juicio de residencia cortesiano. Es más, en su descargo, Cortés no solo no intentó «ocultar» o tergiversar el hecho, sino que le daba la máxima publicidad e importancia posibles, pues alegó que el dar al través a los barcos «fue uno de los más señalados servicios fechos, después que Roma se fundó acá, [h]a [h]abido, e más di[g]no de poner en coronista». Como es obvio, toda su gente, incluidos los más recelosos, no tuvieron más opción *a posteriori* que afrontar el hecho de permanecer en el territorio y comenzar su «pacificación» como se decía en la época.<sup>[49]</sup> Con todo, no deja de sorprender la importancia dada por Cortés a la trascendencia «histórica» de algunas de sus decisiones. Esa alusión a la escritura de los cronistas solo puede surgir del intelecto de alguien versado en la lectura de obras históricas.

Antes de iniciar la andadura que le llevó al lago Tetzco, todavía Cortés

hubo de ver cómo cuatro barcos alcanzaban la costa de Villa Rica. Eran naves de Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, el cual había obtenido permiso del rey en 1518 para explorar las aguas del golfo de México en espera de encontrar un paso que lo llevara al mar del Sur, descubierto por Vasco Núñez de Balboa en 1513. La expedición la comandaba Alonso Álvarez de Pineda. Tras desembarcar algunos de sus hombres cerca de Veracruz, al final, Cortés consiguió que seis de ellos se enrolasen en su expedición, más que nada porque sus compañeros levaron anclas y se marcharon.

Decidido, pues, a introducirse en el país, Cortés emprendió camino el 16 de agosto de 1519 desde Cempoallan, que rebautizó como Sevilla, con 15 caballos y 300 infantes, y dejó en Villa Rica 150 peones y 2 jinetes terminando la fortaleza que atrás se refirió al mando de Juan Escalante. López de Gómara asegura que Cortés demandó a Cempoallan un millar de *tamemes*, pero también guerreros para que lo acompañasen. Según sus cifras, al caudillo le acompañaban 400 españoles, con 15 de caballería, 6 artillerías y 1300 indios en total, que incluían algunos procedentes de Cuba.<sup>[50]</sup> Tres caciques importantes, a modo de rehenes, los acompañaron: Teuch, Mamexi y Tamalli. Pero eran 40 los guerreros totonacas señalados que siguieron al del Medellín y su gente. Díaz del Castillo rebaja a 200 los *tamemes* solicitados a los totonacas, quienes se encargarían del transporte de la artillería, pues ellos, los «pobres» soldados en palabras del cronista, apenas solo llevaban sus armas, siempre a punto, pues con ellas «dormíamos y caminábamos [...] muy apercebidos para pelear». Un conquistador, Alonso de Navarrete, refirió años más tarde la extraordinaria ayuda recibida de los totonacas, «hombres que llevaban auestas las cargas del fardaje e mantinymientos de los españoles y el artillería y munición».<sup>[51]</sup> Cortés habló a la gente antes de partir. La alocución la abrevia, en su contenido, Díaz del Castillo al señalar que el lema era «Vencer y ganar la tierra o morir».

### **El inicio de la campaña: Tlaxcala<sup>[52]</sup>**

**T**ras varias jornadas, la hueste y sus acompañantes llegaron a Jalapa; se trataba de alcanzar el altiplano subiendo por las sierras a la vista del pico Orizaba. El paisaje y el clima cambiaron, sufrieron hambre, sed y frío, incluso una fuerte granizada. Algunos aborígenes procedentes de Cuba murieron de hipotermia. Tras aclimatarse al Caribe y a la costa atlántica

mexicana, no parece que Cortés y los suyos hubiesen estado bien informados acerca de la meteorología y el paisaje que les esperaba. Tuvieron que subir a 1800 metros de altura y atravesar una llanura desolada y con un gran lago salino. Alcanzaron Xocotlan, al que los efectivos portugueses de la hueste les recordaba a la localidad lusa de Castelo Branco, por lo que para Cortés o Díaz del Castillo sería Castilblanco. El cacique, Olintetl, fue el primero que puso en verdaderos antecedentes al de Medellín acerca de la fuerza de los mexicas, sus riquezas y su poderío militar. Tras reposar varios días del esfuerzo del camino previo, el grupo se dirigió a Ixtacamaxtitlan, descrita por Cortés como «la mejor fortaleza que hay en la mitad de España, y mejor cercada de muro y barbacana y cavas». Aunque de forma escueta, al caudillo extremeño no se le escapaba ninguna información de interés estratégico o militar. Tras comprobar que también eran vasallos de Moctezuma II, una vez más se demandaron noticias y se fueron cerciorando de las ya conocidas: la enemistad sangrante entre los mexicas y los tlaxcaltecas, también enemigos irreconciliables de las gentes por cuyos territorios atravesaba la hueste castellana. Según el padre Durán, en este lugar los caciques preguntaron por uno de los lebreles del grupo, en el sentido de si era una fiera. La respuesta de los totonacas fue que los castellanos «Tráenlo para cuando alguno los enoja, los mate». Asimismo, se interesaron por las artillerías que llevaban y la respuesta fue que con estas y

con unas piedras que metíamos dentro de ellas matábamos a quien queríamos, y que los caballos, que corrían como venados, y que alcanzábamos con ellos a quién les mandábamos. Y dijo el Olintecele, y los demás principales: «Luego de esa manera, *teules* deben ser».<sup>[53]</sup>

Por otro lado, en cada localidad importante por donde pasaban se solicitaban 20 guerreros de prestigio para acompañar al grupo hispano, una manera elegante de demandar rehenes.<sup>[54]</sup> Además, en Xocotlan encontraron, según el siempre exagerado Díaz del Castillo, un *tzompantli* construido con 100 000 cráneos humanos, además de vigas con cabezas cortadas y otras construcciones con huesos humanos en exhibición. Una muestra más de la religión demoníaca practicada por aquellas gentes según, siempre, la percepción de la hueste invasora.

Cortés, entre Cempoallan y Xocotlan, maduró su idea de alcanzar Tlaxcala. Aunque en todo momento estaba vigilado por los caciques vasallos de Moctezuma II y por emisarios de este, quienes le indicaban que viajase hacia el valle central por la vía de Cholula y no por Tlaxcala, el de Medellín envió a cuatro emisarios de Cempoallan, que hablaban náhuatl, a entrevistarse



con las gentes de Tlaxcala. Al no recibir respuesta, tras varias jornadas de reposo en Ixtacamaxtitlan, dio orden de avanzar. Su cacique, Tenamaxcuicuitl, le concedió a los españoles la ayuda de 300 guerreros y él mismo los acompañó un trecho. Para no perder la disciplina, ni el ascendente sobre los nuevos aliados, Cervantes de Salazar registró que el de Medellín «mandó azotar a un soldado porque había hecho cierto agravio a un indio, contra lo que él tenía mandado, con que mucho se hizo respetar de los suyos y amar y servir de los extraños».

Díaz del Castillo rememora en su crónica cómo se discutía en la hueste acerca de la mejor manera de encarar la guerra contra aquellas gentes; así, la idea de pasar las lanzas por los rostros del contrario, y no intentar clavarlas, se debía a su tendencia, lógica por otro lado, a intentar arrancárselas a los jinetes. En ese momento, había que apretar bien la lanza bajo el brazo y picar espuelas y, con la fuerza del caballo, de ese modo, arrancar la lanza de manos del guerrero e incluso arrastrarlo. El propio Bernal Díaz se responde a la pregunta de por qué tanta diligencia sin enemigos a la vista: decía Cortés, «Mirad, señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos y aparejados como si ahora viésemos venir los contrarios a pelear, y no solamente verlos venir, sino hacer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos». En todas aquellas jornadas era constante el envío de «corredores de campo» por delante y en guardia, los infantes de escopeta y ballesta «en gran concierto», al igual que los caballeros y «siempre nuestras armas vestidas, como lo teníamos de costumbre», de manera que si les diesen diez avisos de ataque del contrario, ni en uno solo los encontrasen desprevenidos.

Con el reinicio de la marcha, el grupo halló otra prueba de la belicosidad de aquellas gentes. Encontraron un muro de piedra seca de unos 3 metros de alto, casi 7 de ancho y con un pretil de medio metro en toda su extensión para poder luchar protegido desde arriba, que cerraba el valle de sierra a sierra y marcaba el límite con Tlaxcala.<sup>[55]</sup> Una sola puerta, de 10 pies de ancho como máximo, estaba defendida por una doble cerca, que se doblaba la una sobre la otra, a manera de revellín, y que impedía el paso directo, sino que debía darse una doble vuelta para atravesarla. En vista de aquella novedad, que no se esperaban, Cortés en persona, tras atravesar la muralla —¿otro Rubicón?—, avanzó una media legua con media docena de caballeros para otear el camino «y si algo hobiese, dar aviso y poner su gente en concierto y modo de pelear, y también para escoger buen lugar para la batalla o para asentar el real si otra cosa no subciese», escribe Bernal Díaz.

Y sucedió. Tras caminar cuatro leguas una vez pasado el muro, los dos primeros de a caballo de la avanzadilla de Cortés toparon, tras subir una loma, con una treintena de guerreros allí apostados que, al verlos, dieron media vuelta y se escabulleron. Al sentirse perseguidos por los jinetes, en un momento dado se encararon con ellos y pelearon. Con sendos golpes de sus macanas de madera con filos de obsidiana les cortaron el cuello a 2 de los caballos, que murieron, hirieron a otros 3 equinos y a 2 caballeros. Según Díaz del Castillo allí quedaron tendidos 5 indios; según otros cronistas los mataron a todos por la furia con la que Cortés contempló la muerte de dos de sus apreciados caballos tras haber solicitado amistad a aquellas gentes. En breve se echó encima de ellos un escuadrón tlaxcalteca con 3000 hombres dice Bernal, porque otros cronistas, que no estuvieron en la brega, doblan el guarismo, pero los derrotaron tras una enconada lucha. La cosa no debió de pasar de escaramuza, porque las bajas de los aborígenes fueron 17 muertos — sin contar los heridos— según consignó Díaz del Castillo, si bien otros cronistas (López de Gómara, Cervantes de Salazar y Herrera) elevan dicha cifra a entre 50 y 70. Bernal Díaz añade que de los 4 heridos españoles — porque ningún cronista explica nada del papel desempeñado por los guerreros indios aliados—, uno de ellos murió al cabo de unos días. De nuevo, este cronista vuelve a exponer que al faltar el aceite, para cauterizar las heridas se usó grasa humana, en este caso de un indio grueso de los que habían muerto en combate. Cortés ordenó enterrar los caballos con rapidez para evitar extender la noticia de que eran mortales, pero si sorprendidos estaban los habitantes del territorio con aquellos «venados», también lo debían de estar los españoles con unos guerreros, que resultaron ser otomíes habitantes de Tecoztzinco, capaces de matar un caballo de un solo tajo en el cuello. Quizá los cronistas exageran al sugerir la posibilidad de cortarle la cabeza a un caballo a cercén con riendas y todo, pero lo cierto es que no iban a ser gentes fáciles de derrotar sin ayuda. O, precisamente, es eso lo que se buscaba advertir: no se trataba de un enemigo despreciable. Andrés de Tapia no olvida señalar en su crónica, aunque de manera pasajera, la ayuda de los indios aliados en aquellos lances, así como el hecho de que Cortés se preocupara cada cierto tiempo de que sus hombres no perdiesen la formación de combate: «El marqués [Cortés] y los de caballo iban siempre en la delantera peleando, y volvía de cuando en cuando a concertar su gente y hacerlos que fuesen juntos y en buen concierto, y así lo iban».<sup>[56]</sup>

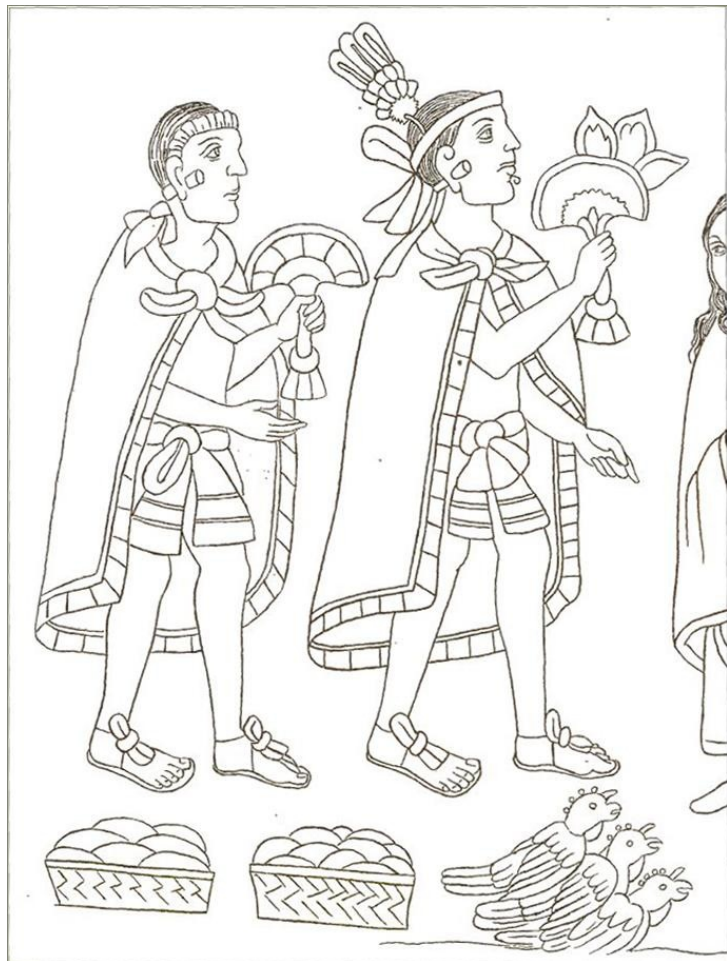
Al día siguiente, 2 de septiembre de 1519, se luchó contra 2 escuadrones, quizá 6000 indios, pero, en esta ocasión, Cervantes de Salazar, más

comedido, refiere un millar, una cifra más aceptable si se trataba de atraer al grupo hispano a una encerrona. Aunque de nuevo surge un problema con las fuentes: los tlaxcaltecas presentaron en esta primera batalla entre 30 000 hombres, la cifra proporcionada por Antonio de Herrera, y 100 000, nada menos, la cantidad que consignó el propio Cortés. El príncipe Xicoténcatl el Joven (o el Mozo) los capitaneaba. Era aquella tierra dominio de una de las cuatro cabeceras de Tlaxcala, Tizatlan, y habitada por otomíes, como se ha señalado, que cuidaban aquella frontera.<sup>[57]</sup> Cortés, imperturbable, siguió su práctica habitual de requerir para hacer la paz a aquellas gentes en tres ocasiones. Al negársele aquella posibilidad, y al haber escuchado los testimonios de los cuatro embajadores totonacas remitidos jornadas antes a Tlaxcala con proposiciones de paz, amistad y alianza contra los mexicas, quienes regresaron con una negativa como respuesta, el de Medellín no tuvo más remedio que emplearse a fondo, junto con sus hombres. La lucha no fue fácil. Primero atravesaron una zona de quebradas donde no podían valerse de sus caballos, mientras los indios podrían flecharlos y lanzarles piedras con sus hondas a distancia. La situación cambió cuando alcanzaron unos llanos; allí, «con los caballos y artillería, nos lo pagaban, que matamos muchos; más no osábamos deshacer nuestro escuadrón», escribe Bernal Díaz, porque luchar fuera de la protección inmediata de los compañeros era una locura ante semejante avalancha de contrarios. De hecho, el gran peligro era precisamente este: «Y andando en estas batallas, nos cercan por todas partes, que no nos podíamos valer poco ni mucho; que no osábamos arremeter a ellos si no éramos todos juntos, porque no nos desconcertasen y rompiesen», aseguraba Díaz del Castillo. De hecho, la idea de que luchar en escuadrón les salvaba de aquella dura papeleta está clara: «porque andábamos juntos pie con pie y con las espadas les hacíamos mucho daño». Los tlaxcaltecas, en un alarde de gran valor, lograron desmontar a un caballero experimentado en la guerra, Pedro de Morón, y matar su yegua, el tercer animal perdido por Cortés, tal era el ansia de los aborígenes de llevarse semejante trofeo, como lo hicieron, haciéndolo cuartos y repartiéndolo entre diversas localidades. Morón, que quedó malherido, murió a los pocos días.<sup>[58]</sup> Gracias a las armas de fuego —«media docena de tiros pequeños de bronce, e cinco o seis escopetas», señala Fernández de Oviedo—, que acertaban de lleno en los escuadrones, los tlaxcaltecas tuvieron muchas bajas. Para Díaz del Castillo, «Una cosa nos daba la vida, y era que, como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacían mucho mal». Además, había desavenencias entre sus capitanes. La batalla duró algo más de una hora según Díaz del Castillo —muchas horas

para López de Gómara— y cuando hasta ocho capitanes habían muerto, «hijos de los viejos caciques [...] á esta causa se trujeron (sic) [retrajeron] con muy buen concierto, y á nosotros que no nos pesó dello». Cortés sumó 15 heridos y 4 o 5 caballos también quedaron maltrechos. De los indios aliados no se dice palabra en el texto de Díaz del Castillo; en cambio, López de Gómara señala que los auxiliares ayudaron mucho a los hispanos en la fase inicial de la batalla, cuando peleaban en terreno quebrado. También los recuerda Antonio de Herrera, que puntualiza que todos lucharon con bravura «por no ser sacrificados», frase que copia de Cervantes de Salazar, como tantas otras, aunque este, a su vez, seguía a pie juntillas a Gómara. En cualquier caso, ¿en realidad este escaso número de bajas permite hablar de una batalla contra ese mínimo de 30 000 guerreros? Sin contar los combatientes indios aliados, entre 700 y 3000 según las fuentes, la proporción sería de casi 100 tlaxcaltecas por cada español. Demasiados. Y eso sin considerar las cifras de López de Gómara o de Cortés. Un testimonio que puede dar la medida de los momentos vividos es el de Jerónimo de Aguilar, quien consignó que los gritos de guerra, y el semblante, de los guerreros enemigos «causaban en los que los oyamos muy gran temor y espanto, tanto que uvo muchos españoles que pidieron confesión».<sup>[59]</sup>

Tras una batalla tan dura, las fuerzas debían recuperarse, así como la moral, y Cortés no descuidó nada. Dio permiso a Diego de Ordaz para que con 60 hombres limpiase una caverna cercana desde donde los tlaxcaltecas podían flechar al contingente hispano a salvo, cosa que consiguió. Y dio permiso a un guerrero totonaca para que aceptase el desafío de otro tlaxcalteca, al cual venció, para regocijo del campo hispano.<sup>[60]</sup> Aunque Díaz del Castillo también señala como, tras el combate, Cortés dio orden de que se aposentasen en un cerro, llamado Tzompachtepetl, donde existían unas construcciones, que mejoraron, y un templo, donde se hicieron fuertes y hombres y caballos se curaron. Descansaron allá varias jornadas, mientras se ponía en libertad a los prisioneros habidos al enemigo, quince, dos de ellos capitanes, para que portasen la reiterada solicitud de amistad cortesiana. Aquella noche, todo el ejército hizo una vela por cuartos, es decir, que se dividieron las horas de vigilia en cuatro partes y se repartieron entre los hombres para que todos pudieran descansar algunas horas. El propio Cortés veló al alba, pues se creía que, de producirse un ataque sería entonces, pues los aborígenes no parecían luchar de noche. Luego comprobaron que sí. Al día siguiente, el caudillo decidió emprender una acción de castigo: dejó en el templo ocupado a Pedro de Alvarado con 200 hombres, la artillería y los

*tamemes* y con un centenar de sus hombres y el resto de su gente, es decir 700 indios aliados, realizó una incursión, pues otra cosa no fue, quemó cinco o seis lugares habitados por unos centenares de personas y llevó presas a 400 de ellas, sin pérdidas aunque le persiguieron peleando hasta la posición que guardaba Alvarado. Díaz del Castillo señaló que salieron 7 caballos, con unos pocos ballesteros y escopeteros, y 200 infantes hispanos, además de los indios de guerra aliados, es decir que refuerza las tropas dispuestas por Cortés, pues los datos anteriores son de este. Y lo más revelador, apenas si tomaron una veintena de prisioneros, para soltarlos



A la derecha, representación de Xicotencatl, uno de los cuatro señores de Tlaxcala. Su encuentro con Cortés supuso el inicio de la paz y la colaboración entre Tlaxcala y España. *Lienzo de Tlaxcala* (s. XVI). Biblioteca Digital Hispánica.

más tarde el caudillo con deseos de volver a enviar mensajeros de buena voluntad a los de Tlaxcala. Además, dice Bernal que fueron los indios amigos, «como son crueles», quienes quemaron las casas de aquellas gentes. Por tanto, Cortés intenta aumentar sus victorias, pero sin esconder sus medidas contundentes, tomadas siempre por imperativo militar, para autototarse de un aura de soldado competente, mientras que el testimonio de Díaz del Castillo suele tender a rebajar las pretensiones cortesianas en ciertos lances, mientras deriva responsabilidades hacia los indios auxiliares, que entonces sí aparecen mencionados, cuando tantas otras veces son obviados.

Si la fortuna sonrió a los españoles se debió, en buena medida, a la propia estructura política de Tlaxcala. Un señorío dividido en cuatro parcialidades, a saber: Ocotelulco tenía como a cacique a Maxixcatzin; Xicoténcatl el Viejo dirigía los destinos de Tizatlan; Tecticpac estaba gobernada por

Tlehuexolotzin y, por último, Citlalpopoca representaba a Quiahuiztlan. Era una federación militar que había aspirado en tiempos a dominar el comercio de océano a océano y había chocado con los mexicas, que la acosaban, pero sin llegar a conquistarla como se ha señalado en páginas anteriores. La militarización tlaxcalteca obedecía a dicha circunstancia, como es obvio. Para Bernal Díaz, hasta 50 000 hombres podrían poner en el campo de batalla aquellas gentes, el problema, como se descubrió, es que las pugnas internas por antiguas rencillas entre sus líderes acababan con la coordinación táctica existente. Fue notable el odio y el rencor que se estableció entre Xicoténcatl el Mozo y Chichimecatecle (también conocido por Chichimecatecuhtli), los dos jefes militares más relevantes. Era admirable su formación en escuadrones y su presencia en el campo de batalla —«Nunca españoles vieron en campo tan hermoso ejército y tan grande después que las Indias se descubrieron, porque los de México nunca salieron a campo», escribió Cervantes de Salazar—, pero, a la hora de la verdad, todo degeneraba en tropas aborígenes que se atropellaban las unas a las otras en el momento de embestir, pues todos aspiraban a hacer prisioneros. Otro factor clave era la muerte en combate de los jefes de prestigio. Una enseñanza que Cortés no olvidó. También fue una suerte que guerreros tan poderosos, como recordó Cervantes de Salazar, usasen «arcos y flechas sin hierba, que no poco aprovechó», es decir, que no envenenaban sus saetas. Una circunstancia que condujo a muchos problemas para las huestes hispanas donde sí era corriente dicha práctica.

Tres días después de la primera batalla, el 5 de septiembre, Cortés apercibió a su gente para el combate, pues una inmensa multitud —149 000 hombres, ni más ni menos, cubrían la tierra aseguró en su *Segunda carta de relación*— se acercó hasta donde se hallaban. Tras aconsejar a su gente, ballesteros y escopeteros, que mirasen de economizar el gasto de sus proyectiles y que disparasen por turnos, y a los infantes de espada y rodela que se empleasen sin miramientos, dando estocadas en las entrañas del rival para abrirse paso entre ellos, Cortés consiguió que todos los caballos, incluidos los heridos, se recuperasen para el combate, con órdenes los jinetes de ayudarse los unos a los otros, usar sus lanzas como se ha señalado y «entrando y saliendo a media rienda» y, por supuesto, que ningún infante abandonase el escuadrón. En realidad, no iba a hacer falta. Como explica Díaz del Castillo, era tal el número de tlaxcaltecas que los rodeó, que el escuadrón hispano quedó completamente cercado —«y en medio de ellos cuatrocientos hombres»—; una vez más, su testimonio no nos dice nada de los aliados.

Lanzaban tantas piedras —que parecía granizo— y flechas que, en cierto momento, el suelo estaba hecho «parva de varas, todas de a dos gajos, que pasan cualquier arma y las entrañas, a donde no hay defensa». En esta oportunidad, los tlaxcaltecas estuvieron a punto de romper la formación, pero los hicieron retroceder a fuerza de estocadas y de disparos directos de la artillería, escopetas y ballestas. Unas vez más, la muerte de un «capitán muy principal», así como la pobreza de su táctica, fruto en parte de sus desavenencias, como se ha dicho, y sus muchas bajas hicieron que los tlaxcaltecas se retirasen. La magnitud de la batalla la confirma el hecho de que en aquella ocasión hubiese 60 castellanos heridos de consideración, aunque un solo muerto; también todos los caballos acabaron maltrechos. El combate duró cuatro horas, según Cortés. Las armas de los indios, se estaba demostrando, no tenían una capacidad mortífera similar a la del armamento europeo. Una realidad que se contrastaba día tras día. No, al menos, si se seguía luchando en aquellos términos tácticos.

Como en la ocasión anterior, Cortés decidió al día siguiente organizar un ataque de castigo, y sería factible pensar en busca de alimentos, de modo que se llevó consigo a los indios aliados, sus caballos y hasta 100 peones. En esta ocasión, quemó, según sus palabras, más de 10 pueblos,<sup>[61]</sup> alguno de hasta 3000 casas, una evidente exageración. Ni él ni Díaz del Castillo añaden más detalles, pero según López de Gómara sí se mataron numerosos aborígenes en este ataque; también lo afirmó Cervantes de Salazar —«mató copia dellos; puso fuego al lugar; llevó muchos prisioneros». Pedro Mártir de Anglería es más explícito cuando señala que, tras los duros enfrentamientos con los tlaxcaltecas, la tensión acumulada necesitaba de una válvula de escape:

Cortés, como un tigre con cría, se echó sobre los desleales, que se habían refugiado ya en sus casas a la desbandada. Despoblado, destruyendo y aprisionando o matando a todos los que encontraban, llegó a una población de más de tres mil casas, según dicen, y lo pasó todo a sangre y fuego.<sup>[62]</sup>

Tanto Juan Álvarez como Francisco de Aguilar afirmaron años más tarde que en estas escaramuzas se perpetraron actos de crueldad para atemorizar al contrario: se cortaron brazos, narices, orejas, piernas y testículos y algunos sacerdotes fueron arrojados desde lo alto de los templos.

Todavía el príncipe tlaxcalteca Xicotécatl intentó un ataque nocturno, pero halló el campamento hispano apercebido y les hicieron 20 muertos. Para entonces, los caciques de Tlaxcala ya estaban decidiendo que tal vez fuese más importante entrar a formar parte de la alianza antimexica que de manera

tan obstinada estaba ofreciendo Hernán Cortés. Díaz del Castillo asegura que en la refriega les mataron un indio aliado totonaca, al que enterraron, e hirieron a dos castellanos y un caballo. Esa alusión al entierro de los muertos lleva a recordarnos un pasaje medio olvidado de nuestro cronista, cuando, tras la batalla del 5 de septiembre, escribió que tras regresar a su campamento en la torre con su templo

enterramos los muertos en una de aquellas casas que tenían hechas en los soterraños, porque no viesen los indios que éramos mortales, sino que creyesen que éramos *teules*, como ellos decían; y derrocamos mucha tierra encima de la casa porque no oliesen los cuerpos.

En ese momento, Díaz del Castillo asegura que ya habían fenecido en la campaña hasta 45 hombres, no solo de sus heridas, sino también de hambre y de frío, otra docena estaban gravemente enfermos e incluso Cortés padecía de calenturas. Inmediatamente después, apuntaba nuestro cronista que siete de aquellos que tenían hacienda en Cuba, de los cuales no quiso dar sus nombres, propusieron a Cortés el regreso en vista de las luchas inacabables con aquellas gentes, la falta de fuerzas que tenían, el hecho de haber muerto ya 55 compañeros y las nulas posibilidades de victoria que percibían. Es obvio que la prodigiosa memoria le falla aquí a Bernal, que aumenta en diez bajas las habidas, y, al mismo tiempo, toman vuelo sus descripciones de la «varonil» fuerza y convicción de la Malinche, que nunca desfallecía, si se la compara con estos, sin duda, antiguos seguidores de Velázquez. Cortés demostró ser un excelente líder en su alegato para frenar esta posible sedición. No solo acudió a la proverbial providencia divina para explicar sus notables victorias, sino también al carácter de sus hombres, que habían derrotado en tres ocasiones ya a Xicoténcatl a pesar de hallarse agotados, hambrientos y heridos, así como habían superado la prueba de ver muertos algunos caballos de un solo tajo al comienzo de las hostilidades. Además, haciendo gala de gran sapiencia, les hizo ver que si retrocedían, y daban por perdida su opción de llegar a México-Tenochtitlan, entonces todos sus aliados se volverían en su contra, pues habrían incumplido su pacto e incluso era posible que los mexicas exigiesen que se los entregasen. Además, ¿de qué se quejaban si había habido bajas? ¿Qué se esperaban?: «[...] porque vista cosa es que las guerras gastan hombres y caballos [...] y no venimos al presente para descansar, sino para pelear cuando se ofreciere». En definitiva, añadió Cortés en la versión que de este discurso realizó Díaz del Castillo, «[...] valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonorados».



En aquellos difíciles momentos, cuando el propio Cortés se hallaba enfermo de fiebres, y todos aterrorizados por la falta de ropa de abrigo, el caudillo tomó una purga que solo le hizo efecto después de haber realizado una nueva operación militar. Todos los caballos que salieron para participar en dicho raid, pocos, pues la mayoría estaban heridos, acabaron por derrumbarse bajo el peso de los jinetes a causa del agotamiento y la fatigosa marcha por un terreno accidentado. Muchos vieron en tal circunstancia un mal augurio, pero Cortés no se arredró, decidió seguir adelante, no sin antes enviar a retaguardia a los caballos maltrechos. Con habilidad, Díaz del Castillo resalta el lance para demostrar el carisma y el caudillaje de Cortés. El de Medellín lo explica de la siguiente manera:

Y después de estar algo descansado, salí una noche, después de rondada la guardia de la prima, con cien peones y con los indios nuestros amigos y con los de caballo, y a una legua del real se me cayeron cinco de los caballos y yeguas que llevaba que en ninguna manera los pude pasar adelante, e hícelos volver. E aunque todos los de mi compañía decían que me tornase, porque era mala señal, todavía seguí mi camino, considerando que Dios es sobre Natura. Y antes que amaneciese di sobre dos pueblos, en que maté mucha gente.

Es decir, que logró su objetivo final.

Por otro lado, la política de Cortés de remitir mensajeros de paz a los cuatro señores de Tlaxcala continuó. Era una situación muy ambigua, pues estos despachaban comida y mensajeros al campamento castellano,<sup>[63]</sup> pero, y al mismo tiempo, el príncipe Xicoténcatl seguía porfiando con ellos. Puede ser resultado o bien de un principio de guerra civil entre los tlaxcaltecas, con la típica opción derrotista-pacifista que se enfrenta a la alternativa belicista, o bien, como sugirió el cronista Herrera, responder a una política muy astuta de los viejos señores, los cuales querían comprobar las capacidades militares de aquellas gentes si iban a confiar su suerte a la de ellos en la lucha contra el enemigo común mexica. Además, una desconfianza inicial es lógica que la hubiese, ya que Cortés y su hueste llegaron acompañados por antiguos vasallos mexicas que tenían la obligación de luchar contra los enemigos de la Triple Alianza. En todo caso, queda claro que los tlaxcaltecas no optaron de buenas a primeras por la sumisión ante el poder extranjero, y ambiguo, presente en su territorio. Tampoco se dejaron impresionar por sus cualidades militares más allá del asombro inicial ante armas desconocidas. Algo lógico y natural.<sup>[64]</sup>

Sea como fuere, otro factor también debe tenerse en cuenta. Al conseguir Cortés tomar al asalto Tzompantzingo, una ciudad de más de 20 000 casas aseguran los cronistas, la falta de resistencia de la población, completamente

desbordada por la sorpresa, la salvó de la matanza, así como la necesidad que tenía el caudillo extremeño de demostrar sus intenciones de pactar a ultranza con los habitantes de Tlaxcala. Su buen comportamiento con las gentes de Tzompantzingo fue su tarjeta de visita, pues otras localidades también podrían optar por aceptar la *pax* cortesiana por su cuenta.

Entonces ocurrió un suceso digno de mención. Xicoténcatl el Mozo envió unos emisarios, medio centenar si creemos a Cortés, con comida y, en el fondo, con una actitud provocativa que no se le pasó por alto al de Medellín; lo peor, como le hicieron ver los totonacas del campamento, fue la sospecha de que su función era espiar. Cortés tomó a varios de ellos por separado y logró que todos confesaran sus intenciones: reconocer el campamento, para ver por dónde podía atacarse en un ataque nocturno e informar del estado de las fuerzas castellanas. Ni corto ni perezoso, Cortés entendió que no solo no podía dejar pasar una afrenta como aquella, sino que además debía darle la respuesta adecuada. Y ordenó cortarles las manos<sup>[65]</sup> a los cincuenta «embajadores» de Xicoténcatl, a quienes envió de retorno mutilados. Así se lo escribió, con total frialdad, a Carlos I en su *Segunda carta de relación*. Es de suponer que fueron curados para que no se desangraran, pues la función última de la mutilación en vida no era tanto la muerte como causar pavor entre los allegados de los mutilados. Lo interesante en este caso es cómo se administra esta información por parte de los diversos cronistas. Díaz del Castillo escribió que, ante la posibilidad de ser atacados, mandó Cortés «prender hasta diez y siete indios de aquellos espías, y dellos se cortaron las manos y a otros los dedos pulgares» y los remitieron de vuelta al campamento tlaxcalteca. Para Bernal Díaz, la acción, terrible, tuvo sentido, pues Xicoténcatl perdió de pronto su brío para seguir atacando, además de que, por las parcialidades habidas en los combates previos, una parte de su gente ya le había dejado en la estacada.

En la *Relación* de Andrés de Tapia, autor muy favorable a Hernán Cortés, este acusó a los tlaxcaltecas, o más bien al propio Xicoténcatl, de buscar su ruina con alevosía, tras haberles asegurado en otras ocasiones que no debían mentirle —«yo mucho deseo tengo de que no me mintays porque yo siempre os diré verdad [...]»—; tras sospechar de la llegada de unos quince o veinte indios acompañados de unos mensajeros de Tlaxcala, los detuvo, les sonsacó la verdad y les cortó las manos a algunos de los espías<sup>[66]</sup> y los envió de vuelta a su ciudad como aviso —«El marques les hizo a algunos de ellos contar (sic) las manos y asi los embio diziendo que a todos los que hallase que heran espias farie lo mismo y que luego yva a pelear con ellos»—. <sup>[67]</sup>

Fernández de Oviedo insiste en que Cortés no improvisó el castigo, sino que lo meditó tras cerciorarse de que eran auténticos infiltrados y querían ultimar al grupo hispano.<sup>[68]</sup> Cervantes de Salazar no redujo el número de los mutilados; concuerda con Cortés en que fueron medio centenar y lo hizo delante de todo el ejército; el resultado fue satisfactorio: «Gran espanto y temor pusieron estos indios, cortadas las manos, a la gente de Xicotécatl, porque les pareció cosa muy nueva y que los españoles no eran hombres con quien se debían burlar». Este cronista asegura que se informó por testigos como fue Diego de Ordaz, «hombre experto en las guerras contra indios», quien insinuó a Cortés de la sospechosa actitud de aquellos indios. Así, se torturó a uno de ellos, el primero, que no les dijo nada, pero los demás, que iban a ser interrogados más tarde, oyeron sus gritos cuando le deshicieron «los compañeros», es decir los testículos. López de Gómara, a quien sigue a menudo Cervantes de Salazar, también afinó en el análisis del efecto buscado por Cortés: «Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos a sus espías;<sup>[69]</sup> cosa nueva para ellos. Y creían que tenían los nuestros algún familiar [N. del E.: “Demonio doméstico”.] que les decía lo que ellos tenían allá en su pensamiento».<sup>[70]</sup> El resto de los tlaxcaltecas se alejó del campamento hispano por miedo a acabar igual que los mutilados, pero fueron perseguidos aun de noche durante dos horas por los jinetes de Cortés «y mataron hartos en el alcance», escribió Cervantes de Salazar.

En manos del cronista real Antonio de Herrera el asunto de la mutilación de los espías cobra nuevo interés. En lugar de copiar la cifra, espeluznante, del medio centenar de afectados, se acogió en su caso a la más discreta de Bernal Díaz, 17, no todos los cuales perdieron sus manos, como recordaremos. Poco dado a pregonar crueldades de los compatriotas, Herrera hábilmente redujo aún más el número de los mutilados y rebajó a 7 el número de espías que vieron sus manos cercenadas, mientras a otros se les cortaron los pulgares; eso sí, a vista de todo el ejército, pues era una medida disciplinaria y, por supuesto, «muy contra su voluntad [de Cortés], pareciendo que para lo de adelante así convenia».<sup>[71]</sup>

Solo Francisco de Aguilar en su *Relación breve* discrepó con el resto en cuanto al castigo, pues señaló que Cortés «les mandó cortar las narices y las orejas y atóselas al cuello», pero no las manos. Eso sí, añade que la decisión de emplear la crueldad se tomó cuando Cortés comprobó las traicioneras intenciones de los tlaxcaltecas —«y viendo el capitán que eran ya en aquello rebeldes»—, y quiso aplicar aquel tipo de didáctica: «y así los enviaba atemorizados sin matar a ninguno».<sup>[72]</sup>

Tras recibir a algunos embajadores de Moctezuma —6 altos dignatarios que llegaron acompañados de un séquito de 200 esclavos—, quienes le llevaron diversos regalos, entre otros, objetos de oro por valor de 1000 castellanos, y la promesa de pagar un tributo anual al lejano monarca hispano, siempre y cuando su gente no pasara de Tlaxcala, Cortés tuvo la fortuna de que estos decidiesen aliarse con él. Según Díaz del Castillo, primero llegó una embajada de cuatro notables tlaxcaltecas que prepararía el terreno, pero fue el príncipe Xicotécatl el Mozo quien negoció con Cortés una alianza de paz y amistad, sin duda presionado por los suyos, los cuales habían tenido que aceptar prolongar el forcejeo con los españoles y sus aliados. La ayuda de los guerreros totonacas fue inmensa, aunque poco reconocida por los cronistas. No obstante, Francisco de Solís, años después, recordó que «fue la gente [tononaca] mucha parte para ganar las dichas provincias e que parece a este testigo que sin la ayuda dellos no ganaran las dichas provincias».<sup>[73]</sup>

Llegados aquí, cabría señalar que con Tlaxcala se escenificó de forma muy clara lo que Tzvi Medin llama el «modelo de negociación cortesiano, en el que la diplomacia conllevaría siempre la explícita o solapada amenaza de violencia, y en el que la violencia dejaba siempre una puerta abierta a la negociación». Cuando el contacto inicial diplomático fracasaba, se daba paso a la intimidación, tras la cual llegaba la violencia, a veces extrema como en el caso de los espías de Tlaxcala, pues la peligrosidad del rival así lo exigía, pero sin descartar nunca el regreso a la diplomacia y al ofrecimiento del pacto. Obviamente, la situación de sometimiento a los mexicas o bien de lucha enconada con ellos por parte de las diversas etnias que Cortés contactó en su camino le facilitaron las cosas.<sup>[74]</sup>

Para José E. Contreras, las dos posturas enfrentadas en el seno de las élites tlaxcaltecas respondían a los intereses de dos grupos distintos. Xicotécatl el Mozo, descrito por Díaz del Castillo como «alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho, y la cara la tenía larga y como hoyosa y robusta; y era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad», era el heredero de la tradición militar de su padre, pues la parcialidad de Tizatlan había participado en el conflicto que acabó con la destrucción del poder despótico de Maxtla y los tepanecas de Azcapotzalco. Maxixcatzin, en cambio, representaba los intereses de los comerciantes, no en vano, era el principal recaudador de tributos del mercado de Ocotelulco, o *tianquiztlatoatzin*, el más importante de la zona, además de radicar en dicho lugar el templo de referencia de la deidad principal, Camaxtli. Por ello, la casta sacerdotal unía sus intereses a los representados por Maxixcatzin. Para

algunos cronistas, como Francisco de Aguilar, este último era el señor que se estaba imponiendo ante las demás cabeceras de Tlaxcala, lo cual incomodaría a un todavía joven Xicoténcatl, que veía en la guerra, por tradición y convicción, una plataforma para ganar prestigio y poder.<sup>[75]</sup>

La entrada en Tlaxcala se produjo el 23 de septiembre, toda vez que desde el día 18 se dejó de luchar. La ciudad se asimiló en belleza y grandeza a Granada, nada menos. En palabras de Cortés: «[...] lo poco que diré [de Tlaxcala] creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra». Y de modo muy significativo añade: «la orden que hasta ahora se ha alcanzado que la gente della tiene en gobernarse es casi como las señorías de Venecia y Génova o Pisa, porque no hay señor general de todos». Por cierto, el propio Cortés apuntó la cifra de medio millón de habitantes como la demografía de Tlaxcala, de modo que es difícil que pudieran poner en el campo de batalla los contingentes tan nutridos con los que el propio conquistador dijo haber luchado.

El pacto de cooperación militar frente al enemigo común mexicana se selló con la entrega por parte de los tlaxcaltecas de cinco doncellas de alta cuna, pues eran hijas o sobrinas de los señores de las cuatro parcialidades de Tlaxcala. Cortés, de manera muy inteligente, concedió aquellas jóvenes a sus principales capitanes: Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de León,<sup>[76]</sup> Gonzalo de Sandoval,<sup>[77]</sup> Cristóbal de Olid<sup>[78]</sup> y Alonso de Ávila.<sup>[79]</sup> Sin embargo, el cronista Muñoz Camargo asegura que fueron 300 las mujeres entregadas, es decir, casi una por cada europeo. En ese momento, Cortés fue mucho mejor informado de la potencia militar mexicana, el alcance demográfico de su imperio y de la maravillosa ciudad que era su capital. Sin duda, factores que a unos atemorizaban, pero que a otros excitaban y enardecían a seguir adelante. En palabras de Cortés:

Vista la discordia y disconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos [...] y aún me acordé de una autoridad evangélica que dice: *Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur*, y con los unos y con los otros maneaba y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba y le daba crédito de más amistad que al otro.<sup>[80]</sup>

El cronista Francisco Hernández de Toledo es tajante al respecto de la importancia de Tlaxcala en el devenir de la conquista: tras aliarse con Cortés una vez conocida su intención de aniquilar a los mexicanos y su poderío,

«sancionaron con los españoles amistad perpetua; por lo que se cree que todas las victorias posteriores de Cortés las debió al auxilio de los tlaxcaltecas».<sup>[81]</sup> Una opinión como esa era imposible que la escribiese alguien que hubiese participado directamente en la conquista de lo que sería la Nueva España. Los participantes eran muy conscientes, claro está, de la importancia capital de los aliados aborígenes para el devenir de la guerra, pero valoraban en mucho más su propio esfuerzo, de ahí que casi se olvidaran de ellos en sus escritos.

Cortés no dejó de ser cauto. En Tlaxcala se alojó en la parcialidad de Ocotelulco, cerca de la persona de Maxixcatzin, aparte de organizar un sistema de vigilancia permanente, con corredores de campo y espías que informasen de cualquier movimiento sospechoso, tanto dentro como fuera de la ciudad. Dicha cautela suscitó algunas suspicacias entre los nuevos aliados, que el de Medellín resolvió calificándola como mera disciplina militar, pues sus hombres fueron apercebidos para estar vigilantes y se les avisó de que no abandonasen sus aposentos en la urbe. Mientras, nuevos embajadores de Moctezuma llegaron a la presencia de Cortés con grandes presentes —Díaz del Castillo habla de regalos por valor de 10 000 pesos, además de ropa y otros objetos de lujo— y con la idea de que abandonasen la ciudad, seguramente muy preocupado Moctezuma II por las evidencias de pacto entre ellos, tras tantas jornadas de lucha, que estaba percibiendo. Por otro lado, Cortés se decidió, tras disponer que algunos de los embajadores quedasen con él como rehenes, por enviar de vuelta a México-Tenochtitlan a los restantes con dos enviados suyos: Pedro de Alvarado y Bernardino Vázquez de Tapia. Debían intentar contactar con Moctezuma II si era posible y, si no, entender cómo era la ciudad en caso de conseguir vislumbrarla, establecer la mejor ruta para seguir y mirar de percibir cualquier otra medida defensiva u ofensiva de los mexicas. Según el propio Vázquez de Tapia, «aunque ambos teníamos caballos, nos mandó [Cortés] los dejásemos y fuésemos a pie, porque, si nos matasen, no se perdiesen, que se estima un caballero a caballo más de trescientos peones».<sup>[82]</sup>

Al mismo tiempo, mientras Cortés recibía en Tlaxcala el acatamiento y amistad de Huexotzinco<sup>[83]</sup> —el de Medellín procuró que hubiese amistad entre ambos señoríos desde entonces, para que esta última abandonase definitivamente a los mexicas; los tlaxcaltecas les devolvieron tierras a los de Huexotzinco según Cervantes de Salazar—, la vecina ciudad de Cholula se mostraba mucho más reacia a colaborar, de modo que Cortés decidió que cuando se moviera hacia el lago Tetzaco, pues iría hacia allá, la primera

etapa sería dicha localidad, tildados sus habitantes por sus nuevos aliados tlaxcaltecas de traidores.

No queda claro si Alvarado y Vázquez de Tapia alcanzaron a ver México-Tenochtitlan. Todo apunta a que no: unas versiones del viaje aseveran que solo alcanzaron Iztapalapa, y Alvarado solo, pues Vázquez de Tapia enfermó y tuvo que regresar, o bien alcanzaron Tetzaco ambos. Vázquez de Tapia en su relación dio a entender que completó el viaje, no pudieron ver a Moctezuma II, que alegó estar enfermo, pero que envió a su hijo Chimalpopoca y a un hermano, Cuitláhuac. No les dejaron avanzar y les negaron el acceso a la capital. En cambio, quien sí vio la ciudad fue Diego de Ordaz,<sup>[84]</sup> quien ascendió al volcán Popocatepetl, en compañía de otros dos compañeros de la hueste y varios indios principales de Huexotzinco. Estos últimos no llegaron al cráter, pues se limitaron a alcanzar los templos donde se adoraba a los ídolos del volcán. Ordaz observó todo el contorno, las ciudades del altiplano, en definitiva, el valle central con el gran lago y las enormes ciudades. Una visión única.

Pero las precauciones debieron continuar. Vázquez de Tapia relató que al menos en dos ocasiones sus acompañantes tlaxcaltecas intentaron eliminarlos: la primera al atravesar un río, en el que querían ahogarlos, pero la estratagema falló al detectarla e intervenir los enviados de Moctezuma II, quienes también viajaban en el grupo. Y ya en los límites de Cholula, gente de guerra de Tlaxcala quiso forzar un combate con los de dicha urbe, para, en el fragor del mismo, poder asesinar a los hombres de Cortés y, más tarde, acusar a los cholultecas de lo ocurrido. Una vez más, los embajadores de Moctezuma abortaron la amenaza al informar a los de Cholula, los cuales enviaron una fuerza muy superior de hombres, de ahí que los taimados guerreros tlaxcaltecas no pudieran actuar. Es más que probable que tal actuación llevase a Cortés a no aceptar, jornadas más tarde, los 100 000 hombres ofrecidos por Tlaxcala para su avance hacia Cholula y México-Tenochtitlan. De ser cierta la cifra, no solo hubiese causado un grave problema logístico y estratégico, pues ante semejante peligro cerca de su territorio la Triple Alianza hubiese reaccionado con mucho más contundencia, sino que el propio Cortés no se hubiera sentido tranquilo. El de Medellín solicitó 6000 guerreros, pero, además, tuvo la precaución de hacerlos marchar alejados del resto de su escuadrón.<sup>[85]</sup>

## **Masacre en Cholula<sup>[86]</sup>**

**C**ortés y los suyos iniciaron el avance hacia la vecina Cholula, una importante urbe tolteca<sup>[87]</sup> aliada de los mexicas en aquellos momentos, el 11 de octubre. Se trataba de un centro religioso de referencia, dedicado al culto de Quetzalcóatl, y contaba con la pirámide más alta del mundo mexica: 120 gradas. Al salir de Tlaxcala, donde le advirtieron de movimientos de tropas a las afueras de la ciudad vecina —el de Medellín señaló que un ejército mexica de 50 000 efectivos<sup>[88]</sup> se hallaba apostado a dos leguas de Cholula—, Cortés, hombre cauto, ya había tomado precauciones como se ha señalado. Pero cuando alcanzó la urbe tras dos días de marcha, le salieron al paso los caciques del señorío, que se excusaron por no haber ido a Tlaxcala a parlamentar con él. El achaque era bueno por creíble: se encontraban entre la espada y la pared; entre su enemistad tradicional con los tlaxcaltecas y la presión que ejercían sobre ellos los mexicas, cada vez más nerviosos. De hecho, le permitieron entrar en la ciudad solo si los guerreros de Tlaxcala que los seguían, unos 5000 o 6000 señala un impreciso Cortés, se quedaban fuera de la misma. Al final, el contingente hispano entró acompañado por los indios aliados totonacas de Cempoallan, por los de Iztacamaxtitlan y por los tlaxcaltecas que portaban la artillería, precisa Díaz del Castillo, que añadió que fueron 10 000 los guerreros ofrecidos por Tlaxcala, pero solo se aceptaron un millar, pues «[...] no sería bien que llevásemos tantos guerreros a tierra que habíamos de procurar amistades [...]». Es probable que dichas cifras incluyan los muchos mercaderes que Maxixcatzin decidió que les acompañaran para obtener sal y mantas de un territorio que, hasta entonces, había sido enemigo. No olvidemos el bloqueo comercial sufrido por Tlaxcala desde hacía años.<sup>[89]</sup>

Los españoles y sus aliados fueron aposentados y recibieron suministros durante dos días, pero al tercero cesó el flujo de comida. Cuando Cortés solicitó a los miembros de la élite cholulteca una explicación se le insistió en que las presiones de Moctezuma eran enormes para no facilitar la vida al grupo extranjero. Además, comenzaron a llegar noticias cada vez más preocupantes. Según Díaz del Castillo, unos tlaxcaltecas entraron en la ciudad a conferenciar con Cortés y fueron quienes le notificaron la presencia de tropas mexica en las cercanías; pero ese no era el único peligro. En la ciudad se pudo observar la construcción de barricadas en algunas calles para impedir el paso o bien desviarlo hacia otra parte, con hoyos cubiertos de ramaje y tierra con agudas estacas clavadas en el fondo para que cayesen los caballos y se hiriesen y, por ende, acumulación de piedras en las azoteas de los edificios para arrojarlas desde allá. Además, se habían encontrado pruebas del



sacrificio de varios niños,<sup>[90]</sup> señal de preparación para la guerra. Cortés fue conocedor de que los cholultecas ya tenían ocultas en la urbe tropas mexicas —quizá 2000 hombres—, mientras otras esperaban fuera disimuladas en una quebrada; que Moctezuma II había sabido que el de Medellín había demandado 2000 *tamemes* a Cholula, sin respuesta de momento, y que estos ya habían concertado con el *tlatoani* mexica el reparto de prisioneros: 20 europeos de los que se atrapasen serían sacrificados en Cholula. De hecho, cerca del templo principal, en un aposento, se encontraron muchos palos largos con colleras para cuando llegase el momento. Además, las mujeres y los niños de la ciudad habían sido evacuados. Por otras vías, como los aliados de Cempoallan, que también indagaban acerca de la situación, los interrogatorios a los sacerdotes locales, uno de los cuales confirmó que Moctezuma II había decidido acabar con todos los invasores en la ciudad, o bien, según el propio Cortés y Díaz del Castillo, la confesión que la Malinche recibió de una cholulteca encariñada de ella, quien la persuadió para que se escondiera pues había planes para acabar con el grupo extranjero, Cortés tuvo constancia de que se preparaba algo contra ellos y «acordé de prevenir antes de ser prevenido», escribió con frialdad. También se diría que un hermano de Xicoténcatl el Mozo se había confabulado con los cholultecas para entregar los españoles a los mexicas, o bien asesinarlos allí mismo. La información le habría sido comentada a Pedro de Alvarado por su amancebada tlaxcalteca, Luisa Techquiluatzin. Cortés habría ordenado estrangular al príncipe tlaxcalteca traidor y eso explicaría, meses más tarde, no solo el rencor y odio de Xicoténcatl el Mozo, que venía concibiéndose desde sus derrotas en el campo de batalla, sino también sus reacciones tras la llamada Noche Triste, como se verá en su momento.

Michel Graulich, en un importante estudio sobre Moctezuma II, asegura que los de Cholula habían pactado la entrega de los españoles a los mexicas, pero sin el concurso de sus tropas, pues no se fiaban de que una vez dentro de su ciudad no se quedasen para siempre como guarnición. De los seis barrios de la urbe, la mitad era favorable a una mayor intervención de Moctezuma II en sus asuntos. Una vez más, la presencia de Cortés y su gente complicó unas relaciones políticas siempre difíciles. Además, Graulich da por hecho que el *tlatoani* no solo había planificado la eliminación del caudillo extremeño y su gente en Cholula, sino que, al mismo tiempo, habría pensado también en que Cuauhpopoca, señor de Nahutlan, atacase a la retaguardia cortesiana de Veracruz, como efectivamente sucedió en aquellos días. Por ello, Moctezuma II abandona en la narración biográfica de Graulich todo rastro de

pusilanimidad y pasamos a reconocerlo como un estadista al que se le truncaron sus planes y tuvo que improvisar otros sobre la marcha.<sup>[91]</sup>

El 18 de octubre, es decir, una semana después de la salida de Tlaxcala, se fijó la fecha para abandonar Cholula rumbo a México-Tenochtitlan. Cortés hizo que los sacerdotes y los caciques de la ciudad se concentrasen en sus aposentos, donde les puso una guardia, mientras en los grandes patios de las habitaciones en las que habían residido se concentrarían los *tamemes* solicitados para llevar el fardaje de la hueste. Según Díaz del Castillo, al final llegaron más hombres de los necesarios y eran guerreros, no portadores. La sensación que nos quiere transmitir es la de una conjura en marcha y Cortés, siempre precavido, se adelantó a los acontecimientos. Se iba a hacer justicia con unos traidores. Las disposiciones que menciona el cronista soldado nos dan a entender que el de Medellín trazó su plan y quiso enviar un mensaje claro a Moctezuma II, además de dar un escarmiento. Colocó infantes de espada y rodela en la puerta del gran patio para no dejar salir a ninguno de los aborígenes que habían acudido y estaban armados, mientras él mismo se rodeaba de sus jinetes. Díaz del Castillo asegura que la señal para iniciar el escarmiento, que degeneró en masacre, pues de eso se trataba, era un disparo de escopeta. Este cronista es muy parco en sus explicaciones, como si fuese este un episodio para olvidar. Y con todo, escribió: «[...] se les dio una mano que se les acordará para siempre, porque matamos muchos dellos, y otros se quemaron vivos, que no les aprovechó las promesas de sus falsos ídolos». Cortés aclara este pasaje:

[...] después que tuve los señores dentro en aquella sala, dejélos atando, y cabalgué, e hice soltar la escopeta y dímosles tal mano, que en pocas horas murieron más de tres mil hombres. Y porque vuestra majestad vea cuán apercebidos estaban, antes que yo saliese de nuestro aposento tenían todas las calles tomadas y toda la gente a punto, aunque como los formamos de sobresalto fueron buenos de desbaratar, mayormente que les faltaban los caudillos porque los tenía ya presos; e hice poner fuego a algunas torres y casas fuertes donde se defendían y nos ofendían, y así anduve por la ciudad peleando, dejando a buen recaudo el aposento, que era muy fuerte, bien cinco horas, hasta que eché toda la gente fuera de la ciudad por muchas partes de ella, porque me ayudaban bien cinco mil indios de Tascaltecal y otros cuatrocientos de Cempoal.<sup>[92]</sup>

Aunque se olvida de otros aliados, si es que todavía estaban allá o habían sobrevivido a las batallas de las semanas previas. Díaz del Castillo achaca a la animosidad de los tlaxcaltecas gran parte de los males, pues estos «iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podíamos detener», y al día siguiente se presentaron nuevos contingentes tlaxcaltecas con el mismo propósito, hasta que fueron frenados por Cortés.

Según otros testimonios, el caudillo ordenó la ejecución de la élite religioso-política de Cholula, una treintena de personas —algunas fuentes indican un centenar—, mientras daba la señal —un tiro de escopeta, como se ha señalado— de pasar a sangre y fuego la ciudad. En efecto, en palabras de Andrés de Tapia:

[Cortés] mandó hazer la señal que los españoles diesen en los que estaban en los patios y moriesen todos y asi se hizo y ellos se defendien lo mejor que podian y trabajavan de ofender, pero como estaban en los patios çercados y tomadas las puertas todavia morieron los mas dellos, y hecho esto los españoles e indios que con nosotros estaban salimos en nuestras esquadras por muchas partes de la çibdad matando gente de guerra y quemando las casas.

Tapia confirma tanto la actuación de los aliados tlaxcaltecas, que entraron en la ciudad para saquear y demoler todo lo que quisieron, como que algunos sacerdotes, refugiados en la gran pirámide central de la ciudad, fueron quemados vivos al destruirla. Cortés se dio de plazo dos días para arrasarse la urbe, cuidando, dice Tapia, que «se guardasen de no matar mugeres ni niños». El de Medellín quiso que un mensaje calara: el precio de la traición, léase el no sometimiento inmediato, sería la destrucción de cualquier otra ciudad que se atravesase en su camino —«que asi lo farie dende en adelante en todas las partes»—. [93]

López de Gómara fijó en 6000 los muertos de la ciudad, tras un combate de cinco horas, y se quemaron las casas y torres donde se ofrecía resistencia. «Echaron fuera toda la vecindad; quedaron tintos en sangre. No pisaban sino cuerpos muertos». La explicación de la muerte, terrible, de los sacerdotes en el Templo Mayor es matizada por Gómara:

Subiéronse a la torre mayor, que tiene ciento veinte gradas, hasta veinte caballeros, con muchos sacerdotes del mismo templo; los cuales con flechas y cantos hicieron mucho daño; fueron requeridos y, no rendidos, así se quemaron con el fuego que les pusieron, quejándose de sus dioses cuán mal lo hacían en no ayudarlos, ni defendiendo su ciudad y santuario.

La ciudad fue saqueada. «Los nuestros tomaron el despojo de oro, plata y pluma, y los indios amigos mucha ropa y sal, que era lo que más deseaban, y destruyeron cuando posible les fue, hasta que Cortés mandó que cesaren», escribió este cronista. No obstante, como informa Díaz del Castillo, Cortés demandó a los tlaxcaltecas que retornasen los prisioneros cholultecas que habían obtenido, porque el castigo recibido por estos fue notorio y se trataba de reconciliarse lo antes posible con los supervivientes. Aunque se quejaron los nuevos aliados, quienes argumentaron que la traición de Cholula merecía

un castigo aún más severo, lo cierto es que «por mandarlo Cortés volvieron muchas personas».

Otros testigos, como el capitán Sandoval, aseveraron que los muertos fueron 4000.<sup>[94]</sup> Para el padre Sahagún, Cortés ya había planeado la matanza en Tlaxcala; mientras que el padre De las Casas sostuvo:

[...] acordaron los españoles hacer allí una matanza o castigo (como ellos dicen) para poner y sembrar su temor y braveza en todos los rincones de aquellas tierras. Porque siempre fue esta su determinación en todas las tierras que los españoles han entrado, conviene a saber, hacer una cruel y señalada matanza, porque tiemblen dellos.<sup>[95]</sup>

Una serie de testigos, citados por H. Thomas, da la razón al padre De las Casas en cuanto a la utilidad de tales medidas: Juan González Ponce de León señaló lo «útil e provechoso [d]el castigo que se hizo» para poder atemorizar a los habitantes de la región; Alonso de la Serna dijo que

[...] «el dicho castigo les cobraron mucho themor para que adelante no se atreviesen [...] a cometer semejantes trayciones»; Ginés Martín apuntó que la reacción de Cortés y los suyos se debió a la necesidad de castigar la actitud traicionera de los cholulteca, de modo que «mataron mucha gente dellos hasta que quedó pacífico el dicho pueblo».<sup>[96]</sup>

Una matanza, cierto, pero por imperativo militar. Aunque a los asesinados poco les importó por qué imperativo se les ultimó.

También coincide el cronista Antonio de Herrera en los 6000 muertos, pero sin tocar mujeres ni niños, como señalaba A. de Tapia, y añade algún detalle más: los ballesteros abatían a aquellos que se habían subido a los árboles de la plaza mayor en un intento, vano, de ocultamiento. El saqueo fue muy grande y los tlaxcaltecas quedaron encantados —una cuestión muy interesante de cara al futuro— con aquella victoria de los castellanos en la que todo fueron beneficios y sin causarles ninguna baja.<sup>[97]</sup> Fray Juan de Torquemada suele seguir a Antonio de Herrera, pero su pluma logra alcanzar altas cotas a la hora de explicar un acontecimiento como este: sin olvidarse de los excesos de una religión demoníaca, pues los de Cholula solían sacrificar niños de dos y tres años cuando querían obtener seguridades de sus dioses, en especial Quetzalcóatl, en aquella ocasión, ante la magnitud de la matanza padecida, que también fija en 6000 personas, Torquemada nos da a entender que al comprobar los cholultecas que no eran merecedores de ayuda divina ninguna, se decidieron por «combatir con grande fuerza, aunque no les valió nada por ser mucho lo que los afligía la artillería contraria y la priesa de las ballestas. Quemaron todas las casas y torres que resistían». Es más, nos

aporta detalles interesantes de un combate en las Indias, como el enorme griterío proferido por los aborígenes, de un bando y otro, aparte de la terrible confusión habida por culpa de los incendios y por los muchos cadáveres que inundaban las calles. Incluso un detalle de lo que podríamos denominar aculturación bélico-religiosa:

[...] los tlaxcaltecas andaban orgullosos y solícitos en la pelea, y como los nuestros al acometer dijeron Santiago, ellos también lo iban diciendo y de esta manera peleaban. Y de allí les quedó que hoy en día, en hallándose en algún trabajo estos tlaxcaltecas, llaman y apellidan a Santiago.<sup>[98]</sup>

Aunque quizá sea Fernando de Alva Ixtlilxóchitl el que ofrece una explicación más razonable del trasfondo de lo ocurrido. Cortés decidió que debía infligir un castigo ejemplar con los cholultecas y mexicas y, por ello, pidió que se reuniesen

todos los magnates y señores [y que en el patio del templo] se juntasen los más de los ciudadanos, para que allá fuesen escogidos los que fuesen necesarios para llevarle el bagaje, con lo que vinieron muchos así de los nobles como de la gente plebeya, que hinchieron el patio y sala, y aun a la redonda de él; y habiendo juntado a los treinta de ellos, los más principales, los prendió y hizo con los suyos tomar las puertas, sin que dejasen salir a nadie; y luego llamó a los embajadores de Motecuhzoma, y les dijo que aquellos presos le habían confesado una traición que por su orden tenían a él y a los suyos, lo cual no podría creer de Motecuhzoma su señor, que tratase de matarlos: los mexicanos dieron sus disculpas, diciendo que ellos y su señor estaban muy inocentes de semejante culpa y traición. Cortés mandó matar algunos de los treinta señores, y disparando un arcabuz (que era la señal que tenía dada a los españoles para que saliesen a los del patio y los matasen) se ejecutó así, y en menos de dos horas mataron más de cinco mil, saquearon y quemaron las casas más principales de la ciudad y los templos de ella; y el templo mayor donde se habían acogido muchos sacerdotes y señores principales, lo quemaron en donde murieron los más. Fue tan grande el temor y espanto que causó este hecho, que fue sonado por toda la tierra.<sup>[99]</sup>

Que es, justamente, el efecto que se esperaba conseguir.

Por su parte, Bernardino de Sahagún recalca que una vez oídas las reclamaciones de los tlaxcaltecas contra los de Cholula, fueron los españoles quienes «propusieron tratarlos mal». La falta de respuesta cholulteca ante su llegada, es decir, ni declararse como amigos, pero tampoco señalar una evidente hostilidad, hizo recelar a Cortés que se preparaba una emboscada. El resto ya lo conocemos. «Desta manera murieron mala muerte», puntualiza Sahagún.<sup>[100]</sup>

Otro cronista mestizo, Muñoz Camargo, señala que:

Destruída Cholula, en esta primera entrada que se hizo, y muerta tanta muchedumbre de gente, pasaron luego nuestros ejércitos adelante, poniendo grande temor y espanto por donde quiera que pasaban, hasta que la nueva de tal destrucción llegó a toda la tierra y las gentes, admiradas de oír cosas tan nuevas y de cómo los cholultecas eran vencidos y perdidos, los más dellos muertos y destruidos en tan breve tiempo [...] hicieron grandes conjeturas [...] como grandes sacrificios y ofrendas, porque no sucediese lo mismo a todos los demás.<sup>[101]</sup>

Inga Clendinnen trató en su momento la matanza de Cholula como un método duro pero efectivo para dotar de confianza a las huestes cortesianas:

*Cortés certainly knew the therapeutic effects of a good massacre on fighting men who have lived too long with fear, their sense of invincibility already badly dented by the Tlaxcalan clashes, and with the legendary warriors of Tenochtitlán, grown huge in imagination, still in prospect. As other leaders have discovered in other times, confidence returns when the invisible enemy is revealed as a screaming, bleeding, fleeing mass of humanity.*<sup>[102]</sup>

[N. del E.: «Cortés conocía bien los efectos terapéuticos que una buena masacre podía producir en unos combatientes que llevaban mucho tiempo viviendo con miedo, con su sensación de invencibilidad dañada por los choques en Tlaxcala y con la perspectiva de tener que enfrentarse a los legendarios guerreros de Tenochtitlán. Como otros líderes han descubierto en otras épocas, la confianza vuelve cuando el enemigo invisible se revela como una masa humana sangrante, aullante y temblorosa».]

El único testigo de los hechos que discrepa, aunque escribió bastantes años más tarde, fue Francisco de Aguilar. Este aseguraba que tras cinco días alojados en Cholula, en los cuales se les negaba el suministro de alimentos, los hombres de la hueste presionaron a su capitán para que buscara una solución; este rogó a los caciques de la urbe el envío de vituallas y, ante la persistente negativa, «mandó el capitán Hernando Cortés que matasen a aquellos indios que traían agua y leña; y así los mataron, que serían hasta dos mil poco más o menos. A algunos pareció mal este mandato, porque bien se pudiera disimular y pasar».<sup>[103]</sup> Y en la *Relación geográfica de Cholula*, redactada por el corregidor Gabriel de Rojas en 1581, los informantes aborígenes negaban traición contra los españoles: lo ocurrido fue fruto del malestar en la hueste porque no les acudían con comida. Entonces Cortés ordenó «aquella mortandad».<sup>[104]</sup>

Estos detalles son interesantes, pero no lo es menos el alegato que Bernal Díaz del Castillo hizo, primero, en contra del capellán Francisco López de Gómara, cronista oficial de la conquista, pues sabemos de su vinculación con Hernán Cortés, al tratar este

de aquellas grandes matanzas que dice que hacíamos, siendo nosotros obra de cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teníamos de defendernos que no nos

matasen ó llevasen de vencida; que aunque estuviesen los indios atados, no hicieramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos.

Es decir, difícilmente se podía mantener con honestidad hablar de matanzas y crueldades cuando el número de los castellanos era tan corto y tan crecido el de los aborígenes. De hecho, Bernal Díaz acabó por caer en el mismo error que critica a López de Gómara, pues si bien este no tuvo demasiado en cuenta la labor conquistadora de los compañeros de Cortés, Díaz del Castillo dejó siempre en un segundo plano la ayuda inestimable de los aliados indios. En segundo lugar, reaccionó contra Bartolomé de las Casas. La masacre de Cholula fue de tal magnitud que Díaz del Castillo se sintió obligado a denunciar al padre De las Casas por escribir que la matanza se hizo «sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó se hizo aquel castigo» y, acto seguido, por alegar que cuando los primeros franciscanos llegados a México fueron a pesquisar a la propia Cholula acerca de lo acontecido, estos escucharon el mismo relato que Díaz del Castillo había escrito de boca de cholultecas supervivientes, de modo que nuestro autor se reafirmaba en la necesidad de no dejar impune una traición como aquella. La memoria de la conquista de México —también la conquista espiritual— estaba en juego. Por otro lado, Díaz del Castillo aseguró que «si no se hicieran estos castigos esta Nueva España no se ganara tan presto, ni se atreviera a venir otra armada y que ya que viniera fuera con gran trabajo, porque les defendieran las puertas». En realidad, Bartolomé de las Casas se hubiera cuidado mucho de decir que la matanza se hizo por pasatiempo, como alega Díaz del Castillo, sino que le sirvió, como tantas otras perpetradas por sus compatriotas, para denunciar los métodos de guerra hispanos.<sup>[105]</sup>

Como asevera con razón Tzvi Medin, la matanza masiva perpetrada en Cholula no tenía como objetivo la victoria, «sino la proyección de un terror espeluznante cuyos ecos debían alcanzar rápidamente el liderazgo azteca y a la población de la ciudad imperial». Por otra parte, ¿qué debieron de pensar los mexicas de unos seres capaces de destruir miles de vidas en lugar de realizar sacrificios? Sin duda, lo ocurrido en Cholula contribuyó a incrementar las dudas e inseguridades de todo tipo —geopolíticas, militares, estratégicas e ideológico-míticas— de Moctezuma II, lo que ayuda a entender su supuesta falta de acción ante el avance cortesiano.<sup>[106]</sup>

Aunque tampoco es descartable la idea de Hugh Thomas en el sentido de pensar que Cortés se propuso dar un escarmiento a los cholultecas y enviar un mensaje a los mexicas, quizá instigado por los tlaxcaltecas, los cuales deseaban destruir a su ancestral enemiga y aliada de los mexicas, pero la

situación se le fue de las manos. Una vez comenzada la matanza, esta no se pudo controlar y los participantes en numerosas batallas y en tantas miserias tras muchos meses de campaña dieron rienda suelta a sus frustraciones que los cholultecas pagaron con sus vidas. El comentario que de la cuestión hizo Vázquez de Tapia en el juicio de residencia de Cortés parece abundar en esta dirección: tras solicitar la presencia de 4000 o 5000 *tamemes*, una vez llegados estos hombres

los metyeron todos en la mesquita mayor en unos patyos e corrales que en ella [h]avia e ansy metydos mando a los españoles que alli estavan e el juntamente con ellos que los matasen a todos e ansi los mataron e ansy muertos salio luego por la cibdad con toda su gente e a todos quantos topava matava e mando ansy mismo que entrasen en las casas de los señores donde estavan huydos e recogidos e alli los matavan e ponian fuego a las mesquitas.

Vázquez de Tapia, reconocido enemigo de Cortés, quiso negar cualquier evidencia de traición por parte de los de Cholula, antes al contrario, pero exagera cuando dice que entre muertos y cautivos fueron 20 000 las víctimas. [107]

Otro testimonio, pero favorable a Cortés, el de Francisco de Solís, admite que en Cholula don Hernando «proscedió contra los susdichos [...] e byo que a unos mandó de ahorcar e los ahorcaron e de otros hizo otras justicias».[108] Alonso de Navarrete sentencia acerca de la acción de castigo cortesiana en Cholula: «dicho castigo [...] fue bueno e provechoso [...] para la seguridad de los españoles».[109] Una nueva alusión al imperativo militar.

En la descripción que nos legó Cortés se puede advertir la magnificencia de la ciudad, así como el nivel de la tragedia acontecida:

Esta ciudad es muy fértil de labranzas, porque tiene mucha tierra y se riega la más parte delta, y aun es la ciudad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana. E certifico a vuestra alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas. Es la ciudad más a propósito de vivir españoles que yo he visto de los puertos acá, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganado, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto; porque es tanta la multitud de la gente que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada; y aun con todo, en muchas partes padecen necesidad, por falta de pan; y aun hay mucha gente pobre, y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España, y en otras partes que hay gente de razón.[110]



## 4

# Al fin, Moctezuma, noviembre de 1519-junio de 1520

## Entrada en Tenochtitlan, noviembre de 1519<sup>[1]</sup>

**T**ras pasar dos semanas en Cholula, una vez que se había conseguido pacificarla, nombrar un nuevo señor —el anterior murió en la masacre, puede que intentando organizar la resistencia— y después de lograr que se compusieran sus relaciones con Tlaxcala, Cortés emprendió la etapa final hasta alcanzar la capital mexicana el primero de noviembre de 1519. No obstante, todavía antes de partir, el caudillo extremeño recibió una nueva embajada de Moctezuma II, formada por seis notables, que portaron regalos por valor de 2000 pesos. Si el *tlatoani* estaba impresionado por la campaña de los castellanos, los cuales habían forzado el paso por Champotón, Tabasco, Tlaxcala o Cholula, no lo supieron de cierto. Aquellos días, los totonacas se despidieron, pues no tuvieron ánimo de entrar en México-Tenochtitlan una vez habían desafiado al gran Moctezuma. Cortés les permitió el regreso, no sin darles cartas para Juan de Escalante, fiel custodio del retén de Veracruz como se recordará, en las que se le encargaba a que terminase la fortificación ya iniciada.

Según Bernal Díaz, al abandonar Cholula el 2 de noviembre decidieron encaminarse hacia territorio de Huexotzinco, en cuyas aldeas recibieron algunos presentes y unas esclavas, después pasaron por Tlalmanalco, un lugar

donde encontraron señales de construcción reciente de albardas y colocación de troncos y otros elementos para dificultar el paso. Cortés, siempre atento, dispuso que se avanzase con toda vigilancia día tras día y velar por turnos el campamento. Una de aquellas noches, en el paso de las sierras antes de bajar hacia el gran lago de México, los encargados de vigilar la hueste llegaron a matar a 15 espías que se habían acercado demasiado al campamento castellano. De hecho, el propio Cortés, según explica Cervantes de Salazar, a punto estuvo de recibir una saeta de un ballestero de guardia. Al poco, no sin que antes Moctezuma II enviase una nueva embajada con uno de sus súbditos, llamado Tzihuacpopoca, haciéndose pasar por el *tlatoani*, gesto que no engañó a un avisado Cortés, el caudillo extremeño recibió el reconocimiento de las poblaciones de Chalco, Amaquemecan —«El señor desta provincia y pueblo me dio hasta cuarenta esclavas y tres mil castellanos; y dos días que allí estuve nos proveyó muy cumplidamente de todo lo necesario para nuestra comida», escribió Cortés— o Ayotzinco, en todas las cuales se quejaban del trato dispensado por los mexicas. En Ayotzinco, precisamente, Francisco de Aguilar relata que, al acercarse, «no había hombre que pudiese poner el pie en el suelo si no era coinquinándose en suciedad humana, de adonde colegimos que estaba allí, según se dijo, muy gran ejército de Moctezuma para matarnos».<sup>[2]</sup> Pero no lo hicieron, como es obvio. Al final, el grupo alcanzó Iztapalapa.

El último intento de frenar su entrada en México-Tenochtitlan tuvo como protagonista a Cacama, señor de Tetzco y sobrino de Moctezuma II. Los señores de Iztapalapa —una ciudad que admiró Díaz del Castillo por sus casas, sus jardines de frutales y flores y sus estanques, donde entraban las canoas desde la laguna y estaban llenos de aves— y de Coyohuacan le cedieron a Cortés presentes por valor de otros 2000 pesos. Por cierto que Díaz no pudo dejar de escribir: «Ahora toda esta villa [Iztapalapa] está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie». Cortés, ¿constructor de virreinos o destructor de imperios?

Un martes, 8 de noviembre de 1519, Hernán Cortés y su hueste entraban en México-Tenochtitlan por la gran calzada de Iztapalapa. Bernal Díaz asegura, con ánimo de demostrar el gran atrevimiento, que el grupo hispano no alcanzaba los 450 efectivos europeos, aunque bien dispuestos y disciplinados. Cuando la calzada transitada se encontró con un ramal menor que conducía a Coyohuacan, el grupo fue detenido por la llegada de centenares de dignatarios acompañantes de los señores de Tetzco, Tlacopan, además de los de Iztapalapa y Coyohuacan. Allí esperaron que los

alcanzase el séquito del gran *tlatoani*, regimiento arropado por 200 grandes señores y caciques. Moctezuma II descendió de sus andas y, apoyado en dos señores, fue en busca de Cortés, que había desplegado sus banderas, ordenado a su gente en formación de combate y hacía batir sus tambores con toda la fuerza posible. Primero entraron Cortés y sus 13 jinetes seguidos de los infantes europeos; a continuación, penetraron en la ciudad los guerreros aliados, al menos 5000 tlaxcaltecas se nos dice en las diversas crónicas; y, por último, los *tamemes* y esclavos africanos empujando los cañones y el fardaje y las indias del servicio.



La ilustración representa la batalla de Coyoacán. Soldados pelean con macanas y escudos ante un templo en llamas. El soldado en jefe lleva un tocado de plumas o *quetzal*. Para Jacques Lafaye, editor de la edición facsímil del códice, el líder de los soldados podría ser Tlacaelel. *Códice Tovar* (ca. XVI). Courtesy of the John Carter Brown Library.

Tras la primera toma de contacto visual —una vez que Cortés y los suyos comprobaran la enorme extensión de la ciudad; los centenares, por no decir miles, de canoas desde las que los habían observado cuando pasaban por la calzada; los muchos puentes levadizos que la seccionaban, o, mejor, que la aislaban y que podían convertir aquella hermosa urbe en una ratonera mortal; los millares de casas,<sup>[3]</sup> muchas con azoteas desde donde se asomaban unos habitantes curiosos—, les parecería estar presenciando un espectáculo

maravilloso, digno de una novela de caballería, como tantas veces se ha señalado a partir del testimonio de Bernal Díaz, pero que también podía ser muy peligroso. Una extraña mezcla de ensueño y riesgo. El de Medellín y Moctezuma II se saludaron y se intercambiaron algunos presentes de cortesía. [4]

Una vez realizadas las presentaciones de rigor, los recién llegados fueron conducidos a alojarse al palacio de Axayacatl, el padre del *tlatoani*, donde todos cupieron dada su extensión. Antes de aposentarse, los escopeteros dispararon al aire, al igual que los cañones, una forma de expresar muchas cosas: desde el triunfo por haber entrado en la gran ciudad, como la idea de haber forzado el paso hasta un lugar tan increíble, sin descartar el efecto atemorizante que se podía conseguir no solo con el ruido, sino también con el olor de la pólvora —en el relato de Bernardino de Sahagún se lee: «[...] y así los presentes como los absentes cobraron un espanto mortal»—. Eran hombres, sí, pero disponían de artilugios casi mágicos. Se repartieron los aposentos por capitanías, colocaron las artillerías con la mejor disposición y todo el mundo recibió la orden de estar bien apercebido para lo que pudiera ocurrir a la menor señal de alarma.

¿Qué motivos explican la pusilanimidad de Moctezuma II, si es que la hubo? Sin duda, el *tlatoani* era un hombre de experiencia y recorrido político, que no quiso arriesgarse a una aventurada campaña contra aquellos extraños invasores por si la perdía. Las noticias de las victorias castellanas de los últimos meses le llevaron a la convicción de que era preferible esperar y ver qué ocurría. Al fin y al cabo, los tlaxcaltecas podían haber derrotado a la hueste cortesiana, pero no lo lograron. Entonces, el peligro subió de grado, cuando además Cortés no cesaba de enviar señales ambivalentes: usaba el terror, como en Cholula, cuando percibía la traición, pero utilizaba la diplomacia y las buenas palabras casi siempre. Moctezuma II no se decidió por la acción armada tal vez por entender que ni era el mejor momento del año para hacer la guerra, cuando habría que movilizar a los *macehualtin* para el conflicto en época de cosechas, o bien por confiar en que la enorme demografía del valle central de México acabaría por ahogar en aquella masa humana al reducido grupo invasor extranjero. Es evidente que se equivocó, aunque por muy poco, porque la huida de la gran capital mexicana meses más tarde estuvo a punto de arruinar por completo los planes cortesianos. Por otra parte, quizá pensó que era mejor tener a su enemigo cerca y controlado que no lejos de sus manos, si bien esa opción, si es que la consideró en algún momento, fue muy de última hora. A Moctezuma II le faltó iniciativa estratégica para resolver el problema militar que representaban Cortés y su

gente, lo que incluye a sus aliados aborígenes, porque, en los últimos decenios, a los mexicas les había bastado y sobrado, aunque con algunos fracasos, como en el caso de Tlaxcala, su forma habitual de hacer la guerra para derrotarlos: conflictos de largo recorrido cronológico, de desgaste, librados en territorio del contrario, movilizandolos recursos de muchas zonas del imperio y en determinadas épocas del año, enfrentándose a tácticas y armas conocidas. Ahora, ese enemigo avanzaba, no se detenía jamás, usaba armamento extraño y peligroso, nunca antes visto, había gozado de múltiples victorias en los últimos meses y, en definitiva, acabó por llevar la guerra a la propia México-Tenochtitlan, algo para lo que Moctezuma II no tuvo respuesta. No estaba preparado. No reaccionó a tiempo. Ese fue su fracaso. Ante la determinación de Cortés, fruto de la desesperación, del todo o nada, Moctezuma II creyó que podía permitirse el lujo de dudar, de esperar, y se equivocó. O a lo mejor no tanto. Los hechos, ya se ha dicho, parecen darle la razón al *tlatoani*: como veremos inmediatamente, Cortés y su gente estuvieron a punto de perecer en la llamada Noche Triste, cuando se produjo la huida de la gran urbe; en cambio, en la batalla campal de Otumba, una semana después del anterior acontecimiento, y a pesar del estado deplorable de las tropas hispanas, Cortés y los suyos derrotaron a un improvisado ejército mexica. Puede que, al fin y al cabo, Moctezuma II, aunque ya no pudiera verlo, pues había fallecido, tuviera razón. La opción válida era tener a los invasores cerca. Solo que la apuesta salió mal.<sup>[5]</sup>

Al día siguiente del encuentro inicial, Cortés y un grupo escogido de sus hombres, oficiales y soldados, además de los traductores, iban a visitar a Moctezuma II en su palacio.<sup>[6]</sup> Tales visitas se repitieron a lo largo de una semana y en ellas no solo se recordaba el vasallaje<sup>[7]</sup> que el *tlatoani* le debía al monarca hispano, Carlos I,<sup>[8]</sup> sino que también se inició su conversión religiosa. Como recuerda Juan Miralles, desde el paso por Tabasco, Cempoallan y en adelante, en todos los territorios visitados y donde se esperaba trabar un buen entendimiento, se exhortaba a los caciques para que abandonasen sus creencias, aceptasen la destrucción de sus dioses<sup>[9]</sup> y abrazaran el cristianismo. Muchos señores, y algunas de las hijas y sobrinas cedidas mediante «pactos de Estado» a los españoles, fueron bautizados. Pero la destrucción de los ídolos, como Quetzalcóatl en Cholula, el encalado de las paredes de los templos y la limpieza de las sangres de los sacrificados, la prohibición de semejantes prácticas, además de colocar cruces y levantar altares en los oratorios de los aborígenes, obedecía, sin duda, a una osadía cristianizadora difícil de creer en aquel momento y contexto, con un país tan

poblado sin someter. Cortés quiso disponer de una retaguardia firme que le permitiese alcanzar la costa, Veracruz, sin problemas en un momento dado y es de suponer que creyó que, con un control religioso sobre los nuevos vasallos de Carlos I —aunque estos no fuesen plenamente conscientes de ello—, el objetivo estaría asegurado.<sup>[10]</sup>

Lo notorio en verdad es que Cortés insistiera en estas primeras visitas en la conversión de Moctezuma y en la destrucción de los ídolos de una ciudad tan populosa como México-Tenochtitlan.<sup>[11]</sup> A menos que la obsesión hispana por la evangelización a toda costa no haya tergiversado todo este asunto. Es más, podría interpretarse que, de creer Cortés y los suyos en la divina Providencia,<sup>[12]</sup> como creían, la cristianización forzada y fulminante de todas las ciudades por donde pasaran era el «tributo» pagado por la hueste conquistadora y su caudillo a la divina majestad por su ayuda. En palabras de Cortés, en el transcurso de aquellos primeros lances de guerra antes de entrar en la gran urbe mexicana:

[...] estábamos en disposición de ganar para Vuestra Majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo que demás de hacer lo que a cristianos éramos obligados en puñar contra los enemigos de nuestra fee, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en este conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó; y que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte y que a él ninguna cosa es imposible, y que lo viesen por las vitorias que habíamos habido, donde tanta gente de los enemigos eran muertos y de los nuestros ningunos.<sup>[13]</sup>

En esas entrevistas iniciales, Moctezuma y Cortés midieron sus astucias y sus razonamientos. El *tlatoani* sabía de las argumentaciones empleadas por sus antiguos súbditos, y por sus enemigos, para referirse a su régimen —autocrático, diríamos nosotros— y fue muy hábil al comentarles también a Cortés y sus hombres que sus adversarios tildaban su imperio como muy poderoso y extravagantemente cargado de oro hasta en sus más mínimas manifestaciones, cuando no era cierto. Moctezuma alzó en un momento dado sus ropajes y se definió como alguien mortal: «A mí me veis aquí que soy de carne y hueso como vos y como cada uno y que soy mortal y palpable», relató Cortés haciéndose eco de sus palabras. Si ese fue el comentario, se desprende que el líder mexicana no creía que el caudillo extremeño fuese un dios. Por otro lado, su insistencia en recibir los alimentos necesarios para la vida tampoco lo asimilaban a una deidad, aunque les pudiera sorprender aquella ofuscación por hallar oro y maravillarse algunas de sus costumbres, aspecto físico y armas. Es más, cuando se encontró una sala recién tapiada en el palacio de Axayacatl

con lo que parecía el tesoro del *tlatoani* difunto, aún más se debió de encender el ansia por el dorado metal entre los españoles. Ese era su verdadero Dios.

Después de seis días de estancia en la capital, los acontecimientos comenzaron a precipitarse. Por un lado, según testimonio de Díaz del Castillo, ciertos capitanes —Alvarado, Ordaz, Sandoval y Velázquez de León— y algunos soldados comenzaron a sondear a Cortés acerca de la posibilidad de que sus vidas corriesen peligro a poco que los mexicas variasen de humor, cuando ya empezaban a reconocer algunas manifestaciones en ese sentido.<sup>[14]</sup> Por ello, la mejor opción sería apresar al *tlatoani* y llevarlo con ellos a su palacio o bien, en caso de resistencia, matarlo allí mismo. Justo al día siguiente, cuando se debía poner en práctica el plan concebido, llegó una carta desde la costa con la noticia de la muerte de Juan de Escalante y varios de sus hombres. El señor de Nahutlan, Cuauhpopoca, habría exigido con el respaldo de sus tropas mexicas el pago del tributo a los totonacas de Cempoallan. Entonces, el pacto con los españoles se puso en juego y Escalante ofreció ayuda militar a estos. Es probable que con el consentimiento de Moctezuma el de Nahutlan comenzase a levantar la tierra. Mediante engaños, intentó hacer ver a Escalante que quería someterse, pero no se atrevía a ir a Veracruz sin la presencia de una escolta de españoles que lo protegiesen de la ira de los totonacas. Cuauhpopoca, pues, hizo enviar cuatro españoles, dos de los cuales fueron asesinados, pero otros dos escaparon y pudieron dar la noticia de la traición. Como es lógico, Escalante organizó una expedición de castigo para la que movilizó 2 piezas de artillería, 2 jinetes, 3 ballesteros, 2 escopeteros y 40 infantes —medio centenar de españoles, resuelve rápido Cortés—, además de 2000 indios totonacas aliados —o bien 10 000, según Cervantes de Salazar— y se enfrentó al doble de efectivos de Cuauhpopoca, que mató en el combate trabado a 7 hispanos y a los aliados totonaca —¿a los 2000?—. Otra versión dio a Escalante como vencedor del combate y, tras entrar en Nahutlan, ordenó quemarla. Pero, a consecuencia de las heridas recibidas, los hombres, y uno de los caballos, murieron. Uno de ellos, de hecho, fue tomado prisionero y al fenecer por estar malherido, pues Cuauhpopoca lo enviaba a Moctezuma, decidieron cortarle la cabeza y la presentaron a la vista del *tlatoani*, que la rechazó con espanto. Era la cabeza de Juan de Argüeyo, un leonés de barba crespa y larga.<sup>[15]</sup>

Si Cortés estaba indeciso, la vacilación se le pasó de golpe y en la mañana del séptimo de día de estancia, al hacerle una nueva visita a Moctezuma II, lo tomó preso —Díaz del Castillo asegura que, tras largas deliberaciones para decidir qué hacer, Velázquez de León gritó que se le tomara preso o se le



diera de estocadas— recordándole las muertes de Escalante y los suyos, la celada que se dijo se les había preparado en Cholula y los últimos indicios de desafección, por ejemplo, la entrega de menos alimentos cada día que pasaba o el riesgo más que evidente de aislarlos en el palacio de Axayacatl, donde quedaron rodeados por una población ingente. Algunos autores han dejado pasar una frase significativa del Cortés soldado —William Prescott o Juan Miralles no lo hacen—: «y dejando buen recaudo en las encrucijadas de las calles», es decir, dejando tropas que salvaguardasen su retorno con el *tlatoani* de su palacio al ocupado por los españoles y sus indios aliados, se dirigió a la entrevista más crucial. También dio órdenes de que pequeños contingentes de sus hombres, bien armados, se dirigieran al palacio imperial con todo el disimulo posible. Porque el 15 de noviembre, tras prometer llevar a cabo las diligencias oportunas para que Cuauhpopoca se presentase en México-Tenochtitlan a dar explicaciones, el gran Moctezuma fue tomado preso por los hombres de Cortés y llevado a su hospedaje. El caudillo extremeño aclara:

[...] le rogaba mucho que no recibiese pena de ello, porque él no había de estar como preso sino en toda su libertad y que en servicio ni en el mando de su señorío, yo no le ponía ningún impedimento y que escogiese un cuarto de aquel aposento donde yo estaba, cual él quisiese y que allí estaría muy a su placer [...].





Penacho tradicionalmente atribuido al último rey azteca Moctezuma II. El círculo interior está hecho de plumas de *Cotinga amabilis*. La siguiente capa de plumas de espátula rosada. Después, plumas de quetzal más una capa de plumas rojizas con puntas blancas de *Piaya cayana*. Las plumas más largas son de quetzal. Museo de Etnología de Viena.

Si hubo un conato de levantamiento en la urbe al trascender el traslado de la persona del emperador, Moctezuma II lo supo frenar. Por otro lado, como en los últimos tiempos la política del *tlatoani* había sido la de fomentar el aislamiento de su persona del resto de los mexicas, con una prohibición tácita de mirarlo a la cara, de tocar sus ropas directamente cuando se las cambiaba, pero también de limpiar el suelo por donde pisaba, de hacerle reverencias, de obligar a los visitantes de la corte a cambiarse de ropa por otras más pobres en su presencia, etc., es posible que aquella situación tan extraordinaria fuera vista como otra más de las modificaciones introducidas por el autócrata en cuanto a las reglas de cortesía, aunque, en el fondo, eran algo más que eso. La autoridad de Moctezuma II era tan incontrovertible, tan decididamente sólida, al menos en su entorno más inmediato, que es posible que nadie se cuestionase en los primeros momentos su nueva residencia. Pero esa situación no podría mantenerse de manera indefinida. Los informantes del padre Sahagún constataron que cuando se tomó preso al *tlatoani* el resto de señores «le desampararon y se escondieron». En el fondo, fue una ruptura del orden imperial vigente. El cronista mestizo Fernando de Alva argumenta que cuando Cortés, más tarde, insinuó la posibilidad de ponerle en libertad, Moctezuma II «estaba ya tan medroso que no quiso irse a su casa».<sup>[16]</sup>

Bernal Díaz sí apunta que se conminó a Moctezuma II a que los acompañara bajo amenaza de muerte: si se resistía o daba pie a un levantamiento de su gente, el primero en morir sería él. Todavía intentó dejar como rehenes de los españoles a un hijo y dos hijas ilegítimos, dice el cronista, por miedo a la reacción acerca de su persona de los demás notables cuando supieran de su prisión. El *tlatoani* ocupó una parte del palacio de Axayacatl, donde siguió la vida de su corte, siempre rodeado por 20 personas de su entorno, es decir, grandes señores, consejeros, capitanes, sus mujeres, pero también de hombres de Cortés. Nunca más estuvo solo. Siempre había una guardia de 30 españoles, día y noche, a la vista de su persona, con uno de ellos a, máximo, tres pasos de distancia. Se apostaron 60 hombres en la parte delantera del palacio y el mismo número en la posterior, y en grupos de 20 se turnaban para vigilar. Cortés castigó con azotes, al menos en una ocasión, a 3 soldados que abandonaron momentáneamente su puesto de vigilancia. Cervantes de Salazar consigna algunos datos interesantes, que suelen

desaparecer de según qué obras: Moctezuma II no solo trató muy bien a sus custodios, a los que regalaba joyas, si bien estos tenían que demostrarle la natural cortesía con un soberano, sino que, asimismo, impidió que los sirvientes aborígenes de los españoles pasasen hambre, para lo que fueron suficientemente alimentados, además de habitar un espacio bien acondicionado:

Tuvo también gran cuenta Motezuma con el servicio de los españoles, y tanta, que aun hasta el proveerse de las necesidades naturales, les señaló unas casas, que por esto se llamaron del maxixato, que quiere decir del proveimiento natural, con las cuales ciertos indios tenían gran cuenta para que siempre estuviesen limpias y aun con buen olor [...].<sup>[17]</sup>

La noticia de que debía presentarse en la capital imperial se la dieron a Cuauhpopoca unos emisarios del *tlatoni* acompañados por Andrés de Tapia, Pedro Gutiérrez Valdelomar y Francisco de Aguilar. Quince o veinte días más tarde se presentaron en México-Tenochtitlan Cuauhpopoca, su hijo y otros 15 caciques, quienes, tras procesarlos, confesaron que habían actuado instigados por Moctezuma II, quizá una añagaza para intentar salvar la vida o, en su defecto, conseguir cambiar el método de ejecución. Atados de pies y manos a sendos postes, Cortés mandó quemarlos vivos delante del palacio de Moctezuma II usando armas de madera de los mexicas como combustible: 500 carretadas de estas que salieron de la armería o *tlacochalco*. «Y digamos que como este castigo se supo en todas las provincias de la Nueva España, temieron, y los pueblos de la costa donde mataron nuestros soldados volvieron a servir muy bien a los vecinos que quedaban en la Villa Rica», escribe Díaz del Castillo. Cervantes de Salazar asegura que

vino Cuauhpopoca y confesó la verdad, para amedrentar más a Motezuma y dar a entender a todo el imperio mexicano su poder y valor y lo poco en que los tenía, añadiendo hazaña a hazaña y hecho a hecho, determinó como luego diré, echar prisiones a Motezuma.<sup>[18]</sup>

Coincide López de Gómara al explicar que Cortés aprovechó para asustar aún más a Moctezuma, al acusarlo veladamente de todo lo ocurrido y poniéndole los grillos, aunque por breve tiempo, pues lo dejó libre al cumplirse la sentencia contra los anteriores. Aunque Gómara señala algo más: las tierras de Cuauhpopoca fueron taladas, su pueblo saqueado y muchos de los suyos quedaron cautivos. Solo en los *Anales históricos de Tlatelolco* se insinúa que Cuauhpopoca fue muerto a flechazos y luego su cuerpo quemado en la hoguera.<sup>[19]</sup> También coincide en dicho punto un testigo, Juan Álvarez,

en las primeras pesquisas ordenadas contra Cortés por Diego Velázquez. Aparte de justificarse a sí mismo en el sentido de no oponer resistencia a Cortés por miedo a ser ahorcado cuando este decidió desvincularse del gobernador de Cuba, Álvarez aseguró que Cuauhpopoca y otros nueve o diez señores fueron amarrados a varios postes en una plaza, «y que ally a todos los yndios de Tlaxcala [...] les mandó que los acanavereasen con muchas varas agudas e flechas e los cristianos que guardasen al derredor».<sup>[20]</sup>

Sea como fuere, Díaz del Castillo exclamó:

[...] osar quemar sus capitanes delante de sus palacios, y echale grillos entre tanto que se hacía la justicia, que muchas veces que a[h]ora que soy viejo me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes: y digo que nuestros hechos, que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios.<sup>[21]</sup>

Cortés organizó la ejecución de manera que sus hombres estuviesen preparados para repeler cualquier levantamiento de los pobladores de la capital mexicana. Cervantes de Salazar señala «[...] que les mandó por público pregón, con penas graves, que ninguno durmiese desnudo [es decir, desarmado] y que los que tenían caballos, los tuviesen toda la noche ensillados, con los frenos puestos en los arzones de las sillas». La posibilidad de un alzamiento era muy factible, de ahí las medidas de seguridad establecidas tanto para sus hombres como para los indios aliados, con turnos de guardia que todos debían cumplir. Y disciplina militar: el soldado Pedro del Barco, que durmió esa noche desprevenido, fue castigado por Cortés dejándolo dos días al sereno, aguantando a la intemperie el sol del día y el frío de la noche. «Con esta severidad militar conservó los suyos y puso espanto a sus enemigos, especialmente con el castigo tan nuevo y tan riguroso de Qualpopoca, como habéis oído, siendo tan gran señor», aprobaba Cervantes de Salazar.

Entre los cronistas, Fernández de Oviedo se planteó, con dudas, el verdadero talante de Moctezuma II: este debía de ser «ó muy falto de ánimo, ó pusilánimo, ó muy prudente», pues si Cortés lo mandó prender para facilitar el dominio del territorio sin emplear la fuerza, que no tenía, tal vez al *tlatoani* no le importó prolongar su cautiverio por razones políticas, pero sobre todo para asegurarse su supervivencia una vez había dejado entrar hasta su capital al grupo invasor, podemos colegir. Pero no era del agrado del cronista una decisión como esa, aunque favoreciese a los intereses castellanos, al no ser propia de un estadista: «[...] un príncipe tan grande como Montecuma no se

avia de dexar incurrir en tales términos ni consentir ser detenido de tan poco número de españoles ni de otra generación alguna».<sup>[22]</sup>

Tzvi Medin acierta de pleno al decir que cuando Moctezuma II dejó entrar hasta su capital al grupo invasor cortesiano se creó una situación insostenible entre su persona y la élite mexica —y de la Triple Alianza—. Tanto es así que, según Cortés, era el propio *tlatoani* quien no deseó más adelante salir de su cautiverio por no enfrentarse a los notables que le exigirían, seguramente, hacerle la guerra a Cortés y los suyos. De alguna manera, Moctezuma II cayó en su propia trampa y no fue lo suficientemente hábil para salir de ella. También es verdad que Cortés supo resquebrajar la antigua unidad de la élite mexica en torno a la figura del *tlatoani*. Y dicha circunstancia representó una gran ventaja cuando la situación, en el fondo, era tan delicada. Todo pendía, en realidad, de un hilo.<sup>[23]</sup> Michel Graulich también se decanta por presentarnos a un Moctezuma calculador al que las circunstancias le superaron.<sup>[24]</sup>

Por otro lado, años más tarde, una vez ganada la guerra, pero comenzando a perder la paz impuesta por sí mismo en la Nueva España, en sus descargos emitidos en el transcurso de su juicio de residencia, Cortés dio una explicación del proceder de Moctezuma II aquellas jornadas: sencillamente, se ganó su confianza hasta tal punto que, en cierto momento, el *tlatoani* «le daba aviso de todas las cosas de la Tierra, e de la manera que [h]abía de tener para que todos fuesen suxetos, e nadie se osase levantar». Es más, tras insinuarle si quería regresar a su palacio para conocer sus intenciones, Moctezuma manifestó la inconveniencia de tal idea, porque encontrarse en el palacio de Axayacatl le facilitaba mucho poder oponerse a cualquier insinuación de los suyos acerca de acabar con los invasores: es decir, tenía la mejor excusa del mundo para negarse a escucharlos, pues siempre podría alegar que estaba preso y en peligro de muerte si daba pie a un alzamiento.<sup>[25]</sup> Para Moctezuma II, Cortés fue, al mismo tiempo, un problema y una solución.

Para cubrir un puesto tan importante como el de Escalante, Cortés se equivocó, a menos que tuviese alguna razón que se nos escapa, al elegir a Alonso de Grado,<sup>[26]</sup> uno de los partidarios del retorno a Cuba en los primeros compases de la aventura cortesiana. Quizá pensó que se lo ganaría para siempre al concederle tal dignidad. Por su parte, Grado se las dio de gran señor y al llegar a su destino veracruzano se olvidó de las dos cosas más importantes que debía cuidar: acabar la fortificación y mantener una buena relación con los totonacas pues, al fin y al cabo, eran quienes ayudaban a

defender la entrada hacia el interior. Alonso de Grado se dedicó a demandar joyas de oro e indias hermosas a los pueblos bajo su jurisdicción, asegura Bernal Díaz; pero cuando empezó a insinuar que si alguna vez Diego Velázquez o un enviado suyo se presentaba en aquella tierra ellos debían aceptar la situación y colaborar con su entrega, cometió un error monumental. Al ser informado de todo ello, Cortés, encolerizado consigo mismo por la elección, mandó que le trajeran preso a la mayor brevedad a De Grado y nombró en su lugar a Gonzalo de Sandoval.

Este no solo cumplió con su labor de forma más que aceptable, sino que también escuchó los ruegos de Cortés para que le remitiese una serie de artículos de los barcos dados al través en su momento —además de dos herreros con sus herramientas—, con los cuales se construyeron cuatro embarcaciones sin cubierta y quilla plana para navegar en el lago Tetzco. A su debido tiempo, las lanchas quedaron terminadas al emplear robles cortados a cuatro leguas de la ciudad y, en cierta ocasión, se dio permiso a Moctezuma II, acompañado de un gran séquito, de pasear en una de ellas e ir de caza<sup>[27]</sup> a una de sus reservas que, para tal efecto, tenía dispuesta. Las lanchas acabaron midiendo 12 metros de eslora, podían cargar 4 cañones de bronce y transportar 75 hombres. Podría pensarse en ellas como un medio de escape de la nueva guarnición castellana de México-Tenochtitlan si algo fallaba. El coste fue de unos 2000 pesos.

Mientras iban pasando las semanas, sin alteraciones graves del funcionamiento político del imperio ni de la vida en la gran ciudad, aunque un cierto malestar sí se suscitó, como veremos, en Tetzco, Cortés exigía el máximo respeto de sus hombres hacia la persona del *tlatoani*. Uno de los guardas, Andrés de Trujillo, que tenía por costumbre lanzar ventosidades al alcance del oído de Moctezuma II, fue reprendido y otro centinela, Pedro López, enojado por tantas guardias para vigilar al emperador, se quejó ante sus compañeros al sentirse indispuerto llamando perro al emperador mexicana; la reacción de Cortés al enterarse del motivo de la nueva queja del *tlatoani* fue mandar azotar a López por indisciplina. Aunque con otros soldados, como Rodrigo de la Peña y, sobre todo, un niño soldado, Ortega, llamado Orteguilla el paje, que aprendió algunas nociones de náhuatl, Moctezuma II mantuvo una excelente relación. Ortega servía como una especie de traductor particular para el *tlatoani*, pero también fue utilizado por el segundo religioso que acompañó a Cortés, junto con el sevillano fray Juan Díaz, fray Bartolomé de Olmedo,<sup>[28]</sup> para intentar adoctrinar al emperador mexicana. La vida debía de

transcurrir lo más plácidamente posible en la trastornada corte tenochca. En diversas ocasiones, en palabras de Cortés, Moctezuma II

fue muchas veces a holgar con cinco o seis españoles a una o dos leguas fuera de la ciudad y volvía siempre muy alegre y contento al aposento donde yo le tenía y siempre que salía hacía muchas mercedes de joyas y ropa, así a los españoles que con él iban, como a sus naturales.

Todos los hombres, incluido el caudillo, se debían mostrar respetuosos y hacían señales de acatamiento al *tlatoani*, por ejemplo, quitándose el copete o lo que llevasen en la cabeza para saludarlo.

Pero había dos cuestiones clave que debían afrontarse cuanto antes: la destrucción de la religión de Estado y la búsqueda de las fuentes del oro mexicana. El *tlatoani* fue instado a explicar de dónde se obtenía el dorado metal y aseguró que enviaría a dos de sus hombres de confianza, acompañados por dos españoles —luego veremos que fueron más—, a cada una de las cuatro provincias productoras del preciado metal. Eran estas Zacatula, Tamazulapa, Malinaltepec y Tuxtepec. De todas ellas llegaron muestras del oro de aluvión extraído de los ríos, pero también se contactó con un cacique, Coatelicamat lo llama Cortés, enemigo de los mexicas que le ofreció ponerse a su servicio —y al de Carlos I, se apresuró a añadir el cauto conquistador—. En Malinaltepec, en la provincia de Tlappan, informa el de Medellín que ordenó el arreglo de unas estancias para ponerlas en explotación, con siembras de maíz, frijoles y cacao y crías de animales de pluma, como pavos y patos de la tierra. Aquella propiedad prosperó tanto en poco tiempo que valió 20 000 pesos.

Bernal Díaz explica lo ocurrido de otra manera: cuatro soldados que iban de exploración con el capitán Diego Pizarro en busca de oro decidieron quedarse a explotar aquella zona. Es decir, da la sensación de relatar más bien un intento de deserción por parte de los soldados Hernando de Barrientos, Heredia el Vizcaíno, Francisco de Cervantes y Juan de Escalona. Cortés acalló el asunto, pero en privado, siempre según Bernal, amonestó al capitán Pizarro, puede que un pariente lejano por parte de madre. Eso sí, las muestras de rechazo a los mexicas pronto afloraban en todas partes e incluso en la zona fronteriza con el Pánuco, Coatzacoalcos, les mostraron a Diego de Ordaz y sus acompañantes, diez en total, un lugar denominado, según Díaz del Castillo, que no es muy fiable a la hora de transcribir nombres, Cuilonemiqui, que tradujo por «donde mataron los putos mexicanos». No dejaba de ser una prueba más de la hostilidad hacia los mexicas, pero lo importante era el oro y Ordaz, comisionado para buscarlo en aquellas tierras, se afanó en su misión.

En las semanas que siguieron a estas primeras disposiciones de exploración del territorio desde México-Tenochtitlan el de Medellín ordenó también que mensajeros de Moctezuma II recorriesen diversas provincias para que abonasen el habitual tributo en oro, solo que esta vez serían los castellanos quienes controlasen, y fiscalizasen, su cobro. Un ufano Cortés le escribió a Carlos I que llegaron muchos objetos del metal dorado que, una vez fundidos, montaron para el bolsillo del emperador algo más de 32 400 pesos, el Quinto Real, sin contar la plata —algo más de 100 marcos de 280 gramos de peso— y sin otras muestras de orfebrería, plumajes, etc., que reservaba para su exhibición posterior en Europa. Bernal Díaz asevera en su crónica que se necesitaron tres días para extraer todo el oro y las piedras preciosas de los ropajes y demás adornos del ajuar de Axayacatl, pues para entonces habían vuelto a entrar en la cámara del tesoro del palacio que les servía de alojamiento. Todo este oro fue fundido y dio como resultado, según Díaz del Castillo, unos 600 000 pesos. Y sin contar la plata y otras riquezas, insiste.

El primer reparto de botín fue traumático. Según Bernal Díaz, de los aposentos de Axayacatl se extrajo una gran cantidad de oro, pero una tercera parte del mismo había desaparecido cuando se intentó calcular su monto con unas rudimentarias pesas que Cortés ordenó fabricar. Ante el escándalo, el de Medellín sugirió que no se distribuyese entonces el oro, sino más adelante cuando se dispusiese de pesas y una balanza. Pero ya era tarde. Ante la tesitura de tener que repartir, pues, Cortés reservó el Quinto Real y esos 32 400 pesos antes referidos ya no cuadran con los 600 000 que dice Bernal Díaz que se obtuvieron, pues le hubieran tocado al monarca nada menos que 125 000.<sup>[29]</sup> El tesorero responsable de llevar esa cuenta era Alonso de Ávila. Además, Cortés se reservó para sí otro quinto, como se había hecho otorgar al ser nombrado capitán general al inicio de la campaña en Veracruz, además de poder devengar el coste de organización de la empresa, que, en teoría, tendría de repartir con sus socios y con Diego Velázquez. También apartó dinero para el contingente que se quedó de retén en Veracruz, como se había pactado igualmente al inicio de la entrada en el interior del territorio, para quienes habían viajado a la Corte como procuradores y para sus capitanes y oficiales más allegados. Incluso se reservó dinero para resarcir a los que habían perdido sus caballos en los combates. Luego le tocó el turno al resto del contingente de la hueste, quienes recibieron su parte en función del tipo de arma con el que luchaban, como era habitual. Así, Díaz del Castillo da a entender que algunos apenas si cobraron 100 pesos «y daban voces por los demás; y Cortés secretamente daba a unos y a otros por vía que les hacía

merced por contentarlos, y con buenas palabras que les decía, sufrían». De hecho, «por ser tan poco [dinero], hubo soldados que ni le quisieron recibir», puntualiza Bernal Díaz.

Uno de esos soldados, un piloto o marinero de Triana llamado Luis de Cárdenas, se significó en sus críticas a Cortés y alegó que había dejado a su familia en la pobreza en España. El caudillo se vio obligado a prometer grandes riquezas a todos y procuró encandilarlos con la posibilidad de disponer de un país tan rico solo para ellos, como si tuviese potestad para repartirlo, y a Cárdenas,<sup>[30]</sup> en concreto, le dio 300 pesos para acallar sus cuitas y la promesa de remitirle dinero a su mujer e hijos en el primer barco que saliese para la Península. Por la cuestión del dorado metal, el tesorero Gonzalo Mejía, que se cuidaba del reparto del botín entre la hueste, y el capitán Juan Velázquez de León llegaron a sacar las espadas ante las acusaciones del primero acerca del mucho oro que se perdía entre los allegados del capitán general. Cortés tuvo presos a ambos dos días, pero con su proverbial habilidad consiguió que Velázquez de León obtuviese una parte mayor del botín. Ahora bien, como señala Díaz del Castillo, desde entonces la relación entre Gonzalo Mejía y Cortés siempre fue tensa,<sup>[31]</sup> pues el caudillo «so color de hacer justicia porque todos le temiésemos, era con grandes mañas». De momento, Cortés renunció a cobrar su quinto particular del botín como se había pactado en su momento. También es significativo que, al correr el dinero, uno de los hombres de la hueste, Pedro Valenciano, se las ingenió para confeccionar un juego de naipes con el parche de un tambor. Genio y figura.

Como se ha comentado, la segunda cuestión importante era el derrocamiento de los ídolos protectores de México-Tenochtitlan. Es harto conocida la interesada comparación hecha por Cortés de los templos aborígenes, situados encima de las pirámides, con las mezquitas musulmanas.<sup>[32]</sup> También empleaba los términos oratorio, adoratorio y capillas, pero en este último caso para designar las salas pequeñas dentro de los templos. Las mezquitas de los indios, desde la isla de Cozumel hasta el valle central de México, eran las «casas de sus ídolos», como escribió el caudillo. Ya se ha señalado la idea de Cortés de establecer una retaguardia en la que, incluso, los indios aliados hubiesen renunciado a sus creencias religiosas —aunque ya veremos qué ocurrió en el momento del sitio de Tenochtitlan con su reclamación de prisioneros para sacrificarlos—. Como explicó López de Gómara, «Siempre que Cortés entraba en algún pueblo, derrocaba los ídolos y vedaba el sacrificio de hombres, por quitar la ofensa de Dios e injuria del



prójimo».<sup>[33]</sup> Lo extraño es su atrevimiento de hacerlo en el propio México-Tenochtitlan. Un buen día, tras presionar en diversas ocasiones a Moctezuma II al respecto, Cortés pasó a la acción y subió al Templo Mayor. La secuencia del hecho no tiene desperdicio. Según sus palabras:

Hay tres salas dentro desta gran mezquita, donde están los principales ídolos, de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento, y dentro destas salas están otras capillas que las puertas por do entran a ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tiene claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos; y dentro desta están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos. Los más principales destes ídolos, y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los fice echar por las escaleras abajo, e fice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre, que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Mutezuma y los naturales sintieron [...].

Lógicamente, se les dijo que existía un peligro real de levantamiento generalizado de la población, que intentaría ultimarlos, pues aquel sacrilegio significaba, a su vez, matar a sus dioses y, en esa tesitura, todos ellos también morirían según dictaban sus creencias. Pero la prédica de Cortés surtió tal efecto que al poco «Mutezuma y muchos de los principales de la ciudad estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no matasen criaturas a los ídolos, como acostumbaban», lo cual, por cierto, es poco creíble.<sup>[34]</sup>

Andrés de Tapia, que estuvo presente en el momento de entrar en la estancia donde se adoraba a Huitzilopochtli, explica que todos los ídolos tenían mucha pedrería incrustada<sup>[35]</sup> y sangre en las bocas; de hecho, una capa de tres dedos de grosor de sangre coagulada de sacrificios antiguos. Una máscara de oro cubría el rostro de la escultura y un Cortés poseído de una gran furia tomó una barra de hierro y la emprendió a golpes con la estatua hasta acertar a desprenderle la máscara. Pero no echaron los ídolos escaleras abajo, sino que, por ruegos de Moctezuma II, se le entregaron con todo cuidado, lo que es más creíble. Entonces, sí, se limpiaron las paredes de sangre, se encalaron, se derribó una pared para dejar más sitio y aumentar la luz que entrase en la estancia, se encontró algún oro en una sepultura que estaba encima de la torre y, por último, se habilitaron dos capillas cristianas: una presidida por una imagen de la Virgen y la otra por una de san Cristóbal, no por devoción especial, sino «porque no habie entonces otras imágenes».<sup>[36]</sup>

Pensar que no iba a producirse reacción alguna por parte de los mexicas es inverosímil. Es más, el cronista Fernández de Oviedo tenía sus dudas —de lo relatado por Cortés y sus seguidores, como Gómara—:

Yo tengo para mí por maravilla, y grande, la mucha paciencia de Moctezuma y de los indios principales [...] Viendo que una gente extranjera y de tan poco número les prendió su señor, y por qué formas los hacía tributarios e se castigaban e quemaban los principales, e se aniquilaban e disipaban sus templos e secta en que ellos y sus antecesores estaban. Recia cosa me parece comportarla con tanta quietud.<sup>[37]</sup>

El caso es que Cacama, señor de Tetzcoco y hombre de la máxima confianza de Moctezuma, iba a intentar hacerse con el control de México-Tenochtitlan. Llegado al poder a la muerte de Nezahualpilli, este sobrino de Moctezuma, de hecho, libraba una guerra civil con Ixtlilxóchitl, quien, con sus seguidores, había ocupado la localidad de Otumba y muerto a su señor, Otompan,<sup>[38]</sup> así como dominaba las tierras altas de la señoría tetzcocana, mientras Cacama lo hacía en el entorno directo de la urbe cabecera del señorío. A la llegada de los españoles, el conflicto no estaba resuelto y Cacama pensó en una huida hacia adelante con la excusa de la extraña conducta de su tío. Es factible considerar, por cierto, que tras estos desórdenes políticos a Moctezuma le interesara más que nunca la «protección» de Cortés y su grupo. Es decir que, en un momento dado, un hábil Moctezuma habría adoptado la protección castellana como una fórmula factible para mantener su ascendente sobre sus compatriotas y vasallos. Más que verlo como un preso en una jaula dorada en manos de Cortés y su grupo, Moctezuma habría maniobrado para «adquirir», de alguna forma, los servicios de aquellas extrañas gentes, que incluían sus dotes militares. El precio: oro, sumisión religiosa, al menos de puertas afuera, pues ningún testimonio permite hablar de verdadera conversión del *tlatoani*, y sumisión política, si es que entendió el verdadero alcance del vasallaje que se le obligó a prestar. Desde este punto de vista, más que dioses, el grupo castellano no sería otra cosa que una compañía de mercenarios.<sup>[39]</sup> Y lo iba a necesitar.

Cacama, cansado de la inoperancia de su tío, que en la tesitura en la que se encontraba difícilmente podría ayudarlo a imponerse sobre Ixtlilxóchitl, convocó en su dominio a los señores de Coyohuacan, Matlatzinco, Tlacopan e, incluso, al señor de Iztapalapa, Cuitláhuac, hermano de Moctezuma II. Intentó convencerles de levantarse contra los invasores, matarlos a todos y derrocar al débil Moctezuma, para quedar él como nuevo *tlatoani*. Fue, sin duda, una buena oportunidad de acabar con los forasteros a las primeras de cambio, pero falló el candidato autopropuesto. Otros señores, como el propio Cuitláhuac, también aspiraban a sustituir a Moctezuma II. Cortés, enterado de la conjura, quiso que el *tlatoani* reaccionara y este solicitó la presencia de Cacama para que se explicase. Al no acudir a la obligada cita, y conedores

de que no estaba bien visto por todos los suyos por sus actitudes altivas, el tándem Cortés-Moctezuma mediante un ardid consiguió tomarlo preso junto con su hermano Coanacoch. Ambos, y poco después los dignatarios de Coyohuacan, Matlatzinco e Iztapalapa, acabaron encadenados en los aposentos de Moctezuma en el palacio de Axayacatl. Un joven príncipe, Cucuitzca, sustituyó a Cacama al frente del señorío de Tetzco.

En un momento dado, Cacama, para reconciliarse con Cortés, le ofreció oro, hasta 15 000 pesos, que dos de sus hombres, Vázquez de Tapia y Francisco Álvarez Chico, fueron a recoger a Tetzco. Dicha cantidad hizo que la codicia de Pedro de Alvarado se acentuase. Cuando se quejó de que habría más oro escondido en Tetzco, el caudillo lo envió como escolta del propio Cacama. Ante su tardanza en regresar, Cortés remitió en su búsqueda a Rodrigo Rangel<sup>[40]</sup> y a Vázquez de Tapia, los cuales hallaron a Alvarado torturando a Cacama: lo había atado a una estaca y le quemaba los pies con tizones de una hoguera. Se embolsó otros 8000 o 9000 pesos más. Este incidente, como otros varios, le fue perdonado a Alvarado. Pero demostró que la fiebre del oro se había apoderado de él. Poco tiempo después, Alvarado se encontró en una situación mucho más comprometida, ya fuese por culpa de ese delirio por el oro ya por su falta de tacto político, si bien en el caso de Cacama justificó su actuación al alegar que lo hizo para «quel e los suyos tuviesen gran temor e porque no me matase a mi e a los que yvan conmigo».

[41]

Sea como fuere, Cucuitzca acabó asesinado por Coanacoch, de modo que no le aprovechó demasiado su nuevo estatus. Michel Graulich apunta en su biografía de Moctezuma II que el caso de la rebelión de Cacama cabría verlo no solo como un intento personalista de hacerse con el poder por parte de este en el seno de la Triple Alianza, sino del propio Tetzco por recuperar terreno perdido frente a México-Tenochtitlan. Ante esa tesitura, ni Moctezuma II podía permitirse comenzar una guerra contra Tetzco, que hubiera significado la guerra civil, siempre confiando en que los mexicas lo seguirían, ni podía aparecer a la vista de los suyos como colaborador del extranjero invasor, su verdadero estatus en aquel momento.<sup>[42]</sup> Es decir, que, en ambas circunstancias, el *tlatoani* perdía. Cortés, en cambio, salía mucho mejor parado.

Fue por entonces cuando un astuto Hernán Cortés le propuso a Moctezuma II quedar libre de regresar a su palacio, oferta que declinó posiblemente por interpretar que, quizá, el caudillo extremeño lo ponía a prueba —o bien porque el intérprete Aguilar le insinuó que los españoles

nunca le dejarían irse de su lado, según explica Díaz del Castillo—. De todas formas, Bernal Díaz —el cual explica que la tensión era muy fuerte y el grupo de españoles siempre dormía con las armas prestas, los caballos ensillados y con guardias rotativas todas las noches, de modo que desde aquellos días a lo largo de su vida nunca más pudo descansar sin despertarse alguna que otra vez, a causa de la costumbre de hacer guardia y dormir en el suelo— insiste en que Moctezuma intentó convencer de nuevo a Cortés de que abandonara la ciudad con toda su gente. Incluso le amenazó con la muerte, pues sus dioses lo habían reclamado así a los notables y a los sacerdotes de su señorío. En esta ocasión, Cortés insinuó que si salían de México-Tenochtitlan, primero habrían de esperar un tiempo para construir tres navíos en Veracruz y, segundo, que el *tlatoani* los acompañaría para prestar vasallaje ante el mismísimo Carlos I. Las amenazas no se cumplieron, como es sabido, porque otra no menos problemática había arribado procedente de Cuba.

### **Llega Pánfilo de Narváez, abril-mayo de 1520<sup>[43]</sup>**

A pesar del comentario acerca del nuevo nerviosismo que parecía imperar en México-Tenochtitlan, y el cierto cambio de actitud de Moctezuma II, informaciones todas ellas de Díaz del Castillo, según otras fuentes, aparte del propio Cortés, como fueron Francisco de Aguilar o Andrés de Tapia, señalan una situación de tranquilidad que quedó avalada por el hecho de que el capitán general había dispuesto que dos contingentes de tropas, uno al mando de Velázquez de León con 150 hombres con destino a Coatzacoahuac y otro al mando de Rodrigo Rangel con Tuxtepec como objetivo, si bien con menos gente, una veintena de hombres, abandonasen aquellas fechas la capital mexicana. Es obvio que tales órdenes no las hubiera dado en caso de sospechar un levantamiento aborigen.

Cuando Moctezuma II le comunicó que había sido informado de la llegada de unos barcos a la costa de San Juan de Ulúa, el caudillo y los suyos tenían esperanzas por si se trataba del regreso de los dos procuradores, Montejo y Portocarrero, enviados a la Corte hacía ya diez meses. Lo que Cortés no podía saber es que ambos procuradores, contraviniendo sus órdenes, tomaron tierra en Cuba para atender algunos negocios propios, pero sin impedir que Diego Velázquez se enterase. Cuando este supo del tesoro que se enviaba a la Península sin rendirle cuenta alguna, pues al fin y al cabo era uno de los socios capitalistas de la empresa, montó en cólera. El 17 de

noviembre de 1519 le escribió al licenciado Rodrigo de Figueroa, juez de residencia de la Audiencia de Santo Domingo, para que este, a su vez, se pusiese en contacto con la Corte para explicar sus cuitas con el amparo del tribunal real. Y, al mismo tiempo, comunicaba su propósito de organizar una expedición, para el mando de la cual designó a uno de sus capitanes de confianza, Pánfilo de Narváez, y remitirla al territorio donde operaba Cortés, hacer que se respetasen sus derechos y tomarlo preso. En la Audiencia se alarmaron, pues todo apuntaba a un enfrentamiento entre compatriotas y se envió lo antes posible al oidor Vázquez de Ayllón con la idea de que detuviese cualquier acción que pudiese derivar en un enfrentamiento violento. Ayllón llegó a Cuba a tiempo de lograr que Velázquez desistiera de participar en persona en la expedición, con lo cual se confirmaba definitivamente el mando a Narváez. Y, si bien intentó suavizar los planes que ambos tenían con respecto a Cortés, siempre fue gracias al hecho de unirse a la propia armada de Narváez en el barco que le había traído desde la isla vecina.

Vázquez de Ayllón fue el primero en llegar a la costa, a la altura de Veracruz, y fue informado de la pujanza de Cortés en el interior del territorio y su capacidad de levantar un ejército aborigen para oponérseles. Ayllón entendió que habría conflicto si Narváez desembarcaba e intentó que este se marchase a otro lugar a buscar su fortuna, ya fuese mediante rescate de oro o por poblamiento. En cambio, Narváez, que había perdido uno de sus 18 barcos en la travesía —de Cuba salieron 19 si contamos el del oidor—, no llegó con el mejor humor; su primera medida fue tomar posesión de Villa Rica y nombró dos nuevos regidores, algo que contravenía las órdenes cursadas por la Audiencia de Santo Domingo. Ante la actitud legalista de Vázquez de Ayllón, quien protestó, Narváez lo mandó preso a su barco.

Velázquez y los suyos, según Díaz del Castillo, lograron la proeza de levantar en Cuba una fuerza de 1400 soldados que incluían 80 jinetes, 90 ballesteros y 70 escopeteros, además de 20 cañones «y mucha pólvora, y todo género de aparejos de piedras y pelotas», así como 2 artilleros, gentes muy apreciadas por su especialización. No todos los cronistas consignan las mismas cifras.<sup>[44]</sup> Un testigo del juicio de residencia de Cortés en 1529, Andrés de Monjaraz, consignó unos datos al respecto que no siempre han sido resaltados por los historiadores: comentó que Narváez se presentó con «quinientos e ochenta piqueros e lanzeros e ochenta e seys escopeteros e ciento e tantos vallesteros e ciento e diez e seys de cavallo e diez e syete tiros de artillería». Es decir, 882 hombres, salvo ese detalle de los ballesteros que pueden incrementar esta suma en algunos más.<sup>[45]</sup>

Comenzó desde el mismo momento del desembarco, en torno al 23 de abril de 1520, una carrera por conseguir información de la fuerza e intenciones del bando contrario. Según Díaz del Castillo, tres de aquellos que habían quedado en Malinaltepec cuidando de las granjas y criando animales, sobre todo Francisco de Cervantes, llamado el Chocarrero por Díaz del Castillo, fueron a tratar con Narváez y se quejaron del trato que daba Cortés a su gente, pues apenas si se había repartido botín alguno entre ellos, cuando la cifra conseguida había sido 700 000 pesos. Así, el hombre de Velázquez alcanzó a entender que había una clara y rotunda oposición a Cortés entre su gente, lo cual no era cierto. Algún malestar sí, pero, en general, mucha más fidelidad a causa de las notorias promesas de riquezas futuras que había en el ambiente. Un caudillo hábil debería haber tenido en cuenta detalles como ese. No obstante, Cervantes<sup>[46]</sup> y sus compinches sí informaron de que el retén de Veracruz consistía en apenas 60 hombres, mucha gente enferma y de edad, poco apta para la guerra, al mando de Gonzalo de Sandoval. También de que Velázquez de León se movía con un contingente importante hacia la zona del Pánuco.

Narváez envió tres agentes, un clérigo, fray Juan Ruiz de Guevara; un escribano, Antonio de Vergara; y Antonio de Amaya, pariente de Diego Velázquez, para parlamentar en su nombre con Sandoval. Este, muy hábil, no quiso escucharlos, sino que los encaminó presos a México-Tenochtitlan con una escolta, pues dedujo que Cortés sabría cómo tratarlos. De hecho, en cuanto llegaron el de Medellín los transformó en agentes propios merced al oro con el que los sobornó. Al contemplar la riqueza del país, los tres mudaron su fidelidad. De modo muy gráfico, Díaz del Castillo reseña: tras halagarlos de diversas maneras, Cortés «aún les untó las manos de tejuelos y joyas de oro y los tornó a enviar a su Narváez [...] que donde venían muy bravosos leones, volvieron muy mansos». Al regresar al campamento de Narváez comenzaron su labor de zapa a favor de la causa cortesiana entre todos los que querían escucharlos, que resultaron ser muchos. Además, el de Medellín aprovechó el retorno de estos para escribir a su socio, Andrés de Duero, y al oidor Vázquez de Ayllón y convencerles de sus derechos, explicarles todo lo conseguido y, en especial, del mucho oro que había en juego, pues para todos hubo muestras del mismo.

En segundo lugar, Cortés escribió a Velázquez de León quien, con aquellos 150 hombres con los que había salido hacia Coatzacoalco, bien podía ponerse del lado de Narváez pues, al fin y al cabo, era pariente de Diego Velázquez —además, informado Narváez de la zona donde se hallaba le había

escrito a su vez para tantearlo—, pero no lo hizo. Una suerte para Cortés. Mientras, Narváez ordenó que el oidor Vázquez de Ayllón, sus ayudantes y dos soldados que habían querido desertar para pasarse a Cortés, fuesen enviados directamente a la Península en el navío en el que estaban presos desde hacía algunas jornadas. Pero, una vez en ruta, el oidor consiguió convencer al piloto y acabó llegando a Santo Domingo, desde donde escribió y remitió a la Corte un informe de todo lo sucedido. Cabe destacar que Vázquez de Ayllón notificó el desembarco de indios de Cuba —además de esclavos africanos— con la expedición de Narváez, algo prohibido. También de que a su llegada a la isla de Cozumel no quedaban naturales, puede que para entonces infectados por la viruela que, desde 1519, asolaba Cuba.

En tercer lugar, Cortés decidió enviar a fray Bartolomé de Olmedo a entrevistarse con Pánfilo de Narváez. Mientras a este le daba a entender que muchos del campo de Cortés estaban deseando desertar, a los oficiales y soldados de Narváez con los que pudo hablar les comunicó Olmedo cosas diametralmente opuestas y a todos intentó convencer con la muestra y regalo de objetos de oro y pequeños lingotes —tejuelos, los llama Bernal Díaz—, que habían fundido. Por otro lado, cinco soldados cercanos a la persona del oidor Vázquez de Ayllón desertaron del campo de Narváez y se marcharon a Veracruz, de modo que Sandoval pudo enviar a Cortés nuevos informes de las debilidades de las tropas reclutadas por Diego Velázquez. Por ejemplo: muchos hombres habían sido reclutados a la fuerza por el gobernador de Cuba y se hallaban allá en contra de su voluntad.

Cuando Cortés supo que Narváez se había movido hacia Cempoallan y había recibido el acatamiento de su cacique se convenció de que debía actuar. Y lo hizo con la celeridad de un rayo. Escribió a Velázquez de León y Rangel para que con su gente fuesen a Tlaxcala y lo esperasen allá. Más tarde, Sandoval recibió la misma orden, solo que, en su caso, para encontrarse con las tropas que llevó Cortés a 12 leguas de Cempoallan. También solicitó 4000 guerreros a Tlaxcala, pero, en esta ocasión, declinaron dárselos por entender que se trataba de una pugna entre españoles, no una guerra contra un común enemigo aborigen.<sup>[47]</sup> Y, por encima de las demás decisiones, optó por dejar a Pedro de Alvarado en México-Tenochtitlan con un retén de tropas<sup>[48]</sup> —83 hombres, entre ellos 10 ballesteros, 14 escopeteros y 7 jinetes, y 4 piezas de artillería con toda su pólvora; 130 hispanos, además de auxiliares indios, según otras fuentes; además, los 4 pequeños bergantines quedaron en el lago — con la misión de asegurar la persona de Moctezuma II. Mientras, Cortés, que únicamente disponía de 206 soldados para salir a campaña contra

Narváez —o bien 250 según el propio Cortés—, de ellos solo 5 de a caballo, sin apenas ballesteros ni escopeteros, determinó que sus armas contra Narváez habían de ser la astucia y las picas, pero también repartió entre 5000 y 15 000 pesos de oro entre los suyos. Picas mandó fabricar varios cientos a los indios de Chinantla.

Sin dejar de enviar corredores de campo por diversos caminos para inquirir noticias del contrario, Cortés abandonó la capital mexicana el 10 de mayo de 1520. Ya en ruta se topó con otro enviado de Narváez, el escribano Alonso de Mata<sup>[49]</sup> con cuatro testigos, para leerle y notificarle al capitán general diversos requerimientos.<sup>[50]</sup> Cortés se deshizo de ellos al poco dándoles oro y remitiéndolos al campamento de su antagonista, donde circularon nuevos rumores acerca del botín obtenido por la gente capitaneada por el de Medellín. También le llegaron nuevos desertores, media docena, del campamento contrario. Del grupo cortesiano, y ya se ha mencionado, huyó un soldado, llamado Cristóbal Piñedo, en busca de la gente de Narváez. Supuestamente, Cortés envió tras él a unos indios para que lo mataran, cosa que hicieron.<sup>[51]</sup> Por otra parte, y ya en camino, el caudillo iba arengando a su gente. Según el testimonio de Francisco de Aguilar:

El Capitán algunas vezes nos hazia unas pláticas muy buenas, dándonos a entender que cada uno de nosotros havia de ser conde o duque y señores [...] y con aquesto de corderos nos tornava leones, y yvamos sin temor ny miedo ninguno a un tan grande ejército.<sup>[52]</sup>

Antes de proseguir su acercamiento, Cortés decidió enviar de nuevo al campamento de Narváez al padre Olmedo acompañado por el artillero Bartolomé de Usagre, cuyo hermano era uno de los dos artilleros del bando contrario. Su misión consistió en repartir pequeños lingotes de oro entre los hombres de Narváez, tal vez hasta un total de 20 000 castellanos, se dijo, atraerse a su causa a ambos artilleros y contactar con el socio de Cortés, Andrés de Duero, para que fuese al campamento del de Medellín. También se entrevistó con el propio Narváez, al que volvió a insinuarle el malestar de los soldados de Cortés con el capitán general. Díaz del Castillo sugiere que Narváez intentó trazar un ardid para atrapar a Cortés al convocarlo a un encuentro con Andrés de Duero en unas estancias a medio camino de Cempoallan, donde tendría prevenidos 20 hombres.

Al final, Duero se presentó ante Cortés y, una vez más, este acabó por convencerlo de que informase a Narváez y los suyos de la pretensión de muchos de sus hombres de cambiar de bando. Duero también estaba interesado en saber qué posibilidades económicas había en el territorio, pues



como socio de Cortés tenía mucho que ganar, y se prestó a mantener engañado a Narváez. Aún hubo otra embajada: la de Juan Velázquez de León y un mozo de espuelas, Juan del Río. El primero, al ser familiar de Diego Velázquez, era un personaje susceptible de ser creído en el campamento de Narváez, el cual llegó a hacer un alarde delante de sus tropas para que comprobase con quién se enfrentaban y su potencia. Pero la entrevista acabó tan mal que hubo que separar a Velázquez de León de otro joven familiar del gobernador de Cuba que acompañaba a Narváez, que lo tildó de traidor al igual que a Cortés, pues ambos sacaron sus espadas. Los ánimos estaban a flor de piel, sin duda. Antes de retirarse, Velázquez de León entregó 1000 pesos de oro al segundo de los artilleros de Narváez, Rodrigo Martín, para que la efectividad de los cañones se redujese o fuese nula. En la información contra Cortés levantada en Cuba en 1521, un testigo, Diego de Vargas, aseguró que Velázquez de León compró a Martínez para que «falsease los tiros de pólvora para que no pudiesen hacer mal».<sup>[53]</sup>

Al comprobar la falta de acuerdo, y con la seguridad que le daba el mayor número de tropas, además de su convicción de que muchos soldados de la hueste cortesiana lo abandonarían, Pánfilo de Narváez situó sus tropas a un cuarto de legua de Cempoallan a esperar la llegada de la gente de Cortés, con la mala fortuna de que estuvo lloviendo todo ese día. Las tropas, mojadas y cansadas, se retiraron a sus refugios, no sin que su capitán dejase un retén de 40 caballos patrullando y los cañones situados delante de los aposentos. Un desertor le llevó a Cortés la noticia de las disposiciones de defensa de Narváez, el cual era totalmente ajeno a las muchas conchabanzas que se habían realizado las últimas jornadas. Poco después, las iba a comprobar todas.

Díaz del Castillo reproduce la arenga que Cortés dirigió a los suyos poco antes de entrar en acción. Según su cómputo, disponía de 206 hombres, contando el tambor y el pífano, 5 jinetes y los 2 artilleros, con muy pocos ballesteros y menos escopeteros. Pero con la ventaja de las, al final, 200 picas que había mandado fabricar Cortés a los indios, a las que colocaron puntas de cobre. El capitán general hizo mención a los «más de cincuenta de nuestros compañeros que nos han muerto en las guerras», y al hecho de que si antes habían luchado por sus vidas, ahora lucharían para que no les robasen lo que tantos sudores, peligros, hambre y sed les había costado ganar. Un discurso sencillo, pero no por ello menos efectivo. Quiso dejarles claro que no quería gente osada, sino prudente y hábil en las cosas de la guerra «y saber para bien vencer a los contrarios». Aunque, para que no se confiaran, no les comentó

cosa ninguna de los tratos que había concertado con gentes del bando contrario. Dividió a sus hombres de la siguiente forma: su pariente Pizarro, con 60 efectivos, debía encargarse de atrapar los 18 cañones de Narváez, a sus servidores e impedir que disparasen. Con Pizarro pelearía el cronista Bernal Díaz. Gonzalo de Sandoval con otros 60 hombres tendría por misión tomar prisionero, o matarlo si se resistía, a Pánfilo de Narváez. Velázquez de León y Diego de Ordaz, con otros 60 peones cada uno, debían anular al resto de la oficialidad del contrario y Cortés quedaba con 20 hombres listo para acudir adonde más falta hiciera. Estos son los cálculos de Díaz del Castillo, que se equivoca, pues la suma son 260 hombres. A este nivel, es más fiable el propio Cortés, pues asegura que pudo reunir 250 hombres, a los que dividió en capitanías, solo que Gonzalo de Sandoval dispuso de 80 hombres y no 60; además, Diego de Ordaz no aparece como uno de los capitanes, en cambio, Velázquez de León y Pizarro sí, con 60 hombres cada uno. Eso implicaría que él mismo comandó a los 50 restantes.<sup>[54]</sup>

Francisco de Aguilar es poco exacto en cuanto a las cifras de tropas que se iban a enfrentar, pero aporta muchas otras informaciones: por ejemplo, los hombres que llevó Cortés consigo era gente adicta, joven y fuerte, hechos a la guerra, todos con sus defensas de algodón y las famosas «picas largas tostadas, que había soldado que pasaba una pared de adobes de parte a parte, todos a pie sin temor ni miedo, como valiente capitán y soldados muy determinados a morir por la libertad». Curiosamente, el de Medellín ofreció 1000 pesos en oro al primero que atrapara a Narváez y otros premios en metálico al segundo, tercero y cuarto de sus hombres que acompañaran al primero en dicha tarea. Narváez prometió, en cambio, 2000 pesos a quien matase a Cortés. Con respecto a tales recompensas, Díaz del Castillo asegura que el premio por capturar a Narváez era de 3000 pesos, pero Cortés añadió otra cosa: «dijo que aquello que prometía que era para guantes, que bien veíamos la riqueza que había entre nuestras manos», escribe Bernal Díaz. Por otro lado, la tensión del momento se veía incrementada por la falta de equipamiento militar. De nuevo, Díaz del Castillo señala: «También quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto o capacete o casco o babera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello y todo lo que habíamos ganado».<sup>[55]</sup> Sin duda, no era lo mismo pelear contra indios que contra otros europeos.

En su aproximación a Cempoallan, en noche cerrada y con algo de lluvia, Cortés avanzó con los suyos y alcanzó el río que debía vadear antes de arribar a la ciudad, donde había dos guardas de Narváez, dos desertores de Cortés:



Capacete español, utilizado para proteger la cabeza, junto con morriones y celadas de acero, pues desviaban flechas y piedras. Juan Pizarro, herido en una mandíbula, murió de una pedrada al no poder cubrirse la testa.

Alonso Hurtado y Gonzalo Carrasco. El primero pudo escapar, pero el segundo fue obligado a hablar: le colocaron una soga al cuello y llegaron a colgarlo por tiempo breve para que viera que las cosas iban de veras. Entonces, explicó las disposiciones tácticas defensivas de Narváez. Tras dejar sus caballos en una hondonada bajo la custodia de la Malinche y de Ortega, el paje menor de edad, algunos de los hombres de Cortés se adelantaron y lograron cortar algunas cinchas de los caballos del contrario, cuando Cortés dio orden de avance general

y, en un momento dado, de atacar. El santo y seña de su grupo fue «Espíritu Santo, Espíritu Santo». El de sus rivales «Santa María, Santa María».

De toda la artillería contraria afirma Bernal Díaz que dispararon cuatro piezas y las pelotas pasaron por encima de sus cabezas, salvo una que mató a tres hombres de Cortés. Antonio de Herrera insinúa la disposición del caudillo en el sentido de que sus hombres se arrimaran a las paredes de los edificios para que la artillería, en caso de disparar, enviara los proyectiles en medio de la calle sin causar daños. Tras tomar las piezas, vieron que algunas estaban con el orificio de ignición tapado con cera a causa de la lluvia, lo que también las imposibilitaba para disparar, o bien se ha interpretado que fue efecto de los sobornos pagados a los artilleros. Un testigo en la primera información de Cortés de 1521, Diego de Ávila, aseguró que

oyó decir estando en el real del dicho Narváez como el dicho Fernando Cortés [h]abía enviado dineros a algunas personas [...] al artillero quel dicho Narváez llevaba [...] mil castellanos y a [Francisco] Verdugo [...] 500 pesos de oro [...] y a Baltazar Bermúdez no sabe qué cantidad [...] y al dicho Andrés de Duero dice este testigo que le vio traer una cadena que decían quel dicho Cortés se la [h]abía dado que tiene ochocientos pesos de oro.<sup>[56]</sup>

De hecho, Francisco de Aguilar afirma que las piezas, salvo una, no dispararon por tener la pólvora mojada a causa de la lluvia. López de Gómara considera que, en efecto, fue la diligencia de Cortés en su ataque lo que imposibilitó que los hombres de Narváez disparasen apenas un cañonazo (que mató a dos hombres), pero también era cierto que, por la lluvia, se había cegado con cera el orificio de la pólvora. Y añade: «De aquí tomaron ocasión los vencidos para decir que Cortés tenía sobornado al artillero y a otros». Andrés de Tapia explica el momento con detalle: «[...] el artillero y otros [de Narváez], turbados y sobresaltados, quitaban unas piedras o tejas de sobre los fogones y cebaban sobre la cera, y cuando quisieron poner fuego vimos que los tiros no salían, y ganámoselos [...]».<sup>[57]</sup> El testimonio del piloto y esclavista Juan Bono de Quejo señala la presencia de bastante dinero en el campamento de Narváez suministrado por Cortés y recordaba unas piezas artilleras que disparaban a los templos totonacas, «e mataron ciertos hombres con ella dentro de la dicha yglesia hasta que se rindieron».<sup>[58]</sup>

A pesar de recibir disparos y saetas de las ballestas, los hombres de Cortés no solo no dejaron las artillerías, sino que se defendieron de los caballeros contrarios, hasta veinte, seis o siete de los cuales fueron desmontados. Por seguridad, Narváez y mucha de su gente tenían sus habitaciones en lo alto de una de las pirámides, de modo que los capitanes Sandoval y, más tarde, Pizarro y sus hombres acudieron a pelear a la misma subiendo sus gradas. Jugando con sus picas, que tenían ventaja gracias a su tamaño frente a las partesanas y lanzas de los de Narváez, que no podían herir al contrario sino desde mucho más cerca, los hombres de Cortés se fueron adueñando de la situación hasta que uno de ellos, Martín López, logró encender los techos de paja de las habitaciones que se habían improvisado encima de la pirámide, «y vinieron todos los de Narváez rodando las gradas abajo», explica Bernal Díaz. Para entonces, uno de los piqueros, Pedro Gutiérrez del Valdelomar, acertó a clavar su arma en uno de los ojos de Narváez, que fue hecho prisionero por Pedro Sánchez Farfán. Poco después, la artillería capturada disparaba a los otros templos donde aún peleaban los capitanes de Narváez, como señala el testimonio de Bono de Quejo, para que se rindieran, pues su jefe estaba preso. O no toda la pólvora estaba mojada o bien era pólvora seca que llevaba Cortés.<sup>[59]</sup> Medio centenar de jinetes que abandonaron el lugar para situarse en un campo cercano también se rindieron al poco. Andrés de Tapia apunta asimismo que Cortés aseguró que si los soldados huidos de Narváez no regresaban donde su capitán y se entregaban mataría a todos sus compañeros hechos prisioneros. Y el ardid funcionó.

En esta, más que batalla, refriega, murieron 5 hombres del lado de Narváez —entre ellos 2 oficiales, el alférez Pedro de Fuentes, un hidalgo natural de Sevilla, y el capitán Rojas— y 4 hombres de Cortés, según Díaz del Castillo, el cual apunta que hubo, no obstante, muchos heridos. Para Cortés solo murieron 2 de sus hombres. López de Gómara señala que 16 efectivos de Narváez también sucumbieron y sentenció: «Pocas veces, o nunca por ventura, tan pocos vencieron a tantos de una misma nación; especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados y bien armados». Cervantes de Salazar refiere la muerte de 11 combatientes de Narváez, entre ellos 2 que se le habían pasado de Cortés. Díaz del Castillo señaló otro elemento importante, que demostraría la buena fortuna del de Medellín: al ser noche cerrada «también la oscuridad ayudó; que como hacía tan oscuro, había muchos cucuyos (así los llaman en Cuba), que relumbraban de noche, e los de Narváez creyeron que eran mechas de las escopetas».<sup>[60]</sup> W. Prescott cita la demanda interpuesta por el abogado Ceballos en nombre de Pánfilo de Narváez contra Hernán Cortés años más tarde, donde, entre otras lindezas en contra del de Medellín, expone que en la noche de autos

le mataron quince hombres que murieron de las heridas que les dieron, e les quemaron seis hombres del dicho incendio, que después parecieron las cabezas dellos quemadas, e pusieron a sacomano todo cuanto tenían los que venían con el dicho mi parte, como si fueran moros, y al dicho mi parte robaron e saquearon todos sus bienes, oro e plata e joyas e jaeces, e tres caballos, e tres esclavos negros, e todas las escrituras de deudas que se le debían, e armas e artillería e munición e provisiones e mantenimientos.<sup>[61]</sup>

Ambos contingentes tuvieron que abandonar pronto Cempoallan. Según Cortés, los hombres de Narváez no solo habían robado la urbe, sino que sus habitantes optaron por abandonarla, de modo que no podían mantenerse allá por mucho más tiempo. El caudillo tomó la decisión de dividir a su gente. Narváez y su segundo, el veedor Jerónimo Martínez de Salvatierra, quedaron presos en Veracruz y lo estuvieron los dos siguientes años mientras se completaba la conquista de lo que fue Nueva España. Cortés nombró responsable de los barcos y su cuidado —esta vez no los dio al través— a Pedro Caballero, a quien compró con el oro mexicana, como a todos los demás. Con él quedaron 200 hombres de retén en Veracruz. Con tal de repartir su gente, sobre todo la menos fiable de Narváez, aunque todos se pasaron de manera oficial a la causa cortesiana, este propuso a Velázquez de León que se concentrase en la conquista del Pánuco con 120 efectivos, un centenar de ellos de los de Narváez. Diego de Ordaz tuvo el mismo encargo y los mismos hombres para hacer lo propio en Coatzacoalco, donde se enviarían dos de los

barcos llegados de Cuba y, una vez establecidos allá, se los remitiría a Jamaica para, cargados de animales de granja —yeguas, becerros, cerdos, ovejas y demás—, introducir la cría de estos en un territorio que parecía adecuado para ese fin. Otras fuentes señalan que se destinaron 200 hombres en cada caso y no 120.

Pero una vez incorporados los hombres de Narváez a su gente, se suscitó otro problema. Alonso de Ávila y el padre Olmedo le hicieron ver lo injusto que era premiar a los recién llegados para atraérselos, cuando quedaban los suyos, que tan bien habían peleado, insatisfechos. Esta vez compararon al de Medellín con Alejandro Magno, pero no por su talla de general, sino por su tendencia a «honrar y hacer mercedes a los que vencía y no a sus capitanes y soldados». Bernal Díaz explica, por ejemplo, que hubo de devolver a sus dueños el caballo y las armas que había obtenido en la lucha, consideradas su botín de guerra. No le hizo ninguna gracia. Al mismo tiempo, el retén de Veracruz demandó que se les repartiese entonces su parte del botín, como se había acordado en el momento de partir Cortés al interior del territorio meses atrás. Este no tuvo más remedio que aceptar los hechos y organizó que dos emisarios fuesen hasta Tlaxcala, donde había oro, para repartirlo entre sus hombres. Por cierto, Cortés se deshizo de Ávila en cuanto pudo: lo envió primero a Santo Domingo y, más tarde, de vuelta a la Península a ocuparse de algunos de sus negocios ante los poderosos de la Corte. También supo Cortés recomponer relaciones con el señor de Cempoallan: lo curó de sus heridas, pues alguna recibió en el momento de la refriega con Narváez, pero no dudó en mantenerlo al frente de su señorío, pues aún lo necesitaba.

Ahora bien, no todos los oficiales de Narváez fueron tratados con la misma amabilidad que sus hombres. Los más adictos, como el veedor Salvatierra —quien antes de ser derrotado llamaba al de Medellín «Cortesito» y afirmaba que le cortaría una oreja para comérsela—,<sup>[62]</sup> Pedro de Aguilar, Antonio de Amaya, Juan de Ayllón, Juan de Gamarra o Juan de Casillas, fueron enviados a pie hacia México-Tenochtitlan vigilados por algunos de los fieles del de Medellín. Cerca de Tepeacac fueron asaltados y muertos por tropas mexicas. Incidentes como ese sirvieron meses más tarde a Cortés para lanzar duras represiones sobre determinadas localidades.

Cuando la situación parecía controlada surgió un nuevo problema. Lo vaticinó un nigromante que acompañaba a la expedición: Blas Botello, que se decía hidalgo cántabro y latinista; un astrólogo del que se creía que tenía un pacto con el diablo. Botello le informó a Cortés de que Alvarado se hallaba en grave peligro y que no debía demorarse lo más mínimo, sino emprender

enseguida el camino de vuelta a México-Tenochtitlan para ayudarlo. Al poco llegaron dos emisarios tlaxcaltecas con la misma noticia, pues eran portadores de una carta de Alvarado: se había producido una sublevación, se encontraban cercados en el palacio de Axayacatl y Moctezuma II controlaba la situación a duras penas. Según Cortés, fue su iniciativa la que le llevó a remitir un emisario a la capital imperial, el cual regresó al cabo de doce días con una carta de Alvarado en la que advertía de que se hallaban cercados en sus alojamientos y que había sido la intercesión de Moctezuma ante su gente la clave de que aún siguieran vivos.

No obstante, algunos cronistas dan a entender que quizá Moctezuma II intentó aprovechar la coyuntura para destruir a los supervivientes del enfrentamiento fratricida. Y por eso la columna cortesiana volvió a entrar en la gran urbe poco después. Michel Graulich afirma que el *tlatoani* tenía dispuestos centenares de miles de guerreros para acatar su orden de eliminar a todos los europeos invasores de su territorio. Una vez más, un historiador solvente se deja arrastrar por las cifras, que a menudo se han criticado antes, proporcionadas por los cronistas.<sup>[63]</sup> ¿Es creíble que si Moctezuma II hubiese dispuesto de centenares de miles de efectivos las cosas se hubiesen desarrollado de esa manera? A mi entender, no.

### **Matanza en el Templo Mayor, abril-junio de 1520<sup>[64]</sup>**

**C**uando Cortés tuvo constancia de las terribles noticias que llegaban de México-Tenochtitlan hizo un alarde para saber con cuánta gente podía contar. Para Díaz del Castillo se encontró con algo más de 1300 hombres, contando con los jinetes, que eran 97, 80 ballesteros y otros tantos escopeteros, así como 2000 guerreros tlaxcaltecas. Esas fuerzas pudieron disponerse porque se ordenó el cese de los planes encargados en su momento a Velázquez de León y Diego de Ordaz para el poblamiento del Pánuco y Coatzacoahuac. Tras dejar a buen recaudo Villa Rica de la Veracruz, Cortés prescindió de 30 o 40 soldados para que, en lentas jornadas, desde Cempoallan acompañasen a los heridos y enfermos y parte del fardaje. Y él, con el resto de la gente, puso rumbo al centro del país.

¿Qué había ocurrido mientras tanto en la capital mexicana? Pedro de Alvarado, una personalidad inquieta, había sido elegido por Cortés para vigilar estrechamente a Moctezuma II. Díaz del Castillo nos dejó la siguiente descripción de su persona:



[...] fue de muy buen cuerpo y bien aporcionado, e tenía el rostro y cara muy alegre e en el mirar muy amoroso, e por ser tan agraciado le pusieron por nombre los indios mexicanos Tonatio, que quiere decir el sol; era muy suelto y buen jinete, e sobre todo ser franco e de buena conversación, e en el vestirse era muy polido y con ropas costosas e ricas; e traía al cuello una cadenita de oro con un joyel [...] y un anillo con una esmeralda.<sup>[65]</sup>



*Tzompantli* del Templo Mayor de Tenochtitlan. Se trata de un bastidor de madera o empalizada con calaveras insertadas. Se documenta en varias civilizaciones mesoamericanas y se utilizaba para la exhibición pública de cráneos humanos, por lo general de prisioneros de guerra o víctimas de sacrificios.

Era una tesitura complicada, pues también necesitaba a otros buenos oficiales, como Olid, Ordaz, Velázquez de León o Sandoval para luchar contra Narváez. Puede que no fuera la mejor elección, pero es la que hizo Cortés. Con cualquier otro de los oficiales cortesianos mencionados la situación hubiera sido igualmente complicada. El mundo mexica se estaba tensionando; solo la autoridad autocrática del *tlatoani*, exhibida a lo largo de dieciocho años de reinado, ayuda a entender que se pudiese aguantar en el reducto en que se transformó el palacio de Axayacatl durante tantos días de asedio, habida cuenta de la enorme población que habitaba el entorno del lago Tetzaco. Pero la autoridad de Moctezuma II se veía denostada día a día por muchos de sus compatriotas, quienes habían visto pisoteados sus ídolos, ninguneado a su emperador y engañados todos, pues ni los castellanos parecía



que se fueran a ir, como Cortés había prometido, sino que, además, llegaban en mayor número.

En ese clima, si no abiertamente hostil, sí de creciente disgusto, el funcionamiento diario del imperio debía mantenerse a toda costa, en especial el culto a los dioses. Los mexicas solicitaron a Alvarado poder celebrar una fiesta solemne, como era costumbre, en el mes de tóxcatl<sup>[66]</sup> a los dioses Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, que coincidía con el 20 de mayo. Cortés y su gente, recordemos, hacía diez días que habían abandonado la ciudad. Alvarado concedió el permiso, que ya se le había solicitado a Cortés antes de partir de la urbe, siempre que no se realizasen sacrificios humanos y no se portasen armas. Se juntaron unos 600 —quizá un millar— notables de la ciudad en el Templo Mayor para festejar el solemne baile portando los tocados y joyas oportunos para tal acto. Se trataba, también, de guerreros de las órdenes de los águilas y de los jaguares, ataviados con sus trajes de ceremonia. Cervantes de Salazar hace la siguiente descripción de los participantes:

Salieron al baile desnudos en carnes y sin cutaras, cubiertas solamente sus vergüenzas, pero sobre las cabezas y pechos muchas piedras y perlas que entonces no las había sino muy raras, collares a las gargantas, cintas de oro colgando sobre los ombligos, muchas piedras y brazaletes muy ricos a las muñecas, con muchas chapas de oro y plata sobre los pechos y espaldas y cabezas y manos, presciosos y ricos penachos.

Sin duda, no se esperaban la terrible reacción del lugarteniente cortesiano. Alvarado pudo actuar por diversos motivos: en su descargo dijo que había sabido que el motivo de la celebración era, en último extremo, preparar un motín contra los castellanos —y contra Moctezuma II, de hecho— y que cerca del gran templo se hallaban escondidas muchas armas.<sup>[67]</sup>

Se alegaron otros indicios de traición. En los días previos al terrible suceso que se avecinaba los castellanos notaron una mayor frialdad de trato con los mexicas: retiraban el suministro de comida —curiosamente, lo mismo que ocurriera en Cholula—, una de sus sirvientas apareció ahorcada y se hacían preparativos extraños en la ciudad relacionados con la religión. Un testimonio, el de Juan Álvarez, señaló que los mexicas estaban preparando un motín y para ello se propusieron sacrificar dos personas a Huitzilopochtli. Ambas fueron rescatadas por Alvarado y los suyos, quien, mediante tortura, obtuvo la confesión de que en un plazo de veinte días se levantarían contra ellos. En ese momento, Alvarado decidió aprovechar cualquier oportunidad para golpear primero. Según Álvarez, este le habría dicho una vez producida la matanza: «[...] voto a Dios que hemos dado en estos bellacos, pues ellos

nos querían dar comenzamos nosotros los primeros». En ese momento Alvarado también comentó que habían matado muchas personas, pero con imprecisión, pues habló de 2000 o 3000 masacrados.<sup>[68]</sup>



Guerrero águila o *cuauhpilli*. En los estratos sociales mexica, la mayor parte eran simples guerreros. Pero los mejores, aquellos que capturaran 4 o 5 enemigos, entraban a formar parte de los guerreros águila, el único cuerpo de élite abierto a todas las clases sociales.

También se ha considerado que los aliados tlaxcaltecas influyeron en el ánimo de Alvarado al reclamarle el ataque preventivo —el cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl daba esta explicación por válida—,<sup>[69]</sup> así como que la visión de tantas joyas portadas por los notables mexicas en aquella ocasión, cuando, no olvidemos, algunos días antes hubo polémica a causa del botín que Cortés estaba consiguiendo y cómo se repartiría, tal vez obnubiló de tal manera a Pedro de Alvarado como para que este ordenase pasar a cuchillo a los danzantes. De hecho, un conquistador, Nuño Pinto, le cortó la nariz de oro a la estatua de Huitzilopochtli en el transcurso de la matanza. Sentado esto, sin dudar de la codicia de Alvarado: este, como oficial, ¿no habría recibido más parte de botín que la mayoría de los hombres? ¿Acaso el tesoro hallado en el palacio de Axayacatl no era un botín suculento? ¿No era pródigo Moctezuma a la hora de repartir dádivas entre sus captores? ¿Cortés no le habría perdonado ya varios excesos relacionados con la búsqueda y apropiación de riqueza por su cuenta?

Por todo ello, ¿no pudo ocurrir, además, que, en una situación extrema, de máxima tensión, Alvarado reprodujera la experiencia de Cholula? José Luis Martínez lo da por hecho.<sup>[70]</sup> Tzvi Medin ve posible que la matanza incluso hubiese sido planificada por Hernán Cortés antes de abandonar la ciudad,<sup>[71]</sup> o bien que el propio Cortés, según el testimonio de fray Diego Durán, estuviese en Tenochtitlan cuando ocurrió<sup>[72]</sup> y, por tanto, él es, también, responsable directo de la misma. Sea por un motivo u otro, lo cierto es que, como se ha visto, en aquella primera oportunidad (Cholula), una gran matanza en el interior de la ciudad solucionó el problema. Ya se ha mencionado que ciertos testigos del juicio de residencia de Alvarado aseveraron que tres prisioneros de los mexicas, quienes iban a ser sacrificados, presumiblemente, al ser liberados por los españoles bajo tortura les dijeron que los mexicas pensaban atacarles en breve plazo. No se entiende el empleo de la tortura entre personas liberadas de su cautiverio para que facilitasen información. Sí, en cambio, en el caso de dos familiares de Moctezuma, los cuales, tras ser martirizados, aseguraron que el ataque estaba ya organizado. Una fuente indígena, el *Códice Aubin*, recoge que Moctezuma dio la orden de celebrar la fiesta para intentar mantener la más estricta normalidad; pero uno de los miembros de la élite mexica exigió que se le comentara a Alvarado el motivo de la

celebración y su desarrollo, «no nos pase lo de Cholula, que ya reunidos los mataron en montón, y bueno es que guardemos un buen número de escudos». Moctezuma lo desautorizó al alegar que no estaban en guerra.<sup>[73]</sup>

Sea como fuere, en aquel momento Alvarado tenía ante sí a buena parte de la élite mexica —entre 700 y 1000, según Cervantes de Salazar; 300 o 400 danzantes, más 2000 o 3000 espectadores, según el testimonio de Vázquez de Tapia en el juicio de residencia de Alvarado—, desarmada y en un lugar que podía cerrarse: la plaza del Templo Mayor. Según López de Gómara, Alvarado colocó a 10 o 12 castellanos en cada una de las puertas de la plaza y con 50 de sus hombres realizó una tremenda carnicería —son estas palabras de Cervantes de Salazar— entre los mexicas, quitándoles sus adornos.<sup>[74]</sup> Bernal Díaz siempre creyó en el ataque preventivo —«[...]verdaderamente dio en ellos por meterles temor, e que con aquellos males que les hizo tuviesen harto que curar y llorar en ellos»— y en la total inocencia de Moctezuma II quien, de hecho, en los siguientes días procuró apaciguar los ánimos de los mexicas. La descripción del hecho por parte de Bernardino de Sahagún es tremenda:

Los españoles [...] salieron de donde estaban y tomaron todas las puertas del patio, porque no saliese nadie, y otros entraron con sus armas y comenzaron a matar a los que estaban en el areito [baile]. Y a los que tañían les cortaron las manos y las cabezas, y daban destocadas y de lanzadas a todos cuantos topaban, y hicieron una matanza muy grande. Y los que acudían a las puertas huyendo, allí los mataban. Algunos saltaban por las paredes; algunos se metían en las capillas de los cúes. Allí se echaban y se fingían muertos. Corría la sangre por el patio como el agua cuando llueve. Y todo el patio estaba sembrado de cabezas y brazos y tripas y cuerpos de hombres muertos. Y por todos los rincones buscaban los españoles a los que estaban vivos para matarlos.<sup>[75]</sup>

Y la que nos proporciona en el *Códice Ramírez* no es menos brutal:

Lo primero que hicieron [los españoles] fue cortar las manos y las cabezas de los tañedores y, luego, comenzaron a cortar en aquella pobre gente sin ninguna piedad cabezas, piernas y brazos, y a desbarrigar sin temor de Dios. [Murieron casi todos,] unos hendidas las cabezas, otros cortados por medio, otros atravesados y barrenados por los costados. Unos caían luego muertos, otros llevaban las tripas arrastrando huyendo hasta caer [...] Fue tan grande el derramamiento de sangre que corrían arroyos por el patio [...] Estaba el patio con tan gran lodo de intestinos y sangre que era cosa espantosa y de gran lástima ver tratar así la flor de la nobleza mexicana, que allí falleció casi toda.<sup>[76]</sup>

Es factible que muriesen entre 300 y 600 personas. Según B. Vázquez de Tapia, en el juicio de residencia de Cortés, fueron masacradas 400 personas.<sup>[77]</sup>

Los mexicas, en cualquier caso, se rebelaron contra los hispanos y sometieron el palacio de Axayacatl, donde se hallaba recluido Moctezuma al cuidado de Alvarado —que había sido fortificado por Cortés antes de su salida de México-Tenochtitlan con unos mamparos donde colocaron cuatro cañones; además había dejado una buena provisión de maíz, gallinas de la tierra y otros bastimentos—, a diez días de sitio, muriendo algunos hispanos —al menos siete, le escribió Alvarado a Cortés; solo tres según otras fuentes —, pero también muchos mexicas a causa, entre otros motivos, de algún disparo de artillería, cargada con pelota y perdigones, que hizo blanco justo entre la masa de atacantes. Díaz del Castillo lo comenta como si de un milagro se tratase: Alvarado «mandó poner a un tiro, que estaba cebado, fuego, el cual tenía una pelota y muchos perdigones», pero no disparó; ante el avance de los mexicas, el capitán español salió a pelear contra ellos y cuando se vio obligado a retroceder abrumado por su número, «entonces, sin poner fuego al tiro salió la pelota y los perdigones y mató muchos indios». A los diez días de lucha iniciales le siguió un bloqueo riguroso.

El papel apaciguador de Moctezuma II, y las noticias de la victoria de Cortés en la costa y su rápida marcha hacia la ciudad con nuevos refuerzos, frenaron los ataques mexicas. Según un testimonio, el *tlatoani* fue obligado por Alvarado a sosegar a los suyos hablándoles desde una terraza del palacio tras ponerle un puñal en el pecho. Solo así se puede entender que el día de san Juan de 1520, Cortés entrara en México-Tenochtitlan y se encontraría vivos a Alvarado, Moctezuma II y el resto de su gente. Aunque la situación había cambiado irremediabilmente. Otra posibilidad es que los mexicas, por órdenes del *tlatoani*, les dejasen entrar para poder acabar con ellos dentro de su ciudad, donde pensaron tener más posibilidades de victoria.<sup>[78]</sup> Sin duda, aunque no se habían medido con ellos, ya habían circulado de manera profusa numerosas noticias acerca de la pericia militar de los invasores en batallas campales como Centla y las libradas con los tlaxcaltecas y sin contar cómo habían derrotado a las fuerzas superiores de Narváez. Quizá por ello la opción táctica mexicana de luchar en un combate urbano era correcta.

En la opinión de Francisco de Aguilar, Moctezuma II había sido el instigador de todo el asunto, pero al conocer la victoria de Cortés ante Narváez dio marcha atrás y mandó cesar los ataques.<sup>[79]</sup> Años más tarde, para rememorar esta triste hazaña de Pedro de Alvarado, Juan Suárez de Peralta sentenciaba: «Con ebidencia se puede creer que la causa de venir a los españoles tantos trabajos, echados de la quietud que tenían en México y privados del serbicio de los yndios y regalos de comidas, fue esta crueldad [la

matanza del templo]».<sup>[80]</sup> Pero en aquellos momentos, a Cortés no le hubieran servido las recriminaciones a Alvarado por lo sucedido, ya que debía afrontar un levantamiento general mexica del que acabó culpabilizando a los propios aborígenes, a Diego Velázquez y Pánfilo de Narváez, mientras que estaba obligado a mantener buena sintonía con todos sus hombres, tanto con los que se habían quedado en la ciudad como con los recién incorporados. López de Gómara lo resumió a la perfección: «Cortés, aunque lo debió sentir [la matanza ordenada por Alvarado], disimuló para no enojar a los que lo hicieron, pues estaba en tiempo en que los iba a necesitar mucho, o para contra los indios o para que no hubiese novedad entre los suyos».<sup>[81]</sup> En 1521, Diego Velázquez aprovechó la matanza para, a su vez, reunir informaciones y culpabilizar a Cortés y sus más allegados de todos los males acontecidos a partir de la llegada de Pánfilo de Narváez a Veracruz. Ese duelo tampoco debemos olvidarlo a la hora de evaluar los testimonios del momento.<sup>[82]</sup>

En cualquier caso, tras la matanza perpetrada por Alvarado se podría decir que la reacción de la élite mexica superviviente, incluidos los sacerdotes agraviados por las medidas de Cortés acerca de sus cultos ancestrales, pero también de los sectores populares, fue la de una auténtica guerra civil. Ahora el enemigo no solo era el grupo hispano, sino también los seguidores —y los sirvientes— de Moctezuma II. Tzvi Medin cita los *Anales históricos de Tlatelolco* donde se lee: «[...] los tenochcas empezaron a matarse entre ellos. Cuando los tenochcas se sintieron perdidos, sencillamente se querellaron entre ellos, se mataron entre ellos [...]», pero fueron los sacerdotes los que ordenaron la muerte de los familiares y sirvientes del *tlatoani*.<sup>[83]</sup> Previamente, este texto nos da idea del momento inicial de la lucha fratricida pues, sin solución de continuidad, pasa de la matanza perpetrada por Alvarado y los suyos a la de los colaboracionistas:

Nos atacaron, nos masacraron durante tres horas, masacraron a las gentes en el patio del templo. Enseguida, entonces, penetraron en el edificio para matar a todo el mundo, a los que llevaban el agua, a los que habían llevado la comida para los caballos, a los que molían el maíz, a los que barrían la tierra, a los que montaban guardia.<sup>[84]</sup>

Los informantes del padre Sahagún le comentaron que en dichas jornadas, todos aquellos que llevaban comida al grupo conquistador y eran atrapados morían ejecutados; se detectan posibles rencillas previas que fueron resueltas entonces al acusar a determinadas personas de haber ayudado a los españoles los meses anteriores; sobre todo eran presas fáciles los sirvientes o pajes de Moctezuma II por portar bezotes de cristal en el rostro, su señal distintiva, o

bien por ir vestidos con una manta delgada, llamada *áyatl*, la librea de los pajes del *tlatoani*.

En total, tras la masacre, los mexicas lucharon durante una semana contra los españoles —o diez días, según otras versiones— y sus sirvientes aborígenes, todos ellos cercados, si bien el bloqueo del palacio de Axayacatl se prolongó veintitrés días. «Y [en] este tiempo ensancharon y ahondaron las acequias, y atajaron los caminos con paredes, y hizieron grandes baluartes para que no pudiessen salir los españoles por ninguna parte», señalaron los informantes del padre Sahagún.<sup>[85]</sup>



## Salvar obstáculos, junio-diciembre de 1520

### La Noche Triste y la batalla de Otumba<sup>[1]</sup>

**C**uando, enterado de las dificultades de Pedro de Alvarado en México-Tenochtitlan, Hernán Cortés y su hueste pusieron rumbo de vuelta a la capital mexicana, sin duda no esperaban que fueran a pelear por su vida con un denuedo tal como no lo habían hecho hasta entonces. De entrada, emprendieron el camino de regreso tan a la desesperada, que apenas si llevaban provisiones de boca y agua, cuando ahora era mucho más nutrido el contingente que viajaba hacia Tlaxcala en comparación con el de un año atrás. Cortés comisionó a dos soldados, Juan Márquez y Alonso de Ojeda, para que se adelantasen y buscasen alimentos en el señorío aliado. Así lo hicieron. Al poco, Ojeda regresaba con 1500 *tamemes* cargados de bastimentos para regocijo de Cortés, que se había adelantado para saber nuevas de ellos. Más tarde, Ojeda topó con otro soldado, Santos Fernández, el cual le señaló «cómo la gente toda a trechos venía ya muy hambrienta y necesitada, tanto que si no se daba prisa morirían algunos de sed». Es decir, que Cortés se equivocó totalmente en esta ocasión a la hora de valorar la logística necesaria para un viaje tan precipitado por trascendente. Puso en riesgo la vida de muchos de sus hombres. Cervantes de Salazar lo confirma:

Prosiguiendo Ojeda su camino, era lástima de ver cómo aquí topaba con uno, allí con dos, acullá con tres y cuatro, unos caídos, otros que no podía andar, otros tan enflaquecidos que apenas podían echar la palabra de la boca, porque, como venían a pie e por despoblado y les faltó la comida y el agua, creyendo que les sobrara lo que al principio les habían dado, venían despeados, hambrientos y muertos de sed.

Poco a poco, iba topando con pequeños o grandes grupos y los iba asistiendo. En un momento dado, otros dos peones, Juan Magallanes, portugués, y Diego Moreno, llegaron con *tamemes* desde Tepeacac, con lo cual el suministro quedó más asegurado. Por último, Ojeda y Diego Moreno, mientras sus compañeros quedaban atrás para dar de comer a los contactados, se adelantaban para topar con la retaguardia, dirigida por Gonzalo de Alvarado, que tenía la importante misión de transportar la artillería.

Una vez llegados todos ellos a Tlaxcala, acabaron de recomponerse y, pocas jornadas más tarde, arribaron una mañana a Tetzaco. El recibimiento fue muy frío, pues apenas había nadie en las calles. Cortés decidió descansar cuatro días antes de entrar en México-Tenochtitlan, lo que indicaría el sufrimiento pasado en el camino, y entonces llegó una canoa con dos españoles, Santa Clara<sup>[2]</sup> y Pedro Hernández, quienes informaron de que ya hacía trece días que no se peleaba en el entorno del palacio de Axayacatl. Esa información llevó al caudillo a decidirse por entrar en la ciudad con su gente.

Tras rodear el lago, Cortés y los suyos accedieron al centro de la urbe por la calzada de Tlacopan, la más corta. Era mediodía.<sup>[3]</sup> Al atravesar uno de los numerosos puentes, uno de los jinetes, Solís, no pudo impedir que su montura metiera una de sus patas entre dos maderos y se la partió, por lo que el animal quedó colgando del puente. El nigromante Botello y todos aquellos que lo quisieron escuchar dijeron presto que se entraba en la ciudad con mal pie. Pero Cortés hacía de tripas corazón y no quería hacer caso de los malos agüeros, aunque había muchas señales de sedición: hallaban comida, pero no gente dispuesta a servirles; cuando había vecinos, sus caras delataban poca amistad y numerosos puentes que unían calles y unas casas con otras se hallaban alzados. En la crónica de Francisco de Aguilar, este asegura que a Cortés algunos de sus oficiales le dijeron que no les parecía buena idea entrar en la capital mexicana tras los acontecimientos pasados, sino que sería mejor hacer venir a Moctezuma II, Alvarado y su gente a cualquiera de las ciudades del entorno del lago, en tierra firme, donde se podrían defender mejor que no dentro de una ciudad llena de canales y con tantos puentes levadizos. Pero Cortés no escuchó.

Como se ha dicho, el día de san Juan de 1520 entraba Cortés de nuevo en México-Tenochtitlan. La entrada fue pacífica. Según los informantes del

padre Sahagún, los mexicas se retiraron y cesaron cualquier hostilidad para dar a entender que no había guerra por entonces y que, en todo caso, no habían sido ellos los causantes de esta. Lo que, por otro lado, era cierto.<sup>[4]</sup> La alegría de Cortés y los suyos por alcanzar el centro de la ciudad y contactar con los suyos se sancionó con una descarga de artillería. Aunque las albricias duraron poco. Por cierto, ¿se trataba de atemorizar una vez más a los aborígenes con dicha descarga? ¿Disponía Cortés de pólvora suficiente para malgastarla de esa forma, o lo daba por bueno dado que era parte de su estrategia psicológica de amedrentamiento?



Después de los acontecimientos vividos hacía un mes, cuando se asesinó a los danzantes del Templo Mayor, dos familiares de Moctezuma, Cuitláhuac,<sup>[5]</sup> señor de Iztapalapa, y Cuauhtémoc, señor de Tlatelolco, pasaron a liderar desde entonces la lucha contra el invasor. El primero tuvo que ser liberado, pues estaba preso desde antes de la salida de Cortés hacia Cempoallan, a cambio de suministros. Pero no regresó. Fue el encargado de reunir un gran consejo para decidir la guerra contra el invasor, dirigida por él mismo, y procurar el rescate del *tlatoani* preso. Tras la muerte de este fue el nuevo señor de los mexicas, pero murió a causa de la epidemia de viruela desencadenada en los últimos meses de 1520.<sup>[6]</sup>

Fray Juan de Torquemada resumió buena parte de los argumentos esgrimidos por entonces para explicar el cambio de suerte de los españoles en México-Tenochtitlan:

Muchos han dicho haber oído decir a Fernando Cortés que si en llegando visitara a Motecuhzuma sus cosas pasaran bien y que lo dejó estimándole en poco por hallarse tan poderoso. Muchas causas dijeron a Cortés que habían movido a los mexicanos para alterarse; unos decían que por lo que contra él escribió Narváez; otros porque se fuesen de la ciudad y libertar a Motecuhzuma; algunos que por ocupar el oro, plumería, ropa y joyas que tenían los castellanos, que se estimaba en más de setecientos mil ducados; otros que por no ver allí a los tlaxcaltecas, sus mortales enemigos, y por haberles derribado sus ídolos, introduciendo nueva religión.<sup>[7]</sup>

Todo lo que el de Medellín hubiera prometido a los hombres de Narváez estaba en entredicho: la ciudad era magnífica, pero ya no obedecía los deseos de Cortés a través de Moctezuma II. La sensación de hallarse rodeados por aquel magma humano a punto de explotar debía de ser terrible. Al poco, llegó un soldado malherido —Antón del Río para Cervantes de Salazar— procedente de Tlacopan, donde habían quedado algunas indias, entre ellas una hija de Moctezuma, que se habían concedido al propio Cortés para reafirmar los pactos realizados, con la noticia de que la ciudad se alzaba en armas y se había deshecho un puente. En la crónica de fray Juan de Torquemada, Del Río había sido enviado a Cempoallan para informar de lo sucedido en la capital mexicana y solicitar el envío de ayuda, pero, a la altura del mercado de Tlatelolco, se vio rodeado y, espada en mano, pugnó para regresar a los aposentos fortificados.

En breve plazo, pues, los españoles se vieron sitiados en el interior de aquella inmensa urbe, pues los mexicanos construyeron albarradas en muchas calles adyacentes al palacio de Axayacatl para constreñir aún más al grupo hispano. El de Medellín envió a cinco jinetes por las mismas calles por donde había avanzado Del Río y comprobaron que muchos puentes estaban parcialmente demolidos. Al volver al palacio de Axayacatl por otras callejuelas, encontraron a buena parte de la población subida a las azoteas contemplándolos mientras hacían gestos amenazadores y les señalaban los puentes destruidos.

Otra jornada fueron comisionados Alonso de Ojeda y Juan Márquez para buscar suministros. En su ruta, lograron sortear un puente derruido rellenando la acequia a base de arrojar adobes, esteras y otros materiales que improvisaron, un precedente de lo que se les vino encima durante el sitio un año más tarde. Tras encontrar una albarrada que les cerraba el paso, hubieron de retroceder por otras callejuelas con riesgo de perderse a no ser por un tlaxcalteca que les guio. Al poco, comenzaron a surgir mexicas por todas partes, con gran griterío, y, lo peor, llenando las azoteas. Cortés había enviado gente al Templo Mayor, desde donde seis de sus hombres vigilaban el entorno

de la ciudad; al percibir la situación dieron la voz de alarma. Al regresar a toda prisa Ojeda y Márquez al palacio de Axayacatl, el de Medellín envió a la lucha a varias decenas de hombres para frenar a los mexicas quienes, sin temor alguno, se echaban encima de los españoles, que los abatían con sus espadas. Se peleó toda la jornada. Ya en aquellos lances Cortés enviaba gente a deshacer las albarradas para que pudiesen evolucionar los caballos, pero también se vio que su punto débil era la posibilidad de atacarlos desde las azoteas, desde donde podían arrojarles piedras y otros proyectiles. También se percibió el valor de las ballestas y las escopetas, capaces de matar a distancia a los guerreros mexicas encaramados en las mismas.

En las jornadas siguientes, los oficiales de Cortés —Sandoval, Velázquez de León y otros caballeros— hicieron algunas salidas, incluso alcanzaron un grupo importante, 140 hombres, tierra firme, más allá del lago, en Tlacopan, pero no pudieron sino regresar a sus aposentos fortificados. Quizá hubieran podido salir todos entonces, aunque no sin problemas. Según fray Juan de Torquemada, en el retorno de Tlacopan se percibió que los jinetes eran poco útiles pues no podían moverse con ligereza al ser acometidos por tantos indios en un lugar estrecho. Aunque eso no fue óbice para que Cortés en persona en una ocasión salvase a Andrés de Duero de una muerte segura, arrebatándoselo a los mexicas cuando ya lo tenían preso, y en otra rescató a cinco caballos ya a merced del contrario, si bien no pudo evitar la muerte de Juan de Soria.<sup>[8]</sup>

Tuvieron que resistir cinco días de ataques continuados, apenas haciendo mella en el contrario los disparos de la artillería hispana, trece falconetes a decir de López de Gómara, tal era su número. Un exaltado, casi emocionado, P. Mártir de Anglería escribe: «Aunque de cada cañonazo caían traspasados diez á veces doce de ellos, y saltaban sus miembros por el aire, no por eso cejaban. A estilo de los germanos y suizos, al punto cerraban la falange por cualquier parte que habían abierto brecha las balas».<sup>[9]</sup>

En una de dichas salidas, Diego de Ordaz comandaba un contingente de 200 hombres —o 400 según Díaz del Castillo, que parecen muchos— que fue copado por los mexicas, que atacaban por todos los lados e, incluso, desde las azoteas, como se ha señalado. Fernández de Oviedo, al relatar estos lances, no dejó de anotar que Cortés comenzó ya a quemar las casas desde donde se les hostigaba con el lanzamiento de todo tipo de proyectiles desde las terrazas. Aunque tampoco los mexicas aflojaron su presión al ver sus moradas derruidas, más bien al contrario.<sup>[10]</sup> Ordaz, que tuvo ocho muertos y muchos heridos en los primeros compases de la lucha, solo pudo ir retrayéndose hacia el alojamiento de los hispanos a fuerza de que todos sus hombres pelearan

hasta la extenuación, formados en escuadrón, mientras los mexicas, como dice Díaz del Castillo, «aunque les matábamos y heríamos muchos dellos, por las puntas de las picas y lanzas se nos metían» y no cejaban en su presión, tal era su odio al invasor. Al final, Ordaz contabilizó aquella jornada 23 muertos.

Al día siguiente hubo otras 10 o 12 bajas hispanas. También se perdieron 2 piezas artilleras que los mexicas lanzaron a una acequia, explica Cervantes de Salazar, quien asegura que ese día se llevaron a rastras a un español a la vista de sus compañeros para sacrificarlo. Díaz del Castillo informa, por ejemplo, de la muerte de gente señalada, como el soldado Juan de Lezcano, «que con un montante había hecho cosas de muy esforzado varón». Esos decesos debían de afectar mucho a la moral del grupo. Por otro lado, parecería que Cortés y los suyos no se esperaban una resistencia mexicana tan feroz, pues la pusilanimidad demostrada por los mismos hasta entonces así parecería indicarlo. Ello explicaría, por ejemplo, que el caudillo no dudase demasiado en introducir a su gente en tamaña ratonera.

Otra opción de los mexicas fue intentar pegar fuego a los aposentos del palacio y, ante el peligro de ahogamiento por el humo, se optó por derrocar unos muros y con la tierra apagar los incendios declarados, así como atajar con escombros otras salas por donde podría propagarse el fuego. Un conquistador, Diego Valdés, rememoró en una probanza de méritos de Tlaxcala, en la década de 1570, que los aliados de Cortés apagaron fuegos aquellos días «mojando sus mantas».<sup>[11]</sup> Además, los mexicas intentaban hacer agujeros, «portillos» dice Díaz del Castillo, para poder entrar por diversas partes del recinto. Así se peleó todo un día, cuando los suelos de los patios del palacio estaban llenos de piedras de las hondas, varas y flechas que lanzaban hora tras hora. Fernández de Oviedo explicó el episodio de manera muy gráfica: «ó si no fuera por la mucha guarda que allí se puso de escopeteros é ballesteros é algunos tiros de pólvora, les entraran á escala vista sin que se pudieran resistir». Es decir, que atajaron los posibles accesos al palacio como si de brechas abiertas en una fortaleza se tratara, y levantaron cortaduras desde dentro del recinto palaciego. Por la noche, se cerraron los «portillos» y se curaron los heridos. Al día siguiente, los mexicas procuraron atacarlos de manera más firme, pero apenas lograban hacer mella en el contrario, aunque este les mataba 30 o 40 hombres en cada arremetida. Al leer las páginas de Bernal Díaz se aprecia la dimensión del conflicto urbano, mucho más complicado y peligroso que las batallas habidas con los tlaxcaltecas. No faltó el momento en el que el cronista no pudo dejar de decir:

[...] porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con

nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos, y contra la artillería del rey de Francia ni del Gran Turco.

En aquel segundo día cayeron 10 o 12 soldados y casi todos los demás acabaron heridos. Fernández de Oviedo aventura algunas cifras: 80 heridos el primer día, 60 el segundo. Y añade un tema fundamental: para Cortés, cada uno de sus soldados europeos representaba 300 del enemigo, por eso era todo lo cauto que podía en su táctica defensiva y procuraba conservarlos con vida. Como es obvio, los mexicas podían permitirse tener muchas más bajas. Pero todo tiene un límite.

Hasta entonces, para protegerse lo mejor posible, cada escopetero o balletero era cubierto por un rodadero, pero el lanzamiento de proyectiles de todo tipo por parte de los mexicas era abrumador. Así, mientras recargaban sus armas los protegían y luego procuraban disparar y matar a los contrarios que los atacaban desde las azoteas. En otras ocasiones, se veían obligados a apuntar sus cañones directamente a las azoteas vecinas para limpiarlas de enemigos. Sin duda, la artillería debió de causar estragos cuando se disparaba contra masas compactas de gente, pero no era suficiente ante un número abrumador de combatientes contrarios. De manera muy gráfica, Cervantes de Salazar explica que los cañones, al ser disparados, abrían una «calle destrozando y matando indios, cuando luego se tornaban a juntar hasta llegarse a las bocas de los tiros». El artillero Mesa hizo maravillas no solo disparando, sino también defendiendo sus piezas de los avances del enemigo. López de Gómara afirma: «Como fue día, fueron sobre ellos más indios y más recio que el día antes; tanto, que los artilleros sin asestar jugaban con los tiros». No obstante, en ese tipo de lucha eran más efectivas armas como la ballesta. Los informantes del padre Sahagún declararon que los balleteros «[...] bien sabían en dónde la flecha clavaban; veían bien en aquellos en quienes lanzaban sus dardos. Y el venablo al ir volando iban como zumbando, iban rezumbando ruidosas, muchas de ellas silvaban. Y no hubo dardo que no diera en su blanco».<sup>[12]</sup>

En vista de la situación, para dos días más tarde se concertó que, para evitar tantas bajas por flechazos y pedradas, se fabricasen «cuatro ingenios a manera de torres» según Díaz del Castillo —solo tres para López de Gómara, que sigue la relación del propio Cortés, «tres ingenios de madera, cuadrados, cubiertos y con sus ruedas, para llevarlos mejor», escribió el religioso—, también llamados mantas o manteletes,<sup>[13]</sup> para guarecerse en cada uno de ellos hasta 25 hombres —cifra rebajada a 20 para Cortés y López de Gómara,

aunque algún otro cronista la sube a 30—, ballesteros y escopeteros, además de zapadores. Apoyados por 4 artillerías, su misión era tomar las azoteas y derrocar las casas cercanas y las albarradas construidas en las calles y evitar así la presión y el atrincheramiento del contrario cerca de los aposentos hispanos, al tiempo que abrían claros para poder ver mejor por dónde los atacaban; también debían cegar algunos canales con los materiales disponibles una vez las casas habían sido derribadas por idéntico motivo, es decir, para poder evolucionar y expulsar al contrario de las cercanías del palacio de Axayacatl. Con las torres saldrían el resto de los ballesteros y los escopeteros, amén de la artillería y efectivos a caballo.

El tiempo que se tardó en fabricarlas lo emplearon también en cerrar los huecos que porfiaban en seguir abriendo en los muros del palacio, mientras se fortalecían los lienzos por dentro, cuando eran atacados por 10, 12 o 20 partes a la vez. Así, los hombres se habían de repartir por todas las salas para evitar ser sorprendidos. Casi todos los cronistas consignan el griterío enorme de los mexicas al iniciar sus ataques, una fórmula para darse brío en el combate próximo, pero que también tenía un efecto psicológico en el ánimo del contrario.

López de Gómara consigna en su relato una salida con las torres, 4 piezas de artillería, 500 españoles y 3000 tlaxcaltecas, pero no se consiguió gran cosa. Los ingenios se arrimaron a unas azoteas cercanas a uno de los puentes y se subió por unas escalas que se habían confeccionado para asaltarlas, pero les lanzaron tantas piedras desde arriba que se destruyeron los ingenios y murió un español. Tuvieron que retroceder. Díaz del Castillo deja muy claro que en un combate urbano como aquel, la caballería era de poco provecho, no solo por el mucho daño que podían recibir merced a los flechazos, las pedradas y los lanzazos que les daban, sino porque los mexicas tenían la opción, cuando los iban alcanzando, de dejarse caer «a su salvo en las acequias y laguna, donde tenían hechos otros reparos para los de a caballo; y estaban otros muchos indios con lanzas muy largas para acabar de matarlos». Con todo, avanzaron hasta la zona del Templo Mayor, pero allá los caballos tampoco les eran de demasiada utilidad, pues «había unas losas muy grandes, empedrado todo el patio, que se iban a los caballos los pies y manos; y eran tan lisas que caían», escribió Díaz del Castillo. De nuevo, a pesar de la mortandad que causaban las armas europeas, siempre había más guerreros de refresco para ocupar el lugar de los caídos, para desazón de nuestro cronista.

Poco a poco, quien más quien menos se fue dando cuenta de que aquella era una nueva forma de hacer la guerra. Nadie estaba preparado para ella. No



se luchaba en campo abierto contra fuerzas convencionales; no se trataba de una cabalgada típica de la Edad Media; no se pugnaba en el entorno de una fortificación, pues no se trataba de un asedio. Tampoco la ciudad tenía murallas exteriores. Era el bloqueo de una especie de ciudadela improvisada que degeneró en una batalla urbana, con el agravante de que la existencia de canales, acequias y los consiguientes puentes dificultaban los movimientos tácticos. Los mexicas disponían de numeroso armamento arrojadizo, del que eran maestros en el manejo, y podían atacar tanto de frente, con la seguridad de contar a sus espaldas con algún tipo de protección, o bien arrojar sus proyectiles desde dichos parapetos, al tiempo que podían golpear por los flancos, al acercarse desde el lago en canoas y desembarcar hombres, e, incluso, pugnar desde lo alto, pues las azoteas de numerosas construcciones así lo permitían. Combatir en semejante entorno fue un gran reto, pero la gente de Cortés no se rindió. De hecho, la semana de lucha sostenida entre el 24 y el 30 de junio les permitió adquirir una experiencia de combate que más tarde fue impagable. Aunque el coste fue muy alto. Según Díaz del Castillo, murieron 66 hombres en los combates librados aquellos días. Por otra parte, en lo que respecta a los mexicas, también adquirieron experiencia con respecto a aquel enemigo tan extraño y más o menos hubieron de comenzar a adaptarse a sus tácticas de combate. La presencia de lanzas largas, a modo de pica, parece indicar una primera reacción para frenar a los caballos. Aunque su táctica principal de lucha continuase siendo de desgaste, con el arrojado de cantidades ingentes de proyectiles.

Cuando un grupo de señores mexicas ocupó con varios cientos de guerreros uno de los templos, el de Yopico,<sup>[14]</sup> desde cuya cumbre se dominaba el palacio de Axayacatl, y se hicieron fuertes en él,<sup>[15]</sup> Cortés decidió tomar una posición tan comprometida al enviar contra ella a Diego de Ordaz y sus hombres, que fueron rechazados por una nueva nube de proyectiles. Según Antonio de Herrera, el caudillo extremeño despachó entonces a su camarero, Alonso Escobar, con un centenar de efectivos a tomar el templo, pero fueron ahuyentados en tres ocasiones sin poder subir sino algunas gradas. En ese momento, Cortés, que estaba herido en dos dedos de la mano izquierda —en un combate de aquellos días debió llevar las riendas de su caballo atadas al brazo, al no poder mover los dedos—, lideró la subida por las gradas del templo y todos se protegían como podían de los objetos que les lanzaban rodela y espada en mano —el de Medellín hubo de atarse, en esta ocasión, la rodela al brazo para poder protegerse al tener la mano maltrecha, como se ha dicho—; ante la imposibilidad de derribarlos tras tirarles algunos

troncos, cierto número de defensores se dejó caer procurando abrazar a Cortés para arrastrarlo con ellos, pero este consiguió desasirse. Una vez alcanzada la plataforma superior, los españoles, tras una durísima batalla cuesta arriba, mataron a todos los defensores —Cervantes de Salazar y Herrera dejan seis supervivientes, el resto murió a cuchilladas o bien se despeñó, algunos de manera voluntaria—. [16]

López de Gómara no puede por menos que decir: «Pelearon tres horas allá arriba; que como eran muchos indios, ni los podían vencer ni acabar de matar. En fin, murieron todos quinientos indios como valientes hombres. Y si tuvieran armas iguales, más mataran que murieran, según el lugar y corazón tenían». Cervantes de Salazar aseveró que las fuerzas hispanas, después de aquel combate, «parecía que todos se habían revolcado en sangre». Comprobaron que las capillas cristianas que se habían edificado semanas atrás habían sido profanadas y las imágenes destruidas. Respondieron pegando fuego a los edificios situados en la cima del Templo Mayor. Se hicieron algunos prisioneros que se unieron a los que ya moraban en el interior del palacio de Axayacatl.

Tras aquella jornada, según Díaz del Castillo, fueron deshechas las mantas, destrozadas por las piedras de tres y cuatro arrobas lanzadas desde las azoteas; el número de heridos, sin contar las bajas, era abrumador. Además, mientras se peleaba en el Templo Mayor, otros escuadrones porfiaron por entrar en el palacio de Axayacatl, de modo que, al retirarse con tanto esfuerzo de aquel durísimo combate, aún les esperaba la necesidad de hacer retroceder a los atacantes de su campamento y refugio.

Aquella noche la pasaron reforzando paredes, curando heridos y enterrando muertos —ningún cronista especifica dónde, ¿habían levantado los suelos de alguna sala del palacio?—, mientras se trataba de hallar la forma táctica de sacar más rendimiento a las armas europeas en aquel tipo de combate. Además, las tropas de Narváez no estaban preparadas para un



Rodela de hierro y cuero policromado. Los escudos fueron un elemento esencial del armamento de los conquistadores. Formaban, junto con la espada de acero, un tándem mortífero.

enfrentamiento de aquella dureza, de modo que un sordo malestar se iba manifestando. En palabras de Díaz del Castillo:

Pues también quiero decir las maldiciones que los de Narváez echaban a Cortés, y las palabras que decían, que renegaban dél y de la tierra, y aun de Diego Velázquez, que acá les envió; que bien pacíficos estaban en sus casas de la isla de Cuba; y estaban embelesados y sin sentido.

Una táctica, señalada por el cronista Cervantes de Salazar, usada aquellos días por los mexicas, asistidos por sus aliados de la Triple Alianza, consistía en procurar herir a los hispanos con sus lanzas y flechas en los pies y piernas, disparando muy bajo, seguramente para evitar las protecciones de brazos, tronco y cabeza. Así, lesionaron a más de 200 hombres. Quienes recogían las flechas lanzadas cada día, al final de la jornada juntaban 40 carretadas, en unos momentos en los que cada indio aliado solo recibía una tortilla y cada español 50 granos de maíz para pasar el día. La estrategia mexica era correcta: mantenerlos siempre guerreando, reducido su dominio al palacio de Axayacatl, mientras las vituallas se agotaban, la sed cundía, las municiones periclitaban y los hombres apuraban sus últimas fuerzas. Es posible que el hambre acuciase muchísimo más a los indios aliados, de manera que el padre Torquemada asegura que los tlaxcaltecas y totonacas presentes en el combate del Templo Mayor acabaron comiendo de los cuerpos de los guerreros mexicas caídos. En ese caso, ya no se trataría de canibalismo ritual, sino de pura y simple supervivencia. Otro problema era el del agua. Cervantes de Salazar comenta al respecto:

El agua faltó de tal manera que fue necesario cavar en el patio de los aposentos, y con ser el suelo salitral, quiso Dios darles agua dulce, aunque Ojeda dice en su *Relación*, que bebían de un agua bien salobre que sacaban de una pontezuela que estaba en el patio de Uchilobos [es decir, el Templo Mayor], al pie de un ciprés pequeño, pero que los indios cegaron esta fuente, porque allí era la furia y concurso de la batalla.

Los mexicas sufrieron un año más tarde todas estas miserias cuando fueron sitiados.

Francisco de Aguilar se hizo eco, asimismo, de las dificultades para lograr derrotar a un contrario escurridizo, que jugaba con la estructura lacustre de la ciudad para romper el contacto con el enemigo cuando la situación lo requería. Además, aprovechaban las noches para recuperar el terreno perdido y «ensanchar y ahondar las acequias», así impedían que al día siguiente se avanzase con facilidad por donde se había peleado la jornada anterior. Trata Aguilar la cuestión de la cura de los heridos cuando hizo mención a dos

italianos quienes, con oraciones «y un poco de aceite y lana [de] Escocia», conseguían que las heridas sanasen en tres o cuatro días, incluso él mismo se pone como ejemplo de esa forma de cura.

Una vez conseguida la victoria parcial que significó la toma del Templo Mayor, Cortés pensó en relajar la tensión al hacer que Moctezuma II hablase a su gente. Era el 27 de junio. En su intento de alocución, el *tlatoani* fue acompañado por el propio Cortés, quien lo cubría con una rodela, y por el comendador Leonel de Cervantes, que portaba una adarga,<sup>[17]</sup> pero acabó por recibir el impacto de una pedrada en la sien, de la que murió tres días más tarde. Otros cronistas aumentan las heridas recibidas a tres pedradas y un flechazo, en el pie especifica fray Diego Durán. Tuvieron que retirarse con el *tlatoani* herido. Aunque el traumatismo también lo era del espíritu, pues Moctezuma II pudo contemplar el rechazo que suscitaba el que, para muchos de los suyos, solo era ya un despreciable colaboracionista. Además, los mexicas ya habían elegido otro señor, aunque no estuviese entronizado de manera oficial, lo que debía de causar gran dolor al *tlatoani*, pues nunca antes había sucedido una situación similar. Esa misma tarde, Pedro de Alvarado y otros caballeros intentaron reanudar el diálogo con los alzados portando consigo a un familiar de Moctezuma, pero no sirvió de mucho, a tenor de los hechos acontecidos poco después.

Transcurridos tres días, el 30 de junio el *tlatoani* había muerto. Díaz del Castillo asegura que sus heridas no eran mortales, de ahí su convicción de que prefirió tomar algún veneno<sup>[18]</sup> y sucumbir. Pero, para las fuentes aborígenes, Moctezuma II fue asesinado por los españoles. Fray Diego Durán, que las utilizó, afirmó que su cuerpo fue hallado con cinco puñaladas, pues la herida en la cabeza no bastaba para acabar con él. También fueron asesinados los restantes prisioneros mexicas que se encontraban en su misma situación.<sup>[19]</sup> Cortés sabía que ya no podía confiar en él y, además, era un estorbo, pues sin duda el resto de los habitantes de la Triple Alianza aún podían escucharle. En realidad, no son argumentos sólidos, a tenor de lo explicado, pues la existencia de un gran malestar acerca de la persona de Moctezuma II parece una información bien contrastada. Pero también es cierto que no hay unanimidad entre los cronistas hispanos, testigos o no de los hechos, a la hora de presentarnos una explicación razonable de tamaño acontecimiento. Incluso hay quien creyó que Moctezuma ya estaba muerto al subirlo a la azotea y fue otro personaje, Itzquauhtzin, quien hablase por él.<sup>[20]</sup> Sea como fuere, López de Gómara realizó un último apunte acerca de Moctezuma para tratar de salvar el expediente: «Fue tan religioso como belicoso, aunque tuvo muchas

guerras, en que se halló presente. Dicen que venció nueve batallas y otros nueve campos en desafío, uno a uno».<sup>[21]</sup> Esa bravura le faltó a lo largo de 1519 y 1520.



La adarga, escudo ovalado de cuero y de origen andalusí, fue muy utilizada en la conquista por infantes y, sobre todo, jinetes. Córdoba era el centro de fabricación de los escudos hispano-moriscos y muchos se enviaron a América para las campañas de la conquista.

La entrega del cuerpo de Moctezuma<sup>[22]</sup> y sus exequias<sup>[23]</sup> permitieron un mínimo respiro, un término que niega Vázquez de Tapia, para quien fue el libramiento de los restos<sup>[24]</sup> un verdadero desatino, el desencadenante de la furia desenfadada de los mexicas.<sup>[25]</sup> También es factible que estos se hallaran divididos entre la facción que anhelaba ver al grupo invasor abandonando la ciudad y, posteriormente, el país y la que quería matarlos hasta el último hombre. Es posible, pues, que Cortés hubiese pactado<sup>[26]</sup> una posible salida de México-Tenochtitlan que, luego, el bando mexica belicista no respetó.

Por lo pronto, los antiguos soldados de Narváez, que apenas conocían la lucha en las Indias, estaban anonadados por el peligro que se cernía sobre todos ellos, máxime cuando cada baja hispana, o de sus aliados aborígenes, importaba mucho más que las numerosas habidas entre los mexicas. Por otro lado, la falta de municiones —Cervantes de Salazar escribió que no había pólvora ni balas, de modo que al final se cebaban las escopetas con pequeñas piedras preciosas, los *chalchiuites*, como los llama— además de hallarse casi toda la tropa hispana herida y agotada, también hizo reconsiderar a Cortés su, al parecer, negativa inicial a abandonar la ciudad, puede que por confiar aún en una paz negociada.

Según Díaz del Castillo, todavía se ordenó una nueva salida con todos los caballos para que con estos «rompiesen con los escuadrones y los alanceasen o echasen a la laguna, y aunque les matasen los caballos; y esto se ordenó para ver si por ventura con el daño y muerte que les hiciésemos cesaría la guerra y se trataría alguna manera de paz»; pero, si bien se mató mucha gente y se quemaron hasta 20 casas —otros cronistas hablan de 111 o 2000, unas

cifras poco creíbles; Cortés dice que quemó 300—, alcanzando casi tierra firme desde una de las calzadas, lo cierto es que la hueste hispana tuvo más de 20 muertos.

El miedo a que los mexicas llegasen a cerrar la calzada de Tlacopan, la única que quedaba expedita por entonces, hizo que Cortés tomase la decisión de evacuar la ciudad la noche del 30 de junio, aprovechando un intenso aguacero, para evitar perder más hombres. Fernández de Oviedo es quien más insiste en que las últimas dos noches los mexicas recuperaban el terreno perdido y volvían a destruir los trabajos de zapa realizados con tanto esfuerzo por los hombres de Cortés, consistentes en cegar los canales abiertos, una vez rota la calzada, con los materiales acarreados por los mexicas para construir albarradas desde las que defender las calzadas truncadas para impedir la movilidad castellana por su ciudad. En uno de esos lances, Cortés se adelantó demasiado y estuvo a punto de ser atrapado por los mexicas, incluso se propaló el rumor de que había muerto. Pero se abrió paso con su lanza y, con su acción, permitió reorganizar el frente con los pocos caballos que le acompañaban en ese momento y todos pudieron regresar al palacio de Axayacatl. Otra tradición quiere que el nigromante Botello vaticinase que o esa noche salían o la mayoría moriría, pero Cortés acabó por recuperar más tarde la ciudad a fuerza de armas. Francisco de Aguilar, que difundió esta idea, señaló que Botello habló con Alonso de Ávila y este a Pedro de Alvarado y otros capitanes que, a la postre, convencieron a un renuente Cortés a abandonar la ciudad. Aguilar asegura que otros muchos, además del propio Botello, predijeron su muerte aquella noche. Sin duda, la tensión vivida era tal que bastantes de ellos estaban muy sugestionados.

Díaz del Castillo señala que Cortés mandó construir un puente portátil para poder sortear los numerosos canales cuyos pasos habían sido destruidos por los mexicas; fue transportado y vigilado por 400 tlaxcaltecas y 150 integrantes de la hueste hispana; la artillería fue portada y custodiada por 250 indios y 50 castellanos; en la delantera fueron varios célebres capitanes, como Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia, Francisco de Lugo y Francisco Salcedo, acompañados por 20 jinetes y 200 infantes; tras ellos se colocó el propio Cortés y otros capitanes con un grupo de 100 hombres para acudir donde hiciese falta. Le siguieron 30 rodeleros y 300 tlaxcaltecas para proteger el fardaje, a la familia de Moctezuma —su hijo, y heredero para Cortés, Chimalpopoca, dos de sus hijas, un hermano, así como una hija de Xicoténcatl el Viejo— y a la famosa Malinche, así como algunos rehenes —si bien el padre Sahagún asegura que «dieron garrote a todos los señores que

tenían presos, y los echaron muertos fuera del fuerte»—. Francisco de Aguilar confirma este último extremo, al igual que el padre Torquemada, para quien, aunque con dudas razonables, se agarrotó al propio Moctezuma y al señor de Tlatelolco, además de a los otros señores prisioneros de los castellanos.<sup>[27]</sup> Además, hacia las diez de la noche, se acercaron al palacio familiares de los fallecidos que lloraron su muerte al reconocer sus cuerpos, lo que aumentó la tensión del momento. Según los escritos de Aguilar y Torquemada, a este grupo se sumó el grueso de los auxiliares tlaxcaltecas y las mujeres del servicio y estuvieron comandados por el propio Cortés, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia, que contaron con 50 castellanos como fuerza defensiva. Por último, la retaguardia estuvo comandada por Pedro de Alvarado con gente de caballería, 60, y más de 100 infantes. Cortés quiso para sí la retaguardia, pero Alvarado se la otorgó a sí mismo, pues era necesario que el caudillo estuviese vigilante con la vanguardia. Casi seguro que Alvarado, después de los reproches recibidos, aunque fuesen en privado, quiso responder guardando las espaldas del resto de la comitiva. O bien Cortés lo situó en el lugar más peligroso como «castigo» por los errores cometidos.

Y no nos olvidemos del oro. Cortés dio orden de que, una vez que los dos tesoreros, Alonso de Ávila y Gonzalo Mejía, se hiciesen cargo del Quinto Real de Carlos I —para transportarlo les concedió 7 caballos de los que estaban heridos (cojos) y una yegua, además de 80 tlaxcaltecas—, quien quisiese podía cargar con su parte del botín obtenido hasta entonces —unos 700 000 pesos—, pues semejante cantidad de riquezas no se podía transportar en aquella coyuntura tan desesperada. Muchos le hicieron caso, sobre todo soldados de Narváez, y lo lamentaron, pues se preocuparon de salvar el oro y no de salvarse a sí mismos y a los compañeros. Según Díaz del Castillo, Cortés habría dicho: «[...] los soldados que quisieren sacar dello, desde aquí se lo doy, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros».

Cortés ordenó que, de dos en dos, subiesen a los caballos los heridos e impedidos. En los años posteriores, momento del juicio de residencia de Cortés, algunos testigos reconocieron que el Quinto Real se transportaba a lomos de una yegua, que conducía Alonso de Escobar, pero salió mucho más oro, para algunos hasta 300 000 pesos; también se dijo que el metal repartido entre los hombres en lingotes de unos 200 pesos alcanzó apenas un valor de 50 000 pesos; se señaló que Cortés le había estafado al rey en aquella ocasión 45 000 pesos y que solo se preocupó del transporte de su oro y no tanto del del monarca. Por otro lado, las descripciones hechas de los lingotes fundidos

aquellos meses demostraron que se pensó en su fácil manejo para sus futuros propietarios: eran barras de poco menos de 30 centímetros de largo, por 5 de ancho y 1 de grosor. Fáciles de llevar, incluso entre la armadura y el cuerpo. Semanas más tarde, tras la huida de México, el fundidor Alonso de Benavides declaró que el botín salvado equivalía a 132 400 pesos y Cortés admitió mucho más tarde haber salvado aquella noche 75 000 pesos (suyos).

Había granizado y llovía. Tras iniciar la marcha con sumo cuidado por la calzada de Tlacopan —la más cercana a tierra firme y apenas seccionada en tres partes por otros tantos puentes destruidos, pues las calzadas más largas tenían hasta siete—, el primer foso que hallaron, el de Tecpantzinco, pudo ser atravesado gracias al puente portátil, que el capitán Magariño<sup>[28]</sup> transportaba merced al esfuerzo de 40 indios aliados, pero antes de alcanzar el segundo, como ya habían sido descubiertos por los centinelas mexicas del primer foso, quienes se parapetaban en una especie de bastión de tierra que habían levantado, una multitud comenzó a congregarse. Cuando se vieron en la tesitura de atravesar ese segundo foso, llamado de Toltecaacaloco, los mexicas los rodearon con sus canoas y comenzaron a flecharlos. El puente portátil, hundido en la tierra, reblandecida a causa de la lluvia, por el peso de todo el contingente que lo cruzó, no pudo alzarse de nuevo para reutilizarse en el paso de la siguiente cortadura. Algunos cronistas, como Cervantes de Salazar, alegan que, de haberse construido tres puentes, o pontones, pues había suficiente gente para llevarlos, se hubieran salvado muchos más. Es posible. Pero ¿hubieran tenido tiempo de fabricarlos? ¿Y materiales?

El segundo canal pudo ser atravesado por los hombres de Cortés gracias a haber pisado parte del fardaje, los cañones y hasta los cuerpos de los que iban muriendo. Francisco de Aguilar aseguraba en su crónica que, en buena medida, se obligó a la gente de servicio a atravesar aquellas enormes zanjas y, ahogándose, sus cuerpos fueron utilizados como nueva calzada improvisada. También señala Díaz del Castillo que una vez se desencadenó el ataque, «Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero a caballo, por salvar sus vidas y llegar a tierra firme, agujaron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardaron unos a otros».<sup>[29]</sup> Antes que eso, su descripción de lo ocurrido es tremenda: «Por manera que aquel paso y abertura de agua presto se hinchó de caballos muertos y de los caballeros cuyos eran (que no podían nadar, y mataban muchos dellos) y de los indios tlascaltecas e indias y naborías, y fardaje y petacas y artillería». Mientras unos eran muertos o se ahogaban, otros eran apresados y llevados en las canoas, entre gritos lastimeros de ayuda. Varios, quienes pudieron volver a subir a la calzada tras



nadar, muchos asidos a compañeros muertos y a caballos asimismo fenecidos, solo lograron ser atrapados más tarde por escuadrones de mexicas, quienes los ultimaban a golpes de macana, de lanza o bien eran flechados.

Cervantes de Salazar asevera que tras abrirse paso y atravesar el segundo canal, Cortés y algunos de los suyos volvieron grupas para enfrentarse al contrario y permitir que los infantes pasasen por una viga de madera a modo de puente improvisado hasta el otro lado, pero estrecha y mojada era de difícil uso; al acudir bastantes guerreros contrarios a atacar en aquel punto, muchísima gente murió en aquellos momentos. Otros testigos, como Juan de Cáceres o Andrés de Tapia, aseguran que Cortés regresó para reunir todos los soldados que pudiera y llegó a estar en peligro de ser atrapado por los mexicas.

Tras alcanzar tierra firme una vez atravesado el tercer canal, donde, por suerte para ellos, no hubo tanta oposición, Cortés, una vez más, volvió grupas para asistir a los que todavía pudiesen abandonar la ciudad; Pedro de Alvarado, otros 7 soldados hispanos y 8 tlaxcaltecas, todos heridos, fueron los últimos en salir. Un número variable de hombres, entre 40 y 270, fue copado por los mexicas entre el primer y el segundo canal; decidieron regresar hacia el Templo Mayor y hacerse fuertes en él —o bien en el palacio ocupado anteriormente—, donde, sin comida, resistieron tres días peleando. Los supervivientes fueron sacrificados. Francisco de Aguilar aseveró que se trataba del mayordomo de Cortés, Escobar, y otros caballeros, hasta 40, que cargaron sus caballos con demasiado botín. Al avanzar tan despacio quedaron aislados. Por otro lado, les seguían 5000 o 6000 guerreros, porque el resto de la gente de la ciudad se dedicó a pillar el fardaje que se quedaba atrás, incluidos los muertos.

Aseguraba Bernal Díaz que los indios habían comenzado ya a fabricar armas, picas y partesanas, acoplando a las propias las de acero que habían obtenido de los españoles caídos. Con ellas podían matar con mayor facilidad a los caballos, máxime si el contingente hispano podía atacarse desde las azoteas, las calzadas y flecharse desde las canoas sitas en el lago. Los que iban a pie y se salvaron fue porque prescindieron del fardaje y del botín, como el propio Díaz del Castillo, el cual asegura que apenas si se apropió de cuatro piedras *chalchiuites* que metió en su pecho y porque se juntaban en grupos de 30 y 40 para hacer frente al contrario con sus espadas. Cuando conseguían abrirse camino, y los mexicas reculaban, aprovechaban para avanzar lo más rápido posible. Por cierto, desmiente este cronista que Pedro de Alvarado hubiese dado salto alguno ayudado de su lanza para atravesar el último canal

cuyo puente se había destruido, pues, según su testimonio, lo hizo pisando cuerpos de caídos, caballos muertos y fardaje, como todos los demás. Según otros, lo que hizo Alvarado fue más bien abandonar a los suyos que quedaban con vida y atravesar por una viga la tercera brecha de la calzada, la de Petlacalco; luego subió a las ancas del caballo de Cristóbal Martín de Gamboa<sup>[30]</sup> y ambos cruzaron los últimos metros para salvarse. Bernal Díaz menciona a un soldado, Gonzalo Ocampo, que se incorporó más tarde a la conquista de Pánuco, con Francisco de Garay de hecho, famoso por escribir libelos infamantes de algunos de sus compañeros. Fue este Ocampo quien habló del «salto» de Alvarado, pero en términos injuriosos: saltó para salvarse él tras dejar abandonados a Juan Velázquez de León y al resto de sus hombres. Juan Jaramillo, cuando actuó como testigo en el juicio de residencia de Cortés, aseguró entonces que algunos le dijeron que Velázquez de León se quedó atrás con ciertos compañeros al haber recibido la orden del caudillo extremeño de proteger el oro del rey.<sup>[31]</sup>

Debió de ser una experiencia horrible. «Para quien no vio aquella noche la multitud de guerreros que sobre nosotros estaban y las canoas que de ellos andaban a rebatar nuestros soldados, es cosa de espanto», escribió compungido Bernal Díaz. Mientras que Francisco de Aguilar rememoraba años más tarde, pero aún fresco en la memoria: «No había hombre que ayudase y diese la mano a su compañero, ni aun a su propio padre, ni hermano a su propio hermano». Es posible que Cortés se emocionara, no es para menos, cuando se enteró de la muerte de tantos fieles seguidores, como Velázquez de León, Francisco Salcedo o Francisco de Morla. También fallecieron el paje Orteguilla y el nigromante Botello, que predijo su muerte. Por tanto, no debió de ser malo en su oficio.<sup>[32]</sup> Perekieron asimismo los familiares de Moctezuma, como sus hijos, Chimalpopoca y Tlaltecatzin — quienes, al menos el segundo, fue guiando la retirada de los españoles, según los informantes del padre Sahagún—,<sup>[33]</sup> así como una de sus hijas, si bien se salvaron elementos clave como Malinche, Jerónimo de Aguilar o Martín López, que había construido las cuatro lanchas, quemadas, por cierto, por los mexicas cuando la matanza de Alvarado y que en el futuro tuvo un papel clave en la estrategia de reconquista de Cortés. La hija de Xicotécatl, bautizada como doña Luisa, y un hermano se salvaron, así como una española, la única, María de Estrada, que luchó por su vida espada en mano. En el lugar donde se peleó en el último puente, y donde tanta gente murió, años más tarde uno de los supervivientes, Juan Tirado,<sup>[34]</sup> levantó una capilla, escribió Cervantes de Salazar.

En palabras de López de Gómara, aquella fue una triste noche. La fórmula hizo fortuna historiográfica cuando sirvió para nominar un hecho histórico, conocido como la «Noche Triste». El dictamen de este último también fue certero en cuanto a determinados comportamientos: «De los nuestros tanto más morían, cuanto más cargados iban de ropa y de oro y joyas, porque no se salvaron sino los que menos oro llevaban y los que fueron delante o sin miedo; por manera que los mató el oro y murieron ricos». ¿Acaso no era ese el fin último de una aventura como aquella: morir rico? Para Fernández de Oviedo, el mando de Cortés salió reforzado por el esfuerzo y el carisma demostrados en semejante lance. Algunos de sus hombres, como se evidenció días más tarde en Tlaxcala, no estuvieron de acuerdo con semejante aseveración. Para este cronista, el de Medellín resultó tener un talento innato para comandar hombres, sobre todo en momentos apurados. Citando una vez más a Flavio Vegecio, Fernández de Oviedo sentencia con respecto al líder extremeño: «aun de los peligros mayores, los no expertos las más veces suelen ser acompañados; en el cual breve espacio de tiempo la doctrina del combatir, el uso de la verdadera arte y el buen consejo abiertamente señorean». Que, tras una retirada táctica como aquella, por no decir terrible huida, en lugar de desmayar, el caudillo de Medellín lograra rehacer su hueste y recuperar la ciudad un año más tarde se le antojaba a Fernández de Oviedo una gesta heroica sin parangón, al menos en las Indias.<sup>[35]</sup>

Una vez alcanzada Tlacopan, tras pasar por Popotlan cuando aún era de noche, Cortés pudo empezar a comprender la magnitud del desastre: le faltaban 46 caballos y todo el tren de artillería; de los hombres se supo más tarde. Aunque las estimaciones más creíbles son las siguientes: entre un mínimo de 450 españoles y un máximo de 870, que es la cifra aportada por Bernal Díaz, cayeron; este cronista también apunta otro dato: a la cifra de muertos en México-Tenochtitlan cabría añadir otros 72 hombres de los de Narváez y 5 mujeres españolas aniquilados en Tuxtepec; de los indios aliados cayeron unos 4000. Vázquez de Tapia aportó la cifra de 425 europeos supervivientes y 23 caballos. Para Francisco de Aguilar, murió la mitad de la gente de Cortés, es decir, de los europeos. En 1521, cuando Cortés logró con diversas artimañas que, nada menos, 527 de sus veteranos firmasen una carta dirigida a Carlos I en demanda de los cargos de capitán general y justicia mayor de la Nueva España para el caudillo de Medellín, en dicho extraordinario documento se explicitaban dos noticias: la pérdida de 400 000 pesos y la muerte de medio millar de españoles en la retirada de la Noche Triste.<sup>[36]</sup> Francisco de Olmos de Portillo, que había enfermado en

Cempoallan y se retiró a Veracruz, no alcanzó Tlaxcala hasta después de la salida de México-Tenochtitlan, pero aventuró dos cifras de caídos: en su testimonio prestado muchos años después, en 1576, para el reconocimiento de la labor de Tlaxcala en la guerra de conquista, señaló que quedaron vivos 460 españoles de un total de 1200, si bien casi todos ellos heridos de mucha consideración. Mientras que en la probanza de méritos de Andrés de Tapia, de 1561, las cifras habían sido 460 y 7 supervivientes y un total de 1100 hombres muertos.<sup>[37]</sup> Para el padre Diego Durán, en suma, Cortés perdió 700 europeos en la huida y consiguió mantener con vida a otros 600, pero no sin haber asistido a una experiencia traumática, pues quedaron «aquellas acequias llenas de hombres muertos y de caballos y de indios y indias, que no tenían número».<sup>[38]</sup>

Los mexicas no se decidieron en aquellos momentos por seguirlos con todas sus fuerzas y acabar con ellos: estaban muy ocupados en su ciudad pasando cuentas con los allegados a Moctezuma, acusados entonces de traidores. La mayoría fueron muertos. Cuitláhuac, que en breve ejerció como nuevo *tlatoani*, se deshizo del *ciuhacóatl* Tzihuacpopoca, segundo en el rango mexica, y lo sustituyó por su propio hermano, Matlatzíncatl.<sup>[39]</sup> Otra víctima fue, por ejemplo, Xiuhtototzin, señor de Teotihuacan, y seguidor de Ixtlilxóchitl en la guerra civil tetzcocana. También se dice que se dedicaron a saquear los cuerpos de los hispanos caídos. Según el padre Sahagún: «Y todas las cargas que llevaban, todo lo desbarataron y lo robaron. Y todas las armas que hallaron, las tomaron; los tiros de pólvora también los tomaron, y derramaron toda la pólvora que había»; asimismo, obtuvieron un rico botín en armas ofensivas y defensivas hispanas. Tampoco se olvidaron de contactar con sus aliados de la zona, los cuales mataron al poco tres soldados heridos, sin dejar de hostigar a las cansadas fuerzas cortesianas.

Según Cervantes de Salazar, a Cortés le quedaban 360 españoles, 600 indios aliados y 23 caballos. Dividió el grupo en 8 o 10 capitanías de no más de 40 hombres cada una. Diego de Ordaz se situó en la vanguardia y el propio Cortés en la retaguardia. Nunca sabremos el número de indios aliados fenecido. Cortés apuntó en un momento dado que tenían 3000 a sus órdenes, pero que murieron casi todos en la salida. Otros autores, como Henrico Martínez afirmaron que los tlaxcaltecas muertos en la segunda zanja fueron 4000; de ser cierto, ellos fueron quienes frenaron las ansias de venganza mexica y salvaron al resto del contingente europeo. Juan Cano, el segundo de los esposos europeos de una hija de Moctezuma, doña Isabel, y enemigo del de Medellín, aseguró que murieron 8000 tlaxcaltecas. Otro soldado, Juan de

Narváez aseveró que apenas quedó un centenar de aliados de Tlaxcala y aun Álvaro de Sandoval aportó en su testimonio que casi no quedó indio auxiliar vivo.

En terrible testimonio del padre Sahagún, a los muchos caídos en la huida de México-Tenochtitlan, los mexicas:

Sacáronlos y despojáronlos y echáronlos desnudos por entre las espaldañas y junzias para que allí los comiesen las aves y los perros. A los españoles a otra parte los echaron por sí; conozían que eran barbados y tenían los cuerpos muy blancos; también los cavallos que se habían ahogado.<sup>[40]</sup>

Por mala suerte, el camino hacia Tlaxcala desde Tlacopan era el más largo, unas 30 leguas, y debían bordear por el norte el lago Tetzaco. Los peligros arrostrados fueron muchísimos, pues se trataba de un grupo derrotado, agotado, herido, hambriento, con la moral por los suelos y medio desarmado. La grandeza de la gesta cabría buscarla en momentos como este. Cortés alentó a los suyos, pero su suerte fue contar con capitanes como los hermanos Alvarado, pues no solo Pedro estuvo presente, también Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid, Francisco Verdugo o Gonzalo de Sandoval. Después de organizar a un grupo desorientado al alcanzar Tlacopan, y permanecer allí unas horas, se pusieron en marcha hacia Tlaxcala pasando los días siguientes por Teocalhueycan, Cauhtitlan, Tepotzotlan, Citlaltepctl, Xoloc y Otumba. Ese camino les llevó toda una semana, del primero al 7 de julio de 1520, y fueron atacados en todo momento por escuadrones mexica.

A la salida de Tlacopan, donde dejaron muchos fuegos encendidos que durasen toda la noche para despistar al contrario y que creyese que aún seguían allá, al poco de emprender su camino desde unos maizales aparecían de pronto guerreros que pugnaban por llevarse a rastras a algunos de sus enemigos para sacrificarlos. Los hombres de Cortés entraban a caballo en los mismos para mirar de limpiar el terreno. Este organizó con los supervivientes un nuevo escuadrón, pues era la única manera de avanzar con algunas garantías de éxito. Para entonces, el de Medellín ordenó que los heridos bajasen de los caballos —iban dos en cada equino— para poder servirse de ellos en caso de ataque. Se fabricaron muletas para los maltrechos. Los equinos sanos iban repartidos en la delantera y flancos del escuadrón y hacían rostro al enemigo por todos sus lados tanto los hispanos como los tlaxcaltecas que estaban en condiciones de pelear. Fray Juan de Torquemada asegura, siguiendo al padre Sahagún, que poco antes de alcanzar un pequeño templo en un lugar llamado Otoncalpulco, los mexicas consiguieron matar a los dos

hijos de Moctezuma que les acompañaban y servían de guías. Pero al poco les llegó ayuda de los habitantes otomíes de dos localidades, Teocalhueycan, donde entraron más tarde, y Tliluhquitepec. En Otoncalpulco tuvieron que pelear de firme y alancear indios con los caballos para dar tiempo a los rezagados que aún se hallaban en los maizales a alcanzar aquel punto de seguridad. Tras recoger las flechas y jabalinas que les arrojaron en el entorno del templo, la siguiente noche, pasada en una localidad llamada por Torquemada Acueco, quemaron cuatro cargas de armas del enemigo para hacer lumbre.

Al día siguiente debieron pelear durante dos leguas de camino hasta alcanzar el pueblo otomí de Teocalhueycan, que ya les había manifestado su apoyo, donde fueron bien recibidos y les socorrieron. Cortés prometió regresar y liberarlos para siempre del yugo mexica.<sup>[41]</sup> De hecho, parecen ser estos otomíes la excepción, pues los habitantes de las demás localidades huyeron, por ello la hueste cortesiana se alimentó de los bastimentos que dejaban atrás sin mayores complicaciones. Antes de entrar en esta localidad, cinco de los jinetes de Cortés pusieron en fuga al enemigo, cuando este creyó que el resto de las fuerzas cortesianas estaban muy cerca, pero al comprobar que apenas eran una avanzadilla se rehicieron y atacaron con denuedo. Sin embargo, fueron rechazados cuando Cortés y compañía adelantaron la marcha. En definitiva, el camino hacia Tlaxcala iba a ser una auténtica prueba de fuerza.

Al seguir avanzando, en Cauhtitlan, donde entraron para reponerse, la población había huido una vez más, quizá porque la compañía cortesiana había destruido una localidad cercana, Calacoayan,<sup>[42]</sup> sea como fuere, allá descansaron un par de días para curar los heridos, si bien eran seguidos en todo momento por el contrario, que los acosaba sin cesar, como queda dicho. Antes de alcanzar la siguiente localidad, en un mal paso, Cortés perdió dos hombres que iban heridos en los brazos y un caballo, el de Martín de Gamboa, al que se terminaron por comer, «porque después que de la gran ciudad salimos ninguna otra cosa comimos sino maíz tostado y cocido y esto no todas veces ni abasto y yerbas que cogíamos del campo», escribió el de Medellín. La hazaña de matar el caballo de Gamboa le correspondió a un aliado mexica, Zinacatzin de Teotihuacan.

En dirección a Tepetzotlan el camino era mucho más fragoso, de manera que los cansados caballos no podían ser de tanta utilidad a la hora de pugnar con el contrario, el cual tampoco podía luchar en las mejores condiciones. En aquellas escaramuzas, el propio Cortés quedó herido en la cabeza de dos

pedradas, así como otros cuatro o cinco soldados y otros tantos caballos. Un acto de canibalismo entre hispanos se sancionó con la orden de Cortés de ahorcar al culpable, el cual había abierto el cadáver de un compatriota para comerse el hígado, pero por ruego de los hombres le perdonó, escribió Cervantes de Salazar. El hambre hizo que varios hombres se quedasen atrás, subidos en cerezos para comer sus frutas a pesar del riesgo de ser atrapados por los indios. Todavía tuvieron que pelear contra una gran multitud y consiguieron vencerla. Sancho de Barahona, que iba de alférez de Diego de Ordaz en vanguardia de la hueste, se significó en este combate liderando a los hombres.

Ni en Tepetzotlan ni en Citlaltepétl encontraron pobladores, todos habían huido a las montañas, pero ya se hallaban cerca de Tlaxcala, pues veían las montañas de Aztaquemecan. El padre Torquemada discrepa, pues considera, siguiendo a Sahagún, que en Tepetzotlan sí había pobladores para recibirlos. Allí se aposentaron para pasar la noche. La marcha se iba ralentizando por el cansancio, los continuos ataques de los contrarios y el hambre. El caso es que ni en Citlaltepétl, Xoloc, en el borde septentrional del lago, ni en la pequeña localidad de Zacamolco, esta ya a los pies de la montaña de Aztaquemecan, encontraron habitantes que pudieran socorrerlos. Fray Juan de Torquemada relata un lance ocurrido entonces, o en alguna jornada anterior: un guerrero enemigo, ataviado con un gran penacho y armado de macana y escudo, desafió a los castellanos. El combate lo aceptó Alonso de Ojeda, pero como con él también salió un esclavo africano del caudillo, llamado Juan Cortés, el indio no aceptó el reto que él mismo había propuesto quizá por ser dos sus contrincantes; tal vez solo buscaba confundir al contrario como parte de una emboscada.<sup>[43]</sup> Sea como fuere, todavía quedaba una gran prueba que superar.

La mañana del 7 de julio unos 300 efectivos de Cortés con sus 22 caballos<sup>[44]</sup> y 2000 indios aliados se enfrentaron a un ejército mexica de varios miles de hombres en el llano de Otumba. No es de recibo considerar los 200 000 guerreros mexicas de los que hablan López de Gómara, Alva Ixtlilxóchitl y Herrera, el cual asegura, además, que murieron 20 000 en la batalla. Cortés ordenó a su infantería que formase en escuadrón sin que abandonase la formación bajo ningún concepto —como señala Cervantes de Salazar, Cortés «v[e]ía que toda la fuerza estaba en que los suyos estuviesen juntos y en orden»—, él mismo y sus capitanes se dedicaron con sus caballos, en grupos de cinco, a apartar las masas de indios siguiendo la técnica ya varias veces reseñada: pasándoles sus lanzas por la cara, pero sin clavárselas para evitar la pérdida del arma e, incluso, ser derribados de sus monturas.

Ahora bien, Cervantes de Salazar asegura que Cortés con su caballo era asistido por siete peones, que se aprovecharon de los huecos que aquel abriese en la masa de enemigos merced al empuje del equino, al tiempo que impidieron que los mexicas se apoderasen de la persona de su capitán general en caso de derrotarlo o de muerte de su caballo. Una táctica interesante que permitía aumentar la efectividad de los escasos equinos. Como señala Cortés, la masa atacante era tan informe, «que los unos a los otros se estorbaban, que no podían pelear ni huir». Para Díaz del Castillo, «nuestros amigos los de Tlascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente». Otro testimonio, el de Ruy González, señala de forma muy gráfica el estado de los hombres de Cortés, y la situación en la que se hallaron: «todos malheridos y los campos naados (sic) [¿anegados?] de gente, que nadie por ninguna parte podía pasar». Por otro lado, Cortés había insistido a sus infantes que fuesen a matar a los oficiales mexicas, fáciles de identificar —«que la estocada y cuchillada que diésemos fuese en señores señalados», escribió Díaz del Castillo—. En un momento dado, el empuje mexica obligó a la caballería hispana a buscar refugio en el interior del escuadrón de infantes, que luchaba con rodela y espada, ya que la pólvora estaba inservible por hallarse mojada. No obstante, el escuadrón hispano, como ya se ha insinuado, se hallaba completamente rodeado de enemigos —dice el padre Sahagún: «Y los mexicanos, como eran muchos, tomaron en medio a los españoles, comenzaron a combatirlos de todas partes»— cuando Cortés distinguió al jefe de guerra mexica, el *cihuacóatl* Cihuacatzin, portado en unas andas y llevando consigo un gran estandarte; atravesando varias filas de enemigos, Cortés derribó de una lanzada al *cihuacóatl* y otro caballero, Juan de Salamanca, lo ensartó con la suya y le cortó la cabeza. Cortés regresó a sus filas esgrimiendo el estandarte, lo que significó el final de la batalla, pues las tropas mexicas, es factible que compuestas por guerreros bisoños en su mayoría, campesinos del entorno de México-Tenochtitlan, es decir *macehuales*, retrocedieron en desbandada. Así se salvó una campaña y se comenzó a perder un imperio. O a ganarlo, según se mire.

En Otumba, según diversos testigos de los hechos, el principal peligro para las tropas de Cortés fue el agotamiento: se vieron obligados, una semana después de la retirada de la Noche Triste, y tras padecer escaramuzas a diario, a luchar contra un gran número de opositores apenas sin armas, cansados y en vías de curación de sus múltiples heridas: a Alonso de Navarrete le parecía imposible poder contar toda la gente con la que se hubo de combatir, que





acometía por todas partes con ferocidad. El propio Cortés reconoció ser poca la resistencia que podían presentar «por ir, como íbamos muy cansados y casi todos heridos». Gaspar de Garnica señaló que, tras varias horas de lucha, la gente «estaba muy desmayada». Por cierto que Garnica alabó enormemente el papel del caudillo, pues «allí defendió mucho a la gente que llevaba [...] e que vyo que en todo lo hizo como buen capitán debe hazer».<sup>[45]</sup> Por todo ello, la acción de Cortés en pos del *cihuacóatl* fue realmente decisiva. Fue un liderazgo determinante. Y no es de extrañar, por ello, que se le hiciese un justo merecimiento. En palabras de López de Gómara: «No ha sabido más notable hazaña ni victoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este día a Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró a todos». Francisco de Aguilar podría corroborar este extremo al señalar en su crónica que, mientras los caballeros peleaban con denuedo en Otumba, «En este entretanto, Diego de Ordaz con la gente de a pie estábamos todos cercados de indios que ya nos echaban mano, y como el capitán Hernando Cortés mató al capitán general de los indios, se comenzaron a retirar y darnos lugar».<sup>[46]</sup>

Solo un autor moderno, Genaro García, especialmente crítico con la figura histórica de Hernán Cortés, dudó en su momento de la existencia de la batalla de Otumba, que no sería sino un episodio inventado a mayor gloria del caudillo. Se basa en que ninguno de los múltiples testimonios castellanos recogidos en la *Información de Tlaxcala* se refirieron a dicho encuentro.<sup>[47]</sup> En cambio, todos los cronistas

El montante es un arma de la época usada en las formaciones de lanzas o picas para abrir huecos en el enemigo o a la descubierta para proteger a arcabuceros y ballesteros. Su manejo se hacía con una o ambas manos. Pánfilo de Narváez se valió de uno para defender Cempoallan.

hablaron de ella, si bien Cortés lo hizo en términos de una extraña modestia. Aunque no en todo momento se mostró igual de comedido. En su juicio de residencia, no dudó en presentarse como el adalid que supo sacar a un gran número de su gente de la ratonera en que se había transformado aquellas últimas jornadas México-Tenochtitlan, además de mantenerse en lucha todos los días que duró la terrible persecución a la que fueron sometidos, ocho jornadas según

siempre el de Medellín: «donde es muy notorio, solo la persona del dicho don Hernando Cortés, después de la voluntad de Dios, [h]aber defendido e recuperado la dicha gente e Tierra, que se perdiese, a Vuestra Majestad».<sup>[48]</sup> Ahora bien, un opositor a Cortés, Ruy González, cuando muchos años más tarde, en 1553 nada menos, le escribió a Carlos I relatando aquellos acontecimientos, no dudó en señalar que si en las jornadas que sucedieron a la huida de México-Tenochtitlan y a la batalla de Otumba no fueron liquidados no fue por el liderazgo de Cortés, sino porque los indios

no querían guerra sino vivir y tener su libertad y n[ues]tra victoria para ser desagaviados de Mexico y ansi los mismos indios se dieron a Vtra. Magt. y nosotros fuimos sus capitanes en darles ánimo y industria, y los mexicanos no nos siguieron porque temieron a los alrededores y quisieron guardar su ciudad, como suelen hacer los tiranos que todo lo temen y de nada están seguros y esta es la verdad.<sup>[49]</sup>

También el cronista Muñoz Camargo comenta, aunque sin darle fiabilidad alguna, que los habitantes de la zona de Otumba fueron quienes, en plena celebración de una festividad anual, que incluía un alarde de tropas, decidieron atacar al grupo hispano al verlo tan derrotado, desmayado y herido, sin la ayuda de tropas mexica. El resultado ya lo conocemos.<sup>[50]</sup> Un historiador contemporáneo, Rudolf van Zantwijk, en una nueva lectura del *Códice Ramírez*, aventura la siguiente hipótesis: quien dirigía el ejército mexica no era un soldado de experiencia, sino el *cihuacóatl*, en concreto Matlatzíncatl, hermano de Cuitláhuac, pues se trataba de hacer justicia con los españoles. En Otumba se enfrentarían dos ejércitos aborígenes: el mexica y el tetzcocano al servicio del príncipe rebelde Ixtlilxóchitl, que de esta manera, eso sí, se mostraría como el aliado fundamental de la conquista por encima de Tlaxcala. Los atuendos de ambos ejércitos eran blancos, por ello Cortés ordenó a los suyos aprestarse para la lucha contra la gente de Ixtlilxóchitl, a

quienes no reconocieron en ese momento como favorecedores suyos. Solo más tarde entendió la situación. Como no era diestro en la guerra, Matlatzíncatl dejó uno de sus flancos al descubierto, brecha que un siempre hábil Cortés usó para, con sus caballos, echarse encima del centro mexicana y alcanzar al propio *cihuacóatl* y matarlo. Cuitláhuac, lejos de amilanarse, siguió dando órdenes para rodear el territorio de Tlaxcala remitiendo tropas a Tepeacac, Yztocan, Tecamachalco, Tochtepec, Jalatzinco y Xocotlan, localidades donde, en los siguientes meses, Cortés y los suyos pugnaron por sacudirse aquel yugo.<sup>[51]</sup>

Después de todo, no dejó de ser un hecho heroico. O así quisieron algunos cronistas que sumase en el haber de Hernán Cortés. Fray Diego Durán realiza una recreación de, más que la batalla, la acción personal del caudillo extremeño que, inevitablemente, recuerda a la de Alejandro Magno en Gaugamela (331 a. C.) en el sentido de que fue el ataque fulminante del monarca macedonio contra la posición de Darío III el momento decisivo del encuentro. El padre Durán describe con precisión el momento cortesiano: al descubrir este que la dirección de la batalla por parte mexicana se producía desde una posición en alto que dominaba la llanura, donde se hallaba un oficial mexicana de alto rango, pues el estandarte, las insignias, armas y aderezos así lo delataban, el de Medellín se apropió de un caballo joven, asevera que casi sin domar, «aunque recio y de mucho ánimo» —otra posible asimilación con Alejandro que recuerda de manera inevitable la doma de su caballo, Bucéfalo— y tomando una lanza arremetió en solitario entre las filas de indios hasta alcanzar al alto oficial mexicana, al que mató a lanzazos. Una vez caído este al suelo, los integrantes del gran ejército mexicana se dieron a la fuga.<sup>[52]</sup>

Estos relatos de la acción de Cortés en dicha batalla siguen arrojando más sombras que luces a la hora de esclarecer lo ocurrido. La idea de una explicación *a posteriori* de los hechos acontecidos, adecuándolos a los modelos históricos en boga en la época, para realzar el *ethos* militar de Cortés y de su gente es muy poderosa.

### **Perseveración, julio-diciembre de 1520<sup>[53]</sup>**

**C**ortés y su reducida y agotada hueste entraron en tierras de Tlaxcala por Hueyotlipan, no sin que antes les apercibiera para que no tomaran nada por la fuerza, conceder el de Medellín de las necesidades de su gente, pero

también de no estar acostumbrados los supervivientes de la expedición de Narváez a tratar con aquellos indios. No eran veteranos como los primeros en entrar en lo que fue Nueva España. Las gentes de Hueyotlipan les dieron de comer, dice Díaz del Castillo, aunque previo pago de algunas piezas de oro o los *chalchiuites*, como aquellos cuatro que el mismo se llevó de México-Tenochtitlan. Su único botín, de momento. Entre un día, o bien tres, estuvieron allá reposando cuando aparecieron los señores de Tlaxcala para preocuparse por su estado y llevárselos a la ciudad. Cortés, como buen entendedor, brindó el estandarte de guerra mexicana, el llamado *Quetzalteopámitl*, tomado en Otumba a Tlaxcala a modo de ofrenda.

El príncipe tlaxcalteca, Maxixcatzin, que había perdido a una hija, entregada a Velázquez de León, también difunto, la cual fue bautizada como doña Elvira, explicó que había fallecido también uno de sus hijos, sorprendido por los mexicas junto con un grupo de soldados, liderados por Juan Yuste y Francisco de Morla, cuando se trasladaban a México-Tenochtitlan sin saber que la guerra se había encendido. Con aquellas noticias, Cortés se apenó aún más al saber que los 40 000 pesos que había dejado en Tlaxcala —20 000, según otras versiones— también se habían perdido, pues aquellos que habían ido a buscarlos desde Villa Rica, ya que se trataba de la parte del botín obtenido que le correspondía al retén de Veracruz, dirigidos por Juan de Alcántara y otros dos vecinos, no habían vuelto a dar señales de vida. De hecho, los habían matado en Calpullalpan, una localidad que más tarde llamaron Pueblo Morisco. Quien sí estaba presente en Tlaxcala era Juan Páez, a quien Cortés le dejó un grupo de heridos a su cuidado cuando regresaban de derrotar a Narváez, gentes que ahora le serían de mucha utilidad.

Lo cierto es que los hombres que habían salido de la capital mexicana llegaban muy maltrechos. Aquellos días murieron como mínimo cuatro, según informa Díaz del Castillo, pero casi todos daban muestras de haber sufrido mucho. El cronista Muñoz Camargo insiste en que las cuatro leguas que los separaban de Tlaxcala muchos las recorrieron apoyados en los hombros de los compañeros o bien en hamacas.<sup>[54]</sup> En palabras de Cortés: «Algunos murieron, así de las heridas como del trabajo pasado y otros quedaron mancos y cojos, porque traían muy malas heridas y para curarse había muy poco refrigerio y yo así mismo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda». Y lo que es peor, incluso, bastantes de los suyos habían quedado «atemorizados de los peligros y trabajos en que se habían visto y temiendo los por venir, que estaban a razón muy cercanos» y le insistieron varias veces en la necesidad de arrojar la toalla, volverse a Veracruz y defenderse allá de la

mejor manera posible, sin excluir marcharse a Cuba, claro. El hecho es que, de ser una persona con menos ánimo, Cortés hubiera podido retroceder de forma legítima: aquellos días que pasó en Tlaxcala estuvo muy enfermo de las pedradas recibidas en la cabeza, pero también, y seguramente, por la tensión vivida aquellas semanas. Debieron de ser agotadoras para aquel que tomaba casi todas las decisiones. Además, tuvieron que curarle los dedos heridos por una flecha, sin que le pudieran extraer el pedernal de la punta de esta, puntualiza Cervantes de Salazar.

Alarmado por lo que le hubiera podido ocurrir al retén de Veracruz, Cortés envió algunos mensajeros acompañados de guías autóctonos, a los que recomendó no viajar por los caminos habituales, a indagar lo ocurrido en la costa. Para su alegría, pronto tuvo nuevas positivas: todo el mundo se encontraba bien y los indios en total sosiego. Eso sí, el número de hombres disponibles era muy reducido. Según Díaz del Castillo, quedaron 440 efectivos, 20 caballos, 12 ballesteros y 7 escopeteros. Y fueron ellos, los fieles compañeros de Cortés desde el primer momento, quienes lograron acallar los requerimientos más feroces de los antiguos miembros de la compañía de Narváez para retirarse de la empresa, siempre según la opinión de Díaz del Castillo. El propio Cortés no puede dejar de señalar que, a pesar de importunarlos con sus demandas de abandonar la empresa, les dejó muy claro su opción:

[...] les dije que yo no había de desamparar esta tierra, porque en ello me parecía que demás de ser vergonzoso a mi persona, y a todos muy peligroso, a vuestra majestad hacíamos muy gran traición. E que me determinaba de por todas las partes que pudiese volver sobre los enemigos y ofenderlos por cuantas vías a mí fuese posible.<sup>[55]</sup>

Y en el momento de los descargos en el transcurso de su juicio de residencia, el caudillo rememoró aquellos días cuando «la xente española estaba tan atemorizada, que todos o los más se querían ir al puerto, para se pasar a las islas, e dexar la Tierra». Entonces, se impuso una vez más su buen criterio, cuando les razonó que si intentaban semejante retirada en aquellas condiciones físicas, sin armas ni municiones, entonces «los matarán a todos, e ninguno se escapará, conociendo la pusilanimidad e cobardía, que de miedo se iba».<sup>[56]</sup>

Consciente de ir recuperando la iniciativa con el paso de los días, a Cortés no le supo mal, antes al contrario, que diversos seguidores de Narváez y Velázquez decidieran abandonar el territorio y regresar a Cuba. Así lo hicieron Andrés de Duero, un personaje muy cercano a la figura de Cortés

antaño y que recibió oro para llevarlo al padre del caudillo, Martín Cortés, a España; Baltasar y Agustín Bermúdez, emparentados con el gobernador Velázquez, al igual que Francisco Velázquez; el esclavista Juan Bono de Quejo; el escribano Bernardino de Quesada; el comendador Leonel de Cervantes, así como varios que habían disputado con Cortés por diversos motivos o habían sido afrentado por aquel por su comportamiento: Gonzalo Carrasco, Luis de Cárdenas y varios más. Casi todos ellos declararon en contra del caudillo en años posteriores. Con suministros suficientes, todo llegaron a Veracruz, pero allá debieron esperar la oportunidad de poder viajar a Cuba.

Pero, por otro lado, la actitud de Xicotécatl el Mozo distaba de ser favorable, pues no solo no asistió a Cortés aquellos aciagos días, sino que buscó cierto consenso para deshacerse de tan incómodo y peligroso personaje. Y de todos los suyos. El de Medellín envió a uno de sus hombres de confianza, Alonso de Ojeda, a buscar comida por los pueblos comarcanos, el cual recibía constantes insultos de las gentes de Xicotécatl el Mozo. Según relata Cervantes de Salazar:

[...] muchos de los pueblos decían a Ojeda; ¿A qué vino esa ciguata de Cortés y esotras ciguatas de sus compañeros? (y ciguata quiere decir «muchacha o mujer moza»). Venís a comernos lo que tenemos; llevástesnos el maíz a México, dexastes los más de los compañeros muertos, vosotros venís heridos, huidos, destrozados y hambrientos. Mejor sería que con nuestras mujeres fuédeses [a] amasar pan, que vosotros no sois más de para comer.<sup>[57]</sup>

Y aunque Cortés se vio obligado a permanecer alerta las jornadas que estuvo en Tlaxcala recuperándose, donde no obvió realizar guardias constantes, lo cierto, como se verá, es que el joven Xicotécatl evaluó mal la situación. Así como sus fuerzas.

Sin dejarse vencer por las circunstancias, Cortés escribió a Veracruz para saber si habían sido atacados por los mexicas y para reclamar al responsable del retén de tropas y de los barcos, Pedro Caballero, que vigilase estrechamente a Narváez, que impidiese la huida de cualquier bajel a Cuba y que si hubiese algunos barcos en mal estado —creía que dos estaban en dicha disposición— que los varase y le enviase a Tlaxcala a los marineros y todas las armas que pudiera. Caballero contestó confirmando la muerte de Alcántara y sus compañeros, pero no habían sido los únicos decesos: muchos marineros también fenecieron a causa de diversas dolencias aquellas semanas; por ello, el refuerzo que pudo reunir fue muy limitado: apenas cuatro soldados y tres marineros, siete hombres, pues, al mando de Pedro Lencero. Como no solo

llegaron pocos, sino además enfermos, cinco de ellos con bubas y dos con los vientres hinchados, la tropa de Cortés se burló del refuerzo llamándolos «el socorro de Lencero».

Mientras, Xicoténcatl el Mozo perseveró en su conspiración contra los extranjeros. Sin duda, no había superado sus derrotas en el campo de batalla los meses previos, cuando se produjo la primera entrada cortesiana. Creyó que la mejor política para Tlaxcala podía consistir en entregar los invasores a los mexicas y pactar una alianza con ellos y obviar las últimas décadas de feroz guerra habidas con aquel enemigo implacable. Cuando Cuitláhuac, en aquel momento nuevo *tlatoani* de México-Tenochtitlan, envió embajadores a Tlaxcala para sondear la posibilidad de un frente común contra los españoles, el desprecio de la mayoría fue visceral. Enterados de la postura mantenida por Xicoténcatl el Mozo, Maxixcatzin y los restantes señores la rechazaron de plano e, incluso, tildaron de traidor a Tlaxcala, pese a que su vida estaba en peligro en aquellos momentos. Sin duda, en esos instantes el de Medellín realizó grandes promesas a los príncipes de Tlaxcala para que no desfallecieran en su apoyo a los castellanos. Un conquistador, Francisco de Montaña, aseguró años más tarde en una probanza a favor de Tlaxcala que, tras su regreso una vez superada la salida de la capital mexicana, «si no fuera por este [h]ospedaje y socorro que hallaron en los dichos indios tlaxcaltecas, todos los españoles murieran por ir heridos de muchas heridas». E insiste: «[Cortés] les había prometido en nombre de Su Majestad que siempre serían favorecidos y honrrados y que Su Majestad les haría mercedes y les gratificaría sus servicios». Otro testimonio, el de Pedro de Meneses, que alegaba entender algo ya la lengua náhuatl en aquel entonces, también señaló que el caudillo les prometió que «perpétuamente serían libres de tributo y que les daría de aquellos que ganassen y conquistassen y les hizo otras muchas promesas y ofrezimientos». Y un tercero, el de Alonso Ortiz de Zúñiga, que llegó a ser capitán de ballesteros y escopeteros en el contingente de Pedro de Alvarado en el sitio de México-Tenochtitlan, no solo asegura que el de Medellín llevó muchos tlaxcaltecas consigo para luchar contra Pánfilo de Narváez en Cempoallan, sino que, y sobre todo, su ayuda fue inestimable tras la Noche Triste, de ahí que Cortés les hiciese muchas promesas para que «le ayudassen en las guerras» y que «en nombre de Su Majestad les prometió que serían señores sobre los mexicanos, y serían libres de tributo, así les dio [a] <h>entender mediante Marina y Gerónimo de Aguilar».<sup>[58]</sup>

Aunque seguro con respecto a la lealtad de Tlaxcala, Cortés, de todas formas, tenía un problema con los suyos: debía mantenerlos en el conflicto,

no podía darles ninguna oportunidad de que se evadiesen de la guerra, pues el de Medellín tenía muy claro que debía proseguir. Necesitaba nuevas victorias para asegurar su liderazgo. Y también precisaba mantener su prestigio incólume con respecto a sus aliados tlaxcaltecas. La victoria en Otumba fue clave: tras la terrible derrota que había significado la huida de México-Tenochtitlan con tantas pérdidas, aquella otra infligida a los mexicas apenas una semana más tarde había conseguido, al menos por un tiempo, devolver la reputación al bando hispano y a su líder. Y no había que desaprovecharlo.

Tras descansar veinte días en Tlaxcala, Cortés decidió pasar a la acción con la excusa de castigar todas las ciudades donde se hubiese dado muerte a españoles. Y la primera de la lista fue Tepeacac, sospechosa de haber masacrado a diez o doce hombres procedentes de Veracruz, es decir, a los oficiales de Narváez que iban a pie a México-Tenochtitlan como ya se ha comentado; además, dicha localidad cubría el camino hacia la costa y era fundamental tenerla bien controlada. Máxime cuando daba suficientes muestras de traición al volver a aceptar el control imperial mexicana.

El de Medellín solicitó formalmente 5000 guerreros para la campaña, si bien se le concedieron 4000.<sup>[59]</sup> Sin duda, una muestra de que Cortés no era, tampoco, el señor de Tlaxcala y se debía negociar entre iguales. Según Bernal Díaz, la aportación castellana fueron 420 infantes, casi todos de espada y rodela, pues solo pudieron contar con seis ballesteros. No quedaba pólvora para las armas de fuego disponibles, muy pocas, y, como se dijo, no se pudo salvar ni una sola artillería. A pesar de estas limitaciones, Cortés conseguía dos cosas: mantener contentos y firmes en la alianza a los tlaxcaltecas, que demandaban guerra contra los mexicas y sus aliados, y conservar motivados a sus hombres, en especial a los provenientes de la hueste de Narváez, quienes no se esperaban una guerra de la intensidad de la vivida hasta entonces y, sobre todo, habían visto que se perdía buena parte del botín conseguido hasta el aciago día de la huida de México-Tenochtitlan. De hecho, Cortés introdujo a los tlaxcaltecas en una dinámica bélica muy agresiva y comenzaron a comportarse con algunas localidades de su entorno como antes lo habían hecho los mexicas y no podía perder semejante ventaja. Por otro lado, y como se ha mencionado, Cortés debía conseguir algún tipo de botín para sus hombres, después del descalabro de la Noche Triste, si no quería enfrentarse a un motín y lo que había más a mano eran esclavos. Es muy significativo un apunte de Cervantes de Salazar: el caudillo extremeño logró acallar ciertas quejas de los hispanos supervivientes de su hueste en Tlaxcala cuando les prometió que «en la guerra de Tepeaca harían lo que quisiesen».



Según la versión del cronista Muñoz Camargo, de sangre tlaxcalteca, Cortés les garantizó a sus principales aliados aborígenes parte de sus conquistas si le ayudaban en la guerra: Cholula, Huexotzinco y Tepeacac pasarían a ser territorios de los tlaxcaltecas. Solo tras reunirse con los señores de las cuatro cabeceras, que dieron su consentimiento, el de Medellín reinició la actividad bélica. En palabras de Muñoz Camargo: «Los capitanes tlaxcaltecas dieron [su parecer] y fue que antes todas cosas se conquistase la provincia de Tepeacac y todos sus alrededores y comarcas y demás provincias sujetas a México, y que, haciendo esto, sería desmembrar y cortar las raíces del árbol».<sup>[60]</sup>

La operación debió de comenzar a finales de julio o primeros de agosto de 1520. Y no solo participaron tlaxcaltecas junto con el grupo hispano, sino también efectivos de Huexotzinco y Cholula, ahora todos confederados contra los mexicas y sus aliados. Xicotécatl, que no dejaba de ser un jefe militar importante, siguió a la vanguardia cortesiana con el resto del ejército aborígen, pero con Alonso de Ojeda y Juan Márquez vigilándolo muy de cerca. Algunas fuentes no lo mencionan entre la expedición y sí en cambio a Tianquiztlatoa y otros hijos de Xicotécatl el Viejo. Asegura Bernal Díaz que solo llevaron bastimentos para un día, pues pensaban abastecerse por el camino en un territorio muy poblado, lo que no dejaba de ser otra forma de castigo, y de reducir el peso de la carga que soportaba Tlaxcala al alimentarlos durante tantos días.

Con las precauciones habituales, como el envío de corredores de campo para otear qué se cocía en las cercanías, Cortés tomó varios prisioneros en una localidad cercana a Tepeacac, seguramente Zacatepec, para enviarles un requerimiento formal de rendición. Se les acusaba de traidores y rebeldes, pues ya habían dado la obediencia a Carlos I cuando decidieron matar a un grupo de españoles —dos para Cortés, dieciocho para Bernal Díaz— y, lo peor, permitir que guarniciones mexicas volviesen a entrar en su territorio. El de Medellín los amenazó, en caso de resistencia y si no expulsaban a los mexicas, con una guerra a sangre y fuego y a esclavizar a los prisioneros habidos en la misma con la excusa de que eran caníbales. Llegó a levantar un auto ante escribano donde daba cuenta de tales medidas. Simplemente, Tepeacac era la primera localidad que se iba a enfrentar con esta nueva política. Escribe Cortés: «Y también me movió a hacer los dichos esclavos por poner algún espanto a los de Culúa [México-Tenochtitlan] y porque también hay tanta gente, que si no se hiciese grande el castigo y cruel en ellos, nunca se enmendarían jamás». Vázquez de Tapia, de manera escueta, pero no

por ello menos elocuente, señaló que la gente de Tepeacac y toda su provincia sintieron «de tal manera la guerra, que les hicimos que se arrepintiesen de lo pasado [...]».<sup>[61]</sup>

Los primeros espías tepeacanecas atrapados se les entregaron a los tlaxcaltecas, quienes los sacrificaron en la ceremonia que dedicaron al hijo de Maxixcatzin, por entonces un guerrero novel. En Zacatepec fueron atacados en el entorno de unos maizales que, al estar ya altos, no permitían contacto visual con el contrario. Los jinetes arremetieron contra el enemigo, no sin pérdidas, pues quedaron maltratados dos equinos y uno acabó por morir; también hubo 12 heridos entre las tropas castellanas y 3 aliados tlaxcaltecas perecieron. De los contrarios fenecieron muchísimos, asevera Bernal Díaz, pero no nos da cifras; según algunos testigos fueron 400. Eso sí, mientras se hacían cargo de mujeres y niños, los aliados tomaban presos a los hombres «y los llevaban por esclavos». Según Cervantes de Salazar, la lucha continuó hasta la localidad cercana de Acatzinco, donde Alonso de Ojeda tomó unos aposentos reales e hizo ondear la enseña de la garza blanca, es decir las armas de Tlaxcala. Allí mataron a todos sus defensores, pero también a los tepeacanecas y mexicas que pugnaron por recuperar el lugar y hacerse fuertes en el mismo. Asegura este cronista que en Acatzinco, cuando Cortés se hizo con algunos prisioneros, desde lo alto de aquellos aposentos, «[...] y para espantar a los demás, hacíalos echar de allí abaxo, donde se hacían pedazos, porque los aposentos eran muy altos y los arrojados daban sobre piedras». Otros muchos fueron alanceados, atravesados por picas e, incluso, hubo casos de aperreamiento. También permitió que los tlaxcaltecas reanudaran sus prácticas caníbales. Cervantes de Salazar escribió lo siguiente, sin duda con exageración: «Hubo aquella noche para los tlaxcaltecas gran banquete de piernas y brazos porque, sin los asadores que hacían de palo, hubo más de cincuenta mil ollas de carne humana. Los nuestros lo pasaron mal, porque no era para ellos aquel manjar». Algunos testigos, enemigos de Cortés, dijeron en su juicio de residencia que al menos un español probó la carne de indio y que era común alimentar con dicha carne a los perros locales, los cuales a su vez eran comidos por los tlaxcaltecas. También se rumoreó que los castellanos intercambiaban cuerpos de tepeacanecas por comida más convencional con los aliados aborígenes. El cronista Antonio de Herrera silencia el acto de crueldad de Cortés, aunque refiere el canibalismo entre los tlaxcaltecas. Siempre preocupado por la honra de la nación castellana, para Herrera la política de Cortés aquellos meses fue de «pacificación» de los territorios todavía no «asosegados», mandando a sus capitanes «con orden de

usar ante todas cosas de términos blandos y suaves».<sup>[62]</sup> Otros testimonios parecen apuntar a que, más bien, el de Medellín hizo justo todo lo contrario cuando fue ineludible. Fernández de Oviedo también se hizo eco del canibalismo tras la batalla, típico de aquellas gentes, pero recalcando que a Cortés se le olvidó mencionarlo.<sup>[63]</sup> También fray Juan de Torquemada, que usa las mismas frases que Cervantes de Salazar o, más habitual aún, de Antonio de Herrera, admitió la cuestión del canibalismo consentido por los españoles en momentos de guerra, además de aceptar la política de guerra a sangre y fuego propugnada por Cortés, así como la esclavitud decretada para tantos vencidos.<sup>[64]</sup>

La entrada en Tepeacac fue tranquila porque sus señores y algunos habitantes se habían refugiado ya en México-Tenochtitlan. La ciudad fue rebautizada como Segura de la Frontera, pues cubría el camino hacia Veracruz y apoyaba al triángulo de ciudades aliadas: Tlaxcala, Cholula y Huexotzinco. Tras nombrar alcaldes y regidores, así como ordenar edificar una fortificación al estilo europeo, pues materiales de construcción había, Cortés mandó aderezar un hierro en forma de letra G, con el significado de Guerra, para herrar en el rostro a todos aquellos tomados presos en el conflicto y esclavizarlos. Cortés y sus hombres comenzaron a tomar como esclavos solo a las mujeres e indios jóvenes de ambos sexos, mientras que los hombres, más difíciles de guardar y hacer trabajar eran el botín de los aliados, según Díaz del Castillo.<sup>[65]</sup> López de Gómara apunta que si Cortés ordenó la esclavitud de todos los tepeacaneques fue por la rebeldía que habían protagonizado, pero también «porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque si así no los trataba, luego se rebelaran». Vázquez de Tapia parece resumir todo el asunto señalando que Cortés y sus hombres, asentados en Acatzinco, recorrieron todo el territorio de Tepeacac, «[...] y les hicimos de tal manera la guerra, que les hicimos que se arrepintiesen de lo pasado y pidiesen la paz, la cual se aceptó con las condiciones que el marqués les puso».<sup>[66]</sup>

En el juicio de residencia de Cortés, Vázquez de Tapia aseguró que en Cachula (Quauhtinchan) y Tecamachalco aquel ordenó separar los hombres, unos 2000, de las mujeres y niños, en torno a los 400, y, a continuación, mandó la ejecución sumaria de los primeros mientras esclavizaba a los segundos.<sup>[67]</sup> Otro testigo en el juicio de residencia, Francisco Flores, era de la opinión de que los castigos empleados fueron convenientes «para la paçificacion de la tierra, e por ser la cosa tan nueva conbenya hacerse aquello que se hizo e mucho mas, para poner temor a los naturales, para que no

hiciesen daño en los españoles, e no quebrantasen las palabras de paz que diesen».<sup>[68]</sup> Mientras que un tercer testimonio, el de Francisco Verdugo, elevaba a 3000 los muertos en Tepeacac.<sup>[69]</sup>

En el caso de Cervantes de Salazar, este asegura que «De los esclavos entregó el quinto a los Oficiales del Rey; los demás repartió entre los que lo habían menester y otros envió a Tlaxcala para que los tuviesen en guarda hasta que él volviese». Los esclavos se vendieron a 10 pesos por cabeza. Otro testimonio, procedente al igual que los ya mencionados del juicio de residencia de Cortés, el de Antonio Serrano de Cardona, alias Villarroel puntualiza Díaz del Castillo, es muy gráfico. Según Serrano, tras meter a «sacomano» toda Tepeacac y su comarca, haciendo esclavos a diestro y siniestro, en Acatzinco «a las mugeres e mochos el dicho D. Fernando Cortés mandó herrar por esclavos e a los hombres mandó matar a lanzadas e a cuchilladas e asy se fizo».<sup>[70]</sup>

Desde Tepeacac la campaña se mantuvo por otros cuarenta días, aunque la presencia de tropas hispanas y aliadas aborígenes en aquella ciudad se mantuvo durante meses (entre cuatro y seis). Cervantes de Salazar asevera que mientras los indios aliados siempre tenían carne disponible, la de los mexicas, los españoles hubieron de conformarse con la de los perros del lugar: «cayeron algunos de los nuestros en que los perrillos de la tierra, que son de comer, iban de noche y de día a comer de los cuerpos muertos. Iban allá los ballesteros y harían su caza y volvían tan contentos como si hubieran cazado perdices». En Tecamachalco, Diego de Ordaz logró hasta 2500 presos. Como puntualiza Cervantes de Salazar, desde dicha localidad, «Los españoles hicieron muchas correrías donde prendieron y mataron muchos de los enemigos». A pesar de lo señalado antes por Antonio de Herrera, lo cierto es que reconocía que Cortés fue quemando los pueblos de la comarca «para más brevemente traerlos a obediencia», mientras que una vez dominada Tepeacac, comenzó a enviar «bandas de gente a correr la tierra y destruirla». Ordaz, por ejemplo, empleó 200 españoles y los aliados indios que necesitó, sin precisarse cuántos, y hasta en cinco ocasiones atacó Tecamachalco hasta derrotarla. Otra ciudad destruida a sangre y fuego fue Acapetlahuacan. Cortés reconoció medio millar de muertos en estas correrías, pero en la época se habló de 15 000 o 20 000 fallecidos y otros tantos esclavizados, cifras que parecen un tanto exageradas. Pero la de Cortés es demasiado reducida, me da la impresión.

Mientras Cuauhtémoc, el nuevo *tlatoani* mexica —Cuitláhuac había fallecido tras poco más de cuarenta días de reinado a causa de la epidemia de

viruela que ya había alcanzado el valle central de México, como comentaremos—, ordenaba a sus oficiales que no se retirasen sus guarniciones del territorio antes dominado y ayudaba a esta política con la promesa de reducir tributos y entregar presentes de valor a los señores de las diversas localidades, Cortés poco a poco se fue reforzando. Llegaron cartas de Veracruz que señalaban la llegada a puerto de un amigo del caudillo, Pedro Barba, que se incorporó a la conquista con los trece soldados y dos caballos que trajo consigo. Aunque comisionado por Diego Velázquez para llevarle misivas y demás mensajes a Pánfilo de Narváez, Barba pudo cambiar pronto de bando una vez fue hecho prisionero en la costa y enviado a Tepeacac. Bernal Díaz aprovechó su llegada para informar de la dura vida de la hueste, con muchos soldados enfermos de «dolor de costado», que podría ser extenuación. En un lapso breve, quince días, según su testimonio, murieron cinco. De modo que toda ayuda era poca. Cortés hizo a Barba capitán de ballesteros y se lo ganó para su causa.

Ocho días más tarde llegó otro barco de Cuba, esta vez con suministros, entre ellos cuerda para las ballestas, además de ocho hombres, seis ballesteros y un caballo. Su comandante, Rodrigo Morejón de Lobera, amigo de Pedro Barba, también acabó en Tepeacac.<sup>[71]</sup> Y en las semanas siguientes siguieron arribando barcos. Francisco de Garay, desde Jamaica, continuaba obsesionado con poblar el Pánuco, de ahí que organizase una segunda expedición con dicho fin en 1520 al mando, de nuevo, de Álvarez de Pineda. Uno de los barcos de este último, comandado por el capitán Diego de Camargo, acabó por arribar a Veracruz; cuando decidieron incorporarse a la conquista los 60 hombres que viajaban con dicho oficial, se encontraban en tan malas condiciones físicas que cuando alcanzaron Tepeacac los veteranos de Cortés se burlaron, según Díaz del Castillo, llamándoles «los panciverdetes», porque «traían los colores de muertos y las barrigas muy hinchadas». Poco después se presentó en aquella costa Miguel Díaz de Aux, aragonés, otro de los capitanes de Garay con órdenes de averiguar qué había pasado con Álvarez de Pineda, que había muerto mientras tanto. Díaz de Aux llegó acompañado de medio centenar de soldados y siete caballos, nada menos, al incorporarse, también, a la campaña de Cortés. A Garay, sin duda, debió de hacerle muy poca gracia reclutar y equipar gente para un competidor directo de la talla del de Medellín.

Y aún alcanzaron las costas veracruzanas dos postreros capitanes: uno al que llamaron Ramírez el Viejo, por haber otros Ramírez en la hueste, el cual aportó otros 40 hombres y 10 caballos, además de ballestas y otras armas.

Siguiendo con la tónica de poner mote a aquellos nuevos incorporados, a los de Díaz de Aux, con buen aspecto y descansados, los llamaron «los de los lomos recios», y a los de Ramírez, al portar defensas de algodón muy tupidas, les apodaron «los de las albardillas». Nunca una ayuda fue tan providencial. Ante la duda de si Cortés forzó o no la incorporación de los hombres de Garay, de manera prudente Fernández de Oviedo opta por señalar que «usança es de los hombres de guerra usar de todas sus cautelas posibles para que se aumente su exercito, en especial tras una nesçessidad tan notoria como la que en essa saçón tenía Cortés de gente».<sup>[72]</sup> El segundo capitán era Juan de Burgos, un mercader que llegó desde Canarias con 3 caballos, escopetas, muchas ballestas, puntualiza Díaz del Castillo, además de numerosos suministros de guerra y 13 hombres quienes, junto con los oficiales del barco, 5, se pasaron en breve plazo a la causa cortesiana. En definitiva, poco más de 200 hombres y 23 caballos fue el refuerzo, tan necesario, recabado por Cortés aquellos días.

Cuauhtémoc continuó con su política de hacer la guerra con las guarniciones mexicas estacionadas en el entorno de Tlaxcala, de modo que reforzó las de Quauhtinchan, una plaza fuerte, de hecho, y de Yztocan, localidades cercanas a Tepeacac, pero sus tropas comenzaron a presionar en demasía a los paisanos de esos lugares, en palabras de Díaz del Castillo, con sustracción de mujeres incluida. Cuando notables de dichas localidades se presentaron ante Cortés para demandar ayuda, este vio clara la ventaja que obtendría y el mucho territorio, y sus poblaciones, que ganaría para su causa. El de Medellín, con el refuerzo recibido desde Tlaxcala, pues con el botín obtenido con la toma de Tepeacac los tlaxcaltecas se habían animado aún más, envió a Cristóbal de Olid con 300 hombres y buena parte de los caballos que quedaban —puede que 13—, 3000 auxiliares indios y algunas bombardas, puntualiza Pedro Mártir de Anglería,<sup>[73]</sup> pero esta última apreciación no la comparten los restantes cronistas. Fernández de Oviedo asegura en su crónica que los mexicas disponían en la zona de 30 000 guerreros e idéntico número de indios aliados portó consigo Olid en sus operaciones de castigo. Cifras exageradas, a todas luces.

Quauhtinchan era una localidad amurallada, con muros de cal y canto de 8 metros de alto y muy anchos, con cuatro puertas con defensas exteriores para complicar la entrada y un petril a lo largo de la muralla de un metro de ancho desde donde se podía luchar, por ejemplo, arrojando piedras, pues se acumulaban muchas de diversos tamaños, puntualizó Cortés. La guarnición mexica se sentía segura en su interior, pero no contaba con que la población

también se sumaría a la lucha contra ellos. Tampoco contaba Olid con la tibieza de muchos de los antiguos soldados de Narváez, hartos de guerra y de arrostrar peligros, que no quisieron seguir adelante, según siempre la opinión de Díaz del Castillo. Olid los esforzó como pudo y mantuvo la ofensiva espoleado por los contactos con los habitantes de la localidad, que estaban claramente deseando sacudirse el yugo mexicana. De matanza califica López de Gómara la operación, pues los vecinos se sumaron, en efecto, a la masacre y mataron a casi toda la guarnición mexicana. Según Cervantes de Salazar, los encargados iniciales de esta operación fueron Diego de Ordaz y Alonso de Ávila y no Cristóbal de Olid; «Volvieron estos Capitanes con presa de más de dos mill hombres y mujeres, aunque al principio, por espantar a los demás, no se daba vida a hombre», escribió este último cronista.<sup>[74]</sup> Cuando los mexicanos reaccionaron e intentaron tomar de nuevo la localidad es cuando se produjo lo que también este autor estima como matanza, «que fue una de las grandes que en mexicanos se había hecho». Además:

Los nuestros, siguiendo la victoria, saquearon todo cuanto toparon sin dexar cosa; quemaron las casas, en las cuales hallaron muchas vituallas, tomaron, así de los muertos como de otros que prendieron, ricos plumajes, argentería, joyas de oro y plata, piedras preciosas, muchas de las cuales parecían porque lo debían [ser], de las que los nuestros habían perdido a la salida de México. Traxeron los indios para contra los cristianos lanzas mayores que picas, tostadas las puntas, pensando con ellas matar los caballos, y no se engañaban si supieran jugarlas, pero si no es en el flechar, en todas las demás armas tienen poca destreza.

Díaz del Castillo suele ser parco a la hora de describir las bajas del contrario, pues su auténtica preocupación era, como se sabe, demostrar las dificultades arrostradas por el grupo en la «conquista» de Cortés. Así, informa que Olid tuvo varios heridos entre los españoles, 2 caballos muertos y otros 8 heridos. Una situación complicada si solo había llevado 13 consigo.

Estas operaciones son confusas, porque el caudillo extremeño en persona dijo haber estado presente en la lucha por Quauhtinchan, mientras Díaz del Castillo admite: «yo no fuí en esa entrada». De hecho, el de Medellín aseguró que no pudo impedir la gran matanza que se produjo, por el empuje de los aliados y de los propios habitantes del lugar, cuando, en realidad, le interesaba conseguir prisioneros para saber qué tramaban en México-Tenochtitlan. Escribe Cortés: «Porque yo quisiera tomar algunos a vida, para informarme de las cosas de la gran ciudad y de quién era señor después de la muerte de Mutezuma y de otras cosas y no pude tomar sino a uno más muerto que vivo, del cual me informé». De manera muy explícita narró que al abandonar a la carrera la ciudad, la guarnición mexicana, muy agotada por la lucha, fue

perseguida por tropas aborígenes aliadas de refresco, y al subir unas alturas donde estaban sus campamentos, los mexicas fueron diezmados, pero muchos murieron, también, «ahogados de la calor, sin herida ninguna». Los campamentos fueron pillados y quemados.

Después de esa victoria, Cortés comenzó a tomar conciencia de que no solo contaba con el apoyo de Tlaxcala, sino que, si el botín era importante, Cholula y Huexotzinco también enviarían guerreros de apoyo de manera regular. De esta forma, poco a poco, la seguridad de disponer de fuerzas indias aliadas suficientes como para dar el siguiente paso, intentar tomar México-Tenochtitlan, fue adquiriendo una claridad meridiana. Pero, para ello, debía mantenerse en guerra de manera constante y mostrarse inflexible. Y como siempre las cifras: Cortés asegura que podía contar aquellos días nada menos que con 120 000 hombres, los cuales «casi cubrían los campos y sierras que podíamos alcanzar a ver». Díaz del Castillo, muy comedido por una vez, rebajó dicho guarismo a unos 10 000 hombres, mucho más creíble.

Tras aquel lance tan favorable, la toma de Quauhtinchan, Cortés y los suyos descansaron tres días en Tepeacac. Luego la campaña se reanudó. La presión sobre los mexicas continuó con la toma de Yztocan, donde casi toda su guarnición —Cortés la evaluó en 5000 o 6000 guerreros— pereció; de esta forma, Cortés no solo adquiría reputación entre los indios e iba controlando las tierras en el entorno de la actual Ciudad de México, sino que destruía sistemáticamente todas las guarniciones mexicas que se le oponían, sabedor de que, una vez eliminadas, dichas tropas no podrían defender su capital. Razón no le faltaba, pues en Yztocan supo que los mexicas estaban fortificando Tenochtitlan, donde construían «cercas, cavas y fosados», además de fabricar «lanzas largas como piernas para los caballos, y aún ya hemos visto algunas de ellas. Porque de esta provincia de Tepeaca se hallaron algunas con que pelearon [...]».

Una de las medidas de Cortés cuando tomaba una localidad era quemar sus templos. Lo explica Cervantes de Salazar:

Quemó Cortés luego los templos e ídolos, así por quitar las fuerzas a sus enemigos como por el menosprecio de su religión vana. Hacía esto Cortés cada vez que los pueblos se le ponían en defensa; y así, los que de paz se le daban, lo primero que pedían era que no les quemase los templos ni derrocase sus ídolos. Condescendía con ellos, porque entonces vía que no era tiempo de hacer otra cosa.<sup>[75]</sup>

En Yztocan, por ejemplo, dijo haber quemado un centenar de «mezquitas y oratorios», pero la frase del de Medellín admite otra lectura: las calcinó no



solo por ser templos paganos, sino también por ser construcciones «muy fuertes con sus torres», es decir lugares fáciles de defender en caso de rebelarse la ciudad. Además, contaba con defensas naturales y otras construidas por el hombre, de ahí la necesidad de controlar lugares como este:

Está [Yztocan] en un llano a la falda de un cerro mediano, donde tiene una muy buena fortaleza; y por la otra parte del llano está cercada de un hondo río y de barranca, que es muy alta, y sobre la barranca hecho un pretil toda la ciudad, tan alto como un estado; tenía por toda esta corra muchas piedras.<sup>[76]</sup>

Por otro lado, Cortés comenzó a poder permitirse intervenir en las estructuras políticas de la zona. Poco a poco, tal vez sin una conciencia clara, al menos al principio, estaba no solo socavando el poder de un imperio de tipo hegemónico, sino sustituyéndolo por otro poder imperial, pero de tipo territorial. Prueba de ello es que cuando el señor de Yztocan, familiar de Moctezuma II, se marchó con los supervivientes de la guarnición mexicana, el de Medellín colocó en su lugar a un niño de diez o doce años, un nieto del huido por parte de madre. Y como regentes a cuatro notables que entraron en el juego de alianzas propuesto por Cortés. El nuevo señor se bautizó y con Pedro de Alvarado como padrino adquirió su nombre. Dicha política le sirve a Fernández de Oviedo para alabar una vez más a Cortés: no solo se parecía a Ciro el Grande de Persia por su «prudencia, consejo, industria é fatiga, no ociosidad ó quietud é voluptad», sino que también

como principal capitán sabía mandar sus exércitos, ó á los que nuevamente venían á la obediencia los enseñaba á obedeser con halagos é palabras dulçes, ó con dádivas ó gratificaciones quando convenía. É tan manso é benigno era en la paz como áspero ó resgio punidor de los que con el cuchillo [h]avían de ser corregidos.<sup>[77]</sup>

La política cortesiana de atraer poblaciones para demostrar que solo daría guerra a sangre y fuego a los que le atacasen y esclavizaría a los supervivientes comenzó a funcionar, pues, según Cervantes de Salazar, estando en Yztocan:

Antes que Cortés saliese deste pueblo, era tanta la fama y nombre que cobró, que vinieron peor sus mensajeros a la obediencia ocho o diez pueblos bien lexos de allí a darse por sus amigos y servidores, diciendo que no habían muerto cristiano alguno ni tomado armas contra ellos.

Incluso desde Oaxaca llegaron caciques a prestar ante Cortés juramento de fidelidad y para hacer causa común contra los mexicas. La política

imperialista de estos ahora se volvía en su contra.

Tras aquellas victorias-masacres, aún Cortés envió a Gonzalo de Sandoval con otros 200 infantes, 12 de ellos ballesteros, y 20 jinetes, además de los consabidos guerreros tlaxcaltecas, contra Jalatzinco y Zacatami (o Zautla); ambas localidades se aprestaron a la lucha con sus guarniciones mexicas y prepararon albarradas en las calles, pero fueron derrotadas y Sandoval, como Cortés antes, hizo muchos esclavos entre las mujeres y la gente joven. Hubo «muertes, fuego y saco», en palabras de López de Gómara. Sandoval tuvo 8 castellanos heridos y murieron 3 caballos. Como es habitual, nada se dice de las pérdidas habidas entre los aliados. Y la misma tónica siguió en Xocotlan, la ya bautizada como Castilblanco. En la localidad mataron a 9 españoles semanas atrás. Sandoval se presentó con 30 jinetes y 100 infantes, además de 8 ballesteros y 5 escopeteros y, ni que decir tiene, los aliados tlaxcaltecas que, en palabras de Díaz del Castillo, «siempre se mostraron muy aficionados y eran buenos guerreros». En todas estas acciones se requería la rendición y se amenazaba con la esclavitud en caso de hacer prisioneros. Bernal Díaz vuelve a asegurar que no participó en esta campaña por estar «muy malo de calenturas y echaba sangre por la boca». Pero explica muy bien la táctica seguida por Sandoval: se rompía el frente del enemigo mediante el uso de la caballería, apoyada por los escopeteros y los ballesteros, quienes, en caso de apuro, siempre podían contar con el resto de los infantes. Solo entonces se pedía el concurso de los aliados, que atacaban cuando se había logrado la desbandada del contrario. Antes no, pues su forma caótica de pelear invalidaba las ventajas de las armas europeas. Era un buen sistema siempre y cuando se pudiese domeñar a las tropas contrarias con las europeas que uno llevase para el choque inicial. Por otro lado, no debían de ser confrontaciones tan arduas, contra tanta gente, dado que en este combate Díaz del Castillo habla de 7 muertos del contrario en un contraataque en el interior de la ciudad, pues el ataque principal se produjo fuera. Pero 7 caídos no dan sensación de batalla, apenas de refriega. Sandoval tuvo 4 heridos entre los europeos y 9 equinos resultaron maltrechos, uno de los cuales murió.

Sin embargo, no terminó todavía la campaña. Desde Tepeacac, Cortés quiso asegurar el camino entre Tlaxcala y Veracruz y envió a otros capitanes a continuar aquellas operaciones. Alonso de Ávila con 200 españoles y un número no determinado de aliados partió contra Tecalco y otras localidades, pero no pudo lucirse porque sus habitantes huyeron a las montañas. Cristóbal de Olid y Juan Rodríguez de Villafuerte<sup>[78]</sup> partieron con otros 200 hombres y muchos indios aliados, dice Cervantes de Salazar. Su primer destino fue

Ixtacamaxtitlan, donde operaron durante ocho días pasando hambre, pues la población retiró a tiempo los mantenimientos. Alojados en unas estancias, los indios les pegaron fuego de noche y cuando el viento soplaba de manera favorable, pero al tener siempre vigilancia, nadie resultó herido. Los españoles contraatacaron y ocasionaron bajas. Siguieron con la incursión hacia la provincia de Tlatlahuquitepec, donde había una guarnición mexicana de 2000 o 3000 hombres y donde también habían muerto españoles en tránsito de Veracruz a México-Tenochtitlan. En concreto, se supo que a estos se les torturó alanceándolos en una plaza de reducidas dimensiones que iba a dar a otro patio, donde los supervivientes volvían a ser atacados sin posibilidad de escapar. Cervantes de Salazar asegura que cuando se capturó a 30 o 40 naturales de dicha localidad Cortés ordenó, en justa réplica, pasarlos a cuchillo en una plaza de Tepeacac. «Sonóse esta nueva por aquella tierra y refrenáronse de ahí adelante, temiendo morir como ellos», escribió Cervantes, pues este era el efecto buscado.

Olid y los suyos se mantuvieron en campaña durante un mes, pero sin obtener grandes victorias, pues la gente huía a las montañas, con el riesgo, además, de no encontrar alimentos. Así las cosas, Cortés decidió que la guerra debía volver a hacerla en el entorno de México-Tenochtitlan para ir saboteando su poder, pues una vez cayera la gran ciudad y las demás aledañas, mucho más fácil sería conquistar el resto del país.

Para ello, debía comenzar por fortalecer su campo. Así, envió una persona de confianza a Veracruz para que con cuatro de los navíos de Narváez se fuese a Santo Domingo en busca de ayuda, es decir hombres, caballos, espadas, ballestas, artillería, pólvora y munición; pero también de otros elementos prosaicos de los que carecían tras tantos meses de campaña: paños, lienzos o zapatos. Estaría capitaneada esta expedición por Francisco Álvarez Chico<sup>[79]</sup> y Alonso de Ávila. Escribió al licenciado Rodrigo de Figueroa, gobernador interino de La Española, acerca de aquellas demandas y a la Audiencia de dicha isla explicando todo lo acontecido y lo mucho que necesitaba de su ayuda para culminar la toma de México-Tenochtitlan, pues ese era el objetivo y no otro. Es significativo que Cortés insistiese en solicitar «caballos y arreas y ballestas y pólvora, porque esto es lo que en estas partes es más necesario; porque peones rodeleros aprovechan muy poco solos, por ser tanta cantidad de gente y tener tan [...] grandes ciudades y fortalezas». Poco después, una segunda expedición viajaría a Jamaica a comprar yeguas supervisada por Francisco de Solís, otro íntimo de Cortés.

Cortés firmaba su *Segunda carta de relación* en Segura de la Frontera, la antigua Tepeacac, el 30 de octubre de 1520. En sus párrafos finales le explicaba lo siguiente a Carlos I:

Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico a vuestra alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así.

Y el rey consintió.

La idea de Cortés fue pasar la Navidad en Tlaxcala para terminar de ordenar a su gente, pues su siguiente meta era tomar una ciudad importante en el entorno lacustre de México-Tenochtitlan para botar los trece bergantines que, en su momento, había decidido construir para sitiar la gran ciudad mexicana.<sup>[80]</sup> La elegida fue Tetzoco. Aunque, para entonces, otra gran novedad había llegado al territorio mesoamericano.

La viruela hizo acto de presencia en La Española en el otoño de 1518<sup>[81]</sup> y, en un breve plazo, se cobró la vida de cerca de una tercera parte de los aborígenes supervivientes desde la llegada de Cristóbal Colón a la isla en 1492, según informaron a comienzos del año siguiente los frailes jerónimos, gobernadores interinos, a Carlos I. Para entonces, la enfermedad también había llegado a Puerto Rico. Y debió de arribar asimismo a Cuba, pues en la expedición de Pánfilo de Narváez participaron algunos infectados, como se sabe. El oidor, Vázquez de Ayllón, en un informe al rey del 30 de agosto de 1520, fue el primero en señalar que en la isla de Cozumel quedaban pocos indios cuando fue visitada por Narváez a principios de 1520. Ya habían pasado por ella Cortés y los suyos casi un año antes. Pero fue en el momento del desembarco de Narváez en Veracruz y su posterior desplazamiento a Cempoallan, en marzo-abril de 1520, cuando la enfermedad se manifestó de forma clara. Enfermedad o enfermedades, pues también se han detectado síntomas que parecen indicar la presencia de tifus y de sarampión. En los *Anales históricos de Tlatelolco* se lee: «Enseguida, después, se extendió la enfermedad: la tos, la fiebre ardiente, la pequeña lepra. Luego la enfermedad salió un poco».<sup>[82]</sup> Se ha afirmado que uno de los esclavos africanos de la hueste de Narváez, castellanizado su nombre como Francisco de Eguía, fue el portador del virus e infectó a la familia totonaca con la que residía en Cempoallan. Para los mexicas, la enfermedad alcanzó México-Tenochtitlan en el mes de septiembre, es decir, que tardó menos de medio año en llegar al

valle central desde la costa; definieron la viruela como una «gran lepra», o *huey huatl*, o bien un «gran sarpullido», o *huey zahuatl*. La enfermedad pasó por Cuatlan, Chalco, donde fue terrible y duró setenta días, y alcanzó a la propia Tlaxcala. De ella murió Maxixcatzin. Poco después, también acabó con la vida del *tlatoani* Cuitláhuac, con la del señor de Tlacopan, Totoquihuatzin (suegro de Moctezuma, que fue sustituido por Tetlepanquetzal) e, incluso, en tierra de los tarascos, con la vida del *cazonci*, es decir, de su *tlatoani*, Zuangua. La epidemia remitió a finales de noviembre en México-Tenochtitlan, pero, para entonces, había dejado a los mexicas no solo muy tocados numéricamente sino también psicológicamente.

Sentado esto, si las operaciones militares del cerco de la ciudad se produjeron entre finales de mayo y mediado agosto de 1521, y los mexicas contaron con un *tlatoani* enérgico como Cuauhtémoc,<sup>[83]</sup> que había dado órdenes para eliminar los cuerpos de los infectados con celeridad, pues el clímax de la epidemia se superó a finales de noviembre de 1520, como se ha señalado, ¿no es posible que hayamos magnificado la importancia de la epidemia de viruela como uno de los grandes justificantes de la conquista de México-Tenochtitlan? Al menos un investigador, F. J. Brooks, así lo cree. Por otro lado, si atacó con dureza a los mexicas, también lo hizo con los aliados cortesianos: ya hemos visto que se infectaron tlaxcaltecas, cholultecas o



Portada de la *Segunda Carta de Relación* de Hernán Cortés dirigida a Carlos V en 1522. Forma parte de las cinco cartas que Cortés envió al rey de España.

tepeacanos. En esta última campaña, en Tepeacac, Vázquez de Tapia aseguró que una tercera parte de los aborígenes murió y eso les evitó tener que luchar con muchos más guerreros al avanzarse en la conquista. Además, este cronista, y anteriormente soldado, distinguía entre viruelas y sarampión. Para él, la epidemia fue doble: de viruelas y sarampión.<sup>[84]</sup> En definitiva, los cronistas en general se centraron mucho en la afectación de la epidemia entre el enemigo mexica, puesto que usaron la enfermedad como un factor más dependiente de la divina Providencia para explicar la derrota aborígen.<sup>[85]</sup> Pero, claro, que la misma enfermedad diezmasé también a los aliados, cuya alianza fue otro factor clave en la victoria, no podía ser una cuestión que se airease, más bien todo lo contrario. Un cronista, fray Juan de Torquemada, hizo referencia al hecho de que los aborígenes que pudieron superar la plaga fueron aquellos que, haciendo caso a los españoles, ni se bañaban ni se rascaban las pústulas. Además, hizo un recuento de la capacidad demográfica favorable a Cortés contemplando a todos sus aliados hasta aquel momento, incluida la provincia de Tepeacac, con el resultado de contar con 430 000 vecinos, es decir hogares, y sin mencionar las poblaciones de otros muchos lugares pequeños. Por ello, no es de extrañar la alegría del caudillo extremeño, pues «Con todo eso tomó ánimo, con el gran número de gente que había para todo y la voluntad con que mostraban irle a servir», escribió Torquemada.<sup>[86]</sup>

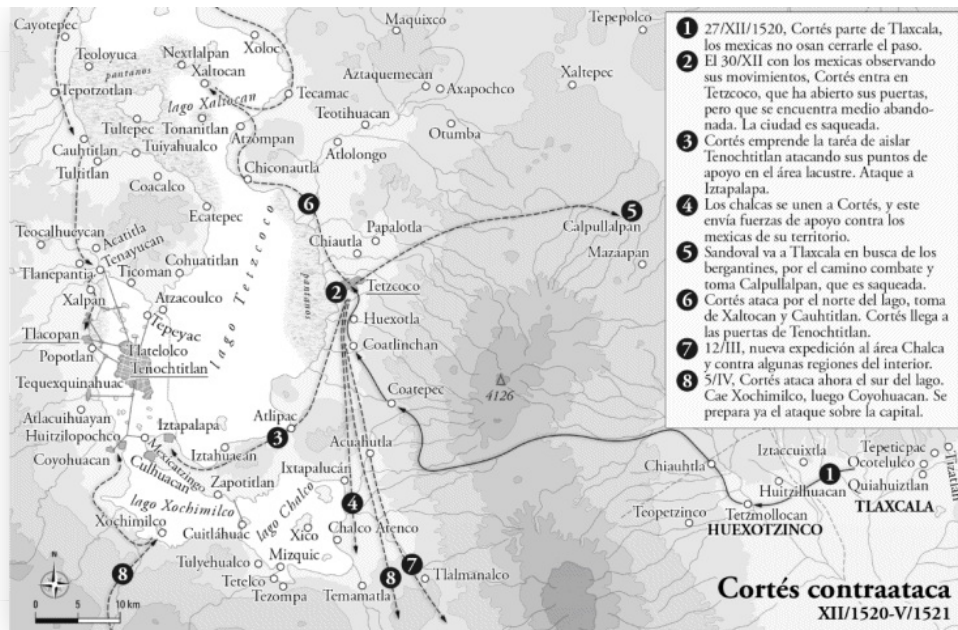
### **Ocupación de Tetzoco, diciembre de 1520<sup>[87]</sup>**

**U**na vez controlada la provincia de Tepeacac, donde Cortés dejó a su fiel Francisco de Orozco con 60 soldados —Díaz del Castillo, en cambio, asegura que solo eran 20, todos ellos heridos y convalecientes, aunque es probable que se refiera a que 20 del total de 60 se hallaban en tales circunstancias—, el caudillo entendió que no debía prolongar la guerra por la conquista de la mayor parte del Imperio mexica sin ocupar antes su cabeza. Tras regresar a Tlaxcala, donde fue recibido como un vencedor, Cortés decidió pasar allá tranquilamente la Navidad. No obstante, tomó en el camino de regreso la ruta de Cholula, en la que la epidemia de viruela había causado estragos como en otras localidades, y Cortés tuvo que intervenir en la sucesión de la cúpula dirigente, algo que hizo para satisfacción de aquellos aliados. Solo entonces terminó de pensar en su plan de conquista de México-

Tenochtitlan. Esta pasaba por establecer, en primer lugar, una base cercana en el lago. Como ya se ha mencionado, la ciudad elegida iba a ser Tetzcoco.

Antes de salir de Tlaxcala, lo que hizo el 28 de diciembre de 1520, Cortés realizó un doble alarde con sus tropas y con las de sus aliados indios. El lugar elegido fue la plaza del Templo Mayor de la gran urbe. Cortés se vistió para la ocasión de la manera más apropiada: portaba unas ropas de terciopelo sobre sus armas, al igual que su caballo, con espada al cinto y una azagaya en las manos. Otras versiones lo quieren sentado en una silla de alto respaldo admirando el paso de sus compañeros: primero los ballesteros, que harían gestos de montar sus armas y disparar al aire; luego los rodeleros con sus espadas, quienes, seguidos por los piqueros, ejercitarían un movimiento de acometida del contrario, y, tras ellos, los escopeteros, quienes, a pesar de la falta de pólvora, realizarían una salva, si es que la escasez de pólvora no lo impidió, y, por último, desfilaron los caballeros con sus lanzas y adargas. Cortés abandonaría entonces su posición para dedicarse a ejercicios caballerescos con sus hombres ante la mirada de la élite de los indios aliados, no solo tlaxcaltecas, sino también de los llegados para la ocasión desde Cholula, Huexotzinco y otros lugares. Según López de Gómara, Cortés dispuso, como tropas de campaña, de 540 infantes, de ellos 80 ballesteros o escopeteros, 40 jinetes y 9 cañones, pero con poca pólvora, insisto, de ahí mi sospecha de que no se debía de gastar demasiada en salvas ante un público que ya conocía sus efectos. Dividió a su gente en 4 escuadrones de caballería de una decena de jinetes cada uno y a los infantes en 9 escuadrillas de 60 peones. Como capitanes eligió a otros tantos oficiales que habían demostrado sobradamente dotes de mando, de supervivencia y de acatamiento a la figura del líder de Medellín: Alvarado, Olid, Sandoval, Gutierre de Badajoz, Francisco Verdugo, Pedro de Ircio, Rodríguez de Villafuerte, Andrés de Monjaraz y Andrés de Tapia. No todos eran extremeños ni, por tanto, emparentados con el propio Cortés, pero muchos sí.





Al día siguiente del alarde de los europeos, los tlaxcaltecas ofrecieron el suyo: aparte de los cuatro señores principales con magníficos atuendos, asistidos por pajes que portaban sus arcos y flechas, les siguieron nada menos que 60 000 flecheros, divididos en capitanías, otros 40 000 rodeleros y, por último, 10 000 piqueros. Cervantes de Salazar, que proporciona tales cifras, cita la posibilidad que hubiesen desfilado hasta 150 000 hombres a lo largo de poco más de tres horas que duró el alarde, algo bastante difícil de concebir. Con todo, para la operación inicial de Tetzaco Cortés apenas solicitó a los tlaxcaltecas 10 000 hombres al mando de Chichimecatecle, según Díaz del Castillo, una cifra que dobla López de Gómara. Todo parece indicar que para el fardaje necesario y la artillería que portaban no se necesitaban tantos *tamemes*. Dos castellanos, Alonso de Ojeda y Juan Márquez, que dominaban lo suficiente el idioma, fueron sus instructores en asuntos bélicos al estilo europeo.

Cortés había hecho dictar el sábado 22 de diciembre de 1520 unas ordenanzas para regir a toda su hueste. Es decir, quería un grupo mucho más compacto y profesional; mucho más consciente, en definitiva, de constituir una élite militar en aquellas tierras y en compañía de aquellas gentes. Y una disciplina estricta era, sin duda, el primer rasgo que debía destacarse de ellos. Se pregonaron cuatro días más tarde, festividad de san Esteban. Como justificación principal se daba, una vez más, no solo la conveniencia del orden para el buen ejercicio táctico de la guerra, sino también «por tener por enemigos y contrarios a la más belicosa y astuta gente en la guerra, e de más géneros de armas que ninguna otra generación, especialmente por ser tanta



que no tiene número, e nosotros tan pocos y tan apartados y destituidos de todo humano socorro». Siguiendo una lógica aplastante, dado que el principal motivo, o beneficio, de aquel conflicto era establecer la verdadera fe entre aquellas gentes, Cortés trató de erradicar la blasfemia entre sus hombres al imponer una multa de 15 castellanos de oro al blasfemo así juzgado. También trató de suprimir el juego, ya fuese de naipes u otra modalidad, ya fuese de dinero, presas o cualquier otro bien, con una pena al infractor de 20 pesos de oro, además de la incautación de todo lo que jugase en el momento de la amonestación. Esta era una medida difícil de soportar para un jugador empedernido como lo era Cortés, quien, más adelante, permitió el juego en sus aposentos, como si se tratase de controlarlo mejor, cuando más bien buscaba garantizarse poder dar salida a su inclinación.

En tercer lugar, legisló en contra de los duelos u ofensas entre españoles dirimidas con el uso de las armas; como ocurría en Europa, si el infractor era hidalgo pagaría una multa pecuniaria, 100 pesos, si era del común recibiría 100 azotes. Se trataba de erradicar la formación de bandos en el seno del grupo y eludir que las afinidades localistas o regionalistas truncasen la unidad tan deseable en aquellas circunstancias. Para evitarlo en la medida de lo posible, todos los hombres, salvo algunas excepciones dictadas por Cortés, debían estar mandados por un capitán, con el riesgo de no participar en el reparto de botín si no se aceptaba tal circunstancia. Para mantener un buen ambiente y el compañerismo tan necesario, a los buscadores de camorra, burladores y menospreciadores de otra capitanía diferente a la suya y demás miembros de la hueste recibirían como castigo una multa de 20 pesos de oro. Nadie, ni soldados ni capitanes, podría alojarse fuera del lugar asignado bajo pena para los infractores de 12 y 10 pesos de oro, respectivamente. Por otro lado, para que el control sobre los hombres fuese más estricto, cada capitán dispondría de un cabo de escuadra por cada 20 hombres, es decir, que habría tres por capitanía. Los cabos de escuadra se preocuparían en especial de que los soldados que hiciesen guardia la cumpliesen y administrar a quien se hallase dormido o ausente del lugar de vigilancia asignado una pena de 4 castellanos de oro, además de permanecer medio día atado para escarnio público. Ese era el castigo leve, pues un cese total en la misión encargada, tan fundamental para la guarda y el descanso de los integrantes del campamento, se castigaría con 50 castellanos de oro si el infractor era un hidalgo y 100 azotes a los miembros del común. Por otro lado, cada capitán tendría obligación, bajo multa de 10 pesos de oro si no lo cumplía, de disponer de una bandera y un tambor, al sonido del cual y bajo la misma se concentrarían

todos los hombres de la capitanía bien armados bajo pena de 20 castellanos. Con cada capitanía solo marcharían sus integrantes y no se permitían trasvases de gentes de unas a otras, o soldados que marchasen en solitario, dejando entre una y otra el espacio que se estimase oportuno. La multa sería de 10 castellanos en caso de incumplimiento. Cuando se trabase un combate, aquellos que se refugiasen con el fardaje o impedimenta sin estar designados para su custodia recibirían el pago de 20 castellanos de oro como sanción. En este caso, Cortés señalaba que dicha actitud no solo demostraba pusilanimidad, sino que daba mal ejemplo a los aliados aborígenes. Por otro lado, quienes rompiesen la disciplina de combate y pelearan con su capitanía o en solitario con el enemigo, dejando al resto de la hueste o a sus compañeros, en caso de ser un capitán quien truncase la formación táctica desplegada perdería la vida; si el infractor era un hidalgo la pena sería una multa de 50 castellanos y si fuese alguien del común se le administrarían 100 azotes. También se estipuló una pena pecuniaria de 20 castellanos de oro para aquel que iniciase el saqueo de las casas del contrario sin que se hubiese concluido la operación, en este caso la toma de una ciudad. Era esta una actitud inconsciente, pues podía ser peligroso abordar una casa sin que el enemigo se hubiese rendido totalmente, o hubiese sido expulsado de la ciudad o villa en cuestión. Por lo mismo, todo el botín obtenido debería declararse y ponerse en común, pues de todos era propiedad, antes de ejercer el reparto general del mismo. La pena en este caso era de la vida y pérdida de todos los bienes.<sup>[88]</sup> Unas ordenanzas extraordinarias para tiempo de guerra generadas por el brillante pragmatismo de alguien que nunca había militado bajo las banderas del rey.

Cervantes de Salazar aporta algunos otros elementos que enriquecen las ordenanzas cortesianas: se trataba de mantener buena sintonía con los aliados, que no debían ser molestados bajo ningún concepto por los europeos, los cuales se abstendrían de tomarles cosa alguna, incluidas sus mujeres, bajo pena de muerte en este último caso; ni tampoco abusar de los indios cargadores, o robarse entre sí los indios que hiciesen esclavos. También tasó los precios de los principales productos que habían llegado de Veracruz, en especial ropa y herrajes. El cronista puso como ejemplo de aplicación de las ordenanzas el hecho de que uno de los miembros de la hueste, llamado Gaspar Polanco, recibió 100 azotes por robarle ropas a un indio aliado, mientras que dos africanos, propiedad de Cortés, que hurtaron dos mantas y una gallina fueron ahorcados; incluso otro español recibió una afrenta pública por haber desgajado un árbol de los aborígenes.

Según el cronista Alva Ixtlilxóchitl, cuando Cortés se hallaba aún en Tepeacac, es decir antes del 13 de diciembre de 1520, envió ante Coanacoch de Tetzcoco un embajador, Huitzacama, a solicitarle su alianza contra los mexicas. Coanacoch ordenó la inmediata ejecución del embajador cortesiano quien, ante la tardanza por su retorno, se decidió por enviar a un segundo embajador, en este caso Cuicuitzac, uno de los rehenes tetzcocanos que se le habían ofrecido hacía meses al de Medellín. Pero Cuicuitzac sufrió el mismo final que su predecesor. Al comprobar tales hechos, y conoedor de que Cortés parecía moverse hacia Tetzcoco, el príncipe Ixtlilxóchitl, refugiado por entonces en Tepepulco, decidió comenzar a moverse para irse a encontrar a su debido tiempo con Cortés.<sup>[89]</sup>

Tras salir de Tlaxcala, Cortés puso rumbo, pues, hacia Tetzcoco con todo el buen recaudo posible. El de Medellín justificó haber elegido, de tres caminos posibles para alcanzar el lago, el más fragoso por entender que sería el menos vigilado. Díaz del Castillo, para quien solo se anduvieron el primer día tres leguas, una menos que las mencionadas por el propio Cortés, asegura que la artillería avanzaba «en mucho concierto», así como los ballesteros y escopeteros, con cuatro corredores de campo a caballo y otros cuatro infantes de espada y rodela que recorrían el camino por adelantado para explorarlo. La ruta era dificultosa, como se ha señalado, y en la primera jornada alcanzaron el pie de la sierra que debieron subir al día siguiente, no sin pasar frío aquella noche, si bien el campamento fue oportunamente velado con rigor militar. Cortés, en cambio, siempre celoso de su buen hacer y de su mando, asegura en su *Tercera carta de relación* que el mismo con 10 jinetes y 60 peones ligeros abría la marcha y exploraba el camino.

Al encontrarse la subida al puerto trabada con troncos, los aliados tlaxcaltecas, 20 000 según el cronista Alva Ixtlilxóchitl,<sup>[90]</sup> desbrozaron el camino, que daba a una barranca, mientras Cortés situaba en la vanguardia una capitania de escopeteros y ballesteros para protegerlos. Una vez pasados cañones y caballos, al otro lado ya divisaron el gran lago de Tetzcoco. Poco después, en otra barranca, un lugar favorable para ellos, los mexicas y los tetzcocanos pelearon brevemente con las gentes de Cortés para intentar defender un puente. Quince jinetes bastaron para hacerlos retroceder y causarles algunas bajas. Se tomaron prisioneros, cinco puntualiza Bernal Díaz, quienes proporcionaron valiosa información: los mexicas creían que todo el poder militar de Tlaxcala seguía a Cortés en aquel momento y entre ese error, las campañas previas en las que habían derrotado a diversas guarniciones mexicas, los estragos de la viruela, además de algunas

disensiones con los de Tetzco, favorecieron el hecho de que las tropas de Cuauhtémoc no presentasen batalla y optaran por retirarse. Quizá también les confundió el avance castellanoaliado por la ruta más insospechada. Un cauto y siempre atento Cortés obligaba a los aborígenes aliados a no robarles nada a los habitantes del entorno del lago, pues buscaba como siempre el consenso para ahorrar toda la lucha posible. Pero debía de ser un ejercicio difícil, pues se les habían hecho promesas firmes a los tlaxcaltecas de sacar adelante una guerra dura y contundente contra su enemigo ancestral.

Tras pasar por una localidad sujeta a Huexotzinco donde fueron bien recibidos, Tetzmollocan, el contraste debió de ser notorio cuando, al tercer día de marcha, alcanzaron ya tarde Coatepec, muy cerca de Tetzco, que hallaron abandonada. Aquella noche, todos los caballos velaron la posición por cuartos y el propio Cortés completó la primera ronda. A la mañana siguiente, cuando reanudaron la marcha, la situación había cambiado de manera radical. Si en las jornadas previas el ambiente era sumamente tenso, con gritos de los aborígenes, ahumadas entre localidades cercanas para indicarse el paso de la hueste conquistadora y sus auxiliares, ahora, el 30 de diciembre de 1520, tras caminar poco más de media legua, los ojeadores del grupo regresaron con la nueva de que una comitiva desarmada se acercaba al grupo. Eran cuatro comisionados de Tetzco con una insignia de oro quienes, en nombre de Coanacoch, señor del lugar, querían parlamentar con el de Medellín. Este, tras escuchar sus disculpas en el sentido de que no habían participado tropas tetzcocanas en los últimos enfrentamientos habidos en la bajada del puerto hacia el lago, las aceptó de buen grado, pero no sin dejar de recriminarles la muerte de medio centenar de españoles, de ellos 5 jinetes, y 300 tlaxcaltecas en Calpullalpan poco antes de la Noche Triste. En efecto, se trataba del grupo de Juan de Alcántara, que había sido comisionado por Cortés para llevar parte del oro a Veracruz. Tras aceptar una vez más sus disculpas, pues acusaron de aquellas muertes a los mexicas sin más empacho, el de Medellín señaló que entraría en Tetzco al día siguiente y que en realidad pasaría aquella noche en Coatlinchan, por si le habían preparado una celada en una de las tres cabeceras de la Triple Alianza.

Es obvio que la tensión fue notable aquellas jornadas. Díaz del Castillo hace mención, al observar el grupo por primera vez el lago de Tetzco desde la huida de la Noche Triste, del recuerdo de los compañeros caídos y el deseo de que la nueva fase de la guerra acabase de mejor manera. Por otro lado, cuando el último día de 1520 entraron por fin en la urbe ribereña, se la encontraron casi despoblada. Tras hacer que su gente tomase cobijo en el

palacio de Nezahualpilli, el equivalente tetzcocano del palacio de Axayacatl, con pena de muerte para quien lo abandonase hasta entender cuál era la situación, Cortés hizo que Alvarado y Olid, además de otros soldados entre ellos Bernal Díaz y unos 20 escopeteros para su guarda, subiesen a una de las pirámides para otear el horizonte. La información que trajeron era que centenares de canoas estaban abandonando todavía la ciudad, pues sus habitantes se dirigían a México-Tenochtitlan, entre ellos Coanacoch, mientras que otros pobladores se alejaban en dirección a los montes cercanos. Es decir, que este había ganado tiempo suficiente para ordenar la evacuación al enviar a sus embajadores ante Cortés. Y este, cauto, como se ha dicho, retardó un día la entrada en la urbe. Pero más valía un exceso de cautela que arrostrar un peligro si este podía obviarse.

Un tema extraño sería la actitud del alzado príncipe tetzcocano Ixtlilxóchitl, que llevaba un tiempo pugnando contra los hermanos Cacama y Coanacoch por el control de la señoría. Según Hugh Thomas, Ixtlilxóchitl le ofreció amistad y apoyo a Cortés antes de que este entrase en Tetzco; una alianza muy firme a lo largo de toda la guerra. Según el cronista Alva Ixtlilxóchitl, el príncipe alzado de Tetzco habría salido al encuentro de Cortés y su hueste a la altura de Tlapechhucan. Pero no parece que fuera suficiente para el precavido caudillo extremeño, que eligió primero a Tecocol, un hermano ilegítimo de Coanacoch, como *tlatoani* y fue sustituido en breve plazo por otro príncipe, un muchacho en realidad, Huaxpitzcac. Este recibió como ayudantes a Antonio de Villarroel y al bachiller Escobar y como ayudante militar o, más bien, como custodio de Tetzco para evitar intromisiones mexicas a Pedro Sánchez Farfán. En la versión de Alva Ixtlilxóchitl, el príncipe de este mismo nombre era el verdadero *tlatoani* en la sombra, con la aquiescencia de Cortés, solo que no quería reinar con su hermano Coanacoch todavía vivo, pues se exponía a ser tildado como tirano por los suyos. Todo el esfuerzo de guerra tetzcocano lo instrumentalizó Cortés a través de Ixtlilxóchitl.<sup>[91]</sup> Es posible pensar que Tecocol hubiera sido sustituido si es cierto que envió una embajada a Cuauhtémoc en aquellos días sin que Cortés tuviera constancia de la iniciativa. Así se desprende de una información aparecida en los *Anales históricos de Tlatelolco*, donde se lee que este comisionó al alto magistrado responsable de los suministros y la logística (*tizociauácatl*) Topantémoc; al *tezcacoácatl* Quioyeca, un alto sacerdote; al *tlacatéccatl* Temilo, es decir al jefe militar responsable del principal acuartelamiento de la ciudad; al *tlacochcalcatl* Coyohuehue, o segundo en rango militar tras el *tlatoani*; y al *tziuatecpanécatl* Matlalaca, o

principal jefe militar en la batalla si el *tlatoani* no asistía a la misma. A través de tan importantes representantes de la élite tetzcocana, Tecocol solicitó a los mexicas su rendición: «¡Va a suceder que los habitantes de la ciudad serán aniquilados todos! Entonces digo esto: ¡Que los tenochcas dispongan pues de su suerte por separado! ¡Que sean, pues, aniquilados por separado!». [92] En todo caso, este príncipe no hubiera sido elegido por Cortés de no haber sido asesinado, por orden de Coanacoch, Quiquizca, que habría viajado a Tlaxcala para ofrecerle sus servicios a Cortés las semanas anteriores. Sea como fuere, la versión oficial es que Tecocol murió en un breve plazo de tiempo. Alva Ixtlilxóchitl lo describe de la siguiente forma:

Fué D. Fernando Tecocoltzin muy gentil hombre, alto de cuerpo y muy blanco, tanto cuanto podía ser cualquier Español por muy blanco que fuese [...] Supo la lengua castellana, y así casi las más noches, después de haber cenado trataban él y Cortés de todo lo que se debía hacer acerca de las guerras, é por su buen parecer e industria se concertaban todas las cosas que ellos definían. [93]

Díaz del Castillo no menciona en absoluto la dura reacción de Cortés al comprobar que tantos habitantes de Tetzcocho la habían abandonado ante su llegada. Según algunos testigos del juicio de residencia, el de Medellín dio orden de saquear la ciudad, con lo que obtuvo un buen botín y herró como esclavos a mujeres y niños, pues se mataron a los pocos hombres que hallaron, y se vendieron en pública subasta. Si bien, lo que molestó de veras es que no hubiese reparto entre los hombres de semejante botín. [94] Incluso más tarde, el cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl intentó justificar la posición de los príncipes de Tetzcocho, nuevos aliados de Cortés, al asegurar que se intentó remediar aquel abuso, pero los tlaxcaltecas estaban ávidos por sacar provecho de aquella guerra que les enfrentaba a enemigos encarnizados desde hacía varias generaciones. Incluso llegaron a pegar fuego a dos palacios de la urbe. [95]

Según fray Toribio de Benavente (llamado Motolinía), célebre cronista franciscano, Tetzcocho era

la segunda cosa principal de la tierra, y asimismo el señor de ella era el segundo señor de la tierra: sujetaba debajo de sí quince provincias hasta la provincia de Tuzapan, que está a la costa del Mar del Norte, y así había en Tetzcocho muy grandes edificios de templos del demonio, y muy gentiles casas y aposentos de señores; entre los cuales fue muy cosa de ver la casa del señor principal, así [...] su huerta cercada de más de mil cedros muy grandes y muy hermosos, de los cuales hoy día están los mas en pie, aunque la casa esta asolada; otra casa tenía que se podía aposentar en ella un ejército, con muchos jardines, y un muy grande estanque, que por debajo de tierra solían entrar a el con barcas. [96]

Una vez más, la fortuna sonrió a Cortés. Las disensiones internas padecidas por la segunda ciudad en importancia del territorio le permitieron ganarla sin lucha y sin bajas. Al poco, ya había informado a sus nuevos aliados del papel fundamental que tendría la urbe en el devenir de la guerra: fue el punto de botadura de los 12 bergantines, luego 13, que ya estaban en construcción en la retaguardia tlaxcalteca. Así, en breve plazo, según Díaz del Castillo, de 7000 a 8000 indios trabajaban en el ensanchamiento de un gran canal que permitiese botar los bergantines, mientras Cortés asentaba a sus capitanías en la ciudad y cuidaba de vigilar la zona. La suerte estaba echada.

## 6

### **La preparación de una campaña, enero-mayo de 1521**

#### **La construcción de los bergantines, octubre de 1520-abril de 1521<sup>[1]</sup>**

**C**omo se ha explicado en páginas precedentes, Cortés quiso disponer de una «armada» propia en el lago de Tetzaco desde el primer momento. Algo lógico al comprobar el carácter lacustre de la gran ciudad. Los primeros cuatro pequeños bergantines contruidos se perdieron en la huida de la Noche Triste, pero el ejercicio intelectual de disponer de una pequeña flotilla, que fue acompañada de miles de canoas aliadas para forzar el cerco y bloqueo de una urbe de tales características, estaba hecho. La decisión de cortar la madera y comenzar a tratarla para fabricar los cuerpos principales de los barcos en Tlaxcala, que más tarde se ensamblaron en Tetzaco, parecería *a priori* temeraria a juzgar por la distancia, un centenar de kilómetros, muchos de ellos fragosos, entre una localidad y otra, pero el de Medellín sabía que solo en un lugar absolutamente seguro podría acometerse semejante hazaña. Además, contaba con un técnico apropiado, Martín López, el cual ya había demostrado sus dotes profesionales al fabricarle los primeros cuatro bergantines lacustres. Una vez más, Cortés tuvo suerte, pues López se había salvado en la huida de la Noche Triste, como hemos visto.



En septiembre u octubre de 1520, Cortés encargó la construcción de los lanchones. En un principio se pudo discutir qué cantidad sería necesaria, quizá media docena, pero López, merced a la discusión habida con otros entendidos en la materia, pronto llegó a la conclusión de que se necesitaba media docena de barcos más grandes para romper el frente del contrario, además de un séptimo que actuase como capitana y otros seis más, pequeños y veloces, que hiciesen de enlaces para seguir y alcanzar al enemigo. Trece unidades, por tanto. Cortés aceptó el plan y ordenó a sus aliados tlaxcaltecas que no escatimasen esfuerzos a la hora de comenzar a cortar y preparar la madera necesaria. Con tres ayudantes y sus inestimables herramientas, el maestro López comenzó a escoger robles, encinas y pinos de los bosques cercanos que, una vez derribados por los indios, comenzaron a ser tratados para su conversión en maderamen apto para la construcción naval. También se aprovechó madera en el propio Tetzoco, en concreto de uno de los bosques que las gentes de Tulancingo habían plantado tiempo atrás para el *tlatoani* Nezahualpilli.<sup>[2]</sup>

Poco después, el grupo de técnicos se vio ampliado. A López, según testimonio de Díaz del Castillo, le ayudaron Andrés Núñez —luego capitán de uno de los bergantines—; Diego Ramírez «el Viejo», un aserrador que había trabajado de carpintero en Santo Domingo desde 1505 y luego en Cuba; Diego Hernández, otro carpintero, de origen salmantino; Hernando de Aguilar, llamado «Maxahierro», así como varios indios carpinteros y otros dos herreros castellanos con sus fraguas. Años más tarde, López, en una información ante la Audiencia de Ciudad de México, en 1544, señaló otros nombres: los carpinteros Álvaro López, un extremeño que fabricó para Cortés la primera cruz de madera que se colocó en la isla de Cozumel, y los hermanos Mafla, Miguel y Pedro, criados suyos, que murieron en el sitio; el herrero Hernán Martín, además de Juan Gómez de Herrera y Juan Martínez, apodado «Narices» y primo de Martín López, todos ellos amigos suyos, quienes le ayudaron a construir los primeros cuatro bergantines, una carabela inconclusa en el puerto de Veracruz antes de la llegada de Pánfilo de Narváez y los trece bergantines del sitio. De hecho, las cuadernas del barco que quedó mediado en la costa se transportaron también a Tlaxcala para que sirvieran de modelo a los constructores.

Tras la guerra, Martín López se enemistó con Cortés al no satisfacerle este todo el dinero gastado en la construcción de los bergantines ni sus haberes, aparte de haber luchado en la capitana de la flotilla. Según Diego Ramírez, que fue testigo en los dos pleitos interpuestos por López contra Cortés en

1528 y 1534, aquel les decía «Comed señores que eso que comeys es myo e a mi me costó mis dyneros que no nos lo da el governador o capitán». Álvaro López también testificó en ambos pleitos a favor de Martín López. En cambio, Diego Hernández, que construyó la catapulta de Sotelo en los últimos instantes previos a la caída de la gran urbe, así como carros y puertas en México-Tenochtitlan antes de la huida de la Noche Triste, aseguró no haber cobrado nada por su trabajo, ni de Cortés ni de López. De hecho, en 1532, la Audiencia resolvió a su favor una demanda interpuesta por Hernández y se le pagaron 400 pesos por su trabajo.

Se puede decir que, después de Cortés, el segundo conquistador más importante fue Martín López Ponce, en competencia directa con Gonzalo de Sandoval. Sevillano de nacimiento, era hijo de Cristóbal Díaz, cómitre del rey en la ciudad hispalense. Llegado a las Indias en 1516, donde murió entre 1573 y 1575, pues la fecha de su defunción no está clara, en 1555 recibió un escudo de armas. Se le supone emparentado con las familias hidalgas Ponce y Osorio, marqueses de Astorga. Según algunos testimonios, como el suyo propio, parece que Martín López aprendió por su cuenta, al ser un hombre inteligente, hábil e ingenioso, pues no era un maestro constructor, según Jerónimo Ruiz de la Mota, uno de los pocos hidalgos de la hueste cortesiana. Es más, al salir de Cuba llevaba consigo tres criados, bastantes mercancías y daba de comer a varios conquistadores pobres, lo que nos da más bien el perfil de un mercader que aspiraba a cierto grado de hidalguía. Es más, peleó en todos los encuentros, sufrió varias heridas, cuatro de ellas al salir de México-Tenochtitlan, y cabe verlo como el gestor fiable elegido por Cortés para una empresa fundamental, que se rodeó de los verdaderos técnicos con los que se contaba entonces en el lugar. Varios testigos, como Ruiz de la Mota, Vázquez de Tapia, Andrés Bravo o Andrés de Tapia confirmaron que, por iniciativa propia, López se presentó de forma voluntaria para asumir la construcción de los bergantines, una vez que entre todos los capitanes de la hueste se optase por el bloqueo lacustre de la urbe mexicana. Se dijo en la época que el coste de los bergantines fue elevado, pues a Cortés la Monarquía le concedió años más tarde 30 000 ducados como remuneración por ellos, un dinero del que nada percibió López quien, en cambio, dijo haberse gastado 5000 o 6000 pesos de su bolsillo en los mismos, pero sin recibir retribución alguna, como se ha dicho. De ahí su pugna con el primer gobernador general de Nueva España.<sup>[3]</sup>

Antes de partir de Tlaxcala hacia Tetzaco a finales de 1520, Cortés había comisionado a uno de sus criados, Francisco de Santa Cruz, para viajar a la costa y traerse de vuelta todo el hierro, clavazón, velas y jarcias disponibles,

operación que se realizó con el concurso de un millar de *tamemes*, además de dar órdenes para obtener pez para calafatear los cascos de los barcos en unos pinares cercanos a la urbe tlaxcalteca. En las dos semanas que permaneció en Tlaxcala, del 13 al 27 de diciembre, Cortés escribió que su principal cuidado fue supervisar los trabajos de los maestros carpinteros y sus ayudantes. Las tareas prosiguieron las siguientes semanas en el barrio tlaxcalteca de Atempa, hasta que una vez finalizados al menos los cascos de tres bergantines, según Andrés de Tapia, o bien los trece según informa Muñoz Camargo,<sup>[4]</sup> fueron montados y probados en el río Zahuapan, en Tizatlan, que fue represado para poder cumplir dicha función, ya que estaban en febrero, en plena estación seca. Una vez comprobada su buena factura fueron desmontados para ser conducidos cuando llegara el momento a Tetzoco. Un testigo explicó años más tarde que había visto a Martín López trabajar día y noche en el asunto de los bergantines, «con candelas [...] y que antes que amaneciese muchas veces tornaba a trabajar en ellos muy rreziamente», socorriendo y ayudando a todos los que participaban en la empresa.<sup>[5]</sup> Según López de Gómara:

Los bergantines se calafatearon con estopa y algodón, y a falta de sebo y aceite, que pez ya dije cómo la hicieron, los brearon, según algunos, con saín de hombre; no que para esto los matasen, sino de los que en tiempo de guerra mataran; inhumana cosa y ajena de españoles.

El transporte hasta el lago iba a significar una operación de gran importancia y envergadura. A pesar de encontrarse entonces en Tetzoco enfrascado en diversas acciones de sometimiento del entorno directo de México-Tenochtitlan, Cortés no dudó en comisionar a uno de sus mejores oficiales, tal vez el más sensato y fiable de todos, Gonzalo de Sandoval, para que con 200 peones, 20 ballesteros y escopeteros y 15 jinetes recorriesen la ruta hacia Tlaxcala para cerciorarse de que se hallaba libre de peligros y dar mejor cobertura a un envío tan vital. El propio Cortés no puede dejar de admirarse de las proporciones del acontecimiento en su informe a Carlos I. Sandoval se adelantó hasta alcanzar la frontera de los mexicas con Tlaxcala, donde divisó una columna enorme que transportaba los trece bergantines desmontados, además de todos sus complementos. Cervantes de Salazar explica que, con los trabajos terminados, Martín López y aquellos otros dos castellanos que permanecieron en Tlaxcala formando militarmente a sus habitantes, Alonso de Ojeda y Juan Márquez, decidieron organizar dicho transporte y poner rumbo a Tetzoco. Una avanzadilla de Sandoval topó con ellos en plena noche. En palabras de Cortés:

Y otro día que llegó [Sandoval], partieron de allí con la tablazón y ligazón de ellos, la cual traían con mucho concierto más de ocho mil hombres, que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece fustas dieciocho leguas por tierra [...]

Sandoval dispuso que un centenar de peones y 8 caballos fuesen en vanguardia, con cada flanco cubierto con tropas tlaxcaltecas, 10 000 hombres mandados por Ayutecatl y Teltepil, respectivamente, mientras que idéntico número de españoles y otros 10 000 guerreros tlaxcaltecas al mando de Chichimecatecle vigilaban la retaguardia. Las vituallas las portaban otros 2000 *tamemes*. Según Cortés, se produjo un incidente de protocolo que se pudo superar: hasta el encuentro con Sandoval, el líder tlaxcalteca llevaba toda la tablazón de los bergantines en vanguardia protegida por su escuadrón; en cambio, al llegar a la frontera con las tierras mexicas y tropezar con el grupo de Sandoval, este le sugirió que pasase a retaguardia para acompañarlo, pues los cascos de los barcos, y no los hierros y demás componentes, eran mucho más embarazosos de transportar y de defender en caso de ataque. Solo cuando entendió que no era un menosprecio hacia su persona y su valía, Chichimecatecle aceptó de buen grado proteger la retaguardia. El lector recordará que algo parecido ocurría en las guerras europeas con las diferentes nacionalidades que componían un ejército al marchar en campaña, pues italianos y españoles solían disputarse la vanguardia.<sup>[6]</sup>

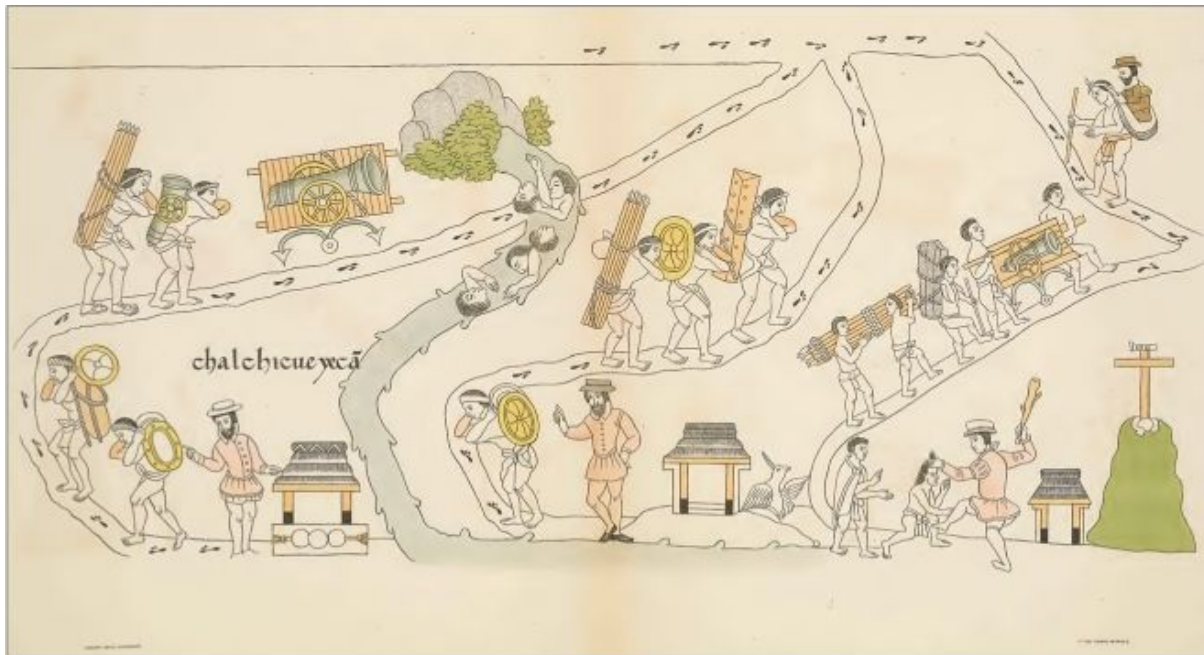
Según Cortés, el camino fue recorrido en apenas cuatro días, pero la columna era tan extensa que, sin llegar a romperse nunca, del primero al último de los hombres que entraron en Tetzaco pasaron seis horas. Fue a mediados de febrero de 1521. En la ciudad se tuvo que construir una especie de dique seco para ensamblar las embarcaciones y desde aquel punto, a media legua del lugar donde se botaron si atendemos a lo escrito por el de Medellín, una enorme zanja en la que trabajaron 8000 hombres durante 50 días para tenerla a punto. Sus dimensiones eran 2 estados de ancho por otros 2 de profundo, es decir, poco menos de 4 por 4 metros, para poder igualar el fondo de la zanja con el del lago; para darle consistencia y evitar derrumbamientos de la tierra removida, toda ella estaba recubierta de maderos y protegida, además, por una valla, según López de Gómara. Seguramente se utilizó una antigua acequia de riego como guía para excavarla. Así, se condujeron sin problemas los trece bergantines hasta su destino lacustre pues el agua fluyó a lo largo de aquel canal que se debió de acabar a mediados o finales de abril de 1521. De hecho, el 28 de abril Cortés realizó un alarde para conocer cuáles eran sus fuerzas justo cuando todos los trabajos se habían terminado.

Teniendo en cuenta el tamaño del canal, C. Harvey Gardiner conjeturó en su momento las medidas de los bergantines que, al llevar una pequeña pieza artillera a bordo, cabe más bien asimilarlos a una lancha cañonera o a un lanchón armado. Las medidas eran 11,76 metros de eslora por 2,24 de manga y un calado de 56 centímetros para las lanchas menores, es decir casi todas, y 13,44 metros de eslora, 2,52 de manga y 70 centímetros de calado para la capitana. Llevarían 6 remeros por cada banda y 1 o 2 mástiles, con una capacidad total de transporte de hasta 25 hombres: capitán, timonel, remeros y soldados. Su altura sobre el nivel de las aguas del lago era de 1,12 metros, lo que les confería ventaja táctica sobre las canoas aborígenes, pues estas siempre serían barridas por los disparos de las armas de fuego europeas, o de sus ballesteros. Además, mientras a proa se instalaba una plataforma elevada en la que situar un pequeño cañón de bronce accionado por dos hombres, en popa se hacía lo propio con otra, pero aún más reducida, pues solo tenía cabida para un par de hombres, ya fuesen escopeteros o ballesteros. El diseño de estas lanchas de ataque permitía, por un lado, proteger lo mejor posible a los remeros con algunas defensas de madera, pero también con la acción de las armas de la infantería de a bordo, y, al mismo tiempo, debía contarse con que los remeros podrían, en un momento dado, sumarse a la lucha, de ahí que también fuesen armados. Era, por tanto, un tipo de embarcación muy polivalente que iba a darle a Cortés grandes alegrías. El de Medellín es muy claro cuando explica sus disposiciones:

Para los trece bergantines con que yo había de entrar por la laguna, dejé trescientos hombres, todos los más gente del mar y bien diestra, de manera que en cada bergantín iban veinticinco españoles, y cada fusta llevaba su capitán y veedor y seis ballesteros y escopeteros.<sup>[7]</sup>

Pero hasta el momento de botar los barcos, a finales de abril de 1521, Cortés aún tenía que completar su plan de conquista del entorno inmediato del lago de Tetzoco, sin descuidar tampoco su control de los caminos que llevaban hasta Veracruz. Era este un asunto fundamental porque, por ejemplo, una vez con todos los materiales ya depositados en Tetzoco, el caudillo extremeño comisionó a Alonso de Ojeda para que, en compañía de 5000 tlaxcaltecas, viajase hasta Veracruz y trajese de retorno a la ribera del lago dos grandes cañones desembarcados allá por un navío arribado de Jamaica. Ojeda así lo hizo: «desencabalgó los tiros, pusolos en unos lechos de madera y las cámaras en otros; de manera, que cada lecho traían veinte indios, remudándose a trechos; trajo también algunos barriles de sardinas para el ejército que nunca se vio hartos de vitualla», escribió el padre Torquemada. Y

aunque tuvieron algunos enfrentamientos con los mexicas por el camino, los tlaxcaltecas defendieron bien su preciada carga. Tras mudar a los *tamemes* al llegar a Tlaxcala y con una nueva escolta, apenas Ojeda se permitió un día de descanso y emprendió de nuevo la marcha hasta alcanzar Tetzcoco menos de una semana más tarde.<sup>[8]</sup>



Detalle del *Lienzo de Tlaxcala* (s. XVI) que representa a los *tamemes*, portadores nativos, acarreado los pertrechos de los españoles en el avance por México como muestra de la colaboración militar establecida. Biblioteca Digital Hispánica.

## **Nuevas operaciones de castigo, enero-febrero de 1521<sup>[9]</sup>**

**A**demás de los trece bergantines en construcción, pues, para Cortés, «la llave de toda la guerra estaba en ellos, y donde ellos podían recibir más daño, y aun nosotros también, era por el agua», el plan del de Medellín para la sujeción de México-Tenochtitlan pasaría por el control, o la destrucción, de todas las poblaciones del entorno inmediato de la capital mexicana, de esa forma serían incapaces de auxiliarla cuando llegase el momento del asalto final. El caudillo extremeño sabía, por otro lado, que no debía perder jamás la iniciativa en aquella guerra, de ahí que procurase estar siempre a la ofensiva y nunca a la defensiva, papel reservado a los mexicas. Pero el nuevo *tlatoani* Cuauhtémoc tampoco iba a permanecer inerte.

Para Díaz del Castillo, Cuauhtémoc, o Guatemuz como lo llama —su nombre completo en náhuatl era Cuauhtemotzin Tlacatecuhtli Xocóyotl—,

era un «mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado; y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél». Este sobrino de Moctezuma cuya madre fue Tiacapan, hija del último *tlatoani* de Tlatelolco, Moquihui, había vivido relativamente lejos del valle central, en Ixcateopan, en el actual estado de Guerrero. Ahora bien, algunas fuentes parecen sugerir que Cuauhtémoc era nieto del *tlatoani* Ahuitzotl y no su hijo, como sugirió el cronista Chimalpáhin, y que si residió en Ixcateopan se debió a que nació allí, pues su progenitora sería Cuayauhtitlalli, hija del señor de dicho lugar —aunque también algunos cronistas la hacen hija de un príncipe tetzcocano—. En todo caso, fue a vivir a Tlatelolco algunos años antes de la llegada de los españoles, quizá cuatro, en 1515 por lo tanto. Opositor a Moctezuma II, al que tildó de traidor, posteriormente sucedió, como hemos visto, a Cuitláhuac y desde finales de 1520 se hizo con las riendas del poder mexica, para lo cual hubo de eliminar a varios de los hijos de Moctezuma, como Axoaca, puede que para evitar que surgiese un partido pacifista que ofreciese un acuerdo a Cortés, sobre todo tras las acciones punitivas de este en Tepeacac. Con fama de excelente guerrero, su nombre, en cambio, no era de buen agüero, pues puede interpretarse como «el sol en ocaso» o bien «el águila que desciende», aunque todo es interpretable, pues un águila descendente puede estar lanzándose al ataque. Casado con una hija de Moctezuma II cuando esta aún era menor de edad, Tecuichpo, una circunstancia de la que ya se ha hecho mención, también se desposó con otra hija del *tlatoani* citado, Xuchimatza, bautizada más tarde con el nombre de doña María, con quien tuvo hijos.

Consciente de los planes cortesianos, Cuauhtémoc comenzó a preparar la defensa de los intereses mexicas no solo con el intento de no perder posiciones en el entorno inmediato del lago de Tetzoco, donde se luchó en los siguientes meses, sino también para buscar la complicidad de un enemigo tradicional: los purépechas de Michoacan. Envío embajadores al nuevo *cazonci*, Tzinzicha, sucesor de Zuangua, que había muerto a causa de la viruela. Tzinzicha, con una desconfianza total con respecto a los mexicas, no se dejó convencer por sus argumentos de organizar un frente común contra Cortés y los suyos. Es más, llegó a sacrificar a sus dioses a los enviados de Cuauhtémoc. Su ofensiva diplomática tampoco encontró eco en otras ciudades. El antiguo temor al mexica parecía haberse transformado en pavor ante un extraño invasor, pero que contaba en sus filas con aliados aborígenes. El equilibrio del poder estaba cambiando en el valle central de México.

Por otro lado, mientras Cortés permaneció en Tetzaco durante tres días sin acometer al contrario ni ser acometido, comiendo su gente de las reservas alimenticias de la ciudad, recibió en embajada a enviados de las cercanas urbes de Huexotla y Coatlinchan, además de Tenango, localizada en Chalco, las cuales se mostraron muy temerosas del poder de Cortés y sus aliados y buscaron un acuerdo al invocar, como tantas otras, su miedo al mexica en el pasado para justificar sus acciones. El de Medellín, con gran sabiduría y cautela, les reprochó que sus mujeres e hijos hubieran abandonado sus hogares, de modo que les solicitó su regreso como señal de amistad y alianza firme. Es obvio que se necesitaría una retaguardia en la que los abastecimientos y el trabajo de las personas no podrían faltar, pues la guerra que se avecinaba así lo exigiría. Cortés recibió buenas noticias cuando, al admitir emisarios de Cuauhtémoc, que les afearon su comportamiento y les exigieron fidelidad, que para el *tlatoani* mexica significaba trasladarse a México-Tenochtitlan con toda su gente, los señores de estas localidades, al menos de modo muy claro los de Huexotla y Coatlinchan, tomaron presos a los embajadores mexicas y los enviaron a presencia del caudillo extremeño. Este los puso en libertad para que llevaran un claro mensaje a Cuauhtémoc: Cortés no deseaba hacer la guerra a los mexicas, sino volver a tratar con ellos como en tiempos de Moctezuma II. Cuauhtémoc rechazó cualquier intento de negociación. Es más, de haberla aceptado hubiera sido considerado traidor por todos aquellos que lo habían aceptado como *tlatoani* cuando arguyó la guerra total contra el invasor y sus aliados.

Ahora bien, todo indica que el líder mexica se había decidido por una guerra defensiva, de ahí su intento de fortificar más y mejor la gran México-Tenochtitlan pues, como es lógico pensar, debía de confiar mucho en que quienes ya habían sido derrotados en sus calzadas, pocos deseos tendrían de repetir la experiencia. Pero no tuvo en cuenta la osadía castellana, hija de la desesperación, pues todavía en aquel momento a Cortés y sus más fieles seguidores solo les servía la victoria, el único argumento que podrían exhibir con algunas garantías de éxito ante Carlos I y sus consejeros. Tampoco contempló el *tlatoani* la estrategia de bloqueo que desarrolló el caudillo extremeño. Es probable que, de haber intuido el papel que representaron los bergantines, Cuauhtémoc hubiera variado su estrategia de guerra; de hecho, cuando fue mucho más evidente la existencia de los trabajos de construcción de los bergantines en Tetzaco, lanzó varios ataques en busca de la destrucción de los mismos, pero fracasó.



Por otro lado, Cortés debía preocuparse por la búsqueda de suministros para los suyos, de modo que tras tomar medidas defensivas oportunas en Tetzco, fortificando sus aposentos, abriendo saeteras en ellos y colocando pretilles donde le pareció necesario, así como comprobando las capacidades de la urbe y su entorno inmediato para alimentar a su gente, después de haber pasado allá siete u ocho días se decidió por explorar la zona sur del gran lago, aunque también dio curso al ansia de combatir de sus aliados tlaxcaltecas. La expedición iba a constar de 200 españoles, entre ellos 18 jinetes, 30 ballesteros y 10 escopeteros y 3000 o 4000 indios aliados, consigna Cortés. [10] Tales cifras implican que dejó en la ciudad a unos 350 europeos al mando de Gonzalo de Sandoval y algo más de la mitad de los indios aliados, mientras que sus lugartenientes en aquel viaje, en dirección a Iztapalapa por cierto, fueron Andrés de Tapia y Cristóbal de Olid. También se hizo acompañar por 20 miembros de la élite social tetzcocana, nuevos aliados y, asimismo, rehenes.

Iztapalapa era conocida por los castellanos, pues la habían transitado camino de México-Tenochtitlan en noviembre de 1519. Los espías de Cuauhtémoc le informaron del movimiento, de modo que este envió de refuerzo a la zona 8000 guerreros, según Bernal Díaz, los cuales, junto con las tropas del lugar, pelearon contra la hueste cortesiana, no sin ser rechazados. Este último cronista alega que, como ya era habitual, el frente mexica fue roto por la acción de la caballería, asistida por los ballesteros y escopeteros, pero también por el ardor guerrero de los tlaxcaltecas, quienes «se metían en ellos [en las filas mexica] como perros rabiosos». Se retiraron, pero se trataba de un ardid, algo muy común en la praxis bélica mexica. Unos se escondieron en la ciudad, otros en casas construidas sobre el agua, otros más en unos carrizos y cierto número abandonó en canoas la orilla del lago, donde se había combatido. Mientras los hispano-tlaxcaltecas celebraban la supuesta victoria y se dedicaban a admirar el despojo conseguido, los mexicas abrieron dos grandes acequias y rompieron el gran dique de Nezahualcoyotl, que separaba las aguas salinas de las dulces del gran lago. Es decir, lograron inundar el terreno en plena noche. Fue un desastre. Los tlaxcaltecas estaban aterrados por no estar acostumbrados a combatir en un medio tan diferente al suyo; los europeos perdieron buena parte de su equipo, sobre todo la pólvora, echada a perder al mojarse por completo. Y a la mañana siguiente les esperaba un nuevo enfrentamiento. Mojados, ateridos de frío, hambrientos, la gente de Cortés tuvo que pelear de recio; murieron dos europeos y un caballo, pero otros muchos hombres acabaron heridos. Díaz del Castillo se muestra parco a

la hora de ofrecer más detalles, pues señaló: «no ganamos reputación en la batalla [...]». Extraña discreción. Cortés explica las cosas de otra forma: tras superar a las tropas enemigas fuera de la ciudad y el intento de anegarlos, tomaron la urbe al asalto y persiguieron a sus habitantes hasta que muchos huyeron en canoas, pues dos terceras partes de las casas estaban construidas sobre el lago. Y de desencadenó la matanza. En términos del caudillo:

[...] les tomamos muchas casas de las que estaban en al agua, y murieron en ellos más de seis mil ánimas, entre hombres, mujeres y niños, porque los indios, nuestros amigos, vista la victoria que Dios nos daba, no entendían en otra cosa, sino en matar a diestro y siniestro.

A estas palabras le sigue un pasaje muy interesante, que parece indicar que a Cortés todavía le pesaba la experiencia de la huida de la Noche Triste y del peligro de hallarse con una calzada cortada:

Y porque sobrevino la noche, recogí la gente y puse fuego a algunas de aquellas casas; y estándolas quemando, pareció que Nuestro Señor me inspiró y trajo a memoria la calzada o presa que había visto rota en el camino y representóseme el gran daño que era; y a más andar, con mi gente junta, me torné a salir de la ciudad, ya noche bien oscura.

Dando por cerrada la pequeña campaña, sobre todo al comprobar la dificultad de pelear de noche y con una inundación severa, pues varios aliados aborígenes se ahogaron y se perdió todo el despojo habido en Iztapalapa, Cortés decidió regresar a Tetzco, no sin batirse durante un buen trecho del camino con unidades mexicas y propias de Iztapalapa, que les acechaban desde sus canoas, pero sin gran daño ni para unos ni para otros. Los mexicas creyeron que habían vencido ante la retirada táctica de los españoles, pero estos ya habían conseguido su objetivo, aunque no había sido fácil. Por cierto que el nuevo aliado de Cortés, Ixtlilxóchitl de Tetzco, apresó tras un duelo a un señor local, el cual se había propuesto capturarlo a su vez y enviárselo a Cuauhtémoc. Ixtlilxóchitl mandó quemarlo vivo siguiendo un ritual específico. Un español que llegó herido murió al poco de arribar a Tetzco. Cortés no menciona a dos de los suyos muertos en el combate de Iztapalapa, como sí hace Bernal Díaz. En todo caso, habría tres bajas hispanas, de los aliados no hay más datos, como ocurre casi siempre.

En las jornadas siguientes los señores de ciudades como Otumba y Mizquic, además de Tepecoculco, aunque Cortés se refirió a cuatro ciudades cercanas a la localidad de la famosa batalla, llegaron a Tetzco a ofrecerle su alianza y amistad, a pesar de recibir amenazas por parte de los mexicas consistentes en enviarles tropas para renovar su ocupación, o más bien por

ello. El de Medellín aceptó encantado esos ofrecimientos aunque siempre se hiciese el ofendido en primera instancia por no haber obtenido la obediencia en el pasado.

Por otro lado, no podía dejar de atender las demandas de las localidades cercanas a Iztapalapa, las cuales recibían una enorme presión por parte de los mexicas, quienes buscaban evitar que sus cosechas sirviesen para alimentar la causa cortesiana. Ante la posibilidad de que los habitantes de dichas poblaciones o bien se marcharan a los montes o, mucho peor, se fuesen refugiados a Iztapalapa, como amenazaron que harían, Cortés creyó oportuno ponerse al frente de una columna de 20 jinetes y 200 infantes, entre ellos 13 ballesteros y 10 escopeteros, acompañado por Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid como lugartenientes en esta ocasión, para limpiar de guerreros mexicas los maizales situados al sur de Tetzco. Sus habitantes recibieron garantías de que no serían abandonados a su suerte para enfrentarse en solitario a la gente de Cuauhtémoc y Cortés cumplió. Siempre lo hizo, pues buena parte de su plan de ocupación dependía de mantener firme la palabra dada a sus aliados aborígenes. Desde entonces, siempre que se necesitaba recolectar maíz para cubrir las necesidades del campamento español, el caudillo extremeño enviaba a un grupo de indios aliados, además de *tamemes*, con 10 jinetes y 100 infantes, entre ellos algunos ballesteros y escopeteros, para ayudar en las faenas y cuidar de aquellas poblaciones cuando cumplían con sus tareas agrícolas. La operación debió de repetirse en varias ocasiones, pues Bernal Díaz recuerda que el mismo participó en dos; en una de ellas recibieron el ataque de los tripulantes de 1000 canoas mexicas que desembarcaron en la zona: tras una dura lucha, fueron rechazados y murieron 15 o 20 de ellos y capturaron 5. Del lado hispano hubo una baja mortal y 12 heridos entre los castellanos, además de muchos tlaxcaltecas maltrechos.

Como la presión mexica continuaba en territorios como Chalco y Tlalmanalco, donde aún disponían de guarniciones con la consigna de practicar una táctica de terror para evitar que dichas poblaciones apoyaran a Cortés y los suyos —«y les tomaban las mujeres, y más si eran hermosas, y delante de sus padres o madres o maridos tenían acceso a ellas», escribió Díaz del Castillo—, y en Mizquic directamente Cuauhtémoc les hacía la guerra, Cortés se decidió por enviar una columna al mando de Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo para limpiar todas aquellas tierras de tropas mexicas y asegurar los caminos. Ambos oficiales, que llevaban consigo entre 15 y 20 caballos, así como 200 infantes, además de las consabidas tropas auxiliares, como también debían asegurar la llegada a Tlaxcala de sus *tamemes* cargados

de despojos de guerra, pero sobre todo de la preciada sal del lago, decidieron dejar en la retaguardia la columna de transporte, defendida por 5 jinetes y otros tantos ballesteros, mientras el resto encaraba el camino de Chalco. Sufrieron un ataque por sorpresa de los mexicas, que con habilidad atacaron por la retaguardia y mataron a muchos portadores y a 2 de los ballesteros. Sandoval volvió grupas y arremetió contra los mexicas, que se retiraron no sin dejar 7 muertos. Lo más interesante del episodio, una escaramuza menor, de hecho, es que, siempre según Bernal Díaz, Sandoval se indignó con los efectivos que cuidaban su retaguardia al no haber sabido oponerse al enemigo, que causó daños irreparables, pues una parte del botín transportado por los aliados tlaxcaltecas se perdió. Sandoval lo achacó a su condición de bisoños en la guerra de Indias: ser «de los nuevamente venidos de Castilla, y les dijo que bien le parecía que no sabían qué cosa era guerra», escribió Bernal Díaz. Ahora bien, ¿no parece ser esta una excusa del propio Sandoval por lo acontecido? Si los que cuidaban su retaguardia eran principiantes, ¿no era su responsabilidad saberlo y haber situado en una posición tan comprometida a gente veterana, si es que la tenía consigo?

Sea como fuere, Sandoval logró salvar al resto de la columna, arribada poco después a Tlaxcala sin más contratiempos, mientras él seguía la operación de limpieza en Chalco. Allí se trabó una batalla en toda regla, pues en un llano de maizales y magüeyes los castellanos se enfrentaron a varios escuadrones mexica, que les lanzaron jabalinas, flechas y piedras con sus hondas, además de acometerlos con lanzas largas para matar a los caballos. Sandoval les rompió su formación en dos ocasiones, pero a costa de 5 castellanos y 6 caballos heridos. Es de suponer que también hubo bajas entre los tlaxcaltecas aliados, pero Díaz del Castillo no las menciona. Del contrario se tomaron 8 prisioneros, de ellos 3 guerreros de élite. Solo entonces los chalcas confiaron en las posibilidades de una alianza con Cortés y los suyos y Sandoval pudo regresar con 2 príncipes de Chalco, pues el señor de la ciudad había muerto de viruela, a Tetzcocho para que se entrevistasen con Cortés y sellaran su alianza. Este confirmó al hermano mayor como heredero de Chalco, pero, cauto como siempre, le ofreció al menor Tlalmanalco y Yaotzinco. *Divide et impera.*

Una vez más, como gesto de buena fe, Cortés usó a los 8 prisioneros mexicas habidos en aquellas acciones para solicitar a Cuauhtémoc, desde finales de enero de 1521 confirmado como *tlatoani*, la reconsideración de sus planes de guerra. Le hizo constar su conocimiento de cómo fortificaba de firme la capital mexica con nuevas albarradas, mientras no cesaba la

fabricación de armas y se almacenaban vituallas, sin contar sus operaciones de reconocimiento y castigo. La embajada no surtió efecto, antes al contrario; Cuauhtémoc no se dignó contestar a Cortés y se lanzó a una nueva política: mezcló el uso del antiguo terror inspirado por los mexicas entre los sometidos para que abandonasen sus alianzas con Cortés, con su plan de exonerar a todos sus súbditos por un tiempo del pago de tributos, así el mismo se creó una nueva imagen, mientras intentaba restaurar la dignidad religiosa de la tierra al sacrificar a cuantos prisioneros españoles le llevaran. Mantuvo su presión en el entorno de Tetzco, sobre todo contra los maizales de Huexotla y Coatlinchan, donde los coaligados hispano-aborígenes se afanaron por defenderlos. Aunque el peligro subió de nivel cuando los mexicas intentaron hacerse fuertes en ambas localidades: empezaron a ahondar las acequias, levantar barricadas, etc.

Cortés, que captó el riesgo de inmediato, movilizó 200 infantes, 12 jinetes y 2 artillerías de campo y fue a limpiar la zona. Acabó por destruir parte de ambas localidades, a las que pegó fuego, como señal y advertencia de no tolerar dobleces. Bernal Díaz asegura que los mexicas tuvieron 4 muertos y 3 prisioneros y, lo más importante: desde entonces, no volvieron a desembarcar tropas en el área. El propio Cortés lo contradice, pues poco después los señores de Huexotla y Coatlinchan volvieron a quejarse por estar padeciendo las extorsiones de los mexicas, quienes se llevaban gentes de ambas localidades presas a México-Tenochtitlan, además de tornar a amenazarlos con la destrucción total si mantenían su alianza con los invasores. El de Medellín se quejó de su falta de fuerzas para protegerlos a todos cuando, acto seguido, relata cómo los aliados de Huejotzingo y Cholula se personaron en Tetzco alarmados por la escasez de noticias y por las muchas humaredas — una señal habitual para indicar acciones bélicas— que se apreciaban en el entorno del lago. Cortés los tranquilizó y aprovechó el momento para fortalecer la nueva amistad que debía establecerse entre los habitantes de Chalco y los tlaxcaltecas, antiguos enemigos. Por otro lado, había llegado el momento de conocer a ciencia cierta cómo evolucionaba la construcción de los trece bergantines en Tlaxcala. Fue entonces, como se vio, cuando Cortés envió una vez más a Gonzalo de Sandoval con una triple misión: no solo debía alcanzar Tlaxcala y enterarse de las noticias que le pudiera dar Martín López de primera mano, sino también llevar bien protegidos a los nuevos señores de Chalco de regreso a su tierra, así como castigar la localidad de Calpullalpan, donde mataron meses atrás a toda una columna de españoles

dirigida por Juan de Alcántara. Una vieja cuenta pendiente que Cortés no quería dejar sin castigo por más tiempo.

Cabe decir que no era un disparo a ciegas. Aquellos días llegó desde Tlaxcala a Tetzco un joven castellano, del que no se sabe el nombre, que aportó a Cortés noticias interesantes: le informó de la finalización de los bergantines, pero también de la arribada de un barco a Veracruz, el del mercader Juan de Burgos casi con toda seguridad, con 30 o 40 españoles, sin contar los marineros, y 8 caballos, además de escopetas, ballestas y pólvora. El joven peón adicto a Cortés intuyó la alegría de este cuando le llevase tales noticias, por pura admiración a su líder, viajando de noche por territorio potencialmente hostil. Fue una hazaña notable.

Gonzalo de Sandoval volvió a salir de Tetzco al mando de una fuerza de 15 caballos y 200 peones europeos para alcanzar Tlaxcala por el camino de Calpullalpan, localidad que, según Díaz del Castillo, llamaron Pueblo-Morisco. Cortés clamaba venganza por haber sabido en Tetzco que allá se habían sacrificado algunos de sus compañeros, entregados por los de Calpullalpan a sus señores tetzcoanos en su momento, así como los equinos. También supo por ellos que Juan de Alcántara, pues se trataba del grupo de este, fue atacado al subir una fuerte pendiente, cuando tuvieron que llevar sus caballos de las riendas, circunstancia que impidió que pudieran aprovecharse de su empuje, mientras eran víctimas de una celada, no en vano, los aborígenes los atacaron en un mal paso y los dejaron sin escapatoria. Según Cortés, en Tetzco encontraron en sus templos

los cueros de los cinco caballos con sus pies y manos y herraduras cosidos, y tan bien adobados como en todo el mundo lo pudieran hacer, y en señal de victoria, ellos y mucha ropa y cosas de los españoles ofrecido a sus ídolos, y hallamos la sangre de nuestros compañeros y hermanos derramada y sacrificada por todas aquellas torres y mezquitas, fue cosa de tanta lástima, que nos renovó todas nuestras tribulaciones pasadas.

Aunque lo peor estaba por llegar. En una localidad cercana a Calpullalpan, la gente de Sandoval halló en los muros de una casa, escrita con un carbón, una frase que decía: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste»,<sup>[11]</sup> uno de los cinco jinetes del grupo de Alcántara. Yuste era un hidalgo y hombre cercano a Pánfilo de Narváez. Al entrar en Calpullalpan, los de Sandoval descubrieron pruebas de inmolaciones de castellanos en los templos de la localidad, incluidas «dos caras que habían desollado, y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenían con sus barbas puestas y ofrecidas en uno de sus altares». Presos de furia ante aquella visión, los hombres de Sandoval atacaron sin miramientos a la desbandada de habitantes

de la localidad en su huida; mataron a muchos, acción que se solía reservar a los aliados aborígenes, tlaxcaltecas en este caso, mientras Sandoval atrapaba a varios señores y muchas mujeres y niños. Por órdenes de Cortés no se llevó a cabo ninguna acción de castigo ejemplar, pues ahora pesaba más la necesidad de conseguir aliados contra los mexicas. No obstante, Sandoval sí esclavizó a algunos de sus habitantes, con cuya venta se solía cubrir el coste de los caballos muertos en las acciones de guerra. En cambio, algunos testigos de los hechos, como Gonzalo Juárez, relataron que Sandoval, merced a las órdenes explícitas de Cortés, acabó matando «más de tres mil de los yndios de guerra».<sup>[12]</sup> Poco después, topó con la columna que transportaba los bergantines desde Tlaxcala, como ya se ha relatado.

### **Ataques a Xaltocan y Tlacopan, enero-febrero de 1521<sup>[13]</sup>**

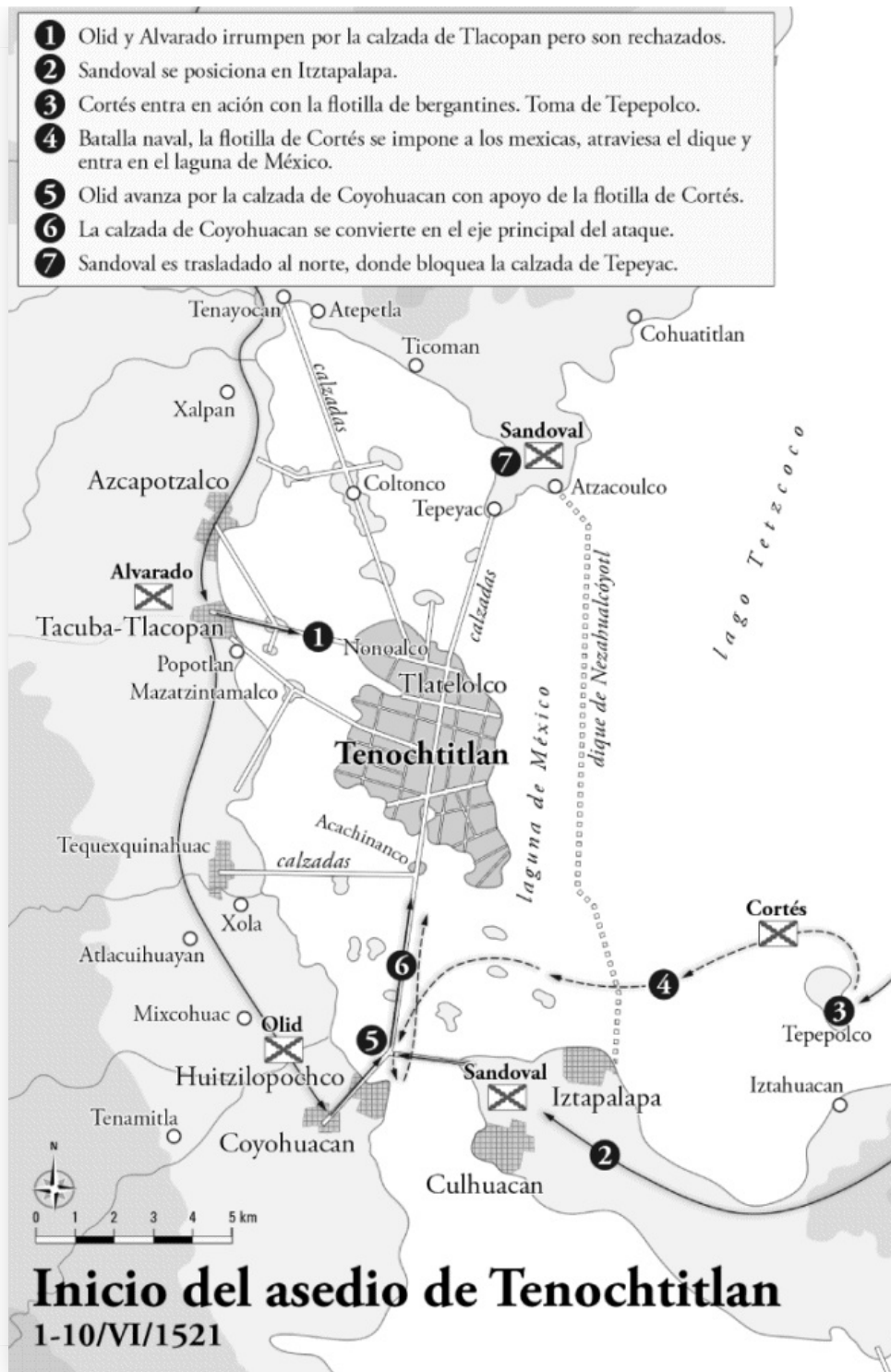
**R**eforzado con la gente de custodia de los trece bergantines ya depositados en Tetzoco, una vez descansaron varias jornadas, Cortés se aprovechó de sus deseos de batirse con los mexicas. De modo que, en breve plazo, organizó una nueva columna de castigo. El destino fue la localidad de Xaltocan, ciudad lacustre situada en el nordeste del lago Tetzoco. Según Bernal Díaz, Cortés les habría solicitado su amistad en varias ocasiones merced a embajadores tetzocanos y de Otumba, quienes fueron maltratados por las gentes de dicha urbe. Ante la noticia de que, incluso, retaban a los españoles a arribar a su ciudad y pelear contra ellos, el de Medellín no lo dudó. Además, necesitaba obtener nuevas fuentes de mantenimiento para todos sus aliados aborígenes, que en aquel momento abarrotaban Tetzoco. También se ha sugerido, pero sin mayores pruebas, que el ataque a Xaltocan, una localidad sin demasiada importancia, fue una especie de ensayo para comprobar cómo luchaban los tlaxcaltecas tras una primeriza formación militar impartida de manos hispanas, además de completar la experiencia de los castellanos en la lucha en un medio urbano y lacustre.<sup>[14]</sup>

La columna estaría compuesta por 25 jinetes, 300 peones, entre ellos 50 ballesteros y escopeteros, además de 6 piezas artilleras de campaña, es decir una fuerza notable. Según Cortés, ordenó el concurso de 30 000 tlaxcaltecas —el cronista Ixtlilxóchitl ensalzó a sus paisanos tetzocanos afirmando que fueron 60 000 de ellos y 20 000 aliados de Tlaxcala, Huexotzinco y demás localidades, la fuerza expedicionaria aborígen—,<sup>[15]</sup> pero sin comunicar fuera

de sus allegados cuál era el destino, pues temía que dicha información llegase a oídos de los mexicas a través de tetzcoanos poco fieles a la causa cortesiana. De hecho, se hizo acompañar por un grupo de señores de Tetzco, siempre con esa ambigüedad del notable aliado que, más bien, parece un rehén. Una vez más, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid repiten como lugartenientes en la salida y dieron el relevo a Gonzalo de Sandoval, que permaneció en esta ocasión en el gran campamento cercano al lago y al cuidado del resto de la gente y de los bergantines.

Según el caudillo hispano, partieron a las nueve de la mañana en perfectas columnas, los hombres de cada nacionalidad a su usanza y caminaron hasta cuatro leguas, pues se enfrentaron a unos batallones mexicas cuando ya era tarde, aquel mismo día. Cabe colegir que la hueste hispano-aborigen estaría cansada por la marcha, pero no fue óbice para romper el frente mexica y desbaratarlo con el empuje de los caballos, una vez los escopeteros y ballesteros habían descargado sobre ellos sus armas. «Y los de Tascaltecal, como son muy ligeros, siguiéronnos y matamos muchos de los contrarios, y aquella noche dormimos en el campo muy sobre aviso», escribe Cortés. Para Díaz del Castillo, los muertos del contrario fueron una treintena y los más se acogieron a unos montes, hasta donde fueron perseguidos por los indios aliados y no por los caballos, pues el de Medellín no iba a arriesgarlos en una operación como esa.





El grupo durmió esa noche en unos habitáculos hallados allá mismo, no sin las preceptivas guardias, y al día siguiente hubieron de encarar un ataque con nuevas unidades mexicas de refuerzo arribadas a la zona a bordo de sus canoas. Circunstancias como esa solo sirvieron para reforzar la convicción de Cortés de poder contar con los bergantines cuanto antes. Los de Xaltocan habían desecho desde un principio la calzada que los unía con la ribera del

lago y habían ahondado el nuevo canal abierto en medio con agua de una acequia cercana, de modo que se sentían seguros para, desde cierta distancia, lanzarles jabalinas, flechas y piedras. Como es obvio, el uso de los caballos era inviable en un encuentro como ese, que, además, causó heridas a diez españoles y a multitud de indios auxiliares. Díaz del Castillo señala algo importante: a demasiada distancia y con canoas provistas de defensas de madera —talabordones los llama Bernal Díaz—, es decir parapetos o defensas tras las cuales se guarecían, los contrarios no podían ser heridos con facilidad por ballesteros ni por escopeteros. Una novedad que no dejó de inquietar a Cortés. El día habría sido muy complicado sin la proverbial suerte del caudillo extremeño. Dos tetzcoanos, enemigos de los de Xaltocan por antiguas rencillas, comentaron a un español que aquellos habían roto la calzada hacía tres días, pero «no muy lejos adelante está por abrir y va camino al pueblo». La operación era difícil: se trataba de pasar por una parte de la calzada, anegada más que totalmente hundida en el lago, para retomarla más adelante y, desde allá, entrar a saco en la ciudad. Y así lo hicieron. Mientras Cortés vigilaba la retaguardia con sus caballos, los infantes se adentraron en el lago, a veces con el agua a la altura de la cintura, disparando por secciones ballesteros y escopeteros, «unos armando y otros soltando». El contrario causó muchas bajas, si bien Díaz del Castillo es parco a la hora de darnos datos más concretos. Pero se puede colegir porque, una vez entrados en Xaltocan tras tamaño esfuerzo y peligro, «tal mano les dieron, que les mataron muchos». Hubo un buen despojo para los aliados: ropa, sal y otros productos de los que había carecido Tlaxcala tras tantos años de bloqueo, y todo el oro que se pudo encontrar para los españoles, mientras los habitantes supervivientes huían en sus canoas a México-Tenochtitlan. Muchas casas fueron quemadas. También se hicieron esclavas: «Y allí en aquel pueblo se hobieron muy buenas indias». No durmieron en la localidad por ser fácilmente abordable en canoa, de modo que salieron a tierra firme, donde organizaron un campamento al uso militar, con sus guardas, corredores de campo para vigilar el entorno directo y demás parafernalia defensiva. Díaz del Castillo certifica que a los pocos días murió uno de sus compañeros de un flechazo en la garganta. Aunque otros muchos heridos fueron felizmente curados.

Xaltocan había sido la antigua capital otomí en la zona del lago Tetzco hasta que fue conquistada por los tepanecas a finales del siglo XIV, cuando estos utilizaban a los tenochcas como mercenarios. En el momento de su semidestrucción estaba gobernada por el señor de la cercana localidad de

Cauhtitlan, hallada abandonada por Cortés. Ese mismo día, el grueso de sus habitantes la había evacuado a bordo de sus canoas.

Tras haber rodeado el lago por su parte septentrional, la columna cortesiana se dirigió hacia Tlacopan y pasó por otras localidades como Tenayocan, también abandonada, y Azcapotzalco. Célebre esta última por sus orfebres y su mercado de esclavos, Díaz del Castillo certifica que sus habitantes se habían marchado, seguramente con sus bienes más preciados, pues no relata que se consiguiese un buen pillaje ni en ella ni en todas aquellas otras ciudades.

Cinco días después de salir de Tetzaco, la columna de Cortés se encontró ante la ciudad de Tlacopan. Eran palabras mayores. Los recuerdos eran vívidos, pues por allá salieron a tierra firme tras la Noche Triste. Cortés justificó la posterior quema de parte de la urbe y su saqueo porque sus habitantes y los mexicas les habían matado mucha gente en su huida el primero de julio de 1520. Pero antes de completar la venganza, había que pelear. El combate se trabó con varios escuadrones de Tlacopan y de las localidades antes citadas con refuerzo mexica; para Díaz del Castillo, solo los caballos pudieron romper el frente de lucha, pues los enemigos peleaban tan unidos y eran tantos que los infantes apenas se bastaban para abrirse paso entre sus filas «a buenas cuchilladas». Esa noche no pudieron entrar en el interior de la urbe, sino que durmieron en los arrabales con gran cuidado y vigilancia. Al día siguiente, se trabó de nuevo la pelea, que causó muchos heridos en el bando hispano-aborigen, pero se rechazó el ataque y se tomó buena parte de la ciudad y comenzó su saqueo. Cortés y los suyos se aposentaron en un enorme palacio, el de Totoquihuatzin, que a duras penas pudo escapar del fuego propagado por los vengativos tlaxcaltecas. Allí permanecieron seis días. Se combatía a diario, pero el peso de los combates lo llevaban los aliados aborígenes. Entonces, se produjo un incidente muy grave. Bernal Díaz explica que, en el fragor de la lucha, uno de aquellos días los mexicas comenzaron una retirada táctica por la calzada que habían vuelto a reconstruir después de la Noche Triste. Era un ardid. Querían que Cortés y los suyos se adentrasen hasta pasar el primer puente para, más allá, atacarlos de improviso desde la propia calzada, pero también por ambos flancos de la misma, acercándose lo suficiente con sus canoas para arrojarles todo tipo de proyectiles. Y funcionó. Cortés también era humano y se dejó engañar por el afán de victoria, que no le abandonaba desde hacía una semana, cuando había tomado tantas localidades, pues le sedujo la idea de hacer lo propio con la segunda cabecera de la Triple Alianza, Tlacopan. Todo se torció: el alférez

abanderado cayó al agua desde el puente ante el ímpetu del ataque enemigo, pero logró zafarse de los contrarios que querían prenderlo y salió de aquel mal trance sin perder la bandera. No obstante, murieron cinco españoles y otros muchos quedaron heridos; solo entonces Cortés ordenó una retirada ordenada: regresaron a Tlacopan sin dejar de dar el rostro al contrario, disparando ballesteros y escopeteros por secciones, y haciendo entrar en acción a los caballos cuando se podía, con mucho cuidado, porque era fácil que los hiriesen. Y la anécdota. Al salir a tierra firme, Pedro de Ircio, enemistado con el gallardo alférez que hemos visto defender la bandera, por nombre Juan Volante, por los amores de una de las mujeres llegadas de Cuba con Pánfilo de Narváez, quiso afrentarlo y comentó que no solo habían crucificado al hijo, sino que Volante quiso ahogar a la madre, pues en la bandera se hallaba representada la Virgen María. Al parecer, Juan Volante era de familia de conversos. Todo lo relata Díaz del Castillo, enemigo declarado de Ircio, para subrayar su ruindad.

Cortés no explica en su *Tercera carta de relación* dirigida a Carlos I las mismas cosas. Reconoce que permanecieron seis días en Tlacopan peleando todos y cada uno de ellos, cuando los capitanes tlaxcaltecas y los mexicas se desafiaban sin cesar recordando viejos rencores y «peleaban unos con otros muy hermosamente». La entrada en la calzada adelante hasta el primer puente, pero siempre recibiendo el contrario más castigo que los suyos, la transforma en un intento de acercarse a los mexicas para poder conferenciar con ellos una vez más, pero con el puente quitado, es decir con una barrera de agua por medio. Así, en su relato su posible imprudencia desaparece. Es más, refuerza su imagen de hombre dialogante. Y nos proporciona otro dato interesante: la maltrecha reputación de Moctezuma II, pues se oyó decir a sus oponentes cuando quiso infructuosamente establecer una conversación con ellos: «¿Pensáis que hay ahora otro Mutezuma, para que haga todo lo que vosotros quisierais?». Cuando uno de los oficiales castellanos les insinuó la posibilidad de morir todos de inanición si persistían en su actitud y no deponían las armas, uno de los mexicas «tomó unas tortas de pan de maíz y arrojólos hacia nosotros diciendo: “Tomad y comed, si tenéis hambre, que nosotros ninguna tenemos”. Y comenzaron luego a gritar y pelear con nosotros».

Díaz del Castillo, que permaneció en Tetzaco a las órdenes de Gonzalo de Sandoval, no pudo ser testigo ocular de todos estos lances, pero siempre habría quien le contase de primera mano lo sucedido. En todo caso, se atreve a señalar que si Cortés salió al cabo de seis días de Tlacopan, no solo sería

porque ya había efectuado un recorrido estratégico por la parte septentrional del lago, sino también porque «con gran temor volvió». No era el momento de adelantar operaciones. No se arriesgó, por ejemplo, a alcanzar Tetzcocho bordeando la zona sur del lago en dirección a Chalco, sino que desandó el camino pasando por Cuauhtitlan y Acolman. Poco antes de llegar a esta última, Cortés, acometido a cada instante por escuadrones mexicas que trataban por todos los medios de hacerlo caer en una celada para poder eliminar cuantos más caballos mejor, les tendió a su vez otra a ellos y les infligió una gran cantidad de bajas, si bien perdió a un soldado europeo y dos caballos. Con gran detalle, el de Medellín relata que ordenó a la infantería que siguiese adelante con 5 jinetes guardando su retaguardia que, en la distancia, parecería la marcha de todos los caballos disponibles; con los 20 equinos que le restaban formó 4 pequeños escuadrones, 2 de 6 caballos, 1 de 5 y un cuarto, que él comandaba, con 3 caballos. Ocultos en parajes oportunos, cuando los mexicas avanzaron en pos de la columna hispana, de pronto recibieron el ataque de los caballeros, lanza en ristre, desde cuatro puntos distintos. La trampa funcionó. Comenzaron a alancear gente por la espalda y con el terror se rompió la formación mexica. El resultado le fue muy satisfactorio al de Medellín: «[...] y duró el alcance cerca de dos leguas, todas llanas como la palma, que fue muy hermosa cosa, y así murieron muchos de ellos a nuestras manos y de los indios nuestros amigos, y se quedaron, y nunca más nos siguieron». Esa última puntualización implicaba que la caballería hispana nunca actuaba sola en dichos lances, sino que era ayudada por cierto contingente de indios aliados, presumiblemente guerreros diestros, fuertes y rápidos, aptos para la persecución del enemigo derrotado.

Poco más tarde, el grupo de Cortés fue alcanzado en Acolman por Sandoval y parte del retén de Tetzcocho, que llevó consigo a los nuevos señores de la urbe. Pero el caudillo ordenó su regreso a la misma y él mismo entró al día siguiente con los suyos. ¿A la manera de un general romano victorioso, me pregunto? Son apreciaciones, en todo caso, de Díaz del Castillo, pues Cortés asegura que nadie salió a recibirlo, sino que culminó la campaña entrando en Tetzcocho a las dos semanas de su partida. Tras descansar apenas un par de días, una parte de los aliados tlaxcaltecas solicitó licencia para regresar a sus hogares con el botín conseguido en aquellas jornadas. Cortés no pudo oponerse, ya que también significaban menos bocas para alimentar y, por encima de todo, se trataba de mantener la cordialidad a ultranza con los principales aliados. Por su parte, los europeos también debían descansar y curar a los heridos, pues tampoco había llegado todavía el

momento para dar el gran asalto a México-Tenochtitlan. Los tlaxcaltecas lograron regresar a su ciudad sin incidentes, lo más probable por cuidarse muy bien de no proclamar el camino elegido para su viaje. De esa manera, evitaban una posible sorpresa perpetrada por guerreros mexicas.

Mientras, a los pocos días del regreso, fue el turno de ciudades como Nautla, Matalcingo y Tuxpan, cuyos representantes se personaron ante Cortés con algo de oro y ropa de algodón para solicitar el perdón y formar parte de la alianza. Aunque habían estado involucradas en su momento en la muerte de Juan de Escalante y los suyos, unas muertes que Cortés se cobró en buena medida con la ejecución de Cuauhpopoca y otros caciques, las acabó por perdonar.

Más inquietantes fueron las noticias arribadas desde Chalco y Tlalmanalco, de nuevo atacadas por contingentes mexicas, los cuales se llevaban prisioneros a los que no mataban o herían. Incluso desde Chalco le hicieron llegar a Cortés una manta pintada con el detalle de los escuadrones enemigos causantes de los ataques. El caudillo era muy consciente de que debía darse una respuesta contundente a tales afrentas, pues era primordial no desfallecer a la hora de cumplir con los pactos defensivos si más adelante se iba a solicitar ayuda para la ofensiva, pero sus hombres necesitaban aún reposo. De forma gráfica, además de los caídos en la última salida, media docena de españoles según Bernal Díaz, otros ocho habían muerto de los que llegaron heridos con «dolor de costado y de echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices». El continuo ejercicio de las armas, además de las constantes acciones de guerra «y de polvo que en ellas tragábamos», eran las causas principales de aquellas muertes. Como es habitual, Díaz del Castillo no es muy riguroso con algunas cifras aportadas, porque poco más adelante de su crónica señala que fueron tres o cuatro los heridos que murieron. Seguramente se refiere a momentos distintos mezclados en esta ocasión.

## **Defensa de Chalco y otras operaciones de castigo, marzo-abril de 1521<sup>[16]</sup>**

**A**unque Cortés anunció a sus aliados que debían aprender a organizarse y presentar un frente común contra los mexicas, que ya no tenían la fuerza de antaño, peleando con ellos sin el concurso de los españoles, el hecho de estar en juego los maizales de Chalco y Tlalmanalco, su fuente principal de

suministros, le obligó a ordenar a Gonzalo de Sandoval que saliese en su ayuda con el apoyo de 20 de a caballo y 300 peones, escribe Cortés, cifra reducida por Díaz del Castillo a 200 infantes, pero con 10 escopeteros y una docena de ballesteros añadidos. Como no había tlaxcaltecas disponibles en la misma cantidad que antes, Sandoval se hizo acompañar por un «regimiento» de tetzcoanos, es decir de un *xiquipilli*, compuesto, como se recordará, por 8000 guerreros, que tenía como enlace al capitán Luis Marín, al tiempo que esperaba contar con el apoyo de los aliados de Huejotzingo y de Huaquechula—un antiguo asentamiento con guarnición mexicana para controlar Tlaxcala—, además de con los hombres de Chalco y Tlalmanalco. Alva Ixtlilxóchtil refiere la presencia de un alto oficial aculhua, Chichinchicua, al frente del *xiquipilli* tetzcoano.

Tras partir de Tetzco el 13 de marzo de 1521, Sandoval avanzó con su gente hasta Tlalmanalco, ya que fue informado en Chalco de cómo concentraban tropas los mexicas cerca de Huaxtepec, en una zona de quebradas y hoyos profundos en la tierra, es decir carcavuezos. Sandoval siguió la norma habitual: los ballesteros y los escopeteros debían apoyarse, recargando mientras otros disparaban, y los situó por delante de su grupo, mientras que los jinetes actuarían en pequeñas cuadrillas de tres hombres. Los infantes armados de espada y rodela debían avanzar en forma de escuadrón compacto porque, como el terreno era dificultoso y no sabía si habría albarradas u otras medidas defensivas, no deseaba que su gente perdiera la formación entrando a luchar entre las filas del contrario. De hecho, fueron los mexicas quienes los atacaron por tres partes a la vez y, si bien los jinetes frenaron el primer ímpetu, una vez que llegaron a juntarse para formar un cuerpo más fuerte, los caballeros tampoco los pudieron perseguir por lo abrupto de aquella tierra. Sandoval los reservó para una acción posterior. Se decidió por la siguiente táctica: colocó en el centro del escuadrón hispano a los ballesteros y a los escopeteros y en las alas y a sus espaldas a los rodeleros, asistidos por los indios auxiliares. Solo cuando se enzarzasen en la pelea con los mexicas, al sentir una señal, los de caballería debían irrumpir desde una quebrada para presionar a los enemigos hacia un llano cercano, donde serían derrotados con más facilidad. Pero no salió bien: además de los muchos heridos habidos por la multitud de contrarios a los que batir, estos no fueron empujados hacia el llano, como estaba previsto, sino hacia otras quebradas. Sandoval ordenó igualmente que se ayudase a los infantes, pero uno de los caballeros, Gonzalo Domínguez, acabó por los suelos y, lo peor, quedó aplastado por el peso del equino. Murió en poco tiempo. Domínguez

estaba considerado uno de los mejores jinetes, de modo que su muerte fue devastadora y su memoria honrada con el sentimiento de pérdida que hubo entre sus compañeros.

Sandoval persiguió al contingente mexica hasta Huaxtepec, pero, a las afueras, sus fuerzas fueron cercadas por un número notable de enemigos, 15 000 nada menos apunta Bernal Díaz, que consiguió herir a cinco españoles. Todos los castellanos pelearon con denuedo por su vida y los jinetes deshicieron dos escuadrones, mientras el resto de la gente del enemigo se retiraba a la ciudad, donde habían levantado parapetos y otras obras defensivas. Los fatigados hombres de Sandoval decidieron acampar, víctimas del cansancio, y empezaron a comer de los despojos habidos aquella dura jornada cuando la alarma sonó. Sandoval, precavido, había dejado dos de a caballo y dos infantes para vigilar los alrededores y avisar en caso de ataque. Los mexicas pensaron en no dar descanso a sus enemigos y, tras reagruparse en la urbe, decidieron lanzar un contraataque. No pillaron desprevenido a Sandoval como vemos, pero sí muy maltrecho y agotado a su grupo. Pelearon de recio una vez más y al final lograron expulsar a la guarnición mexica de Huaxtepec, no sin matar a todos los que cayeron en sus manos. Solo entonces pudieron reposar en el enorme jardín —una huerta de un cuarto de legua de largo, dice Bernal Díaz— de la localidad, entre árboles frutales, flores y pequeñas acequias. Nuestro cronista no participó en esta ocasión con Sandoval por hallarse herido de consideración en el cuello de un lanzazo recibido en Iztapalapa. Un nuevo intento de los mexicas y de los habitantes de Huaxtepec de recuperarla, pues llegaron a alcanzar la plaza central, se saldó con la reacción de la gente de Sandoval, que no solo los expulsó de nuevo, sino que los persiguió durante una legua causándoles numerosas bajas.

Tras descansar durante dos días, Sandoval continuó su campaña de castigo en busca de la guarnición mexica sita en la localidad de Yacapichtla, una posición muy fuerte, construida en alto, en lugar poco apto para utilizar la caballería. Los notables de Chalco que acompañaban a Sandoval le insistieron, como Luis Marín, de que no cesase en tomar aquella posición, ya que podía intuirse que las tropas de Cuauhtémoc allá acantonadas volverían a entrar en la tierra de los chalcas en cuanto la columna hispano-aborigen abandonase aquellas tierras. Sandoval, herido, como muchos de sus hombres, pensó en sortear el problema, pero al final decidió arrostrar un último peligro y asaltar el lugar. Que no iba a ser cosa fácil lo demostró un primer ataque recibido al pie del peñón que, más tarde, debió tomarse al asalto. Tres caballos y muchos hombres resultaron heridos por el lanzamiento de piedras,



flechas y jabalinas. Mal augurio, porque quedaba lo más difícil. Pero Sandoval era un oficial animoso, de modo que dejó a los jinetes en el llano inmediato a la localidad, para proteger la retaguardia del ataque que, riscos arriba, iba a lanzar. Extrañado por la falta de empuje de los indios auxiliares, estos le contestaron que para operaciones como aquella, de máximo riesgo, confiaban en los españoles. De alguna forma, Díaz del Castillo acepta en su escrito el papel de élite militar que, en aquel conflicto, tuvieron los suyos, aunque sin ocultar que semejante orgullo también tenía sus penitencias. Sandoval así lo entendió e inició el ataque con los hispanos, con mejores defensas corporales que los indios aliados. Con todo, hubo muchos heridos, entre otros el propio Sandoval, que recibió una segunda pedrada. Poco después eran seguidos en su avance por el resto de las fuerzas y, al poco, se conquistó la localidad.

La toma de Yacapichtla degeneró en matanza. Cuando estas ocurrían, cronistas como Díaz del Castillo se apresuraban en buscar fórmulas mitigadoras del espanto. En este caso, aseguraba, con cierta verosimilitud no obstante, que sus compatriotas dejaron de acuchillar indios una vez vencida su resistencia, pues su obsesión era entonces «buscar una buena india o haber algún despojo». Pero añada que matar indios indefensos les parecía una crueldad. Más bien lo ocurrido, a mi juicio, es que una vez derrotado el contrario, no deseaban que los indios aliados prolongasen una matanza que podía privarles de obtener algunos esclavos, sobre todo mujeres. Aunque un ufano Hernán Cortés explicó el asunto en otros términos:

Y como los indios nuestros amigos los siguieron y los enemigos se vieron de vencida, fue tanta la matanza de ellos a manos de los nuestros, y de ellos despeñados de lo alto, que todos los que allí se hallaron afirman que un río pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por más de una hora fue teñido en sangre, y les estorbó de beber por entonces, porque como hacía mucho calor tenían necesidad de ello.

Díaz del Castillo negó este último extremo, pero sin acusar a Cortés de transmitir falsas informaciones a López de Gómara, sin ir más lejos. Para él, lo ocurrido fue muy distinto: los mexicas heridos que bajaban del peñón y se refugiaron en una quebrada por donde fluía un arroyo se iban desangrando y tintaron el agua con su sangre, «pero no duró aquella turbieza un Ave María». Se intuye que otra cosa le contaron a Cortés, como al propio Bernal Díaz, ambos testigos de oídas en este caso, pero López de Gómara no se abstuvo de acabar de propagar esa imagen tan potente como la de un río teñido de sangre del enemigo vencido. También Fernández de Oviedo aprovechó la alegoría de la derrota del enemigo que vierte tanta sangre que enturbia las aguas cercanas

para comparar una vez más a Cortés con un héroe romano: en este caso Mario cuando derrotó a los cimbrios, según siempre el relato de Plutarco.<sup>[17]</sup>

Sea como fuere, mientras Sandoval regresaba a Tetzco a informar a Cortés, Cuauhtémoc, una vez enterado de su derrota en Chalco, enviaba 2000 canoas con otro ejército a tomar de nuevo aquella estratégica ciudad y región. Entonces, envalentonados por las victorias hispanas, las gentes de Chalco llamaron en su ayuda a huexotzincos y tlaxcaltecas, además de contar con los aculhuas que Sandoval dejó en su guarda, y tras igualar en número al ejército mexica lo derrotaron. Una acción como esa debió de alegrar sobremanera a Cortés, dado que podía empezar a confiar en el valor militar de sus aliados como, quizá, hasta entonces no había pensado. Aunque Sandoval llegó enseguida para auxiliar a sus coaligados chalcos, su actuación no hizo falta. Su papel se limitó a llevar presos a 15 notables mexicas a Tetzco, una cifra aumentada por otras fuentes a 40, pero que incluía a un jefe militar importante. Solo entonces, bien informado de todo lo sucedido en aquella pequeña campaña, pero plena de dificultades y peligros, Cortés pudo agasajar correctamente a Gonzalo de Sandoval, ya que, antes, con el fragor de las noticias del desembarco mexica en Chalco, había creído que la reacción de Cuauhtémoc se debía a falta de acometividad de su oficial. Craso error que remedió como una centella, pero que denota la tensión vivida tras tantas jornadas de campaña y que puede empañar el juicio del mando más equilibrado. Y Cortés lo era en casi todas las ocasiones. Puede que le pesara demasiado la mala experiencia con Pedro de Alvarado el año anterior y, por ello, ya no se fiaba plenamente de nadie. Aunque con Sandoval se equivocó. La grandeza de Cortés se manifestó cuando reconoció su error y pudo recomponer la amistad. Por otro lado, en aquellos momentos, Sandoval ya había dado muestras de ser el oficial más fiable en asuntos militares de los de Cortés e incluso se ha argumentado que era superior al propio caudillo en tales menesteres.<sup>[18]</sup>

Tampoco arrojó la toalla el de Medellín con respecto a buscar un pacto con Cuauhtémoc, de modo que el Miércoles Santo de 1521, 27 de marzo, se hizo conducir a los notables mexicas prisioneros de guerra para transmitirles un nuevo mensaje en dicho sentido al *tlatoani*. Pero, como es obvio, con una guerra abierta ninguno se atrevía a regresar a México-Tenochtitlan para anunciar nada menos que debían arrepentirse de sus acciones, cesasen en la guerra y tornasen a considerarse vasallos de Carlos I, como ya lo había jurado Moctezuma II. Era demasiado. Al final, dos valientes se atrevieron a ir, aunque con una carta de Cortés, que, si bien no entendían, les daría

credibilidad entre los suyos. Cinco jinetes los acompañaron hasta que, a salvo, se encaminasen hacia la gran urbe.

La respuesta de Cuauhtémoc llegó apenas tres días después: dispuso nuevas fuerzas para ocupar Chalco. Sus habitantes, aterrados, tornaron a remitir a Cortés una manta pintada con la disposición del ataque mexicana. El caudillo respondió que en breve plazo, pero no antes de cinco días, podría ponerse en marcha una columna de socorro. Y cumplió, como siempre hacía. Con 300 rodeleros, 20 ballesteros, 15 escopeteros y 30 de a caballo salió de Tetzaco el 5 de abril de 1521. Dejaba en aquella ciudad a otros 20 jinetes y 300 peones al mando, cómo no, de Gonzalo de Sandoval, que, en esta ocasión, se había ganado con creces un descanso, si es que como tal puede considerarse cuidar del campamento castellano principal, donde se ultimaban los 13 bergantines y demás trabajos comentados.

Antes de emprender dicha acción, ocurrieron algunas cosas. Según Díaz del Castillo, además del barco de Juan de Burgos, en febrero de 1521 llegó procedente de Santo Domingo la expedición de Rodrigo de Bastidas, un mercader próspero, con muchos años de estancia en las Indias, viejo conocido de Cortés, que le remitió 2 naos y una carabela de 150 toneladas, con armas de fuego, muchas espadas y pólvora, 200 hombres y 60 caballos. Además, viajaba con la expedición Julián de Alderete, antiguo camarero del responsable de los asuntos indianos en el Consejo de Castilla, el obispo de Burgos, Rodríguez de Fonseca. Este, conocedor de la presencia de Alderete en Santo Domingo en 1520, y una vez alertado Carlos I de los acontecimientos ocurridos, consiguió el nombramiento de Alderete como tesorero real para el territorio por el que peleaban Cortés y los suyos y se lo remitió al de Medellín. Exactamente el 24 de febrero de 1521, Alderete pudo alcanzar Tetzaco y admiró el lago y su entorno. Más tarde, luchó como capitán de ballesteros. También llegó fray Pedro Melgarejo, un franciscano de Sevilla, veterano en Indias desde 1514. Según Bernal Díaz, arribó cargado de bulas de composición que, una vez adquiridas, absolvían a sus propietarios «si en algo éramos en cargo en las guerras en qué andábamos». Siempre se encuentran soluciones para cualquier circunstancia. La fama fue que, en breve plazo, el fraile se marchó «rico y compuesto» a Castilla. Pero no sin que asistiese antes a la caída de México-Tenochtitlan.

Por Alderete supo Cortés de la extraordinaria expectación creada en Cuba por participar en su empresa, pero la implacable mano del gobernador Velázquez impedía que voluntarios de la isla se sumasen a la aventura cortesiana. También es significativo que al poco de la llegada de este

extraordinario refuerzo, el de Medellín se decidiese por enviar a España su *Segunda carta de relación* dirigida al monarca y fechada meses atrás, el 30 de octubre de 1520. Aprovechó la remisión de parte del oro y otros regalos para Carlos I que le portaron sus nuevos procuradores, Alonso de Mendoza, Diego de Ordaz y Alonso de Ávila, más hábiles como agentes que como soldados, los cuales se llevaron con ellos a todos los que habían querido abandonar la empresa y esperaban desde hacía semanas en Veracruz el momento de alcanzar Cuba. Los agentes de Cortés llevaban mucho oro, pero nunca se supo a ciencia cierta cuánto, pues los sobornos deben ser discretos. Quizá un mínimo de 89 000 pesos y un máximo de 150 000.

También a finales de febrero o principios de marzo Cortés habría imitado a Cuauhtémoc y remitió una embajada a los purépechas en busca de su complicidad o, cuando menos, la neutralidad. Es factible que enviase a un pequeño grupo de caballería al mando de Francisco de Villadiego hasta la capital, Tzintzuntzan, donde se entrevistaron con el *cazonci* Tzinzicha. En todo caso, también es plausible pensar que esta expedición se produjese en febrero de 1522, es decir, una vez concluida la toma de México-Tenochtitlan.

[19] Entre otras cosas, porque el camino hacia la capital purépecha era muy largo y peligroso emprendido en la coyuntura de febrero-marzo de 1521.

Cortés dejó Tetzcoaco el 5 de abril de 1521, como queda dicho. Iba a ser la última campaña antes de iniciar al cerco de México-Tenochtitlan. Se dirigió a territorio de los chalcas con 20 000 tetzcoacanos y tlaxcaltecas asegura el caudillo extremeño y avanzó hasta Tlalmanalco. Según el cronista Alva Ixtlilxóchitl, Cuauhtémoc obligó a todos los aliados que le quedaban a auxiliar a sus guerreros en este enfrentamiento. Se habló de 60 000 hombres. Como siempre, cifras discutibles, pero que demuestran que el *tlatoani* quería disputarle a Cortés aquellas estratégicas tierras. A los chalcas les argumentó que iba a dirigirse a batir la zona meridional del lago, pues aún no estaban los bergantines aparejados para entrar en acción. También se trataba de buscar el lugar más apropiado para lanzar el ataque final sobre la gran urbe mexicana. Tal vez la última experiencia en Tlacopan tampoco había sido de su gusto. Al poco, sus tropas aborígenes doblaron el número antes mencionado una vez que los señores chalcas cedieron sus guerreros para la empresa común. Para Díaz del Castillo, convocados por Cortés, muchos indios aliados se fueron acercando a la hueste hispana —repite el guarismo de 20 000 guerreros— «á causa del despojo que había de haber, y lo más cierto, por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabían que las había de haber», a la manera de los cuervos y milanos que, en Italia, seguían a las tropas cuando

marchaban de una parte a otra, en espera también de las batallas para alimentarse de los cuerpos de los caídos.<sup>[20]</sup> Tildar a los indios aliados de vulgares carroñeros, cuando el éxito final de toda aquella extraordinaria campaña dependió de ellos, hasta cierto punto, no deja de ser una injusticia por parte del cronista.

Después de dormir la segunda noche en la localidad de Chimalhuacan, al sur de Amaquemecan, el grupo avanzó entre sierras fortificadas por el contrario. Pasó de largo y lo mismo hizo cuando atravesó Yahutepec, por entonces abandonada. Pero en la siguiente llanura, en Tlayacapan, donde había unas fuentes, aunque con poca agua, un tema grave habida cuenta de la enormidad de gente que acompañaba a la hueste hispana, alcanzó dos peñoles donde un numeroso grupo de guerreros mexicas se atrincheró y, desde tan favorable posición, lanzaba proyectiles de todo tipo. En poco tiempo habían herido a tres españoles. Si bien eran posiciones difíciles de ganar, Cortés entendió que no podía dejarlas de lado y seguir su avance: primero por evitar un contragolpe en su retaguardia si dichos guerreros bajaban al llano a combatir; y segundo, porque, por prestigio militar, no podía permitirse que a sus aliados aborígenes se les pudiera pasar por sus mientes, aunque solo fuese por un instante, que los españoles huían de la pelea. Así, pues, Cortés decidió el asalto al carecer de tiempo para optar por rendirlos por hambre. Antes, ordenó un reconocimiento de la base del primer peñol, pero los comisionados para hacerlo, unos ballesteros junto con algunos jinetes, regresaron diciendo que en aquel entorno solo había roca abrupta, salvo el lugar donde se hallaban. Con todo, Cortés no se desanimó y dividió a su gente en tres grupos: el primero comandado por el alférez Cristóbal del Corral con 60 peones rodeleros escogidos, quienes acometerían por la parte más difícil, seguidos por cierto número de escopeteros y ballesteros. Juan Rodríguez de Villafuerte y Francisco Verdugo, ambos capitanes, con su gente y también escopeteros y ballesteros, subirían por otra parte. Por último, Pedro de Ircio y Andrés de Monjaraz, capitanes asimismo, atacarían por un tercer lugar con idéntica mezcla de rodeleros, ballesteros y escopeteros. A una señal convenida, un disparo de escopeta, los tres grupos iniciarían el ascenso «y hacer la victoria o morir». Dicho y hecho. Comenzó la operación. Fue un desastre. Les lanzaron tantas piedras desde lo alto del peñol, conocidas como galgas, las cuales arrancaban otras muchas en su trayectoria, que en breve plazo mataron a tres soldados. Bernal Díaz, que en esta ocasión sí participaba en el grupo del alférez Corral, recoge las muertes de un valenciano, un tal Martínez, a quien su celada no le salvó. También cayeron Gaspar Sánchez —sobrino del

tesorero de Cuba, Cristóbal de Cuéllar— y el gaditano Cristóbal Bravo. Más tarde le llegó su hora a Alonso Rodríguez, que había dejado ricas minas de oro en Cuba por acudir a la llamada de Cortés, y otros dos más resultaron igualmente muertos, por no mencionar la multitud de heridos que hubo, sobre todo en las piernas. El de Medellín solo acepta la muerte de dos compatriotas, aunque sí reconoció que una veintena de ellos quedaron heridos de mucha consideración. Fernández de Oviedo no deja de mencionar a Flavio Vegecio, pues en este lance su admirado general Cortés se apartó de la sapiencia militar exigible en un caudillo, cuando el autor tardorromano dijo: «donde por la propria salud se combate, no meresce la negligencia perdón alguno».<sup>[21]</sup>

De forma muy gráfica, Bernal Díaz rememora el peligro pasado ese día. Se resguardó como pudo en una concavidad llena de árboles espinosos, pero las galgas lanzadas desde lo alto del cerro le pasaban muy cerca y el alférez Corral, con el rostro bañado en sangre y la bandera hecha trizas, le decía que se pusiese a cubierto pues no se podía subir más. Entonces escucharon la voz de Pedro Barba, capitán de ballesteros, el cual reclamaba acción. Díaz del Castillo le insinuó que subiese hasta donde él estaba si podía. Al poco, Barba y los suyos también estaban heridos. Entonces, Corral hizo saber a voces a Cortés, que se hallaba a pie del cerro con los de caballería cuidando de que los mexicas no atacasen el fardaje, la imposibilidad de mantenerse en el ataque en aquellas condiciones. El caudillo extremeño aceptó la derrota y ordenó la retirada, cuando, además, un grupo de mexicas se había acercado en orden de pelea. El caudillo extremeño maquilla la pérdida de ocho hombres, según escribe Díaz del Castillo, al hablar de un ataque exitoso que desbarató al escuadrón mexica, perseguido además por sus jinetes largo trecho, causando bajas importantes. En cambio, este cronista aseguró que en el alcance «se mató muy pocos indios, porque se acogían en partes que no se podían haber». Así, el contingente arribó a un segundo cerro, desesperado por la falta de agua, pues no la habían encontrado en todo el día, y se refugió en unas casas localizadas al pie de la montaña. Pero fueron molestados por las piedras, flechas y jabalinas que, impunemente, les lanzaban desde las alturas, donde estaban los enemigos tan bien parapetados, que los disparos de escopeteros y ballesteros o no les alcanzaban o no les hacían mella. En dos ocasiones intentaron tomar el cerro al asalto subiendo por unas veredas que partían desde donde iban a acampar, pero fue en vano. Aquella noche descansaron como pudieron, maltrechos y sedientos, pero, a la mañana siguiente, al comprobar que desde dos eminencias más altas que el propio cerro en el que estaba emboscado el enemigo se le podría disparar con

mejores posibilidades de éxito, Cortés envió al tesorero Alderete y a Francisco Verdugo, entre otros, comandados por Pedro Barba para que con sus ballestas, y algunos escopeteros, abatiesen a los contrarios. Antes, el caudillo en persona, rodela en mano, con muchos otros infantes había tomado al asalto ambas eminencias. Una vez despejadas, fue el turno de los escopeteros y ballesteros, quienes, si bien no mataron a muchos, sí que hirieron a los suficientes como para, al ver la base del peñol llena de la gente de Cortés, intuyesen que no tenían escapatoria. Y decidieron claudicar. Pusieron las armas en el suelo, mientras las mujeres, que habían subido al cerro con sus familias, hacían gestos mediante mímica de hacerles tortillas y con unas mantas el de querer bajar en son de paz. Cortés quiso parlamentar con sus traductores, Aguilar y Malinche, con cinco de sus señores, los cuales acataron la nueva autoridad de Carlos I. También los utilizó para que convencieran a los resistentes del primer peñol para que se rindieran, asimismo, lo que hicieron en breve tiempo. Cortés había triunfado una vez más, pero, en esta ocasión, el coste en vidas españoles fue muy alto.<sup>[22]</sup>

Entonces llegó el momento de hacerse con algún botín. El caudillo extremeño delegó en dos capitanes, Pedro de Ircio y Juan Jaramillo, y en el alférez Corral junto con algunos hombres, entre los que estaba Bernal Díaz, para que subiesen al segundo peñol a ver qué encontraban. Así lo hicieron. Gracias al testimonio de nuestro cronista, podemos colegir cómo se practicaba esa tarea tan importante, que en verdad lo era: la de cuantificar los despojos obtenidos. Pero Cortés también quiso saber cuántos indios habían muerto, qué tipo de heridas presentaban, cuántos heridos tuvieron, etc., es decir, en el fondo, quería conocer el verdadero alcance del armamento europeo. Solo hallaron una veintena de muertos y muchísimos heridos y ni una gota de agua. Sin duda, esa fue la causa de la rendición aborígen. Ante la existencia de muchas mantas y demás ropa, en buena medida el tributo que aquellos indios pagaban a los mexicas, Díaz del Castillo hizo cargar a cuatro servidores suyos tlaxcaltecas, pues los llama naborías, así como a otros cuatro indios auxiliares con toda la ropa que pudo. Pedro de Ircio, puntilloso en demasía, ordenó al cronista la devolución a sus propietarios de aquellas cargas, con la excusa de la voluntad expresada por Cortés de que no se privase a los rendidos de sus bienes. Díaz del Castillo porfió con Ircio con el argumento de referirse el de Medellín a la comida, nada más. Cuando bajaron, y Cortés entendió lo sucedido, le recriminó a Ircio no haber seguido la iniciativa del cronista. Desde entonces, este le guardó un gran rencor a Ircio. No es para menos. Sentado esto, queda claro que si un soldado raso como Díaz del Castillo

disponía de cuatro sirvientes personales, naborías, ¿de cuántos disponían los oficiales? Poco a poco, vamos coligiendo el papel extraordinario de los auxiliares, aliados o indios amigos, tales eran las expresiones con las que fueron designados: combatientes, portadores, pero también asistentes personales de los españoles, con la labor fundamental de obtener, cuidar y vigilar, además de transportar, el botín de cada europeo. También es factible pensar que debieron de recibir algún tipo de entrenamiento militar. O, cuando menos, algunas nociones para pelear al lado de los castellanos.

Cortés dice que descansaron dos días en aquella zona, algo dudoso ante la referida falta de agua. Quizá la memoria de Díaz del Castillo sea mejor en este caso, ya que asegura que esa misma noche regresaron sobre sus pasos para dormir en la ya famosa para ellos huerta de Huaxtepec, que fascinó por igual a Cortés, al tesorero Alderete y a fray Pedro Melgarejo. Después de reposar allá un día, alcanzaron a la mañana siguiente Yahutepec, donde les esperaba un nuevo contingente de guerreros mexicas formados en escuadrón. Cuando parecía inevitable el combate, comenzaron a retroceder y Cortés, en el fondo afrentado por las derrotas habidas en los peñoles, decidió lanzar a la caballería tras ellos y matar a algunos. Así lo hizo y los persiguió durante dos leguas hasta encerrarlos en la siguiente localidad, Xiuhtepec, que encontró muy descuidada, sin vigilancia, pues la tomó sin problemas. Hizo muchos prisioneros, mató a otros tantos y, como en dos días no se personaron sus dirigentes para dar la obediencia exigida, ordenó quemar la localidad. Díaz del Castillo asegura que fue acción premeditada: «[...] e porque otros pueblos tuviesen temor dello, mandó poner fuego a la mitad de las casas que allí cerca estaban». Todo parece indicar que Cortés, en cuanto a frustraciones en materia militar, las olvidaba lo antes posible con una acción de la máxima contundencia.

La toma de Cuernavaca, o Cuauhnahuac, a pesar de ser una posición bien defendida al estar rodeada de quebradas y barrancas con algo de agua, aunque escasa, de un riachuelo de cerca de 10 metros de profundidad, con solo dos puentes de madera para acceder a la ciudad, que estaban quebrados, única entrada posible para los caballos, y disponer de guarnición mexica, además de sus propios guerreros, fue mucho más fácil que la toma de los peñoles. Comenzaron los naturales a arrojarles todo tipo de proyectiles y piedras desde la urbe en cuanto fueron detectados, mientras los hombres de Cortés buscaban un punto débil para acceder al núcleo habitado. Y lo hallaron. Desde una arboleda se podía atravesar el foso natural, pero a costa de escalar los árboles más adecuados por altos. No era tarea fácil, pues hasta tres infantes se



precipitaron al agua y uno de ellos se quebró una pierna. Díaz del Castillo, uno de los 20 o 30 valientes que atravesaron por allá, además de muchos tlaxcaltecas, aseguraba ser aquel un paso malo y peligroso «y se me desvanecía la cabeza». Aunque lograron su objetivo: atacaron por la espalda a los desprevenidos defensores de Cuernavaca, quienes no pensaron en que ninguno de los atacantes pudiera acceder de aquella forma a su ciudad. Cuando otro grupo, liderado por Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Andrés de Tapia, con grandes peligros lograron cruzar por donde habían roto los naturales uno de los puentes y comenzaron también a atacarlos, la resistencia se vino abajo y comenzaron a huir a la desesperada. La ciudad comenzó a ser saqueada. Todos buscaban botín e indias. Comenzaron los incendios. En apenas unas horas, la ciudad había caído y estaba semidestruida. Cortés asegura que se mató a muchos aborígenes merced al alcance que se les dio con los caballos y los indios auxiliares. Al caer el día, se personaron 20 señores a solicitar el perdón del caudillo extremeño. Este lo concedió gustoso, pero no sin permitir a su gente un merecido descanso en la urbe para reponerse de semejante jornada.

Un comentario del mismo caudillo acerca de lo acontecido en Cuernavaca puede aclarar algunas cosas. Aseguró Cortés que:

Estos indios y los otros que venían a darse por vasallos de vuestra majestad, después de haberles quemado y destruido sus casas y haciendas, nos dijeron que la causa porque venían tarde a nuestra amistad era porque pensaban que satisfacían sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho no teníamos después tanto enojo de ellos.

Si es cierto, fue una verdadera lástima, pues se podrían haber ahorrado muchas vidas. No obstante, el cronista Cervantes de Salazar recuerda que a los habitantes de todas estas últimas ciudades conquistadas, «Cortés los rescibió de buena voluntad, porque en ellos se había hecho buen castigo, y así no les dixo más de que por el castigo pasado verían cuánto les convenía perseverar en el amistad que ofrescían». De alguna forma, el terror al mexica era sustituido por el terror al castellano.

## **La batalla por Xochimilco, abril de 1521<sup>[23]</sup>**

Tras la toma de Cuernavaca, Cortés mantuvo los planes previstos y se dirigió hacia Xochimilco, una ciudad lacustre importante en el entorno sur del lago. Había sido ganada por los mexicas a finales del siglo XV y su población y

tierras fueron repartidas entre sus conquistadores. El camino no fue fácil: tuvieron que atravesar unos pinares sin apenas agua e incluso algunos hombres murieron de sed —Díaz del Castillo cita el caso de un tlaxcalteca y un castellano ya viejo—, mientras otros muchos se desmayaron por el peso de las armas, el agotador sol y la larga marcha. Cortés hubo de enviar por delante de ellos un escuadrón de seis jinetes para encontrar la fuente de cuya existencia les habían informado. Bernal Díaz, acuciado por la sed, asevera que con tres de sus indios asistentes fue a explorar unas alquerías cercanas a la ruta seguida donde, por fin, encontró agua que, por cierto, le llevó en una cántara a Cortés y otros oficiales, pero ya los habitantes de la zona se organizaban para darles guerra. Con todo, al caer la noche, durmieron en aquellas casas con las precauciones habituales. Pasajes como este nos recuerdan que el propio país, cuando faltaban suministros o agua, se transformaba también en un enemigo implacable. Y lo peor estaba por llegar. Pero Cortés debió de tener más cuidado a la hora de planificar el viaje de Cuernavaca a Xochimilco. De forma habitual lo tratamos como un experto en logística, que lo era, pero cometió errores. Y algunos pudieron costar muy caros.

Tras una noche de viento y lluvia, a las ocho de la mañana el grupo de Cortés se halló ante la gran ciudad lacustre. Díaz del Castillo no deja de asombrarse, en sus recuerdos, de la gran cantidad de guerreros desplegados, unos en tierra firme, otros en el entorno de la calzada que portaba a la urbe, ya quebrada con previsión, sin contar las albarradas, cortaduras y mamparos defensivos levantados por doquier. Y las armas. Aparte de multitud de guerreros equipados a la usanza tradicional, con las terribles flechas y jabalinas con dos gajos y sus montantes de doble filo de obsidiana, el enemigo portaba lanzas cuyas hojas eran ahora de acero, pues las habían confeccionado con el armamento hispano incautado tras la huida de la Noche Triste. «Y otros muchos indios capitanes que todos traían espadas de las nuestras muy relucientes», escribe Díaz del Castillo entre admirado y espantado. Se trabó la lucha. Más de media hora pugnaron por tomar la entrada a la calzada, cuando ballesteros y escopeteros no bastaban para hacer retroceder al contrario. Además, otros escuadrones habían evolucionado por tierra firme y ya embocaban el lugar donde el grupo de Cortés procuraba forzar el paso hacia la ciudad. Al percibir una situación tan peligrosa, pues todos podían quedar cercados, algunos hombres pasaron el dique roto a nado, otros con el agua bien alta en el pecho «y allí hubo algunos de nuestros soldados que bebieron tanta agua por fuerza, que se les hincharon las barrigas

dello», escribe Bernal Díaz. En una situación tan delicada es normal que los efectivos cortesianos recibiesen un duro castigo, con muchos heridos y dos muertos. Pero lograron vadear el paso y alcanzaron las primeras calles de la ciudad abriéndose paso «a buenas cuchilladas». Mientras, Cortés hizo frente a un enorme escuadrón de guerreros mexicas que, desde su ciudad, había acudido a la defensa de Xochimilco. Fue una situación muy difícil, pues habían aprendido a encarar a los equinos presentando una barrera de lanzas largas. En la porfía, el caballo de Cortés, o bien por tratarse de una montura de carga y tener sobrepeso o bien por puro cansancio, se derrumbó y el de Medellín estuvo en un tris de ser atrapado por los mexicas si no llega a ser por la intervención de varios tlaxcaltecas y de Cristóbal de Olea, «que a buenas estocadas y cuchilladas hicieron lugar». Cortés recibió una herida en la cabeza y Olea hasta tres tajos.

La jornada degeneró en combates urbanos, calle a calle, con grupos de castellanos e indios auxiliares que se iban dividiendo para poder hacer frente a las cargas del contrario. Con todo, la infantería tuvo que acudir donde Cortés y otros 15 jinetes peleaban cerca de unas acequias en las que se habían construido defensas, pues allá el enemigo recibía refuerzos constantes y podían ultimar a los jinetes. Tras hacer retroceder al contrario, lograron organizar un perímetro defensivo para asistir a los heridos, entre ellos el propio Cortés y Olea, que se desangraba a ojos vista. Entonces, llegó el resto de los hombres de a caballo, pues Cortés los había dividido en dos grupos, con Pedro de Alvarado, Andrés de Tapia y Cristóbal de Olid en cabeza, todos ellos heridos de alguna consideración, así como sus equinos, los cuales aseguraron no poder mantenerse en tierra firme ante el empuje de tantos guerreros mexica. Al separar sus fuerzas de caballería, faltó poco para que los contrarios no los diezmaran. Por ello, la batalla por Xochimilco se estaba transformando en la mayor prueba de fuerza que Cortés y los suyos hubieron de superar antes de sitiar la gran urbe mexica.

Los heridos fueron curados en un patio, en el que se atrincheraron, mediante el método tradicional de cauterizar la lesión con aceite —o grasa derretida— hirviendo para evitar infecciones y luego taponar la herida con un fuerte vendaje hecho con mantas de algodón. Pero no les daban tregua. Al poco, nuevos gritos y sonidos intensos de trompetillas, caracoles y tambores les señalaron un nuevo ataque. Tras una terrible rociada de flechas, piedras y varas, el contrario intentó entrar en el patio, aunque fue rechazado con muchas pérdidas, ya que los caballos presentes también entraron en juego y los rodeleros ultimaron a muchos con sus espadas. Un soldado castellano

murió entonces y otros muchos quedaron heridos, al igual que dos caballos. Consiguieron llegar a la gran plaza central y, tras subir a la pirámide más alta, observaron cómo llegaban refuerzos desde México-Tenochtitlan por tierra y por el lago, en 2000 canoas señala Bernal. Ya se hacía de noche.

El propio Cortés proporciona otras informaciones y «sensaciones» de batalla. Asegura que en Xochimilco, los contrarios peleaban duramente por dos motivos: así lograban ganar tiempo para que buena parte de sus habitantes la evacuara en dirección a la gran ciudad mexicana, mientras que desde esta les llegaban refuerzos. Y siempre buscaba el mérito para sí: su idea no fue dividir sus caballos en dos escuadrones, sino que él mismo con otros seis caballeros salieron de Xochimilco para frenar al contrario cuando intentaba coparlos tomando la entrada de la ciudad por donde la habían abordado. De esa forma, una táctica discutible, la división de fuerzas, se transforma en una acción casi individual de corte entre épico y heroico. Tampoco refiere el uso por los mexicanos de lanzas largas, sino su condición de guerreros formidables, algunos de los cuales esperaban a los caballos con rodela y macana de madera en mano. Fue entonces cuando su cansado equino, llamado el *Romo*, se derrumbó y fuera salvado por Olea y un tlaxcalteca anónimo.

Cortés dio órdenes la primera noche de estancia en la ciudad de cegar todos los puentes rotos con piedras, adobes u otros materiales a mano para permitir el tránsito de los caballos con facilidad entre tierra firme y el interior de la urbe. Algo, por cierto, muy habitual cuando se inició el sitio de México-Tenochtitlan. Y un detalle importante: tuvo que lamentarse la muerte de dos castellanos que, por robar, se adentraron en la ciudad y fueron rodeados, sin posibilidad de socorro. Casos como ese demostraban la necesidad de que todos cumplieren con las ordenanzas dictadas en Tlaxcala en diciembre de 1520.

Aquella primera noche se la pasaron en vela, divididos en escuadras, tanto de jinetes como de infantes, prestos a acudir donde hiciera más falta. Con los caballos ensillados y a punto para ser utilizados, y con sus caballeros haciendo rondas, Cortés estuvo en activo toda la noche, mientras los infantes, en grupos de 10 para entender Díaz del Castillo, vigilaban las diversas acequias, canales y otros puntos aptos para desembarcar tropas desde las canoas. Sin duda, los indios auxiliares fueron de inestimable ayuda pues, aunque no se les cite directamente, Bernal Díaz asevera que un intento de desembarco nocturno en la zona donde él se hallaba de guardia se abortó mediante pedradas y lanzazos, es decir con el uso de armamento más propio de los aborígenes.

Uno de los compañeros de Díaz del Castillo, precisamente, fue a buscar a Cortés para informar de la situación que se estaba produciendo. Llegó acompañado de su plana mayor, con el tesorero Alderete y fray Pedro Melgarejo incluidos, pero, en palabras del cronista, al conocer que tanto Bernal Díaz como un infante portugués, Gonzalo Sánchez, se hallaban presentes, Cortés señaló que con gente tan fiable como aquellos dos hombres no hacía falta aumentar el contingente de vigilancia. Quizá fuera por eso o bien porque los mexicas, que no luchaban de noche, al menos hasta entonces, prefirieron desembarcar tropas en otra zona y unir las a las que marchaban por tierra a recuperar Xochimilco. Es factible pensar que las palabras del caudillo extremeño también fueran una forma de compensar a un buen soldado como Bernal por el incidente con Pedro de Ircio. Díaz del Castillo no puede evitar señalar que Cortés y sus oficiales iban de retén en retén con un soldado<sup>[24]</sup> de los de Narváez al que se iba azotando para su escarmiento por alguna falta cometida. Un buen ejemplo para los compañeros de la hueste de que las guardias nocturnas eran sagradas para asegurar la supervivencia de todos. Otra cuestión no menor era la siguiente: el gasto de pólvora y saetas había sido tan enorme que la primera se agotó, pero siempre llevaban en sus expediciones varas de saetas, plumas y casquillos de cobre —es decir las puntas que antes eran de acero, hasta que se les agotaron—, cinco cargas de estas últimas puntualiza Díaz del Castillo, para confeccionar nuevos dardos, tarea a la que los ballesteros dedicaron toda la noche. Tal experiencia demuestra la superior fiabilidad de la ballesta sobre el arma de fuego portátil en un momento dado.

A la mañana siguiente, Cortés no dudó en, con 20 jinetes y medio millar de aliados tlaxcaltecas, salir de Xochimilco y, divididos en tres grupos, romper las tropas mexicas congregadas, dirigidas, por cierto, por capitanes armados con espadas españolas, quienes les señalaban que con ellas los matarían. Tras vencerlos, el plan ideado contemplaba la reunión de las tres escuadras al pie de una colina situada a media legua de allá y también ocupada por el contrario. Así lo hicieron y, una vez arribados al punto indicado, se ordenó a algunos infantes, la gente más joven disponible, que subieran para simular un ataque y lograr atraer al contrario al pie de la colina, para hacer que bajase de aquella posición inaccesible para los caballos. Funcionó. Mientras, Cortés y los suyos rodeaban el peñol y atacaron por la espalda a los que huían. Según sus cálculos, mataron medio millar de enemigos y los tlaxcaltecas quedaron muy contentos con tanto despojo. Tras regresar a la ciudad, se encontraron con que sus infantes y el resto de la

caballería habían rechazado otro embate de los mexicas, una vez más con la ayuda inestimable de los aliados, y llevaron al de Medellín dos espadas españolas tomadas a otros tantos oficiales mexicas caídos. De hecho, se hicieron varios prisioneros entre ellos y se procuró saber qué planes tenía Cuauhtémoc. Se supo que aprestaba nuevas tropas para reiniciar los ataques de inmediato, pues quería aprovechar el hecho de que, tras dos días de lucha encarnizada, los muchos heridos y el cansancio general habrían debilitado las fuerzas de Cortés.

Díaz del Castillo asegura que circuló el rumor de que tras un día más de estancia, debían abandonar la ciudad. Sin duda, ello condujo a muchos hombres, tanto castellanos como tlaxcaltecas, a procurar obtener algún botín a toda costa. En concreto, en una ciudad tan enorme abundaban las estancias donde se guardaban ropajes, plumas y otros objetos preciosos y, por suerte, unos prisioneros xochimilcas les enseñaron el lugar exacto donde se depositaba el tributo mexica, pues de ello se trataba, tras pasar varias acequias hondas por dos o tres puentes de menor tamaño. La imprudencia siempre juega malas pasadas. Un grupo de los castellanos de Cortés fue a dichas estancias y volvió cargado de botín. Una súbita codicia se apoderó de otros muchos, quienes quisieron repetir la buena suerte de los primeros, pero la fortuna se volvió en su contra, pues cuando se hallaban atareados en busca de botín de guerra, un súbito desembarco de guerreros mexicas estuvo a punto de acabar con todos ellos. Tuvieron que pelear de recio para salvarse y muchos quedaron heridos y, lo peor, los guerreros de Cuauhtémoc se llevaron cuatro de ellos presos. El botín lo hicieron los mexicas. Eran hombres de la capitanía de Andrés de Monjaraz. Bernal Díaz recordó el nombre de dos ellos: Alonso Hernández y Juan de Lara. Sin duda, el *tlatoani* mexica supo por ellos de los planes de Cortés y las fuerzas disponibles, lo que le dio ánimos para seguir intentando eliminarlos en Xochimilco. Después de sacrificar a los cuatro españoles, sus piernas y brazos fueron mostrados en todas las comunidades de la zona para transmitir un mensaje muy claro: todos los invasores acabarían igual antes de que intentasen regresar a Tetzaco. No eran invencibles, sino todo lo contrario. Ese era el mensaje.

Antes de abandonar Xochimilco, Cortés aún debió hacer frente a un gran escuadrón mexica que le estorbaba el paso por la gran calzada; poco después, se trababa un gran combate en el que se llevaron la peor parte, muchos de ellos se salvaron al arrojarse al agua por un lado y otro de la calzada. Aunque mantenerse allá por más tiempo era inviable. Por ello, Cortés tomó una de sus rápidas decisiones. Antes de salir de la urbe, mandó quemarla entera salvo el

espacio donde se hallaban reposando la tercera noche de estancia. Debió de ser un espectáculo dantesco. No pudo dejar de escribir: «[...] y al cabo, dejándola toda quemada y asolada, partimos, y cierto era mucho para ver, porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto».

La hueste formó en una llanura en tierra firme donde los habitantes de la ciudad mercadeaban y allí el caudillo extremeño intentó convencer a los suyos, habida cuenta de la peligrosidad del viaje que les aguardaba, de dejar atrás el botín obtenido para poder pelear mejor en caso necesario. No se mencionó la palabra huida, pero todos sabían a qué se refería. Díaz del Castillo asegura que todos los hombres se negaron a seguir más que la orden el consejo, pues no deseaban renunciar a lo duramente ganado y le dieron a entender a Cortés que defenderían hasta el final su botín. No pudo contradecirles y, por ello, organizó lo mejor posible la expedición. Como era habitual, el fardaje y los heridos irían en el centro, solo que, si Díaz del Castillo asevera que los caballos se repartieron por igual en vanguardia y retaguardia, Cortés insinúa un reparto de los mismos en 3 escuadras de 10 caballos, pues ninguno habría muerto en aquel ataque. Ballesteros y aliados aborígenes también serían distribuidos, cuidando sobre todo de la retaguardia, pues por allá solían atacar los mexicas. No les defraudaron. Díaz del Castillo vuelve a señalar que «de los escopeteros no nos aprovechábamos, porque no tenían pólvora ninguna». Los mexicas, cómo no, atacaron por retaguardia. Cortés asegura que los repelió con sus 10 equinos y los metió en el agua con muchas bajas y nunca más les asaltaron hasta llegar a Coyohuacan,<sup>[25]</sup> la ciudad más importante de la ribera oeste del lago antes de alcanzar Tlacopan. Díaz del Castillo, en cambio, relata un asalto mucho más importante, tras el que quedaron 8 soldados heridos muy graves, de los cuales 2 murieron a los pocos días.

Coyohuacan estaba deshabitada, por lo que Cortés decidió pasar allí el día para descansar, mientras su gente fabricaba saetas y se curaba a los heridos. El propósito exploratorio de la expedición se demuestra con las siguientes palabras del de Medellín: «quise primero ver la disposición de esta ciudad y las entradas y salidas, y por dónde los españoles podían ofender o ser ofendidos». Así, con 5 jinetes y 200 peones se dirigió a tantear la calzada que unía la localidad cercana a Coyohuacan, Huitzilopochco, con Mexicatzingo. Se trataba de saber cómo estaba defendida, ya que Mexicatzingo sería apoyada por Iztapalapa, también muy cercana, en caso de ataque. El lugar era estratégico, pues de Huitzilopochco partía una de las tres grandes calzadas que iban a parar a México-Tenochtitlan. Cortés avanzó por ella, hasta tropezar

con una enorme albarrada construida encima de la misma. Se trabó un arduo combate con 10 heridos del lado hispano. Para Cortés, se trató de un mero tanteo, puesto que si bien les ganaron a los mexicas aquella defensa, decidió retroceder al ver la cantidad enorme de canoas enemigas movilizadas y al comprobar que desde Iztapalapa también había movimiento de gente. El caudillo extremeño iba comprobando las fuerzas del contrario, sus tácticas defensivas, su capacidad de reacción, su voluntad de lucha y resistencia. Aprendía y calculaba.

Tras pernoctar en Coyohuacan, no sin haber quemado muchas casas y los adoratorios de los indios, al día siguiente avanzaron por el camino de Tlacopan, cuando hubieron de pelear de nuevo contra 3 escuadrones mexica. Su táctica consistía en retroceder hacia el lago, procurando atraer a algún grupo de españoles, preferiblemente de jinetes, tras de sí, para caer de improviso sobre ellos con unidades escondidas a su retaguardia. De nuevo, Cortés se dejó embaucar por la acción y siguió a un grupo de mexicas al creer que les había tendido una celada, sin darse cuenta de que él mismo era la víctima de otra. Portaba hasta 10 caballos consigo, asistidos por 4 mozos de espuela castellanos, todos los cuales acabaron heridos, y 2 de los soldados jóvenes en manos de los mexicas, que los entregaron a Cuauhtémoc. Fueron sacrificados. El resto del grupo se enteró de lo sucedido «por culpa de Cortés», escribe áspero Díaz del Castillo, cuando los 2 mozos de espuela supervivientes, Alonso de Monroy y Tomás de Rijoles,<sup>[26]</sup> los alcanzaron y advirtieron de la lenta retirada de los caballos por regresar todos ellos heridos. Al poco retornó Cortés muy triste por haber perdido a los jóvenes Pedro Gallego y Francisco Martín, llamado «Vendaval», dice Díaz del Castillo, «por ser algo loco». Es decir, alocado. «Sabe Dios el sentimiento que hube», dejó escrito el caudillo extremeño. Esas muertes le afectaron sobremanera.

Entraron en Tlacopan, abandonada asimismo, y, subidos a uno de los templos, volvieron a admirar, en el fondo con temor reverente, el poderío que todavía atesoraban los mexicas con su gran ciudad al fondo. El tesorero Alderete y el padre Melgarejo se asombraban de la enormidad de la tierra, de sus muchos habitantes y de la osadía de sus compatriotas al intentar conquistar para Carlos I un imperio como aquel. Les aseguraron que sus hazañas no caerían en el olvido, pues muy pocos habían conseguido tamaños servicios para su rey. Un bachiller, Alonso Pérez, intentó consolar a Cortés por la pérdida de sus mozos de espuela con el argumento de que en la guerra pasan cosas terribles como esa. Este aseguró estar compungido no solo por la pérdida de hombres, sino por el mucho esfuerzo que desplegar para



conquistar aquella magnífica ciudad extendida ante su vista, no en vano, era la cabecera de un imperio.

Los siguientes días los emplearon, con intensos aguaceros, en caminar en dirección a Cauhtitlan; transitaron por Azcapotzalco y Tenayocan, que hallaron desiertas, y lo mismo pasó con Cauhtitlan. Díaz del Castillo nos dejó el relato de una marcha muy dura, dado que el agua caída solo conseguía empaparles sus defensas y hacerlas más pesadas, sobre todo por portarlas unos hombres agotados tras muchos días de campaña. Una vez superada la última ciudad, al encarar el tramo final de tan arduo viaje, antes de dar la vuelta por la parte septentrional del lago en dirección a Acolman, Cortés pudo vengar en parte a sus dos mozos de espuela fenecidos. Como casi a diario

los enemigos nos seguían con el mayor orgullo del mundo, yo con veinte de caballo me puse detrás de unas casas en celada, y como los indios veían a los otros diez con toda la gente y fardaje ir adelante, no hacían sino seguirlos por un camino adelante, que era muy ancho y muy llano, no temiéndose cosa alguna. Y como vimos pasar ya algunos, yo apellidé en nombre del apóstol Santiago, y dimos en ellos muy reciamente. Y antes que se nos metiesen en las acequias que había, habíamos matado a más de cien principales muy lucidos, y no curaron más de seguirnos,

relató un ufano Cortés.



Alcanzada Acolman, no sin grandes fatigas por las lluvias, los muchos lodos y el griterío constante del contrario, que nunca se localizaba para pelear, el caudillo extremeño y los suyos fueron acogidos con alegría por Gonzalo de Sandoval, desplazado desde Tetzoco para otorgar el merecido recibimiento.

La campaña de Xochimilco puede resumirse como lo hizo Fernández de Oviedo: «la reputación de los christianos en el crédito de los infieles fue siempre aumentándose, é poniendo más temor en aquella gente ydólatra para las cosas de adelante». Cierto, pero a costa de los aliados también. Por ejemplo, cuando cierra la evocación de estos combates el cronista Alva Ixtlilxóchitl lo hizo con la siguiente afirmación: «Otras muchas cosas sucedieron en esta jornada, en donde murieron otros Aculhuas y los demás amigos por ser los delanteros».[27]

Pero cuando parecía que podría bajarse la guardia y, al menos, disponer de algunos días de descanso reparador, Cortés tuvo que afrontar una trama muy peligrosa. Dos días después de su triunfal regreso, se descubrió por la confesión espontánea de un arrepentido, el soldado Rojas —¿Andrés de Rojas?—, que se hallaba en marcha una conjura para terminar con la vida de Cortés y sus oficiales principales. Antonio de Villafaña, un zamorano deudo de Diego Velázquez, en compañía de ciertos antiguos compañeros de la hueste de Pánfilo de Narváez, estaba detrás del asunto. Una vez más, la fortuna sonreía al de Medellín. El arrepentido intuyó que el asunto acabaría en una lucha de bandos y, a la larga, con la muerte de todos ellos. Hasta 300 hombres podían estar implicados y se había elegido a Francisco Verdugo, cuñado de Diego Velázquez, como nuevo jefe. La idea era asesinar a Cortés y los suyos cuando, mientras comieran, se le diera a Cortés una carta falsificada de su padre que habría llegado desde Veracruz mientras el caudillo estaba luchando. Se suponía que, interesado en su lectura, el caudillo se distraería y bajaría la guardia. Con aquellos asesinados, se pondría en libertad a Pánfilo de Narváez, que podría regresar a Cuba. Tras avisar a todos los compañeros de la primera entrada, es decir a todo aquel que no hubiese llegado en la expedición de Narváez, un grupo numeroso de gente armada se personó en la residencia de Villafaña y se le detuvo. Se pudo conseguir un documento con las firmas de todos los conjurados principales, catorce, por lo que Cortés supo a ciencia cierta el alcance de la trama, aunque disimuló e hizo público que Villafaña se había comido el papel antes de ser tomado preso. No era el momento, con una guerra por finiquitar, de aumentar los problemas, ni tampoco las suspicacias. Se necesitaba a todo el mundo, pero Villafaña no podía ser perdonado. Tras ser procesado y confesarse con el padre Juan Díaz, el traidor fue ahorcado en la ventana de su propio aposento. Inteligente como siempre, Cortés adoptó como jefe de su guardia personal de doce hombres, una novedad, a otro zamorano, Antonio de Quiñones, amigo personal, para no dar lugar a resquemores localistas. Y a su gente más afín, como el propio

Díaz del Castillo, le rogó que estuviese bien atenta a cualquier novedad. Francisco Verdugo juró y perjuró que no sabía nada de la conjura. Puede ser cierto. De hecho, fue uno de los oficiales en activo en el sitio de México-Tenochtitlan. Eso sí, el patrón del barco que había llevado a Cuba a Narváez, Diego Díaz, fue ahorcado en Veracruz por orden del regidor principal de la villa, Alonso de Ávila, cuando recibió el oportuno aviso de Cortés. Al propio Narváez no se le molestó, pues se le creyó ajeno a la trama, aunque se le mantuvo en cautiverio hasta la caída de México-Tenochtitlan.<sup>[28]</sup>

De nuevo, para desesperación de Díaz del Castillo, una vez recuperada la tranquilidad, se procedió a la subasta pública de las indias habidas en la última campaña con los habituales excesos de los oficiales, que, como en las dos ocasiones anteriores, «si eran hermosas y buenas indias las que metíamos a herrar, las hurtaban de noche del montón, que no [a]parecían hasta de ahí a buenos días». Bernal Díaz reclamaba, de alguna manera, un descanso del guerrero digno. O, al menos, que hubiese juego limpio a la hora de repartir las mujeres hermosas.

### **La preparación del asedio final, abril-mayo de 1521<sup>[29]</sup>**

**U**na vez concluidos los 13 bergantines, el 28 de abril de 1521, Hernán Cortés realizó un nuevo alarde para comprobar la potencia de su hueste tras la incorporación de los últimos efectivos: contó con 904 españoles, de los cuales 86 eran jinetes, 118 ballesteros y escopeteros y alrededor de 700 peones, de los cuales unos eran piqueros y otros portaban espadas y rodela, aunque también estuvieron presentes alabarderos. Algunos capitanes importantes llevaban cotas de malla, pero muchos otros portaban cotas y armas de algodón encima. Se hallaron 3 cañones de hierro grandes y 15 pequeños de bronce (falconetes), con 10 quintales de pólvora y muchas pelotas. Y añade el de Medellín: «Había herreros que hicieron muchos casquillos e otros que hicieron saetas». Según Díaz del Castillo, la hueste estuvo conformada por 84 jinetes, 650 rodeleros, muchos de ellos con lanza, además de la espada, y 194 ballesteros y arcabuceros: un total de 928 hombres; de dicha cifra, hasta 171 hombres y 20 caballos se habían incorporado en diversos momentos a la hueste cortesiana desde el momento de la huida de Ciudad de México el primero de julio de 1520.

La flotilla estuvo compuesta por 12 bergantines con algo menos de 20 metros de eslora, pero capaces para embarcar 25 soldados, ballesteros y

arcabuceros, la mitad de ellos para remar, y un artillero al cuidado de la pequeña pieza que presidía la proa, su principal protección. Se trataba de los falconetes antes referidos. La nave capitana, de mayor tamaño, con 20 metros de eslora, portaba 2 piezas artilleras. En cuanto a los aliados indígenas, primero contaron con entre 50 000 y 60 000 hombres, cifra que se elevó hasta los 150 000 o, incluso, 200 000.<sup>[30]</sup> El príncipe de Tetzcoatl, Ixtlilxóchitl, habría puesto a su servicio hasta 16 000 canoas, probablemente una cifra muy exagerada. En definitiva, el caudillo hispano no solo iba a contar con el apoyo de Cempoallan, Tlaxcala,<sup>[31]</sup> Huexotzinco, Cholula y Chalco, sino también de otros pueblos, antiguos aliados de los mexicas, que, en el transcurso de las acciones militares de los últimos meses, habían cambiado de bando: los habitantes de las chinampas, como Xochimilco, Churubusco (Huitzilopochco), Mexicatzingo, Mizquic, Cuitláhuac, Iztapalapa, Tetzcoatl y Coyohuacan. Como dice el padre Vázquez de Espinosa, «[...] unos se le juntaron a Cortés por ser enemigos capitales de los mexicanos por el odio que les tenían por sus crueldades y tiranías [...] y otros porque veían y conocían la próspera fortuna de los cristianos, y estaban cansados del imperio de los mexicanos».<sup>[32]</sup> De esta manera se entiende que el caudillo extremeño pudiera enfrentarse a las decenas de millares de guerreros mexicas y refugiados del entorno inmediato, sus aliados, que quedaron encerrados en México-Tenochtitlan.

Cortés escribió a sus partidarios aborígenes con la consigna de que a diez días vista debían presentarse con todas sus fuerzas disponibles para iniciar el cerco de la gran plaza mexicana. Unos llegaron a Tetzcoatl y otros a Chalco, pues el de Medellín ya tenía decidida su estrategia ofensiva. Una vez arribados los 50 000 guerreros tlaxcaltecas a Tetzcoatl, Cortés dividió sus fuerzas en **tres grupos de ataque**: de **una de ellas** fue comandante Pedro de Alvarado, responsable de 30 efectivos de a caballo, 18 ballesteros y escopeteros y 150 peones de espada y rodela, más 25 000 guerreros tlaxcaltecas, los cuales tendrían por campamento Tlacopan. Alvarado fue el capitán de los jinetes, pero otros tres oficiales se hicieron cargo de los infantes: el hermano del anterior, Jorge de Alvarado, Andrés de Monjaraz y Gutierre de Badajoz. En este, como en los restantes casos, Díaz del Castillo rebaja el número de guerreros aborígenes: señala 8000. Puede que se refiera a que, del total de 25 000, 8000 eran los hombres de pelea dirigidos por sus oficiales.

**El segundo grupo** estuvo liderado por Cristóbal de Olid, que comandó las siguientes fuerzas: 33 jinetes, 18 ballesteros y escopeteros y 160 infantes de

espada y rodela, así como 20 000 guerreros tlaxcaltecas,<sup>[33]</sup> que tendrían Coyohuacan como base de ataque. Los restantes oficiales fueron Andrés de Tapia, Francisco de Lugo y Francisco Verdugo. **El tercer grupo** quedaba al cuidado de Gonzalo de Sandoval, con 24 jinetes, 13 ballesteros y 4 escopeteros y 150 infantes de espada y rodela, de los cuales 50 eran de los escogidos que solían acompañar al propio Cortés, además de más de 30 000 guerreros aliados aportados por Cholula, Huexotzinco y Chalco. Los oficiales fueron solo dos: Pedro de Ircio y Luis Marín. En palabras de Cortés:

[...] éstos habían de ir por la ciudad de Iztapalapa a destruirla, y pasar adelante por una calzada de la laguna, en favor y espaldas de los bergantines, y juntarse con la guarnición de Cuyoacán, para que después que yo entrase con los bergantines por la laguna el dicho alguacil mayor asentase su real donde le pareciese que convenía.

Para tripular y pelear en los **bergantines** reservó 300 hombres, muchos de ellos antiguos marineros. Con la intención de evitar suspicacias con respecto al reparto del botín, los marineros cobraron un sueldo, al suponerse que no tendrían oportunidad de bajar a tierra. Una medida de ese calado denota una planificación cuidadosa de todos los detalles con sumo detenimiento y que a nadie se iba a descuidar con respecto a unas ganancias justamente obtenidas.

Las trece unidades habían sido muy bien calafateadas las últimas jornadas y recibieron sus remos, además de otro juego de repuesto, velas y jarcias. Los capitanes de cada bergantín fueron, según Díaz del Castillo: García de Holguín, Pedro Barba, Juan de Limpias, Juan Jaramillo, Jerónimo Ruiz de la Mota, Antonio Carvajal, Juan Portillo, Alonso de Zamora, Juan Esteban Colmenero, un tal Lerma —posiblemente un error—, Ginés Nortes, Pedro de Briones y Miguel Díaz de Aux.<sup>[34]</sup>

Por otro lado, Cortés les hizo un encargo a diversas localidades que consistía en la confección y entrega, en un plazo de ocho días y a razón de 8000 unidades cada una, de 50 000 flechas según el modelo proporcionado tanto de vara como de casquillo, es decir, punta, elementos que resultaron tener una factura mejor que los fabricados en Castilla, apuntó un alborozado Díaz del Castillo; también las emplumaron mejor que en España porque los indios usaron un engrudo —*zacotle* en náhuatl— muy poderoso elaborado a base de raíces. Pedro Barba, maestro balletero, debía cerciorarse de que cada hombre tuviese a punto su arma, con dos cuerdas y dos nueces, es decir, con recambio por si se rompían. Además, Barba había de tener preparadas todas las varas de flecha necesarias para que los indios pudiesen fabricar nuevas saetas sin mayores contratiempos. Por fortuna para Cortés, en el barco de

Juan de Burgos llegó suficiente cuerda de ballesta de Valencia, complementos, diversas armas y herraje para los caballos. Solicitó asimismo a sus jinetes que sus monturas estuviesen en buenas condiciones, con herrajes adecuados, las lanzas preparadas y los obligó a hacer ejercicios aquellos días de escaramucear, correr y revolverse, etc..., es decir para mejorar su destreza tanto en el enfrentamiento individual, o escaramuza, como a la hora de pelear dando la cara al enemigo en grupo. Los cañones fueron limpiados y puestos a punto. Cada una de las tres grandes piezas de hierro, de las que no tenemos más información, sirvió de apoyo para las ofensivas de Alvarado, Olid y Sandoval. Las piezas menores, como queda señalado, se montaron en los bergantines y siempre podrían desembarcarse de ser necesario. Además de los indios de guerra, los aliados de Cortés se encargaron de la logística, que no podía descuidarse; a modo de ejemplo, los tetzcoicanos tenían 20 000 indios de carga y en la laguna 1000 canoas para llevar los bastimentos necesarios a los tres campamentos hispanos, mientras 32 000 guerreros cuidaban de que los mexicas no les atacasen y se apropiasen de las vituallas que transportaban.

También proclamó Cortés unas oportunas ordenanzas adaptadas a la nueva situación: además de buscar el apoyo divino mediante la prohibición de blasfemar, sus hombres tampoco debían indisponerse con los indios aliados ni disputarles el botín logrado, del tipo que fuera; no podrían, asimismo, abandonar el campamento al que estuviesen asignados bajo ningún concepto, como ir a buscar comida o a alojarse de forma más cómoda en un pueblo de indios. Y, sobre todo, los miembros europeos de la hueste debían ir bien acondicionados con sus defensas de algodón, pero, además, bien protegidos los cuellos con un gorjal, pieza de la armadura que cumplía dicha misión, la cabeza cubierta con un papahigo, las piernas con antiparras, es decir polainas, además de una rodela, pues la experiencia había demostrado en qué partes del cuerpo también causaban heridas peligrosas las muchas piedras, flechas y jabalinas lanzadas por el enemigo. Todos los hombres, a menos que estuviesen heridos o recuperándose de una enfermedad, debían vestir sus armas en todo momento, de día y de noche, por si tuvieran que acudir al combate. También se estipularon grandes penas en el caso de que los hombres se jugasen sus armas e, incluso, sus caballos. Por último, se proclamó pena de muerte para las siguientes infracciones: abandono del puesto de guardia o dormirse en el mismo, desamparar el campamento sin permiso y la huida frente al enemigo. Abandonar la lucha y dejar a los compañeros en la estacada era una circunstancia inconcebible para la mayoría, pues los lazos de amistad eran muy estrechos, pero ante la dura realidad de los combates nunca se sabía.

O la codicia, que hizo perder la cabeza a más de uno, al pensar antes en su propio beneficio y no en el del grupo.

La descripción de la entrada de las tropas de Tlaxcala en Tetzcocho que hace Díaz del Castillo demuestra la admiración sentida por el cronista ante la llegada de millares de guerreros, además de *tamemes* e indias de servicio:

Venían en gran ordenanza, todos, muy luzidos, con grandes divisas, cada capitania por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila, con sus alas tendidas: traían sus alféreces revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas, y espadas de a dos manos, y varas con tiraderas, e otros macanas, y lanzas grandes, e otras chicas, e sus penachos, y puestos en concierto, y dando voces y gritos, e silbos, diciendo: «Viva el Emperador nuestro señor, y Castilla, Castilla, Tlascala, Tlascala».

Tardaron tres horas en entrar en la ciudad ribereña, donde apenas cabían, según Cervantes de Salazar.

El 10 de mayo (o bien el día 13) partieron de Tetzcocho los grupos liderados por Alvarado y Olid, los cuales se dirigieron a Acolman para dormir la primera noche, es decir que iban a llegar a sus respectivos destinos bordeando el gran lago por su parte septentrional. Se produjo una primera rencilla entre ellos de buenas a primeras por el acomodo. Olid llegó antes con los suyos y ocuparon todos los alojamientos más cómodos sin dejar ninguno libre para Alvarado y los suyos. Ante el desagrado por lo ocurrido, la rabiosa reacción de Alvarado y su gente degeneró en un altercado general de los hombres de cada bando enfrentados entre sí y ambos jefes retándose a un duelo. No tuvo que ser tema menor, pues informado Cortés se vio en la necesidad de enviar un mediador y pacificador para recomponer la amistad entre ambos capitanes. Acudió presto fray Pedro Melgarejo asistido por el capitán Luis Marín. La situación se recompuso, pero Alvarado y Olid nunca más fueron amigos. La segunda jornada durmieron en Citlaltepeltl, que encontraron abandonada, y el tercer día, tras avanzar en buen orden, alcanzaron Cauhtitlan. Poco después, atravesando siempre poblaciones desiertas, como Jalpan o Azcapotzalco, arribaron a Tlacopan, asimismo abandonada por su población. Allí se instalaron en el palacio real, enorme, que ya había cobijado a Cortés y los suyos semanas antes. Y aunque llegaron por la tarde, todavía las tropas tlaxcaltecas quisieron probar los ánimos guerreros del contrario y avanzaron por dos de las calzadas, peleando con los mexicas dos o tres horas, hasta hacerse de noche.

Pero el de Alvarado y Olid no fue el único incidente notable ocurrido aquellos días. Los guerreros tlaxcaltecas habían salido por otra vía camino de Tlacopan, dirigidos por Chichimecatecle y Xicoténcatl el Joven. En cierto

momento, se reparó en la ausencia del segundo. Había abandonado el campamento de noche y, en raudo viaje, se propuso alcanzar Tlaxcala para hacerse con el poder aprovechando la ausencia de la mayor parte del ejército de la señoría. Informado Cortés del asunto, envió a diversos señores de Tlaxcala y de Tetzcoco a intentar persuadir a Xicoténcatl de sus pretensiones, para quien plantear la guerra a los mexicas era una locura: sin duda, tanto su padre como Maxixcatzin se habían dejado embaucar en su momento por Cortés. Ante su negativa a regresar al campamento hispano y someterse, el de Medellín envió nuevos señores de Tetzcoco como mediadores, pero también cuatro o cinco jinetes, incluido un alguacil, Alonso de Ojeda, con la orden de prenderlo y ejecutarlo. Xicoténcatl el Joven acabó sus días en la horca en una localidad de las sujetas a Tetzcoco. Cervantes de Salazar aporta datos adicionales interesantes. Según este cronista, otro notable tlaxcalteca, Piltechtli, había sido afrentado por dos españoles, que le habrían herido de cierta consideración. Alonso de Ojeda, para evitar el castigo de ambos por parte de Cortés si se llegaba a enterar del lance, envió a Piltechtli<sup>[35]</sup> con disimulo a Tlaxcala a curarse, circunstancia que aprovechó Xicoténcatl para tomar la misma dirección. De esa manera, se cerraba un asunto incómodo para el caudillo extremeño, pues Xicoténcatl siempre se mostró como el único señor autóctono con iniciativa propia, capaz de causarle problemas serios al de Medellín entre todos los aliados, se entiende.

Aunque no todo iban a ser malas noticias. Pocos días antes de comenzar a mover sus tropas para situarlas en el entorno de México-Tenochtitlan, se recibió en Tepeacac una carta de Hernando de Barrientos, al que todos daban ya por muerto junto con otro español que le acompañaba (¿Nicolás Heredia?). Se hallaba vivo en Chinantla, donde cuidó de las fincas que Cortés había decidido crear. Enterado de lo ocurrido con la salida de la gran urbe mexicana de los españoles el primero de julio de 1520, Barrientos no solo no se arredró, sino que decidió pasar a la ofensiva y atacar a los contingentes mexicas que se aventuraban a hacer la guerra en tierras de Chinantla. De alguna forma, los naturales lo eligieron como líder circunstancial de guerra. Cervantes de Salazar explica el ardid seguido por Barrientos para convencer a sus anfitriones de sus poderes casi mágicos, o divinos: los hizo visitarle en su alojamiento donde había esparcido pólvora en el suelo. En un momento dado de la entrevista, al hacer alusión a que todo lo podía saber, en el sentido de sospechar cómo recelaban de él e, incluso, de si tenían planes para ultimarle, prendió la pólvora: el consiguiente fogonazo convenció a los de Chinantla de la necesidad de conservar la amistad de aquel ser.<sup>[36]</sup>



Según el cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Cortés dejó preparada Tetzcoaco para sufrir un asedio en caso de que la marcha de la campaña se torciera y fuese él mismo el asediado por los mexicas. Mejoró aún más las defensas de los palacios donde se habían alojado hasta entonces, aparte de almacenar allá todo el grano posible (maíz y frijoles) procedente de los graneros de las localidades sometidas a Tetzcoaco.<sup>[37]</sup>

Por su lado, el emperador mexica, Cuauhtémoc, había preparado su ciudad lo mejor posible para la guerra reteniendo, por un lado, a todos los hombres útiles para el combate que le fue posible y expulsando, sin demasiados miramientos, a una parte al menos de los habitantes susceptibles de estorbar en las operaciones militares que emprender. También se afanó en la fabricación de armas, en especial picas para defenderse de los caballos, esa gran obsesión para todos los aborígenes, además de ahondar las acequias, retirar puentes y pasarelas y levantar albarradas, hasta tres consecutivas, en las principales avenidas. Las tornas habían cambiado: de tener encerrados a los españoles en la gran ciudad, ahora serían los mexicas quienes permanecerían recluidos en la misma. La iniciativa, es decir la ofensiva, estaba en manos de un decidido Cortés y a Cuauhtémoc no le quedaría más remedio que adaptarse a dichas circunstancias. Sus contraataques serían tácticos, nunca estratégicos: los mexicas habían perdido, de hecho, su mejor oportunidad, tras la Noche Triste y su posterior derrota en Otumba, de expulsar de manera definitiva al invasor. Pero vendieron cara su derrota.

Ahora bien, al menos una fuente importante, los *Anales de Tlatelolco*, indica que pudo haber fuertes desavenencias en el seno de México-Tenochtitlan entre una facción pacifista, propugnadora de la entrega de la urbe o de un pacto con los españoles, y otra belicista, deseosa de reiniciar la guerra contra Cortés y sus aliados aborígenes sin más dilaciones. El pasaje *in extenso* señala lo siguiente:

Entonces cuando fueron a instalarse a Texcoco [los españoles], fue cuando los tenochcas empezaron a matarse entre ellos. En el año Tres-Casa mataron a sus señores, al cihuacóatl Tziuacpopccatzin [Tzihuacpopoca] y a Zipactzin<sup>[38]</sup> [y a] Tencucuenotzin;<sup>[39]</sup> y a los hijos de Motecuhzoma, Axayácatl y Xoxopeuáloc, también los mataron.<sup>[40]</sup> Cuando los tenochcas se sintieron perdidos, sencillamente se querellaron entre ellos, se mataron entre ellos, y por esa razón, ellos, esos señores, fueron asesinados. Habían tratado de socorrer a los españoles, cuando hablaban con las gentes del pueblo para que recogieran maíz blanco desgranado, guajolotes, huevos de guajolote, para que las gentes del pueblo les pagaran tributo, a estas gentes. Fueron los sacerdotes, los grandes sacerdotes, nuestros hermanos mayores, quienes hicieron matar a esas gentes. Pero otros grandes, dignatarios montaron en cólera porque habían hecho matar a esos señores. Los que los habían mandado matar dijeron entonces: ¿Acaso

nosotros vinimos a colgar gentes, nosotros, hace una veintena de días? Finalmente, cayeron sobre nosotros, nos pisotearon, cuando el Tóxcatl.<sup>[41]</sup>

Las referencias finales son claras: no se iba a admitir un pacto con aquellos que habían entrado en el territorio masacrando a sus habitantes y la alusión a la matanza perpetrada por Pedro de Alvarado en la festividad de Tóxcatl era la prueba definitiva. Es más, según Cervantes de Salazar, Cuauhtémoc consultó con los suyos qué hacer hasta el último momento en mayo de 1521. Hubo quien señaló la necesidad de no inmolar a los españoles que tenían presos, por si podían utilizarse en un futuro para entablar intercambios de prisioneros con el enemigo. Pero se impuso la tesis de la guerra, de ahí que cuatro españoles fuesen sacrificados en breve plazo, así como 4000 indios de los aliados de Cortés. Una cifra absurdamente elevada, a menos que las fuentes utilizadas nos estén escamoteando grandes combates entre fuerzas aborígenes. Sea como fuere, con el refuerzo de aquel sangriento diálogo con sus divinidades, Cuauhtémoc fue a la guerra.<sup>[42]</sup>

## El inicio del asedio, junio de 1521

**L**os mexicas tuvieron que aceptar un tipo de lucha que les era casi desconocida. En palabras de Inga Clendinnen, para ellos, el asedio era la antítesis de la guerra. Una cosa era rodear urbes enemigas para obligar a sus guerreros a salir a pelear, pero otra muy distinta encerrarse y pugnar para evitar que un enemigo implacable entrase en tu propia ciudad.<sup>[1]</sup> Su única experiencia al respecto, toda una novedad difícil de asumir en su momento, fue el tiempo que tardaron en expulsar a los españoles de México-Tenochtitlan desde la matanza del 23 de mayo de 1520 y hasta la huida de la Noche Triste cinco semanas más tarde. Pero carecían de vivencias previas acerca de cómo gestionar una guerra contra un enemigo que había conquistado de forma sistemática todas las ciudades importantes del entorno lacustre y que se proponía acabar con la mayor urbe de Mesoamérica merced a pactos tanto con antiguos enemigos de los mexicas como con sus aliados y demás sometidos al poder de Tenochtitlan. Era toda una revolución. Algo difícil de entender para cualquiera. Solo una fulgurante adaptación a las circunstancias y mucha suerte podría obrar un milagro. Pero no lo hubo.

### Inicio del asedio: 1-9 de junio de 1521<sup>[2]</sup>

**E**l ataque de las fuerzas de Alvarado y Olid, que se habían puesto en marcha a mediados de mayo como se mencionó, al acueducto de Chapultepec a finales de dicho mes dio inicio al sitio —para Cortés el asedio comenzó el 30 de mayo—. El propio caudillo escribió sin pudor alguno que fue un buen ardid. Y es cierto. Situado entre media legua y un cuarto de legua de Tlacopan, según las apreciaciones de diversos protagonistas, lo cierto es que los caños de agua dulce, contruidos de madera y cal y canto, eran vitales para el suministro hídrico de la gran urbe y alcanzarían la ciudad siguiendo el trazado de la propia calzada.<sup>[3]</sup> No olvidemos que buena parte de las aguas del lago era salobre y se dependía de las fuentes disponibles en la propia capital, que no debían de ser tantas, pues los mexicas se vieron obligados a llevar agua en sus canoas desde otras fuentes sitas en tierra firme hasta su ciudad. Por supuesto, los mexicas tenían vigilado aquel entorno tan relevante y en dos pasos dificultosos atacaron a los españoles, los cuales forzaron el avance a costa de tres de los suyos heridos, si bien los tlaxcaltecas, cuando sus tradicionales enemigos se retiraban, los persiguieron y se contabilizaron poco después 20 muertos entre estos así como 7 u 8 prisioneros. El acueducto fue destruido. ¿No extraña una resistencia tan breve al ser una de las claves para el mantenimiento de México-Tenochtitlan? La cifra de 20 caídos del contrario apenas si da pie a pensar en una escaramuza, nunca en una batalla.

Puede que envalentonados por la acción exitosa, ese mismo día ambos capitanes decidieron probar sus fuerzas y ordenaron un avance por un ramal de la calzada de Tlacopan, el que pasaba por la isla de Nonoalco, de apenas 8 pasos de ancho —menos de 12 metros—, e iba a parar a la zona de Tlatelolco, con la intención de, al menos, tomar un puente; pero los hispanos y sus aliados apenas si habían reflexionado acerca de la mejor táctica para seguir, a pesar de la terrible experiencia de la Noche Triste. De hecho, este ramal era una alternativa al usado para huir en aquella aciaga oportunidad casi un año atrás, el cual se extendía desde la propia Tlacopan a la plaza central de la gran urbe. Esta segunda era la calzada más antigua, construida en tiempos de sumisión de los tenochcas a Azcapotzalco, y su trazado era irregular, pues se iba cimentando en multitud de islotes más o menos dispersos en el lago. Esta última localidad se unía con un ramal propio a la gran calzada que discurría de Tlacopan a Tlatelolco.<sup>[4]</sup>

Los mexicas les dejaron incursionar hasta el primer puente cuando los españoles fueron atacados de frente por varios escuadrones, que podían cubrir sus espaldas en caso de retirada gracias a unos mamparos defendidos por largas lanzas «que habían hecho con las armas que nos tomaron cuando nos

echaron de Méjico é salimos huyendo», señala Díaz del Castillo. En caso de apuro, los guerreros mexicas podían, además, lanzarse al agua y ser asistidos por una flotilla de canoas que atacó al contingente hispano por ambos lados de la calzada. Las canoas venían reforzadas con gruesos tablones para evitar el daño de ballestas y arcabuces. Como se indicó, la calzada era tan estrecha que apenas podían manejarse los caballos y servir para algo e incluso la multitud de aliados dificultaba los movimientos. En esta tesitura, cuando ya tenían medio centenar de hispanos heridos y 8 muertos, Alvarado y Olid decidieron retroceder por la calzada, máxime cuando vieron acercarse una segunda flotilla de canoas que podría cerrarles el paso si desembarcaban sus hombres a su retaguardia.

Tras la huida, pues no fue otra cosa, Olid decidió entonces marcharse al lugar que se había fijado para levantar su campamento, Coyohuacan, y acusó a Alvarado del desastre de dicha entrada. Por suerte para ambos, permanecieron en sus destinos durante cuatro o cinco días sin ser molestados en demasía. Díaz del Castillo, con sutileza, no deja de criticar la acción de dividir fuerzas en aquel momento protagonizada por Olid, quizá por fidelidad mal entendida a su comandante directo, Pedro de Alvarado, pero Cortés no debía de estar contento con el desempeño de semejantes oficiales. Nada más principiar la gran operación ya pudo felicitarse de no haber tenido una desgracia aún mayor. Por otro lado, cuando Bernal Díaz terminó de redactar su magna crónica, Olid ya había sido ejecutado hacía décadas por traición al gobernador de Nueva España, Hernán Cortés. Tal final también debió de pesar en su relato.

En su *Tercera carta de relación*, en cambio, el de Medellín intenta ser ecuánime y no juzga a sus capitanes, ni menciona la muerte de tantos hombres —y un caballo—, la primera jornada de operaciones:

Este mismo día, los capitanes hicieron aderezar algunos malos pasos, puentes y acequias que estaban por allí alrededor de la laguna, porque los de caballo pudiesen libremente correr por una parte y por otra. Y hecho esto, en que se tardaría tres o cuatro días, en los cuales se hubieron muchos reencuentros con los de la ciudad, en que fueron heridos algunos españoles y muertos hartos de los enemigos, y les ganaron muchas albarradas y puentes, y hubo hablas y desafíos entre los de la ciudad y los naturales de Tascaltecal,<sup>[5]</sup> que eran cosas bien notables y para ver.

Mientras, Olid, bien asentado en el gran palacio de Coyohuacan, comenzó a tantear a las fuerzas mexicas y desplegó 20 jinetes, algunos ballesteros y 7000 u 8000 tlaxcaltecas, con quienes atacó las primeras albarradas de la calzada que unía aquella ciudad con México-Tenochtitlan, de unos 9

kilómetros de largo, y mató a algunos enemigos. Durante una semana hubo escaramuzas diarias, pero sin avanzar de manera consistente. A pesar del desafecto entre capitanes, los jinetes de Olid y Alvarado se unían cada día para recorrer y batir tierra firme ribereña del lago, donde existían localidades como Mixcohuac, Xola, Atlacuihuayan o Tequexquinahuac. Atacaban a todos aquellos que pudieran hacerles frente y, sobre todo, requisaban el maíz y otros bastimentos de los campos cercanos para dar de comer a su gente.

Por su parte, Gonzalo de Sandoval salió el 31 de mayo de Tetzaco con una fuerza imponente de aliados, como se había planeado, en dirección a Iztapalapa, donde, nada más llegar, comenzó a quemar las casas construidas en tierra firme. Se trataba de ganar la posición para, cuando fuese posible, avanzar por la calzada que la unía con Coyohuacan por tierra y, más adelante, con Huitzilopochco, construida en una isla dentro ya del lago, así como con Tlacopan merced a otra calzada. Tras ser socorridos los defensores de Iztapalapa por tropas mexicas llegadas en canoas, estas siempre podían huir en ellas en caso de ser rechazadas en tierra, como ocurrió entonces.

Al día siguiente, primero de junio, izaba velas en Tetzaco Cortés, se movía con los trece bergantines y, es de suponer, escoltado por canoas aliadas, si bien estas apenas aparecen mencionadas en las crónicas. Le acompañaba, además de sus traductores habituales, Martín López como piloto mayor de la flota. El de Medellín planteó la necesidad de tomar una isleta cercana a Iztapalapa, Tepepolco, donde, en otros tiempos, había ido de caza con el propio Moctezuma II; también se hallaba en aquel entorno el templo de Tlacoachcalco. Se trataba, pues, de un lugar conocido que había sido fortificado por los mexicas, quienes podían hacer ahumadas desde el mismo para informar de los movimientos del enemigo a México-Tenochtitlan. Existía una guarnición, pero también se detectó la presencia de mujeres y niños. Cortés, que llegó a desembarcar a 150 de sus hombres, es decir la mitad de su contingente, en la isla tomó una decisión muy arriesgada, pero se lo exigió la necesidad táctica de no poder permitir dejar a espaldas de Sandoval una fuerza importante cuando este avanzase por la calzada. De modo que, a pesar de hallarse bien fortificada, «con mucha dificultad empezamos a subir y por fuerza les tomamos las albarradas que en alto tenían hechas para su defensa», escribió. Todos los defensores murieron y se perdonó la vida a las féminas y sus hijos. No debió de ser un combate fácil: Cortés contabilizó 25 españoles heridos, pero, en sus palabras, «fue muy hermosa victoria». Y López de Gómara certifica: «Fue una muy hermosa victoria [...] por la matanza que hubo, por el espanto que a los enemigos puso

y por la fortaleza del lugar». El caudillo sabía que, al iniciar una operación de aquel calado, todas sus iniciativas tácticas habían de acabar con éxito para reafirmar su mando, fortalecer la moral de victoria de su gente, sobre todo la de los aliados aborígenes, y comenzar a domeñar, aunque solo fuese en el plano psicológico, la resistencia del contrario.

El ataque a Tepepolco despertó las iras de los mexicas. En breve plazo, grandes humaredas daban la orden de concentrar todas las canoas posibles contra el enemigo. Hasta 4000 lo hicieron, según Díaz del Castillo, que no tiene reparos en señalar que Cortés tuvo que cambiar sus planes de combate. Decidió recular. Fue una retirada táctica que los mexicas entendieron como huida; comenzaron a perseguir a los trece bergantines, pero, una vez más, la suerte sonrió al caudillo extremeño. Un viento recio se levantó entonces e, impulsados por él, los bergantines se lanzaron al ataque contra las canoas enemigas con casi todos sus efectivos dispuestos para el combate, ya que en aquella coyuntura pudieron incorporar a los remeros para el mismo.

El propio Cortés explica lo ocurrido de otra manera, con cifras más comedidas: las canoas mexicas, pero solo medio millar, se les iban acercando dispuestas a medirse por primera vez contra semejantes ingenios; el de Medellín dio orden de retirada a sus bergantines en espera de viento favorable para embestirlas con ventaja, si bien los mexicas, cautos, decidieron frenar su avance a una distancia de unos pocos centenares de metros. La idea de Cortés era empezar los combates lacustres con una victoria contundente para que los contrarios «cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos, y donde ellos podían recibir más daño, y aun nosotros también, era por el agua». Por suerte para él, justo entonces un viento favorable comenzó a soplar y permitió a sus bergantines chocar con fuerza contra la formación de canoas mexica. Persiguió la flota contraria hasta encerrarla en Tenochtitlan con mucha pérdida de su parte en hombres — muertos en combate o ahogados y prisioneros— y canoas. De esa forma, además, el caudillo justificaba su particular inicio de campaña peleando en el lago y no haciéndose cargo de algunos de los avances por las calzadas, como sí hizo más tarde.

Pero otros testimonios, procedentes del juicio de residencia de Cortés, nos aportan datos muy sugestivos. El comandante del bergantín que actuaba como capitana de la flotilla, Rodríguez de Villafuerte, un inepto e irresponsable que debía su cargo a su condición de paisano del líder, pues también era natural de Medellín, hizo encallar la nave o bien no supo sacarla a tiempo del atolladero en que estaba cuando fue abordada por un nutrido número de canoas mexicas,

cuyos tripulantes o reconocieron a Cortés o bien la atacaron con preferencia al ser la nave de más tamaño. En dicha tesitura, fue la acción heroica de Martín López la que salvó la situación, pues reorganizó la defensa del bergantín y limpió de enemigos espada en mano junto con sus hombres la cubierta, ya que Villafuerte había dado orden de abandonar la embarcación. Es más, al distinguir al «almirante» de la flota mexicana, algo fácil gracias a los espectaculares atuendos que portaba la élite militar mexicana, López lo ultimó con un certero disparo de ballesta. Tal vez Cortés también abandonó la acción por consejo de sus allegados; el caso es que Martín López le salvó la capitana de la flotilla de bergantines. Hasta nueve testigos avalaron esta acción, aunque ni Cortés, Díaz del Castillo, Cervantes de Salazar, López de Gómara o Gonzalo Fernández de Oviedo la mencionasen en sus escritos. Una prueba de la veracidad de lo sucedido puede ser que, si bien Rodríguez de Villafuerte no fue destituido por no afrentarlo, ni afrentarse a sí mismo Cortés, puesto que él lo había elegido, el comandante *de facto* de la flotilla pasó a ser Martín López. Así lo presenta desde entonces Cervantes de Salazar.<sup>[6]</sup> El de Medellín confiaba tanto en él, que, en cierta ocasión en que López estaba herido, con fiebre y recién sangrado —un balletero le hizo una incisión en una vena con su cuchillo—, el de Medellín le instó a que reembarcase sin más demora para dirigir a los bergantines, pues todos los hombres fiaban de su presencia. Y Martín López se embarcó de nuevo.<sup>[7]</sup> El caudillo extremeño exigía un gran esfuerzo a sus hombres, pero tampoco se los evitaba. Véanse, sino, las numerosas veces en que Cortés peleó herido de mayor o menor consideración.

Recuperado el control sobre los bergantines, Cortés los situó en apoyo de Cristóbal de Olid en Coyohuacan, posición desde donde se había presenciado el combate naval con alborozo en vista de su resultado, pues tanto él como Alvarado necesitaban de su ayuda dado el enorme número de enemigos contra el que debían combatir. Olid y los suyos habían seguido pugnando en la calzada asignada, donde consiguieron derribar algunas albarradas y tomar ciertos puentes. Para evitar el daño que recibían desde dos torres del fuerte de Xólotl, situado cerca del lugar donde confluían las calzadas hacia Coyohuacan e Iztapalapa, en cuyas cercas de cal y canto se refugiaban los mexicas, Cortés desembarcó 30 hombres y desplegó 3 cañones de hierro que llevaba en los bergantines, según su relato —4 pequeños de bronce señala Díaz del Castillo, pues recordemos que las embarcaciones portaban falconetes; 3 lombardas, especifica Fernández de Oviedo—, con uno de los cuales hizo mucho daño entre los enemigos que atestaban aquellas defensas y la calzada aledaña. Al cuarto impacto directo de la artillería el muro se



derrumbó. Pero uno de los artilleros, inadvertido, quemó toda la pólvora de reserva y algunos de ellos se chamuscaron caras y manos. Cortés se vio obligado a solicitar a Iztapalapa que allá tuviesen merced al envío de un bergantín, pues no podía parar la ofensiva. Entonces, en su informe a Carlos I, acabó por alabar a sus subordinados y dijo de ellos que «siempre estaban muy apercebidos y determinados de morir o ser vencedores, como aquellos que se hallaban apartados de toda manera de socorro, salvo de aquel que de Dios esperaban». Tampoco desdeñó palabras para la artillería, pues un solo disparo de uno de los grandes cañones de hierro causó tantas bajas entre el enemigo que atestaba la calzada de Coyohuacan que los mexicas se retiraron. A pesar del incidente de la quema accidental de la pólvora, en palabras de Cervantes de Salazar, Cortés procuró no afrentar en demasía al artillero culpable del error, pues era persona de valía y se le iba a necesitar, y mucho, aquellas jornadas.

El de Medellín decidió permanecer en la zona una vez tomadas las dos torres de Xólotl, con refuerzos de Olid y de sus propios hombres llegados con los bergantines, además de 50 infantes solicitados a Sandoval. Los mexicas atacaron, como era su costumbre, profiriendo gritos de guerra, por lo que no hubo sorpresa; como relata Cervantes de Salazar, cada bergantín no solo portaba un falconete, sino que, y además, los ballesteros y escopeteros podían disparar a mayor distancia sus proyectiles en comparación con los mexicas, quienes, al ser tantos, y a pesar de combatirse incluso de noche, como se tiraba a bulto, los disparos hispanos les hicieron mucho daño. Las fuentes parecen indicar que, a la mañana siguiente, la hueste cortesiana debía de asistir en varios frentes a la vez, pues sus miembros eran atacados por las calzadas y por la laguna; el descanso no era posible. Empezaba una guerra de desgaste físico y psicológico notorio.

Cortés pudo contar puntualmente con 15 ballesteros y escopeteros, 50 rodeleros y 7 u 8 jinetes del grupo de Olid, amén de los propios y de Sandoval, para mantener la presión en la calzada de Coyohuacan. Cervantes de Salazar, en su comentario de lo sucedido estos días, señaló un detalle muy importante: el caudillo extremeño no parecía alarmarse en demasía por la situación, pues «ya tenía los oídos a estas voces [de los indios en combate], y los ojos a ver millares de hombres». Bien, Cortés y todos sus hombres, pues este cronista parece limitar al líder de la hueste todas las virtudes marciales. Aunque eso no significa que las cosas fueran fáciles, pues aunque «con los tiros y con los de caballo hicimos tanto daño en ellos, que casi los encerramos hasta las primeras casas de la ciudad», señala el propio Cortés, lo cierto es

que ellos recibían el impacto de tantos proyectiles lanzados desde las canoas por los mexicas que el caudillo de Medellín se vio obligado a abrir de forma momentánea una brecha en la calzada donde atacaban para que cuatro de sus bergantines pasasen al otro lado de la misma y poder acometer las canoas que los masacraban; de ese modo lograron arrinconar a buena parte de las canoas enemigas en los primeros arrabales de la gran urbe por su lado, mientras los bergantines restantes conseguían ahuyentar al grueso de la flota de canoas mexicas por el otro. Con sus cañones situados a proa apuntando directamente a la masa de canoas enemigas, arracimadas, el blanco era fácil. «Mucha gente murió, y se hundieron en el agua, se sumergieron y quedaron en lo profundo violentamente».<sup>[8]</sup> La apertura de la calzada fue, sin duda, una obra complicada efectuada en un momento muy difícil. Si no hubiera sido por la asistencia de sus aliados, a quienes de nuevo no se citan, ¿qué hubiera podido hacer Cortés?

En aquellas jornadas iniciales, Sandoval recibió orden de moverse con parte de su gente desde Iztapalapa en dirección a Coyohuacan, algo que hizo, y en una pequeña ciudad lacustre, cuyo nombre desconocemos, como sus habitantes le presentaron batalla y le obligaron a pelear toda una jornada, aunque mató a muchos de los mismos, Sandoval no los perdonó. Por eso, y por seguir adelante con la habitual política ejemplificadora de represalias, el comandante de Cortés quemó la ciudad. En palabras de Cervantes de Salazar: «e porque los que quedaban ni sus vecinos no se atreviesen a pelear otra vez con españoles e quedasen de aquello bien escarmentados, les destruyó e quemó toda la ciudad sin dexarles casa donde se meter». El uso del terror por imperativo militar.

Como la calzada había sido abierta, Cortés le envió a Sandoval dos bergantines que, a modo de puente de barcas improvisado, sirvieron para que la escuadra de este último siguiese avanzando hasta alcanzar Coyohuacan. Enterado de que el de Medellín peleaba con los suyos desde la posición recién conquistada de Xólotl, Sandoval se decidió por ayudarlo con diez de sus efectivos a caballo con el mismo al frente. Dicho y hecho. Se unieron a la refriega, pero varios de sus hombres resultaron heridos, entre ellos el propio Sandoval, a quien le atravesaron un pie con una jabalina. Pero se recondujo la situación. En palabras de Cortés, «con los tiros gruesos y con las ballestas y escopetas hicimos mucho daño en ellos; en tal manera, que ni los de las canoas ni los de la calzada no osaban llegarse tanto a nosotros y mostraban más temor y menos orgullo que el que solían». Un apunte interesante a favor

de las armas europeas en un contexto muy particular de aquellos primeros combates.

Esa tesitura se prolongó durante una semana, siempre batallando en la calzada, pero con menos apoyo de las canoas mexicas, pues los bergantines hacían incursiones cada vez más atrevidas y alcanzaban los arrabales de México-Tenochtitlan, donde quemaban casas cuando podían y descubrían canales de aguas más profundas y aperturas por donde pasar adelante, a pesar de que, en un primer momento, hallaron trampas ocultas en el agua, como estacas, o amontonamiento de materiales para impedir el paso y deteriorar el casco de los bergantines. En el transcurso del relato de los combates volveremos a referirnos a tales ardidés. Por su lado, los mexicas también se adaptaron de la mejor manera posible a los ataques que padecían sus canoas por el fuego superior que se les hacía desde los bergantines: cuando se les disparaba con cañones o armas de fuego portátiles, comenzaron a remar en zigzag, «culebreando» señalan los informantes de fray Bernardino de Sahagún, «y también cuando veían algún tiro que soltavan, agazapábanse en las canoas».<sup>[9]</sup> De hecho, es posible que los mexicas ya se moviesen en zigzag en las luchas contra los españoles anteriores al sitio. Así se desprende, al menos, en los textos recogidos en *Visión de los vencidos*:

Pero los mexicanos cuando vieron, cuando se dieron cuenta de que los tiros de cañón o de arcabuz iban derecho, ya no caminaban en línea recta, sino que iban de un rumbo a otro haciendo zigzag, se hacían a un lado y a otro, huían del frente. Y cuando veían que iba a disparar un cañón, se echaban por tierra, se tendían, se apretaban a la tierra.<sup>[10]</sup>

Pedro de Alvarado, por su parte, también realizaba incursiones diarias calzada arriba, pero con más precaución. Según Díaz del Castillo, dejaba a los de caballería alrededor de Tlacopan para cubrir las espaldas de aquellos que iniciaban el ataque calzada adelante, mientras el resto de los hombres tomaba las primeras defensas mexicas, a base de jugar con ballesteros y escopeteros y disparar por secciones; otras veces debían retirarse, vigilando que no los atacasen por tierra al mismo tiempo. En muchas ocasiones, la tarea más importante empezaba a ser recomponer los pasos y los puentes destrozados por los mexicas. Y la guerra se cobró nuevas víctimas europeas: así como de los otros contingentes no se mencionan caídos, Alvarado tuvo tres. Fue este quien informó a Cortés de que los mexicas realizaban continuas incursiones por tierra sacando tropas de la gran urbe y haciéndolas salir fuera de la laguna por una pequeña calzada, la de Tepeyac, situada al norte de la gran ciudad. El de Medellín comisionó a Gonzalo de Sandoval para que, con parte de su

gente, 23 jinetes, 100 peones y 18 ballesteros y escopeteros, y se supone que con aliados aborígenes, aunque no los menciona, ocupase dicha posición y cercase totalmente México-Tenochtitlan. Es decir, todo parece indicar que ocupado Tepepolco y con Iztapalapa anulada, además de hallarse medio destruida, por dominar Cortés Coyohuacan y Huitzilopochco, carecía de sentido que un oficial de la valía de Sandoval perdiese el tiempo en ese enclave, Iztapalapa, de modo que el caudillo le buscó un nuevo destino.

Con todo, cabría reflexionar si al de Medellín no le resultaba favorable que los mexicas incursionaran por tierra, desde Tepeyac, pues siempre habían sido más fáciles de derrotar en dicho medio y no tanto batallando en la gran ciudad lacustre. Además, de ese modo, irían perdiendo guerreros a un ritmo más rápido. Pero se impuso la necesidad de disponer de una retaguardia lo más segura posible, pues allá se encontraban los campamentos principales — los reales, como se decía en la época—, mientras se reforzarían los ataques desde las calzadas con nuevos efectivos, es decir aquellos que ya no fueran necesarios para defender las riberas del lago. Por otro lado, la sensación psicológica de hallarse totalmente rodeados también debió de tener, sin duda, efectos negativos sobre buena parte de los sitiados. Como todavía no se habían conquistado todas las ciudades del entorno lacustre más directo, aún se vio el de Medellín en la necesidad de dejar bien fortificados sus campamentos base. Cortés nunca descuidaba un detalle, mucho menos si era importante.

El líder extremeño y sus capitanes entendieron que sin bergantines de apoyo no se podía avanzar con posibilidades de victoria en cada una de las calzadas, de ahí que se decidiese por ceder 4 bergantines a Alvarado, 6 a Olid y, posteriormente, 2 a Sandoval, mientras el lanchón número trece, el más pequeño —Bernal Díaz nos informa de que se llamaba *Busca-Ruido*—, quedaría sin servicio, pues ya había al menos 20 soldados heridos entre los que servían en la laguna y no se podía prescindir de gente en las calzadas. Aunque también quiso Cortés poner a prueba la resistencia mexicana, por lo que se decidió juntar fuerzas en la calzada de Coyohuacan y con la mayoría de los bergantines, que apoyarían ambos flancos del ataque desde el agua, incursionaría por primera vez hacia el interior de la gran ciudad. Su idea fue disponer de 200 infantes, entre ellos 25 escopeteros y ballesteros, además de 250 hombres embarcados. Aseguró que 80 000 aborígenes aliados le acompañarían, aunque si solo hubieran sido 8000 también era una gran proeza. Por otra parte, como esperaban ataques de las poblaciones ribereñas todavía rebeladas, como Xochimilco, Culhuacan, Mexicatzingo, Cuitláhuac o Mizquic, Cortés tuvo la prevención de dejar 10 o 12 caballos en Coyohuacan,

los cuales, junto con los que servían en la calzada y 10 000 indios aliados, defenderían la urbe desde la que se lanzaba el golpe. Al mismo tiempo, Alvarado debía ordenar un avance desde la calzada de Tlacopan.

Díaz del Castillo explica de forma magistral los primeros combates de entidad trabados en esta última calzada. Fue en ella donde combatió. Cuando Alvarado dispuso de los cuatro bergantines cedidos por Cortés, los destinó a proteger en parejas su avance por ambos lados de la calzada y evitar así, con su empuje, que las canoas mexicas los atacasen como solían hacer hasta entonces. De esa manera, pudieron progresar de forma más efectiva y comenzaron a ganarle al enemigo algunos puentes y albarradas, si bien el volumen de piedras y demás proyectiles lanzados por el contrario era tan abrumador que parecía granizo, una imagen muy utilizada para describir los peligros de aquellos días. El número de heridos, a pesar de ir bien protegidos, era angustioso, pero no podía dejarse la lucha hasta el anochecer. Las jornadas fueron agotadoras. También los tripulantes de los bergantines recibían mucho daño con tales lanzamientos realizados desde la calzada por regimientos en constante renovación. Y lo peor: al anochecer, y tras regresar al campamento base los atacantes, los mexicas aprovechaban para rehacer las defensas que el día anterior habían sufrido el acoso de los aliados hispano-aborígenes. Aquellos no solo levantaban nuevas albarradas y ahondaban las acequias tras destruir puentes o al abrir una cortadura en la calzada, sino que excavaban hoyos disimulados por las aguas de suerte que, en caso de retraerse incluso vadeando zonas inundadas, los hombres de Cortés cayesen en ellos y ser, entonces, presa fácil para los guerreros que llegaban en las canoas. Debíó de ser muy angustioso retroceder ante el empuje enemigo con el agua hasta el cuello y comprobar, de pronto, que se dejaba de hacer pie. Y ello, cargados de armas y de defensas de algodón que, saturadas de agua, debían de ser muy incómodas.

Los mexicas destinaron una parte de sus canoas, después de disimularlas en lugares propicios, para que, fuera de la vista de los bergantines, pudieran lanzarse al acoso de las fuerzas hispanas, mientras arremetían al mismo tiempo por la calzada con sus mejores regimientos. Para facilitarles la tarea, construyeron estacadas submarinas con la misión de conseguir embarazar el paso de los bergantines cortesianos y hacerlos zozobrar cuando estos intentasen incorporarse a la lucha en un momento dado. Se trataba de hileras de postes aguzados que, aun en caso de portar la embarcación hispana cierta velocidad, podrían dañar el casco y frenarla. Tampoco descuidaron la manera de enfrentarse a los caballos, cuando desde las calzadas recibían una carga,

pues aparte de los proyectiles que les lanzaban, si conseguían llegar a la primera línea defensiva mexicana, desde los parapetos procuraban matarlos con las nuevas picas con punta de acero español que, desde hacía un año, estaban perfeccionando. Por su lado, los mexicanos comprobaron muy pronto que, si al sentirse perseguidos por los jinetes hispanos, se arrojaban al lago para procurar su salvación, los de a caballo jamás se lanzarían en su persecución: el coste de los caballos era tan alto, 800 y 1000 pesos el ejemplar constató en ese momento de su relato Bernal Díaz, que sus propietarios eran reacios, incluso, a pelear con ellos en las calzadas y fue más provechosa su presencia en tierra firme.

Como se ha mencionado, el número de heridos era tan alto que, apenas repuestos de sus males, todavía envueltos en vendas y achacosos, tenían que regresar al combate porque, de no hacerlo, apenas en cada campamento se contaba ya por entonces con 20 hombres sanos. Por otro lado, como el soldado Juan Catalán era un hábil sanador, su fama trascendió al grupo de europeos y también los indios aliados demandaban sus cuidados, y eran tantos «que en todo el día harto tenía que curar». Díaz del Castillo no duda en señalar que, al menos en los primeros compases de la lucha, la comida era suficiente, pero no dejaba de ser una dieta muy restringida: tortillas de maíz, *quilites*, es decir yerbas nacidas en las sementeras preparadas por los indios, así como higos chumbos (tunas) y cerezas del país, conocidas como «capulines».

A partir de estas primeras experiencias, y aunque el armamento hispano era garantía de cierta ventaja sobre el mexicano, lo cierto es que el número de heridos era demasiado importante como para dejar de considerar introducir cambios tácticos. De hecho, así se hizo. La táctica hispana evolucionó de una lucha diurna de desgaste, y retirarse al llegar la noche de las calzadas, a otra consistente en ganar terreno y no abandonarlo a base de derribar albarradas y las casas que se fuesen tomando —el fuego era muy lento en su destrucción, alega Díaz del Castillo, aunque también se usaba—, con cuyos materiales se reparaban las cortaduras de las calzadas y se cegaban acequias; la clave estuvo en mantenerse en alerta toda la noche, de modo que en grupos de 40 hombres se fuesen velando en el espacio ganado durante el día; así, por la mañana, no era extraño encontrar hasta 120 hombres en primera línea de combate. La idea fundamental del cambio táctico estuvo, pues, en dejar un retén significativo de hombres en la propia calzada, en un lugar propicio, como es lógico, y lo fue el fuerte de Xólotl, conquistado aquellos días. De esa forma, sin evacuar la calzada por las noches y al permanecer alerta siempre, la

presión sobre el contrario sería constante y se evitarían tantos trabajos de zapa a diario. Díaz del Castillo, no obstante, nos proporciona una imagen del fuerte muy realista: asegura que era un lugar donde apenas si podían resguardarse del sol, pero en absoluto de la lluvia, por ejemplo. Al mismo tiempo, en Tlacopan quedaron todos los jinetes y los guerreros aliados encargados de proteger aquella retaguardia, velar por que no hubiera desembarcos de enemigos en la calzada por detrás de la posición de Xólotl y, quizá lo más importante, vigilar y defender a todo el personal de la impedimenta, en especial a las indias que, día tras día, preparaban ingentes cantidades de comida.

Una de las grandes bazas mexicas aquellas jornadas fue alterar la costumbre de, en general, no atacar de noche. Al jugar con la posibilidad de lanzar ofensivas en las tres calzadas al mismo tiempo o bien en alguna de ellas de manera alternativa, así como ofender los campamentos base sitios en tierra firme con el concurso de los guerreros de las ciudades ribereñas aún en activo, Cuauhtémoc no solo había planificado el relevo de sus regimientos en cada uno de esos sectores, sino también el momento en que se atacaba. No quería mantener una pauta que permitiese al enemigo elaborar contrarréplicas tácticas oportunas, sino impedir que aquel tuviese ventaja alguna al respecto. Ni descanso. Así, como señala Díaz del Castillo, «unas noches nos venían a romper y dar guerra a media noche, y otras a la modorra, y otras al cuarto del alba, e venían algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud», que era el fin principal de dicha táctica, como puede colegirse. Así, poco a poco, la falta de descanso, la monotonía alimentaria, la multitud de heridos que apenas podían curarse en aquellas condiciones, por no hablar de las incomodidades de los alojamientos y de la lucha constante, comenzaron a hacer mella en los hombres de Cortés.

Este decidió aumentar la presión del cerco al que sometía desde hacía casi dos semanas a la gran México-Tenochtitlan. Como los mexicas todavía obtenían suministros de los pueblos ribereños —«maíz y gallinas y todo lo que querían», escribe Bernal Díaz— y agua, merced al uso de sus canoas lejos de las calzadas, Cortés ordenó que otros dos bergantines persiguieran y hundieran las canoas enemigas que, de noche, se dedicaban a tales menesteres. Así se consiguieron muchos suministros, al abordarse dichas canoas, mientras los mexicas que atrapaban eran ahorcados en las antenas de los bergantines, según el testimonio de Díaz del Castillo. La contrarréplica mexica consistió en armar 30 piraguas y esconderlas en unos cañaverales al acecho de los 2 bergantines que operaban en la oscuridad de la noche en la

persecución de canoas; varias de estas sirvieron de cebo y el plan funcionó: atrajeron a ambas embarcaciones castellanas a un lugar apropiado, donde fueron asaltadas por las 30 canoas camufladas, que les salieron al paso al unísono, amén de haber preparado el escenario del posible combate llenando el fondo de aquella zona con estacas para hacer encallar los bergantines. Estos se metieron de lleno en la ratonera. Casi todos los tripulantes resultaron heridos; uno de los capitanes, Juan Portillo, murió en el combate y el otro, Pedro Barba, a los tres días a causa de las heridas recibidas.<sup>[11]</sup> Ambos pertenecían a la flotilla al servicio de la hueste de Cortés, es decir, del campamento de Coyohuacan.

El caudillo extremeño se hizo cargo de la gran cantidad de suministros que obtenían los mexicas mediante el uso de sus canoas, cuando alcanzaban diversos puntos de las riberas del lago, merced a una casualidad. Cuando envió a Alonso de Ojeda y a Juan Márquez a Tlaxcala en busca, precisamente, de suministros para su gente, ambos partieron con una veintena de tlaxcaltecas rodeando el gran lago por la parte septentrional para mayor seguridad. Antes de alcanzar la zona donde se hallaba el campamento de Sandoval oyeron un rumor, el producido por varios millares de hombres, siempre según Cervantes de Salazar, quienes transportaban armas y suministros desde la sierra más cercana; les esperaban 3000 canoas mexicas prestas a llevarse a su ciudad todas aquellas vituallas y el armamento. Por suerte para ellos no fueron descubiertos, pero, al alcanzar Tepeyac, informaron a Sandoval, que destacó patrullas de caballos para vigilar aquel embarcadero de los mexicas. A su debido tiempo, ambos, Ojeda y Márquez, alcanzaron Tlaxcala, donde obtuvieron 15 000 cargas de maíz y 1000 de gallinas y otras 300 de tasajo de venado, junto con los bienes incautados de Xicotécatl el Joven —una buena cantidad de oro, plumajes ricos, *chalchiuites*, mantas de calidad—, así como 30 mujeres entre hijas, sobrinas y criadas suyas. Partieron a su debido tiempo y llegaron con todo aquel fardaje, bien acompañados de gente de guerra, a Tetzaco. Allí dejaron parte de los bienes del príncipe difunto tlaxcalteca al cuidado de Pedro Sánchez Farfán y su esposa, María de Estrada, y con el resto de las vituallas alcanzaron poco después Coyohuacan, donde informaron a Cortés.<sup>[12]</sup>

**Del 10 al 23 de junio de 1521<sup>[13]</sup>**



**R**egresemos al orden cronológico de los hechos, a nuestro diario de guerra. Fue hacia el 10 de junio cuando Cortés ordenó su primera entrada profunda hacia México-Tenochtitlan desde su posición de Coyohuacan, al tiempo que Sandoval y Alvarado lanzaban asimismo sendos ataques desde sus calzadas asignadas. El primer contratiempo que halló el de Medellín fue una cortadura definida por él mismo como del tamaño de una lanza de hondo por otra de largo, además de haber construido tras la misma una albarrada. Era el sistema habitual defensivo mexica. Tras pelear con el retén de guardia de esta, que se mostró muy valiente,<sup>[14]</sup> tal y como alabó Cortés, prosiguieron la marcha hasta la entrada de la ciudad, al pie de una de las pirámides, donde hallaron un puente destrozado, pues se había formado una vía de agua ancha y profunda y levantado una nueva albarrada tras ella. Consiguieron ganársela al contrario gracias al concurso de los bergantines, que, a un lado y otro de la calzada apoyaban en la lucha, «lo cual fuera imposible sin ayuda de ellos», no duda en escribir el caudillo extremeño. Al destrozarse la resistencia que se les hacía desde el parapeto mexica con el fuego recibido desde los bergantines, los infantes de Cortés, tanto europeos como aliados, y se especifica que eran guerreros tlaxcaltecas, chalcas, tetzcoanos y huexotzincos, atravesaron la vía de agua y superaron la albarrada. Entonces, en el relato del de Medellín quedan claras varias cosas: los aliados fueron utilizados masivamente para, con materiales obtenidos con el derribo de las casas y otros escombros, además de los propios que se habían usado para levantar la albarrada por parte de los mexicas, cegar el puente destruido y volver a reconstruir la calzada. De esa forma, la vía de retroceso, y de escape en caso necesario, estaba asegurada. En *Visión de los vencidos*, la fuente indígena lo explica de manera muy clara: «Echaron allí adobes, maderamento de las casas: los dinteles, las jambas, los pilares, las columnas de madera. Y las cañas que cercaban, también al agua las arrojaron».<sup>[15]</sup> Mientras tanto, los europeos de la hueste se dedicaron a derrotar a los mexicas defensores de una segunda albarrada, esta sin agua a modo de foso improvisado, que daba paso a la gran avenida comunicante con el centro de México-Tenochtitlan. Pero las dificultades se sucedían.

Tras superar sendas albarradas, el camino quedaba cortado por un nuevo puente, también destruido salvo una viga ancha por donde pasaban los mexicas en retirada. Al poco, alzaron dicha viga y se protegieron detrás de un nuevo muro defensivo hecho de barro y adobes. La resistencia aumentó no solo por el número de guerreros enemigos, sino porque peleaban a la vista ya de la gran ciudad y porque Cortés no podía servirse en este punto de sus

bergantines, aunque sí de sus tripulantes, los cuales desembarcaron para unirse a la lucha con el resto de compañeros. Uno de estos era el carpintero Diego Hernández, un hombre muy fuerte que, en la narración de Cervantes de Salazar, aparece lanzando piedras del tamaño de naranjas con la fuerza de una bala de cañón. Es un testimonio directo, pues ya anciano, Hernández era vecino del cronista y le tuvo que explicar muchas historias de guerra.

En este punto de su relato, se desprende que el momento más peligroso para Cortés era vadear los pasos, que obligaba a los hombres a avanzar metiéndose en el agua, de modo que los ballesteros y los escopeteros sí tuvieron ocasión de hacer grandes proezas con sus disparos a distancia para domeñar la resistencia del contrario. El paso de uno de aquellos puentes destruidos, con el vadeo del canal y la toma de la albarrada, les llevó dos horas de combate, estimó el caudillo, a las que debían sumarse todo el esfuerzo previo. Eso nos da una idea de la tenacidad bélica empleada en una guerra como aquella. Aunque en este nuevo escenario urbano, lejos ya de la calzada, el de Medellín pudo jugar con dos artillerías que se desembarcaron y fueron arrastradas hasta dicha posición, cuando comenzaron a concentrar su fuego sobre la masa atacante en el centro de la avenida. Tras la huida del contrario de las azoteas cercanas y de la propia línea defensiva después de la albarrada, los hombres de Cortés los persiguieron varios centenares de metros hasta alcanzar otro puente muy cercano ya a la plaza principal de la urbe. En palabras del de Medellín, que describe la sorpresa recibida: «este puente no le tenían quitado ni tenían hecha albarrada en él, porque ellos no pensaron que aquel día se les ganara ninguna cosa de lo que se les ganó, ni aún nosotros pensamos que fuera la mitad».

El caudillo extremeño no quiso desaprovechar el ímpetu de su gente y, aunque no llevaba caballos en vanguardia, sí asentó una artillería que disparó al centro de la plaza, en el que se arremolinaba una multitud de guerreros mexica. Al volver a retraerse, Cortés y los suyos consiguieron abordar la plaza central de la gran urbe, después de atravesar la carismática Puerta del Águila (Cuauhquiyácoac), cuando se produjo la reacción de las tropas de Cuauhtémoc, las cuales, tal vez por pundonor, tal vez por no haber caballos, consiguieron frenar la ofensiva y lograr que ahora fuesen Cortés y los suyos quienes retrocedieran. Se produjo entonces un momento muy peligroso, porque si una retirada no está bien planeada, tácticamente hablando, puede degenerar en huida y desbandada, el peor escenario posible y, mucho más, en uno de guerra urbana tan complicado como aquel. La llegada providencial de tres jinetes parece que influyó psicológicamente en los mexicas de tal manera

que comenzaron a retroceder de nuevo, ya que, sin duda, pensaron que se trataba de la avanzadilla de toda una escuadra de equinos, cuando no lo era. Sea como fuere, se frenó su impulso y Cortés y los suyos aprovecharon el momento para no solo volver a tomar el patio de la gran plaza de México-Tenochtitlan, sino para avanzar hacia la gran pirámide central, donde se subieron 10 o 12 guerreros mexicas de élite, que, a la postre, fueron abatidos por los hombres de Cortés.

Los informantes de fray Bernardino de Sahagún aportan datos muy interesantes de lo ocurrido hasta entonces. Cuando en su avance Cortés llegó a un lugar llamado Uitzillan (Huitzilán), fue la artillería de los bergantines la que les permitió tirar abajo la albarrada que protegía a los guerreros mexicas, tomada al asalto de inmediato por los hombres del de Medellín. Con apenas dos disparos, todo el montaje defensivo quedó por los suelos, pero los mexicas no esperaron a ver lo que sucedió a continuación: «Y los guerreros que estaban colocados junto a la muralla al punto se desbandaron. Hubo dispersión de todos, de miedo huyeron».<sup>[16]</sup> Solo cuando los aborígenes aliados hubieron arreglado tanto la calzada como el último puente, el de la acequia real, entró en acción la caballería, que evolucionó formando en dos escuadrones, los cuales se abrieron camino y comenzaron a alancear a numerosos mexicas, que se retrajeron hacia la zona del Templo Mayor; entonces, un guerrero de Tlatelolco, herido de un lanzazo, asió la lanza con la que lo había herido uno de los jinetes y, con ayuda de otros guerreros, lo derrocó y lo mataron. Una muerte de la que no informaron los cronistas hispanos. Fue entonces cuando las tropas cortesianas invadieron el patio de Cuauhquiyoac y colocaron la gran artillería a sus puertas para batir todo el espacio.

Los oficiales mexicas procuraron esconderse tras las altas figuras de piedra sitas en la plaza —una enorme águila flanqueada por un jaguar y un lobo (o un oso, según otra fuente)—, detrás de las dos filas de columnas que flanqueaban el espacio y otros parapetados en la azotea de la casa comunal que sustentaban dichas columnas. El edificio recibió el impacto de varios cañonazos con el resultado de quedar espantados los contrarios de tal modo que todos huyeron en desbandada, ocultados en parte por el humo de la pólvora. Los españoles, en su avance, incluso llegaron al pie del templo de Huitzilopochtli, donde, según este testimonio, se concentraban varios sacerdotes encaramados a las gradas superiores quienes, a pesar de los combates, seguían con sus cánticos y tañendo algunos instrumentos. Sin duda, llamaban a toda la población para que combatiera a los invasores. Dos

españoles subieron hasta allá y los masacraron y echaron a rodar sus cuerpos escaleras abajo. Pero entonces se produjo la reacción mexicana, sobre todo cuando tropas llegadas en las canoas se sumaron a la lucha en el centro de la ciudad. Estas transportaban multitud de guerreros, porque los remeros eran gente joven menos apta para el combate. En ese momento de superioridad abrumadora es cuando los mexicanos obligaron a retroceder a Cortés y los suyos y capturaron el cañón, que fue lanzado a una zona de aguas profundas del lago: Tetamazulco, o Sapo de Piedra.<sup>[17]</sup>

En el relato que de estos hechos realizó el cronista Alva Ixtlilxóchitl, el propio Cortés y el príncipe Ixtlilxóchitl en persona subieron al Templo Mayor y derribaron los ídolos. Le quitaron la máscara de oro a la propia efigie del dios Huitzilopochtli, mientras el príncipe tetzcocano, como buen converso, le cortaba la cabeza a la figura. Ixtlilxóchitl, que luchaba con una macana tradicional, mató de tres certeros golpes a un jefe de guerra mexicano que empuñaba una lanza española tomada a un caído. Es una imagen interesante: más valía la maña del guerrero tradicional que no la osadía de aquel otro deslumbrado por la novedad para la que no está preparado en su uso. Después de ver aquello, en lugar de retroceder, como había ocurrido en Otumba, por ejemplo, los mexicanos arremetieron con más vigor y expulsaron a los invasores de la gran plaza. Y, aunque los combates se prolongaron un rato más, y volvieron a entrar los de Cortés en el gran recinto, al final hubieron de retirarse por la superioridad del contrario. Y eso que, en las jornadas previas, Ixtlilxóchitl, que había dispuesto de 8000 guerreros y hasta 20 000 zapadores o gastadores, al día siguiente, una vez había dado orden de derrocar y quemar todas las casas de la zona, demandó<sup>[18]</sup> a Tetzco el concurso de otros 50 000 hombres, de los que se quedó 30 000 para él (y Cortés) y el resto para repartir entre Alvarado y Sandoval. Al mismo tiempo, 5000 tetzcocanos heridos tuvieron que regresar a su ciudad a reponerse, lo que no deja de ser un claro síntoma de la ferocidad de la lucha. En la crónica de Alva Ixtlilxóchitl, el papel de estos grandes señores aliados de Cortés y su hueste adquirió la misma importancia para el curso de la guerra que los oficiales más importantes del de Medellín. De hecho, este conflicto no lo iba a ganar solo el caudillo extremeño. El mérito fue también de estos «generales» aborígenes. Pero Alva Ixtlilxóchitl no pudo dejar de escribir amargas páginas acerca de la escasa recompensa obtenida por los tetzcocanos tras el conflicto, a diferencia de los tlaxcaltecas, que parecieron copar todos los premios como si hubieran sido los únicos aliados de Cortés en la lucha, máxime cuando su único afán era ir a robar y llevarse los despojos a su ciudad, eso sí, con el permiso de los

españoles, a quienes les entregaban todo el oro que hallaban en sus correrías.  
[19]

Si regresamos a la narración cortesiana, con el concurso de otros cinco o seis jinetes, que consiguieron acabar con una treintena de enemigos, Cortés ordenó la retirada del centro de la ciudad, protegida en su retaguardia por los jinetes, que en cuatro o cinco ocasiones se revolvieron para frenar otros tantos ataques de los mexicas, mientras la hueste cortesiana avanzaba rápido merced a haber podido cegar todos los canales abiertos hallados en el camino tomado por la incursión. La tensión del momento rememorado se transmitió a la pluma del caudillo extremeño, que se refirió a los mexicas como «perros rabiosos». Con todo, la retirada fue dificultosa, dado que los contrarios volvieron a ocupar muchas azoteas desde donde podían lanzarles con ventaja toda suerte de proyectiles. Cortés, rabioso, a su vez, se marchó no sin antes prender fuego a cuantas casas pudo de las aledañas a la avenida para allanar el camino en la siguiente incursión que hiciese.

Gracias a aquellas primeras acciones de combate, libradas antes del día de san Juan, diversos antiguos aliados de los mexicas, como tetzcoanos, xochimilcos y otomíes decidieron comprometerse mucho más en aquella guerra. No solo le llegaron refuerzos desde Tetzco, esos 50 000 guerreros reseñados, si bien dichas cifras siempre hay que tomarlas con muchos reparos. Más importante, habida cuenta de que dicha urbe ya estaba controlada, es el hecho de que alguna facción de los otomíes, de las no dependientes de los tlaxcaltecas, se entiende, y sobre todo la gente de Xochimilco, hasta hacía muy poco aliados de los mexicas, decidieran cambiar de bando y prestar su apoyo al invasor castellano. Cortés les exigió el envío de ayuda militar para demostrarlo, no en vano, quería volver a atacar a los mexicas desde la calzada donde se hallaba y como había hecho cinco días antes. Según Cervantes de Salazar, estos nuevos aliados proporcionaron 20 000 guerreros. En el caso de Xochimilco, al igual que hiciera Tlaxcala años más tarde, en 1563 en concreto, solicitaron en su momento a Felipe II reparaciones por su papel en el conflicto ganado por Hernán Cortés. En concreto, alegaron el envío de provisiones para alimentar a 12 000 guerreros y 2000 canoas, si bien su papel fue ambiguo, pues poco antes, junto con los habitantes de Iztapalapa y Cuitláhuac, ayudaron a los mexicas. También se ha señalado que habitantes de dichas ciudades ribereñas llegaron a entrar en México-Tenochtitlan para ofrecer su ayuda de manera directa a Cuauhtémoc. Pero cuando se dedicaron a saquear casas y robar mujeres, que pretendían llevarse en sus canoas, los mexicas reaccionaron y atraparon a algunos de ellos quienes, llevados ante el *tlatoani* mexica y el refugiado señor de Cuitláhuac, Mayehua, fueron

sacrificados. Ambos señores ultimaron personalmente a cuatro prisioneros cada uno, mientras que el resto se repartió entre los templos de la ciudad para ser inmolados. Los informantes de fray Bernardino de Sahagún añaden que, a consecuencia de tamaña traición, aquellos habitantes de Xochimilco refugiados con anterioridad en la gran urbe mexicana fueron tildados de confidentes de los españoles y masacrados: «[...] comenzaron a sacarlos de sus casas: hombres y mugeres, viejos y viejas. Y a todos los mataron sin dexar nadie, por odio de aquellos que havían hecho la traición so color de ayudar».<sup>[20]</sup> La violencia siempre genera más violencia.

El de Medellín destinó seis bergantines a apoyar las huestes de Sandoval y Alvarado, tres para cada uno, las cuales debían atacar con todas sus fuerzas al unísono, al parecer para buscar hacerse fuertes en el centro de México-Tenochtitlan, una posible solución ante la calamidad de tener que reemprender cada día la conquista de un acceso a la ciudad desde las calzadas. El resto de los bergantines lo acompañó a él mismo y sirvió de protección de cada uno de los flancos en su avance por la calzada de Coyohuacan. Cortés organizó una hueste con 15 o 20 jinetes y 300 infantes, además de casi todos los aliados indios y 2 o 3 piezas artilleras, para volver a alcanzar la plaza central de la gran urbe mexicana; estos habían vuelto a levantar defensas y destrozado los puentes, no en vano, habían contado con hasta cinco días de tregua desde el anterior ataque, pues el caudillo extremeño solo pudo lanzar su siguiente ofensiva el 15 de junio —sus hombres descansaron tres días y necesitó otros dos para terminar de organizar esta nueva acción de guerra—.

Una vez sus capitanes habían recibido las órdenes oportunas y los indios aliados estuvieron preparados, Cortés dispuso comenzar la nueva incursión. Los mexicas los esperaban a menos de un kilómetro del inicio de la calzada de Coyohuacan y lanzaban alaridos tremendos parapetados tras su primera línea defensiva. La masa de enemigos fue batida por los disparos de la artillería, ballestas y escopetas que se les hizo desde los bergantines acompañantes del avance de Cortés, los cuales ayudaron con su mortífero apoyo a permitir a sus hombres superar este primer escollo en su camino. Después de una intensa lucha, los españoles y sus aliados se fueron adelantando calzada arriba y tomaron las siguientes defensas hasta alcanzar la avenida de entrada al centro de la gran urbe. Por esa ruta solo había dos grandes canales para sortear —en cambio, por la calzada de Iztapalapa había tres— una vez se entraba en la ciudad en dirección a la gran plaza central. En palabras de Cortés: «los echamos de toda la calle y de la plaza de los

apostamientos grandes de la ciudad». Seguidamente, para no saltarse su propia norma táctica, procedió con hasta 10 000 indios aliados a cegar con piedras y adobes las vías de agua que habían atravesado hasta alcanzar aquella posición. Mientras se efectuaban tales trabajos, el resto de la gente se dedicaba a pelear con los mexicas para defender el alcance de aquel día. El problema fue que, para entonces, ya había avanzado mucho la jornada y en breve, de hecho, comenzó a anochecer, circunstancia que obligó a Cortés y los suyos a frenar el castigo al que sometían al contrario, pues hasta entonces los jinetes que llegaron con el contingente se dedicaron a alancear a todo mexica atrapado en la zona.

El caudillo extremeño, desesperado por la prolongación de la guerra, escribió lo siguiente:

Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes y mostraban tanta determinación de morir o defenderse, colegí de ellos dos cosas: una, que habíamos de haber poca o ninguna riqueza que nos había[n] tomado, y otra, que daban ocasión y nos forzaban a que totalmente los destruyésemos. Y de esta postrera tenía más sentimiento y me pesaba en el alma [...]

Nótese que el de Medellín no hace referencia alguna, por ejemplo, a la cuestión religiosa y sí, en cambio, al botín perdido en la Noche Triste. Porque el oro, en definitiva, también era su dios. Al mismo tiempo, la determinación de comenzar a destruir la ciudad sección a sección, barrio a barrio, se hubo de tomar entonces:

[...] y no hacía sino quemarles y derrocarles las torres de sus ídolos y sus casas, y porque lo sintiesen más, este día hice poner fuego a estas casas grandes de la plaza, donde la otra vez que nos echaron de la ciudad los españoles y yo estábamos aposentados.

Es decir, el palacio de Axayacatl, narra con determinación el de Medellín. También quemó dependencias significativas del tiempo de Moctezuma, como parte del zoológico imperial. Sin duda, fue una medida dictada por un imperativo militar psicológico, pues ni los mexicas ni sus antiguos aliados, muchos de ellos por entonces sirvientes de Cortés, hubieran pensado que el atrevimiento de los españoles pudiera llegar tan lejos en tan corto plazo. Cervantes de Salazar apunta que Ixtlilxóchitl habría sugerido a Cortés la destrucción paulatina de la gran urbe, pero, sin duda, la sagacidad del propio caudillo ya le habría llevado a la misma determinación sin que nadie le tuviera que abrir los ojos. Al de Medellín no le temblaba el pulso a la hora de tomar decisiones de ese calado y lo había demostrado con anterioridad.

Al hacerse de noche, Cortés decidió regresar al campamento base, no sin ser perseguido por los mexicas, quienes procuraban atacar con toda la contundencia posible la retaguardia, pero como los caballos podían correr al estar la calzada abierta, volvieron grupas en varias ocasiones para alancearlos y lograr su dispersión. En opinión del caudillo, aquel día los mexicas desmayaron un tanto a causa de su mucha gente perdida en los combates, además de al comprobar que antiguos aliados suyos habían cambiado de bando. No dudó en señalar el buen comportamiento de las tropas aborígenes aliadas y nombra a gentes de Tetzcoco, Chalco, Xochimilco, los otomíes... todos ellos con sus divisas de combate, además de los tlaxcaltecas, que causaron estragos entre los contrarios. Tampoco tuvo reparos en señalar que, en especial estos últimos, «les mostraban [a los mexicas] los de su ciudad hechos pedazos, diciéndoles que los habían de cenar aquella noche y almorzar otro día, como de hecho lo hacían». Esta es la primera ocasión en su relato de los acontecimientos en que Cortés reconoce la recompensa caníbal para sus aliados. En aquella terrible jornada debió de ser impresionante ver, asimismo, que «los siete bergantines que yo tenía entraron aquel día por las calles del agua de la ciudad, y quemaron mucha parte de ella».

El príncipe tetzcocano Ixtlilxóchitl abatió ese día a uno de los oficiales más notables de Coanacoch, el *tlatoani* tetzcocano refugiado en México-Tenochtitlan. Una circunstancia que nos recuerda la lucha fratricida que también se desarrolló. Ahora eran fáciles de distinguir los guerreros más destacados, puesto que solían portar armas españolas. En cambio, a Ixtlilxóchitl se le escapó el «general» de los mexicas en aquella refriega. Y, como siempre, el cronista Alva Ixtlilxóchitl, a quien debemos estas informaciones, no duda en señalar que en la retirada efectuada ese día, tras la quema de parte de los edificios de la gran plaza central, los mexicas reaccionaron y al perseguirlos «mataron muchos Tlaxcaltecas, que por ir tan cargados de despojos iban traseros». Una de sus obsesiones era demostrar a las claras el carácter saqueador de aquellos antiguos enemigos. De esa forma, y como es obvio, el papel representado por los suyos, y su comportamiento en el transcurso y después de la guerra, fue mucho más honorable.<sup>[21]</sup>

Pero los mexicas iban a vender muy cara su vida y su ciudad. En la jornada siguiente, todas las cortaduras cegadas de la calzada el día anterior habían vuelto a ser abiertas por los sitiados en el transcurso de la noche, para pasmo de Cortés y los suyos. Hubieron de batallar desde las ocho de la mañana hasta la una del mediodía, cinco largas horas de lucha, «en que se gastaron casi todas las saetas, almacén y pelotas que los ballesteros y



escopeteros llevaban», para hallarse en la misma situación que el día previo. Dicha realidad explica la decisión cortesiana de ir destruyendo la ciudad paulatinamente en su avance. Con todo, nada estaba todavía decidido. El máximo peligro por entonces, según relata Cortés, no eran ya los proyectiles lanzados desde las terrazas, pues se colige que casi todas las casas de aquella primera zona de combate se habían destruido, sino el hecho de tener que vadear acequias y canales de manera progresiva ahondados con un enemigo apostado en la otra parte, si bien se le procuraba mantener alejado merced a las ballestas y armas de fuego. Pero pocos castellanos eran los primeros en lanzarse al vadeo de aquellos canales, pues les esperaban en semejante situación de momentánea desventaja las cuchilladas y lanzazos que les prodigaban sus enemigos para no dejarles conseguir sus propósitos. En cualquier caso, con mucho esfuerzo sortearon las últimas defensas mexicas y lograron alcanzar de nuevo la plaza central, lo que demostró su poderío, para, acto seguido, volver a retroceder y dejar vigilados los pasos de las acequias vueltos a ganar con tanto esfuerzo aquella jornada. Sin duda, el cansancio fue notorio, a pesar de que el ritmo de lanzamiento de proyectiles peligrosos había disminuido al haber derribado por aquel entonces, insisto, buena parte de las casas que daban a la avenida principal.

Es posible que a los aliados aborígenes les interesara en realidad ver destruida México-Tenochtitlan, pero los enemigos de Cortés hicieron de esta cuestión una de sus banderas a la hora de criticarlo cuando llegase el momento de su juicio de residencia. De todas formas, Hugh Thomas recupera numerosos testimonios —de Luis Marín, Alonso de Navarrete,<sup>[22]</sup> Juan López de Jimena, Pedro Rodríguez de Escobar o el significativo de Gaspar de Garnica, un socio de Diego Velázquez que se incorporó a la guerra en el grupo de Narváez—<sup>[23]</sup> de opinantes acerca de tal medida: venían a concluir que si Cortés no llega a tomar la decisión de destruir sistemáticamente los barrios de la urbe conforme iba avanzando, los mexicas se hubieran seguido haciendo fuertes en los mismos durante la noche, de modo que el esfuerzo realizado el día anterior no hubiera servido de nada. Se trataba de ir presionándolos poco a poco hacia Tlatelolco y esperar una rendición. La propia estructura urbana de México-Tenochtitlan convidaba a ello, porque sus miríadas de canales, puentes, acequias, además de calles, avenidas y casas desde cuyas terrazas, con la ventaja que ello suponía, se podía combatir y permitía lanzar ataques por varios frentes a la vez, una situación a la larga insostenible para Cortés y los suyos. Tlatelolco contaba con mayor número de corrientes de agua que no la parte de la urbe donde se había combatido hasta

entonces, entre los barrios de Cuepopan y Moyotlan. Por otro lado, el peso de los combates, el cansancio acumulado, las heridas recibidas, la alimentación monótona y otros males que conllevaba una guerra de desgaste de aquellas características obligaron a Cortés a acelerar en la medida que pudiera la rendición mexicana. Aunque había que decidirse por la táctica más segura y no era fácil.

El caudillo era consciente de que todas sus acciones serían, si no criticadas en el futuro, sí, al menos, analizadas y comentadas. Por ello, se apresuró a explicarle a Carlos I en su *Tercera carta de relación* el porqué de sus decisiones. No era negligencia desamparar cada noche la calzada ganada, sino falta de hombres, y el cansancio de los mismos, lo que impedía trasladar el campamento avanzado hasta la última cortadura cegada o, incluso, hasta la plaza central de México-Tenochtitlan. Hubiera sido imposible, en aquellas primeras semanas de sitio, cuando el enemigo aún era fuerte, acampar tan cerca de él, pues significaba acercarle el objetivo en demasía. Si cada noche debían recomponer las brechas cegadas en las calzadas, sin duda ese esforzado trabajo les restaría energía al día siguiente. En cambio, si sus hombres se veían obligados a velar toda la noche aquellas posiciones avanzadas, al ser tan pocos, insistía Cortés, al día siguiente no podrían pelear. Con claridad, se fiaba sobre todo de los europeos para hacer la guerra y de sus aliados indios para recomponer las calzadas. Por tanto, no abandonó la guerra de desgaste emprendida, a base de atacar y retirarse a través de las calzadas, quemando todas las casas al alcance de sus hombres en cada ocasión. Por otro lado, como el retraerse cada día los mexicas lo interpretaban como si de una huida se tratase, solían animarse a perseguirlos, de modo que, a menudo, se fingía una rápida retirada para, a continuación hacer salir a los caballos desde atrás y atacarlos por sorpresa. Lo habitual, escribe Cortés, era que siempre capturasen «doce o trece de aquellos más esforzados» y no dejaba de admirarse de que, a pesar de las muchas ocasiones en que ocurría idéntico lance, en todas los mexicas siempre los perseguían con rabia hasta expulsarlos de su ciudad. Sin duda, dicha rabia era superior a cualquier pensamiento táctico racional que hubiera podido emprender. Por ejemplo, ¿por qué los mexicas, si tenían en perspectiva volver a abrir las cortaduras cegadas por sus enemigos en los canales por donde tenían que pasar, no se concentraban en una sola de ellas y la hacían mucho más ancha y profunda? Sobre todo porque, jornada tras jornada, siempre les cegaban todas de nuevo. Es factible pensar que la respuesta está en que desconocían el concepto de ciudadela fortificada al estilo europeo. O, en otras palabras, no se decidieron por

transformar una ciudad lacustre, comunicada con tierra firme mediante calzadas, en una verdadera ciudadela fortificada rodeada por agua a modo de foso. Quizá no les dieron tiempo.

Después de las primeras semanas de conflicto, localidades como Mexicatzingo, Cuitláhuac, Culhuacan y Mizquic, entre otras, se decidieron por ayudar a Cortés en su lucha, toda vez que estaban recibiendo daño por parte de los aliados cortesianos de Chalco. Más valía participar de la derrota mexicana antes de que fuera demasiado tarde, parece que pensaron. Estas palabras de Cortés parecen indicar que los aliados no solo estaban ayudándole directamente en la guerra en la propia laguna o bien sirviendo de apoyo logístico en los campamentos base en tierra firme, sino que también existía una segunda barrera defensiva, en este caso protagonizada por las poblaciones chalcas, que siguieron presionando al resto de poblaciones de la zona meridional del lago, es decir aquellos que deseaban mostrarse neutrales en el conflicto.

Los nuevos aliados fueron utilizados por el de Medellín como constructores: con su fuerza de trabajo y sus canoas, transportaron los materiales necesarios como para edificar en la gran calzada de Coyohuacan un enorme campamento, con decenas y decenas de chozas bien terminadas, de madera y adobes, capaces de aguantar las inclemencias de la estación lluviosa. El de Medellín asegura que el nuevo arrabal levantado en poco tiempo tenía varios cientos de metros de largo, puesto que se había levantado en función de las características físicas de la calzada, y había dejado en medio paso para los hombres y los caballos. Era tan grande que, además de la gente aposentada en el campamento base de Coyohuacan, donde se alojaban los indios aliados, aquel otro avanzado podían habitarlo 2000 personas de continuo. El movimiento era constante entre uno y otro, pues estaban separados por legua y media, asegura Cortés. Asimismo, se procuró que con estas incorporaciones mejorase la dieta de la gente a base de solicitar a las localidades ribereñas suministro de pescado y cerezas del país, de las que había suficientes como para abastecer al duplo de gente, señala el caudillo. En cambio, Bernal Díaz se quejó de que en su campamento apenas se notó la mejora de la alimentación, pues los aborígenes llevaban «muy poca y de mala gana».[24]

Cortés mantuvo la presión otra semana, hasta el 23 de junio, y causó tantas bajas a los mexicanos con las ofensivas diarias que todos rogaban por que los enemigos «cada hora se movieran a acometernos con la paz, la cual deseábamos como a la salvación, y ninguna cosa nos aprovechaba para

atraerlos a este propósito». Frases como esa demuestran la tensión vivida y lo duro de los combates. Pero si ya era difícil mantener controlados sus ataques en la calzada de la que se hacía cargo junto con Olid, mucho más complicado era coordinar esfuerzos con otros comandantes como Sandoval y, sobre todo, con el imprevisible Pedro de Alvarado. En esos momentos se demostró, por si había dudas, la importancia no solo de los bergantines, sino también de las canoas, de las que no menos de 3000 servían a Cortés a ambos lados de la calzada de Coyohuacan.

La nueva táctica consistente en ir cegando las brechas de la calzada al tiempo que se derribaban albarradas —mientras también se derrocaban las casas sitas a los lados de las principales vías de entrada a México-Tenochtitlan— para evitar contratiempos al regreso de los combates a las posiciones de origen mostró sus ventajas tras un incidente grave vivido por Alvarado y sus hombres. Díaz del Castillo lo relata con prolijidad, sin ahorrarnos un comentario esencial: «nuestros amigos de Tlaxcala nos ayudaban en toda la guerra como muy varones». El impetuoso Alvarado, al comprobar que los mexicas ya no efectuaban contraataques tan poderosos como los de antes cuando ellos se replegaban por la calzada, consintió en que la mitad de los caballos adelantase posiciones hasta su campamento de primera línea de ataque. Entonces, en torno al 19 de junio, los hombres de Alvarado fueron atacados por tres regimientos mexica: dos les hicieron frente por la calzada y por las partes de la ciudad que ya habían empezado a derrocar, pero un tercero los copó al alcanzar la calzada a espaldas de los atacantes castellanos y sus aliados, pues los desembarcaron sus canoas. Gracias a los aliados y los jinetes, Alvarado pudo limpiar de enemigos la calzada a sus espaldas, mientras él mismo y el resto de su gente encararon a los contrarios posicionados por delante de ellos, que comenzaron a retraerse y fueron abandonando sus dos primeras albarradas defensivas e, incluso, un canal. Motivados por lo que creían una retirada general, los hombres de Alvarado vadearon la vía de agua, en la que no había trampas subacuáticas, y siguieron un enloquecido avance hasta volver a encerrarse en una parte de la ciudad que no había sido derrocada. Entonces, de pronto, se vieron de nuevo cercados por todas partes por una masa ingente de guerreros, que les lanzaban todo tipo de proyectiles también desde las terrazas. Aunque lo peor estaba por llegar. Los mexicas habían obstruido con sus canoas llenas de guerreros el canal por donde antes habían pasado los españoles, pues era enorme —Cortés señaló que la calzada había sido derrocada en un espacio de 60 pasos de largo por 3 o 4 metros de hondo para crear aquella cortadura—, de modo que el

grupo de Alvarado se vio obligado a retroceder para buscar otra vía de paso. El único camino posible consistía en vadear un nuevo canal, pero en este sí existían hoyos excavados en el agua y muchos hombres cayeron en ellos; además, multitud de canoas acechantes se les echaron encima y consiguieron atrapar cinco castellanos, que presentaron ante Cuauhtémoc. Por cierto, los bergantines de apoyo no pudieron alcanzar aquella posición al estar los restantes canales de acceso llenos de estacas que impedían la navegación, ya que había riesgo de zozobra si continuaban. Todo indica una estratagema muy bien orquestada en la que Alvarado fue totalmente engañado. Es más, cuando los bergantines se acercaron, desde las azoteas les lanzaron tal cantidad de flechas y piedras que mataron a dos remeros e hirieron a numerosos españoles. El propio Bernal, que cayó en uno de los hoyos, relató de manera dramática, y de primera mano, las sensaciones del combate en semejante escenario:

[...] de mi digo que ya me habían echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro señor Jesucristo me dio esfuerzo para que a buenas estocadas que les di, me salvase, y bien herido en un brazo; y como me vi fuera de aquella agua en parte segura, me quedé sin sentido, sin me poder sostener en mis pies y sin huelgo ninguno; y eso causó la gran fuerza que puse para me descabullir de aquella gentecilla, e de la mucha sangre que me salió.

Unas veces eran guerreros valientes los mexicas para Cortés, pero otras «perros rabiosos». Ahora Bernal Díaz los tacha de «gentecilla». Sin duda, la guerra era más complicada de lo que hubieran podido sospechar y los peligros que arrostrar tan enormes que el recurso de la burda descalificación del contrario también se usó. En cambio, el cronista Alva Ixtlilxóchitl recuerda que en este lance se salvaron numerosos españoles porque el coste en vidas lo pusieron los indios auxiliares, más en concreto los tetzcochanos. El príncipe Cuauhtlitzac, que acompañaba en la lucha a Pedro de Alvarado, cubrió en buena medida su retirada, «aunque costó la vida á muchos naturales amigos». [25]

Por su lado, el mando ejercido por Alvarado siguió siendo discutible. Según Bernal Díaz, todos los jinetes, menos uno de los incorporados con el grupo de Narváez, se habían dedicado a derrotar a los mexicas que les copaban por la espalda a la vuelta al campamento de Tlacopan, pero, entonces, ¿a quién delegó Alvarado el mando para lanzar aquella ofensiva tan mal pensada? Porque se supone que este dirigía la caballería. ¿O fueron los propios hombres quienes se ofuscaron e intentaron acabar aquella guerra ellos solos y por su cuenta? El caso es que solo un caballero participó en el vadeo

del canal antes descrito y acabó muriendo junto con su montura. Por suerte, los participantes en el ataque fallido pudieron regresar y merced a la artillería se les hizo fuego a sus perseguidores desde el propio campamento de Tlacopan. La sensación transmitida por el relato de Díaz del Castillo es la de unos mexicas perseguidores hasta la propia ciudad ribereña y recorriendo la calzada en toda su extensión. Cuando Cortés se enteró del nuevo desaguisado protagonizado por Pedro de Alvarado le escribió muy enojado y le recomendó que no olvidara la nueva táctica impuesta en aquel tipo de conflicto: debía cegar cualquier vía de agua abierta por el contrario cuando se la ganaran para poder mantenerla abierta a espaldas de la ofensiva. De esa manera, siempre tendrían una vía de escape.

Alvarado tuvo seis muertos, además de un caballo, sin contar los dos remeros de la flotilla de bergantines también caídos. Ocho hombres, pues. Díaz del Castillo explica que se tardaron cuatro días, con muchos trabajos y peligros, en cegar la gran abertura que los mexicas habían realizado en la calzada de Tlacopan y pudieron recuperar de esa forma su posición estratégica en la misma. También atendió el consejo de Cortés de ocupar con una posición adelantada y reforzada dicha vía de entrada a México-Tenochtitlan, manteniendo los caballos que pudiesen desplazar a primera línea constantemente ensillados y con los frenos puestos, día y noche. Los hombres velarían la posición por capitanías y se repartirían el tiempo de vigilancia en tres rondas. De hecho, también habría tres turnos para pelear y cegar la calzada: mientras un turno se dedicaba a esta última tarea, las otras dos capitanías lucharían. Los mexicas hacían lo mismo, asegura Bernal Díaz: los controlaban desde una nueva albarrada y parapeto que levantaron, además de romper la calzada por delante de ellos a modo de cortadura. Es decir, recompusieron una nueva línea de defensa para mantener la guerra de desgaste que ellos también habían aceptado. Por eso, Cortés era reacio a perder hombres, sobre todo españoles. Los aborígenes velaban de la siguiente forma: hacían una lumbre enorme, pero se situaban bastantes pasos atrás, de esa forma podían observar si alguien se acercaba, pero no eran vistos por sus enemigos. Además, procuraban comunicarse mediante silbidos, sin hablarse entre ellos ni hacer demasiado ruido. Tal práctica venía dada por el hecho de que tanto un bando como el otro se disparaban constantemente, con sus escopetas y ballestas los españoles, flechas, jabalinas y piedras los indios, a bulto. Ninguno de los dos contendientes se hacía demasiado daño, pero obligaba a los hombres a estar en constante tensión y cuidado. Una manera como otra cualquiera de aumentar el cansancio del contrario.

Así, jornada a jornada se mantuvo la pugna. Se batallaba todo el día para intentar ganar a los mexicas la albarrada de turno, protegida por su correspondiente foso, es decir, una sección de la calzada excavada y con mayor o menor profundidad. Pero cuando llegaba la hora de regresar a la posición original al atardecer, no se acababa por ello la lucha. Nuevos escuadrones del enemigo perseguían a los hispanos hasta sus campamentos. Entonces, se impuso un tipo de repliegue que Díaz del Castillo explica perfectamente: en formación cerrada, procuraban retroceder haciendo rostro al contrario, «unos ballesteros y escopeteros soltando y otros armando», mientras no dudaban en echar a la laguna a los indios aliados, en lugares donde pudieran quedar a salvo, pues se trataba de maniobrar sin estorbos, conocedores del deseo mexica de aprovecharse de la masa de gente en retroceso para poder «tomar[nos] en medio ó atajar algunos de nosotros». Una vez más, la presencia de los bergantines, que disparaban a las canoas y a las azoteas desde donde también eran acosadas las tropas hispanas, fue crucial. Después de semejantes experiencias de combate, repetidas a diario, a los hombres les esperaban en sus campamentos el aceite hirviendo para cauterizar sus heridas y taparlas con mantas de la tierra y cenar tortillas y yerbas e higos, «y luego íbamos a velar a la abertura del agua, como dicho tengo, y luego a otro día por la mañana: ¡sus! ¡a pelear! porque no podíamos hacer otra cosa». Con gracia escribe estas terribles palabras Díaz del Castillo, alabando a su manera a sí mismo y a los suyos, pero de manera indirecta también a los mexicas, que hicieron todo lo posible por vender cara su vida y la conquista de su ciudad.

Por otro lado, Cortés logró vengarse aquellas jornadas de la celada sufrida por sus bergantines y que había causado la muerte de dos de sus capitanes días atrás. Lo explica con satisfacción Bernal Díaz. Tras atrapar a dos señores mexicas que, en una de sus canoas, dirigían la obtención de agua o bastimentos para los sitiados, después de entregarles ropa y prometerles que al caer la ciudad les concedería tierras y les mantendría su rango, ambos revelaron a Cortés los planes de los suyos, puesto que preparaban una nueva trampa con 40 canoas escondidas en los cañaverales. Esta vez el caudillo extremeño no se iba a dejar sorprender, sino que serían ellos quienes tendiesen la celada. Con ese plan en la cabeza, destinó 6 bergantines a esconderse en determinado paraje durante la noche y cubrirse con ramas y el séptimo a navegar en dirección a la zona donde se les había dicho que estarían las canoas mexicas al acecho. Y así se hizo. Con ambos mexicas traidores a bordo, el bergantín se fue moviendo por el lago hasta advertir la presencia de

dos canoas que iban a actuar como cebo. Estas se fueron apartando del bergantín mientras este seguía su estela, pero, en un momento dado, en lugar de continuar su persecución, al haber sido su capitán informado del sitio exacto de la celada, comenzó a retraerse lentamente como no queriendo llegar a tierra y se dirigió al punto donde estaban sus seis compañeros escondidos. Advertidos los mexicas de que el bergantín trampa estaba muy cerca de ellos, pero no acababa de alcanzar su posición, salieron de todas formas en su persecución con todas sus canoas hasta dirigirse al lugar donde les esperaban las otras 6 cañoneras hispanas camufladas. La operación fue un éxito total. Los mexicas, tomados por sorpresa, vieron perder la mayor parte de su flotilla y las tripulaciones, de modo que, desde entonces, ya no se atrevieron a usarlas a la vista de las calzadas tomadas por los españoles y sus aliados.

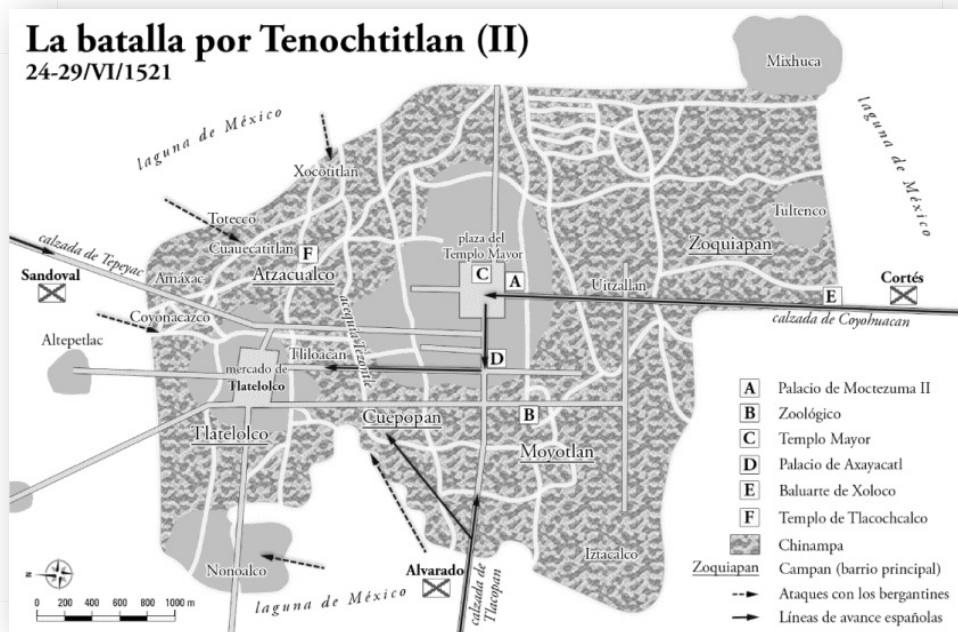
### **Del 24 al 29 de junio de 1521<sup>[26]</sup>**

**2**4 de junio de 1521. Un año atrás, Cortés regresaba victorioso tras derrotar a Pánfilo de Narváez en Cempoallan, aunque su ánimo estaba, sin duda, alterado por las noticias que le habían llegado acerca de la situación límite que vivía Pedro de Alvarado y los suyos encerrados en México-Tenochtitlan. Ahora parecía como si la historia se fuera a repetir. Se veía de nuevo en la necesidad de reprender al impetuoso comandante, pero, de nuevo, el caudillo extremeño fue cauto con su subordinado. Un hombre peligroso, se mire por donde se mire. Cortés hizo gala de sus recursos y, tras entender el mérito y el alcance de la enorme incursión realizada en la gran urbe mexicana por parte de Alvarado y sus hombres, tanto castellanos como indios auxiliares, decidió alabar lo conseguido y olvidar a los fallecidos, aunque le pesara enormemente. Mientras él mismo se había señoreado del recinto sagrado mexicana en dos ocasiones, e incluso había comenzado a ocupar la mayor parte del barrio de Moyotlan en dirección a la calzada de Tlacopan, no deberíamos olvidar, o reconocer, que pudo hacerlo, en parte, gracias a la presión que Sandoval y Alvarado, además de la de los bergantines, habían hecho de forma simultánea en el resto de la ciudad. Mientras este último peleaba en la zona conocida como Cuepopan, al oeste de la urbe, Sandoval lo hacía desde el norte, por Tlatelolco.

La nueva estrategia de Cortés iba a consistir en conseguir conectar la parte de la ciudad ganada desde la calzada de Coyohuacan con la de Alvarado para, posteriormente, incidir desde esta última hacia Tlatelolco y dejar de lado la



zona del este, Atzacualco, a salvo de combates terrestres, si bien la presión desde el lago continuaría. En esas últimas jornadas, tras reunir hasta 100 000 guerreros indios aliados asegura Cortés, el caudillo extremeño se decidió por continuar presionando la ciudad por tres o cuatro lugares al mismo tiempo; dividió los bergantines de los que disponía en aquel frente en dos escuadras: cada una estaría formada por 1500 canoas y 4 y 3 bergantines, respectivamente, para bloquear la ciudad por la calzada del sur «y quemasen e hiciesen todo el más daño que pudiesen». Sería entonces cuando, una vez alcanzado de nuevo el interior de la urbe, intentaría contactar con el avance de Alvarado desde su calzada; para ello, después de forzar el paso por tres puentes en dirección a Tlatelolco, se decidió por dividir su gente en tres grupos, que tomarían otras tantas calles, cada uno con 60 o 70 infantes europeos y algo más de 10 000 indios aliados, al tiempo que dejaba algunos jinetes en la retaguardia, como se hacía siempre, para impedir sorpresas y ayudar en la retirada si era necesario.



Así, las postreras jornadas antes de llegar al día de san Juan se habían distinguido por un tenso batallar, espoleados tanto Alvarado como el propio Cortés por sus hombres, según explica el caudillo, para ver cuál de los dos grupos llegaba antes al mercado de Tlatelolco, pues todos eran conscientes de que si caía aquella zona la guerra habría acabado. Pero el de Medellín seguía siendo cauto. Puede que porque aquellos días había tenido cuatro muertos y una treintena de heridos al vadear una acequia, según Díaz del Castillo, quizá por que confiaba más en su táctica de ataque y repliegue y en esperar

acontecimientos. En todo caso, justificó de la siguiente forma no querer avanzar hacia el interior de la ciudad demasiado de prisa:

Y yo dilataba de meterme más adentro de la ciudad: lo uno, por ver si revocarían el propósito y dureza que los contrarios tenían, y lo otro, porque nuestra entrada no podía ser sin mucho peligro, porque ellos estaban muy juntos y fuertes y muy determinados a morir.

Además, porque los aledaños del mercado de Tlatelolco debían ganarse con la táctica propuesta por Cortés y eso exigía tiempo, ya que debían volver a enfrentarse a «infinitas azoteas, puentes y calzadas rotas, y en tal manera, que en cada casa por donde habíamos de ir estaba hecho como isla en medio del agua», escribió el de Medellín.

¿Qué ocurría mientras tanto con los mexicas? En los *Anales históricos de Tlatelolco* se explican las últimas escaramuzas de finales de junio, cuando los mexicas defendieron Nonoalco, es decir, la zona noroeste de la ciudad, ya en Tlatelolco, de los primeros avances de los bergantines y canoas al servicio de Gonzalo de Sandoval, así como la isla de Mazatzintamalco, unida a tierra firme por Chapultepec pero que, sobre todo, podía presionar una de las dos calzadas cuyo punto de partida era Tlacopan, en concreto, la que iba a parar a la gran plaza central —la otra llevaba directamente a Tlatelolco—. Lamentaban la pérdida del islote de Iztacalco, zona de chinampas productora de alimentos, y más aún el sometimiento de las gentes de Utacalco a los españoles, lo que les proporcionaba ayuda. También perdieron Acachinanco. En cambio, los tlatelolcas lucharon por recuperar la isla de Mazatzintamalco y con sus canoas atacaron sin descanso. Justo entonces, cuando se combatía ya en las cercanías de Uitzallan, los mexicas sufrieron una segunda desavenencia interna muy importante. En esta fuente se asevera que, una vez los españoles habían tomado la gran plaza central, Cuauhtémoc había ordenado que la imagen de Huitzilopochtli fuese llevada a buen recaudo y la depositaron en Tlatelolco, en la llamada «casa de los jóvenes» del barrio de Amáxac. El propio *tlatoani*, junto con la población superviviente de la zona invadida de México-Tenochtitlan, se refugió en la zona septentrional y ocupó las casas y terrazas libres de Tlatelolco, no sin llevarse sus bienes más apreciados. Fue entonces cuando se produjo un duro debate —o sedición— interno, seguramente por la manera de encarar la guerra:

¡Sucedió que mataron a Cuauhnochtli [Tuna de Águila], nuestro hermano mayor de Tlacatecco [arsenal central de México-Tenochtitlan], después a Cuapan, nuestro hermano mayor del Uitznáuac, después a los sacerdotes que quemaban incienso en Amatian, y al sacerdote que quemaba incienso en Tlalocan!

Se lee en los *Anales*. Hugh Thomas, citando al cronista Alvarado Tezozómoc, aunque sus informaciones pueden referirse al momento de la Noche Triste y días posteriores, aporta que tal vez en esos instantes de zozobra muriesen otros dos hijos de Moctezuma, Axayaca y Xoxopehualoc, que encabezaron una nueva facción defensora de la búsqueda de una paz concertada con Cortés. En represalia por su ejecución, sus partidarios asesinaron a su vez a los sacerdotes de los templos de Huitzilopochtli y de Tezcatlipoca.<sup>[27]</sup>

Es interesante una información aportada por Cervantes de Salazar acerca de la manera de guerrear mexicana una vez tomada la plaza central de México-Tenochtitlan. Asegura este cronista que entonces, al comprobar que los iban arrinconando, o bien por defenderse mejor en los canales que daban acceso al centro de la urbe, los tenochcas «comenzaron a hacer tabladitos en el agua, en la cual entraban más de una braza, y sobre ella tenían de alto dos paredes y de allí se defendían y ofendían. Aprovechóles mucho, aunque no para más de entretenerse en su porfía algunos días más».<sup>[28]</sup> De esa forma, y a pesar de los reiterados ataques de los bergantines y de las canoas aliadas, pudieron resistir otro mes y medio. Al mismo tiempo, la solución hallada por los mexicanos nos indica el acierto de la estrategia cortesiana de, en un momento determinado, comenzar a ganar terreno en la ciudad aun a costa de su destrucción.

En aquellos días, la épica de guerra fue abandonando a los tenochcas, que fueron reemplazados por los guerreros de Tlatelolco en el imaginario resistente. Si bien Cuauhtémoc siempre fue defendido como un eficiente jefe militar, en cambio algunos de los suyos fueron acusados en los *Anales históricos de Tlatelolco* de traidores, en especial todos aquellos que se pasaron al contrario al intentar ser confundidos como habitantes de las ciudades ribereñas ya controladas como Azcapotzalco, Coyohuacan, Tenayocan o, incluso, de Cauhtitlan. Los informantes del padre Sahagún mencionan algunas hazañas habidas en las luchas entre los hombres de Alvarado y los guerreros de Tlatelolco en la zona de Nonoalco. Cuando, tras varios días sin grandes resultados Alvarado envió a todos sus bergantines a apoyar un ataque de sus infantes. Al ver que sus compatriotas se escondían y no reaccionaban, un guerrero, Tzilacatzin, se adelantó y derribó a varios enemigos a pedradas. Ante su ejemplo, otros combatientes lo secundaron y consiguieron hacer retroceder a los hombres de Alvarado y sus aliados. Lo interesante del caso de Tzilacatzin fue que, siendo ya reconocida su valía por el adversario, este intentó matarlo, pero para poder evitarlo el guerrero tlatelolca se disfrazaba: unas veces aparecía con tocado de guerra típico de un

guerrero *otomítl*,<sup>[29]</sup> con la cabeza descubierta, es decir, «se ponía la cabellera de manera que no le viesen ni le conociesen», en otras pugnó con armas de algodón —pero quizá como un soldado de menor rango—, porque en otras ocasiones apareció con un tocado propio de un guerrero de élite, ya que portaba un bezote y unas orejeras de oro, o bien un collar de cuentas de caracol. Por último, también se colocó «un casco de plumas, con un rapacejo abajo, con su colgajo del Águila que le colgaba el cogote. Era el atavío con que se aderezaba el que iba a echar víctimas al fuego».<sup>[30]</sup>

Otros guerreros aventajados de aquellos días fueron Temoc y Tzoyec.<sup>[31]</sup> Ambos aparecen mencionados en un contexto de batalla que perduró durante un día entero, cuando «Había muertos de un bando y de otro. Los enemigos eran flechados todos. También todos los mexicanos. De un lado y de otro hubo gran pena». Así se siguió batallando hasta que los españoles se convencieron de la imposibilidad de romper las filas del contrario, cuando retrocedieron hasta sus cuarteles para reposar, mientras sus aliados les siguieron vigilando la retaguardia.<sup>[32]</sup>



El valiente campeón mexica Tzilacatzin hizo frente solo a un ataque de los conquistadores. Evitó que estos, que atraviesan una vía de agua, llegaran al otro lado. Rechazó el asalto enemigo lanzando grandes pedruscos. *Códice Florentino* (s. XVI).

También en los *Anales históricos de Tlatelolco* se hace referencia a cambios en los tocados de guerra tradicionales, seguramente para confundir al enemigo, aunque el fragmento puede que admita, asimismo, una posible lectura en el sentido de no significarse tanto por miedo a ser abatido, pues las armas de fuego portátiles y las ballestas podían matar a distancia:

Y las gentes de Tenochtitlan, los que eran sus guerreros valerosos que recaudaban el tributo, se pelaron la cabeza; y los oficiales achcauhtli se cortaron todos el pelo. Y los guerreros tonsurados y los oficiales otomís que tienen la costumbre de cubrirse la cabeza con tocado no se dejaron ver así durante todo el tiempo en que nos estuvieron combatiendo.<sup>[33]</sup>

De todas formas, no debemos olvidar que las acusaciones de cobardía también se hacen presentes en este texto, cuando los tenochcas desaparecen de los combates y sus propias mujeres se lo reprochan, pero proceden de habitantes de una antigua ciudad libre, Tlatelolco, que fue controlada y asimilada a su lógica imperial por parte de Tenochtitlan en el siglo XV, no sin que se diesen momentos de tensión, como en 1431 y 1473. Ese rencor parecía seguir latente en el ánimo de los habitantes de Tlatelolco. En realidad, la guerra había acabado ya con Tenochtitlan, pero no así con la ciudad hermana de Tlatelolco. Desde ese momento, el centro del poder mexica tuvo como sede a esta última. Es más, según algunas tradiciones, su líder desde 1515, pues Cuauhtémoc era *tlatoani* de Tlatelolco desde dicha fecha, simplemente regresó a su «ciudad» para terminar de dirigir desde ella la resistencia. Ese extremo puede ponerse en duda, puesto que Moctezuma II era *tlatoani* de México-Tenochtitlan sin discusión posible y Tlatelolco se hallaba sometida. Es más, fray Bernardino de Sahagún informaba de que, desde la derrota de Moquihuix, no había un *tlatoani* en Tlatelolco, sino que la urbe asimilada se gobernaba mediante delegados que él llama consulares, mientras que tanto Alvarado Tezozómoc como fray Diego Durán afirman en sus obras que el palacio y el templo de Tlatelolco quedaron abandonados y sucios tras la derrota de Moquihuix y que así seguían cuando llegó Cortés con su hueste. Como escribe Carlos Santamarina:

En conclusión, parece confirmado el hecho de que el *altépetl* mexica-tlatelolca no llegó a recuperar la condición de *tlatocayotl*, sino que, a la llegada de los españoles, Tlatelolco seguía bajo un régimen de *cuauhtlatocayotl*, la autoridad del *huey tlatoani* tenochca delegada en altos mandos militares o *cuauhtlatoque* (*tlacatecutli*, *tlacochcalcatl*).<sup>[34]</sup>

Cuauhtémoc fue uno de esos *cuauhtlatoque* que, por mor de la guerra entablada, acabó siendo el nuevo *tlatoani*.

Díaz del Castillo relata que, tras los últimos lances, fueron los mexicas quienes, para conmemorar el aniversario de la entrada de Cortés en México-Tenochtitlan un año antes, el 24 de junio de 1521 organizaron un ataque conjunto contra las posiciones hispanas en las tres calzadas. Una multitud de guerreros atacó el campamento de Alvarado sito en la calzada a modo de avanzadilla y, si no fuera porque los 120 castellanos que allí estaban aposentados, siempre en guardia, los rechazaron, hubiera podido hacerse con el campamento. No menos de 15 hombres resultaron heridos de consideración, de los cuales 2 murieron ocho días más tarde. Cortés también tuvo heridos y algunos muertos, aunque no señala cuántos, y lo mismo ocurrió en la calzada donde batallaban Sandoval y los suyos. El ataque se repitió al día siguiente con la misma intensidad y cayeron muchos guerreros del contrario. Con todo, Cuauhtémoc volvió a atacar al grupo de Alvarado, que se había introducido con más ímpetu en dirección al mercado de Tlatelolco, pero también quien habían tenido más bajas. La situación fue muy delicada. Bernal Díaz explica que el ímpetu del ataque del contrario, merced a su enorme número, los llegó a tener casi vencidos al atacarlos por dos partes a la vez. La formación de combate hispana estaba descompuesta hasta que, con su esfuerzo y la ayuda divina, en ese orden, «nos tornamos a hacer un cuerpo y nos mampamos algo con los bergantines, y a buenas estocadas y cuchilladas, que andábamos pie con pie, les apartamos algo de nosotros». Mientras, los jinetes y los escopeteros y ballesteros consiguieron evitar que los cercasen por la espalda. En aquel enfrentamiento mataron a ocho hombres e hirieron a una multitud, incluido Alvarado, que acabó descalabrado. Pero los mexicas, de nuevo, tuvieron muchas bajas y se tomaron prisioneros a cuatro de sus oficiales. Y un añadido final que no por repetido, deja de ser un tanto perturbador: en tales lances, Bernal Díaz insiste en que los aliados no siempre les eran de utilidad, pues al ser una gran multitud les estorbaban a la hora de pelear. Por ello, insiste en que más de una vez se veían obligados a arrojarlos de la calzada para hacerse ellos hueco y les instaban a que se volviesen a Tlacopan, es de suponer que retomando la calzada en otro lugar, donde no estorbasen, al salir del agua.

Llegados aquí, Díaz del Castillo hace recuento de las bajas mortales hispanas habidas hasta entonces en el grupo de Alvarado y asegura que fueron 20. Según mis cálculos, basados en los testimonios del propio cronista, habrían sido 29, contando los heridos fallecidos más tarde y los 5 castellanos que los mexicas se llevaron, presumiblemente, para sacrificarlos. En las batallas en los días previos al inicio del sitio, sobre todo en la lucha en los

peñoles, Xaltocan o Xochimilco, hubo entre 27 y 29 bajas mortales. En cualquier caso, una sesentena de víctimas castellanas, sin contar las habidas en el sitio entre los hombres de Cortés y Sandoval, fue el resultado final de una suma tan terrible, si bien la de los indios aliados y de los propios mexicas apenas si se puede intuir.

Aunque esta cifra podría aumentar si tenemos en cuenta otras fuentes. Los informantes del padre Sahagún aportaron muchos datos de la presión que desde el lago hacían sobre Tlatelolco los bergantines de Sandoval y Alvarado. Era habitual que atacasen en grupos de dos bergantines, cuando incursionaban en las zonas cercanas al lago para ir quemando casas y agotando al contrario. A menudo, sin la ayuda de indios aliados, se realizaba un desembarco y los españoles disparaban sus ballestas y escopetas, pero los guerreros de Tlatelolco, como en el caso del ataque a Yauhtenco, «agaçapávanse y ascondíanse detrás de las paredes y de las casas. Y los capitanes estaban mirando cuándo sería tiempo; començaron a dar grita para començar la pelea». En otra ocasión, una de esas incursiones se saldó con la prisión de 15 españoles, mientras sus compañeros huían en sus embarcaciones lejos de tierra. Tras ser desarmados y despojados de sus ropas, fueron inmolados en el templo Tlacoachcalco Cuauhquiyáoac ante la efigie del dios Macuiltótec. Situado en el patio del templo principal de Huitzilopochtli, en dicho espacio se veneraba al dios Macuiltótec, nada menos que la divinidad de los guerreros difuntos y era habitual que se le sacrificasen grupos de cautivos en fiestas señaladas. En aquella ocasión, la ofrenda era de calidad: los odiados invasores.<sup>[35]</sup> Ahora bien, dicha acción pudo haber ocurrido en días posteriores, en la batalla del 30 de junio de 1521, cuando Cortés fue derrotado por completo y sufrió una gran cantidad de bajas, como se explicará a continuación. El problema es que ningún cronista recoge con esta precisión los caídos procedentes de las embarcaciones atacadas en Tlatelolco. De hecho, la mención que se hace de este asunto por parte de las fuentes recogidas en *Visión de los vencidos* de M. León-Portilla eleva a 18 el número de cautivos españoles, todos los cuales fueron despojados de sus armaduras de algodón y, ya preparados, fueron inmolados a continuación a la vista de sus compatriotas, que observaban la escena desde sus embarcaciones.<sup>[36]</sup>

Los informantes de Sahagún relatan otros ataques propios de una guerra sorda, alejada del centro principal de los combates en las calzadas. En otra incursión, también protagonizada por dos bergantines, sus tripulantes entraron por el barrio de Xocotitlan y fueron rechazados por Tzilacatzin, que les obligó a reembarcarse. Incluso en otra oportunidad, llevada a cabo por Rodrigo de

Castañeda, este desembarcó en el barrio de Coyonacazco, donde al poco logró matar a uno de sus adversarios con un disparo de su ballesta, cuya saeta le dio en la frente. Pero un grupo de aborígenes se abalanzó sobre él y todos cayeron al agua, aunque Castañeda se salvó de puro milagro gracias a la intervención de un bergantín. Fue Castañeda un personaje singular: peleaba con un tocado indio y al haber aprendido la lengua náhuatl, les decía groserías y gracias a los mexicas que, curiosos, se descuidaban lo suficiente como para que les apuntase con su ballesta y los matase. Así lo hizo con muchos, hasta el punto de que, una vez reconocido por los mexicas, le evitaban en el combate.<sup>[37]</sup>

De la misma manera que en Coyonacazco, algo parecido ocurrió en Tetenanteputzco y Totecco, barrios acechados durante varias jornadas por dos bergantines, que patrullaban todo el día, presumiblemente para impedir que saliesen canoas al lago en busca de suministros o agua, y se marchaban al caer la noche. Al final, decidieron realizar una incursión y llevaron consigo un refuerzo de aliados aborígenes. Avanzaron, una vez desembarcados, por un camino, llamado Cuauecatitlan, tan estrecho que tuvieron que ensancharlo con adobes, tierra y maderos para poder andar con mayor comodidad, pues la multitud de indios auxiliares era destacada. Es notable la descripción de la marcha de las tropas, banderas al viento con música de tambores y pífanos, y los indios detrás cantando, como también hacían sus contrincantes mexicas en sus guerras, señala la fuente. Al alcanzar un barrio llamado Tliloacan, los guerreros de Tlatelolco estaban agazapados y escondidos por miedo a la artillería, en espera de salir en el momento oportuno para iniciar la pelea, dirigidos por el *tlacatéccatl*<sup>[38]</sup> Ecatzin, quien, en poco tiempo, consiguió capturar a un español, uno de los sueños de los guerreros de México-Tenochtitlan.<sup>[39]</sup>

Aunque su estrategia de desgaste era correcta en líneas generales, también debemos atender al progresivo cansancio de sus hombres, los cuales no iban a soportar hasta el infinito unas condiciones de guerra tan duras, para poder entender la decisión de Cortés de intentar, mediante un golpe de mano, apoderarse del mercado de Tlatelolco. Díaz del Castillo asegura que el de Medellín se decidió solo cuando la mayor parte de sus oficiales, a quienes consultó, le dio una respuesta afirmativa. En aquella ocasión, no solo Olid, Sandoval o Alvarado fueron consultados, sino también Andrés de Tapia, Francisco Verdugo, el alférez Corral o el tesorero Alderete, a quien el de Medellín presentaba en su informe a Carlos I como uno de los más convencidos de la bondad de aquel plan. En su relato de los hechos, a toro pasado, Cortés se muestra más cauto y cede buena parte de la responsabilidad



de la toma de aquella decisión a la insistencia de sus oficiales. Una y otra vez, estos le habrían importunado con que les

entrásemos y tomásemos el mercado, porque ganado, a los enemigos les quedaba poco lugar por donde defenderse, y que si no se quisiesen dar, que de hambre y sed se morirían, porque no tenían qué beber sino agua salada de la laguna. Y como yo me excusaba, el tesorero de vuestra majestad [Julián de Alderete] me dijo que todo el real afirmaba aquello y que lo debía de hacer; y a él y a otras personas de bien que allí estaban les respondí que su propósito y deseo era muy bueno, y yo lo deseaba más que nadie, pero que lo dejaba de hacer por lo que con importunación me hacía decir, que era que aunque él y otras personas lo hiciesen como buenos, como en aquellos días se ofrecía mucho peligro, habría otros que no lo hiciesen. Y al fin tanto me forzaron, que yo concedí que se haría en este caso lo que yo pudiese, concertándose primero con la gente de los otros reales.

Se decidió lanzar una gran ofensiva el 30 de junio. Para prepararla, el día 29 Cortés escribió y, de hecho, envió a dos de sus colaboradores más cercanos a hablar con Alvarado y Sandoval para concretar la táctica para seguir. Como se trataba de avanzar con todos los hombres disponibles por las calzadas de Tlacopan y la de Coyohuacan, Sandoval cedería parte de su gente a Alvarado y este algunos de los suyos a Cortés. Una vez alcanzada la ciudad, el grupo de Cortés se abriría por fin paso hasta conectar con la zona de la urbe dominada por Alvarado y ambos atacarían en dirección al gran mercado de Tlatelolco, que tomarían y donde se harían fuertes, y trasladar sus campamentos avanzados a dicha posición. Era un plan muy arriesgado. Bernal Díaz, también a toro pasado, asegura que él mismo era de la opinión de otros muchos, que expresaron su temor a introducirse de manera demasiado profunda en la ciudad sin fuerzas suficientes como para guardar las calzadas, es decir, la salida para evacuar México-Tenochtitlan, pues los mexicas aún tenían bastantes guerreros como para frenar su ataque en la urbe y, al mismo tiempo, tomarles las calzadas llevando gente en las canoas. Esas réplicas al plan cortesiano implicaron, con su insistencia en que los bergantines no podían llegar a todas partes al existir barreras submarinas con estacas clavadas en el lecho del lago, que no solo se daba por buena la estrategia inicial de ir aniquilando la ciudad mediante ataques continuos, quema de barrios, presión en el lago y oportunas retiradas nocturnas, sino que también Cortés parecía haber olvidado la Noche Triste. O bien que este, al pretender lanzar una ofensiva en el aniversario de su peor descalabro, deseaba exorcizar de alguna manera tan aciaga fecha.

**30 de junio de 1521<sup>[40]</sup>**

**E**l domingo, 30 de junio de 1521, comenzó, una vez oída misa como se hacía a diario, la operación. Gonzalo de Sandoval lucharía en la calzada de Tlacopan junto con Pedro de Alvarado y se llevaría consigo 10 jinetes, 100 peones y 15 ballesteros y escopeteros de su hueste y dejaría al cuidado de la calzada de Tepeyac a otros 10 caballeros y, se presupone, a la mayor parte de los indios aliados que allá lo asistían. Sandoval y Alvarado debían, tras emboscar a algunos de los suyos en ciertas casas de la gran urbe, ordenar a la gente de su campamento que lo alzase y comenzara a retroceder como si estuvieran evacuando la calzada en dirección a Tlacopan, para luego, una vez los guerreros mexicas hubieran salido en su persecución, atacarlos por la espalda. Con la primera parte del plan materializada, Sandoval coordinaría el ataque que con los seis bergantines disponibles se pudiera realizar en dirección a la gran cortadura donde Alvarado había tenido su mayor derrota hasta la fecha. Una vez tomada esta, despejado el camino y cubierto con los materiales necesarios aquel enorme foso, ambos continuarían adelante cegando todos los demás canales, acequias o cortaduras realizadas por el enemigo que se encontraran en su camino hasta alcanzar el mercado de Tlatelolco. Un plan complejo y arriesgado, sin duda.

Por su parte, Cortés, que añadió a sus fuerzas 70 u 80 infantes de la hueste de Alvarado, avanzaría a su vez y, como ya hiciera en una jornada previa, dividiría a su gente en tres grupos para, de esa forma, poder cubrir las tres vías principales que le conducirían a Tlatelolco: uno, dirigido por el tesorero Alderete, con 70 hispanos, 8 jinetes y 15 000 o 20 000 aliados; otro, comandado por Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia, con 80 hispanos y 10 000 indios aliados, dejando en su guarda dos cañones de hierro con 8 jinetes para custodiarlos; y el tercero, donde se hallaría el propio Cortés, contaría con 8 caballos, 100 infantes, entre los que habría 25 ballesteros y piqueros, además de una pieza artillera de campaña e «infinito número de nuestros amigos». Aunque algunos españoles, una docena, llevaban azadones, sin duda se trataba de quienes dirigirían el trabajo de los millares de gastadores indios, pues el caudillo extremeño, si algo tenía claro, era que a sus espaldas no debía quedar sino camino llano.

Al poco comenzaron los combates. Mientras Sandoval avanzaba con su gente, Alvarado les ganó a los mexicas una cortadura y su correspondiente albarrada, aunque a costa de muchos castellanos heridos, uno de los cuales murió al cabo de unos días, así como de los aliados, pues más de un millar de tlaxcaltecas acabó descalabrado. Cortés, por su lado, hizo detenerse a la gente de caballería que con él marchaba en la entrada de una de las calles, algo

angosta, por donde avanzaron en dirección al mercado de Tlatelolco. Desmontado, acompañado solo por los infantes y algunos aliados, hizo transportar un tiro de campo y con la pieza y el concurso de ballesteros y escopeteros logró reducir la defensa que se le hacía desde una primera albarrada. Poco después, atravesaron dos o tres pequeños canales en esa misma calle, mientras los indios aliados tomaban las azoteas del entorno y les protegían para evitar que el contrario les ofendiese desde una posición aventajada. Cortés fue cogiendo confianza, pues el avance parecía todo un éxito. No obstante, decidió enviar a un grupo de aliados calle adelante, después de haber tomado dos puentes y sus respectivas albarradas, mientras él mismo con 20 castellanos se retraía para apoyar a otro grupo de aliados que peleaba en otra parte con los mexicas, y a veces se retiraban ante su empuje, por lo que el apoyo hispano servía para enderezar sus líneas y evitar que decayera la presión. Según Cervantes de Salazar, los guerreros aliados «hicieron maravillas, matando hombres, deshaciendo albarradas, ganando puentes y destruyendo casas». Pero el entorno no les era tan conocido como el sector de la ciudad que iba a parar a la plaza central, ya que en aquella parte no se había combatido con anterioridad. Las calles, además, eran mucho más estrechas y no había edificios derruidos como en la propia Tenochtitlan transitada por ellos hasta entonces. La situación exigía cautela. Pero no la hubo.

Desde una especie de isleta entre varios canales, como la define Cortés, permitió que parte de sus tropas europeas siguiese el alcance que se les daba a los mexicas por parte de los tlaxcaltecas y demás aliados, mientras procuraba que a sus espaldas el camino quedase expedito, puesto que se habían adentrado mucho en la ciudad, tanto, de hecho, que los hombres de su avanzada le mandaron recado explicando que oían muy cerca a la gente de Alvarado y Sandoval pugnando con el contrario para tomar el mercado de Tlatelolco. Aquí difieren las crónicas. Cortés señala que los suyos fueron advertidos para que no olvidasen cegar perfectamente todos los canales o acequias encontrados en su camino y, al no fiarse demasiado del éxito de su avanzada, él mismo fue a comprobarlo y se encontró con una cortadura de casi 3 metros de profundidad y algo más de 12 de anchura, apenas cubierta de maderos y cañas para cegarla,<sup>[41]</sup> por donde habían transitado los hombres del tesorero Alderete, aunque con mucho cuidado. Las circunstancias cambiaron de golpe. Los mexicas contraatacaron y un gran número de efectivos del grupo de Alderete intentó retroceder a toda prisa por la cortadura tan mal obstruida y en apenas un instante,

y ya que yo estaba junto al agua, halléla toda llena de españoles e indios, y de manera que no parecía que en ella hubiesen echado una paja; y los enemigos cargaron tanto, que matando en los españoles, se echaban al agua tras ellos; y ya por la calle del agua venían canoas de los enemigos y tomaban vivos los españoles,

escribió Cortés, angustiado.

En la versión de Díaz del Castillo, Cortés, ensoberbecido por una victoria percibida como muy cercana, cometió el error de mantener demasiado tiempo el alcance que con su gente le estaba dando a los mexicas, quienes, de vez en cuando, se frenaban en su huida para hacerles frente, pero solo era un ardid: intentaban, y lo consiguieron, hacer creer a Cortés que su resistencia se hundía y se retiraban a la desbandada al sentirse derrotados. Tampoco cegó de forma adecuada la última abertura de la calle, angosta y profunda, cuando sus hombres la dejaron atrás, pues entonces primaba el perseguir al enemigo. El escenario había sido elegido por los mexicas, ya que aparte de ser estrecha, la calle estaba medio inundada en varias partes y había mucho lodo y cieno, lo que dificultó los movimientos, ya de por sí difíciles, al circular por allá tanta gente. Los mexicas disponían de regimientos de fresco bien camuflados, así como de canoas cargadas de guerreros en lugares donde les fue muy difícil acceder a los bergantines, no solo por lo recóndito del lugar, sino también por haber dispuesto grandes estacadas clavadas en el fondo de aquellos canales que iban a dar a las vías de agua principales y al propio lago. Ante tamaña presión, los castellanos entraron en pánico y se produjo el desastre cuando, huyendo a la desesperada, se metieron en la cortadura sin obstruir. Cortés intentó detenerlos, pero fue en vano.

El de Medellín, en su *Tercera carta de relación*, se intentó justificar amparándose en el hecho de que le había sido imposible frenar la huida de su gente ante lo súbito del contraataque mexica, pero decidió, al ver cómo le mataban a su gente, «quedarme allí y morir peleando». Lo cierto es que, en aquel momento, no hubiera podido ir a ninguna otra parte. No tenía otra opción. Aunque el caudillo extremeño no iba a tirar piedras sobre su propio tejado: relata que permaneció al borde del tremendo socavón, con 12 o 15 castellanos, dándoles la mano a cuantos pudieron sacar de allí; muchos salieron medio ahogados, otros heridos, sin sus armas la mayoría y a todos los hacía huir calle abajo para salvarlos. Uno de los afortunados fue Martín Vázquez, que alegó a favor del caudillo extremeño que, estando herido en tres o cuatro partes de su anatomía, una de ellas de suma gravedad en el muslo, apenas si podía mantenerse a flote en la zanja, vadeándola a duras penas, cuando los mexicas ya lo tenían prendido. Justo entonces, Cortés lo asió de un

brazo y logró sacarlo del terrible foso. El agradecimiento de Vázquez era tal, y no es para menos, que difícilmente pensó en Cortés en otros términos que no fuesen el de un héroe. Al de Medellín, y a la mayoría de sus hombres, nunca les faltó el valor, el arrojo y la osadía.

Mientras, los mexicas habían avanzado y comenzaban a capturar españoles e indios aliados como hasta entonces no lo habían hecho, siempre según las crónicas hispanas, pues llegaban incluso canoas cargadas de más guerreros, los cuales, incluso, llegaron a tener preso al propio Cortés. El caudillo extremeño se salvó gracias a la intervención de uno de sus capitanes, Cristóbal de Olea. Si la mentalidad bélica mexica, tan pendiente de obtener prisioneros, y más si eran guerreros de prestigio, para proceder a su sacrificio, hubiese sido otra, como la exhibida por el propio Cortés, la vida de este ya hubiese terminado, incluso antes de este crucial momento. Pero las cosas no sucedieron así.<sup>[42]</sup> Olea, que ya le había salvado la vida a su comandante con anterioridad, mató a estocadas a cuatro de los mexicas que tenían asido al caudillo extremeño. A Olea le ayudó un soldado joven de su compañía, Lope de Lerma, que acabó muy maltrecho, si bien aquel murió a consecuencia de las heridas recibidas.<sup>[43]</sup> El jefe de la guardia del de Medellín, Antonio de Quiñones, sacó a Cortés del atolladero *in extremis*. Este reconoce, al avanzar en su relato, que la zona de la calle donde se produjo la contraofensiva había sido cuidadosamente elegida por los mexicas y preparada para la celada —«[...] como era pequeña y angosta e igual al agua, que los perros habían hecho así de industria»—, de modo que, en el fondo, no dejaba de darle la razón a Díaz del Castillo acerca de su responsabilidad en aquel terrible descalabro. De hecho, tampoco el de Medellín escatima detalles: confiesa que los mexicas iban acercándose a la zona por donde se retiraba su gente y los iban tomando prisioneros o los mataban tras desembarcar de sus canoas. La misma cantidad de gente hizo entorpecer su huida y que el tránsito fuese, por ello, tan caótico y lento, de suerte que los mexicas pudieron revivir un año más tarde un episodio parecido al de la Noche Triste. Cortés y los suyos hubieron de abrirse paso espada y rodela en mano, hasta que uno de sus criados se acercó con un caballo, pero recibió un lanzazo desde una azotea y hubo de volver grupas. Andar se hacía difícil por los empujones que se daban todos los que pugnaban por salir de allá, pero también por la gran cantidad de lodo depositado en las calles, mucho vertido por los propios hombres al salir del agua. Otro de sus criados pudo, finalmente, alcanzarle un caballo al de Medellín y este logró salir por fin de la zona, pero sin poder pelear con él, pues no se podía por las circunstancias descritas. De hecho, dos de los

caballos resbalaron y cayeron al agua, aunque los hombres de Cortés pudieron recuperar uno de ellos. Es más, el mancebo que salvó al caudillo al llevarle la montura era el tercero que lo intentaba, pues otro de sus criados, Cristóbal de Guzmán,<sup>[44]</sup> fue muerto junto con el equino por los mexicas cuando se acercaba a auxiliarlo. Cortés, que se olvidó de citar los nombres de Olea y Lerma en su informe a Carlos I, no así el de Quiñones, tampoco olvidó el de Guzmán, «la muerte del cual puso a todo el real [campamento, es decir a todos los compañeros de la hueste] en tanta tristeza, que hasta hoy está reciente el dolor de los que lo conocían».

El caudillo consiguió regresar a la calzada de Tlacopan con sus hombres, así como con los de los otros dos comandantes que habían avanzado con él. Se quedó junto con nueve caballos a proteger la retaguardia, pues los mexicas parecían tener deseos de proseguir con el alcance que ahora, por una vez, sufrían los hombres del de Medellín. También Sandoval y Alvarado comenzaron a retroceder en buen orden. Pero antes de que lo hiciesen el tesorero Alderete, así como Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia, por encima de la última albarrada donde peleaban los mexicas les lanzaron las cabezas de dos o tres castellanos, aunque no supieron entonces si eran de gente del grupo de Cortés o de efectivos de Alvarado y Sandoval. Poco a poco, la multitud que los atacaba creció tanto en número que tuvieron que regresar a toda prisa a su campamento de la ribera del lago y evacuar las calzadas en toda su extensión, mientras en el gran templo de la plaza central de Tlatelolco se percibía que estaban haciendo ofrendas, en concreto sahumeros<sup>[45]</sup> con *colpalli*, es decir copal —una resina aromática vegetal—, una señal de victoria dedicada a sus dioses. El aroma que exhalaba la pirámide podía ser tanto la fragancia de la victoria para unos, como emanaciones que recordaban la muerte para otros.

El cronista Alva Ixtlilxóchitl se encargó en sus trabajos de glosar los hechos de armas del príncipe de Tetzaco, Ixtlilxóchitl, el único que en toda su obra era capaz de derrotar a los altos oficiales mexica, muchos de ellos armados con espadas españolas. No solo salvó la vida a Cortés en el último trance relatado, sino que a consecuencia de su acción recibió una pedrada en la ya tristemente famosa cortadura mal cegada por Alderete y sus hombres. Ni corto ni perezoso, el guerrero tetzcoano se vendó su cabeza, no sin antes taponar la herida con tierra, con sus ropas y semidesnudo, con su rodela y macana se enfrentó en combate singular a un alto oficial mexica. La honra y el prestigio de estos quedaron dañados al relatar el cronista que le dieron un flechazo y una nueva pedrada a Ixtlilxóchitl mientras combatía con el

campeón mexicana, lo cual no fue óbice para que lo derrotara y le quitase su espada española, aunque al estar herido no pudo perseguirlo como hubiera sido de su gusto. No obstante, al regresar al lado de Cortés, aún hubo de pelear con otro oficial mexicana, a quien desbarrigó. Solo entonces se sacó él mismo la flecha que aún llevaba clavada en su brazo derecho. Sin dudar del valor del príncipe de Tetzco, ni de su pericia como guerrero, el cronista deseaba colocar en el mapa de los héroes de la conquista de México-Tenochtitlan a uno de los suyos y esfuerzos no escatimó ninguno para conseguirlo.<sup>[46]</sup>

Mientras Cortés casi perdía la vida, el grupo de Alvarado se mantenía en la pelea con ventaja, hasta que en la última albarrada donde pugnaba una multitud enorme de guerreros mexicanos se incorporaron de golpe a la lucha, sin duda por haber derrotado ya al de Medellín y los suyos. De hecho, a los españoles que allí batallaban también les lanzaron hasta cinco cabezas de sus compatriotas. Además de gritarles que Cortés y otros capitanes habían muerto, la lluvia de proyectiles que les cayó encima fue apabullante, tanto es así que Alvarado ordenó una retirada táctica en buen orden y dio la cara al contrario en formación de combate, mientras los aliados procuraban allanar el camino de retorno todo lo posible. Entonces, Cuauhtémoc hizo tañer sus tambores con la señal de dar paso a un combate sin cuartel, pues los guerreros mexicanos debían hacer una presa o morir en el intento. Díaz del Castillo dedicó líneas magistrales a describir el ambiente del momento: el griterío ensordecedor de los combatientes, el sonido de los tambores, las señales visuales y acústicas que les llegaban de los altos templos, su propia angustia a la vez que la necesidad de no perder la formación para enfrentarse a unos aborígenes enloquecidos por llevárselos a rastras, se confabularon para componer unos momentos terroríficos. Gracias a los caballos, que con constantes arremetidas conseguían contener a los contrarios por breves momentos, los infantes fueron retrocediendo hasta el campamento adelantado en la calzada, donde consiguieron colocar los dos cañones de los que disponían en posición de disparo, y alternativamente, fueron haciendo fuego con ellos acertando en una masa de contrarios que llenaba a rebosar la calzada. Eran blanco fácil no solo por su número, sino también por su afán de acercarse lo máximo posible a la hora de arrojar sus proyectiles, pues intuían la derrota de sus enemigos. Al tener a sus artilleros muertos o incapacitados por sus heridas, un hidalgo, Pedro Moreno Medrano, se significó en el uso de los cañones. Bernal Díaz insiste en la importancia de no haber perdido el orden de escuadrón para aguantar las embestidas de los mexicanos: «y todos

juntos, así heridos como sanos, hechos un cuerpo estuvimos sosteniendo el ímpetu de la furia de los mexicanos que sobre nosotros estaban».

Los bergantines no les podían ser de demasiada ayuda, pues los mexicas se apoderaron de uno, mataron a tres soldados e hirieron al capitán y los demás tripulantes, mientras otro pudo socorrerlo, el capitaneado por Juan Jaramillo. Un tercer bergantín estuvo a punto de zozobrar por culpa de las estacadas submarinas, pero su capitán, Juan de Limpias Carvajal, logró sacarlo de aquella zona. A partir de entonces, parece que en los bergantines aprendieron la manera de salir de aquellos atolladeros acuáticos. Los tres bergantines que apoyaban a Sandoval presionaron desde la calzada de Tenayocan, con el capitán Cristóbal Flores y el capitán Ruiz de la Mota, por uno de los lados de la calzada, mientras que al del capitán Briones lo hicieron pasar a fuerza de brazos de los indios aliados a la otra parte de la misma para que pugnase en aquella zona. Flores cometió la imprudencia de, al patrullar la calzada hasta meterse en Tlatelolco, avanzar demasiado por un canal angosto, donde casi embarrancó; el capitán Ruiz de la Mota, más cauto, se quedó algo retrasado en un lugar donde confluían varios canales y había más espacio para bogar y más fondo. Vieron sacrificar a sus compañeros en el gran templo de Tlatelolco y, al cabo de un rato, cuando eran las tres o las cuatro de la tarde, les arrojaron las ropas de un español recién inmolado. Acto seguido, le cayó una gran cantidad de piedras y jabalinas al bergantín de Flores, muchos de sus tripulantes resultaron heridos y los proyectiles causaron ciertos daños en la estructura; cuando el bergantín logró abandonar aquel infierno urbano como buenamente pudo, a base de remos, el esfuerzo solo sirvió para acabar por embarrancar en unos cañaverales, donde estuvieron a punto de caer en manos de los aborígenes si no llega a ser por la actuación del capitán Ruiz de la Mota, que tuvo la presencia de ánimo de bogar con su barco hasta alcanzar una posición alejada y, tras desembarcar sin llamar la atención, con varios de sus hombres, algunos armados con ballestas, atacaron a los mexicas por la espalda y sembraron la suficiente confusión entre ellos como para conseguir que desistieran en su ataque al barco de Flores. De esa manera consiguieron salvarlos.

Poco después de retirarse a su campamento en Coyohuacan, Cortés envió a Andrés de Tapia con tres caballeros —Guillén de la Loa, Juan de Cuéllar<sup>[47]</sup> y Diego de Valdenebro— a Tlacopan a indagar el estado de las fuerzas de Alvarado y lo acontecido en la batalla. Se mostraron encantados al comprobar la salvación de tantos compañeros, pero fueron cautos y, de momento,



cifraron las pérdidas de Cortés en unos 25 efectivos. Quizá tampoco sabían ellos a ciencia cierta el verdadero alcance de la derrota.

Por su parte, Sandoval y su gente recibieron un duro ataque una vez que Cortés hubo sido derrotado, como había ocurrido con Alvarado. Perdió seis hombres y todos los demás resultaron heridos; el propio Sandoval en tres partes: en el muslo, en la cabeza y en el brazo izquierdo. Como se observará, heridas situadas fuera del tronco, donde se llevaban las mejores protecciones. También a ellos les lanzaron hasta media docena de cabezas de españoles, lo que les dio a entender que los oficiales más cualificados habían perecido. Sandoval demandó a los suyos coraje y cohesión ante el enemigo y, sin perderle de vista, formaron un escuadrón y fueron retirándose hacia la calzada, cuidándose de las calles angostas de Tlatelolco, mientras expulsaban a los indios aliados de aquella vía cuando llegaron, mientras que, desde sus bergantines, y con los escopeteros y ballesteros, procuró frenar el ímpetu de los mexicas al concentrar su fuego sobre ellos. Cervantes de Salazar relata que fue el bergantín del capitán Pedro de Briones el que más se significó en su ayuda a Sandoval en aquel lance.

Una vez que salió a tierra firme, Sandoval fío el cuidado del campamento a Luis Marín e, incluso herido, fue a visitar con otros dos de sus jinetes a Cortés para conocer de primera mano lo ocurrido. En la conversación que siguió, cada vez más tensa, el de Medellín trasladó el descuido del tesorero Alderete, que no había cegado adecuadamente uno de los pasos, como se recordará, el origen del terrible desmán ocurrido. Este último respondió acusando al caudillo de un exceso de celo, o de falta de cautela, lo que le llevó a penetrar demasiado lejos dentro de la urbe, sin medir demasiado bien la capacidad de respuesta de los mexicas. Asimismo, Alderete se quejó de que Cortés no había ordenado a los indios aliados evacuar la calzada cuando retrocedían los españoles y que estos pudieran salir con mayor celeridad. El caudillo replicó con dureza, pero Bernal Díaz, a quien sigo en su narración de estos hechos, no quiso entrar en más detalles de los derroteros que tomó la conversación. En ese momento llegaron dos bergantines, que el de Medellín daba por perdidos, con todos sus hombres heridos, pues habían encallado a causa de las estacadas submarinas y habían sido rodeados por multitud de canoas dispuestas a aniquilarlos. Por suerte, un viento favorable sopló en el mejor momento y pudieron librarse de aquella trampa, la más efectiva de los mexicas en la lucha por el dominio del lago. La momentánea alegría para Cortés y los suyos ayudó a superar el mal humor y los reproches.

Ahora bien, solo en la crónica de Cervantes de Salazar aparece mencionado Julián de Alderete, junto con García Holguín, como principal impulsor del intento de asesinato de Hernán Cortés cuando el asunto de Villafaña. Quizá por ello Bernal Díaz declinó concedernos más detalles de la trifulca. Pero Cervantes de Salazar no se quiso guardar dicha información. En todo caso, el encono entre ambos personajes se entiende entonces mucho mejor, pero de ahí a pensar, como hace Juan Miralles, que Alderete preparó un nuevo complot contra Cortés y, en ese sentido, cabe analizar su comportamiento, que condujo a la derrota del 30 de junio de 1521, se me antoja algo excesivo.<sup>[48]</sup>

Un cabizbajo Cortés encargó a uno de los hombres de su máxima confianza que lo sustituyera a la hora de ir al campamento de Alvarado a indagar cómo se encontraban. De esa forma, partió una vez más Gonzalo de Sandoval, acompañado por Francisco de Lugo por si se producía un mal encuentro con los mexicas. Al mismo tiempo, Alvarado le remitía a Cortés a Coyohuacan a Andrés de Tapia con el mismo propósito, pero, como es obvio, este aún no había llegado cuando partieron los anteriores a su vez. Cuando Sandoval y Lugo alcanzaron Tlacopan, los españoles todavía batallaban para defender una albarrada levantada en muy breve plazo al derrocar unos edificios para evitar la entrada de los mexicas en el campamento; también se parapetaban tras un bergantín, que había zozobrado, de cuyos tripulantes habían muerto dos y quedaron heridos todos los demás. El propio Bernal Díaz y otra decena de hombres peleaban contra los mexicas, metidos en el agua hasta la cintura, para intentar que el bergantín entrase en aguas más profundas, mientras los guerreros enemigos los atacaban con espadas tomadas a los caídos castellanos y montantes de puntas de obsidiana. El propio cronista alegaba estar herido de un flechazo y de una cuchillada en un muslo, mientras él y sus compañeros procuraban cortar las sogas con las que los aborígenes querían arrastrar la lancha cañonera hasta su ciudad bogando con sus canoas.

Ante la llegada de nuevos regimientos mexicas, cuando incluso Sandoval, que se había incorporado a la lucha, acabó herido de una pedrada en la cara, Pedro de Alvarado hubo de socorrerlos con varios de sus hombres a caballo. Díaz del Castillo asegura que fueron unos 20 infantes los encargados de frenar el ataque del contrario, cuando Sandoval ordenó con enojo que retrocedieran lo antes posible para evitar que les matasen los equinos, pues los habían herido por segunda vez a él y a su caballo. Una vez más, en perfecto orden, sin darle la espalda al enemigo, ballesteros y escopeteros disparando y

cargando de manera alternativa, y tras expulsar de la calzada a los aliados, los españoles primero, el reducido escuadrón consiguió salvarse. También merced a las piezas artilleras tan bien manejadas por Pedro Moreno Medrano, pero «[...] por más mexicanos que llevaban las pelotas, no los podían apartar, sino que siempre nos iban siguiendo con pensamiento que aquella noche nos habían de llevar a sacrificar», escribe Bernal Díaz.

En ese momento, desde cerca de sus aposentos, refugiados lejos de sus antagonistas con la seguridad que les daba, además, tener delante una gran cortadura llena de agua, al saberse sin peligro por no estar al alcance de las flechas, piedras y demás proyectiles del rival, pudieron contemplar el terrible espectáculo de ver subir las gradas del gran templo de Tlatelolco a sus compañeros de armas, entre tañidos de tambores, caracoles y cornetas o trompas mexicas. Díaz del Castillo explica con pelos y señales cómo era un sacrificio mexica, si bien se me antoja bastante improbable observarlo con la suficiente nitidez desde el lugar donde se hallaban, lejos en la calzada de Tlacopan. Aunque la imagen queda fijada en la retina del lector, pues no se inmolaba ahora a otros indios, sino a españoles. Es más, ellos mismos debieron de refugiarse entonces detrás de una cortadura y no los mexicas. Ellos eran los presionados, no el enemigo. Las cosas habían cambiado.

Se reanudó al cabo el ataque mexica y en poco tiempo volvieron a verse batallando por su vida cuando los mexicas les arrojaban piernas y brazos asados de indios a los tlaxcaltecas, a quienes injuriaban y prometían que, tras inmolar a los castellanos, les llegaría el turno a ellos de ser sacrificados y comidos, no sin antes hacer que les reconstruyeran su ciudad y aún mejor de como estaba antes.

Y llegó el recuento de víctimas. Según Cortés:

En este desbarato mataron los contrarios treinta y cinco o cuarenta españoles, y más de mil indios amigos nuestros, e hirieron más de veinte cristianos, y yo salí herido en una pierna; perdióse el tiro pequeño de campo que habíamos llevado, y muchas ballestas, escopetas y armas.

Para otros cronistas el número de muertes entre los españoles fue mayor: Díaz del Castillo refiere 66,<sup>[49]</sup> el que más; Cervantes de Salazar y López de Gómara señalan 45 y 40 castellanos, respectivamente, si bien Gómara dobla la cifra de muertos entre los aliados —Antonio de Herrera fijó la pérdida de aliados en un millar, pero la de los españoles en un impreciso 35 o 40— y, además, cita la muerte de 4 españoles del grupo de Alvarado; el padre Sahagún cifró en 53 los españoles caídos e innumerables indios auxiliares.

Este último narra lo ocurrido de la siguiente forma: los mexicas que peleaban con la furia de un demente, si bien la fuente los asimila a «borrachos», lograron empujar a sus enemigos a las acequias, de donde les costó salir por su profundidad, pero también por el lodo depositado en la calzada. Aquí coincide con los cronistas mencionados hasta ahora. Consiguieron capturar a muchos españoles y a indios auxiliares, así como una de sus banderas, en el barrio de Colhuacatonco. Los tlatelolcas maniataron a sus presos y por orden de importancia, primero los españoles, seguidos por los tlaxcaltecas y, por último, los restantes auxiliares, los condujeron al templo de Mumuzco:

Allí los mataron uno a uno, sacando los corazones; primeramente mataron a los españoles, y después a todos los indios sus amigos. Haviéndolos muerto, pusieron las cabeças en unos palos delante los ídolos, todas espetadas por las sienes, las de los españoles más altas y las de los otros indios más baxas, y las de los cavallos más baxas. Murieron en esta batalla cincuenta y tres españoles y cuatro cavallos.

Y como para compensar semejante escena, el padre Sahagún relata a continuación:

Y había gran hambre entre los mexicanos, y grande enfermedad, porque bebían del agua de la laguna y comían sabandixas, lagartixas y ratones, etcétera, porque no les entraban ningún bastimento, y poco a poco fueron acorralando a los mexicanos, cercándolos por todas partes. [50]

En la extraordinaria *Visión de los vencidos* se lee a propósito del mismo asunto:

Todo lo que se comía eran lagartijas, golondrinas, la envoltura de las mazorcas, la grama salitrosa. Andaban masticando semillas de colorín y andaban masticando lirios acuáticos, y relleno de construcción, y cuero y piel de venado. Lo asaban, lo requemaban, lo tostaban, lo chamuscaban y lo comían. Algunas yerbas ásperas y aun barro. Nada hay como este tormento: tremendo es estar sitiado. Dominó totalmente el hambre. [51]

## La caída de México-Tenochtitlan, julio-agosto de 1521

**D**espués de un mes de lucha, la moral de los españoles se hallaba por los suelos. Parecía como si de una maldición se tratase: justo un año después de la terrible Noche Triste, de nuevo las fuerzas de Cortés habían sufrido un grave descalabro. Quizá numéricamente no tenía parangón con el ocurrido en 1520, pero el caudillo extremeño era muy consciente de su necesidad de enderezar la situación a la mayor brevedad, dado que, sobre todo, y como se iba a demostrar, aquella guerra la ganarían los indios aliados en última instancia, pero su extraordinario apoyo se había sostenido hasta entonces en la ofensiva hispana, en sus victorias y en la promesa de derrocar de una vez por todas el poder de los mexicas. Y las promesas deben cumplirse a toda costa.

### **Inquietud: 1-14 de julio de 1521<sup>[1]</sup>**

**L**as celebraciones mexicas, tras su enorme victoria del 30 de junio de 1521, se prolongaron toda aquella noche y la jornada siguiente. Según explica Cortés:

[...] los de la ciudad hacían muchos regocijos de bocinas y atabales, que parecía que se hundía el mundo, y abrieron todas las calles y puentes del agua, como antes las tenían, y llegaron a poner sus fuegos y velas de noche a dos tiros de ballesta de nuestro real; y como todos salimos tan desbaratados, y heridos y sin armas, había necesidad de descansar y rehacernos.

Cuauhtémoc, que ahora tenía a su disposición bastantes cabezas de españoles y equinos, incluidos algunos rostros desollados que conservaban sus barbas y sus facciones, amén de muchos restos de los indios aliados capturados, comenzó un programa de propaganda de su victoria de acuerdo con el envío de emisarios a todas las ciudades del entorno del gran lago, donde mostraban sus trofeos. El mensaje, en realidad un oráculo surgido del propio Huitzilopochtli, fijaba en un plazo de apenas ocho días el comienzo de la destrucción total de los invasores de Castilla, pues habría muerto la mitad de ellos en la última batalla, se decía con enorme exageración. Con lisonjas y amenazas, ya que quienes no abandonasen el campo español en aquellos momentos serían aniquilados más adelante, Cuauhtémoc consiguió que su mensaje calase hondo.

Mientras los mexicas abrían de nuevo cortaduras en las diversas calzadas y reconstruían las albarradas tras las que se parapetaban para defenderlas, lo peor fue comprobar que los aliados, que habían acumulado muchas bajas mortales, todo hay que decirlo, y con una enormidad de heridos, así como la pérdida de la mitad de las canoas cedidas a la empresa del sitio de la gran urbe mexicana, comenzaron a retirar sus efectivos supervivientes de los campamentos españoles de las riberas del lago. Según Bernal Díaz, muchos de ellos optaron por una neutralidad estricta, pues no olvidaron antiguas rencillas con los mexicas y se decantaron por permanecer a la expectativa y ver qué ocurría.

Durante cinco días, más tarde prolongados hasta ocho, en los tres campamentos hispanos los hombres recibieron la orden de velar los infantes juntos en la calzada respectiva toda la noche, mientras los bergantines los apoyaban desde la laguna y los jinetes se dividían en dos secciones, una de las cuales prestaba vigilancia también en la calzada y la otra defendía el campamento en su retaguardia. Al ser consciente del número de heridos, el cansancio acumulado y la falta de vituallas, Cortés decidió ralentizar el curso de los combates y optó entonces por una táctica defensiva. No tuvo otra alternativa, aun facilitándoles a los mexicas la propalación del rumor de que los invasores estaban abocados a caer derrotados.

Sea como fuere, los tlaxcaltecas, los cholultecas, los habitantes de Huexotzinco, por no decir los de Tetzaco, los chalcas y los de Tlalmanalco

decidieron abandonar los campamentos hispanos y retornar a sus casas. Cortés destacó en su informe a Carlos I que, dos días después de la derrota, le llegaron enviados de Cuernavaca (Cuauhnahuac) a quejarse de las gentes de Malinalco, confederados con los de Ocuillan para destruirlos por haberse aliado con los invasores; es más, una vez conseguido su primer objetivo, los de Malinalco se proponían atacar a los propios españoles en sus campamentos ribereños. Al ser consciente del peligro de tener una retaguardia a punto de hundirse, Cortés, una vez más, dio muestras de sagacidad militar. Malinalco era una ciudad sagrada en la que los guerreros jaguar y águila profesaban un culto específico y vinculado a Huitzilopochtli a través de su hermana, la diosa Malinalxochitl, la cual se refugió allá y era venerada en dicha urbe, según las creencias autóctonas. Atacar Malinalco implicaba, de alguna forma, desacreditar el oráculo destructor de los españoles propagado por Cuauhtémoc. Decidió enviar a Andrés de Tapia con 80 peones y 10 jinetes, el cual, con refuerzos de Cuauhnahuac, disponía de diez días para derrotar a la confederación organizada por Malinalco. Dicho y hecho. Entre ambas localidades se dio la batalla y los de Malinalco regresaron a toda prisa, derrotados, a su ciudad, situada en un alto donde los caballos no eran de ayuda, pero Tapia hizo todo el daño posible en aquellos a los que derrotó y pudo atrapar por el camino, sin olvidar perseguir hasta la colina donde se localizaba la urbe al resto. Tras esta victoria regresó a Coyohuacan. Fue una victoria rápida y eficiente.

La siguiente información de Tapia procede de Cervantes de Salazar y es muy elocuente acerca del sesgo, cada vez más terrible, que tomó la guerra. Seguramente tras los acontecimientos del 30 de junio de 1521, este

se juramentó con los mayores vínculos y firmezas que él pudo con veinte escogidos soldados de su compañía, los cuales contaré después, en esta manera; que juntos todos acometiesen y ninguno se apartase del lado del otro e que todos muriesen por uno e uno por todos, mirando de tal suerte los unos por los otros que a ninguno dexasen matar sin que todos los demás, con toda fidelidad, hasta librarle, se pusiesen al mismo riesgo, y así los de esta compañía entraban y salían con mucha victoria e acontecíales no solamente ayudarse a sí, pero a los de otras compañías.

Pero la situación era muy grave. De los aliados procedentes de Tetzco, en el campamento cortesiano solo se quedó Ixtlilxóchitl con 40 fieles. Con Sandoval permaneció el señor de Huexotzinco con medio centenar de sus guerreros y en el de Alvarado el fiel Chichimecatecle y dos hermanos de Xicoténcatl el Joven con unos 80 tlaxcaltecas. Según Bernal, de 24 000 guerreros aborígenes, apenas habían quedado dos centenares. Los aliados,

interrogados por Cortés, respondieron que sus gentes se habían marchado de forma masiva presas del desaliento por la derrota hispana, pero también por el antiguo uso del terror practicado durante tantos decenios por los mexicas, además de las feroces amenazas vertidas por su nuevo *tlatoani*, que alegó no gustarles a los suyos el amargor de la carne de español, unos seres incapaces de construir casas y sembrar maizales, es decir de portar consigo la civilización, sino de destruir, asolar y robar. Estaban excitados, en cambio, continuó advirtiendo Cuauhtémoc, ante la posibilidad de hartarse de carne de sus enemigos tradicionales, sobre todo de tlaxcaltecas, lo cuales era probable que, entonces, sí recordasen el mensaje que el difunto Xicoténcatl les intentó transmitir en su momento: la alianza con Cortés solo les conduciría a ser destruidos por los mexicas. Esta tensa situación pareció demostrar a las claras que la suerte de la conquista pendía de un hilo y que el caudillo extremeño debía menoscabar lo antes posible la moral de combate adquirida por los mexicas con su gran victoria.

Pero Ixtlilxóchitl, que poco tenía que perder por entonces, le aseguró a Cortés que los mexicas periclitaban por falta de bastimentos y agua potable, de ahí que le aconsejase ralentizar la ofensiva por las calzadas, limitarse a la defensa mientras sus hombres sanaban y recuperaban fuerzas, mientras con los bergantines se mantuviese, en la medida de lo posible, el bloqueo de la urbe mexicana. O, dicho con otras palabras: cabía mantenerse en la ofensiva merced a la actuación de los bergantines, y al mismo tiempo a la defensiva en lo que respecta a batallar desde y en las calzadas. Díaz del Castillo asevera que idéntico consejo le habían dado al caudillo sus capitanes e incluso los propios peones, los cuales discutían entre sí acerca de la mejor estrategia para seguir. En definitiva, aunque con las lluvias Cuauhtémoc y los suyos podían abastecerse un poco mejor del hídrico elemento, lo cierto es que el agua de Tlatelolco, una zona peor abastecida, era medio salobre: por ello, sus propios vecinos, además de los refugiados llegados de Tenochtitlan, aunque restringiesen su consumo, se iban a convertir en una carga para los líderes guerreros. Como ocurría en los asedios de la Europa de la época, se llegaba a un momento en los mismos en el que la presencia de la población civil acababa siendo un lastre importante para los asediados, que anteponían la victoria final, es decir, la retirada del ejército asediador, al bienestar de sus pobladores.<sup>[2]</sup>

En esos instantes, mientras los mexicas seguían con sus celebraciones en la gran ciudad y lanzaban ataques a diario en las calzadas, el peso de la guerra lo llevaron los bergantines. Estos aprendieron a superar la barrera que había



supuesto hasta entonces las estacadas submarinas: a base de remar con toda la fuerza posible un trecho largo antes de donde se localizaban, de esa manera, y más si hacía viento, puesto que desplegaron entonces las velas sin abandonar los remos, imprimían a las naves la suficiente velocidad como para superar las estacadas y pasar por encima de ellas. Así, volvieron a señorear la laguna e, incluso, pudieron iniciar los ataques contra algunos barrios de las riberas de México-Tenochtitlan.

Las gentes de Cortés comenzaron a cegar de nuevo las cortaduras en las calzadas y acequias y repararon los puentes lo mejor que supieron por turnos, para demostrar al contrario que no pensaban cejar. Aunque no tuviesen gastadores aborígenes para hacerlo, los de Cortés se dividieron el trabajo en tres turnos: dos peleaban mientras el tercero cegaba los malos pasos con tierra, troncos, adobes y piedras. Así se hizo en las tres calzadas. Poco a poco, se retornó a la rutina de los combates diarios, batallando de la manera ya descrita, siempre con el miedo de ser cercados por el enemigo, pues el grupo de Alvarado se encontró una vez rodeado por tres partes, si bien pudo escapar del atolladero, en parte, porque, al no haber auxiliares, estos ya no les molestaban en las retiradas. Aunque el empuje de los mexicas también era mayor, pues aún gozaban de la ventaja psicológica de la última victoria. Se pugnaba todo el día y la retirada siempre era antes de caer la noche, cuando debían regresar al campamento y comenzar las velas nocturnas, también por turnos, y conformarse con un frugal refrigerio.

Los mexicas tardaron más de una semana en sacrificar a todos sus prisioneros españoles, siempre de noche, con grandes fuegos y gritos y silbidos y un tañer constante de sus tambores y otros instrumentos de sonido diabólico, narra Bernal Díaz. Pero, al alba, ya estaban peleando de nuevo, pues aprovechaban el trabajo de arreglo las calzadas de los castellanos para avanzar hasta los campamentos. En esas ocasiones, los cañones cumplían muy bien su función y lograban mantenerlos a raya, aunque una novedad inquietante fue comprobar que, con algunos prisioneros españoles y las ballestas que habían logrado obtener, los mexicas empezaron a utilizarlas una vez obligaron a los anteriores a enseñarles su manejo. Cortés estaba siempre en contacto con las demás calzadas mediante dos bergantines, usados como mensajeros, y recordaba siempre que solo entrase la mitad de los caballos a las calzadas a pelear, con la otra mitad al cuidado del fardaje y de las indias que les preparaban las viandas en retaguardia. Los guerreros y los zapadores aliados habían huido, pero las mujeres aborígenes se conservaron.

Por unos mexicas capturados supieron cómo se dosificaban las inmolaciones de españoles, así como el detalle del aprendizaje mexicana del uso de la ballesta, sin contar con que Cuauhtémoc insistía en mantener la presión incluso por la noche, para que no cesasen los combates y jugar con el agotamiento de los contrarios, muchos más debilitados sin la presencia de sus aliados. La falta de suministros se observa cuando Bernal Díaz asegura que los bergantines, que se mantuvieron en su lucha mortal contra las canoas mexicas en busca de vituallas y siempre regresaban a sus bases con multitud de prisioneros, llevaban a los campamentos unos musgos o plantas del lago que eran oportunamente secadas antes de consumirse y a los que se encontraba un sabor parecido al del queso.

Así, poco a poco, no solo iban pasando las jornadas, pues se superó la barrera de los ocho días marcados por el oráculo de Huitzilopochtli para la derrota hispana, sino que, incluso, cuando se acercaban a los diez o doce, los hombres de Cortés volvieron a combatir en el interior de la ciudad, aunque sin avanzar más allá de la Puerta del Águila, pues ante la misma se había vuelto a abrir una enorme cortadura y una albarrada imponente la protegía. Entonces llegó el momento de que reaccionasen los aliados. Ixtlilxóchitl reclamó a Tetzaco que le enviasen guerreros de fresco, que llegaron en número de 2000 con suministros que escoltaban Pedro Sánchez Farfán y Antonio de Villarreal. También Chichimecatecle solicitó a Tlaxcala el envío de nuevas tropas y estas concurrieron dirigidas por Tecapaneca, señor de Tepeyanco, un territorio de población teochichimeca y otomí. La sensación clara es que se incorporaron a la lucha guerreros que antes no habían sido convocados a la misma, en este caso por Tlaxcala, pues seguramente de este grupo surgió el escuadrón de 400 flecheros que Chichimecatecle utilizó con astucia en su ataque en solitario a México-Tenochtitlan, toda una novedad.

No sin admiración, Cortés comenta que los dependientes de los tlaxcaltecas recién llegados fueron asignados al campamento de Tlacopan, pero sin el concurso de la gente de Alvarado, como se ha mencionado, avanzaron por la calzada y se introdujeron en la urbe mexicana, no sin que el señor tlaxcalteca dejase a esos 400 flecheros bien camuflados al cuidado de uno de los puentes sin cegar por donde había de pasarse para encarar el retorno al campamento de Tlacopan. Chichimecatecle combatió contra los mexicas toda una jornada, con numerosos muertos y heridos por ambos lados dada la ferocidad empleada en aquellos lances, cuando comenzó a retraerse sin dejar de pelear. Y los mexicas cayeron en la trampa, porque al pasar a la altura del canal abierto vigilado por los flecheros, donde los de Cuauhtémoc

creían que tendrían ventaja ante la dificultad del vadeo del mismo, se encontraron con que una lluvia de flechas les impedía atrapar a los tlaxcaltecas en su retirada. Fue todo un hito en la batalla por México-Tenochtitlan que los guerreros de Tlaxcala osasen pelear en el interior de la urbe enemiga. Una circunstancia prácticamente impensable de no concurrir los españoles en esa guerra.

También regresaron guerreros de Huexotzinco y muy pocos de Cholula, pero Cortés decidió que, junto con los tlaxcaltecas y los tetzcocanos, todos entendiesen las (verdaderas) reglas del juego: haciendo acopio de cinismo, les intentó demostrar que los había convocado a aquella batalla no por necesitarlos para derrotar a los mexicas, sino para que se aprovecharan de las riquezas de sus enemigos tradicionales, regresasen ricos a sus casas y se vengasen por los excesos mexicas del pasado. Es más, les hizo entender que en los combates, de hecho, protegía a sus guerreros cuando hacía que abandonaran las calzadas en el momento de pelear los castellanos; no obstante, ya se ha mencionado que, más bien, lo que hacían los oficiales cortesianos era quitárselos literalmente de encima para poder ellos avanzar (o retroceder) con más celeridad por la calzada de turno. Les aseguró que eran merecedores de la pena capital por haber abandonado a sus señores en el momento más crítico de los combates, pero se les perdonaba, sobre todo cuando ya los españoles, merced a su propio esfuerzo, volvían a entrar en la gran ciudad a derrocar casas y cegar las avenidas de agua para poder evolucionar con sus caballos y sus cañones. Por último, les hizo conocer su intención de buscar una vez más hacer la paz con Cuauhtémoc y por ello no deseaba la muerte de los guerreros mexicas, sino hacerlos prisioneros. En aquellos días, un astuto Cortés le hizo llegar a Carlos I, asimismo, un claro mensaje: la guerra se había complicado de tal manera que la mayoría de sus hombres daba ya por bueno sobrevivir a la misma, aunque no se lograsen grandes beneficios económicos. Como es obvio, al firmar la *Tercera carta de relación* en marzo de 1522, el de Medellín jugaba con la ventaja de conocer el descontento generalizado entre los veteranos supervivientes por los magros resultados obtenidos tras el reparto del botín que, oficialmente, se obtuvo. Pero no adelantemos acontecimientos.

Tras jornadas agotadoras de combates, tener que velar por turnos parte de la noche iba laminando las fuerzas de los hombres, una circunstancia especialmente peligrosa, según Díaz del Castillo reconoce, en el momento de las retiradas hacia sus campamentos, ya que era entonces sobre todo cuando quedaban heridos más hombres, fruto, sin duda, del cansancio acumulado,

además de la presión militar mexicana. Por ello, eran bienvenidos los aguaceros que caían algunas tardes, «porque, como se mojaban, los contrarios no peleaban tan bravosamente y nos dejaban retraer en salvo, y desta manera teníamos algún descanso». Una vida miserable.

Cortés se inquietó aquellos días por las noticias recibidas de ciertos emisarios otomíes, habitantes de territorios dominados por los mexicanos, los cuales también deseaban sacudirse aquel yugo. Las nuevas señalaban que los mexicanos habían entrado en contacto con una provincia cercana al mundo tarasco, Matlatzincó, en la que Cuauhtémoc tenía parientes, para intentar que sus habitantes se levantasen en armas y atacasen por su retaguardia los campamentos hispanos. Cortés, dando muestras una vez más de su proverbial diligencia, decidió enviar contra ellos, en una operación muy parecida a la que había protagonizado semanas atrás Andrés de Tapia, a Gonzalo de Sandoval. Pudo cederle 18 jinetes y 100 infantes —20 jinetes y 80 infantes, entre ellos el propio Bernal Díaz, gente escogida por hallarse en mejores condiciones físicas, según este cronista—, entre los cuales solo había un balletero, resalta Cortés, además de auxiliares de etnia otomí, cuyos pueblos estaban siendo atacados por los matlatzincas, los cuales ya habían destruido uno y se llevaban prisioneros a sus dominios. ¿Se habían perdido muchas armas? Todo parece indicar que sí, no solo por el detalle del armamento capturado por los mexicanos, sino también por la necesidad de mantener la mayor parte del disponible en la lucha en las calzadas. Así justificaba Cortés, en parte, el hecho de volver a enviar gente fuera del entorno del lago Tetzaco, aunque con un solo balletero. Una y otra vez, Díaz del Castillo asevera que en las retiradas y, sobre todo, para proteger los campamentos, artillería, arcabuces y ballestas, junto con las arremetidas de los jinetes, eran fundamentales. Por tanto, ¿hasta qué punto la importancia de estas armas no fue más decisiva, en realidad, en un plano defensivo que ofensivo?

Sandoval, que, según noticias recabadas por sus ojeadores de campo, podía encontrarse con una avanzadilla de matlatzincas en rumbo ya hacia el lago, tuvo que recorrer cerca de 20 leguas en dos días de camino, pero, al fin y al cabo, pronto descubrió los rastros de la guerra: los matlatzincas habían quemado otro pueblo otomí y, como escribió Cortés, se llevaban consigo cargas de maíz y niños otomíes asados. Cuando divisó la columna, Sandoval comenzó a perseguirlos hasta la altura de un río, el Chicuhnauhla según el cronista Alva Ixtlilxóchitl, donde los matlatzincas habían retrocedido para presentar combate; entonces, siguiendo la táctica habitual, Sandoval rompió su frente con la caballería y mientras se mantenía el alcance durante cerca de

3 leguas, alanceando las tropas en desbandada del contrario, hasta la propia ciudad, los indios auxiliares —60 000 dice Cortés, una cifra muy exagerada; hasta 70 000 la incrementa López de Gómara; 10 000 señala Cervantes de Salazar, más comedido— iban rematando a los heridos y a todos los rezagados en su huida. De esa forma, ultimaron a unos 2000 matlatzincas. Una vez arribaron los infantes hispanos a la ciudad, los de Matlatzinco enviaron a sus mujeres e hijos a un peñol fortificado, mientras ellos hacían frente al contrario, pero fueron superados, por lo que hubieron de refugiarse también en la colina. La ciudad fue asaltada, saqueada y quemada.

Sandoval decidió descansar tras aquella jornada y atacar al día siguiente. Cuando, ya de mañana, comenzó a subir la colina con ánimo de acometerla, aunque con todas las precauciones posibles, pues recordó Sandoval la dificultad de la toma de los peñoles en la campaña previa al inicio del sitio de México-Tenochtitlan, los auxiliares otomíes le informaron poco después de que las gentes de Matlatzinco habían huido aprovechando la oscuridad y, posiblemente, porque algunos de ellos se quedaron rezagados mientras daban alaridos de guerra y tocaban diversos instrumentos toda la noche, como era costumbre del país en aquellas tesituras de guerra. El engaño había surtido efecto, pues Sandoval y los suyos estaban seguros de hallarlos todavía en la cumbre cuando subieran a por ellos. Entonces, los jinetes españoles, al distinguir en el horizonte una columna compuesta por muchas personas cerca de su posición, pensaron que se trataba de los matlatzincas huidos, cuando, en realidad, se acercaba a ellos y, rápidamente, se lanzaron a la carga sin más dilación. En poco tiempo habían matado ya a varios cuando por su actitud, arrojando las armas, y por los gritos de los indios auxiliares entendieron su error: no eran matlatzincas, sino otomíes que se incorporaban a la campaña. Cortés, en su informe, achacó a la confusión de lenguas la causa de por qué los españoles no distinguieron a tiempo a estos últimos, pues es obvio que hablaban una lengua distinta al náhuatl. De hecho, matlatzincas y otomíes compartían lengua y, seguramente, tipo de vestimenta, de ahí el error. Tampoco habría que desdeñar como excusa de lo ocurrido que, ante la frustración padecida en el peñol, los deseos de eliminar algunos enemigos, los que fuesen, podían ser muy poderosos.

Antes de abandonar la zona, Sandoval consiguió que otra localidad aceptase la paz ofrecida, seguramente por el empuje de sus tropas y por la noticia de la derrota de Matlatzinco, ya que la fama le precedería por entonces en todo el territorio; además, el comandante de Cortés utilizó a los señores matlatzincas como embajadores para el ulterior convencimiento de los

habitantes aún renuentes a aceptar la nueva situación de dominio hispano, y el mensaje de que cabía mostrarse sumisos y que el caudillo extremeño los perdonaría comenzó a calar. El caso es que, cuatro días después del regreso de Sandoval a México-Tenochtitlan, todas las ciudades del territorio se mostraron deseosas de hacer la paz, para alegría de Cortés.

Mientras Sandoval estuvo batallando, los combates continuaron en México-Tenochtitlan. En cierta ocasión, los mexicas lanzaron un ataque nocturno contra el campamento de Alvarado, pero fueron detectados por los que estaban haciendo guardia en aquel momento. Al darse la alarma y salir los jinetes en tropel arremetiendo, los enemigos optaron por arrojarse al agua, no sin antes haber pugnado en la calzada durante tres horas. Al oírse desde el campamento de Cortés un disparo de artillería, este ordenó una embestida por la calzada que lo conectaba con la ciudad para mirar de que el contrario aflojase su presión por Tlacopan, puesto que una de las opciones de Cuauhtémoc era poder concentrar muchas fuerzas en un solo lugar sin levantar demasiadas sospechas. Así, cuando amaneció, la lucha se trasladaba de nuevo al interior de la ciudad.

Poco después de dicha acometida, los mexicas comenzaron a evidenciar su carencia de fuerzas para atender todas sus necesidades defensivas: ensanchar canales, destruir puentes, ahondar acequias o construir nuevas albarradas, aunque al haber conseguido muchas armas de los castellanos sí abundaban las nuevas picas con punta de acero español. Era la única novedad consignada por Díaz del Castillo en cuanto al armamento aborigen y tomó buena nota de la misma porque, para entonces, mediados de julio, los equinos de los españoles volvían a entrar en la ciudad sin problemas, al no haber prácticamente obstáculos, y pudieron avanzar posiciones por las tres calzadas al mismo tiempo. La única defensa efectiva ante ellos parecía ser, pues, las largas picas de nueva confección caladas tras los mamparos defensivos. En una de esas oportunidades las fuerzas hispanas convergieron en un lugar trascendente, una de las fuentes principales de agua que, si bien medio salobre, abastecía a los mexicas y la destruyeron. El cerco, poco a poco, se iba estrechando.

En aquellos días de mediados de julio, según Cortés, los mexicas solicitaron una tregua para poder hablar con los castellanos a través de sus intérpretes. En concreto, en una de las albarradas que protegían una vía de agua abierta en el interior de la gran urbe, se estableció un diálogo de una parte a otra, pero el de Medellín conjeturó que el único interés mexica, cuando propusieron la paz a cambio del abandono por parte de los invasores

de su territorio, era ganar tiempo para descansar y conseguir abastecerse de todo lo necesario. Es significativo que un anciano dignatario mexicana, a la vista de los castellanos, sacase de un morral algunos alimentos y procediese a su ingesta. Una burda artimaña, casi tan antigua como la propia guerra, que no engañó a un astuto Cortés, si bien ese día ya no se peleó más. Desde luego, los aliados aborígenes, una vez consultados, no dudaron ni un momento de la falsedad del ofrecimiento. El caudillo extremeño se mostró dolido por no obtener el ansiado compromiso, pues en su fuero interno consideraba una desgracia verse obligado a someter a sus hombres a tantos peligros en pos de una victoria que, antes o después se materializaría, aunque no sin terminar por destruir aquella magnífica ciudad ante la dificultad por domeñar la persistente resistencia mexicana. Para autojustificarse, Cortés le razonó de la siguiente forma a Carlos I:

[...] y no nos aprovechaba decirles que no habíamos de levantar los reales, ni los bergantines habían de cesar de darles guerra por el agua, ni que habíamos destruido a los de Matalcingo y Malinalco, y que no tenían en toda la tierra quien los pudiese socorrer, ni tenían de dónde haber maíz, ni carne, ni frutas, ni agua, ni otra cosa de mantenimiento. Y cuanto más de estas cosas les decíamos, menos muestra veíamos en ellos de flaqueza; mas antes en el pelear y en todos sus ardidés los hallábamos con más ánimos que nunca.

Así, poco a poco, el pensamiento de Cortés se fue deslizado hacia la consideración de hacer la guerra total.

En cambio, en la versión de estos sucesos de Díaz del Castillo, es Cortés quien aprovechó la circunstancia de tener presos tres altos dignatarios mexicanos para sacar adelante un último intento de pactar una rendición con Cuauhtémoc. Los razonamientos son los ya mencionados: básicamente, la imposibilidad de obtener ayuda ninguna de sus antiguos aliados y sometidos; su falta de vituallas y agua potable; sin olvidar el hecho de la juventud del *tlatoani*, que debía asesorarse mejor y no escuchar a ciertos personajes de su círculo, sobre todo los sacerdotes, los cuales le aconsejaban mal. El caudillo extremeño le prometió el perdón real por todo lo ocurrido y mantener su estatus de gran señor. Aunque, con el miedo en el cuerpo por la reacción de Cuauhtémoc, los dignatarios mexicanos convertidos en embajadores cumplieron su misión. La respuesta del joven *tlatoani*, después de escuchar a sus consejeros militares y espirituales, fue declarar a su vez una guerra total. Todos sus súbditos se comprometerían a morir para defender su ciudad, con la advertencia de aplicar la pena de muerte a todo aquel que plantease de nuevo la posibilidad de hacer la paz o buscarse la rendición.

Una vez más, Cortés tuvo suerte, pues, en aquel momento, le llegaron refuerzos de hombres y municiones. Un barco de la postrera expedición de Juan Ponce de León a Florida tocó tierra en Veracruz. Entonces, su agente en la villa, Rodrigo Rangel, le envió algunos hombres, 28,<sup>[3]</sup> y, lo más importante, «cierta pólvora y ballestas, de que teníamos muy extrema necesidad», ya que, según Díaz del Castillo, la primera se había agotado en los tres campamentos.

En aquellos terribles días se aprendieron muchas cosas. En una batalla urbana como ningún europeo había visto hasta entonces, las emboscadas eran muy fáciles de perpetrar. Con una estructura urbana tan singular, donde podían atacarte —o podías atacar— desde los flancos, desde lo alto gracias a unas azoteas que se comunicaban, incluso, entre sí, donde podían coparte en las propias calzadas, embestirte desde un canal, desembarcar hombres desde las canoas, pero también se podía responder desembarcando hombres desde los bergantines, bombardear con artillería, arrojar proyectiles en grandes cantidades, tanto con armas europeas como amerindias, etc., los hombres de Cortés se las ingeniaron para devolverles a los mexicas algunas de sus tácticas favoritas de combate. Así, los integrantes de las diversas capitanías usaron el truco de esconderse en algunas casas y, todos a una, ante el sonido de un disparo de escopeta como advertencia, salir en tropel y embestir por sorpresa a los guerreros mexicas. Pudieron hacerlo al aprovechar una de las tácticas de combate de estos, pues cuando los mexicas notaban que el enemigo retrocedía o, más bien, cedía terreno en la persecución que de ellos hacía, de inmediato cesaban en su retirada y pasaban a la ofensiva. Entonces sufrían, a su vez, una celada de sus enemigos, puesto que en ese instante es cuando los atacaban los españoles al abandonar sus escondites. En cierta ocasión, relata Cervantes de Salazar, un soldado desesperado de la capitanía de Andrés de Tapia, Antonio Peinado, se quedó atrás escondido en una casa donde había entrado a buscar suministros al retroceder los suyos en una retirada demasiado rápida. Cuando se dio cuenta, los mexicas ya habían avanzado lo suficiente en persecución de los castellanos y se encontraban a la altura de la casa donde se hallaba escondido. Peinado tuvo la suficiente presencia de ánimo como para salir a la puerta y golpeando su rodela con la espada comenzó a llamar a los suyos girando la cabeza al interior de la vivienda, como si hubiese todo un contingente de españoles en la casa esperando para salir. Escarmentados por tantas celadas de ese tipo sufridas hasta entonces, un solo hombre consiguió que los mexicas retrocedieran y muchos se arrojaron al canal más cercano. Ante el tumulto consiguiente, Andrés de Tapia regresó a toda prisa y logró



con su gente matar a un buen número de enemigos «y guaresció a Peinado que aquel día no le peinasen, y si no fuera por buenos terceros y porque en tanto aprieto estuvo tan en sí, corriera riesgo de que Cortés le mandara azotar», porque estaba prohibido abandonar la formación con cualquier excusa, y mucho menos entrar a robar, aunque fuese comida.<sup>[4]</sup>

### **Redoblar esfuerzos: 15-24 de julio de 1521<sup>[5]</sup>**

**C**uando Cuauhtémoc tuvo constancia de que los matlatzincas no atacarían la retaguardia de los españoles, no por ello arrojó la toalla, sino que redobló los ataques de los suyos en todas las calzadas. Aunque en Díaz del Castillo, por un lado, se percibe su rencor cuando los tilda de «perros dañados» por rabiosos, se advierte también cierta admiración por los mexicas, pues no dudaban en «morir peleando», aunque dicho sentimiento se evanesecía cuando, a renglón seguido, reconocía que en aquellas jornadas les mataron otros 10 hombres, o, más bien, los capturaron, pues una vez inmolados les lanzaron sus cabezas, una terrible práctica convertida en recurrente. Para este cronista, los muertos castellanos se elevaban ya a 78 desde el inicio del sitio.

En aquel momento, Hernán Cortés, cuando ya habían transcurrido más de 45 días desde el inicio del asedio, decidió cambiar la táctica. Se trataba, de hecho, de poner en práctica hasta sus últimas consecuencias el derroque de la urbe; por ello, conforme se fueran ganando calles y sorteando canales, se irían derribando las casas a un lado y otro de las avenidas; de ese modo, el entorno inmediato debía quedar como un solar por donde se pudiera avanzar con la tranquilidad de no producirse ataques por los flancos más cercanos y desde las alturas de las viviendas, pero con la prevención, incluso, de «lo que era agua hacerla tierra firme, aunque hubiese toda la dilación que se pudiese seguir». Para conseguir tal fin tuvieron que convocarse a todos los señores aliados, los cuales debían remitir un gran número de zapadores armados con unos palos, llamados *huictles*, que, a la manera de azadas, cumpliesen tan terrible misión. La medida debió de pesarle en el ánimo a Cortés, ya que en caso de victoria entregaría a su rey un montón de ruinas y no una capital intacta, como era su deseo. Quizá en el talante de muchos de sus aliados amerindios sí estuvo presente el deseo de aniquilar la famosa ciudad o, por lo menos, eso es lo que el de Medellín le escribió a Carlos I. Una vez más, intuía el final y procedió a cubrirse las espaldas.

Una vez tomada aquella difícil decisión, Cortés ordenó un ataque masivo por las tres calzadas al mismo tiempo, con ánimo de avanzar hasta Tlatelolco y conseguir comunicarse unos con otros en el interior de la ciudad. Aunque todavía durante tres o cuatro jornadas no se dieron órdenes de actuar, pues tuvieron que concretarse los términos del ataque y conseguir que llegasen los aliados necesarios para el sistemático derrocamiento de la gran urbe mexicana. Por tanto, si aceptamos el cómputo de Cortés, en torno al 17 o el 18 de julio se reiniciaron los combates. La columna de Cortés se dirigió desde Coyohuacan al interior de la ciudad, pero antes de abordar el paso de la última cortadura con albarrada para acceder a la gran plaza central de México-Tenochtitlan, los mexicas hicieron señales de querer parlamentar y dieron a entender que Cuauhtémoc vendría a hablarles. Cortés esperó durante una hora la llegada del *tlatoani*, que nunca se produjo, pero sí su sospecha de que todo aquello era una nueva añagaza. Y era cierto. Tras ralentizar un buen rato la ofensiva hispana, los mexicas comenzaron a lanzar centenares de flechas, piedras y jabalinas sobre ellos, aunque no pudieron impedir que entrasen en aquel espacio, tan bien conocido para ellos, aunque la encontraron

toda sembrada de piedras grandes para que los caballos no pudiesen correr por ella, porque por lo firme éstos son los que les hacen la guerra, y hallamos una calle cerrada con piedra seca y otra también llena de piedras, para que los caballos no pudiesen correr por ellas.

Para impedir contraataques, Cortés no dudó en poner en práctica su plan y comenzó a asolar casas y a cegar canales y acequias merced, aseguró, a los 150 000 hombres que tenía a su disposición.

Y al día siguiente más de lo mismo. Así, mientras el caudillo extremeño y su gente con parte de los auxiliares batallaban tomando albarradas y forzando pasos, los jinetes cuidaban de evitar ser acometidos por su retaguardia y el resto de los indios de apoyo se dedicaba a quemar y allanar las casas siguiendo el plan trazado. Cuando los aliados flaqueaban, la ayuda de tres o cuatro caballeros solía bastar para rehacerlos y lanzarse de nuevo al ataque, mientras que, a menudo, se aprovechaban las retiradas propias para tender una celada al contrario, como se ha explicado, cuando solían caer, además, los guerreros mexicas más motivados pues, en su ímpetu, eran quienes se adelantaban. El de Medellín asegura que dirigió aquellas operaciones subido encima de la mayor pirámide, pues, como le conocían de sobra, de esa forma contribuía a la guerra psicológica, ya que los mexicas no soportaban ver en aquella, de hecho, posición de dominio a alguien que estaba haciendo todo lo posible por destruir su religión y su mundo.

A decir de Díaz del Castillo, el grupo de Cortés comenzó a sentir celos de los avances de los hombres de Alvarado, pues ya el día 17 de julio había conseguido este entrar con varios caballos<sup>[6]</sup> e infantes en la plaza central de Tlatelolco, no sin batallar durante dos horas para tomar las últimas albarradas: Alvarado ordenó al capitán Gutierre de Badajoz que con su gente subiese al Templo Mayor, una operación muy infructuosa, puesto que, de hecho, hubieron de abandonar el primer intento por la multitud de guerreros y sacerdotes que se les opuso. En su pugna con el contrario, los españoles acabaron rodando en varias ocasiones diez o doce gradas abajo hasta poder frenarse en su caída. Tras un esfuerzo supremo, consiguieron subir al gran templo, con sus 113 gradas, quemaron los adoratorios superiores donde se hallaban sus ídolos e hicieron ondear la bandera de Cortés: una gran cruz azul sobre fondo amarillo. Este, al día siguiente, pudo contemplar que el humo aún salía de la parte superior de la pirámide, pero se hallaba todavía a un cuarto de legua de distancia de aquel lugar y debía enfrentarse a numerosos guerreros parapetados tras sus defensas. Una vez acabada la guerra, en 1532, Gutierre de Badajoz informó acerca de su cesión de la bandera aquel día a Francisco de Montañón, quien, desde lo alto del templo, «la campeó para que los españoles que venían en el alcance la viesen, dende después de vista rresçibieron mucho ánimo e rrespondieron con mucha alegría».<sup>[7]</sup> Sin duda, debió de ser un momento alentador.

Durante cinco o seis días Cortés se mantuvo en sus trece y atacaba cada jornada, pero regresaba al campamento base, mientras se progresaba en la destrucción de aquel sector de la ciudad y se iban cegando los principales canales que, en dirección a Tlatelolco, pasaban por aquella zona. Como se trataba de un trabajo lento y peligroso, tuvo que buscarse alguna fórmula para dinamizar aquellos golpes. El cauto caudillo la encontró en una de aquellas jornadas, cuando aprovechó un lance de guerra sobrevenido. Pugnando en la zona de la plaza mayor, unos y otros se tendían las celadas ya conocidas por el lector para mirar de excitar al contrario lo suficiente como para conseguir situarlo en clara desventaja y matarle algunos de sus hombres. En una de esas jornadas, siete u ocho efectivos de caballería trotaban por la plaza mayor en espera de si los contrarios les seguían, aunque no lo hicieron sino en número de ocho o nueve mexicas, los cuales huyeron en dirección a una de las calles contiguas, donde un número extraordinario de guerreros les acechaba tras las paredes y desde las azoteas. Los persiguieron, es probable que fruto de la decepción, ya que poco o nada de provecho se había conseguido aquel día. Pero, al advertir el peligro en el que se metían, los jinetes volvieron grupas e

intentaron alejarse, aunque no antes de que los mexicas les hiriesen dos de los equinos sin recibir daño, pues estaban bien parapetados en esta ocasión. Ante la brusca retirada hispana, se congratularon los guerreros contrarios y Cortés, conocedor ya de sus mañas y humores bélicos, dedujo que podría aprovechar aquella circunstancia para organizar una celada.

Aquella noche escribió a Sandoval para que se personase al día siguiente, 22 de julio, en el campamento de Coyohuacan con 15 jinetes escogidos entre los suyos y los de Pedro de Alvarado. Como Cortés contaba con 25 en disposición de operar, la suma de 40 equinos le iba a permitir planear una celada ambiciosa: al día siguiente, la campaña se desarrollaría como hasta entonces, con 10 jinetes, los infantes habituales y los auxiliares cumpliendo sus funciones; los bergantines y las canoas de los aliados seguirían atacando y derrocando todos los edificios a su alcance. Mientras, el propio caudillo, con 30 caballos, buscaría unas casas grandes situadas cerca de la gran plaza para camuflarse. Poco después del mediodía, cuando hubiesen transcurrido varias horas desde el inicio de los combates en la urbe, Cortés avanzaría con sus jinetes para cumplir con el plan trazado. Con su gente descansada, los escondió lo mejor que pudo y él mismo, como solía hacer, se subió en uno de los grandes templos para dirigir las operaciones. A pesar de la tensión del momento, algunos de sus hombres abrieron una tumba sita en uno de los adoratorios de dicho lugar, lo que nos da idea de la enorme codicia existente, y hallaron objetos de oro por valor de 1500 castellanos. Justo entonces, cuando sus jinetes de reserva estaban ansiosos por entrar en acción, Cortés dio la orden al resto del contingente de comenzar a retroceder, sobre todo cuando viera a una multitud de guerreros mexicas en la gran plaza en actitud de perseguirles. Así lo hicieron, pero no sin que los 10 caballeros, que habían peleado toda la mañana con los infantes, pasasen una vez más a la acción alanceando mexicas en la gran plaza y haciéndolos retroceder dos veces. Es decir, exhibiendo su comportamiento habitual. Cuando el furor de los mexicas aumentó al ver a los de a caballo desamparados en aquel amplio espacio, acometieron una fuerte carga, que los jinetes supieron canalizar en dirección a las casas donde permanecían los 30 caballos restantes emboscados. En el momento en que los mexicas perseguidores estuvieron a punto de alcanzar los caballos en plena huida, pues ya podían tocarles las ancas, un disparo de escopeta y un grito de «Santiago» dio paso a la acción de los emboscados, los cuales desbarataron la columna perseguidora y luego mantuvieron la presión matando guerreros y persiguiéndolos hasta la gran plaza y más allá. En ese momento, los indios auxiliares regresaron y consiguieron ultimar y capturar a

numerosos enemigos. Cortés cifró en medio millar la matanza perpetrada, «todos los más principales, esforzados y valientes hombres». Entonces llegó una confesión: en aquel momento de los combates, a vida o muerte, Cortés no tuvo reparos en reconocer que «aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron hechos pozas para comer». Es la primera vez en su *Tercera carta de relación* que el caudillo de Medellín reconoce ese tipo de recompensa para sus aliados. Pero ¿desde cuándo la permitía? ¿Quizá desde el primer momento? O, en realidad, ¿era una concesión extraordinaria para que los aliados se decidiesen por regresar a la lucha una vez se produjo su deserción masiva?

El príncipe Ixtlilxóchitl, en un momento dado de los combates mantenidos aquellos días, consiguió atrapar a su hermano Coanacoch y se lo llevó preso a Cortés, que le puso grillos y lo trasladó a su campamento principal con guardas. Ese es otro momento clave, pues la «guerra civil» tetzcocana llegó a su fin dentro del conflicto general contra México-Tenochtitlan. A decir del cronista Alva Ixtlilxóchitl, los tetzcocanos fieles a Coanacoch y supervivientes en aquel conflicto se pasaron en aquel momento a las filas cortesianas.<sup>[8]</sup>

Prueba del duro castigo recibido por los mexicas, justa revancha para el de Medellín por su derrota del 30 de junio, fue que aquellos permanecieron en silencio aquella tarde y noche, «ni osaron asomar en calle ni en azotea donde no estuviesen muy a salvo y seguros». Además, estaban perdiendo las últimas tropas de calidad que les quedaban, pues al caudillo extremeño no se le pasó el detalle del envío, por parte de Cuauhtémoc para saber si las tropas hispano-aborígenes se retiraban o permanecían en la gran plaza central, de unos esclavos, los cuales, por cierto, fueron atacados por el escuadrón de caballos que siempre vigilaba las retiradas hacia el campamento base y exterminados. Aquel día, Cortés solo lamentó la pérdida de una yegua que, herida, acabó por morir poco después. Claro que un cómputo de los aliados muertos en acción nunca lo hizo. El caudillo extremeño escribió:

Cobraron de esta nuestra victoria los enemigos tanto temor, que nunca más en todo el tiempo de la guerra osaron entrar en la plaza ninguna vez que nos retraíamos, aunque sólo uno de caballo viniese, y nunca osaron salir a indio ni a peón de los nuestros, creyendo que de entre los pies se les había de levantar otra celada. Y ésta de este día, y victoria que Dios Nuestro Señor nos dio, fue bien principal causa para que la ciudad más presto se ganase, porque los naturales de ella recibieron mucho desmayo y nuestros amigos doblado ánimo [...]

Alentado por el testimonio de dos mexicas de bajo rango que se habían pasado a su campo aprovechando la oscuridad de la noche, y que les

aseguraron que los suyos se morían de hambre,<sup>[9]</sup> cuando se veían obligados a salir de noche a pescar en los canales y a rebuscar raíces y cualquier otra cosa para comer en la zona devastada de la gran urbe, Cortés, inmisericorde, organizó una nueva entrada en México-Tenochtitlan la madrugada del 23 de julio para hacer todo el daño posible, mientras los bergantines se ocupaban también de tomar posiciones antes de romper el día. La táctica fue parecida a la última empleada. Con entre 12 y 15 jinetes y cierto número de infantes e indios aliados, Cortés envió algunos espías por delante para informar de dónde se hallaba el contrario y qué intenciones tenía, mientras el grueso de sus hombres se emboscaba. Una operación como esa le daba la razón al de Medellín en el sentido de que, gracias a estar buena parte de la ciudad arrasada y las vías de entrada y salida allanadas, la retirada era factible sin peligro, pero también un avance rápido desde la calzada. El caso es que, a una señal de sus espías, la hueste de Cortés salió de su escondite

y dimos sobre infinita gente, pero como eran de aquellos más miserables y que salían a buscar de comer, los más venían desarmados y eran mujeres y muchachos, e hicimos tanto daño en ellos por todo lo que se podía andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron de más de ochocientas personas, y los bergantines tomaron también mucha gente y canoas que andaban pescando, e hicieron en ellas mucho estrago. Y como los capitanes y principales de la ciudad nos vieron andar por ella a hora no acostumbrada, quedaron tan espantados como de la celada pasada, y ninguno osó salir a pescar con nosotros; y así, nos volvimos a nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos, narró el de Medellín con indisimulado regocijo.

Un pasaje como el anterior merece un análisis detenido. Además de volver a mencionar el permiso, si es que no lo tenían desde antes y no se había mencionado, de los aliados para obtener todas las presas que quisieran, o pudieran obtener, del enemigo mexicana y poder llevárselos para su ingesta, quizá una concesión cortesiana tras su regreso a los combates después de su parcial deserción tras los hechos del día 30 de junio de 1521, lo cierto es que la crueldad exhibida por el de Medellín parece estar muy ligada a la necesidad de vencer lo antes posible en esta guerra. No solo el número de bajas entre los hispanos era significativo, con unos guarismos que Cortés, un hombre muy previsor, no se podía permitir, ya que, sin duda, pensaba ya más en el día después de la caída de la gran urbe mexicana, sino que debía demostrar a su gente capacidad de respuesta ante cualquier contingencia. Y tras el desastre del 30 de junio, que volvía a recordar el de un año atrás por las mismas fechas, el pulso no le tembló al caudillo extremeño. Todos debían de estar agotados después de casi dos meses de campaña continua en pos de la conquista de la gran urbe, sin añadir las semanas previas, también muy

marcadas por combates importantes. Por ello, el fin debía llegar cuanto antes. Por otro lado, si los guerreros mexicas se habían mostrado como gentes inflexibles en su lucha, en vista de su futuro sometimiento, ¿no sería óptimo eliminar cuantos más guerreros mejor? No obstante, el cronista Cervantes de Salazar se sintió obligado a justificar a Cortés ante la matanza de 800 «civiles»: «Hacia Cortés esto por ver si apretándolos tanto, vendrían a lo bueno».

Prueba de lo mencionado en líneas anteriores se pudo comprobar al día siguiente, cuando el caudillo pudo observar con satisfacción que la noticia de la buena marcha de la guerra había circulado con profusión por todos los alrededores de México-Tenochtitlan, puesto que los aliados reaccionaron y no quisieron dejar pasar la oportunidad de participar de los despojos de la caída de la gran urbe mexica: «era tanta la multitud que cada día venían, que no tenían cuento», escribió.

Aquel mismo día, 24 de julio, Pedro de Alvarado y los suyos lograron comunicarse en el interior de la ciudad con el grupo de Cortés. Por fin estuvieron en disposición de avanzar por la avenida principal que comunicaba con el mercado de Tlatelolco, donde quemaron otros dos puentes, cegados de inmediato y protegidos con un retén, además de incendiar las casas donde, asegura Cortés, residía Cuauhtémoc.<sup>[10]</sup> El palacio de Yacalulco, unas construcciones grandes y sólidas, con defensas adecuadas y cercadas por el agua, se encontraba en el barrio de Atezcapan. Sin perder el impulso, tomaron otros dos puentes de calles paralelas al mercado y fueron también cegados, al igual que otros canales y acequias, de modo que, al final de aquel día, el de Medellín pudo decir con orgullo «que de cuatro partes de la ciudad, las tres estaban ya por nosotros, y los indios no hacían sino retraerse hacia la más fuerte, que era a las casas que estaban más metidas en el agua». Era el último refugio. Una especie de ciudadela sin muros, como las europeas, pero con fosos y cuerpos de mexicas para defenderla.<sup>[11]</sup>

A la pluma de Cervantes de Salazar le debemos apuntes muy interesantes, que le proporcionó en su momento Alonso de Ojeda gracias a unos «memoriales» que le cedió para confeccionar su crónica, acerca de las hazañas de algunos capitanes. Por ejemplo, Pedro de Ircio. Odiado por Bernal Díaz según se vio en su momento, páginas atrás, este no explicó jamás algo positivo de este personaje. En cambio, Cervantes de Salazar ensalza que «[...] con algunos compañeros, a pesar de los enemigos y con trabajo suyo, echándose al agua, les ganó tres o cuatro puentes». Otra jornada, al comprobar que uno de los bergantines se había quedado varado en uno de los

puentes de los mexicas, antes de permitir su pérdida, Ircio hizo que algunos de los suyos se metieran en el agua y, a pesar de haber peleado todo el día y estar agotados, consiguieron desencallar el bergantín. O de Juan de Limpias Carvajal, quien, comandando una de las naves, y en compañía de otros, atacaron en el entorno de la calzada de Tenayucan, probablemente en Coltonco, unas torres con adoratorios de los mexicas, habilitados para fabricar armamento; una multitud, vigilada por otra de guerreros, se dedicaba a esta tarea fundamental para la resistencia cuando fueron arremetidos por Limpias y los suyos. Se les disparó con los cañones y dos bergantines desembarcaron gente, pero ante un repentino contraataque mexicana, Limpias tuvo el ánimo de aguantar con su bergantín y recoger a los desembarcados mientras los otros dos barcos se alejaban. Muchos quedaron heridos, incluido Limpias, aunque no se lamentaron víctimas, y de paso causaron grandes estragos entre los contrarios. Fue espectacular la acción de un soldado de los bergantines, Andrés Núñez, quien al ver que su capitán huía de la batalla y se refugiaba en tierra, peleó por defender el bergantín donde navegaba; una vez conseguido, salvó a dos soldados de la muerte, Domingo García y un tal Castillo, y pugnó con toda la gente que pudo reunir para evitar la caída en manos de los mexicas de dos bergantines que estos tenían a punto de rendirse. Cuando el capitán regresó al barco, Núñez lo expulsó del mismo por indigno. Enterado del asunto, Cortés confirmó a Núñez como nuevo capitán de bergantín.

Aparte de Pedro de Alvarado o Gonzalo de Sandoval, Cervantes de Salazar también ensalza a Jorge de Alvarado, Alonso de Ávila, Martín López o Andrés de Tapia, quien no solo venció a los mexicas al conquistar y consolidar algunas de las cortaduras de las calzadas y en la ciudad, sino que peleaba como el que más con el agua hasta el pecho y salvó a varios de sus hombres en diversas situaciones comprometidas. En cierta ocasión, tras acudir en ayuda de Alvarado poco antes de alcanzar Tlatelolco, al regresar al lado de Cortés se empleó a fondo, azadón en mano como el primero, en cegar las nuevas cortaduras halladas en el camino de vuelta. A causa del esfuerzo, «muchas veces le corría sangre de las manos, de suerte que de dolor no podía algunas veces apretar la espada, forzado por esto a traerla con fiador atado a la muñeca. Fue siempre a los peligros y trabajos uno de los primeros», narró un admirado Cervantes de Salazar. Ellos y algunos otros conformaban un mando eficaz y motivado. Eran compañeros. Sin gente de su valía, Cortés lo hubiera tenido mucho más difícil.

Y el mundo mexicana, sin el liderazgo de Cuauhtémoc y la resistencia final de los tlaxtecalcas, puede que hubiese aguantado mucho menos. En los *Anales*



*históricos de Tlatelolco* se menciona que el de Medellín, por mediación de algunos enviados —Itzpancalqui, oficial *achcauhtli* (maestro de armas) de Chapultepec, y dos hombres de Tlapalan y Cuexacal— intentó en el barrio de Yauhtenco dirigirse a los tlatelolcas. Algunos de ellos acudieron con una canoa al barrio de Nonoalco, donde se hallaban reunidos todos los jefes militares castellanos, con Cortés en cabeza. A través de los intérpretes se les interrogó acerca de la actitud de Cuauhtémoc, en el sentido de saber si estaba dispuesto a poner en peligro las vidas de mujeres, niños y ancianos. Después de recordarles que todos los señoríos del valle central de México estaban ya del lado de los españoles, los tlatelolcas podrían elegir la misma salida, puesto que no tenían por qué seguir el destino de los mexicas. Ante su negativa a traicionarlos o, más bien, a traicionar a Cuauhtémoc, se recrudecieron los ataques. Los combates pasaron a localizarse en Cuepopan y en Cozcacuauhco. Un guerrero, Coyohuehue, fue rememorado por derribar a cuatro enemigos con flechas de metal, es decir, de las tomadas a los castellanos o fabricadas a partir de armas de acero. La presión castellana se mantuvo durante toda una semana:

Y sus naves llegaron a Texopan. Tres días duró la batalla y nos echaron de ahí. Enseguida llegaron allá, al patio del templo, y la batalla duró ahí cuatro días. Después, enseguida, llegaron aquí, a Yacacolco [¿Yocalolco?, en el mercado de Tlatelolco]. Fue cuando los españoles llegaron allá, al camino de Tlihuacan.

Hasta 2000 personas fallecieron en aquellos combates. Aunque los tlatelolcas rememoraron también sus victorias:

Fue cuando nosotros los tlatelolcas erigimos perchas con cráneos. En tres lugares se encontraban las perchas para los cráneos. Una se encontraba en el patio del templo de Tlillan. Ahí fueron ensartados los cráneos de nuestros señores los españoles, y allí también se instalaron las banderas tomadas por el tlatatécatl [jefe militar] Ecatzin y el tlapanécatl Popocatzin.<sup>[12]</sup> En el segundo lugar, en Yacacolco, ahí también fueron ensartados los cráneos de nuestros señores los españoles, y dos cráneos de caballo. El tercer lugar se encontraba en Zacatlan, frente al templo de las mujeres. Esto sólo competía a los tlatelolcas.<sup>[13]</sup>

También es posible rastrear en unas reflexiones de Cervantes de Salazar una de las claves de la resistencia de los mexicas: si, por un lado, los aliados de los españoles tornaron a volcarse en su ayuda al comprobar que el fin de la gran urbe se hallaba próximo, de modo que «no se podían contar, y de cada día venían casi sin cuento, de suerte que casi ya estorbaban [más] que ayudaban», lo cual no deja de ser una cierta recriminación, por lo demás injusta, del cronista, por parte de los mexicas lo que más parecían desear

«después de muertos en la guerra, o de hambre, [era que] sus enemigos los comiesen, pues no lo habían de sentir [tanto] que verse vivos en poder de aquellos a los cuales ellos mandaban y de los cuales habían [sido] tan reconocidos y respetados».<sup>[14]</sup> Es decir, Cervantes de Salazar defendió una suerte de suicidio colectivo como la salida encontrada por los mexicas para garantizar un final apropiado a su dignidad de grandes guerreros hacedores de imperios.

Pero estaba claro que no se iban a rendir. Preferían antes ver destruida su ciudad. Tal extremo ya se lo hizo ver el príncipe Ixtlilxóchitl a Cortés aquellos días, cuando el de Medellín, como veremos, intentó un último acuerdo para salvar a los habitantes supervivientes, y a la propia ciudad, o más bien lo que quedaba de ella, de una destrucción total.

### **El principio del fin: 25 de julio-11 de agosto de 1521<sup>[15]</sup>**

**E**l día del apóstol Santiago, patrón de España, 25 de julio, Cortés ordenó un duro ataque. Sus hombres, entrando con facilidad hasta el mercado de Tlatelolco, se afanaron por tomar uno de los canales que conformaban el desembarcadero de aquella zona de la gran urbe, un trabajo complicado dada su anchura y la resistencia que encontraron. Es más, era tan amplia aquella vía de agua que no pudo cegarse aquella misma jornada a pesar de todos los esfuerzos empleados. Era una dificultad añadida, pues significaba no poder usar los equinos para frenar al contrario en caso de ser preciso, dado que no pudieron pasar. Pero fue el estímulo necesitado por algunos cientos de guerreros mexicas de refresco para abalanzarse sobre ellos más allá de sus líneas defensivas; no obstante, gracias a los disparos de los ballesteros, hubieron de retroceder con bajas. Además, en vista de que la pólvora había vuelto a acabarse, Cortés, siempre previsor, ordenó no solo incrementar la producción de saetas, sino también de picas, con las que armó a la mayoría de los infantes; de esa forma, no se exponían tanto a una lucha cuerpo a cuerpo y, llegado el caso, podrían frenar una carga de los contrarios. López de Gómara asevera: «Faltaba ya la pólvora, bien que sobraban las saetas y picas; como se hacían cada día [...]». Así, al menos se tenía una opción de aguantar el empuje del contrario y evitar caer a una zanja o una acequia, como había ocurrido el 30 de junio. El de Medellín señaló de manera explícita que mandó confeccionar las picas tras aquel gravísimo incidente. Y, sin un respiro,

continuó la orden de allanar el terreno con el derrocamiento y quema de las casas. Y los mexicas, escribe Cortés,

como veían tanto estrago, por esforzarse decían a nuestros amigos que no hiciesen sino quemar y destruir, que ellos se las harían tornar a hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabían que había de ser así, y si no, que las habían de hacer para nosotros; y de esto postrero plugo a Dios que salieron verdaderos, aunque ellos son los que las tornan a hacer.

Al día siguiente, una buena prueba de que las fuerzas mexicas menguaban a ojos vista se tuvo al encontrarse el canal atacado el día anterior tal y como lo dejaron, a medio cegar, así que terminaron el trabajo y tomaron otras dos acequias adelantando sus líneas otros 400 metros, no sin hallar, en un oratorio, algunas cabezas ensartadas de sus compañeros a modo de *tzompantli*. Bernal Díaz describe la escena, horripilante: «[...] y tenían los cabellos y las barbas muy crecidas, mucho mayor que cuando eran vivos, e no lo habría yo creído si no lo viera; yo conocí a tres soldados, mis compañeros». En todos los conflictos, los momentos de tensión y de desgaste psicológico son notables, pero en el caso de la guerra de México las cuotas del mismo que tuvieron que soportar los combatientes debieron de ser enormes. Y no podían desfallecer. Ese era un lujo imposible de obtener aquellos días. Aunque el drama continuó, porque los restos de los compañeros no pudieron retirarse hasta casi dos semanas más tarde. La guerra proseguía.

El 27 de julio, cuando a las nueve de la mañana Cortés y los suyos estaban operando en cierto sector del frente, observaron grandes humos en la zona del mercado de Tlatelolco, señal de que Alvarado y los suyos estaban acabando de limpiar de enemigos aquella zona, a base de tomar acequias con albarradas, con los últimos defensores parapetados tras ellas, y quemando todos los templos y casas relevantes halladas en su camino. La reacción del contrario fue terrible, pues merced a un empuje sobrehumano lograron que la hueste de Alvarado se retrajese y le hirieron tres caballos. Cortés salvó el expediente de lo que fue una retirada total cuando alegó que su gente no quiso tomar un puente y una albarrada, sino que se limitaron a cegar el terreno ganado el día previo. Ahora bien, sin quitar méritos a los mexicas, la actitud puede deberse a la necesidad por parte de Cortés, ya expresada, de buscar salvar la vida de cuantos más españoles mejor, pues seguían siendo muy pocos y no se sabía qué podía deparar el futuro. Quién sabe, tal vez podían enviarle desde Cuba otro Pánfilo de Narváez a pugnar contra él y los suyos.

Aunque sepamos por Díaz del Castillo que desde el 17 de julio las avanzadillas de Alvarado lograron entrar en el mercado de Tlatelolco, lo

cierto es que del testimonio de Hernán Cortés se desprende que fue el 28 de julio cuando lo hicieron de manera definitiva. Sus hombres consiguieron cegar la última acequia que les separaba de Tlatelolco, quizá en Atezcapan, cuando por el otro lado de la avenida llegaba Pedro de Alvarado con cuatro jinetes. Una vez tuvo Alvarado bien cubiertos sus flancos y su retirada, con todos los caminos cerrados y sin impedimentos para regresar a la calzada, Cortés pudo acompañarle y contemplar el mercado de Tlatelolco y pasearse con sus caballos, no sin prevención, ya que el contrario se hallaba cerca, parapetado detrás de algunas defensas y por las azoteas de los edificios aledaños, aunque no osaban acercarse por la presencia de los equinos. Incluso el de Medellín explica que logró subir al Templo Mayor, donde «hallamos ofrecidas ante sus ídolos las cabezas de los cristianos que nos habían matado, y de los indios de Tascaltecal, nuestros amigos, entre quien siempre ha habido muy antigua y cruel enemistad».

En aquel momento, desde una situación privilegiada, Cortés supo que había vencido, pero la victoria le había costado la destrucción de la joya mayor: la propia México-Tenochtitlan. Justo entonces, el de Medellín estimó en un octavo la porción de urbe que quedaba por conquistar

y viendo que tanto número de gente de los enemigos no era posible sufrirse en tanta angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas y puestas cada una de ellas sobre sí en el agua, y sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles, acordé dejarlos de combatir por algún día y moverles algún partido por donde no pereciese tanta multitud de gente; que cierto me ponía en mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacía, y continuamente les hacía acometer con la paz.

Iba a intentar salvar lo que pudiera de aquella hecatombe.

Los informantes del padre Sahagún le relataron episodios de los combates tenidos aquellas jornadas. La artillería castellana fue oportunamente utilizada para derribar los muros del mercado de Tlatelolco, donde se guarecían los guerreros enemigos, los cuales pasaron a ocupar las casas de los alrededores, que lograron comunicar entre sí mediante agujeros en las paredes, para defenderse mejor de los caballos, mientras, cuando podían, lanzaban proyectiles desde los tejados. Es posible entender la confusión habida, porque en aquel momento algunos castellanos, pero, sobre todo, la mayoría de los indios aliados, deseaban entrar en el mercado para rapiñar y hacer prisioneros. Al ver tal ansia, algunos de los aliados fueron presa fácil de un contraataque mexica, que les obligó a dejar sus presas, pero a costa de la vida de un célebre capitán mexica: Axuquen (Axoquentzin). Fue muerto al atravesarle el pecho

una estocada. Mientras los aliados peleaban con sus canoas en la zona de Atezcapan, el resto de los combates se libraba en Yocalolco (Yacacolco), donde se distinguieron capitanes mexicas como Xiucozca, Cuacuauh, Tecpanécatl, Uizitzi e Itzcuin; así consiguieron que mujeres, niños y ancianos pudieran retraerse hacia el barrio de Amáxac, al lado de la calzada de Tepeyac. En aquellos días, el vigor de la lucha se tradujo en tal número de saetas y jabalinas lanzadas «que todo el aire parecía amarillo». Otro ataque tuvo como objetivo, más allá de la gran plaza central, alcanzar el *Telpochcalli*, es decir la escuela de formación de los futuros guerreros, que se quemó, mientras que un bergantín y cierto número de canoas aliadas entraron por uno de los canales con intención de incendiar casas, cuando un guerrero mexica, Coyohuehue, que vestía las divisas de los guerreros águila y de los guerreros jaguar (u ocelote) mitad por mitad, llegó con una canoa a la zona de Tolmayecan y, seguido por una multitud de ellas, logró rechazar el ataque que, en concreto, los aliados de Xochimilco protagonizaban aquel día.<sup>[16]</sup> Esta fue una de las últimas victorias mexicas en el lago. Pero en los días siguientes continuó la pugna y los bergantines y sus canoas de apoyo entraron sin oposición por los canales de Atzacualco.<sup>[17]</sup> Estos y otros combates demuestran que, para finales de julio, el reducto que quedaba en manos de los mexicas y los tlatelolcas se limitaba a esa octava parte de la ciudad, como había afirmado Cortés, delimitada entre el oeste de Atzacualco y la zona más allá de Tlatelolco, al norte del desembarcadero, aún protegida por un par de canales.

Por otra parte, las diversas facciones, bandos, grupos enfrentados, viejas y nuevas alianzas debieron de sumir los combates en un caos notorio. El padre Torquemada ofrece un buen ejemplo. Cuando Coyohuehue dirigía la resistencia mexica contra los españoles, asistidos en ese lance concreto por xochimilcas, como hemos visto, tras hacerlos retroceder, el contraataque hispano lo protagonizaron ahora tropas tlaxcaltecas. Estas lograron frenar al contrario en parte porque los aliados de los mexicas, procedentes de la localidad de Cuitláhuac, creyeron que la gente de Coyohuehue había asesinado a su señor. Se inició así una breve lucha entre mexicas y las gentes de Cuitláhuac. Pero, una vez sabido que no se había producido aquel magnicidio, las aguas volvieron a su cauce. Así, al poco, se regresó al combate contra los tlaxcaltecas, si bien en esta ocasión Torquemada puntualiza que se trataba de tliliuhcatepecas. Aun estos lograron atrapar a un capitán mexica notable, Tlappanecatl, pero, al final, sus hombres lo rescataron de manos de sus enemigos tlaxcaltecas.<sup>[18]</sup>

En un momento dado, que según Cortés fue una quincena atrás, se pensó en la posibilidad de construir una catapulta, por iniciativa del soldado Antonio de Sotelo, un veterano de las guerras de Italia. En lenguaje cortesiano, unos maestros carpinteros construyeron un «trabuco», a pesar de que el caudillo aseguró no ver claro el asunto. Cortés es un maestro, siempre a toro pasado, a la hora de camuflar sus decisiones más polémicas. La idea era bombardear la zona de Amáxac, el último reducto mexica de la ciudad para ahorrar los horrores finales de un conflicto por lo demás muy sangriento. El ingenio se colocó en la propia plaza del mercado de Tlatelolco en una especie de escenario, o plataforma cuadrada, ya existente construido de cal y canto; medía unos 40 metros de lado y se situaba a pocos metros de altura, pues se trataba del lugar donde se danzaba en festividades religiosas, para que los danzantes fueran vistos desde todos los ángulos de la enorme plaza. Una vez transportado hasta allí, les llevó tres o cuatro días montar aquel «trabuco» o, mejor, catapulta. Fue un fiasco. En páginas anteriores he comentado que se lanzó una piedra que se proyectó hacia lo alto y que fue a caer a los pies del ingenio y no a lo lejos. En palabras de Cortés: «la falta y defecto del trabuco disimulámosla con que, movidos de compasión, no los queríamos acabar de matar». Bernal Díaz asegura que después de tantos trabajos proveyendo maderas, clavos, el esfuerzo de los carpinteros, la fábrica de sogas y de la honda con una capacidad para piedras de 11 kilogramos de peso, el disparo del primer proyectil por poco acaba en tragedia al caer casi en el mismo lugar donde se hallaba la catapulta. En *Visión de los vencidos*, se asegura que «no cayó la piedra sobre los naturales, sino que pasó a caer tras ellos en un rincón del mercado. Por esto se pelearon unos con otros, según pareció, los españoles».<sup>[19]</sup> Cortés mandó destruirla.

Durante esos tres o cuatro días en que se fió el final de la guerra a la búsqueda de un acuerdo con Cuauhtémoc o bien a la impresión que les causase el bombardeo merced a la fallida catapulta, los mexicas aprovecharon para recomponer sus filas y, al mismo tiempo, deshacerse de la población no apta para los combates, porque cuando Cortés ordenó en los primeros días de agosto volver a avanzar más allá de la plaza del mercado de Tlatelolco, «hallamos las calles por donde íbamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable, que se morían de hambre, y salían traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de verlos, y yo mandé a nuestros amigos que no les hiciesen daño alguno». Cortés había intentado una vez más un acercamiento al líder mexica y había exigido su presencia para negociar con él la rendición, con constantes promesas de mantenerlo en su posición de *tlatoni*, si bien una

vez aceptase ser vasallo de Carlos I. Tuvo el de Medellín diversas cortesías con Cuauhtémoc, como el envío de presentes. Este contestó solicitando esos tres días para consultar a sus leales y remitió a cuatro notables con dicha respuesta, aunque más bien, a decir de Díaz del Castillo, en lugar de consultar el oráculo de Huitzilopochtli, que también, los indómitos mexicas emplearon el tiempo ganado en fabricar armas y proyectiles, en abrir cortaduras y levantar albarradas. El *tlatoani* remitió a otros dos mensajeros con algún presente para Cortés, pero estaba ganando tiempo, claramente. Por una observación del propio caudillo extremeño, la presencia de la élite religiosa y social mexica, así como guerreros sin armas en las azoteas de las casas, se ha inferido que fue el 8 de agosto, día que coincide con la festividad de Miccahuiltontli, o celebración de los niños fallecidos. Con esa excusa consiguieron los mexicas diferir un día más los ataques.

Entendiendo Cortés que no había posibilidad alguna de terminar la guerra si no era tomando la ciudad en toda su extensión, ordenó tanto a Gonzalo de Sandoval como a Pedro de Alvarado que atacasen con todos los indios aliados a su cargo. Pero los combates no decayeron en intensidad y, según Díaz del Castillo, hasta tres castellanos heridos acabaron muriendo, así como dos caballos. Los mexicas habían decidido casi en bloque, hacía mucho, vender cara su vida, pues los partidarios de la paz o habían muerto o habían decidido contemporizar y esperar el final del conflicto. Y ocurrió lo que Cortés menos deseaba que ocurriese. La toma de un sector del barrio de Amáxac, todavía por controlar, un millar de casas de extensión según el de Medellín donde los contrarios habían levantado algún tipo de defensas, degeneró en una nueva matanza. Atacados por la gente de Alvarado por un lado y por la de Cortés por otro, sin usar los caballos por ser impracticable su utilización en aquellas calles. El sector del barrio fue conquistado y, para entonces, el hartazgo de los muchos días de combates se impuso: Cortés asegura en su informe a Carlos I que, entre muertos y presos, los mexicas tuvieron 12 000 bajas, cuando las tropas aliadas «usaban de tanta crueldad [...] que por ninguna vía a ninguno daban la vida, aunque más reprendidos y castigados de nosotros eran». En palabras de Cervantes de Salazar, el de Medellín hizo en ellos «horrible y espanto[so] estrago», como en respuesta a su actitud a un empacho de guerra.

Los informantes del padre Sahagún repararon en el avance compacto, en ordenanza, de los españoles y toda su gente, mientras los mexicas se escondían como podían por miedo a la artillería —«Ordenaron sus escuadrones y comenzaron a ir contra el fuerte. Y los mexicanos, como los vieron ir, escondíanse por miedo del artillería. Y los españoles iban poco a

poco llegándose al fuerte, muy bien ordenados y muy juntos»—. Es una descripción relativamente novedosa del avance, en el sentido de fuerzas compactas que adelantan posiciones e impiden que el enemigo las desborde por los flancos. Como leemos, los aliados iban confiados marchando tras los españoles, sobre todo los altivos tlaxcaltecas, quienes

se hacen muy valientes, mueven altivos sus cabezas, se dan palmadas sobre el pecho. Van cantando ellos, pero también cantando están los mexicanos. De un lado y de otro se oyen cantos. Entonan los cantares que acaso recuerdan, y con sus cantos se envalentonan.<sup>[20]</sup>

Pero un guerrero tlatelolca, Chalchiuhtepoa, consiguió emboscar a algunos jinetes, uno de los cuales cayó al suelo y fue hecho prisionero. El equino murió. Fue entonces cuando el grueso de los guerreros mexicas y tlatelolcas salió de sus fortines en el barrio de Amáxac e hizo retroceder a los hombres de Cortés, lo que causó numerosas bajas a los aliados aborígenes, que cubrieron la retirada. Luego, se decidió cegar la laguna llamada Tlaixcuipan para poder entrar mejor en el barrio fortificado. Mientras derrocaban casas para ir rellenando la laguna y crear un paso por ella, los aliados se dedicaban a robar las moradas destruidas. El momento fue aprovechado por algunos capitanes tlatelolcas —Topantémoc, Tlaco, Temilo y Coyohuehue—, los cuales, en cuatro grandes canoas, desembarcaron tropas y tomaron por sorpresa a los indios aliados. Muchos fueron muertos en aquel momento peleando en la laguna, otros en las viviendas, otros más al intentar huir por una calzada recompuesta que aún no tenía la suficiente resistencia, por inacabada, y caer en cortaduras. Algunos se hundieron en los barrizales de la zona: «Y de allí los sacaban arrastrando los mexicanos, llenos de lodo», asevera Sahagún.

En otra jornada, la entrada en el barrio de Amáxac les condujo ante una casa enorme, que hacía la función de *telpochcalli*, aunque en aquel momento se refugiaban en ella mujeres y niños; mientras los guerreros alcanzaban las azoteas para evitar la caída del lugar, todos los que pudieron se lanzaban a la laguna para intentar huir. El capitán Uitziloa resistió con su gente, mientras sufrían enormes pérdidas, hasta que fueron socorridos por los suyos. Solo entonces los castellanos y sus aliados retrocedieron. La lucha fue abarcando las siguientes jornadas al resto del barrio, que acabó siendo destruido de forma paulatina; los españoles y los aliados procuraban matar solo a los guerreros y daban la vida al resto de la población. La pugna alcanzó la noche y se detuvo a duras penas. Los días de batalla se sucedían y se entraba jornada tras jornada en Amáxac. Mientras los resistentes intentaban alguna



emboscada, pero desbordados por una superioridad apabullante, llegó el momento en el que se hallaron rodeados por todas partes y se estrechó cada vez más el círculo. «Y estando en esta estrechura, murieron muchos [indios] y mujeres pisados y acozados. Y estando en esta pelea, las mujeres también peleaban, cegando a los contrarios con agua de las acequias, arrojándosela con los remos», escribe el padre Sahagún, que parece indicar que las mujeres se dedicaban a remar en la canoa al hallarse todos los hombres en la pugna.

Las escenas que siguieron, dantescas, llegaron a conmover a Hernán Cortés. Asegura que eran tantos los cadáveres yacentes hallados en las calles que los cuerpos eran pisoteados por quienes todavía seguían pugnando o, sencillamente, procuraban sobrevivir. Numerosos mexicas imploraban la muerte a sus captores para no presenciar el fin de su mundo. El cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, que mostró muy escasa piedad con los mexicas hasta ese momento, no pudo dejar de escribir que al quedar ya tan poco espacio controlado por los asediados, los supervivientes apenas si podían estar de pie, «y las calles llenas de hombres enfermos y muertos, que los nuestros no pisaban otra cosa si no eran cuerpos». Fue en ese contexto en el que Cortés hizo un último intento por frenar la masacre al enviar a Cuauhtémoc a un miembro de la realeza tetzcocana capturado por el príncipe Ixtlilxóchitl hacía ya ocho días. Según los *Anales históricos de Tlatelolco*, este príncipe tetzcocano, Xóchitl, había sido hecho prisionero en la batalla por el control del barrio de Amáxac, en Copalnamacoyan. Al aceptar llevar un mensaje de Cortés, aun estando herido, Xóchitl fue acomodado en el Templo de las Mujeres, en Axocotzinco. Tras pedir consejo a Topantémoc, Temilo y Coyohuehue, Cuauhtémoc decidió que no se le escuchase directamente, sino a través de alguien delegado para entrevistarse con él en el templo de Huitznáhuac, presumiblemente un sacerdote de dicho *teocalli*. Una vez escuchada la proposición de paz cortesiana, que incluía la recriminación a la élite mexica de no tener en cuenta la muerte de niños, mujeres y ancianos, Cuauhtémoc atendió una vez más al oráculo de Huitzilopochtli, que, en esta ocasión, vaticinaba un cambio de rumbo en la guerra cuando se cumpliesen 80 días de combates, es decir, cuatro meses mexicas. Por tanto, solo cabía resistir. Según esta fuente, Xóchitl no fue sacrificado por mano del propio *tlatoani*, si bien otras así lo afirman. De hecho, el líder mexica sí inmoló aquellos días a los últimos prisioneros: «Y él, Cuauhtémoc, hizo venir a los prisioneros, y los que los acompañaban no olvidaron a ninguno. Los grandes sacerdotes y los jefes guerreros, por una parte y por otra los estiraban y Cuauhtémoc les abría el vientre con su propia, mano».<sup>[21]</sup>

Se intentó contactar con Cuauhtémoc por otra vía, cuando Ixtlilxóchitl y Cortés consiguieron dialogar con unos notables tetzcoicanos resistentes, con una albarrada por medio, en una jornada en la que se decidieron frenar los combates. Se comprometieron a conversar con el *tlatoani* al respecto, pero este no se avino a razones al alegar no ser ya el momento de conferenciar de paces, sino solo de pugnar. Con todo, se concertó una nueva cita para el día siguiente en la que, al final, Cuauhtémoc tampoco compareció, pero sí cinco notables mexicas con los que Cortés, aunque conversó, no quiso concretar nada. En su informe a Carlos I, el de Medellín asegura que dichos notables seguro que deseaban entregar la ciudad, pero el *tlatoani* y unos pocos de sus más fieles se habían enrocado en una posición de resistencia hasta el final. La respuesta a estos requerimientos de paz fue una acometida feroz de los mexicas, con un terrible lanzamiento de proyectiles, en el que uno de sus guerreros destacados consiguió matar a un caballo con una de las espadas españolas saqueadas a los caídos.

Aquellas maniobras de distracción diplomática se mantuvieron hasta el 10 o el 11 de agosto. Uno de esos días, los mexicas utilizaron su última baza. Eligieron a un valiente guerrero tlatelolca, Tlapaltécatl Opuch, tintorero de oficio, para que usase un tocado muy especial: el *quetzaltecúlotl*. Quien se vistiese con un atuendo totalmente recubierto de plumas de quetzal, y con las armas sagradas de Huitzilopochtli, un arco y una flecha, o bien derrotaría a los contrarios o bien sería el final de los mexicas. Según la tradición, si al lanzar la flecha el guerrero vestido de esa guisa conseguía matar o herir y capturar a un contrario, señal de buen agüero, habría salvación. Pero no la hubo. Tlapaltécatl, subido en una azotea, al principio causó admiración y espanto, pero cuando los castellanos se percataron de que no dejaba de ser un guerrero con un tocado nunca antes visto, lo acometieron y le hicieron huir. Poco después regresó y, de nuevo desde una azotea, consiguió hacer retroceder a los tlaxcaltecas y recuperar parte del botín que habían conseguido aquel día. Sus cuatro acompañantes fueron, de hecho, más resolutivos que el propio Tlapaltécatl, pues antes de regresar a sus líneas capturaron tres enemigos. Aunque el final ya estaba cerca y no dependía de augurio ninguno.

Hernán Cortés, desesperado, y entablada la lucha de nuevo el 11 de agosto, envió a Sandoval al mando de los 12 bergantines —o bien 7 u 8, pues algunas informaciones apuntan a que varios de ellos estaban por entonces inutilizados— a presionar desde la laguna la posición mexicana, mientras él mismo y Alvarado iniciaban uno de sus últimos avances. La descripción que nos hace Cortés es terrible, con unos mexicas que apenas hallaban con qué

defenderse, pues habían agotado las flechas y jabalinas, mientras saltaban entre cadáveres de azotea en azotea para pelear con rodela y macana contra sus enemigos hasta el último hombre. Y añade:

[...] aquel día se mataron y prendieron más de cuarenta mil ánimas; y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrantase el corazón, y ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad que no en pelear con los indios; esta crueldad nunca en generación tan recia se vio, ni tan fuera de toda orden de naturaleza, como en los naturales de estas partes [...].

Al tiempo que recordaba que ellos eran apenas 900 hombres y los auxiliares 150 000, de suerte que no podían —no se atrevieron— a entorpecerles en sus designios.<sup>[22]</sup> Pero Cortés no se refería justo en ese momento a la matanza de personas, sino a los deseos de los aliados de obtener una recompensa. Su botín, en definitiva, en una guerra que ellos también habían ganado. Las palabras del de Medellín son muy claras:

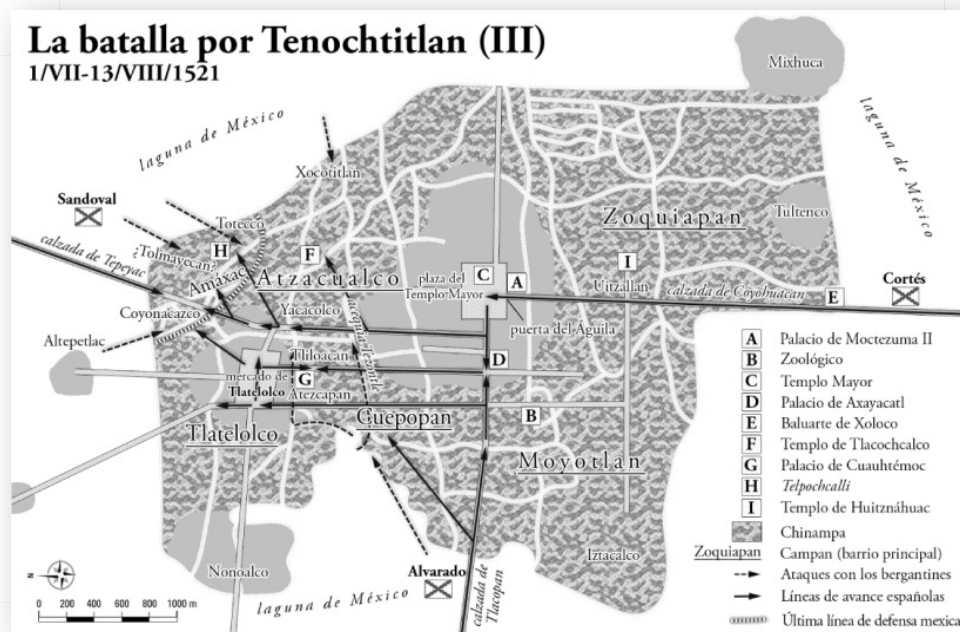
Y una de las cosas por las que los días antes yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la ciudad, era porque tomándola por fuerza, habían de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros amigos habrían de robar todo lo más que hallasen; y por esta causa temía que se habría para vuestra majestad poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad había, y según la que yo antes para vuestra alteza tenía.

## **La caída de México-Tenochtitlan, 12-13 de agosto de 1521<sup>[23]</sup>**

**E**n plena época de lluvias llegó el final de la gran México-Tenochtitlan. Cortés, que había ordenado la retirada de su gente el domingo día 11 al hacerse tarde, pero, y sobre todo, a causa de que les era imposible «sufrir el mal olor de los muertos que había de muchos días por aquellas calles, que era la cosa del mundo más pestilencial, nos fuimos a nuestros reales». Las últimas jornadas, buena parte de la gente del propio Cortés, Alvarado o Sandoval acampaba en la plaza del mercado de Tlatelolco, pero también era usual que muchos de ellos retrocediesen hacia los campamentos avanzados en las calzadas.

Al día siguiente, 12 de agosto, Cortés esperaba el final del sitio e hizo llevar tres cañones gruesos —cuatro dice López de Gómara— por si una multitud de mexicas decidía salir en tromba y atacar de aquella forma, mientras Sandoval presionaba con los bergantines desde el lago, en especial un embarcadero donde se hallaban las últimas canoas mexicas. La estrategia para el asalto final fue simple: las gentes de Alvarado, que acampaban en su

mayoría en Tlatelolco, esperarían allá la llegada de las tropas de Cortés, Olid y demás oficiales y, al escuchar un disparo de escopeta, iniciarían la entrada en el barrio de Amáxac, el último bastión mexicana, para presionar a los resistentes hacia el lago, donde los esperaba Sandoval con su gente, como se ha dicho. Cortés dio órdenes concluyentes de apresar a Cuauhtémoc con vida, pues una vez capturado la guerra cesaría. Y, con todo, siempre según el de Medellín, aún volvió a solicitar un arreglo de paz a los mexicas para evitar el último derramamiento de sangre. El caudillo extremeño aparece en varias ocasiones dirigiendo el final de la guerra, así como en las conversaciones con el contrario, desde uno de los templos del centro de Tlatelolco, donde se había levantado un estrado. Una posición de dignidad que el caudillo extremeño, siempre muy celoso del papel representado por su persona en toda aquella terrible aventura, no quiso perderse. Al menos dos altos dignatarios fueron a escuchar sus palabras y con su actitud dio la sensación de que iban a consultar a Cuauhtémoc, pero regresaron diciendo una vez más, pues no era la primera, que el *tlatoani* no vería a Cortés, pues prefería morir con los suyos. Un cambio de actitud, porque al principio de aquella especie de juego, Cuauhtémoc siempre aceptaba entrevistarse, e incluso el de Medellín lo llegó a esperar, a veces durante horas, para no comparecer nunca.



De hecho, en aquella ocasión las conversaciones ocuparon cinco largas horas, en las cuales, según Cortés, se desató el infierno en la tierra. A partir de la siguiente descripción uno pensaría que solo el pincel de unos genios

pictóricos, como *El Bosco* o Pieter Brueghel el Viejo, hubieran podido representar semejante estampa:

[...] los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, otros en el agua, otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas, que era grande, era tanta la pena que tenían, que no bastaba juicio a pensar cómo lo podían sufrir; y no hacían sino salirse infinito número de hombres, mujeres y niños hacia nosotros. Y por darse prisa al salir, unos a otros se echaban al agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos, que según pareció, del agua salada que bebían y del hambre y mal olor, había dado tanta mortandad en ellos, murieron más de cincuenta mil ánimas. Los cuerpos de las cuales, para que nosotros no alcanzásemos su necesidad, ni los echaban al agua, porque los bergantines no topasen con ellos, ni los echaban fuera de su conversación, porque nosotros por la ciudad no volviésemos; y así por aquellas calles en que estaban, hallábamos los montones de muertos, que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies; y como la gente de la ciudad se salía a nosotros, yo había proveído que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar que nuestros amigos no matasen a aquellos tristes que salían, que eran sin cuento. Y también dije a todos los capitanes de nuestros amigos que en ninguna manera consintiesen matar a los que salían, y no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel día no mataron y sacrificaron más de quince mil ánimas [...]

No obstante, todavía resistían algunos notables mexicas y cierto número de guerreros subidos a las últimas azoteas, en algunas casas y en canoas. Fray Francisco de Aguilar, que peleó en la batalla antes de hacerse religioso, es el único cronista entre los participantes directos que menciona que los mexicas armaron a sus mujeres y las colocaron en las azoteas, «en donde peleando y espantados los españoles de ver tanta gente de nuevo, matando de ellas los españoles conocieron y vieron cómo eran mujeres».<sup>[24]</sup> Cortés, cada vez más desesperado, intentó por última vez su rendición incondicional e hizo disparar sobre ellos con la artillería disponible, pues el daño que recibirían si empleaba a los indios aliados en un ataque final sería aún peor. Queda claro que solo la élite social y militar resistía por entonces. Pero, hasta llegar a ese momento, la movilización de la sociedad mexica había sido total. Según los *Anales históricos de Tlatelolco*, en esos instantes finales, cuando se pugnó en la gran plaza central de aquella ciudad hermana de Tenochtitlan, incluso las mujeres fueron a la lucha:

Y entonces, hecho esto, nos echaron, consiguieron apretujarnos en la plaza del mercado. Fue entonces cuando el tlatelolca fue aniquilado, el gran jaguar, el valiente guerrero. Luego la batalla se generalizó. Fue entonces cuando arremetieron, cuando pelearon las mujeres de los tlatelolcas. Golpearon al enemigo, portaron armas de guerra, se arremangaron las faldas, se las levantaron todas para perseguir duro a los enemigos.

Según esta fuente, los últimos combates y escarceos diplomáticos ocuparon diez días, es decir del 2 o 3 de agosto hasta el 13. La arremetida

final castellana del 12 de agosto, que culminó al día siguiente, se describe de la siguiente forma:

Los españoles consiguieron pisotearnos durante la batalla. Enseguida, entonces, nos dispersamos por las pendientes, corrimos. El agua estaba avanzando con violencia, acabó con todo. Estaba avanzando rápidamente, y de esa manera perecieron. El agua estaba avanzando con violencia, acabó con todo. Estaban avanzando rápidamente, sólo entonces, algunos de ellos pudieron escapar del peligro.

Sin armas, sin comida, bajo una lluvia torrencial que caía la noche del 12 al 13 de agosto, es decir, esa agua que avanzaba según este magnífico testimonio, el final se precipitó. O bien se trata de la descripción de la huida de algunos mexicas en las canoas que pudieron abandonar de forma subrepticia la ciudad en ruinas.<sup>[25]</sup>

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl narra aquellos últimos momentos y resalta que los guerreros estaban arrimados a las paredes de las casas y encaramados en las azoteas, tristes, con el resto de la población, ancianos, mujeres y niños, todos ellos llorando. Los nobles y los señores principales, embarcados con Cuauhtémoc, confusos y desolados. No estaban preparados para una rendición. Fue entonces cuando Cortés dio a los suyos orden de avanzar y, en pocas horas, sin apenas lucha, se ocuparon las postreras casas sin conquistar de la gran urbe.<sup>[26]</sup>

Los informantes del padre Sahagún afirman que una vez perdido el barrio de Amáxac, los últimos defensores retrocedieron hacia Coyoplacazco, pero detrás de ellos ya solo quedaba el lago. Fue el 10 u 11 de agosto. Una vez tomado Amáxac, Cortés se hizo fuerte en la casa de un notable, Aztaoa, en la que mandó instalar un pabellón en la azotea con algunas telas de color carmesí; buscaba otorgar toda la dignidad posible a un momento como aquel. Desde esa posición privilegiada divisaba al contrario y oteaba algún signo de rendición. Esa fuente quiere que la caída de México acabase con la llegada del *tlatoani* en canoa cerca de aquel lugar y, tras apearse, se entregaría con los suyos a Cortés y sus hombres, que lo rodeaban en aquel momento. Es más, en el escrito del padre Sahagún se resalta que el caudillo extremeño intentó por todas las vías posibles la rendición de su opositor. Pero la dignidad de Cuauhtémoc se lo impedía. En realidad, no llegó a rendirse, sino que intentó la huida. Quienes sí se entregaron fueron los últimos resistentes, la élite superviviente de la sociedad mexicana, que dejó de defenderse el último día. Habían estado dirigidos por gentes como Tlaco, el principal cargo militar o *cihuacóatl*; Petlauah, intendente de la Casa Negra o *Tlilancacalli*; Motelchiuh, dirigente del barrio de Huitznahuatl, en Tlatelolco; Achcauhtli, el

sumo sacerdote; otro alto oficial, o *tlacochcalcatl*, Coyohuehue; el *tlacatéccatl* Temilo, además del *tizociauácatl* Topantémoc y el magistrado o *mixcoatlailótlac* Ahuelitoc. Es justo que, si conocemos a los oficiales y funcionarios hispanos, también conozcamos a los mexicas.

Díaz del Castillo es quien narró con más lujo de detalles la captura de Cuauhtémoc. Mientras Cortés permanecía la mañana del martes 13 de agosto en compañía de Pedro de Alvarado, Francisco Verdugo, Luis Marín y otros oficiales, pues sus hombres los dirigía Cristóbal de Olid, presenciando los últimos coletazos de la batalla desde el Templo Mayor de Tlatelolco, los bergantines, al mando por entonces de Gonzalo de Sandoval, irrumpieron en la zona de Coyoplacazco, donde se concentraron en perseguir una serie de canoas que iniciaba la huida hacia las riberas del lago. Con los últimos guerreros de la élite mexica a bordo de medio centenar de canoas, Cuauhtémoc tal vez intentó una última huida de los suyos para asentarse en un nuevo lugar y proseguir la vida o bien la guerra contra los españoles. Es lo que siempre habían hecho en su trayectoria como pueblo. Es probable pensar que su destino fuese Azcapotzalco, donde había hecho llevar la efigie de Huitzilopochtli, y la ciudad más populosa por aquella parte, además de Tlacopan.

Tras dejar de atacar las últimas casas del barrio, Sandoval dio orden de perseguir las canoas y el barco de García Holguín, más ligero y marinero, o por contar con mejores remeros, se adelantó al resto en busca de la canoa donde, a decir de Díaz del Castillo, por su inconfundible atuendo y porte se hallaba el último *tlatoani* de México-Tenochtitlan. No está claro cuántas personas le acompañaban e, incluso, si se hizo algún gesto defensivo por su parte. Para dicho cronista hubo rendición incondicional de Cuauhtémoc al advertir que García Holguín había mandado apuntarle con sus armas. Estaría más preocupado por el bienestar de su familia y del resto de sus acompañantes, hasta 30. En los *Anales históricos de Tlatelolco* se nos presenta a un *tlatoani* que huye, pero vestido con harapos, como el resto de su gente. Según los informantes del padre Sahagún, Cuauhtémoc, tras deliberar con los suyos qué hacer, tomó la canoa acompañado únicamente por sus dos pajes, encargados de portar sus armas; un capitán, Teputztitól; y un único remero, llamado Cenyáutl. Cortés insinúa que el *tlatoani* de Tlacopan, Tetelepanquetzal, lo acompañaba. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl es el único que aventura un intento de resistencia por parte de Cuauhtémoc, rodela y macana en mano, pero este depuso las armas, si es que llegó a tomarlas, al ver que ballesteros y escopeteros los apuntaban, además de haber cebado el cañón

García Holguín para dispararlo. Por cierto, fray Francisco de Aguilar es el único en recordar cómo, una vez capturado el *tlatoani* mexicana, a quien este antiguo soldado y cronista tilda de desvergonzado y presuntuoso al no rendirse cuando tuvo oportunidad, acabó su trayectoria como dirigente al intentar huir en «una canoa chiquita con un único remero»; una vez capturado, García Holguín se lo presentó a Cortés para mirar de reconciliarse con este, «porque no le tenía buena voluntad». Ciertamente, sin decirlo, Aguilar recordaba el turbio asunto de la conspiración de Villafañe.<sup>[27]</sup>

Una vez apresados Cuauhtémoc y sus acompañantes, de nuevo surgió la disputa, según Díaz del Castillo. Sandoval, al enterarse, se acercó a la nave de García Holguín para que le entregase el prisionero, pero este se negó. La porfía iba subiendo de tono, mientras se aproximaban a Tlatelolco para desembarcar. Por suerte, un tercer bergantín se adelantó para llevar la noticia a Cortés y los restantes oficiales. Informado del asunto, el caudillo extremeño envió a Francisco Verdugo y a Luis Marín a calmar los ánimos de ambos, quienes, según siempre Bernal Díaz, le entregaron al unísono la persona del *tlatoani* rendido.<sup>[28]</sup> Este le solicitó la muerte a Cortés cuando llegó a su vista y puso sus ojos en un puñal, pero el de Medellín procuró calmarlo. También hizo que las esposas, hijos y demás acompañantes del séquito real apresado dejaran los bergantines y se acogieran a su hospitalidad, cuando, además, con los medios a su alcance intentó darles de comer y aposentarlos de alguna forma mientras se entrevistaban. Poco después, por ser cerca de vísperas, es decir de las seis de la tarde, y comenzar a llover con fuerza, Cortés se retiró a su campamento de la calzada de Coyohuacan y Sandoval y Alvarado a los suyos. Aquella tarde y noche hizo un tiempo de perros:

Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucho más agua que otras veces. Y desde que se hobo preso Guatémuz, quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera uno hombre encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían, cesasen de las tañer,

escribe Díaz del Castillo. Y se refería a que recordaba todos y cada uno de los días del sitio por el tremendo griterío producido por los oficiales mexicanos para ordenar a los escuadrones que los atacasen, ya fuese en las calzadas o en las albarradas; gritos llamando a las canoas a pugnar con los bergantines o bien para abordarlos en los diques que conducían a la gran urbe; el efectuado por los constructores de las estacadas submarinas para frenar los bergantines, o al levantar las empalizadas defensivas, o abriendo los diques o los canales, retirando los puentes; más tarde, el ruido de las casas al derrumbarse y de los



trabajos para cegar las cortaduras; la algarabía de aquellos que construían armas para defenderse de los españoles, y los de los propios indios aliados en sus trabajos; y siempre, algo constante, el tañer de los instrumentos aborígenes en los altos templos, cuernos, tambores y cornetas,<sup>[29]</sup> que nunca paraban. Un sonsonete terrible y desquiciante. «Y desta manera, de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros; y después de preso el Guatémuz, cesaron las voces y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en campanario». Después de la batalla, un silencio sepulcral. Esa fue la sonoridad de la caída de México-Tenochtitlan.

Entonces, «[...] luego en este punto cesó la guerra, a la cual plugo a Dios Nuestro Señor dar conclusión en martes, día de San Hipólito,<sup>[30]</sup> que fue 13 de agosto de 1521», escribió un sentencioso Hernán Cortés a Carlos I. Mejor hubiera escrito que acabó una batalla, pues la conquista de Mesoamérica no había terminado.

Como señala Inga Clendinnen, el acto de rendirse es un negocio sumamente complejo, que implica, además, una redefinición de uno mismo —de guerrero combatiente se puede pasar a ser, incluso, esclavo— que debe aceptarse como tal por ambas partes. Y eso, añadido, con la dificultad agregada de encontrarnos ante dos maneras antitéticas de entender la guerra. Las señales de derrota entre, por ejemplo, dos rivales europeos estaban de alguna manera codificadas, es decir, pactadas incluso formalmente, pero en la lucha contra los mexicas la novedad era total y absoluta. Siguiendo con Clendinnen, un momento terrible es el de la indefinición suscitada por no saber si se ha producido la derrota o todavía no.<sup>[31]</sup> Es decir, saber si podemos tratar ya al contrario como vencido o aún debemos entenderlo como contendiente. Cortés tuvo alguno de estos problemas, sin duda, con el agravante de deber controlar una masa ingente de aliados que, ellos sí, querían aplicar sus propias lógicas de guerra ante un enemigo derrotado. Le urgía acabar los combates por múltiples motivos y el hecho de escuchar al soldado Sotelo y su peregrina propuesta de catapulta es buena muestra de ello. Por otro lado, una parte de la élite guerrera de la sociedad mexicana antepuso su incapacidad para rendirse, una circunstancia que se les escapaba dada su cosmovisión bélica, a los sufrimientos que conllevaba un asedio de tantas semanas para la mayoría de la población. Cortés se dirigió en varias ocasiones al contrario e incluso preparó el escenario para aceptar la derrota que, por lógica, debía producirse, pero no contó con la dificultad para los mexicas de aceptarla. De ahí que el conflicto se prolongase innecesariamente algunos días. «That resistance had

been at once “irrational”, yet chillingly deliberate», escribe I. Clendinnen.<sup>[32]</sup> [N. del E.: «Esa resistencia había sido “irracional”, pero escalofriantemente deliberada a la vez»].

En todo caso, de manera muy perspicaz, Ross Hassig comenta que si bien podemos contemplar la idea de que los mexicas no conocieron la rendición, pues esta no aparece mencionada como tal en ninguna de las crónicas en las que se analizan los aspectos bélicos de su pasado precolombino y sí, en cambio, sus éxitos militares, ¿cómo entendieron que otros se les rindieran a ellos? La respuesta es fácil: no se les rendían, sencillamente o se sometían como tributarios y formaban parte de su imperio o bien eran exterminados. De hecho, la estructura social mexica y, por ende, la de su ejército, amén del espíritu de lucha, impedía la acción individual de la rendición y, mucho más, la del colectivo. Al estar organizados en unidades de combate a partir de sus *calpulli* y, por tanto, al conocerse a la perfección unos a otros, la rendición no solo era una elección personal difícil o casi impensable, sino que socialmente era imposible de asumir, por las repercusiones que tendría en el ámbito familiar. No obstante, la frontera entre la captura y la rendición que acaba en captura debió de ser una línea muy tenue. Más que a la rendición, los mexicas estaban acostumbrados a la sumisión política de la élite social de la ciudad objeto de su ataque.<sup>[33]</sup> Pero, por cierto, Cortés y los componentes de su hueste no cumplían con ese requisito, por eso eran un objeto preferencial en el afán capturador de los guerreros mexicas, aparte de por el hecho de ser un grupo armado invasor, además de exótico. Ahora bien, los aliados aborígenes del grupo hispano sí cumplían con dichas exigencias. Por otro lado, como el ascenso político, o el social en el caso de los plebeyos, se conseguía mediante méritos de guerra, con la captura de guerreros enemigos, la figura del rendido no tenía ningún valor para nadie; desde luego para el captor ninguno, y, para el propio rendido tampoco, ya que acabaría siendo sacrificado igualmente. Por ello, el rendido era automáticamente considerado como un capturado. No había rendición, pues, en el mundo mexica, sino sumisión o subordinación política.<sup>[34]</sup> De ahí que, probablemente, Cuauhtémoc no supiera cómo rendirse. En todo caso, fue capturado por los hombres de Cortés y entregado a este, quien, como alguien que siempre supo sacar partido de todas las circunstancias, arguyó que el gran *tlatoani* se habría rendido. Así aumentaba su prestigio personal. Aunque la prueba de que no hubo rendición, sino que la gran urbe fue tomada al asalto, aunque este se dilatase en el tiempo, fue la permisión de su saqueo por varios días, como marcaban las leyes de la guerra vigentes en Europa. No obstante, era un escenario único, pues si en Europa se

dieron casos de canibalismo tras largas semanas de asedio entre los afectados, [35] en el caso de México-Tenochtitlan el canibalismo fue una parte más, y no desdeñable, del botín de guerra.

La sensibilidad poética mexica estalló pocos años más tarde. Era el final de un mundo y fueron conscientes de ello, como es lógico. En uno de los más excelsos poemas con la guerra como trasfondo de la historia de la humanidad se puede leer:

Y todo esto nos sucedió./ Lo vimos,/ lo admiramos./ Con esta lamentable, lastimosa suerte/soportamos la angustia./ En el camino yacen las flechas rotas,/ los cabellos están desordenados y lacios./ Las casas han perdido sus techos,/ las casas se han puesto rojas./ Los gusanos hierven por las calles y las plazas,/ y los sesos han salpicado las paredes de las casas./ Las aguas están como rojas, están, como teñidas,/ y cuando las hemos bebido/hemos bebido agua salitrosa./ Y entonces bebimos esa agua salitrosa./ Golpeamos entonces los muros de ladrillo,/ y nuestra herencia no era más que un hoyo./ Los escudos pudieron protegernos,/ pero en vano quisimos poblar la soledad/con escudos./ Hemos comido la madera coloreada del *tzompantli*,/ hemos mascado la grama del natrón,/ la arcilla de los ladrillos, lagartijas,/ ratones, polvo de argamasa,/ y gusanos./ Juntos hemos devorado la carne,/ cuando apenas acababan de posarla sobre el fuego./ Cuando la carne estaba cocida,/ la arrancaban de ahí,/ en el fuego mismo la comían./ Se fijó nuestro precio./ Se fijó el precio del joven, del sacerdote,/ de la joven y del niño./ ¡Basta! El precio de un hombre del pueblo/apenas llegaba a dos puñados de maíz,/ no alcanzaba más de diez tortas de mosca;/ nuestro precio no era más que/veinte tortas de grama de natrón./ El oro, el jade, las mantas de algodón,/ las plumas de quetzal,/ todo lo que es precioso/no valía para nada.[36]

Para los mexicas, las riquezas materiales ya no tenían ningún valor en los últimos días del asedio, pero la comida sí. Como en tantas otras experiencias similares, tras un sitio prolongado, un puñado de comida, maíz en este caso, lo era todo.[37] Pero para los españoles había llegado el momento más ansiado: el reparto del botín. No iba a ser fácil.

### **Botín: el saqueo de México-Tenochtitlan**[38]

**P**rimero es justo tratar acerca del botín obtenido por la propia muerte. Los cronistas, en general, procuraron disminuir el número de las bajas de los españoles, uno de los grandes méritos de Hernán Cortés, al tiempo que no podían ocultar apenas la de los indios aliados y, mucho menos, la de los mexicas. López de Gómara, que es seguido en casi todo momento por Cervantes de Salazar, se contenta con medio centenar de bajas entre los españoles y, añade rápido, seis caballos, porque indios aliados cayeron pocos, en realidad. Nótese cómo entre los cronistas siempre se cita antes las bajas

habidas entre los equinos que entre los indios auxiliares. Mexicas murieron unos 100 000, pero es una cifra que no contempla los muertos por hambre y por las enfermedades causadas por la descomposición de los cuerpos. Casi toda la élite mexica pereció en los combates. La hecatombe habida en la gran urbe la justifica Gómara de la siguiente forma:

Eran muchos, comían poco, bebían agua salada, dormían entre los muertos y estaban en perpetua hedentina; por estas cosas enfermaron y les vino la pestilencia, en que murieron infinitos; de las cuales también se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito, porque llegando a extremo de comer ramas y cortezas, y a beber agua salobre, jamás quisieron paz.

De las mejores páginas de Gómara son estas, pues su fino análisis despunta al narrar estos terribles momentos: por un lado, Cortés y los suyos nunca contemplaron la cantidad de decesos ocasionados por sus acciones a causa de ocultar los mexicas en sus casas a sus muertos que, por cierto no comían, pues de lo contrario no hubieran pasado hambre. Es decir, que el propio Gómara desmiente que los mexicas fueran caníbales; en todo caso, serían caníbales rituales, como ya sabemos. Por otro lado, alaba el papel de la resistencia femenina:

[...] y no porque se estuvieron con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar, y aun en pelear desde las azoteas; que tan buena pedrada daban ellas como ellos.

Ahora bien, Díaz del Castillo, que no podía dejar de pasar una sola observación de López de Gómara si le merecía un reproche, recuerda en su crónica que los mexicas sí comían las carnes de españoles y tlaxcaltecas. Pero ¿se puede decir realmente que la obtención de prisioneros para sacrificar e ingerir después sus cuerpos fue uno de los grandes estímulos de la batalla por México-Tenochtitlan? Porque indios aliados fallecidos en los combates también hubo muchos, según todos los testimonios.

Cervantes de Salazar, que copia los datos de Gómara, no duda en doblar el número de mexicas muertos, hasta 200 000, y es este mismo guarismo el que le sirve para destacar la ayuda recibida por parte de los aliados aborígenes. Su aportación más destacable es el análisis de las muertes de los mexicas:

Notaron los nuestros una cosa no digna de olvidar, que los recién muertos hedían y después no hacían gusanos, tanto que como carne momia se enxugaban en muy breve, de manera que tomando a uno por el pie le levantaron entero, como si fuera hecho de cañahexas. La causa desto se cree que era el comer poca carne o ninguna, sino era la que de cuando en cuando comían de los que sacrificaban, porque de la de los suyos siempre se abstuvieron; su cotidiana

comida era tortillas y agi [ají], comida muy enxuta y que engendraba pocos humores, y caer los cuerpos sobre tierra salitrosa. Murieron muchos nobles, porque fueron los que más porfiaron. Bebían ruin agua, mas no de la salada, porque es peor que la de la mar. Dormían entre los muertos, de cuyo hedor inficcionados morían luego, inficcionando a otros.

El cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl consideró que de los 300 000 hombres que defendieron México-Tenochtitlan, o quizá se refiere a la población de la urbe y a los refugiados que allá se encontraban, murieron 240 000. O, en otras palabras, en la batalla por la capital mexicana murieron cuatro quintos de los residentes a causa de las luchas, las enfermedades, el hambre y la sed. Solo los tetzcoanos tuvieron 30 000 bajas, si bien movilizaron aquellos meses de conflicto hasta 200 000 hombres, según algunas fuentes. Fray Diego Durán señaló, por ejemplo, que unos 40 000 mexicanos se suicidaron los últimos días de combates arrojándose a los canales con sus familias.<sup>[39]</sup>

El padre Torquemada, que sigue a López de Gómara a la hora de aportar cifras de fallecidos en la conquista de México-Tenochtitlan, es mucho más original cuando, en lugar de asimilarla a la caída de Jerusalén en manos del emperador Tito, lo hace con otro hecho histórico: el saqueo de la misma por parte del rey de Siria, Antíoco IV (175-164 a. C.), según el *Libro de los Macabeos*. Por otro lado, aporta una información cuando menos curiosa: un mestizo conocido suyo, Juan de Tovar, le relató los recuerdos de una tía abuela mexicana, la cual, en compañía de otra dama, se refugió durante tres días, tras la caída de la gran urbe, en el lago, ocultas ambas por unos altos juncos, a causa del «grande temor que tenían a los enemigos, y espanto que las habían puesto tantas muertes; y con solo aquel puño de maíz se sustentaron, comiéndolo a granos, por intervalos de tiempos».<sup>[40]</sup> Y también otra aún más dura: aparte del padre Sahagún, es el único cronista que hace referencia a que algunas madres mexicas devoraron a sus hijos, tal era su necesidad. Sahagún lo narró de la siguiente forma: «De los niños, no quedó nadie, que las mismas madres y padres los comían».<sup>[41]</sup>

Es Díaz del Castillo quien insiste, y diferencia, entre cuerpos de indios muertos y cabezas (¿cortadas?) hallados en las calles y casas de Tlatelolco, al igual que las nuevas construcciones de madera levantadas en la laguna cuando no quedaba espacio en la propia ciudad, que este cronista llama de modo un tanto difuso «barbacoas». De manera muy gráfica asegura: «[...] y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos». De hecho, la mortandad fue tan enorme que Cortés, que llegó a enfermar del hedor de los cadáveres según Bernal Díaz, a sugerencia de Cuauhtémoc, tuvo que

ordenar que la población superviviente abandonara las ruinas de la ciudad en los siguientes tres o cuatro días para evitar más muertes. En ese tiempo permaneció en el campamento de la calzada de Coyohuacan, pero pasado ese plazo se retiró a dicha ciudad. Díaz del Castillo abunda en que largas columnas de mexica, hombres, mujeres y niños, «no dejaron de salir; y tan flacos, amarillos y sucios y hidiondos, que era lástima de los ver». Tras aquel éxodo de refugiados, que se prolongó tres días, es posible que salieran aún, si bien lo harían muy lentamente, entre 30 000 y 70 000 personas.<sup>[42]</sup> Cortés ordenó que se entrase en la derruida urbe para ver su situación, cuando todavía encontraron habitantes que, por su debilidad, no podían moverse y salir. Y allá se quedaron, rodeados de millares de cadáveres. Como solo habían podido ingerir alimentos infames las últimas jornadas, el cronista no duda en escribir que «[...] lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba».

Fernández de Oviedo, poseedor de un bagaje de lecturas clásicas superior a cualquiera de los presentes en el sitio de México-Tenochtitlan, fue el primero en establecer el paralelismo entre el asedio de Jerusalén por Tito,<sup>[43]</sup> que duró 80 días y causó 115 080 muertes, con el de la gran urbe mexica. Aunque según los testimonios de muchos de los presentes, o de aquellos que vivieron en Nueva España inmediatamente después de los hechos, el número de fallecidos en el cerco de México-Tenochtitlan fue muy superior. En ese instante, Fernández de Oviedo hace referencia a la famosa información del licenciado Alonso Zuazo, gobernador interino de Nueva España, el cual le aseguró, pues lo había averiguado, que

los treçe bergantines que se hicieron para çercar la cibdad y entrar á la combatir por la laguna, en lugar de açeite é sebo para los brear, se suplió é se brearon con el unto de los indios enemigos que los chrístianos mataron, que fué una grandísima cantidad, demás de lo que está dicho; lo qual oí negar á otros cavalleros dignos de crédito, que dicen que es falso. Pero pues era público manjar á los indios comerse unos á otros, posible era aprovecharse del unto para una obra tan nesessaria como eran los bergantines; é no nos detengamos en lo menos: pues entre christianos he visto yo buscar tal unto para medeçinas, no me maravillo si faltando brea para tales navíos, se aprovecharon de tal unçon é remedio para adquirir la victoria.<sup>[44]</sup>

La evaluación de los españoles muertos en la conquista de México, desde la salida de Cuba hasta la caída de la capital mexica, es complicada. En mi caso, siguiendo en exclusiva a Bernal Díaz del Castillo, que aporta cifras a lo largo de todo el proceso, y no ocasionalmente, me decanto por la siguiente cantidad: 1181 muertos, la mayoría, 870, en la retirada de la Noche Triste.<sup>[45]</sup> Aunque seguramente fueron algunos más. Del número total de hombres

involucrados en la conquista de México, cuyo guarismo más conocido es el aportado por R. Konetzke en su momento, 1822 efectivos, hoy podemos aumentarlo un tanto, pues el americanista germano solo contabilizó 800 hombres para el grupo de Narváez, cuando el volumen del contingente varía al alza según un buen número de cronistas. Díaz del Castillo llegó a referir que la hueste de Narváez contaba con 1400 hombres, pero, en este caso, prefiero aceptar la cifra propuesta por Cortés: 1080 efectivos, pues, a la cantidad de 800 rodeleros —que quizá confundió a Konetzke, que la ofrece como cifra total, como hemos visto—, aceptada por otros cronistas, le suma la de escopeteros, ballesteros y jinetes, ya que lo más habitual es que se desglosaran de esa forma. Así, el número total de hombres de los que dispuso el de Medellín en todo el proceso de conquista —sumando al contingente cortesiano de primera hora y al de Narváez (fijado en 1080 efectivos, como decía) los hombres arribados en diversas expediciones en 1520 y 1521, unos 268— sería de unos 1965, pero seguro que dicha cifra puede incrementarse.<sup>[46]</sup> Porque, por ejemplo, si a los 617 hombres del contingente de Cortés, marineros incluidos, les sumamos el número máximo otorgado al de Narváez, 1400 efectivos, y a ambos guarismos los 268 consignados por Hugh Thomas arribados posteriormente, la cifra total es de 2285 hombres. Aparte de 15 conquistadoras.<sup>[47]</sup> De aceptar los datos aportados en primer lugar, es decir 1965 efectivos con 1181 muertos, no menos del 60,10 por ciento de los intervinientes en la conquista causó baja. Si aceptamos el número al alza de participantes, es decir 2285 hombres, con el mismo número de bajas, el porcentaje de caídos quedaría en un 51,68 por ciento. Un precio en ambos casos reducido en vidas españolas si tenemos en cuenta los males causados. Y los que vendrían después. Sin embargo, para una campaña militar, ese porcentaje de bajas es altísimo. Pero quienes sobrevivieron tenían muy claro el mérito de su hazaña, todo sea por el pánico sentido en tantas y tantas batallas. Bernal Díaz, en frases memorables, nos recuerda su estado de ánimo antes del enfrentamiento: al comprobar que, a menudo, el final de muchos de sus compañeros no era simplemente caer en combate, sino perecer en un altar pagano, «[...] y a este efe[c]to siempre desde entonces temí la muerte más que nunca».<sup>[48]</sup> El resultado, pues, era que «antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el acerca de la afanosa obtención de un botín digno de una hazaña como aquella». Es muy parco en informaciones porque sabía perfectamente que, a ese nivel, su «conquista» fue un desastre. Otros cronistas, como Cervantes de Salazar, reconocieron lo siguiente:

Mandó Cortés que así españoles como indios saqueasen la ciudad. Los españoles tomaron el oro, plata y plumas, y los indios la otra ropa y despojo, que fue en gran cantidad, y mandó en lugar de luminarias, señal de pública alegría, hacer grandes fuegos en las calles y plazas, y fueron tan grandes que estaba la ciudad tan clara como de día.

Ahora bien, el testimonio de López de Gómara es más claro: «Cortés hizo hacer muchos y grandes fuegos en las calles, por alegrías y por quitar el mal hedor que los encalabriaba. Enterró los muertos como mejor pudo. Herró muchos hombres y mujeres por esclavos con el hierro del rey; los demás dejó libres». Pero son, sobre todo, los testimonios de los aborígenes los que explican ciertos excesos cometidos. Según los informantes del padre Sahagún, a los españoles solo les interesaba el oro «Y las mujeres mozas hermosas, y algunas de las mujeres, por escaparse, desfrazábanse poniendo lodo en la cara y vistiéndose de andrajos. También tomaban mancebos y hombres recios para esclavos». De hecho, esa actitud explica que algunos habitantes de la ciudad tuviesen miedo a salir de ella: unos porque los aliados de los españoles los mataban<sup>[49]</sup> o se los llevaban presos, otros porque les robaban, como se ha referido. En los *Anales históricos de Tlatelolco* se insiste en esta cuestión, pero sin ahorrarnos todo el dramatismo del asunto: «Mientras escapaban, algunas mujeres-amadas se fajaron las nalgas con harapos. Por todas partes los cristianos las esculcaban, las despojaban de sus faldas, las exploraban por todas partes, en sus orejas, en sus bocas, en su vientre, en sus cabellos». Se destaca mucho el hecho del pobre atuendo de todos, incluida la élite, que en el caso de los tlatelolcas pasó a residir en Cauhtitlan; al menos ese fue el caso de Topantémoc, Coyohuehue y Temilo. Según las fuentes mencionadas en *Visión de los vencidos*, aquellos supervivientes que habitaban los últimos días en barcas o en los amazones que se improvisaron sobre el lago se escaparon por el agua, sin más. «A unos les daba hasta el pecho, a otros les daba el agua hasta el cuello. Y aun algunos se ahogaron en el agua más profunda. Los pequeñitos son llevados a cuestas. El llanto es general». Pero algunos, tal vez los más jóvenes, iban alegres, pues «van divirtiéndose, al ir entrelazados por el camino. Los dueños de barca, todos los que tenían barcas, de noche salieron, y aun en el día salieron algunos. Al irse, casi se atropellan unos con otros». Los españoles los esperaban en tierra firme, al borde de los caminos, para cerciorarse de que no se llevaban oro, pues «Nada les importan los jades, las plumas de quetzal y las turquesas. Las mujercitas lo llevan en su seno, en su faldellín, y los hombres lo llevamos en la boca, o en el maxtle [taparrabos]». Hubo selección de los varones más aptos para servir como esclavos: «A algunos desde luego les marcaron con fuego junto a la boca. A



unos en la mejilla, a otros en los labios». Y, por encima de todo, el hedor de los cuerpos en descomposición: cuando los españoles entraron en la ciudad «Todos van tapando su nariz con pañuelos blancos: sienten náuseas de los muertos, ya hieden, ya apestan sus cuerpos».<sup>[50]</sup> En ese detalle hay unanimidad absoluta.

De seguida, comenzó una particular fiebre del oro. Los testimonios del padre Sahagún afirman que Cortés convocó a los señores de la Triple Alianza y a otros miembros de la élite mexica para interrogarlos acerca del oro perdido la Noche Triste, una vez dejaron claro que no existía otro. Pronto comenzaron las acusaciones entre tenochcas y tlatelolcas acerca de quiénes se habían apropiado del dorado metal en aquella aciaga jornada. Cuando Cuauhtémoc insistió en que no había más oro que el recuperado en algunas de las canoas que habían emprendido la huida el 13 de agosto, Cortés presionó y solo obtuvo explicaciones vagas acerca de que los *macehuales* se habían apoderado de parte de este y otra porción la habrían sacado las mujeres escondida entre sus ropas. Es posible, pues, que los registros personales se debiesen a ello. Al final, uno de los señores explicó a Cortés el procedimiento mexica a la hora de obtener un botín después de una campaña exitosa: Moctezuma II se volvía a su ciudad y los vencidos, al poco tiempo, le llevaban a México-Tenochtitlan todos los objetos anhelados por el *tlatoani*: oro, piedras preciosas y plumajes ricos. Es obvio que se le solicitaba a Cortés el mismo procedimiento, menos gravoso para los nuevos súbditos de Carlos I, al menos en las formas. Por ello, en los *Anales históricos de Tlatelolco*, se afirmaba que:

Enseguida, después, se buscó oro, se examinó a las gentes, se interrogó a las gentes, para saber si de casualidad tenían un poco de oro, si lo habían tomado, si lo habían colocado en el escudo, en las insignias de guerra, o si por casualidad lo tenían en su ornamento labial, en el dije para el labio, si por casualidad habían guardado aún alguna cosa para ellos, quizá oro, quizá su ornamento para la nariz en forma de luna, quizá su dije.

Luego, toda la cantidad encontrada se cedió a los responsables de su custodia y, acto seguido, se lo llevaron a Cortés a Coyohuacan. A cambio, solicitaron que los otomíes de Acolhuacan, donde se habían refugiado muchos tlatelolcas, dejasen de robarlos, molestarlos e, incluso, matarlos con disimulo. Pero, ante la escasa cantidad de oro aportado, y al comenzar de nuevo el tira y afloja entre tenochcas y tlatelolcas, Cortés decidió cortar por lo sano y acudió al expediente, terrible, de ordenar la tortura de Cuauhtémoc. O, en todo caso, no la evitó, pues algunos cronistas, como Díaz del Castillo, juegan con la ambigüedad al señalar que los oficiales del rey presionaban al no conseguirse

más oro, mientras Cortés supo que Cuauhtémoc, cuatro días antes de la rendición, había arrojado buena parte de este en el lago. También daba por hecho que los indios aliados, en sus correrías de aquellas jornadas, pero incluso en plena batalla, se habrían apoderado de ciertas cantidades, así como los miembros de la hueste que habían servido en los bergantines, quienes, precisamente por cobrar un salario por no poder participar en los botines a obtener en los ataques a la gran urbe, se dedicaron a robar las casas de las zonas ribereñas de los diversos barrios de México-Tenochtitlan, además de apropiarse de todos los objetos de valor hallados en las canoas atrapadas y en los desembarcaderos de los indios, incluidos los cañaverales, cuando huían de la ciudad una vez se había producido su derrota. Por todo ese cúmulo de razones, el botín parecía muy escaso, como ciertamente lo era.

Así las cosas, tanto Cuauhtémoc como el *tlatoani* de Tlacopan, Tetlenpanquetzal, fueron torturados. En concreto, Alonso de Zorita narró que el primero fue puesto en un cepo y se le arrimó un brasero a sus pies untados con aceite. Quedó lisiado de por vida, pero Tetlenpanquetzal llegó a morir. Ambos confesaron la existencia de objetos de oro escondidos en sus casas, aunque fue muy poco lo que se halló; es más, Bernal Díaz acompañó a Pedro de Alvarado y un grupo de castellanos a uno de los palacios del señor de Tlacopan a indagar qué había de cierto en sus confesiones, pero más tarde este aseveró que todo lo dicho era mentira: según Díaz del Castillo, Tetlenpanquetzal había mentido «por morir en el camino [...] y que le matasen, que no tenía oro ni joyas ningunas». Cortés, en la versión de López de Gómara, le levantó el tormento a Cuauhtémoc o bien por parecerle «afrenta y crueldad, o porque dijo que echara en la laguna, diez días antes de su prisión, las piezas de artillería, el oro y plata, las piedras, perlas y ricas joyas que tenía, por haberle dicho el diablo que sería vencido». Por eso, varios hombres, entre ellos el propio Díaz del Castillo, se zambulleron en diversas ocasiones en ciertos lugares del lago, pero no encontraron sino pequeños objetos de oro que, a pesar de su poco valor, 80 o 90 pesos, fueron reclamados por Cortés y el tesorero Alderete. El botín de México-Tenochtitlan se estableció de manera oficial en 130 000 castellanos: casi con toda seguridad murió mucha más gente para conseguirlos. Un médico, el doctor Cristóbal de Ojeda, declaró en el juicio de residencia de Cortés, en 1529, que Cuauhtémoc no solo recibió quemaduras en los pies, sino que también le quemaron las manos, pues él mismo se las curó en diversas ocasiones por mandato del caudillo extremeño.

Fray Diego Durán es otro de los cronistas que no duda en señalar que Cortés «aperreó muchos indios y ahorcó otros, y otros quemó vivos para que le descubriesen el secreto [...]» del oro mexicana desaparecido tras la Noche Triste. Si acaso, aventuró, lo debían de saber los señores de Tlatelolco, pues fueron los últimos en resistir. Sea como fuere, a Durán le parecía que, a modo de parábola moral, debía cerrar este asunto aludiendo a que los españoles lloraron más por el oro perdido que «por los males que [h]abían cometido». [51]

Díaz del Castillo asegura, una vez comprobado el escaso alcance del botín, que fray Bartolomé de Olmedo, pero también Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y muchos otros, le sugirieron al caudillo extremeño que se entregase, una vez deducido el Quinto Real, el oro restante a los participantes en la conquista que habían quedado mancos, cojos o sordos, a los quemados por la pólvora, a los que padecían dolor de costado o bien estaban tullidos o con dolor de estómago, a los dolientes en suma, pero como estrategia para ver si Cortés se daba por aludido y aceptaba distribuir parte del botín que — mucha gente así lo pensaba— tenía oculto mediante algún pacto con Cuauhtémoc. Pero el hábil caudillo señaló que antes se vería cómo quedaba el reparto. Y ya se sabe que quien reparte, se queda con la mejor parte. Bernal Díaz tasó en 185 200 pesos el monto total del botín, que el propio Cortés, en carta a Carlos I de principios de abril de 1522, elevó a 200 000 pesos. Según la evaluación del cronista, el Quinto Real montó 37 000 pesos y el del caudillo extremeño 29 600. Aunque algunos capitanes y oficiales reales fueron muy bien recompensados, como los 6000 pesos cedidos al procurador de Cortés, Francisco de Montejo; los 3000 para el procurador Alonso de Ávila y la misma cantidad a Julián de Alderete, tesorero real; 2000 fueron a parar a los bolsillos de Diego de Ordaz, otro de sus procuradores, al licenciado Alonso de Céspedes, abogado de Cortés en la Península, o a Antonio de Quiñones, que actuó como guardaespaldas del de Medellín. Fray Pedro Melgarejo o Juan de Ribera, secretario de Cortés, recibieron 1500. En cambio, gentes como Alvarado, Sandoval, Olid o Martín López, que tanto trabajaron por la victoria, apenas obtuvieron 400 pesos. ¿Quizá porque Cortés sabía que habían obtenido oro por su cuenta? Al ser varios centenares los supervivientes de la hueste, el resultado final del reparto fueron unos birriosos 80 pesos para los que sirvieron a caballo y apenas 40 o 50 para los infantes. Si tenemos en cuenta todos los esfuerzos realizados, fue una auténtica tomadura de pelo colectiva.

Bastantes hombres, a decir de Bernal Díaz, se negaron a tomar su parte, en especial muchos de los veteranos de Narváez. Cortés desvió hacia el

propio Carlos I la responsabilidad de recompensarlos cuando le sugirió en una carta esa posibilidad. De esa forma pudo decirles a los suyos que debían esperar una resolución real al respecto. Pero unas paredes encaladas del palacio de Coyohuacan donde habitaba Cortés aquellos días sirvieron para expresar la rabia de muchos, pues por las noches se escribían en ellas recriminaciones varias. Unos señalaban que no se podían llamar conquistadores de México, sino conquistados por el propio Cortés. Otras aludían, algo que ya se había dicho, a la condición de rey del de Medellín, puesto que se le libraba un quinto como al monarca. Una de las más divertidas fue la siguiente: «¡Oh, qué triste está la ánima mea hasta que todo el oro que tiene tomado Cortés y escondido lo vea!». El enfado del de Medellín fue subiendo de tono conforme se recrudecieron los insultos, que con regularidad iban apareciendo, hasta que un día él mismo escribió: «Pared blanca, papel de necios». Solo para que alguien añadiese: «Y aun de sabios y verdades, e Su Majestad lo sabrá presto». No era para menos, pues, como señala Díaz del Castillo, muchos hombres se habían empeñado para comprar armas, cuando el premio había sido tan escaso: una ballesta costaba 50 o 60 pesos, una escopeta un centenar y un caballo 800 o 900. También hubo quejas por los precios abusivos que les cobraban médicos, como el maestre Juan, que había curado el ojo destrozado a Pánfilo de Narváez en Cempoallan, o matasanos, es decir barberos y boticarios, como un tal Pedro de Murcia. Fue tal el atropello que Cortés hubo de intervenir nombrando a dos hombres de confianza de toda la hueste para que fijasen unos precios justos para las mercancías y los servicios.

Aunque el «día después» de la conquista también contempló otros episodios no menos oscuros. Por ejemplo, el banquete de la victoria que Cortés mandó celebrar. Bernal Díaz lo sometió a escrupuloso escrutinio, aunque en algunas de las versiones conservadas de su texto desaparecieron los aspectos más procaces. En Coyohuacan se dispuso el convite, pero solo para aquellos oficiales y soldados más destacados de los tres campamentos principales; con todo, se duele Bernal Díaz, no había asiento para todos ellos, sino una tercera parte de los mismos, de modo que hubo «mucho desconcierto, y valiera más que no se hiciera aquel banquete por muchas cosas no muy buenas que en el acaescieron». El cronista alude al consumo de una «planta de Noé», seguramente un alucinógeno,<sup>[52]</sup> que habrían conocido en aquellas tierras, causantes de algunos «desatinos» cometidos por ciertos conquistadores. Hubo quien se subió a las mesas y no acertaba a bajar de ellas y salir al patio, otros aseguraban que comprarían sillas de montar y armas de

oro con su parte del botín y demás riquezas de la tierra. Algunos se cayeron escaleras abajo, sin duda por efecto del alucinógeno o bien por haber ingerido mucho vino, pues Cortés se hizo con una partida de este, así como con carne de cerdo, llegados desde Cuba y desembarcados hacía poco en Veracruz. Se celebró un gran baile en el que participaron todas las españolas presentes, salvo la viuda del capitán Portillo, junto con varios soldados armados con sus sayos de algodón, para regocijo de todos, menos del padre Olmedo, quien, ante los excesos que presenciaba, se quejó a Gonzalo de Sandoval y este le llevó el recado a Cortés. Siempre rápido de reflejos, este le aseguró al religioso que había organizado el convite a pesar de su voluntad, para solaz de los soldados, pero que bastaba su orden para acabar con la celebración, al tiempo que el padre Olmedo podía organizar una procesión y una misa para predicar a sus hombres «y diga a los soldados que no roben las hijas de los indios y que no hurten ni riñan pependencias e que hagan como católicos cristianos, para que Dios nos haga bien». Y aunque otro día se organizó la procesión y la misa, también se jugó a la sortija con los caballos, es decir, acertar con la lanza, una vez se había puesto el equino al galope, en un aro o sortija que pendía de una cuerda y a cierta altura. El típico juego que servía para demostrar destreza al tiempo que se ejercitaban los caballeros, mientras los menos diestros eran estimulados por los más competentes.<sup>[53]</sup>

Otra disposición, además de la reconstrucción de la gran urbe mexicana iniciada en 1522, fue la de resguardar los bergantines, para lo que se vararon en tierra custodiados por el capitán Rodríguez de Villafuerte y 80 españoles para evitar que los indios los quemaran. Más tarde, en la zona de la calzada de Tlacopan cuando entraba en la urbe, hizo construir unas atarazanas compuestas por tres naves y con unas compuertas para salir al lago, pero el edificio, que también era arsenal, solo se concluyó en 1524. En su *Cuarta carta de relación* Cortés informó a Carlos I de su edificación:

[...] y la manera que tiene esta casa es que a la parte de la laguna tiene dos torres muy fuertes con sus troneras en las partes necesarias; y la una destas torres sale fuera del lienzo hacia la una parte con troneras, que bajan todo el uno lienzo, y la otra a la otra parte de la misma manera; y desde estas dos torres va un cuerpo de casa de tres naves, donde están los bergantines, y tienen la puerta para salir y entrar entre estas dos torres hacia el agua; y todo este cuerpo tiene asimismo sus troneras, y al cabo deste dicho cuerpo, hacia la ciudad, en otra muy gran torre, y de muchos aposentos bajos y altos, con sus defensas y ofensas para la ciudad.

Acto seguido, hizo lo propio con la artillería comenzada a fundir *in situ* y la comprada siempre que tuvo oportunidad de ello. El resultado fue, ya en 1524, un parque artillero consistente en 35 piezas de bronce, de falconete para

arriba en cuanto a su calibre, así como de 70 artillerías de hierro entre lombardas, pasavolantes y versos.<sup>[54]</sup> Realmente, un esfuerzo notorio, al que cabría sumar el de la fabricación de pólvora, aunque, cuando fue posible, Cortés solicitó su compra en España.<sup>[55]</sup>

López de Gómara resume de forma brillante los quehaceres de la reconstrucción de México-Tenochtitlan, donde Cortés se sentía más seguro, que no localizar la nueva capital, como le sugirieron casi todos sus hombres, en alguna de las urbes de la ribera del lago. El caudillo extremeño pareció intuir, por diversos motivos, que era de su incumbencia reconstruir de alguna forma todo lo que se había destruido, que era mucho. Así, con ayuda de uno de sus subordinados, ducho en la materia, Cortés «Trazó el lugar, repartió los solares entre los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, plazas, atarazanas y otros edificios públicos y comunes. Mandó que el barrio de españoles fuese apartado del barrio de los indios, y así los ataja el agua», escribió Gómara.

Poco a poco, conforme se sosegaba la situación, en buena medida tras eliminar a los sumos sacerdotes del viejo culto, como se verá a continuación, el de Medellín demandó tanto a los mexicas supervivientes como a los aliados aborígenes que contribuyesen a la reconstrucción de la gran urbe. Tetzcoanos y tenochcas fueron compelidos a enviar carpinteros, canteros y obreros de la construcción, además de regresar los segundos a su antigua ciudad para residir en ella con promesas de establecerse con buenas perspectivas de futuro. Les esperaba a todos mucho trabajo, agotador. López de Gómara señaló:

Cargó tanta gente a la fama que México Tenuchtitlan se rehacía, y que habían de ser francos los vecinos, que no cabían de pies en una legua a la redonda. Trabajaban mucho, comían poco y enfermaron; sobrevínolos pestilencia y murieron infinitos. El trabajo fue grande, porque traían a cuestras o arrastrando la piedra, la tierra, la madera, cal, ladrillos y todos los materiales. Pero era mucho de ver los cantares y música que tenían, el apellidar su pueblo y señor, y el motejarse unos a otros. De la falta de comer fue causa el cerco y guerra pasada, que no sembraron como solían; aunque la muchedumbre causaba hambre, y causó pestilencia y mortandad.

Mientras, la represión continuó, pues no todos tenían cabida en el nuevo mundo de Cortés. Los *Anales históricos de Tlatelolco* aseguran que, una vez se había recogido el botín de México-Tenochtitlan, acabó muriendo en Coyohuacan «el sacerdote que custodiaba a Uitzilopochtli». También se buscaron con afán «los bienes del hombre-tecolote, y los del gran sacerdote “Nuestro Cortado”, del sacerdote que quemaba el incienso». La represión

alcanzó, asimismo, a los señores de Xaltocan, acusados de esconder sus riquezas en Cuachilco. Cuando fueron capturados los ahorcaron camino de Mazatlan, si bien esta localidad se hallaba lejos, al norte de Oaxaca; quizá ambos señores iban presos en una de las expediciones enviadas por Cortés a Tototepec. Si bien Coyohuehue y Topantémoc habían muerto, en Tlatelolco se instalaron por mandato de Cortés Temilo y Huehueh, con orden de controlar sendos barrios, donde los tlatelolcas volvieron a acomodarse, según esta fuente, contentos por estar «solos ahí; nuestros señores los cristianos todavía no habían venido a instalarse aquí». Pero a otros les cupo peor suerte. En Coyohuacan ahorcaron al señor de Huitzilopochco, Macuilxochitl. También al señor de Culhuacan. «Y hicieron devorar por los perros al *tlatatécatl* [jefe de guerra] de Cuauhtitlan y al *tillanqualqui* [guardián de la Casa de las Tinieblas de México-Tenochtitlan]», asevera en esta fuente. Asimismo, se reservó ese mismo y terrible castigo a determinados habitantes de Xochimilco y al noble tetzcocano Ecamextla. También se hizo referencia a la esclavitud de los supervivientes de diversos enclaves del lago, como las gentes de Coyohuacan: «Fue entonces cuando se regalaron gentes, fue entonces cuando se entregaron gentes del pueblo».<sup>[56]</sup>

No solo los españoles se afanaron en sacar provecho de su victoria, sino que los tlaxcaltecas también lo hicieron, incluso a costa de otros aliados. Así lo denunció el príncipe Ixtlilxóchitl cuando aquellos, de camino a su casa, al pasar por Tetzoco la saquearon, como también ocurrió con otros lugares, «robando á los vecinos de noche, sin ser sentidos, y á tiempo que no se pudiera defender y librar sus haciendas de ellos». Ixtlilxóchitl hizo adecentar su ciudad, deteriorada después de tantas semanas de ocupación, y se hizo construir un nuevo palacio con los 2000 esclavos mexicas que le cupieron como botín de guerra. Pero ante su insistencia en dejar libre a Coanacoch, antiguo señor de Tetzoco, cuyos pies estaban muy lastimados por los grillos que de continuo portaba, el de Medellín le solicitó su rescate en oro, que Ixtlilxóchitl procuró encontrar recurriendo a todos los miembros de su familia y a las riquezas que quedaban en la ciudad. Al final, Coanacoch pudo regresar a su urbe, donde fue curado de sus males.<sup>[57]</sup>

Con respecto al botín obtenido con la caída de México-Tenochtitlan, una de las recriminaciones estrella recogidas en el juicio de residencia incoado contra Hernán Cortés fue la ocultación de oro. Testigos como el doctor Cristóbal de Ojeda o Juan de Burgos aseguraron que mientras no se repartieron los indios en encomienda, muchos de ellos viajaban hasta Coyohuacan con presentes de oro, plumaje, piedras preciosas y otros objetos

de lujo para el de Medellín, hasta juntar este una fortuna estimada en 200 000 castellanos. Según se adujo en diversos testimonios de la acusación, los indios llegaban con el oro de noche y Cortés lo mandaba fundir de inmediato en sus propias estancias en dicha ciudad. Otro testigo, Rodrigo de Castañeda, afirmó haber oído decir a Juan Mansilla, Juan Tirado o Lorenzo Suárez que el de Medellín disponía de un cuño para marcar el oro fundido como si hubiese sido previamente declarado al tesorero del rey una vez pagado el Quinto Real, una actividad realizada a escondidas en sus viajes a Tetzoco o cuando Cortés se hallaba en Coyohuacan. En cambio, Francisco de Orduña, que acabó siendo enemigo de Cortés, introduce dudas acerca de si el de Medellín se pudo apoderar en realidad de tanto oro como se había asegurado aquellos años, así como que, si bien era cierto que tenía fundiciones e indios destinados a tal oficio a su servicio, ese detalle no era prueba suficiente de que se hubiera hecho con una cantidad de oro desmesurada, fuera de la declarada al rey. Aunque, por otro lado, sí era cierto que durante tres años al menos, y a pesar de que se le había reclamado, había guardado el cuño real para el marcado del oro, cuando debía estar en posesión de los funcionarios reales.<sup>[58]</sup> Sea como fuere, las recriminaciones fueron muchas y las dudas con respecto a la actuación cortesiana en esta cuestión tan candente, también.



## El día después: Afianzar la conquista, 1521-1526

Como nos recuerda Bernardo García Martínez, en el momento de la invasión castellana, menos de la mitad del área mesoamericana estaba bajo el control directo de la Triple Alianza. Era un mundo mucho más complejo que el que una lectura apresurada de la llamada conquista de México nos puede dar a entender. La guerra de Tenochtitlan solo fue un episodio, el más importante sin duda, de una compleja operación bélica por el control de un espacio geográfico mucho mayor. Hacia 1520, cuando Cortés comenzó a tener una visión más profunda y certera de dicho mundo, en toda Mesoamérica existían unos 1500 señoríos o principados —*altépetl* en náhuatl—, de los cuales apenas 80 habían sido absorbidos por la Triple Alianza, si bien otros 500 pagaban tributo y tenían diversas obligaciones tras ser dominados mediante la fuerza o la coerción. Eso nos deja, todavía, con un margen de territorios muy amplio por conquistar, de modo que la invasión española no concluyó, ni mucho menos, en 1521. La Triple Alianza cayó, pero ello no implica que lo hiciera toda Mesoamérica al mismo tiempo, insisto. Por ello, la Conquista no debe asimilarse solo a lo acontecido en México-Tenochtitlan. En realidad, cabría hablar, como lo hace con acierto García Martínez, de un cúmulo de conquistas, y no todas de tipo militar, en los años venideros. De hecho, Cortés y sus capitanes hubieron de someter otros 300 señoríos por las armas, pero también abundaron las alianzas políticas y los reconocimientos interesados de la soberanía de Carlos I. Buena parte de las élites aborígenes pactó con un nuevo señor para mantenerse al frente del dominio político de sus territorios. Así de sencillo. El gran mérito

—o la gran sutileza— de Cortés fue conseguir que se asimilase la creación de Nueva España, de un futuro virreinato en definitiva, a la acción de su persona en exclusiva y merced a una gran actividad militar. Así, la tendencia más habitual hasta hoy ha sido la del acercamiento épico al personaje y sus éxitos. [1] Y el vehículo empleado, en consecuencia, una narración histórica de corte clásico-heroico. Como comprobaremos en las siguientes páginas, la guerra continuó en Mesoamérica los años posteriores a ese fatídico, para los mexicas, 13 de agosto de 1521. Y los tintes con los que podemos teñir la consecuente narración no son precisamente heroicos. Porque, en definitiva, el vehículo puede ser el mismo, la narración, pero el trasfondo es muy diferente si en lugar del mero resalte de los aspectos supuestamente épicos se busca la denuncia objetiva de los comportamientos.

Cortés no solo iba a tener problemas en lo que en breve se conoció como Nueva España, sino también en la propia Península. No olvidemos que los años de la conquista de México, 1519-1521, coincidieron con las comunidades de Castilla y las germanías de Valencia y Mallorca (1519-1523). [2] Cuando los comuneros fueron derrotados en Villalar el 23 de abril de 1521, antiguos enemigos de Cortés, como el propio obispo Fonseca —que deseaba casar a una sobrina suya con el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, el cual, a su vez, había concedido diversas encomiendas en la isla caribeña al prelado, según denunciaron Bernal Díaz del Castillo y López de Gómara en sus crónicas—, encargado de los asuntos de las Indias desde la época de los Reyes Católicos, recuperaron su antiguo poder después del marasmo político-bélico vivido aquellos años. Fonseca no se anduvo con miramientos. Una de sus primeras medidas fue, precisamente, detener y encarcelar al procurador del caudillo de Medellín, Alonso Hernández Portocarrero, aduciendo un turbio asunto, el cual murió en prisión poco después. Además, consiguió que el regente de Castilla, Adriano de Utrecht, nombrase al veedor real de La Española, Cristóbal de Tapia, un protegido suyo, gobernador interino de Nueva España. En las instrucciones para Tapia, Cortés aparecía como un personaje codicioso, ambicioso y desobediente. Pero, siendo consecuente, Fonseca deseaba también enmendarle la plana a Pánfilo de Narváez, cuyo comportamiento denunció en su momento el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de la Audiencia de Santo Domingo. De ese modo, tanto Cortés como Narváez debían comparecer en Castilla para ser juzgados.

Cristóbal de Tapia, un hombre recto que carecía de la falta de escrúpulos del obispo Fonseca, o del propio Cortés, fue rápidamente dominado por el de Medellín,<sup>[3]</sup> que pudo comprobar a partir de 1522 que la gestión de sus

intereses mejoraba en Castilla. Su procurador superviviente, Francisco de Montejo, al que se unieron Alonso de Mendoza y Diego de Ordaz, llegados en otoño de 1521, enviados por Cortés como nuevos procuradores, y el padre del caudillo, Martín Cortés, lograron entrevistarse con Adriano de Utrecht en Vitoria a principios de ese año y pronto cambiaron la percepción que se tenía en la Corte con respecto al conquistador de los mexicas, aunque fuese por conocer lo manejos del obispo Fonseca y de Diego Velázquez. Mientras, llegaban nuevos consejeros flamencos a Castilla y Adriano de Utrecht ganaba el solio pontificio, pues en enero de 1522 fue elegido papa con el nombre de Adriano VI; no obstante, no partió hasta agosto de ese año a Roma y esos meses residió en Zaragoza. Durante ese tiempo, es decir todo un año, Cortés actuó *de facto* como gobernador interino de Nueva España. Y aunque sus enemigos también reaccionaron en la Corte, el obispo Fonseca se encaminaba no solo a su final político, sino también al físico, pues falleció en 1524, al igual que Diego Velázquez, cuyo deceso se produjo el mismo año. Sin duda, fue una suerte para el caudillo extremeño la desaparición de ambos casi al mismo tiempo.



Sea como fuere, y aunque buena parte de las acusaciones vertidas contra Cortés, que abarcaban desde el momento de la organización de su viaje y posterior campaña a finales de 1518 hasta su actuación política en los primeros meses de 1522, se utilizó *a posteriori* en su juicio de residencia, lo cierto es que Carlos I nombró una comisión evaluadora del pleito establecido entre el de Medellín y Diego Velázquez y sus acólitos, presidida por el nuevo

canciller, Mercurino de Gattinara, el cual aconsejó al monarca nombrar a Hernán Cortés gobernador general y capitán general de Nueva España y como tal fue designado con fecha de 15 de octubre de 1522 —y una disposición posterior del 26 de junio de 1523—. Los asuntos financieros entre el caudillo extremeño y Velázquez se habrían de abordar como si de dos particulares se tratara. Cortés había vencido.<sup>[4]</sup>

## **Tensiones aliviadas: Nuevas conquistas, 1521-1522**

**C**omo iba a ocurrir en otros territorios continentales americanos aquellos años, las tensiones que hubiesen aflorado tras una «conquista» entre los participantes en la misma a menudo se solucionaron gracias a una extensión o prolongación de ellas, es decir, gracias al desarrollo de una política expansiva cuyo fin no solo era aumentar el territorio controlado, sino también, y sobre todo, mantener ocupados y dispersos a los principales oficiales y resto de miembros de la hueste inconformes con el reparto del botín. Ese fue el caso del propio Díaz del Castillo, que había hecho buenas migas con Gonzalo de Sandoval, a quien acompañó en la conquista de Tuxtepec. Todavía tenían sus habitantes pendiente pagar por la muerte de «setenta e ocho personas e seis mujeres de Castilla que allí habían quedado de los de Narváez», explica Bernal Díaz. De la misma forma, Francisco de Orozco, que había quedado al frente del retén de Tepeacac (Segura de la Frontera) desde finales de 1520, recibió el encargo de realizar una primera aproximación a Oaxaca, territorio con fama de proporcionar oro a los mexicas. Diego de Pineda (o Piñeda) y Vicente López recibieron el encargo de la conquista de Pánuco, un territorio que Cortés acabó disputándose con Francisco de Garay, por entonces teniente de gobernador de Jamaica. Rodrigo Rangel llevó un refuerzo de hombres a Pedro de Ircio, el cual, en aquellos momentos, gobernaba en Veracruz. A Juan Álvarez Chico le tocó la posibilidad de apoderarse de Colima, mientras que Cristóbal de Olid tuvo que lidiar con los purépechas de Michoacán, un territorio, recordemos, no conquistado por los mexicas, y a alguien como Juan Rodríguez de Villafuerte, que resultó ser bastante incompetente, el trascendente encargo de hacerse con Zacatula, en la costa del Pacífico, otra de

las fronteras del mundo mexica. En dicha localidad, Cortés comenzó a construir una pequeña flota, pues una de sus obsesiones hasta su muerte en 1547 fue la exploración y conquista de las islas de la Especiería, que alcanzó desde las costas del Pacífico mexicano. Más allá de Oaxaca se extendía el territorio de Tototepec, independiente asimismo hasta entonces del poder mexica. Pedro de Alvarado fue el encargado de controlarlo. Como señaló Bernal Díaz, en poco menos de dos meses tras la caída de México-Tenochtitlan se habían organizado todas estas expediciones y, si bien muchos de sus protagonistas acabaron por arrepentirse de haber participado en ellas, no iban a dejar de hacerlo, pues el poco oro obtenido lo habían gastado en la subasta pública de indias, que Cortés continuó promoviendo, además del ejemplo dado por el propio Gonzalo de Sandoval. Si este, uno de los favoritos de Cortés, dejaba México-Tenochtitlan sería por algo. Y ese algo era la posible riqueza existente en el nuevo territorio para conquistar. Díaz del Castillo lo dice con claridad: en la zona aledaña a la gran urbe solo había maíz y magüey, pero ellos querían explorar las zonas de donde «le traían los tributos del oro [a Moctezuma] y dónde había minas y cacao y ropa de mantas».<sup>[5]</sup> Así, en realidad, la conquista de la Triple Alianza no fue un fin en sí mismo, sino el comienzo de la verdadera conquista de tan vastas tierras.

Al mismo tiempo, lo cierto es que, poco a poco, Cortés fue recomponiendo por diversas vías sus fuerzas. Un tal Diego Halcón llevó 20 caballos desde La Española. Más tarde, cuando el gobernador interino Cristóbal de Tapia se retiró ante el empuje carismático exhibido por Cortés, que dominaba ampliamente los destinos del territorio, lo hizo en parte porque regresó a Santo Domingo tras haberle vendido al de Medellín un barco, sus esclavos africanos y tres caballos. Por cierto que quienes se mostraron interesados por reconocer la autoridad de Tapia acabaron en malos términos con el caudillo extremeño: gentes como Cristóbal de Olid o Jorge de Alvarado perdieron su ascendiente,<sup>[6]</sup> aunque el primero tuviese a su cargo una de las nuevas expediciones de conquista. Otro, como el tesorero Alderete, que había recompuesto relaciones con el caudillo extremeño, volvía a caer en desgracia e incluso los hubo que acabaron en la cárcel varios meses, como Francisco Verdugo, Ortiz de Zúñiga o García del Pilar. No es de extrañar que, años más tarde, fuesen testigos hostiles a los intereses del de Medellín en su juicio de residencia.

Como se ha dicho, Cortés consiguió rearmarse y, en los meses posteriores a la caída de México-Tenochtitlan, sus fuerzas, según Pedro Mártir de Anglería, alcanzaban los 1300 infantes, 200 jinetes y 40 bombardas.<sup>[7]</sup> Los

iba a emplear muy bien. Pero su propia y trascendente victoria contra los mexicas le facilitó las cosas. Por ejemplo, con el mundo tarasco.

En los últimos compases de la conquista de la gran urbe mexicana, ante la existencia de un perenne problema de obtención de suministros, Cortés comisionó a un tal Porrillas, o Parrillas, para que fuese a la búsqueda de comida (guajolotes, es decir gallinas de Indias) a Matlatzinco. Buen conocedor de los indios, con los que estableció una buena relación, estos le condujeron hasta la frontera con Michoacán. Una vez contactados los tarascos, que admiraron a un hombre tan diferente a ellos, Porrillas se informó de la existencia de oro y plata en el territorio y, además, consiguió regresar no solo con los suministros solicitados, sino con dos aborígenes. Estos se admiraron del poder militar de Cortés, pues, no en vano, había derrotado a su tradicional enemigo mexicano. Por otro lado, tras varios días en compañía de los españoles y tras haberles satisfecho su curiosidad con respecto a las armas europeas y los caballos, se retornaron a su tierra, no sin que el de Medellín les hubiese interrogado acerca de la distancia que lo separaba del mar del Sur. Poco después, Cervantes de Salazar asegura que Cortés envió a diversos españoles a Michoacán y a la tierra de las amazonas —Cihuatlan en la costa del Pacífico— liderados por Francisco de Montaña —célebre por ser el primero en bajar al cráter del Popocatepetl en busca del azufre necesario para fabricar pólvora según demandara el de Medellín—. En todo caso, formaron parte de una segunda expedición, pues la primera, de acuerdo con el testimonio de Diego Hernández Nieto efectuado en 1553 para una probanza de méritos, el cual también había subido al volcán con Francisco de Montaña, estuvo dirigida por Antón Caicedo. Lo más probable es que, como le ocurre a Cervantes de Salazar, se mezclen informaciones. Sea como fuere, ellos fueron los primeros en contactar con el señor de Michoacán, el *cazonci*, a quien visitaron en la capital, Tzintzuntzan. Fueron estos quienes llevaron consigo en su retorno a Coyohuacan a un hermano del *cazonci*, Tashuaco, que llegó acompañado por ciertos miembros de la élite tarasca, dos mujeres jóvenes y *tamemes* cargados de regalos para Cortés. Este aseguró que el séquito pasaba de un millar de personas. Y, en vista de la importancia de la embajada, quiso desplegar ardidés ya conocidos por nosotros:

[...] y para que viesén nuestra manera y lo contasen allá a su señor, hice salir a todos los de caballo a una plaza, y delante de ellos, corrieron y escaramuzaron; y la gente de pie salió en ordenanza y los escopeteros soltaron las escopetas, y con la artillería hice tirar a una torre y quedaron todos muy espantados de ver lo que en ella se hizo y de ver correr los caballos; e híceles llevar a ver la destrucción de la ciudad de Temixtitan, que de verla, y de ver su fuerza y fortaleza, por estar en el agua, quedaron mucho más espantados,

escribió Cortés. Cuatro o cinco días más tarde, regresaron a Michoacán cargados a su vez de regalos.

También pasaron por Tzintzuntzan Juan Álvarez Chico y Juan Rodríguez de Villafuerte, los cuales solicitaron ayuda militar para ocupar Colima, en la zona occidental de Cihuatlan. Allí se localizaba Zacatula, con el tiempo, el primer astillero de Cortés en el Pacífico. Álvarez Chico en concreto exploró la costa entre Zacatula y Acapulco, en la raya de Yopitzinco, un territorio sin conquistar por los mexicas, a principios de 1522. El interés del caudillo extremeño por el mar del Sur es buena muestra de su temperamento. Primero se había hecho con el control de un imperio como el mexica, pero, al poco, ya soñaba con explorar aquel espacio marítimo que tantas posibilidades parecía tener, pues la conexión del Atlántico con el Pacífico en aquella parte del mundo aún estaba por explorar. En su *Tercera carta de relación*, Cortés afirma haber tenido noticias que señalaban que se podía alcanzar el océano por dos o tres partes desde el valle central de México en menos de quince jornadas de viaje. Refiere, sin citar nombres, que remitió en aquella dirección a dos grupos de hombres, acompañados por indios auxiliares, los cuales, tras alcanzar el mar del Sur, regresaron con habitantes de aquellas costas, noticias fidedignas e indicios de sus riquezas. Una de las expediciones fue a parar a Tehuantepec, cuyo señor aceptó darse por vasallo de Carlos I y remitió embajadores y regalos a Cortés. El segundo grupo debió de ser el de Álvarez Chico y Villafuerte. Andando el tiempo, cuando estuviese libre de otros compromisos, Gonzalo de Sandoval fue comisionado para establecer un astillero en Zacatula, con materiales enviados desde Veracruz, y se puso en marcha la construcción de tres carabelas y dos bergantines, si bien al final solo fueron cuatro los cascos que se botaron.<sup>[8]</sup>

No obstante estos primeros contactos pacíficos con Michoacán, en junio-julio de 1522 Hernán Cortés decidió que había llegado el momento de expandirse hacia el llamado Imperio tarasco y encargó a Cristóbal de Olid su control militar. Le cedió para dicha tarea 70 jinetes y 200 infantes, todos ellos bien armados y con artillería. El 17 de julio alcanzaron Taximaroa, de camino a la capital. Llegados a esta, fueron bien recibidos por su señor, Tzinzicha Tangaxoan, el cual se ofreció a cubrir las necesidades alimenticias de los españoles, además de ceder mantas, aunque Cortés en su *Cuarta carta de relación* no tiene empacho en comentarle al monarca hispano que se obtuvieron sin problemas 3000 marcos de plata, ligada con cobre, así como 5000 pesos de oro, mezclado con plata. Por la llamada *Relación de Michoacán* sabemos que Olid hizo una buena demostración del poderío

militar europeo y se instaló en el palacio del *cazonci*, que optó por desaparecer y refugiarse en la localidad de Uruapan con sus mujeres. Con todo, no quiso seguir el consejo de los sacerdotes, que lo preferían ahogado en el lago Pátzcuaro para reunirse con sus ancestros. Parece, según este testimonio, que fueron las mujeres del señor tarasco quienes se opusieron al saqueo del oro por parte de los españoles a bastonazos, mientras reprochaban a los nobles su inacción. Con todo, Olid obtuvo 360 cargas de oro y plata de baja ley, que remitió a Cortés, junto con otro hermano del *cazonci*, Cuinierangari, que también visitó las ruinas de México-Tenochtitlan.

Con posterioridad viajó hasta Coyohuacan el propio Tzinzicha, a quien amedrentaron aún más cuando pudo visitar a Cuauhtémoc, que mantenía señales de quemaduras en los pies. Tzinzicha, que habría hecho todo el camino gimoteando hasta entrevistarse con Cortés, tuvo suficiente. Por eso el de Medellín no dudó del cumplimiento del encargo que tenía para él: debía movilizar a su gente —al final fueron 1600 porteadores— para transportar hasta Zacatula las anclas para los navíos en construcción. El botín tarasco acabó valiendo 9601 pesos que, una vez deducidos el Quinto Real y el de Cortés, se repartió entre los integrantes de la expedición. Siempre atento a toda circunstancia, tanto positiva como negativa, para su persona y su causa, en esta ocasión el de Medellín quiso mostrarse generoso y graciosamente cedió su parte del botín a los hombres. Así, el reparto se incrementó en 10 pesos para cada uno de los 136 peones participantes —que de 20 pasaron a 30—, además de otros 176 pesos para repartir entre Cristóbal Marín y Miguel Díaz de Aux para repararlos por los daños sufridos por sus caballos. Los ballesteros cobraron 30 pesos, la gente de a caballo 60 y los oficiales 80, salvo Andrés de Tapia, que percibió 120, y Cristóbal de Olid y Rodríguez de Villafuerte, los cuales se embolsaron 160 cada uno.

Sin embargo, hubo quejas. Un circunspecto Cortés explica en su *Cuarta carta de relación* que a los hombres no les gustó aquella tierra y que no deseaban quedarse allí poblando, «y aun movieron algunas cosillas, por donde algunos fueron castigados, y por esto los mandé volver a los que volver se quisieron». Aunque, de todas formas, envió a un contingente de los mismos a reforzar Zacatula. Sin citar el nombre del oficial que los conducía, pero fue o bien Olid (así lo quieren Bernal Díaz y López de Gómara) o bien Rodríguez de Villafuerte, el grupo se desvió hacia Colima, a unas 50 leguas al poniente de su objetivo. Y aunque eran 40 jinetes y un centenar de rodeleros y ballesteros, además de indios aliados tarascos, los habitantes de la zona, explica Cortés, «los desbarataron y echaron fuera de la tierra, y les mataron



tres españoles y mucha gente de los amigos, y se fueron a la dicha ciudad de Zacatula; e sabido por mí, mandé traer preso al capitán y le castigué su inobediencia». Es dudoso que, si tuvo que castigar a Olid por este lance, cuando ya se habían producido tirantezas entre ambos por el asunto del gobernador interino Cristóbal de Tapia, más tarde quisiera enviarlo a la costa de Honduras (Las Hibueras), a menos que Cortés lo hiciera, precisamente, para quitárselo de encima, pues no se fiaría demasiado de su persona.<sup>[9]</sup>

Además del envío de Cristóbal de Olid a Michoacán, Cortés también empleó a otros de sus oficiales de confianza, como Pedro de Alvarado o Gonzalo de Sandoval, en sendas operaciones. Este último abandonó a finales de octubre de 1521 el valle central de México con 35 jinetes, 200 infantes e indios aliados, incluidos algunos principales mexicas, en dirección a Tuxtepec, donde habían matado a españoles en el pasado, como se ha referido. Todavía en la zona quedaban activos elementos opositores mexicas en una colina fortificada, donde se habían refugiado; Sandoval, tras bloquearlos, los redujo por hambre y sed y no tuvo piedad con el cabecilla. En palabras de Díaz del Castillo, «prendió el más principal dellos e hizo proceso contra él y por justicia lo mandó quemar», y si bien había otros muchos merecedores de la misma pena, disimuló con ellos «y aquel pagó por todos», aseguró el cronista sin piedad.

Tras controlar la zona, Sandoval encargó al capitán Briones, a quien ya hemos visto al mando de unos de los bergantines, el sometimiento de una provincia zapoteca cercana a Tuxtepec; le cedió un centenar de españoles, entre ellos 30 ballesteros y escopeteros, y otro centenar de indios auxiliares. Pero el territorio zapoteca resultó ser muy agreste, tanto que no podían usarse los caballos, mientras los hombres debían avanzar de uno en uno por aquellas sendas. Así es fácil entender que, a pesar del cuidado de Briones, los zapotecas les tendieron una celada en un lugar angosto y hubieron de retroceder de mala manera, muchos rodando laderas abajo. Una tercera parte del contingente resultó herida e incluso uno de los castellanos acabó por morir. Díaz del Castillo parece dar muestras en su crónica de admirar el armamento zapoteca, consistente en largas picas, mayores que las castellanas, con una braza —algo más de metro y medio— de cuchillas de pedernal y el uso masivo de flechas y jabalinas, además de portar defensas corporales de algodón. Aunque, quizá, lo más admirable le pareció la ligereza corporal y la agilidad de aquellas gentes, que con sus silbidos se comunicaban con facilidad en aquellas sierras. Derrotado Briones en Tiltepec, como nombró a la localidad Bernal Díaz, regresó con el rabo entre las piernas y aún tuvo que

aguantar las recriminaciones de Sandoval, el cual, en recuerdo de su conocida jactancia a la hora de referir sus hazañas en Italia, obligó a Briones a reconocer que los zapotecas eran tan difíciles de vencer como turcos o moros. Con el tiempo se controló la zona y se entregó como encomienda a Alonso de Ojeda, asegura Díaz del Castillo.

De seguida, le llegó el turno a las gentes de Xaltepec, también zapotecas. Una veintena de sus caciques le dio la obediencia a Sandoval y le llevó algunos presentes, pero a cambio de prestar ayuda militar contra sus enemigos tradicionales, los mixes, pero el oficial español se hubo de excusar por no tener suficiente gente a su disposición, ya que muchos de los integrantes del grupo de Briones estaban heridos, además de enfermos por ser un país muy caluroso, y sin contar la decena de fallecidos habidos hasta entonces. Con todo, a Sandoval no se le escapaba que su misión era explorar las posibilidades económicas del territorio para ir repartiéndolo entre todos los compañeros. Por ello, comisionó a Alonso del Castillo, al mando de una decena de hombres, el cronista Bernal Díaz entre otros, para mirar de evaluar la riqueza de las minas de oro de la región. Así lo hicieron y los primeros resultados fueron positivos, tanto que el propio Sandoval, o el capitán Luis Marín, obtuvieron encomiendas en la zona, si bien a medio plazo el rendimiento económico no resultó el esperado.

Después de fundar en aquella comarca la ciudad de Medellín, como le había pedido Cortés, Sandoval se dirigió con su gente hasta el río Coatzacoalcos, para asegurarse el control de un territorio muy rico y poblado. El plan consistía en fundar una ciudad portuaria como alternativa a Veracruz, la cual no parecía haber suscitado una opinión demasiado favorable. Como había transcurrido mucho tiempo desde su último paso por aquellas tierras, prácticamente dos años, el de Medellín le dio instrucciones a Sandoval para que fuese todo lo cauto posible y tantease el terreno para evitar sorpresas. Según Cortés, su oficial asaltó una noche cierta localidad donde prendió a una señora principal a quien se obedecía en aquellas tierras y esta logró la obediencia y sumisión de todos los caciques de aquel entorno. Para Díaz del Castillo, Sandoval siguió las instrucciones cortesianas y envió por delante del contingente cuatro soldados que, una vez atravesado el río, comprobaron la tranquilidad reinante en el país; además, su señor, llamado Toche, remitió con ellos de vuelta a su propio hijo. Sandoval, al comprobar la buena disposición del cacique, le solicitó entonces un servicio consistente en la cesión de un centenar de canoas para atravesar con sus hombres y los caballos la vía de agua y así se hizo. Poco después, a cuatro leguas de la desembocadura,

Gonzalo de Sandoval fundó la ciudad bautizada con el nombre de Espíritu Santo. Algo más tarde alcanzó Veracruz la primera esposa de Hernán Cortés, Catalina Suárez, junto con su familia, por lo que Sandoval recibió el encargo de acompañar a la comitiva hasta México-Tenochtitlan. Solo entonces, conocedor de las dificultades halladas en Zacatula, es cuando Cortés pudo disponer de su hombre de máxima confianza, es decir de Gonzalo de Sandoval, para intentar enderezar la situación. Apenas le pudo conceder unos pocos caballos, así como 15 ballesteros y escopeteros, todos veteranos, eso sí, y en breve plazo tuvo Sandoval pacificadas Colima y Zacatula.<sup>[10]</sup>

Por su parte, Pedro de Alvarado, a finales de enero de 1522, fue enviado a la conquista de la extensa región de Tototepec, nunca sometida a México-Tenochtitlan, pero enemigos sus habitantes de los de Tehuantepec. Estos últimos habían mostrado sumisión al de Medellín y la habían permutado por la debida con anterioridad a los mexicas, a cambio de ayuda militar contra sus enemigos de Tototepec. Una vez más, las rencillas internas le sirvieron al caudillo extremeño para conseguir sus propósitos. Cortés le concedió a Alvarado 35 jinetes y unos 150 infantes, no sin incorporar cierto número de hombres, la mayoría ballesteros, cedidos por el capitán Francisco de Orozco, que en aquellos momentos estaba operando en Oaxaca.

Orozco, segundo en el mando de la guarnición de Tepeacac, había batallado con la guarnición mexicana de la zona, que se había hecho fuerte con sus familias en un peñol que contaba con defensas de cal y canto de una legua de circuito, asegura Cervantes de Salazar. Añadía este cronista que los mexicas disponían de un millar de mixtecos prisioneros cuya función era gritar en las batallas y en las velas del contrario, sin dejarle descansar y perturbándolo. Durante ocho días, Orozco, que contaba con muchos indios aliados para pacificar la región, los estuvo presionando a base de cortar cualquier suministro de agua; tras enviar recado a Cortés con la petición de refuerzos, este remitió a los cercados un mensaje para conminarles a la rendición después de ofrecerles la seguridad de respetarles la vida, pero trascurrieron tantos días en aquellas diligencias que, según Cervantes de Salazar, los rebeldes se vieron obligados a beberse su orina. Tanto es así que, cuando al final depusieron su actitud y pudieron beber, algunos de ellos murieron. Por cierto, el altivo Miguel Díaz de Aux, que se tenía a sí mismo en mayor concepto que Orozco al haber sido capitán con Francisco de Garay, además de acumular una larga trayectoria en las Indias, quiso aprovechar el tiempo de asedio del peñol para justificar desposeer del mando a su capitán por incompetente. Aunque Orozco no se dejó amilanar, le puso grillos a Díaz

de Aux y se lo envió prisionero a Cortés, el cual disimuló la falta por la valía militar del personaje, pero lo tuvo siempre cerca de su persona para evitar nuevos inconvenientes.<sup>[11]</sup>

Cortés asegura que Orozco, una vez controlada la situación en Oaxaca, debía cederle 80 infantes y 10 jinetes a Pedro de Alvarado al transitar este por allá con su gente; con aquel refuerzo, su hueste alcanzó los 200 infantes, de ellos 40 ballesteros y escopeteros, y 40 jinetes, además de 2 pequeños cañones (tiros de campo) y «mucha y buena gente de guerra», es decir, indios aliados. Alvarado, que según Díaz del Castillo tardó 40 jornadas en llegar a Tototepec, a los 20 días escribió a Cortés para dar cuenta de sus disposiciones, como el uso de espías que le informaban de los posibles movimientos de los caciques mixtecos de la zona.

Alcanzada la provincia de Tototepec, el 4 de marzo volvía a escribir a Cortés para informarle de que tres o cuatro localidades se les habían intentado oponer, pero que desistieron pronto en su intento y, tras arribar a la localidad del mismo nombre, mandó tomar preso a uno de los caciques de la zona en la que se aposentaron. La excusa fue señalar la sospecha de que querían iniciar la guerra contra ellos, así como la intuición de que habían querido alojarlos en unas habitaciones muy juntas unas de otras para pegarles fuego y quemarlos a todos. Pero, como aseveró Díaz del Castillo, ciertos oficiales y gente de cuenta alegaron en su momento que Alvarado mandó apresar al cacique, que murió en prisión, para presionarlo y obtener todo el oro posible. Si tenemos en cuenta la trayectoria de Alvarado, esta información parece veraz. Debió de obtener no menos de 30 000 pesos de este cacique y una cantidad parecida de su hijo y sucesor, pero una vez fundada Segura de la Frontera, la segunda urbe con el mismo nombre pues sus habitantes tenían que llegar de Tepeacac, donde se fundó la primera Segura, Alvarado tuvo que atender el ruego cortesiano de regresar cuanto antes y con todo el oro posible a México-Tenochtitlan, por ser muy consciente el de Medellín de necesitar enviar a la mayor brevedad todos los caudales posibles a Carlos I para terminar de convencerle de la bondad de su causa.

La carrera de Alvarado y sus hermanos, Jorge, Gómez y Gonzalo, que siempre le acompañaban, habría terminado en aquel instante y lugar de haber prosperado una conjura que algunos soldados insatisfechos por la falta de botín y encomiendas de calidad, casi todos ballesteros y escopeteros dice Díaz del Castillo, habían organizado. Como suele ocurrir, uno de ellos, arrepentido, comunicó a Alvarado la existencia de la conspiración. El arrepentido era Juan de Trebejo, que más tarde fue ahorcado en Honduras por Gil González Dávila



Retrato anónimo de Cortés basado en el cuadro enviado por este a Paulo Giovio, en el que aparecía de perfil y con sombrero, y que sirvió de modelo para muchas representaciones de su busto desde el siglo XVI en adelante.

por conjurarse de nuevo, esta vez contra Cortés. Merced al testimonio de Trebejo, Alvarado desarticuló la trama y se contentó con ahorcar a dos cabecillas, Juan de Salamanca, un piloto y mercader del sevillano barrio de Triana —a quien no hay que confundir con el vencedor del *cihuacóatl* mexicana en la batalla de Otumba—, y un tal Bernaldo o Bernaldino, quizá Bernaldino Sánchez. [12]

Después de la marcha de Alvarado, aquellos que se quedaron a poblar la Segura de Tototepec se arrepintieron al poco tiempo por hallarse en un país muy dificultoso por el

enorme calor y, como dice Bernal Díaz, por ser una tierra «doliente», cuando ya había muerto buena parte de sus indios esclavos y los auxiliares y estar llena de «murciélagos y mosquitos y aún chinches». Por ello, contraviniendo las órdenes recibidas, abandonaron el lugar y se marcharon a Oaxaca y a otras partes, incluso a México-Tenochtitlan, donde pronto se conocieron nuevas de lo sucedido. Cortés comisionó a Diego de Ocampo, como alcalde mayor, para que indagase acerca de lo ocurrido y hubo varias condenas a muerte, que el de Medellín fue hábil a la hora de conmutar, después de escuchar las apelaciones de los acusados, por penas de destierro. Sea como fuere, todo el asunto acabó al producirse un nuevo levantamiento de Tototepec, el cual obligó a Alvarado y al hijo del cacique fallecido de la provincia, sin duda rehén del anterior, a regresar al territorio para pacificarlo, cosa que consiguieron no sin que antes muriesen algunos españoles en las refriegas. Cervantes de Salazar asegura que se desplegaron en aquella ocasión 150 infantes españoles y 40 jinetes, cuando el cacique de una localidad llamada por este cronista Tecquecistlan, que se

había mostrado muy agresivo con dos castellanos, Diego de Coria y Francisco Flores, a quienes, ante su insinuación de que tendría que vérselas con el gran Alvarado, les habría respondido despectivamente que los españoles no le parecían dioses, pues los suyos «no fornican, ni quieren oro, ni ropa, ni comen ni beben, aunque solamente beben sangre de corazones», aparte de esperar sin miedo a Alvarado con 40 000 de los suyos. Pero el señor de Tecquecistlan fue derrotado. Debió de haber cierto nivel de represión, que Cortés calla en su informe a Carlos I, pero se sobreentiende cuando este escribe que tras aquella segunda incursión, si bien la ciudad de Segura no volvió a poblarse, los aborígenes de la zona «con el castigo pasado quedaron domados de manera que hasta esta ciudad [México-Tenochtitlan] vienen a lo que les mandan».<sup>[13]</sup>

Diestro como siempre, Cortés achacó a la llegada del gobernador interino Cristóbal de Tapia y los rumores que se difundieron en toda la tierra el malestar suscitado entre los habitantes de Metztlán, antiguos enemigos de los mexicas, los cuales se habrían mostrado favorables a aceptar la soberanía a Carlos I impuesta por el de Medellín. Pero las cosas cambiaron de la noche a la mañana y no solo se rebelaron, sino que «hicieron muchos daños en los comarcas a su tierra, que eran vasallos de vuestra católica majestad, quemando muchos pueblos y matando mucha gente». Ante el riesgo de que para evitar sus ataques los vecinos que los sufrían considerasen la posibilidad de aliarse con ellos y apartarse de la fidelidad debida a la causa hispana, Cortés, a quien no le sobraban los efectivos por haber enviado diversos contingentes a otros tantos territorios, como estamos viendo, no dudó en remitir a uno de sus capitanes, sin citar el nombre, con un centenar de infantes y 30 jinetes, además de los consabidos auxiliares aborígenes, a pacificar aquellas tierras. Tras algunas refriegas en las que llegaron a morir dos españoles y cierto número indeterminado de indios aliados, los caciques reticentes a aceptar la soberanía castellana se entregaron, si bien el caudillo extremeño evitó castigarlos en aras de obtener una sumisión duradera. Pero, poco después, cuando el propio Cortés se encontraba en plena campaña de sometimiento de Pánuco en 1523, de nuevo el cacique principal de Tototepec de Metztlán volvió a rebelarse y, tras iniciar las hostilidades, llegó a quemar una veintena de pueblos ya sometidos, en los que mató a muchos e hizo prisioneros a otros tantos. Ante la gravedad de lo sucedido, Cortés, al regresar de su campaña de Pánuco, a la que me referiré a continuación, no dudó en entrar en Metztlán donde, aunque murieron algunos indios aliados, en especial los rezagados, a manos de los rebeldes, y 11 o 12 caballos quedaron muy maltrechos y fallecieron por tratarse de tierras muy montañosas y

ásperas, lo cierto es que se consiguió atrapar al señor principal y a uno de sus oficiales destacados y se los ahorcó, mientras que hasta 200 prisioneros se vendieron como esclavos en pública almoneda. Aunque no fue un buen negocio, ya que al ser la tierra tan pobre no hubo otro botín y, una vez deducido el Quinto Real, con el beneficio de la venta de esclavos apenas si se cubrió un tercio del coste de los caballos muertos. Aunque se consiguió el objetivo de pacificarlos.<sup>[14]</sup>

### **La campaña de 1523. La conquista de Pánuco y la Huasteca<sup>[15]</sup>**

**M**a se ha señalado que, en varias ocasiones, Hernán Cortés pudo hacerse con los servicios de hombres que, en su momento, había reclutado Francisco de Garay en su intento por encontrar el estrecho que permitiese a los españoles sortear las Indias y encaminarse a las islas de las Especies, en Asia.<sup>[16]</sup> Al no encontrarlo, uno de los capitanes de Garay, Alonso Álvarez de Pineda, que descubrió todo el arco del golfo de México hasta Florida, desembarcó a sus hombres en la tierra de Pánuco, pero las cosas no fueron bien: hubo enfrentamientos con los indios, estos se levantaron en armas y muchos de sus hombres acabaron engrosando la hueste del de Medellín cuando arribaron a Veracruz para refugiarse. Ya como teniente de gobernador de Jamaica, Francisco de Garay obtuvo en 1521 la capitulación para la conquista de la provincia de Amichel, es decir, la zona de la desembocadura del río Misisipi, cerca de Florida, pero con la necesidad de delimitar su territorio con el de la gobernación obtenida por Cortés en 1522. Por ello, Pánuco fue un sector en disputa. En 1523, Garay organizó y lideró una gran expedición compuesta por 11 barcos, 850 infantes —de ellos 200 escopeteros y 300 ballesteros—, 144 caballos, indios auxiliares jamaicanos y artillería. Juan de Grijalva, que se instaló en Jamaica después de su malogrado viaje al Yucatán y Tabasco, viajó con él. El gobernador de Jamaica desembarcó el 25 de julio en el río Soto la Marina, en el actual estado de Tamaulipas, pero como el lugar no parecía adecuado para fundar una ciudad, Garay decidió viajar hacia el sur, en dirección al río Pánuco y el territorio de la gobernación de Cortés. Tal vez ya era demasiado tarde para cualquier acción de provecho, puesto que se encontraron en un territorio hostil, caluroso, lleno de ciénagas y ríos caudalosos, pleno de toda suerte de incomodidades, en definitiva,

incluida el hambre y la indisciplina de la mayoría de su gente, que no se esperaba tanta miseria y padecimientos en lugar de un ansiado botín.

Al enterarse por un barco llegado de Cuba de los posibles planes contrarios a sus intereses pergeñados por sus enemigos, el obispo Fonseca, Diego Velázquez y el propio Francisco de Garay, del que se decía que organizaba una expedición, una circunstancia que le recordó inevitablemente el asunto de Pánfilo de Narváez, Cortés en persona se puso al frente de una nueva hueste conformada por 300 infantes, 150 jinetes y 40 000 auxiliares aborígenes, además de artillería. Su destino: ocupar el Pánuco y proteger aquella zona, que creía dentro de los límites de su gobernación, de posibles reivindicaciones de Garay. Aunque, por el camino, también tuvo que controlar la Huasteca el de Medellín.

No fue la de este territorio una conquista fácil. La primera batalla, victoriosa, se dio en Ayotuxtetlatlan, a 25 leguas de la costa asegura Cortés, en un terreno muy apto para jugar con su caballería. Murieron muchos indios aliados y quedaron heridos hasta 50 españoles, pero entre los contrarios se produjo una gran matanza, según López de Gómara. Cortés asegura que hubo de permanecer dos o tres días en el lugar para terminar de recuperar a sus heridos y para recibir pleitesía de los muchos señores que se le rendían y daban la obediencia. Desde ese momento, le prestaron toda su ayuda. El siguiente paso fue ocupar la localidad de Chila, a 5 leguas del mar, donde ya habían sido derrotados los hombres de Garay, con la idea de mantener la presión sobre los indios para que se rindieran. El lugar estaba quemado y semiderruido, por eso el de Medellín se esforzó también por enviar mensajes de tranquilidad a los habitantes de la zona, muy poblada. Durante quince días se mantuvo en el lugar, mientras remitía continuos mensajeros con propuestas de paz, muchos de los cuales fueron muertos, así como los auxiliares aborígenes destinados a buscar agua dulce, habitualmente asaltados. Al ver que no aprovechaba aquella opción, tras reunir suficientes canoas, Cortés atravesó de noche un río que discurría por allá con una parte de su gente, incluidos caballos, sin dejar el campamento descuidado, pero fueron sentidos. El ataque que recibieron fue tan duro que admiró a un Cortés avezado por entonces en las guerras de indios: le mataron 2 caballos y dejaron malheridos a otros 10, de forma que no pudieron servirse de ellos en aquel momento. Pero, tras romper su frente, la desbandada del contrario se prolongó varios kilómetros gracias a la presión de los 30 caballos que le quedaban en condiciones de actuar y el empuje de un centenar de infantes europeos. Murieron numerosos habitantes de la zona. El terreno quedó tan despejado,



que el caudillo extremeño y su gente pudieron dormir en una localidad a 3 leguas de su campamento base y atravesada por un río. En el templo de aquel lugar hallaron, como ya era habitual para ellos, restos de castellanos: en este caso, de los hombres de Garay. En palabras del caudillo: «hallamos las caras propias de los españoles desolladas en sus oratorios, digo los cueros dellas, curados en tal manera que muchos dellos se conocieron». Ese tipo de horrores, magnificado si se conocía incluso al individuo cuyos restos se contemplaban, debían de pesar muchísimo en el ánimo de todos.

Siempre precavido, Cortés dividió su escuadrón de caballos en 3 grupos de 10; tras dejar uno de ellos en la retaguardia, se adelantó con los otros dos para explorar el contorno de una gran laguna muy cercana ya al mar. Cuando avistó una población en la ribera de aquella masa de agua con signos de estar abandonada, entró con sus caballos por dos partes e hizo bien, pues sus habitantes le habían tendido una celada. De golpe, salieron todos los guerreros a combatirlos, aunque el caudillo se extrañó de su manera de conducirse, pues no gritaban como era lo habitual en aquellas tierras y, además, hechos una piña, en formación, rodilla en tierra, se dedicaron a lanzarles multitud de flechas. El resultado fue la muerte de uno de los equinos y las heridas recibidas por todos los demás; sus hombres aguantaron la rociada de proyectiles merced a las protecciones de algodón que llevaban. Un Cortés muy apurado, casi desconocido, reconoce en su *Cuarta carta de relación* el difícil encuentro que tuvieron, ya que podían haber perecido todos en aquel lance; es más, se congratula de que los habitantes del lugar comenzaron a retraerse y ceder a la presión que se les hacía en su pueblo, pero sin huir más allá del río, sino usándolo como separación entre un campo y otro, pues era muy hondo, y, de ese modo, esperaron la caída de la noche. Un sincero Cortés asevera: «y aun también no nos pesó cuando ellos le pasaron». Una frase como esa en boca del reciente conquistador de la gran urbe mexicana tiene unas connotaciones muy interesantes. Demuestra, por ejemplo, que la guerra de conquista de Mesoamérica aún podía deparar momentos difíciles. Por ejemplo, como ocurrió antes de entrar en Tlaxcala tras la Noche Triste, ese día, los hombres de Cortés se comieron el caballo muerto por no haber otro bastimento. La siguiente jornada no vieron persona alguna en los alrededores, mientras entraban en varias localidades, todas ellas abandonadas, si bien en unos maizales pudieron reponerse ellos y sus monturas. Hubieron de dormir al raso. Cortés, que no disponía entre toda su gente sino de medio centenar de libras de pan, decidió volver a su campamento base, en el que halló al resto del contingente en buen estado.

El de Medellín sabía que debía lograr una victoria señalada sobre aquellas gentes para obtener su obediencia, por ello, al localizar un nuevo asentamiento en la parte de la laguna que no había podido explorar, organizó un ataque nocturno, de nuevo haciendo desembarcar parte de su contingente, con presencia abundante de escopeteros y ballesteros, en los alrededores. Estos consiguieron tomar desprevenido el lugar y le ocasionaron al contrario tales pérdidas que en toda la comarca no volvió a producirse un levantamiento y en veinte días sus habitantes al completo habían prestado su obediencia. En estos casos, el siguiente paso siempre era una exploración exhaustiva del territorio con diversas cuadrillas para determinar su demografía, sus posibilidades económicas y ventajas geográficas para decidir el asentamiento castellano, que en esta ocasión se concretó con la fundación de Santisteban del Puerto. Tras escoger a sus alcaldes y regidores entre los que quisieron quedarse a poblar —Cortés asegura que dejó atrás 30 jinetes y un centenar de infantes—, el caudillo extremeño les cedió un barco y un chinchorro llegados desde Veracruz con bastimento, como había solicitado en su momento, para servicio de la gente de la nueva villa. Un segundo barco con vituallas para el propio Cortés y el resto de los integrantes de su hueste se perdió, si bien quedaron tres de sus tripulantes náufragos en una isleta cerca de la costa, donde, a su debido tiempo, el de Medellín pudo rescatarlos.

Cortés procuró no lamentarse por nada de lo realizado hasta entonces, pero no dejó de mencionarle a Carlos I que el coste de la operación había sido, según sus cálculos, de 60 000 pesos, la mitad salida de su bolsillo, aunque había logrado un buen fin, pues la tierra estaba pacificada cuando llegaron los hombres de Francisco de Garay. Siempre mañoso, el caudillo extremeño preparó el terreno para introducir en su relato las andanzas de un gobernador del rey sin su suerte. Según su versión, cuando la gente de Garay desembarcó muy al norte de Pánuco, si la mayor parte de ellos se salvó, pues se hallaba en muy malas condiciones después de sufrir mucho en el mar, fue a causa de hallar la tierra pacificada cuando tuvieron que avanzar hacia el sur, con unos pobladores dispuestos a ayudarlos y servirlos.<sup>[17]</sup>

En cambio, en la versión de Díaz del Castillo, sin ocultar la poca pericia de la gente de Garay, que, por ejemplo, al atravesar un río con poco cuidado solo logró que se les ahogaran cinco caballos, este asegura que si viajaron hacia Pánuco con la esperanza de rehacerse en una tierra ya sometida a los españoles se equivocaron totalmente. En sus andanzas, cuando, tras sufrir infinito entre ciénagas y malos pasos, lograron alcanzar las tierras conquistadas hacía pocas semanas por Cortés solo hallaron pueblos medio

destruidos por la guerra, con sus habitantes aún no del todo pacificados y, lo más importante, sin bastimentos a la vista pues, si los tenían, los habían ocultado. Es más, «como vieron tantos españoles y caballos, tuvieron miedo dellos y despoblaban los pueblos; e adonde pensaba Garay reposar, tenía más trabajo». Enterados los hombres de Garay de la existencia de mejores condiciones de vida en el interior del país y no tanto en aquella costa inhóspita, información recibida de un huído de la justicia habitante en Santisteban del Puerto, muchos de ellos comenzaron a desertar en dirección al valle central de México, mientras Garay enviaba a uno de sus oficiales, Gonzalo de Ocampo, a entrevistarse con el hombre de Cortés en Santisteban, Pedro de Vallejo. Este supo llevar muy bien la situación: después de ofrecerle un buen recibimiento a Ocampo, y de reconocer a Garay como gobernador y adelantado del rey en su demarcación, no por ello dejó de comentar que aquella era la de Cortés, cuando, además, la gente de Garay estaba violentando a los pueblos y ya tenía quejas de dos de ellos. Por su lado, Vallejo no perdió el tiempo y le escribió cuanto antes a Cortés para informarle de la situación.

El de Medellín se había retirado a México-Tenochtitlan con buena parte de su gente, entre otros motivos por haber recibido diversas informaciones acerca de las actividades bélicas de los habitantes de Yopintzingo, otros de los territorios, en este caso en el Pacífico, que los mexicas nunca habían conquistado. Destinó 25 caballos y entre 70 u 80 infantes de los que habían participado en su última expedición a las tierras de los huasteco. Pero no podía de ninguna de las maneras dejar pasar la posible amenaza que representaba Garay. Le explicó en su momento a Carlos I que el gobernador de Jamaica se introdujo en su gobernación con una hueste formada por 120 caballos, 400 infantes y mucha artillería y, lo peor, a través de un intérprete «les decía que los vengaría de los daños que en la guerra pasada de mí habían recibido, y que fuesen con él para echar de allí aquellos españoles que yo allí tenía y a los que más yo enviase, y que los ayudaría a ello». Si esta última información es cierta, Garay demostraba tener un juicio bien escaso.

Sea como fuere, Cortés reaccionó ante la demanda de Vallejo y, en sucesivos viajes, envió a Rodrigo Rangel con algunos hombres a informarse de las intenciones de Garay. Más tarde hizo lo propio con Pedro de Alvarado, que alcanzó la costa con 40 efectivos. El de Medellín también se movilizó para viajar a la costa, pero muy lentamente porque estaba convaleciente de una terrible caída de un caballo. Mientras, Garay avanzó con su gente hasta llegar a Santisteban. Como sus hombres comenzaron a desmandarse, Vallejo

tomó la iniciativa y capturó a 40 de los de Garay, informado de cómo se comportaban por cinco desertores. A todas luces, la hueste del gobernador de Jamaica se deshacía. Cortés también comisionó a Diego de Ocampo, alcalde mayor de México-Tenochtitlan cuando su última ausencia, hermano del oficial de Garay que había ido a parlamentar con Vallejo, para que con un grupo de sus hombres fuese a la costa y evitaran cualquier enfrentamiento. Diego de Ocampo cumplió sus órdenes y alcanzado el territorio, sugirió a Garay que no persistiese en su idea de arribar a Santisteban, aunque no iba a hacer falta porque, como queda dicho, su gente le abandonaba a ojos vista. Merced a la presencia de hombres relevantes de la hueste cortesiana como Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, además del propio Diego de Ocampo, en la costa de Pánuco, al final no solo se controlaron los barcos supervivientes de la expedición, pues algunos otros se habían hundido, conforme iban llegando a aquellos puertos, sino que ciertos capitanes, pilotos y demás oficiales decidieron desertar y pasarse al bando de Cortés tras dos meses anclados enfrente de Santisteban. Juan de Grijalva, con su dignidad intacta, intentó mantenerse fiel a Garay, pero a la postre la fuerza de los hechos le obligó a buscar el amparo de los hombres del de Medellín y también se sometió. Este solo pudo respirar cuando recibió por fin, gracias a un barco recién llegado de España, que había recalado hacía poco en Veracruz, un Real Decreto por el cual se hacía constar a Garay la advertencia real de no intromisión en el territorio que Hernán Cortés hubiese conquistado en el momento de su llegada.

Los oficiales del de Medellín iniciaron una operación para lograr que los desertores de la hueste de Garay volvieran al redil y todos juntos, con su gobernador al frente, se marchasen a la tierra que el capitulante había obtenido, pero fue tarea muy difícil de realizar, sobre todo por la falta de carisma del caudillo jamaicano. Según Díaz del Castillo, los de Garay se habían derramado por la tierra y se negaban a volver con él al alegar «que no era capitán el Garay para saber mandar ni hombre de guerra». Para evitar males mayores, si bien se habían neutralizado algunos grupos, como el de 22 jinetes del oficial Gonzalo Dovalle, que estaba haciendo de las suyas en el interior de la provincia de la Huasteca, al final Cortés hizo que sus lugartenientes en la costa mirasen de reconstituir la hueste de Garay con graves penas para los infractores: los hombres de a caballo que no se presentasen ante la llamada de Cortés y se prendiesen perderían el equino y sus armas, mientras que los infantes en idéntica situación recibirían 100 azotes. Además, Garay solicitó que todos los adquirientes de armas y caballos

de la gente de su hueste se las reintegrasen a sus primitivos propietarios, se supone que tras la devolución de sus importes, pues poco podría actuar en el territorio de su gobernación con una hueste mal armada.

Pero Garay no estaba satisfecho. No podía contar con 6 de los 11 navíos que portaba en el momento de su partida, carecía de bastimentos y demás provisiones para el viaje hacia el norte, costa adelante, aparte de haberle desertado de nuevo 200 hombres y los que quedaban no cesaban de recriminarle por muchos motivos, entre otros la muerte por hambre de varios compañeros. De alguna forma, quería que el propio Cortés le sacase del atolladero, pues intentó entrevistarse con él a toda costa en México-Tenochtitlan. Y se puso en camino hacia el interior. El de Medellín, postrado en cama desde hacía dos meses por la caída de caballo antes mencionada, no puso objeciones, sobre todo por ver tan desesperado a Garay, el cual le ofreció concertar el matrimonio entre su hijo y heredero, Luis de Garay, con una hija de Cortés, Catalina, aún impúber.

Entretanto, ocurrió lo inevitable: la gente de Garay volvió a desmandarse, solo que ahora en grupos mucho más reducidos, «de tres en tres, de seis en seis —escribe Cortés—, por las muchas desórdenes que ellos cometían entre los naturales, tomándoles las mujeres y la comida por fuerza, con otros desasosiegos y bullicios que dieron causa a que toda la tierra se levantase». Los indios, que habían aprendido del pasado, fueron astutos y aprovecharon las ocasiones, cuando estaban descuidados, desarmados o en franca minoría, para matarlos a todos; solo en Tamiquitl, aseveró López de Gómara, degollaron a un centenar. Es posible que muriesen 250, aseguraba Pedro Mártir de Anglería, o incluso 400 en el cómputo de Gómara. Al comentar estos hechos, Díaz del Castillo recalcó que los hombres de Garay, que no respetaban poco ni mucho al hijo del mismo como su superior, «se juntaban de quince en quince y de veinte en veinte, y se andaban robando los pueblos y tomando las mujeres por fuerza, y mantas y gallinas, como si estuvieran en tierra de moros, robando lo que hallaban».<sup>[18]</sup> Si bien no abundan, esta referencia a asimilar las razias efectuadas en el sur de la Península con las actitudes exhibidas en las Indias son muy claras y concluyentes.

Mientras, Francisco de Garay alcanzó el valle central y fue agasajado por Cortés cuando llegó a Tetzoco, quizá porque no quiso que viera la destrucción de la gran urbe de buenas a primeras. Sea como fuere, una vez que celebraron juntos la Navidad de 1523, Garay enfermó de neumonía por un frío que cogió aquellas jornadas o bien por las complicaciones derivadas por los muchos sufrimientos padecidos aquellos últimos meses o bien por el

gran disgusto de ver su hueste desecha, su hijo en peligro, y toda su fortuna dilapidada y murió a los pocos días.

Para entonces, se había producido un alzamiento general de los indios de la Huasteca, los cuales llegaron a sitiar Santisteban. Hubo muchas bajas. En una localidad llamada Tacetuco, de un grupo de cuatro hombres a caballo y un peón, apenas quedó uno de ellos con vida que, posteriormente, llevó la noticia de que, al alcanzar dicha localidad, en un aposento grande de la misma, quemados, halló los restos de 40 infantes y 15 caballos de Cortés. El propio capitán Vallejo, desde Santisteban, con veteranos de la conquista cortesiana, organizó la defensa para repeler los múltiples ataques recibidos a diario. Tanto es así, que las gentes de Cortés salieron a buscar a los indios al campo y solicitaron a los de Garay que siguieran sus instrucciones en un tipo de guerra en la que carecían de su experiencia. Tuvieron hasta tres batallas, en una de las cuales murió el capitán Vallejo de un flechazo, pero cayó un sinnúmero de enemigos.

Una vez supo Cortés por uno de los escasos supervivientes de la guarnición de la huasteca que habían sido diezmados, el caudillo extremeño pronto organizó un grupo de combate que comandó su hombre más fiable, Gonzalo de Sandoval, conformado por un centenar de infantes, 50 jinetes, 15 arcabuceros y ballesteros y cuatro piezas artilleras de campaña, nos informa Bernal Díaz, así como por 8000 indios de apoyo mexicas y tlaxcaltecas, si bien el propio Cortés aumentó dicha cifra hasta los 15 000. Conocedor de que los contrarios les esperaban en dos pasos comprometidos, Sandoval hizo uso de su enorme experiencia: dividió a su gente en dos escuadras para atacar ambos pasos al unísono e impedir así, si solo se concentraba en uno, que los indios defensores del segundo los atacasen por la espalda. Tras aleccionar a los jinetes acerca de cómo combatirlos, entrando en sus filas para romper su frente, los ballesteros y arcabuceros debían actuar apoyándose mutuamente, unos disparando y los otros cargando sus armas, como ya hemos visto que se hacía de manera habitual. Se peleó hasta la noche, pero no se pudo forzar ninguno de los dos pasos; además, quedaron heridos 8 españoles y multitud de los indios aliados. Sandoval, cuando percibió al día siguiente la misma tónica, ordenó a las dos escuadras que retrocedieran al unísono e hicieran como que tomaban el camino de vuelta para intentar atraer a campo abierto a los contrarios. Estos, que carecían de la astucia táctica de Sandoval, puesto que no habían peleado contra españoles hasta entonces, lo siguieron durante toda la jornada después de desamparar sus ventajosas posiciones, hasta que, a medianoche, aquel volvió grupas y logró atravesar los dos malos pasos con

toda su gente, ya que cogió a contrapié al contrario, pero no sin lucha: perdió tres caballos y muchos de sus hombres quedaron heridos. Forzado a unir a su gente, Sandoval dio la batalla a los huastecas una vez más y los venció, pero no sin que, en un momento dado, llegase a pensar en la derrota, sobre todo por llevar consigo jinetes —sin duda hombres de la hueste de Garay— que carecían de maña para pelear con los indios a pesar de la ventaja de hacerlo con caballo y lanza. Seis de ellos perdieron sus lanzas a manos del contrario, con el consiguiente riesgo de ser desmontados y ultimados. Díaz del Castillo se explaya de nuevo en la explicación táctica de cómo actuar con dicha arma, algo que en páginas anteriores de su excelsa crónica ya había hecho. Por ello, se entiende el enfado de Sandoval por tener que llevar consigo gente sin experiencia en el combate en Indias, o quizá en ninguna parte.

Sandoval, después de derrotar al contrario, organizó el campamento para descansar, pero sin olvidar a ninguno de los elementos de seguridad deseables en tales circunstancias: envió corredores de campo y escuchas en todas las direcciones, dejó gente de guardia, ballesteros y escopeteros, así como la orden de tener todos los caballos apercebidos para atender cualquier llamada al combate al instante. Además, hizo que los auxiliares acampasen retirados unos de otros no solo para cubrir más terreno, sino para que, en caso de alarma, se incorporasen a la lucha sin molestarse entre sí ni a los castellanos. Dos veces en la noche regresaron los corredores de campo con la noticia de la proximidad del enemigo, pero sin efecto. No obstante, supo por los aliados aborígenes que al día siguiente no podía dudarse de que habría lucha. Y en efecto, tras formar a su gente, Sandoval envió a sus efectivos de caballería divididos en dos escuadras por delante y a menos de medio kilómetro del campamento tuvieron que enfrentarse a una enorme multitud que, a pesar de matarle dos hombres de los de Garay y tres caballos, recibió tan duro castigo que, desde ese momento, la resistencia presentada se fue debilitando. Por su parte, la gente de Sandoval se dedicó a quemar todos los pueblos con los que toparon hasta entrar en Santisteban.

Allá apenas si quedaban 22 jinetes y un centenar de infantes. Escaso número si a la gente de la guarnición se le suma la hueste de Garay. De hecho, Cortés le consignó a Carlos I que las bajas habidas aquellos días sumaban 43 de los hombres comandados por Vallejo y 210 de los de Garay. Díaz del Castillo redondeó al alza y, puede que sin equivocarse demasiado, aseguró que fenecieron aquellas semanas hasta 600 hombres, casi todos de la hueste de Garay. En todo caso, Sandoval no se amilanó. Tras reponer a los vecinos, que se morían de hambre, merced a los bastimentos que llevaban —

solo más adelante arribó un barco desde Veracruz con vituallas tal y como había dispuesto Cortés—, Sandoval dividió a su gente en tres escuadrones, según la versión del de Medellín, si bien Díaz del Castillo aseguró que solo salieron dos, pues el propio Sandoval, herido en el muslo y de una pedrada en la cara, se quedó en Santisteban con el resto de heridos, donde reposaron durante tres días. En ese lapso, su gente tuvo orden de entrar en aquella tierra «matando, robando y quemando cuanto hallasen. En poco tiempo, se infligió un daño notorio, porque se abrasaron muchos lugares, y se mataron infinitas personas», escribió Bernal Díaz. Sandoval prendió a 60 caciques, 400 notables y otros muchos indios y los condenó a la hoguera por rebeldes. Después de tratar el asunto con Cortés, se decidió quemar solo a los caciques y a los notables, si bien se hizo delante de sus hijos y herederos para «que lo viesen y escarmentasen», relata López de Gómara. Antonio de Herrera recalca que Cortés mandó quemar solamente a 30 de los inculpados y entregó sus bienes a sus hijos, pero reclamó fidelidad absoluta. Díaz del Castillo asevera que se quemaron algunos, se ahorcaron otros y se perdonaron los más. La versión de Pedro Mártir de Anglería se decanta por señalar que Sandoval «hizo cortar en pedazos un gran número de hombres que mató, pues ya no se atrevían ni a levantar un dedo contra el poder de Cortés o de sus capitanes». Pero ¿qué escribió Cortés en esta ocasión? Si en su momento no dudó en referirle al monarca que había cercenado las manos de medio centenar de espías tlaxcaltecas, ahora fue mucho más cauto. Señaló que, tras tomarse prisioneros unos 400 señores, principales y guerreros notables, se ordenó la ejecución de los culpables, los cuales

quemaron por justicia, habiendo confesado ser ellos los movedores de toda aquella guerra y cada uno dellos haber sido en muerte o haber muerto los españoles; y hecho esto, soltaron de los otros que tenían presos, y con ellos recogieron toda la gente en los pueblos; y el capitán, en nombre de vuestra majestad, proveyó de nuevo señores en los dichos pueblos a aquellas personas que les pertenecía por sucesión, según ellos suelen heredar.

*Pax Cortesiana.* Nadie se exclamaría por la crueldad de tal política. Sobre todo si funcionaba. Pero los enemigos sí lo harían. García del Pilar, en el juicio de residencia de Cortés, en 1529, señaló que Gonzalo de Sandoval engañó a los caciques huastecos al convocarlos a un encuentro en Chachapala para razonar con ellos en torno a ciertas cuestiones, momento que aprovechó para tomarlos presos en número de 350 o 400. Lo interesante del testimonio de Del Pilar es que aseguró que preguntados aquellos señores acerca de por qué mataron a los hombres de Garay de forma indiscriminada, aquellos



respondieron que a través de los indios de México Hernán Cortés les había sugerido que así lo hicieran.<sup>[19]</sup>

## La conquista de Guatemala y Chiapas, 1524

**D**íaz del Castillo, con lúcidas palabras, escribe:

Pues como Cortés siempre tuvo los pensamientos muy altos y en la ambición de mandar y de señorear quiso en todo remedar Alejandro Macedonio, y con los muy buenos capitanes y extremados capitanes que siempre tuvo. Y después que se hubo poblado la gran cibdad de México y Guaxaca e a Zacatula e a Colimar e a la Veracruz e Pánuco e Guazacualco, y tuvo noticia que en la provincia de Guatemala había recios pueblos e de mucha gente e que había minas, acordó de enviar a la conquistar y poblar a Pedro de Alvarado.<sup>[20]</sup>

Alvarado partió el 6 de diciembre de 1523 con un ejército compuesto por 300 efectivos de infantería, de ellos 120 arcabuceros y ballesteros, y 135 jinetes, 4 piezas de artillería bien abastecidas de pólvora con un artillero, Diego de Usagre, además de 200 tlaxcaltecas y cholultecas y 100 mexicas. Por primera vez, prácticamente, Díaz del Castillo nos ofrece unas cifras de indios aliados al servicio de una campaña muy creíbles. Al desarrollarse la acción de guerra muy lejos de sus bases, como ocurría en el caso de las conflictos de los mexicas, es lógico que hubiera de reducirse el volumen del contingente por mor de la logística, pues no era fácil alimentar mucha más gente tan lejos de sus bases de partida (y aunque se atravesase por territorio dominado). Así lo reconoce el propio Cortés: «[Alvarado] lleva algunas personas principales, así de los naturales desta ciudad como de otras ciudades desta comarca, y con ellos alguna gente [indios auxiliares], aunque no mucha, por ser el camino tan largo».<sup>[21]</sup>

Cortés aprovechó el momento para quejarse a Carlos I de que la llegada del adelantado Garay le había entorpecido en sus planes de exploración y conquista de aquellas tierras, donde iba a seguir indagando acerca de sus riquezas y del famoso estrecho que llevase a las armadas de los Habsburgo hacia las islas de las Especias. Con suma habilidad, también le informaba acerca de que había gastado algo más de 60 000 pesos de la Real Hacienda, sin contar otros 12 000 pedidos en préstamo a particulares, en la organización de las «pacificaciones» efectuadas aquellos meses, la última de las cuales era el envío de un capitán —de nuevo nos escamotea su nombre, pero por Díaz del Castillo sabemos que fue Luis Marín— el 8 de diciembre de 1523 a la villa de Espíritu Santo, en Coatzacoalcos, con 30 jinetes y un centenar de

infantes, así como con 2 piezas de artillería, para controlar la incipiente revuelta que se estaba propagando en aquellos pagos.<sup>[22]</sup> En ese momento, Cortés se jactaba ante el monarca de haber conquistado o pacificado el territorio comprendido entre 400 leguas de costa en el Atlántico y 500 en el Pacífico, con la única excepción de las tierras de zapotecas y mixes, es decir, Tototepec,

por ser tan ásperas que aun a pie no se pueden andar, puesto que he enviado dos veces gente a los conquistar y no lo han podido hacer porque tienen muy recias fuerzas y áspera tierra, y buenas armas, que pelean con lanzas de a veinte y cinco y treinta palmos, y muy gruesas y bien hechas, y las puntas dellas de pedernales; y con esto se han defendido y muerto algunos de los españoles que allá han ido [...].

En vista de que los ataques a las provincias más cercanas eran constantes y sus habitantes, ante el riesgo de ser destruidos por los zapotecas o los mixes, estaban dando muestras de calcular la posibilidad de aliarse con ellos, Cortés se vio obligado a levantar una compañía de 150 infantes, casi todos ballesteros y escopeteros, al mando de Rodrigo Rangel, que pudo llevar 4 piezas de campaña en esta ocasión cuando partió el 5 de febrero de 1524. Rangel había comandado una expedición a aquellas tierras justo un año atrás, pero tuvo que retirarse sin conseguir nada de provecho tras dos meses de campaña a causa de las muchas aguas caídas. Pero, Cortés, en aquella segunda ocasión, esperaba un mejor suceso, pues no solo Rangel viajaba fuera de época de lluvias, sino que iba acompañado por «mucha gente de guerra diestra, de las gentes de esta ciudad y sus comarcas». Es decir, que la manera de desmovilizar a los guerreros mexicas supervivientes consistió en enviarlos en diversas expediciones, en especial a territorios que ellos mismos nunca habían llegado a conquistar. De ese modo se cerraba un círculo: los aliados cortesianos ayudaron a conquistar a los mexicas y estos, posteriormente, asistieron a Cortés en la conquista de partes de Mesoamérica nunca antes controladas por el poder de la Triple Alianza.

Por otro lado, el estímulo máximo para concurrir en la empresa de la conquista de zapotecas y mixes era el hecho de poder hacer esclavos, pues en aquellas tierras no solo no habían aceptado la presencia hispana a pesar de haber sido requeridos legalmente en este sentido, sino que habían muerto españoles. La fórmula de achacar actitudes de rebeldía en territorios con expectativas serias de encontrar oro en los mismos solía acabar con una llamada a efectuar esclavos entre las poblaciones levantiscas. Cortés lo imputaba una vez más al enorme coste de aquellas expediciones: la de Rangel

estaba valorada en 5000 pesos de oro y las de Pedro de Alvarado a Guatemala y Cristóbal de Olid a Las Hibueras en otros 50 000, sin otros gastos varios.<sup>[23]</sup>

Entre la salida hacia Espíritu Santo y la de Rodrigo Rangel se produjo la más importante de todas, la de Cristóbal de Olid al llamado golfo de las Hibueras, en la actual costa de Honduras. El 11 de enero de 1524 partía este con 400 hombres en cinco navíos y un bergantín con destino a La Habana, donde, con 8000 pesos de oro, compraron más caballos, armas y vituallas para no agotar la tierra donde acabaron por desembarcar a las primeras de cambio. Las órdenes de Olid incluían tomar tierra y buscar un buen lugar donde fundar una villa, que fortaleció, mientras tres de los navíos se marcharon al puerto cubano de Trinidad en busca de todo lo necesario para asegurar la supervivencia en la nueva colonia. Un primo de Cortés, Diego de Hurtado, navegó con los restantes navíos para explorar la llamada bahía de la Ascensión, desde el punto donde desembarcó Olid, en busca del famoso estrecho que los condujese al Pacífico. Si es que existía. Pero, como veremos, el viaje de Olid se complicó hasta el infinito.<sup>[24]</sup>

Pedro de Alvarado escribió a Cortés acerca de la conquista de las tierras de Guatemala, entre abril y julio de 1524, dos relaciones de su campaña. En la primera de ellas, del 11 de abril, Alvarado relata los hechos acontecidos en las provincias de Chapolutan, Quetzaltenango y Utlatan, una vez había atravesado las tierras ya controladas de Tehuantepec, donde pacificó a unos indios rebelados que se hicieron fuertes en un peñol, y Soconusco. Sin que especifique demasiado en relación con las bajas habidas por el enemigo, lo que sí deja claro es la mejor táctica para combatirlos: procurar hacerlo en campo abierto para jugar con los caballos y, una vez conseguido romper su formación, perseguirlos sin descanso durante una legua o dos para infligir el mayor número de bajas. Como comprobamos, y como es lógico, las lecciones aprendidas en anteriores campañas se aplicaban en las que se desarrollaban en nuevos territorios. Pero Díaz del Castillo sí aporta algunos detalles: en Chapolutan, que él llama Zapotitan, en el paso de un río Alvarado tuvo muchos heridos, de los que más tarde murieron dos hombres, así como un caballo. Antes de dominar la zona, Alvarado tuvo que pelear hasta en tres ocasiones. Tras dos días de descanso en aquella tierra, este continuó viaje hasta alcanzar Quetzaltenango. No fue fácil a causa de la orografía. Después de atravesar dos complicados ríos, pasando entre peñas, subieron un puerto de más de seis leguas de largo; el camino era tan arduo que hubieron de hacer noche a mitad del mismo. Cuando al amanecer reanudaron la marcha, encima de un altar improvisado hallaron a una mujer —una hechicera gorda,

puntualiza Bernal Díaz— y a un perro sacrificados, señal de que habría combate en breve, dedujeron. Al poco, alcanzaron una albarrada, pero sin nadie para disputarles el paso. De todas formas, Alvarado llevaba delante todos los ballesteros y los demás peones, porque no podían arriesgarse a perder los caballos en un mal camino como aquel. Y tuvo razón, porque al poco le salieron al paso varios miles de enemigos por encima de una barranca —3000 o 4000 mil—, los cuales fueron rechazados puerto abajo merced al uso de los indios auxiliares. Alvarado pudo recomponer su gente en el llano, pues allá tuvo que enfrentarse a un gran ejército enemigo que, según sus exagerados cálculos, alcanzaba la cifra de 30 000 guerreros. Pero, por suerte, aunque les cayó encima una lluvia de flechas y jabalinas, «como nunca habían visto caballos cobraron mucho temor» y lograron causar una escabechina entre los que se retiraban. Tras conseguir agua, de la que iban escasos, Alvarado reconoce la ventaja de llevar equinos de refresco, pues él mismo con una treintena de jinetes aseguró el control de aquellas fuentes hasta que llegó el resto de su gente. Al poco, volvieron a atacarlo, dirigidos los aborígenes por el señor de Utatlan, otra localidad cercana, volvieron a ser derrotados y los persiguieron hasta unas sierras cercanas; en ese momento, Alvarado, para entonces un oficial muy experimentado, comenzó a recular lentamente para permitir que los indios se envalentonasen y saliesen a campo abierto de nuevo. Una vez que se hallaban tocando ya las colas de sus caballos, dio orden de dar media vuelta y acometerlos, por lo que la matanza se prolongó por un buen trecho. Después de certificar la muerte del señor de Utatlan, los españoles pasaron la noche al lado de las fuentes de agua que habían hallado.

Al día siguiente entraron en Quetzaltenango, que encontraron desierta, donde permanecieron varios días para reponerse, pues en las refriegas mencionadas al menos seis hombres y dos caballos resultaron heridos. Díaz del Castillo vuelve a señalar, como había ocurrido en campañas previas, que los aborígenes perdían pronto el miedo a los equinos, pues allá fue común ver que dos o tres hombres se enfrentaban a un cuadrúpedo, mientras otro procuraba agarrarlo por la cola. Con todo, tras un descanso de tres jornadas, todos los cuales enviaba Alvarado a explorar los contornos en busca de vituallas, al cuarto día se acercó una multitud dispuesta a presentar batalla. Alvarado hizo salir 90 caballos a un llano cercano a Quetzaltenango, en el que poder evolucionar con sus monturas, y consiguió no solo romperles su frente, sino ponerlos en desbandada, que se prolongó dos leguas, hasta alcanzar un arroyo, donde «nuestros amigos [indios aliados] y los peones hacían una

destrucción la mayor del mundo [...]». También alcanzaron a todos los indios que se refugiaron en lo alto de una colina una vez fue cercada.

Tras aquella derrota, las gentes de la zona se concertaron para permitir la entrada de los invasores en Utatlan, una localidad rodeada de barrancos, en la que, una vez desprevenidos, fueron atacados quemándoles en sus aposentos. En palabras de Alvarado:

[...] porque la ciudad es muy fuerte en demasía, y no tiene sino dos entradas; la una de treinta y tantos escalones de piedra muy alta: y por la otra parte una calzada, hecha á mano, y mucha parte de ella ya cortada, para aquella noche acabarla de cortar, porque ningún caballo pudiera salir á la tierra; y como la Ciudad es muy junta y las calles muy angostas, en ninguna manera nos pudiéramos sufrir sin ahogarnos, ó por huir del fuego despeñarnos.

Aunque carecía de la sutileza política de Cortés, a Alvarado le sobraba la falta de escrúpulos y sabía ser duro cuando hacía falta. Al intuir el plan de los contrarios, logró salir de Utatlan y mediante engaños y entrega de dádivas se hizo con las personas de todos los señores que pudo de aquellos contornos. Y como aún había quienes peleaban con su gente en aquella zona, decidió enviar una señal reconocible para todo el mundo: mandó quemar vivos a los caciques, así como su ciudad hasta los cimientos, e hizo esclavos a todos los indios atrapados aquella campaña. Según el cronista Antonio de Herrera, Alvarado, con aquella medida, buscaba acortar la guerra. Un ejemplo más de la crueldad por imperativo militar. También, desde Utatlan, donde permaneció siete u ocho días, acometió Alvarado entradas de castigo en los pueblos de la zona que, una vez concedida la paz, se habían rebelado e hizo muchos esclavos.<sup>[25]</sup>

Mediado el mes de abril, Alvarado y su gente se pusieron en camino en dirección a Cuahutemallan (Ciudad de Guatemala), que se encontraba a dos días de camino de Utatlan, tras recibir algunos mensajes en los que los naturales demostraban desear la colaboración de aquel formidable invasor en su lucha contra sus enemigos de la ciudad de Atitlan. En el *Memorial de Sololá* se alude a que para batir a los mayas quichés, Alvarado solicitó la ayuda de los cakchiqueles, que acudieron al instante a su llamada «y dos mil soldados marcharon a la matanza de los quichés».<sup>[26]</sup>

Alvarado envió dos embajadas a Atitlan para requerirles que aceptasen dar la obediencia al monarca hispano, pero no solo se negaron, sino que mataron a los embajadores. Por ello, no le cupo otra opción que marchar contra ellos con 60 jinetes, 150 peones hispanos y los 2000 aliados cakchiqueles, —elevados a 5000 o 6000 indios aliados por López de Gómara—. Acercándose al objetivo, Alvarado se adelantó con 30 jinetes en

persecución de un grupo de guerreros quichés, que buscaba refugiarse en un peñol fortificado situado al lado de la laguna que señoreaba Atitlan. Una calzada estrecha llevaba a la colina, por lo que los españoles tuvieron que perseguirlos a pie, aunque, por fortuna para ellos, pudieron entrar tras los defensores antes de que estos los rechazaran. A pesar de tomarse el peñol, mucha gente de la ciudad pudo huir mientras tanto porque las 300 canoas con indios aliados que Alvarado había prevenido para cercar la urbe llegaron tarde. Cauto, este ordenó pasar la noche en unos maizales cercanos, con la vigilancia oportuna, y, al día siguiente, entraron en la localidad, casi abandonada por completo. Con todo, Alvarado atrapó a varios principales que envió a parlamentar con los señores de la ciudad para obtener su rendición. La técnica, más en concreto, consistió en tomar rehenes y amenazar con destruir los cultivos del entorno, mientras los indios aliados saqueaban e incendiaban parte de Atitlan.

Después de conseguir que buena parte de los pueblos de la comarca, además de la urbe dominada, se rindiese por temor, el siguiente objetivo fue la localidad de Izcuintepec, cuyos habitantes no aceptaban tratos con nadie que hubiese pactado con los hispanos. Se trataba de un terreno muy espeso, de modo que Alvarado envió por delante a los ballesteros, ya que la gente de a caballo era de poco provecho en un paraje de esas características. Como llovía mucho, los centinelas de la localidad no notaron la llegada del grupo español hasta que los tuvieron encima, dentro ya de su propia ciudad, pero bastantes consiguieron escapar a causa de la lluvia torrencial, precisamente, y la espesura de los bosques, no sin herir a muchos de los hombres de Alvarado dada la dificultad de la lucha en aquellas condiciones, favorable a los indios. Este asegura que su método, expeditivo, consistió en quemarles el pueblo y los maizales para conseguir su pacificación. Aquí, Díaz del Castillo es muy severo con Alvarado, puesto que en lugar de requerir la paz hasta tres veces antes de atacar, como preveían las ordenanzas reales, decidió caer sobre ellos al romper el día, «en que se hizo mucho daño y presa, que valiera más que nunca se hiciera, sino conforme a justicia; que fue mal hecho y no conforme a lo que su majestad mandó». Además, se añade el detalle de que Alvarado y los suyos se dedicaron a «les robar muy hermosas indias e que no los llamó de paz», insiste de nuevo.<sup>[27]</sup>

Desde Izcuintepec en adelante, todos los pueblos presentaron pelea o bien se hallaban despoblados al paso de la hueste castellana. El propósito de Alvarado era explorar 100 leguas de territorio desde Guatemala y a la vuelta los iría pacificando, pero la realidad fue que, a menudo, el caudillo pasaba de

largo por no poder derrotarlos, si bien mataba mucha gente en los encuentros. En una localidad que llamó Taxisco pasó la noche y, a la mañana siguiente, siguió camino hasta la siguiente población, Nacendelan, pero algo receló Alvarado, pues dejó 10 jinetes y un escuadrón de indios aliados para proteger su retaguardia, así como otra decena de caballos para defender el centro, donde llevaba el fardaje, cuando a las dos o tres leguas de Taxisco sufrieron un ataque de sus naturales, «en que me mataron muchos indios de los amigos y me tomaron mucha parte del fardaje y todo el hilado de las ballestas y el herraje que para la guerra llevaba que no se les pudo resistir». Pedro de Alvarado optó por enviar a su hermano Jorge con 40 o 50 de a caballo en busca del fardaje perdido, pero se encontraron ante varios escuadrones de guerreros contra los que pelearon y consiguieron derrotar, pero de las municiones y complementos, además de ropa, nunca más se supo. Alcanzada Nacendelan, Alvarado envió infantería a limpiar las sierras de enemigos, además de remitir mensajeros de entre la gente hecha prisionera para intentar convencerlos de que se rindiesen, pero no solo nunca lo hicieron, sino que los mensajeros tampoco regresaron.

Después de permanecer ocho días en la zona, cuando obtuvo la obediencia de otra localidad, Pasaco, Alvarado decidió por continuar su avance, pero al entrar en esta última ciudad la halló en pie de guerra, con caminos cortados, flechas clavadas en el suelo y restos de un perro sacrificado, señal de guerra, cuando, además, al entrar en la urbe fue atacado por sus habitantes antes de huir. Así las cosas, las siguientes localidades halladas en su camino, todas ellas estaban abandonadas, hasta alcanzar Acaxual (Acayucatl), cerca de la costa, donde sí encontró un ejército aborigen formado en un llano, aunque cerca de una colina donde podría refugiarse. Alvarado, impaciente por conseguir algo de acción, siguió la táctica de ordenar una retirada simulada a sus, y vuelve a repetir el número de hombres, 150 infantes, un centenar de jinetes y 5000 o 6000 auxiliares y así sacar al contrario de sus posiciones. Fue una matanza. Alvarado narra con verdadero placer que se volvió con sus caballos de improviso y rompió sobre los indios que le iban a la zaga de forma desordenada para atraparlos. Los aborígenes que caían, pues iban pesadamente armados con sus coseletes de algodón, que les llegaban a los pies y tenían tres dedos de grosor, fueron presa fácil para los infantes, que no dejaron uno vivo, ya que ninguno se rendía. Tampoco fue todo fácil:

Aquí en este reencuentro me hirieron muchos Españoles y á mí con ellos, que me dieron un flechazo que me pasaron la pierna y entró la flecha por la silla, de la cual herida quedo liciado,

que me quedó la una pierna mas corta que la otra, bien cuatro de dedos; y en este pueblo me fue forzado estar cinco días por curarnos,

escribió Alvarado.<sup>[28]</sup>

En Tacuxcalco, donde los indios contaban con lanzas de 30 palmos de largo, si bien no supieron usarlas contra los caballos hispanos, Alvarado especifica que se hizo «muy gran matanza y castigo». En esta ocasión, al estar malherido, tuvo que conformarse con dirigir la batalla desde retaguardia y dejar el flanco izquierdo en manos de Gómez de Alvarado con 20 jinetes, el derecho en las de Gonzalo de Alvarado con 30 y con medio centenar de efectivos a caballo rompió por el centro del enemigo Jorge de Alvarado. Al principio, los españoles no acometieron por pensar que los indios habían dejado ante sí una ciénaga en la que caerían en caso de avanzar, pero cuando comprobaron que los esperaban a pie quedo y la extensión que tenían por delante era de terreno seco, los embistieron con todas sus fuerzas y causaron la mencionada matanza entre ellos, y los persiguieron por más de una legua. Por ello, no fue de extrañar que, en las siguientes localidades, siguiese la tónica de hallarlas abandonadas.

Alvarado alcanzó Cuxcaclan, donde permaneció diecisiete días recomponiéndose, primero mientras intentaba seducir a los señores y los habitantes con las bondades de la presencia hispana y de dar la obediencia a Carlos I, y después para pasar a las amenazas de castigar a los caciques rebeldes muy duramente, y a todos los demás con la esclavitud, momento en el que nos asegura haber muerto 11 caballos en las acciones emprendidas, cuyos dueños se vieron recompensados con la venta de esclavos, como se solía hacer. No habla de las bajas acontecidas entre sus hombres. Decidió regresar a Guatemala, no sin antes, cerca de Iximché, fundar la ciudad de Santiago de los Caballeros. Informado Cortés por la segunda carta de Alvarado, fechada el 28 de julio, le remitió otros 200 hombres y la promesa de que rogaría a Carlos I la concesión a Pedro de Alvarado de la gobernación de Guatemala.<sup>[29]</sup>

Después de aquellos primeros combates, las tornas cambiaron y ahora los quichés se aliaron con Alvarado contra los cakchiqueles, los cuales se rebelaron a su vez y estuvieron alzados en armas desde finales de 1524 hasta 1530. Para resumir aquellos acontecimientos, José María Vallejo señala:

Los conquistadores españoles, una vez que habían sometido a los naturales, herrado como esclavos a los prisioneros, atemorizado a los que se habían rendido, condenado a muerte a sus caudillos, y destruido los sitios fortificados, se retiraban, dejando, por lo general, sólo un pequeño destacamento en el lugar, formado por algunos castellanos e indios aliados.<sup>[30]</sup>



En 1529, y a lo largo de varios meses, hasta principios de 1530, se formularon contra Pedro de Alvarado diversas acusaciones por parte de la Real Audiencia de México, que evaluaron no solo su actuación en la conquista de México, sino, sobre todo, en la de Guatemala. Diversos testimonios testificaron acerca de las numerosas crueldades cometidas por Alvarado contra localidades, en principio pacíficas, como Izquintepec, Aquitepaz, Nacintlan, Cuscatlan, Pazaco, Acatepec, Moquizalco o Yacaxocal, que habían sido injustamente atacadas, castigadas, quemadas y robados y esclavizados sus habitantes; en Utatlan, Alvarado ordenó, según los testimonios, «quemar vivos, atados en palos» a cinco señores por no darle más oro, aunque la acusación más grave fue provocar por su codicia y crueldad, además de haber tomado para sí la esposa de uno de los caciques principales, la rebelión general de los antiguos aliados cakchiqueles. Un testigo, Francisco Verdugo, aseguró haber oído decir que Alvarado, en la campaña de Tututepec, hizo «armar los tiros de fuego e poner a la boca quatro o cinco yndios, e fazía que pusiesen fuego a los dichos tiros e matava los dichos yndios que allí estavan con el dicho tiro». Otros, como Rodrigo de Castañeda, en busca de su exculpación, aseveró que Alvarado cuando ordenó quemar vivos a los reyes quichés de Utatlan lo hizo porque aquellos pretendieron engañar a la hueste hispana y la atrajeron a la ciudad para cercarla y matarlos a todos. El propio Alvarado se defendió de algunas acusaciones señalando que cuando se alzaron los cakchiqueles «nos dieron cruda guerra, e hizieron muchos [h]oyos, puestas en ellos varas hincadas las puntas arriba e cubiertos con tierra, e con yervas, donde cayeron muchos cavallos e murieron, e hirieron muchos cristianos», todas ellas circunstancias que acarreaban, habitualmente, la más dura contrarréplica hispana.<sup>[31]</sup>

En el juicio de residencia de Pedro de Alvarado de 1536-1538, aunque algunos testigos negaron los malos tratos a los indios en la conquista de Guatemala, otros dijeron justo lo contrario y con argumentos que se repiten en otras campañas. Gonzalo de Ovalle, alcalde ordinario de Santiago de Guatemala, señaló que «quemaban y quemaron <a> muchos señores y principales, por los amedrentar, para que sirvieran a sus amos y que, algunas veces, le parece a este testigo que convenía [se] hiciese, pero, no tanto como hacían [...]». En las comparecencias de 1537, Pedro Portocarrero señaló que Pedro de Alvarado al comprobar que estaba la tierra alzada y «le mataban españoles en la tierra y se le alzaban algunos pueblos, y, para pacificarlos, convenía amedrentar y castigar señores y principales y naturales de la tierra, para que sirviesen a sus amos [...] y por ser la gente indomable, convenía que

se castigasen [...]». Marcos Ruiz fue muy claro al responder acerca de lo ocurrido en la tierra de los chontales:

[...] los dichos Chontales ha muchos años que están de guerra [...] y que sabe, por lo que ha visto en otras partes, que es mucho castigo y escarmiento hacerse esclavos, y, con hacerse esclavos y hacelles guerra cruda, vienen de paz, y no por otra vía. Y por esta causa, y por aprovechar los compañeros que con él iban a la guerra y dicha conquista, haría los dichos esclavos.

Hernando de Illescas también nos aporta una información muy clara: en la provincia de Naco y de los Chontales

herró muchos esclavos [Alvarado], hombres y mujeres y muchachos, que se tomaban en la guerra, y que les mandó herrar porque le salieron de guerra en Tomala y en otras partes muchas, y mataron <a> un español y <a> otros indios amigos que iban a la dicha conquista, y a otros muchos hirieron y, por esto, y por atemorizarlos y por aprovechar los que con él iban, herró los dichos esclavos, porque si no hiciera esclavos no fuera nadie con él.<sup>[32]</sup>

En definitiva, no puede dudarse de la ferocidad de la conquista de Guatemala, tanto o más dura que la de los mexicas.

## **Bernal Díaz del Castillo y la pacificación de Chiapas, 1523-1524**

**B**ernal Díaz, al final de su prodigiosa crónica, se declaró veterano de 119 batallas, muchas más que el propio Julio César, que solo combatió en 53. Tras la conquista de México-Tenochtitlan y antes de embarcarse con el propio Cortés en su expedición a Las Hibueras y la costa de Honduras, alega su participación en tierras de Coatzacoalcos en sendas batallas en la provincia de Cimatlan, otras tantas en Chiapas y una en Chamula, además de otros dos encuentros con los indios zapotecas y mixes. Siempre bajo el mandato de Luis Marín.

Tras quejarse por la rebelión casi generalizada que se vivía en unas provincias repartidas en encomienda pero con escasa presencia hispana, el capitán Luis Marín acudió a Hernán Cortés en busca de ayuda para someter a los habitantes de Chiapas y, de paso, a las comarcas vecinas. El caudillo de Medellín les concedió 30 hombres mandados por Alonso de Grado, que se sumaron a la gente de Marín en Coatzacoalcos, y comenzaron a actuar, una vez unidos, en diciembre de 1523. Después de avanzar por caminos agrestes, la hueste alcanzó Tepuzuntlan y, poco después, Cachula de Chiapas. Pero era

un camino arduo y difícil. Además, la gente de Chiapas era extremadamente belicosa, nunca conquistada por los mexicas, al tiempo que tenía aterrorizados a sus vecinos zoques y quilenes. No solo robaban y asaltaban a dichos vecinos, sino que incursionaban hacia el sur, en dirección a Tehuantepec, para hacerse con los bienes transportados por los comerciantes de la órbita mexicana en su momento.

Una vez recogidos por las tierras de Cachula diversos españoles que en aquella zona estaban comisionados para demandar el tributo debido a los aborígenes, el capitán Luis Marín pudo hacer un alarde y conocer sus fuerzas reales, cuando la expedición se acercaba al objetivo, y se hallaron 27 jinetes en condiciones de pelear y otros 5 incapacitados, 15 ballesteros, 8 arcabuceros, una pieza de artillería bien abastecida de balas y pólvora y con su correspondiente artillero, que según él mismo había militado en Italia, aunque Bernal Díaz lo encontraba especialmente cobarde, además de informarnos de su origen africano, es decir mulato, 60 infantes armados de espada y rodela y unos 80 mexicas, aparte de algunos caciques de Cachula con sus hombres, que les llevaban el fardaje, también tildados de cobardes por Díaz del Castillo, por encontrarse en territorio de sus enemigos, los chiapanecas. Para entonces, Bernal Díaz ya era propietario de un caballo, pero en aquella campaña se lo llevaban de las riendas, porque él era uno de los cuatro exploradores de mayor experiencia que Marín enviaba por delante de la hueste para descubrir el camino.

El primer encuentro militar, tildado por Bernal Díaz de «gran batalla», ocurrió una vez alcanzada la localidad de Eztapa. Un grupo de guerreros chiapanecas, armados con arcos y flechas, tiradoras, hondas, lanzas más largas que las hispanas, así como con macanas y defendidos con *escaupiles* de algodón, se echó sobre ellos. Se peleó largas horas, hasta entrada la noche, y se hizo al enemigo 15 muertos y muchos heridos, que no podían levantarse del suelo, mientras que del lado hispano murieron dos hombres y quedaron heridos 13 de ellos. También se perdieron 4 caballos. El propio Luis Marín fue herido dos veces. Por otro lado, ¿por qué motivo aquella acción fue una «gran batalla» para Bernal Díaz? ¿Por su duración? ¿Por el encono con el que luchaba el enemigo? Nuestro cronista comentaba con cierta admiración, poco habitual al referirse a las habilidades bélicas de los aborígenes, «[...] que ni por ballestas ni lanzas ni escopetas ni aun estocadas no les podemos retraer ni apartar un paso atrás, tuvimoslos por buenos guerreros y osados en el pelear». En fin, ¿fue una «gran batalla» por el número de muertos? Aquí, Díaz del Castillo nos parece tremendamente verosímil: solo 15 caídos tuvo el enemigo,

cuando hemos visto que en la guerra de México se peleaba *a priori* con y contra ejércitos de decenas de miles de indios. Casi sin duda, son datos como el referido los que nos pueden permitir hacernos una idea más cabal de las cifras que emplean nuestros cronistas a la hora de historiar aquellas operaciones militares.

En cualquier caso, tras el aviso que significó el primer encuentro con los chiapanecas, esa misma noche se advirtió a los jinetes llegados hacía poco de Castilla que a partir de entonces debían luchar «hermanados» de cinco en cinco, es decir, entrar a los contrarios en grupos de cinco, para apoyarse unos a otros, manteniendo las lanzas terciadas y pasándolas por los rostros del enemigo, atropellándolos y rompiendo su formación, pero sin alancear, pues los chiapanecas podían tomar la lanza si el caballero alargaba el brazo y, tirando de ella, dar con el jinete en el suelo. De hecho, a pesar de las advertencias, cuatro de ellos al día siguiente acabaron de esa guisa, sobre todo uno, cuando seis o siete indios se lanzaron contra su caballo y lo abrazaron para intentar tirarlo al suelo, cosa que consiguieron con el caballero. Este acabó malherido y murió a los dos días. Para veteranos como Díaz del Castillo aquella era una vieja táctica de la caballería, que él mismo habría contemplado a menudo, aunque puesto en práctica mucho más tarde, cuando su economía le permitió disponer de caballo. La veteranía le hizo jactarse de su sapiencia en aquellas cuestiones aun a costa de sus nuevos compañeros. Pero las recompensas después de tantos años de peligros seguían siendo tan escasas que cuando escribió su crónica todavía hizo hincapié en lo poco que nadie podía discutirle.

Al levantarse el día, la hueste avanzó en escuadrón, con «el tiro puesto en orden, y el artillero bien apercebido de lo que había de hacer», cuando se encontraron con el ejército chiapaneca en formación de combate. Se terció la pelea, el artillero «cortado de miedo y temblando, ni supo tirar ni poner fuego al tiro; e ya que a poder de voces que le dábamos pegó fuego, hirió a tres de nuestros soldados, que no aprovechó cosa ninguna». Pocas veces se han descrito tan bien las limitaciones de la artillería. Porque, claro, si hay caballería, las nobles monturas, ¿qué podía hacer la modernidad en forma de artillería? Es obvio que mucho, pero es muy significativo, a nuestro entender, lo poco entusiasta de la misma que se muestra Bernal Díaz en esta ocasión en la que, no olvidemos, él mismo participaba montado en su caballo. Cuando se comenzó a luchar, los jinetes puestos en cuadrilla se echaron sobre los enemigos para romper su formación, mientras que los infantes, formando su escuadrón «porque no les desbaratasen [...] nos ayudaron muy bien».

Fijémonos. «Nos ayudaron» escribe Bernal Díaz, a nosotros, a la caballería, punta de lanza, y nunca mejor dicho, de la hueste indiana.

La existencia de unos pedregales impidió que la caballería hispana hostigase un largo trecho a los chiapanecas, que al poco regresaron con nuevas fuerzas y con una novedosa estrategia para enfrentarse a la caballería: portaban lazos y redes para derrocar a los caballos y tomarlos como hacían con los venados. Tras desbaratarlos por segunda vez ese día, el recuento de bajas dio como resultado dos soldados fenecidos, varios heridos, así como 5 caballos muertos y 10 heridos, que se curaron lo mejor posible. Del contrario, Díaz del Castillo vuelve al laconismo: «hallamos muertos donde tuvimos esta batalla muchos de ellos, y otros heridos [...]», quizá porque, para el cronista, tras narrar tantas batallas y encuentros, no era digno de mención un recuento más exhaustivo de las bajas del contrario y, ya de paso, tampoco de la ayuda prestada por los indios aliados en los combates. En cambio, en aquella acción sí sobresalió en el relato de Díaz del Castillo el hecho de acompañar a las fuerzas enemigas una anciana muy gruesa, una especie de adivina, que portaba un brasero y un sahumero, además de ídolos de piedra, con un porte muy especial, al estilo mexicana, todo su cuerpo pintado y con bolas de algodón pegadas. Sin importarle demasiado las consecuencias de sus actos, no dudó en meterse entre los indios aliados con sus encantamientos, hasta que, poco tiempo después, estos la despedazaron.

Aquella noche se acercaron al campamento hispano hasta 10 notables de la provincia de Jaltepec, esclavos de los chiapanecas desde hacía una docena de años, para pedir la libertad para volver a sus tierras a cambio de su colaboración militar. Las gentes de Jaltepec les dijeron que en las batallas tenidas hasta entonces los chiapanecas habían sufrido unas 120 bajas. Su colaboración iba a ser preciosa. Cuando el grupo hispano se dispuso a vadear un río que se interponía entre su campamento y la localidad de Chiapas, los contrarios les salieron al paso y les dispararon flechas, varas y les tiraron piedras, mataron a dos caballos y se ahogó un castellano, sin que sus compañeros pudiesen avanzar ni poco ni mucho, con casi todos heridos. En aquella tesitura tan dificultosa, las gentes de Jaltepec irrumpieron por la retaguardia de los chiapanecas, que intentaban evitar el vadeo del río por parte del grupo hispano, y los diezmaron. Después de atravesar la corriente fluvial, la hueste hispana se desplegó en formación de combate y atacó a los chiapanecas de tal modo que estos desampararon su ciudad. Para evitar un contraataque en una urbe de dificultosa defensa, con unas casas demasiado

juntas, por lo que la caballería no podía maniobrar, el grupo hispano pasó la noche fuera de la misma y con la vigilancia necesaria.

Tras permanecer cinco días en Chiapas, el capitán Luis Marín consiguió concertar la paz con los chiapanecas, para lo que utilizó a los seis caciques que habían sido capturados en la batallas pasadas y la promesa de no quemar la ciudad como se había hecho días atrás con un pueblo una vez comenzadas las hostilidades. De esta forma, no solo Chiapas se pacificó, sino que con ella lo hicieron otras muchas de la zona, como Cinacantan, Copanahuastlan, Pinola, Hueyhuiztlan y Chamula, aliviadas por ver derrocado el poder chiapaneca.

Cuando la misión parecía estar cumplida, un hecho vino a alterar la situación. Un soldado de la hueste de Luis Marín —Díaz del Castillo no quiso dar su nombre, pero gracias al testimonio del escribano Diego de Godoy sabemos que era Francisco de Medina—, se llevó consigo a 8 mexicas y fueron a Chamula, donde se les pidió oro en nombre del capitán castellano, supuestamente. Como a su juicio no recibió lo suficiente, el soldado tomó preso al cacique de la localidad. Entonces, los habitantes se levantaron, y con ellos sus vecinos de Hueyhuiztlan, pues querían matar al intruso. Cuando quedo enterado del suceso, el capitán Marín consiguió rescatar al inconsciente Medina, al que envió a ser juzgado a Ciudad de México. Con dicha medida se procuró sosegar y satisfacer a Chamula, pero no fue suficiente. Así, Luis Marín se vio obligado a organizar una acción contra esta urbe y se llevó consigo a 200 indios de Cinacantan e idéntica cantidad de Chiapa, que certificaba de ese modo su amistad.

Chamula contaba con unas sólidas defensas: una empalizada y una albarrada, así como con una honda cava que las rodeaba, con una subida muy fuerte hacia la parte más accesible que impedía el uso de los caballos. Marín los estacionó en el llano para impedir el arribo de posible ayuda a los de la ciudad. En los mamparos y almenas practicados en sus posiciones, dice Díaz del Castillo, hasta 2000 lanceros defendían la posición. Después de comprobar la dificultad de un ataque directo, se dieron órdenes de construir varios burros o mantas, unas defensas de madera que permitían guarecer hasta a 20 personas, que con picos y azadones procurarían abrirse camino en las defensas, mientras desde las empalizadas les lanzaban material ígneo y piedras. Tras muchos esfuerzos, consiguieron abrir dos brechas para poder entrar en la urbe, pero al hacerse de noche y comenzar a llover se suspendió la operación. Los de Chamula, que tuvieron 200 bajas el primer día, según el testimonio de Diego de Godoy, aprovecharon para huir y dejaron un retén de

tropas al cuidado de la albarrada. El propio Díaz del Castillo asegura que fue él quien se dio cuenta del engaño y que entró con otro soldado por una de las brechas para toparse con el retén de chamultecas, que estuvo a punto de matarlo si no llega a producirse la rápida intervención de otros soldados. En la persecución de los huidos, el cronista asegura que se atraparon 30 guerreros, además de mujeres y niños. Según Diego de Godoy se mató mucha gente aquel segundo día. Posteriormente, Luis Marín, que dejó libres a seis chamultecas y sus familias como gesto de buena voluntad, consiguió que la ciudad volviese a dar la paz y sus habitantes retornasen a la localidad.

Tras la pacificación de Chamula le tocó el turno a Hueyhuiztlan. Para aquella operación se demandó de nuevo ayuda a la gente de Cinacantan, que cedió 300 guerreros, porque había un alto número de heridos en la hueste, tanto castellanos como indios aliados. Los caminos estaban llenos de maderos y otros impedimentos para el paso, de modo que las cuatro leguas que separaban Chamula de Hueyhuiztlan resultaron un recorrido arduo. Tampoco iba a ser fácil *a priori* dominar la región, porque habrían de tomar tres pueblos construidos en alto a modo de fortaleza. Pero no resultó así, pues la resistencia duró apenas un día. Díaz del Castillo se limita a constatar que sus habitantes desampararon las defensas en poco tiempo y que ellos volvieron hacia Chiapa. Diego de Godoy se lamentó de que la campaña militar acabase con la muerte de «solo» 15 enemigos días más tarde en la provincia de Hueyhuiztlan, y algunos otros a quienes se dio muerte camino de Cinacantan, pues como este se hallaba en muy malas condiciones, «era lástima yr asy, porque tardó mucho la gente, que ya todos [los indios] eran ydos todos dexaron las armas que llevaban como [h]ombres que yvan perdidos».<sup>[33]</sup> Godoy, a decir de Díaz del Castillo, era un entrometido que, dadas las características personales de Alonso de Grado, más atento al beneficio personal que a cualquier otra consideración, hizo buenas migas con él, hasta que Luis Marín se vio obligado a tomarlos presos durante casi una semana y, poco después, le remitía Alonso de Grado a Cortés para que fuese juzgado. A Godoy lo terminó por perdonar.

La campaña acabó cuando la hueste avanzó en dirección a Tecomayacatl y Ateapan, ambas alzadas, y presentaron batalla mientras se vadeaba un río profundo. Allí, los indios hirieron a 6 soldados y mataron a 3 caballos, pero al no poder frenar a los hispanos, ellos mismos pusieron fuego a sus casas y huyeron. Los españoles se aposentaron en la zona, en la que estuvieron cinco días curando sus heridas y realizando entradas para obtener «muy buenas indias». Luis Marín les ofreció la paz a sus habitantes a cambio de los

prisioneros hechos, mientras Diego de Godoy solicitaba no su liberación, sino su venta como esclavos para cubrir el gasto de los tres caballos muertos, además de por su consideración de rebeldes, pues antes ya habían concedido la paz a los castellanos. Díaz del Castillo sostuvo la opinión contraria, «y sobre ello yo y el Godoy tuvimos grandes debates y palabras y aun cuchilladas, que entrambos salimos heridos, hasta que nos departieron y nos hicieron amigos». Luis Marín siguió el criterio de Díaz del Castillo.

Tras atravesar el territorio enemigo de Cimatlan, en Talatupan fueron atacados por indios flecheros desde unos andamios contruidos cerca de un monte, cuando les hirieron 20 soldados y mataron a 2 caballos. Después de atacarlos, los indios huyeron aprovechando unas ciénagas cercanas, impracticables. Se les solicitó, no obstante, su aceptación de la paz, pero no la quisieron aceptar. El cansancio hizo que se decidiesen por terminar la campaña y desde Talatupan regresaron a Coatzacoalcos, desde la que se había lanzado toda la operación. Con el oro obtenido, como era habitual, se pagaron los caballos perdidos en la campaña, 16 si mis cálculos no fallan.<sup>[34]</sup>

Algún tiempo más tarde, mandado por Rodrigo Rangel, Díaz del Castillo volvió a pelear contra Cimatlan y Talatupan con un contingente conformado por un centenar de españoles, entre infantes y jinetes, de ellos 26 arcabuceros y ballesteros. Los indios flecheros de aquellas tierras, más allá de las habitadas por los mayas chontales, ya pacificadas, bien parapetados detrás de sus grandes albarradas de maderos, pero con los oportunos pretiles para dispararles a placer, no tardaron en herir a 8 soldados y matar a 7 caballos. El propio Rangel, aquejado de sífilis, con grandes bubas en su cuerpo, recibió por ende un flechazo en un brazo. Para evitar más sorpresas, Rangel comisionó a Díaz del Castillo para que, con otros dos soldados hábiles en la guerra de indios y ayudados por un lebrél propiedad del capitán, se adelantasen para explorar la zona. Al alcanzar una de las primeras localidades sujetas a Cimatlan, que hallaron bien defendida, fueron recibidos con una rociada de flechas; tres españoles quedaron heridos y una flecha mató al lebrél. Díaz del Castillo asegura que si en la pasada campaña sus defensas de algodón le salvaron la vida, en esta ocasión volvieron a hacerlo, pues no menos de siete flechas fueron paradas por su escaupil. Dio orden nuestro cronista de que se adelantasen solo los escopeteros y los ballesteros, asistidos por los indios aliados y los restantes infantes castellanos, ya que los caballos debían quedar muy atrás, lejos de la acción, por no aprovechar en un terreno como aquel, lleno de ciénagas con arenas movedizas. Con los disparos certeros de escopetas y ballestas, los habitantes del lugar se retiraron de sus



defensas y abandonaron la localidad, en la que el grupo hispano se acomodó para pasar la noche. Aunque no estaban derrotados. Al día siguiente, el grupo hispano se dispuso a perseguirlos a pesar de las advertencias de los veteranos, que aconsejaron a Rangel desistir en la persecución de aquellos indios en campo abierto, puesto que los meterían en unas ciénagas, como, en efecto, ocurrió. Rangel fue, de hecho, el primero en quedar atrapado y pudo ser salvado *in extremis*. Varios hombres fueron heridos y muertos algunos caballos más, de suerte que, en un primer recuento, comprobaron que habían perdido 11 caballos y muerto 2 soldados castellanos. En esa tesitura, algunos infantes de los recién llegados de Castilla demandaron regresar a Coatzacoalcos dada la imposibilidad de seguir a los indios por las ciénagas. Solo la bravura de Díaz del Castillo consiguió convencerlos de seguir adelante y tomó él mismo el mando de vanguardia con los escopeteros y ballesteros, con Rangel en retaguardia con los caballos. Alcanzaron por fin Cimatlan, tras derrotar a sus defensores, pero solo una vez que sus habitantes la hubieron quemado. Se hicieron una quincena de prisioneros, mujeres y hombres, quienes, como era habitual, fueron encargados de solicitar la rendición de sus allegados a cambio de ser perdonados, pero los de Cimatlan huyeron entre aquellas ciénagas y no quisieron aceptarla. Por segunda vez tuvieron que retirarse. No todos los días se conquistaba México.<sup>[35]</sup>

### **La rebelión de Cristóbal de Olid y la expedición a las Hibueras, 1524-1526<sup>[36]</sup>**

**M**ientras Pedro de Alvarado y, sobre todo, Gonzalo de Sandoval parece que gozaron de la confianza de Hernán Cortés, no ocurrió lo mismo con Cristóbal de Olid. Elegido por Cortés como maestre de campo, su nombre va desapareciendo paulatinamente en los escritos del de Medellín, como si su aportación a la conquista de México-Tenochtitlan hubiese sido irrelevante. Quizá ello diga mucho del propio Olid, calificado por Pedro Mártir de Anglería como «hábil soldado y valiente capitán», a quien el caudillo extremeño por algún motivo, posibles celos o al intuir que Olid tenía madera de líder con iniciativa propia, había relegado a un papel menor en 1522 y 1523. O, sencillamente, son suposiciones falsas de Mártir de Anglería y todo lo ocurrido se debe al exceso de confianza de Cortés en otros oficiales. Sea como fuere, ya se ha señalado que Olid y Cortés comenzaron a tener

ciertas tiranteces entre ellos con la llegada del gobernador interino Cristóbal de Tapia, o por la actuación poco lucida de aquel en Michoacán y Colima.

El caso es que, como se refirió en páginas anteriores, el 11 de enero de 1524 se organizaba una expedición en dirección a la actual costa de Honduras. Según Díaz del Castillo, a Olid le acompañaban 370 infantes, de ellos un centenar de ballesteros y escopeteros, y 22 caballos, pocos, por eso había que comprar más en Cuba. Además, 5 conquistadores de la primera hornada siguieron a Olid, entre ellos Pedro de Briones, para entonces quejoso con Cortés, al igual que otros muchos miembros de la expedición, por el reparto del botín y la entrega de encomiendas. Si la expedición, como había sucedido en otras muchas oportunidades, fue una manera de alejar, en este caso de México-Tenochtitlan, a toda una nómina de personajes molestos que le tocó comandar a Olid, puesto que Sandoval o Alvarado no estaban disponibles, fue un error mayúsculo. Y se pagó muy caro.

Al llegar con su armada a La Habana, donde le esperaba un agente de Cortés, Alonso de Contreras, con vituallas compradas para el viaje, además de 14 o 16 caballos, Olid se puso en contacto con enemigos declarados del de Medellín, como el mismísimo Diego Velázquez y algunos de sus allegados, muchos de ellos participantes en la conquista de México. También es factible pensar que ya tuviera contactos previos con gentes cercanas a Velázquez en Nueva España y, al recalar en La Habana, miró de consolidar dichos contactos. El premio sería, para Olid, obtener los apoyos necesarios como para, tras rebelarse, tomar para sí la tierra que fuera a conquistar en la costa hondureña. Pues, al fin y al cabo, ¿Cortés no había hecho algo parecido?

Sea como fuere, tras pasar por Cuba, el 3 de mayo Olid desembarcó a unas 15 leguas de Puerto Caballos —hoy Puerto de Cortés—, en una especie de bahía señala Díaz del Castillo (¿la actual bahía de Tela?). Según este, Olid tomó posesión de la tierra en nombre del rey y de su gobernador general, Cortés, por no desenmascarar sus intenciones últimas con los fieles al de Medellín que estuviesen presentes, y por no precipitarse antes de saber si la región era rica en oro o no. Fundó Olid en la costa, como estaba pactado, una ciudad, Triunfo de la Cruz, pero en lugar de explorar aquellas aguas en busca del estrecho de la Especiería, es decir la vía marítima que llevase a la verdadera Asia, se dedicó a introducirse en el territorio en busca de minas de oro, hasta topar con la expedición de Gil González Dávila,<sup>[37]</sup> quien, desde Santo Domingo, llevaba un tiempo en aquellas tierras con idéntico propósito.

Cortés supo a su tiempo, gracias a Gonzalo de Salazar, nombrado en 1522 como factor para ayudar al de Medellín en el gobierno de Nueva España, que

se hallaba en Cuba por entonces, que Olid y Velázquez parecían estar confabulados y, al no recibir noticias de su oficial desde hacía meses, en junio de 1524 organizó una expedición compuesta por cinco navíos bien artillados, un centenar de hombres, entre ellos gente veterana y de su máxima confianza como Pedro Moreno Medrano, Juan Bello y Juan Núñez de Mercado, mandados por un pariente suyo recién llegado, Francisco de las Casas. Este último, al alcanzar la expedición que comandaba la bahía y el puerto de Triunfo de la Cruz, sufrió el ataque de dos de los barcos de Olid cuando intentaron impedir su desembarco. De las Casas se defendió desde unos bateles que lanzó al mar con disparos de falconetes, escopetas y ballestas. Con su artillería echó a pique uno de los barcos de Olid y le mató a cuatro hombres, no sin dejar heridos a varios más. Olid buscó hacer la paz con De las Casas para ganar tiempo, pues tenía a su gente dividida entre la costa y el interior, donde debía oponerse a la hueste de Gil González Dávila, ya que este también se sentía agredido al haber llegado intrusos a su gobernación de Golfo Dulce.

La fortuna sonrió de momento a Olid porque, esa misma noche, mientras el prudente De las Casas no quiso desembarcar sino al día siguiente en otra zona para avanzar por tierra contra el rebelde, un fuerte viento dio al través con sus navíos en tierra; embarrancaron todos, se ahogaron 30 hombres y los demás quedaron presos. En malas condiciones a causa del frío y del hambre pasados durante un par de días, Olid mantuvo preso solo a De las Casas, pero liberó a sus hombres a cambio de prestarle fidelidad y ayuda en caso de que Cortés fuese a buscarlo al territorio. También le fue favorable su enfrentamiento contra González Dávila, cuyos hombres estaban agotados y enfermos, aparte de ser pocos, a quien le mató algunos miembros de su hueste y un sobrino. Contento por tener a sus dos opositores controlados, Olid escribió con aquellas nuevas a Diego Velázquez y se introdujo en el interior del territorio, hasta alcanzar la localidad de Naco.

La rueda de la fortuna giró pronto en contra de Olid. Muy descuidado, teniendo en poco a sus prisioneros, no contó con que muchos de sus hombres eran adictos a Cortés, e incluso Briones, a quien envió a explorar el territorio, se alzó en su contra, una señal inequívoca del desconcierto o del descontrol imperantes. Como De las Casas y González Dávila podían circular con total libertad por Naco, se concertaron con los fieles a Cortés y, tras una cena, con unos abrecartas que habían afilado, apuñalaron a un descuidado Olid, que pudo huir momentáneamente. Pero al comprobar los vaivenes de la fortuna, nadie de los suyos movió un dedo para defender a Olid, quien, tras ser hecho

prisionero, fue ajusticiado en Naco por Orden de De las Casas y González Dávila. Ambos decidieron dejar a buena parte de su gente poblando en aquellas tierras, mientras ellos mismos se dirigieron a Nueva España a informar a Cortés de todo lo sucedido. Aunque, para entonces, el de Medellín ya había tomado la determinación de organizar una expedición para aclarar todo lo acontecido y, al mismo tiempo, participar en una nueva conquista. El propio interesado señala que tomó la decisión por saber de Olid y su gente, pero también «porque me pareció que ya había mucho tiempo que mi persona estaba ociosa y no hacía cosa nuevamente de que vuestra majestad se sirviese, a causa de la lesión de mi brazo, aunque no más libre de ella». Dicha circunstancia nos presenta a un Cortés como hombre más de acción que de gobierno, amante de las vivencias intensas y mucho menos del día a día de la gobernación de un territorio problemático.

En octubre de 1524 partía de México-Tenochtitlan en lo que fue el comienzo de un viaje terrorífico. A la manera de un gran señor, como explica con mucho detalle Díaz del Castillo, pues desplazaba consigo toda una corte que incluía músicos y saltimbanquis, pero también médicos, el de Medellín se dirigió a Coatzacoalcos con la excusa de terminar con una revuelta en aquella tierra, aunque su idea era avanzar hacia el sur por la costa hasta alcanzar Las Hibueras. Tuvo la prevención de llevarse consigo a buena parte de la élite mexica superviviente de sus conquistas, de manera significativa a Cuauhtémoc, Tetelepanquetzal y Coanacoch, además de a algunos señores tarascos, pero, asimismo,

dejé en esta ciudad todo recaudo de artillería y munición y gente que era necesaria y las atarazanas asimismo [a]bastecidas de artillería y los bergantines en ellas muy a punto, un alcaide y toda buena manera para la defensa de esta ciudad y aun para ofender a quien quisiesen.

El número de participantes fue importante: Cortés señala 93 jinetes, que con las segundas monturas alcanzaron los 150 caballos, pero apenas treinta y pocos infantes, si bien no contaba toda la gente de su séquito, que incluía una nómina de no menos de 21 de sus oficiales en la conquista de México. Díaz del Castillo eleva esa cifra a 250 hombres, de ellos 130 de a caballo, los demás escopeteros y ballesteros, pero, añade, sin incluir otros efectivos de los llegados de Castilla recientemente, que para el cronista eran gente bisoña para las operaciones en Indias. Además, según el cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, nada menos que 20 000 tetzcochanos acompañaron a Cortés en

esta expedición. Aunque estos no aparecen mencionados ni por el de Medellín, que alegó llevar 3000 mexicas y tarascos, ni por Díaz del Castillo.

En su *Quinta carta de relación* el caudillo extremeño aseguró que, al dirigirse hacia la localidad de Espiritu Santo, recibió noticias al llegar de varios señores de la zona de Tabasco y Xicalango acerca de las correrías cometidas por diversos grupos de españoles en toda aquella costa, desde Yucatán hacia la zona de gobierno de Pedrarias Dávila, que había alcanzado Nicaragua para entonces. Aquellos españoles

les hacían mucho daño; porque además de quemarles muchos pueblos y matarles alguna gente, por donde muchos se habían despoblado y huído la gente de ellos a los montes, recibían otro mayor daño los mercaderes y tratantes, porque a su causa se había perdido toda la contratación de aquella costa, que era mucha [...]

Esa fue la excusa que, a toro pasado, alegó Cortés para elegir el camino equivocado, el de la costa atlántica, hasta alcanzar Las Hibueras, pues se trataba de saber dónde se hallaban sus hombres, si había nuevas provincias por conquistar o pacificar y qué se podría hallar en aquellas tierras de provecho para el rey, en definitiva.

Cortés se hizo con todos los bastimentos que pudo conseguir con los 6000 pesos de oro gastados en dicha compra e hizo embarcar en una carabela las cuatro piezas de artillería que llevaba consigo, además de disponer que otros dos navíos se pusiesen a su servicio, todos los cuales debían alcanzar la desembocadura del río Grijalva, en Tabasco, mientras la hueste iniciaba su camino por tierra, pero con mucha dificultad por la enorme cantidad de ciénagas, además del gran número de ríos que vadear, que se localizaban en la ruta elegida. De hecho, para alcanzar Tonalá, el cruce del río Ayahualulco implicó la construcción de un puente de 934 pasos de largo, asevera el caudillo extremeño. Es más, solo en el tránsito de la provincia que llamó Cupilcon (Chontalpa), de unas 20 leguas de extensión, la hueste tuvo que atravesar medio centenar de corrientes de agua, en muchas de las cuales hubo de instalar puentes para hacerlo. Sin saberlo, Cortés había elegido la peor ruta posible con diferencia para alcanzar Honduras, en lugar de la de la costa del Pacífico que, a través de Oaxaca, Tehuantepec y Guatemala, arribaba igualmente. Ahora bien, como su primer interés era castigar a Olid, creyó no tener otra opción para llegar por tierra hasta el golfo de Honduras, en el Atlántico.

Una vez en ruta, con mucho trabajo, pues incluso se veían obligados a abrir camino, dado que los naturales se movían exclusivamente por los ríos,

Cortés precisó permanecer veinte días en Cihuatlan para reponerse, mientras buscaba contactar con los habitantes de la zona, los cuales solían huir, y esperar la llegada de más vituallas de los barcos apercebidos para ello, y que debían acercársela a Tabasco. De hecho, con la ayuda de los naturales, 50 canoas con maíz del que se había desembarcado en Tabasco le llegaron aquellos días. El esfuerzo para alcanzar la siguiente etapa, Chilapan, fue infinito e incluyó la construcción de otro puente de 300 pasos para atravesar una enorme ciénaga. El premio fue encontrar una localidad quemada y abandonada por sus habitantes, pero con bastimento. Lo mismo ocurrió hasta arribar a la siguiente, llamada Tepetitán. Para entonces, se habían ahogado dos esclavos africanos y se habían perdido algunos fardos, entre ellos uno con herraduras de recambio. La descripción del camino entre Chilapan y Tepetitán que nos dejó Cortés demuestra las terribles dificultades arrostradas:

[...] se pasaron muchas y grandes ciénagas, que de seis o siete leguas que había de camino hasta él [Tepetitán] no hubo una donde no fuesen los caballos hasta encima de las rodillas, y muchas veces hasta las orejas; en especial se pasó una muy mala, donde se hizo una puente, donde estuvo muy cerca de se ahogar dos o tres españoles;

y, por supuesto, lo hallaron despoblado y quemado, con muy pocos suministros.

La hueste tuvo que reposar otros seis días allá para reponerse, mientras Cortés enviaba un destacamento de 30 caballos y 30 peones en dirección a Iztapan, la siguiente localidad de la ruta trazada, con idea de no moverse de Tepetitán hasta conocer nuevas de ellos y del camino exacto que seguir y sus características. Aunque dos días después de salir el destacamento, el de Medellín se hubo de mover a causa de la falta de alimentos. Tras caminar otros dos días, medio perdidos por no disponer de guías adecuados, llegaron dos indios de los auxiliares del destacamento para informar de que habían entrado en Iztapan, con la novedad de, por hallarse en una zona tan poco accesible, haber logrado atrapar a algunos de sus habitantes, descuidados, antes de que se fugaran como el resto. Tampoco lo habían conseguido quemar del todo y Cortés y los suyos consiguieron reponerse al encontrar algo de comida. Tras dialogar con el señor de Iztapan, Cortés supo que todas aquellas localidades habían sido quemadas total o parcialmente por mandato del señor de Ziguatapan, de modo que el de Medellín se afanó por asegurarles a todos, ya que llevó consigo gentes de Chiapan y de Tepetitán, que no les causarían daño alguno si aceptaban la obediencia al rey y servirles a ellos. Para demostrarlo, puso en libertad a los auxiliares forzados que los seguían desde

las últimas jornadas, con algunos regalos y cartas por si algunos españoles pasaban más adelante por sus pueblos, que así conocerían su buen comportamiento y los tratarían, era de suponer, con deferencia. Por su parte, el señor de Iztapan reclamó a Cortés que se les devolvieran las 20 mujeres de la localidad capturadas por sus hombres, cosa que este hizo en el acto.

Para entonces, el hambre era el principal problema para casi toda la expedición. Informado de que se había hallado a un mexica de los del servicio comiendo carne de uno de los habitantes de la localidad muerto en la refriega tenida cuando el escuadrón entró en Iztapan, el de Medellín ordenó quemarlo en presencia de toda la hueste. Aunque Bernal Díaz nos proporciona otra versión: señala que diversos señores mexicas habían preparado incluso hornos, como se hacía en su tierra, en los que habrían cocinado a varios aborígenes de la zona, incluidos dos guías de los pueblos atravesados en jornadas previas. Conocedor del caso, Cortés los amonestó y les aseguró que los castigaría si el canibalismo volvía a repetirse. Incluso un padre franciscano presente en la expedición les predicó. Pero alguien debía sufrir las consecuencias de aquel acto y, como hemos visto, el de Medellín se contentó con quemar a un mexica para que pagase por todos los demás. Precisamente, la mesa del caudillo extremeño, y es de suponer que de sus más allegados también, estaba bien surtida, pues se había hecho acompañar por una piara de cerdos. Con su habitual astucia, hizo, al menos así lo refiere Bernal Díaz, que se los condujesen unos cuatro días de marcha por detrás de la expedición para evitar que su gente se abalanzara sobre ellos al primer conato de hambre. Aunque debería haber sido consciente, además, de la mala impresión que causaría entre los suyos. Con todo, Cortés se veía a sí mismo como un gran señor y actuaba como tal. Este asunto es un buen ejemplo.

La hueste permaneció ocho días en Iztapan, pero el caudillo no perdió el tiempo. Envió tres canoas con varios españoles por el sistema fluvial de la zona hasta alcanzar la desembocadura del río Grijalva, donde contactaron con las embarcaciones de apoyo que se habían aprestado para el viaje. El mensaje para transmitir fue que los navíos rodeasen la península de Yucatán y alcanzasen la bahía de la Asunción, por donde iría a salir Cortés y su gente. Más tarde, las canoas enviadas a la costa regresaron con bastimentos para asistir a la hueste en la provincia de Acallan, donde Cortés esperaba entrar en breve. Pero el camino volvió a ser infernal.

Acallan se encontraba a 40 leguas de espesa selva de distancia. Los habitantes de Iztapan solo sabían llegar remontando ríos, pero la hueste hispana tuvo que adentrarse de nuevo en un terreno de orografía hostil. La

descripción de Cortés es muy estremecedora: una vez alcanzado el siguiente pueblo, Tatahuitalpan, hallado asimismo deshabitado y quemado por sus gentes,

saliendo del pueblo di en una muy gran ciénaga, que dura más de media legua, y con mucha rama y yerba que los indios nuestros amigos en ella echaron, pudimos pasar, y luego dimos en un estero hondo donde fue necesario hacer una puente por donde pasase el fardaje y las sillas, y los caballos pasaron a nado; y pasado este estero, dimos en otra medio ciénaga, que dura bien una legua que nunca abaja a los caballos de la rodilla abajo, y muchas veces de las cinchas; pero con ser algo tierra debajo, pasamos sin peligro hasta llegar al monte, por el cual anduve dos días abriendo camino por donde señalaban aquellas guías, hasta tanto que dijeron que iban desatinados, que no sabían adonde iban; y era la montaña de tal calidad, que no se veía otra cosa sino donde se ponían los pies en el suelo, o mirando hacia arriba, la claridad del cielo, tanta era la espesura y alteza de los árboles, que aunque se subían en algunos, no podían descubrir un tiro de piedra.

Con su gente enfurecida por el hambre, el cansancio y la desesperanza, que hacían aflorar las primeras murmuraciones serias, según relata Díaz del Castillo, Cortés decidió emplear la brújula de un piloto miembro de la expedición, Pero López, y le encargó, fijándose en el plano dibujado por los indios en Coatzacoalcos, encontrar Ziguatapan. López fue acompañado, entre otros, por Bernal Díaz y se internó en la selva en dirección nordeste hasta atinar con dicha localidad, lo que les salvó la vida, pues si bien también estaba deshabitada y quemada hasta los cimientos, hallaron mucho maíz, yuca, ají y pasto para los caballos, que según Díaz del Castillo lograron recuperarse, no así varios españoles, muertos de hambre y cansancio, como muchos mexicas y tarascos, quienes, en palabras de este cronista, «caían malos y se quedaban en el camino como desesperados».

Tras lograr contactar con algunos de los habitantes de dicha ciudad, hallada en una laguna protegida por unas ciénagas, Cortés insistió una vez más en que todos serían bien tratados a cambio de obediencia y ayuda. La salida de Ziguatapan hacia Acallan fue muy traumática. Los naturales les presentaron dos posibles rutas, pero la del río fue descartada por su imposibilidad material, de ahí que se hubiese de avanzar por nuevos caminos no menos infernales. Tras volver a enviar avanzadillas para informar del terreno hallado, la tardanza de estas en regresar inutilizaba la posible comunicación que transmitir, pues Cortés necesitaba moverse mucho antes de recibir sus noticias por quedarse sin suministros donde se hallase siempre en muy breve plazo. Puesto en marcha una vez más el grupo, después de caminar tres días por espesas montañas, se encontró ante un terrible estero, es decir, con un terreno bajo pantanoso, de más de 500 pasos de ancho y 9 metros de



profundidad, pues Cortés lo sondó, que cerraba todo el camino. Ante la imposibilidad de volver atrás por la crecida de los ríos, que se habían llevado los puentes ya contruidos en su retaguardia, además del agotamiento de la gente y la falta de suministros, la única solución era construir otro puente para cruzar el estero, solo que con su gente periclitando de hambre. En cuatro días, los señores de indios, cada uno con sus cuadrillas, cortaron árboles y los transformaron en troncos de 14 a 16 metros, acabados en punta, que Cortés y los españoles, con varias canoas y dos balsas, se dedicaron a clavar en el fango para construir un paso viable para la hueste. Pero los castellanos murmuraban más que trabajaban, ante el progresivo enfado del caudillo de Medellín, quien, en su relato de los acontecimientos, asegura que el puente fue terminado por los indios aliados y él mismo.

Sea como fuere, no acabaron ahí sus desdichas, pues más allá del estero les esperaba una ciénaga de varios centenares de metros de largo que lograron cruzar con mucho esfuerzo, cortando ramas y poniendo palos bajo las patas de los caballos para facilitar su avance, medio nadando, y, si bien se salvaron todos, lo hicieron «tan trabajados y fatigados que casi no se podían tener en los pies». Pero tras el esfuerzo llegó el premio, pues poco después el grupo fue alcanzado por los españoles enviados por adelantado a la provincia de Acallan con 80 naturales cargados de maíz, aves y demás suministros, como frijoles, huevos y sal. Ahora bien, y como en otras ocasiones, la versión de lo acontecido según Bernal Díaz difiere bastante de la cortesiana. El propio cronista era uno de los encargados del transporte de aquellas provisiones tan necesarias cuando, muy cerca ya de donde se encontraba la hueste, fueron asaltados por los hambrientos componentes de la misma quienes, a pesar de los gritos de que se guardase comida para Cortés y los oficiales, no hicieron caso. Interrogado Díaz del Castillo por el caudillo extremeño acerca de lo ocurrido, este no dejó de señalarle que «le guarde Dios de la hambre, que no tiene ley». Hombre práctico, Bernal Díaz le sugirió que esperasen a la madrugada, cuando los hombres ya saciados durmiesen, para ir a buscar más alimentos, cosa que hizo en compañía de Gonzalo de Sandoval, tan hambriento como el que más, que ya no se fiaba de nada ni de nadie e insistió en ir en persona a buscar comida. El motín estuvo muy cerca de producirse de no acallarse el hambre de la gente en aquel momento, pues las alusiones a lo bien comidos, a base de puercos, que estaban Cortés y algunos otros surgieron sin ningún freno.

Llegados aquí, José Luis Martínez sostiene que si Cortés partió de México-Tenochtitlan con unos 3500 acompañantes, debió de haber muchos

fallecidos entre el personal menos cualificado para aquellas andanzas. De hecho, habían muerto tras cinco meses de padecimientos tres músicos que tocaban la chirimía, el volteador (o saltimbanqui), así como una docena de soldados, varios esclavos africanos y un sinnúmero de indios auxiliares, como se verá. En cambio, solo tres castellanos habían desertado, pues prefirieron desandar el camino a seguir a Cortés en el suyo. Antonio de Herrera es el único en citar el caso de uno de los músicos, un tal Medrano, natural de Toledo, que afirmó que se había alimentado de los sesos de otro músico, un tal Medina, sevillano y tañedor de sacabuche, así como del hígado y los sesos de Bernaldo Caldera y un sobrino suyo, también músicos, fallecidos por hambre, todo ello sin contar la ingesta de culebras, lagartos y otros muchos animales, incluso desconocidos para ellos. Cortés no debió de enterarse, es de suponer, en aquel momento, porque, de lo contrario, Medrano hubiese tenido problemas.

Una vez más en marcha, y tras rodear otra gran ciénaga, al poco llegaron a la primera localidad de dicha provincia, Tizatépetl, en la que consiguieron abastecerse mejor que en otros lugares tanto la hueste como sus caballos. Descansaron seis días antes de alcanzar el siguiente pueblo, a cinco leguas de distancia, Teutiercas, también habitado por todas sus gentes, pues la buena pedagogía hecha por Cortés en aquel territorio parecía dar buenos frutos. No obstante, el de Medellín mantuvo su política de despojar los templos aborígenes de sus ídolos y comenzar, aunque fuese por breves días, los primeros intentos de evangelización de sus habitantes. Una vez contactado el hijo del cacique del lugar, este recibió como recompensa por hacer que su gente les abriese un camino hasta la siguiente localidad, Izancánac, poder entrar en la misma montado en uno de los caballos de Cortés. En ese momento, de nuevo bien abastecido, el de Medellín señala que el cacique de la zona

dióme muy larga cuenta de los españoles que iba a buscar, e hízome una figura en un paño del camino que había de llevar. Y dióme cierto oro y mujeres, sin yo pedir ninguna cosa, porque hasta hoy ninguna cosa he pedido a los señores de estas partes si ellos no me lo quisieron dar.

Díaz del Castillo especifica que Cortés envió a Diego de Mazariegos, un familiar del tesorero Alonso de Estrada, uno de los funcionarios que habían quedado en México-Tenochtitlan para gobernarla en su ausencia, en búsqueda de suministros, pero, al carecer de experiencia en asuntos de Indias, el propio cronista lo acompañó. Fueron ellos y los indios auxiliares de la zona, unos 80,

quienes llevaron de vuelta 100 canoas con maíz y otras vituallas, gallinas, miel, sal, así como a 10 indias foráneas esclavizadas en aquellas tierras. Pero una vez pasados los diversos enclaves, lo habitual era que la gente se desvaneciera y la expedición apenas pudiera contar con un puñado de guías para seguir avanzando por aquella región.

Justo entonces tuvo lugar un hecho fundamental. A finales de febrero de 1525, un mexica, Mexicalcingo, seguramente un agente del de Medellín, habría advertido a Cortés de que los señores mexicas que le acompañaban en la expedición, a saber: Cuauhtémoc, Coanacoch, Tetelepanquetzal y un cuarto señor, llamado por el de Medellín Tacitecle, habían estado confabulando para alzarse en armas, para aprovechar el momento de hallarse Cortés lejos de México y debilitada su gente por la terrible marcha. Aunque no solo mataron a los castellanos de aquella hueste, sino también a los de Cristóbal de Olid y, más tarde, regresando sobre sus pasos, fueron haciendo lo propio en todas las ciudades donde habitaban españoles, hasta su total exterminio, controlando al mismo tiempo todos los puertos y diezmando a cualquiera que osara desembarcar en aquellas costas. Es decir, de alguna forma, llevaron por fin a cabo algo que debería haber hecho Moctezuma II en 1518-1519. Habían aprendido. Pero también fue tarde para ellos, porque no pudieron controlar la delación. Al interrogarlos por separado, Cortés se convenció de la culpabilidad de Cuauhtémoc y de Tetelepanquetzal y los mandó ahorcar, mientras dejaba libres, pero con el miedo en el cuerpo, a los otros dos inculpados. En la versión de Díaz del Castillo, fueron dos los delatores mexicas de los restantes confabulados, si bien Cuauhtémoc siempre se confesó inocente. El cronista añade: «Y fue esta muerte que le dieron muy injustamente, y pareció mal a todos los que íbamos». Pero según una versión local, el llamado *Manuscrito Chontal*, el señor de Acallan, Paxbolonacha, llamado por Cortés Apaspolon, fue quien delató a Cuauhtémoc cuando este le propuso que matasen a los españoles. En esta lectura de los hechos, tras ser bautizado, a Cuauhtémoc le cortaron la cabeza, que fue clavada en una ceiba frente al templo del pueblo de Yaxdzan. Por último, según la versión del cronista Alva Ixtlilxóchitl, no hubo tal confabulación, sino un hablar por hablar de los señores mexicas en vista de cómo habían discurrido sus vidas en el pasado y la situación en la que se hallaban. Pero estas conversaciones, sacadas de contexto, fueron utilizadas por Cortés para deshacerse de un personaje embarazoso como Cuauhtémoc. No tuvo que ser una situación cómoda para el caudillo extremeño, que tal vez se dejó llevar por el riesgo de que los auxiliares en efecto se levantasen contra los castellanos, cuando todos

ellos adolecían de hambre, cansancio y enfermedad. El propio Cortés, según Díaz del Castillo, «pareció ser que de noche no reposaba de pensar en ello [...]». Incluso el de Medellín sufrió un accidente, pues una de aquellas noches de insomnio, paseando en su vigilia perdió el pie y, al hallarse aposentado en un adoratorio, se precipitó unos tres metros y quedó descalabrado. Otra herida importante de las varias que tuvo en su vida.

Tras salir de Acallan, la siguiente etapa llevó a la hueste cortesiana por las tierras del Petén en dirección a la provincia de Mazatlan (o Quiatleo, en la lengua de la zona). Era el 5 de marzo de 1525. Una vez más, fueron avanzando, solo que en esta ocasión por monte cerrado, pero sin ríos ni ciénagas, hasta toparse con una población muy bien fortificada, con una doble albarrada de maderos gruesos, con torres y troneras y un foso por delante de ellas, con unas peñas muy altas como protección por un lado y por el otro una ciénaga. Hallaron la localidad abandonada, aunque encontraron buenos suministros. Les dio que pensar localizar una especie de armería con pequeñas lanzas y flechas. Al explorar la zona en busca de sus habitantes, no los encontraron. Pero, al poco, 15 naturales se acercaron en canoas por la ciénaga. Eran los principales, los cuales solicitaron la amistad de Cortés y, sobre todo, que no les quemase sus defensas, construidas para oponerse a sus enemigos lacandones, que les habían destruido en el pasado otros pueblos. Por ello, habían fortificado tan bien aquel.

Las gentes de la provincia de Mazatlan colindaban con las de Itzá. Le ofrecieron guías a Cortés y algunas noticias de los españoles que se hallaban más adelante. De esa forma, pudo despedir a los auxiliares de Acallan con algunos obsequios y las mujeres que los suyos habían tomado de aquí y de allá en sus tierras. En el camino continuaron hallando pueblos abandonados, pero a menudo lograban contactar con ciertos pobladores y algunas fuentes de alimentos: venados, pescados, iguanas, además de maíz. Al acercarse al lago de Petén, donde se encontraba la principal ciudad de la zona, Tayasal, sus corredores de campo descubrieron a uno de sus habitantes, que había descendido de una canoa. En una de las muy escasas menciones de Cortés acerca del uso de los perros, en esta ocasión reconoce que el nativo se les hubiera escapado sino fuera «por un perro que tenían, que le alcanzó antes que se echase al agua».

Cortés, después de contactar con varios habitantes de la ciudad llegados en sus canoas, quiso pasar con ellos a la urbe, no sin hacerse acompañar por una treintena de ballesteros. Pudo hablar con el señor de Tayasal, Canek, que le hizo saber que, algunos años antes, unos mercaderes de Tabasco le dieron

cuenta de la lucha mantenida con un grupo de hombres desconocidos para ellos. Cuando Cortés le explicó que él mismo era su comandante se sintió interesado, o amedrentado, pues Malinche, que acompañaba, cómo no, a Cortés en este viaje, aunque ya fuese la esposa de Juan Jaramillo, le habló largo y tendido a Canek acerca de las conquistas cortesianas. Según Díaz del Castillo, este les puso al corriente de la existencia de dos villas donde vivían españoles en las provincias vecinas: Naco, situada en el interior, y Nito, localizada en la costa. En ese momento, Cortés creyó que Olid había dividido a su gente en dos grupos, sin sospechar la existencia de la colonia de González Dávila y, mucho menos, del ajusticiamiento de su antiguo subordinado. Para reforzar su posición, y dado que en un oratorio de una localidad dejada a sus espaldas habían hallado un bonete y una alpargata de un español, el de Medellín decidió cederle un caballo herido a Canek para que lo cuidara, con la advertencia de que regresarían para recogerlo, aunque no lo hicieron. De esa forma, pensaba, su retaguardia quedaría algo más asegurada.

Cuando echaron a andar en dirección a la siguiente localidad, Checan, a los tres días descubrieron, siempre según Díaz del Castillo, la huida de un esclavo africano, dos indios auxiliares y tres españoles, que prefirieron la duda de Tayasal a la certidumbre de seguir padeciendo en aquella tierra tan inhóspita. El cronista asegura que se puso muy enfermo a causa de las tremendas temperaturas, propias de aquellos lares, a las que siguió una lluvia torrencial durante tres días consecutivos. Antes de llegar a Checan el camino fue óptimo y Cortés escribió que por seis leguas fue «muy buena tierra, llana y alegre, sin monte, sino algunos pedazos». Aunque, poco después, las cosas cambiaron. Tras avanzar más allá de Checan, vinieron Taica y Taxuytel, donde los caminos se volvieron infernales, pues tuvieron que subir algunos puertos tan agrestes que los caballos perdieron las herraduras. Cortés llevaba consigo dos herreros y otros diez de sus hombres los ayudaban, pero tardaron más de un día en poner herraduras nuevas a todos los equinos. Mientras, el de Medellín con parte del grupo se iba adelantando, a veces dos y tres leguas, para ver qué les deparaba el camino. Por ejemplo, antes de entrar en Taica, los ríos iban desbordados por las lluvias mencionadas. Tardaron tres días en construir un puente para atravesar la corriente que daba paso a la localidad. En ese lapso, no solo los indios huyeron, sino que se llevaron toda su comida. Por suerte, Cortés confió en Bernal Díaz y otros cinco veteranos para que la buscasen una vez más. Y la hallaron a varias leguas de distancia, una vez atravesadas unas ciénagas. Tras informarle, el caudillo extremeño les envió 1000 mexicas para el transporte de todo el maíz y otras legumbres, además de

gallinas de Indias que habían hallado. Porfiando en la búsqueda de alimentos, en una segunda jornada se necesitaron 30 castellanos y medio millar de indios auxiliares para transportar toda la comida. Al final, pudieron reponerse durante cinco días en Taica. Pero, tras adelantar camino, más allá de Taxuytel, otra vez la desgracia se cebó con la expedición.

Una vez superado Taxuytel, el grupo de Cortés debió afrontar el paso por un puerto que destrozó la hueste. Le aseguraba a Carlos I, para que se hiciese cargo del asunto,

cómo en ocho leguas que tuvo este puerto estuvimos en las andar doce días, digo los postreros en llegar al cabo de él, en que murieron sesenta y ocho caballos despeñados y desjarretados, y todos los demás vinieron heridos y tan lastimados, que no pensamos aprovecharnos de ninguno, y así murieron de las heridas y del trabajo de aquel puerto sesenta y ocho caballos, y los que escaparon estuvieron más de tres meses en tornar en sí. En todo este tiempo que pasamos este puerto jamás cesó de llover de noche y de día, y eran las sierras de tal calidad, que no se detenía en ellas agua para poder beber, y padecíamos mucha necesidad de sed, y los más de los caballos murieron por esta falta y si no fuera porque de los ranchos y chozas que cada noche hacíamos para nos meter, que de ellos cogíamos agua en calderas y otras vasijas, que como llovía tanto había para nosotros y los caballos, fuera imposible de escapar ningún hombre ni caballos de aquellas sierras.

Tras escapar de semejante experiencia les esperaban otras no menos peligrosas. Antes de alcanzar Tenciz, donde llegaron el 15 de abril de 1525, es decir, seis meses después de salir de México-Tenochtitlan, hubieron de atravesar un río muy caudaloso. Enviaron los caballos más abajo, donde la corriente no fuese tan viva, y los hombres atravesaron por un paso muy angosto, entre grandes peñas, que enlazaron mediante grandes troncos y cuerdas, y había veinte pasos dificultosos, en todos los cuales un resbalón acabaría con la persona cayendo a un río de aguas violentas. Tardaron dos días en cruzarlo. Hubo miembros de la expedición que tardaron tres días en llegar a la citada localidad, tan desmayados iban, pues «había diez días que no comíamos sino cuescos de palmas y palmitos, y aun de éstos se comían pocos, porque no traíamos ya fuerzas para cortarlos», escribió el de Medellín.

En las últimas jornadas atravesaron varias localidades más: Acucula, Chianteca y Taniha las nominó el caudillo extremeño, todas ellas con el denominador común de las dificultades del camino, atravesando ríos constantemente, en los que se iban ahogando algunos caballos, y, lo peor de todo, se quedaron sin guías, pues Cortés quiso despedir a los que habían servido muy bien desde Itzá, pero los de aquellas comarcas huían todos a la menor oportunidad. De modo que, muy cerca ya de su objetivo, durante ocho días se hallaron perdidos y enviaron diversos contingentes a buscar el camino

más adecuado por aquellos contornos. Tras alcanzar Chianteca, donde tampoco había ni comida ni habitantes, por suerte hallaron a un indio joven que les guio hasta Taniha. Allí encontraron dos mujeres de Nito, que les informaron de la presencia de españoles en su localidad originaria, pues «como los saltearon de noche, las habían tomado entre otras muchas que allí tomaron y que habían servido a ciertos cristianos de ellos, los cuales nombraban por sus nombres», aseveró el de Medellín.

Cortés envió un destacamento de 15 hombres al mando de Gonzalo de Sandoval, en el que se incluyó a Bernal Díaz del Castillo, a explorar una ruta que, dos días más tarde, les llevó hasta la siguiente localidad, Ocoliztle, situada en la costa del golfo de Honduras. Si lo lograron fue porque consiguieron atrapar a varios indios que pescaban en un río y los obligaron a hacerles de guías. En Ocoliztle contactaron con un grupo de españoles, 60 hombres y 20 mujeres señala el de Medellín, que se alegraron muchísimo al reencontrarse con compatriotas, «porque, demás de ser pocos y desarmados y sin caballos, estaban muy enfermos y llagados y muertos de hambre, porque se les acababan los bastimentos que habían traído de las islas y alguno que habían habido en aquel pueblo», escribió el caudillo extremeño. Allí supo que Cristóbal de Olid había sido degollado hacía meses. Sin mostrar mayor sentimiento de inutilidad de aquel terrible viaje en su informe a Carlos I, Cortés se dedicó a buscar comida en toda la zona, mientras la expedición alcanzaba la localidad de Nito, donde encontraron más españoles y, al menos, uno de los barcos de Gil González Dávila varado. Puso a su gente a calafatearlo. Por entonces, se comieron los últimos cerdos supervivientes del viaje. Toda una proeza, pues habían sido arreados desde Coatzacoalcos. Una vez más, aunque en plena desgracia, la suerte sonrió al de Medellín, pues al poco llegaba un navío de Cuba cargado de bastimentos —más de 70 puercos, 12 botas de carne salada y 30 cargas de pan de cazabe— que compró a su capitán, Antón de Carmona, de fiado por 4000 pesos de oro. Con Carmona llegaban 30 hombres y 13 caballos de fresco, que el de Medellín incorporó a su hueste. Según Bernal Díaz, los españoles de la zona, aparte de los llegados con Cortés, al poder comer por primera vez en muchos meses hasta hartarse sufrieron las consecuencias: en diversos momentos, hasta 21 personas murieron por los excesos gástricos cometidos. También se ahogaron varios caballos y un español, Gaspar Tarifa, al atravesar los últimos ríos. Otro de ellos, Pedro Solís, apodado «casquete», que perdió un caballo, no cesaba de bramar contra Cortés y su maldito viaje.

Una vez repuestos en la costa, el de Medellín se dedicó a explorar el interior de aquella tierra durante 26 días, puntualiza Díaz del Castillo, para intentar encontrar nuevos suministros. Los halló en una localidad denominada Cinacantencintle, pero al capturar varias personas para que les ayudasen como guías y sirvientes, a pesar de los intentos de Malinche de explicarles sus intenciones, las gentes del lugar les atacaron con flechas, jabalinas y piedras mientras intentaban escapar río abajo hacia Nito, pues los de Cortés habían improvisado unos bateles, balsas y canoas para subir unas 10 leguas río arriba. El propio caudillo fue malherido en la cara, así como otros 12 de sus soldados —el de Medellín se había llevado consigo 30 castellanos, 8 marineros del barco de Carmona y 50 mexicas, aparte de Malinche—, además el caudillo extremeño padeció paludismo, pues Díaz del Castillo hizo mención de la cantidad de mosquitos que había y el propio Cortés escribió que padeció de fiebres —«yo me quité la celada que llevaba e me recosté sobre la mano, porque iba con gran calentura»—. La entrada resultó un pequeño desastre, pues si bien se capturaron 15 hombres y una veintena de mujeres, dejaron muertos a 10 o 12 de sus habitantes, de modo que no hallaron, a la larga, mayor colaboración. De hecho, al alcanzar una pequeña ciudad maya, se alarmaron en extremo, pues eran muy pocos y estaban físicamente agotados. Cortés escribe:

[...] con mi gente junta salí a una gran plaza donde ellos tenían sus mezquitas y oratorios, y como vimos las mezquitas y los aposentos alrededor dellas a la forma y manera de Culúa, púsonos más espanto del que traíamos, porque hasta allí, después que pasamos de Acullan [Acallan], no las habíamos visto de aquella manera.

El caudillo impuso su criterio de no abandonar la ciudad, de la que no supo el nombre, aquella noche, a pesar de los ruegos de sus hombres, pues temía más una reacción del contrario si interpretaba su retirada como huida. Acertó. Permaneció allí dieciocho días descansando y reponiéndose con los muchos bastimentos hallados, sobre todo maíz, cacao, frijoles, ají, sal, pero también gallinas, faisanes, perdices y pequeños perros, todos ellos criados en jaulas. Los habitantes del lugar se negaron a aparecer y al esperarlos 20 leguas de camino hasta la costa, Cortés improvisó unas balsas para intentar navegar río abajo hasta desembocar en el golfo de Honduras de nuevo, aunque un pequeño contingente lo envió por tierra hacia el mar. Cargados de bastimentos, los indios de la zona los acecharon en el río y los dejaron a casi todos ellos heridos de consideración, incluso Cortés recibió una nueva pedrada en la cabeza. Pero lograron su objetivo, aunque no sin que una parte



de la comida se mojase. Tres días más tarde de su arribo a la costa, llegó Sandoval con su gente, pues él era quien comandaba aquel grupo. Informó de la muerte de un español al haber comido unas yerbas que resultaron venenosas. Díaz del Castillo explica el asunto: el cronista comandaba una pequeña escuadra de la que formaba parte el soldado fallecido, un tinerfeño de origen genovés. Los hombres, agotados, abandonaron su cuerpo. Al reencontrarse con Sandoval y explicar el asunto, este hizo que volvieran y le dieran cristiana sepultura. Entre los efectos del difunto hallaron una memoria escrita con su genealogía, documento que se le envió a la familia en Tenerife. Una situación que dice mucho de Sandoval y del propio Díaz del Castillo, que no ocultó el hecho, sino que lo explicó con detalle.

Como se ha señalado, la idea del de Medellín era obtener todos los suministros posibles para, una vez arreglado el bergantín de González Dávila, más el barco llegado de Cuba, navegar hasta Puerto Caballos, donde le constaba que había españoles, esperar allá a Gonzalo de Sandoval, que se dirigiría mientras tanto a Naco para apaciguar aquellas tierras, alborotadas desde la llegada de los hispanos, y, posteriormente, alcanzar por tierra Puerto Caballos. Dicho y hecho. Alcanzada dicha localidad costera, Cortés se encontró con que Sandoval y los suyos hacía dos días que habían llegado. Tras informarse de la situación en Naco, decidió refundarla como ciudad española, con el nombre de Natividad, y acabó por dejar en ella medio centenar de hombres, entre ellos 20 jinetes y cierto número de ballesteros, con alguna pieza de artillería y pólvora. Hecho esto, después de reposar veinte días en Puerto Caballos, en busca de más comida y otros suministros, se embarcó con los impedidos y enfermos y, tras varios días de navegación por la costa de Honduras en dirección este, llegaron al puerto de Trujillo, donde aún se encontraba parte de la gente que había arribado allá con su pariente, Francisco de las Casas, muchos meses atrás. En Trujillo supo a ciencia cierta lo ocurrido con Cristóbal de Olid. Sus habitantes estaban desesperados, pues una vez partidos De las Casas y González Dávila hacia Nueva España para informar a Cortés en persona, ya que en su gobernación pensaban que lo hallarían, el capitán al mando del contingente que quedó en Trujillo tomó el único barco disponible y se marchó a Cuba con la mitad de la gente, por lo que quedó allá medio centenar de expedicionarios, pero sin armas ni suministros apenas, a merced de los indios. Por ello, el de Medellín los había salvado al llegar.

Mientras tanto, Sandoval y el resto de la gente alcanzaron por fin Trujillo después de la oportuna caminata. Allá encontraron a un Cortés casi

desfigurado por las dificultades arrostradas las últimas semanas. La descripción de Díaz del Castillo es notable: «Y estaba tan flaco que hobimos mancilla de le ver; porque segund supimos había estado a punto de muerte de calenturas y tristezas que en sí tenía». Y eso que aún desconocía qué había ocurrido en México-Tenochtitlan en su ausencia. El caudillo extremeño optó aquellos días por enviar tres embarcaciones con las que contaba a diversos destinos, tanto para desembarcar a aquellos, sobre todo enfermos, que no deseaban o no podían permanecer en Honduras, así como para comprar suministros de todo tipo y remitírselos a Trujillo. Uno de los barcos, al mando de Juan de Ávalos, primo de Cortés, debía alcanzar Nueva España con cartas suyas que explicaban el viaje a Las Hibueras. Pero el barco naufragó y todos sus tripulantes y pasajeros, Ávalos incluido, menos 15 que consiguieron tomar tierra en Cuba, se ahogaron. Las otras dos embarcaciones, que debían alcanzar Jamaica y La Española para comprar suministros, caballos y armas, alcanzaron el puerto cubano de Trinidad, donde hallaron a Alonso de Zuazo y le explicaron lo acontecido.

Así, las primeras informaciones de lo acontecido en Nueva España le llegaron a Cortés desde Cuba a través, precisamente, de Alonso de Zuazo. El caudillo extremeño lo nombró en su momento alcalde de México-Tenochtitlan y justicia mayor de Nueva España. Zuazo le escribió una carta al de Medellín que oportunamente le llevó un mercader de Cuba, el cual navegó hasta Trujillo con la esperanza de vender su carga en aquellas costas. Zuazo se hallaba desterrado en la isla caribeña desde mayo de 1525, pues el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Pero Almíndez Chirinos se habían apoderado del gobierno. No solo expulsaron de México a los restantes responsables de la administración —el tesorero Alonso de Estrada y el contador Rodrigo de Albornoz, quienes, de hecho, renunciaron a sus cargos en julio de 1525—, sino que habían ordenado ajusticiar a Rodrigo de Paz, otro familiar del caudillo extremeño, que cuidaba de los bienes del gobernador general en su ausencia. El motivo: el tesoro oculto de Cortés, aparte que De Paz le había ganado jugando a los naipes y a los dados 18 000 o 20 000 pesos de oro a Chirinos. De Paz fue torturado con el trato de cuerda y le hicieron ingerir grandes cantidades de agua y le quemaron los pies con aceite hirviendo. Fue conducido a la horca desnudo y montando en un asno. Es decir, la parafernalia completa para denigrar a la persona antes de quitarle la vida. Además, Salazar y Chirinos propagaron de manera interesada la falsa noticia de la muerte del de Medellín a partir de algunos rumores que circulaban en todo el territorio. El culpable involuntario fue Diego de Ordaz. Procurador de

Cortés en la Península de mayo de 1521 hasta octubre de 1525, al regresar a Nueva España y no encontrar al gobernador general, fue a buscarlo a la costa de Coatzacoalcos. En una carabela recorría el litoral, cuando a la altura de Xicalango le notificaron la muerte de algunos españoles. Creyó que se trataba de Cortés, cuando, en realidad, era el grupo de Simón de Cuenca, que tenía órdenes de aquel de enviarle suministros cuando pasase más allá de la península del Yucatán hacia la costa de Las Hibueras, como ha quedado explicado páginas atrás. Como vemos, no llegó a poder hacerlo. Ordaz escribió a México-Tenochtitlan aquellas falsas noticias de buena fe y se dirigió a Cuba para comprar ganado. No supo el daño que involuntariamente causó.

Cuando, en su momento, llegaron a la capital de la Nueva España Gil González Dávila y Francisco de las Casas procedentes de Honduras, Salazar y Chirinos los apresaron acusándolos de la muerte de Olid. Incluso les incoaron un proceso, pero, por suerte, consiguieron que los enviaran a Castilla para ser juzgados allí. A principios de 1526, Salazar y Chirinos, confiados en su poder, pues se habían hecho nombrar tenientes de gobernador por el cabildo de la Ciudad de México, llegaron a apoderarse de los bienes del «difunto» Cortés y cargaron con nuevos tributos a los indios. Estos ya protagonizaron un conato de rebelión a comienzos de 1525, que fue cortado de raíz, por cierto, por Zuazo, quien, en el ejercicio de su cargo, cuando aún lo tenía, «hizo muy rigurosos castigos y aperreó á muchos, haciéndoles comer vivos a canes», informa Fernández de Oviedo.<sup>[38]</sup> En resumen, Salazar y Chirinos habían obtenido merced a sus malas artes todo aquello por lo que Cortés y los suyos tan arduamente habían peleado.

Como era habitual en él, el caudillo extremeño, una vez digerido el impacto inicial de aquellas terribles informaciones, tomó una rápida decisión: debía regresar a Nueva España cuanto antes, pero la consumación fue mucho más lenta, pues tenían que llegarle más naves para embarcar a toda su gente en Trujillo. Por otro lado, decidió enviar a parte de su contingente por tierra, al mando de Gonzalo de Sandoval, que debería pasar de Naco a la ciudad de Guatemala, donde calculaba que se encontraba Pedro de Alvarado, y desde allá, por el camino del Pacífico, alcanzar México-Tenochtitlan con toda la gente que pudiesen llevar. Al final, Cortés solo pudo abandonar Trujillo con tres bergantines el 25 de abril de 1526 y, tras pasar por Cuba, alcanzó Veracruz el 24 de mayo. El 19 de junio arribó, por fin, a la gran urbe conquistada por él un quinquenio atrás. Todavía la gente enviada por tierra al mando de Sandoval, que al final tuvo que afrontar otra misión, fue conducida

por Luis Marín y alcanzaron México-Tenochtitlan en septiembre de 1526, tras encontrarse en Guatemala con Pedro de Alvarado y su hueste, muy impacientados por la falta de noticias acerca de Cortés. Entre ellos regresaba Bernal Díaz, que certificó que llegaron «muy destrozados», aparte que del medio millar de hombres, entre españoles e indios, que partieron de Honduras apenas arribaron 80. Gonzalo de Sandoval, también llegado por entonces a la antigua capital mexicana, envió a su amigo Bernal Díaz algunas ropas, oro y cacao para poder comprar lo que necesitase, mientras el cronista se alojaba en la casa de Andrés de Tapia.

Cortés no debió de intervenir contra Salazar y Chirinos, pues sus amigos y deudos reaccionaron contra la tiranía de ambos. Estrada y Albornoz, con el apoyo de Martín Dorantes, que había llegado en secreto a México-Tenochtitlan a finales de enero de 1526 con la noticia de que el gobernador general seguía vivo, se alzaron contra los usurpadores del poder y consiguieron apresar a Salazar y Chirinos. Ambos fueron metidos en sendas jaulas, al estilo mexicana, entre febrero y marzo de 1526. Más tarde, salieron de aquellas prisiones. La nueva etapa de gobierno de Hernán Cortés se vio alterada cuando el 2 de julio de 1526 el juez Luis Ponce de León llegó a la capital de Nueva España para iniciar el primer juicio de residencia del caudillo extremeño. Ello significaba que el de Medellín debía dejar de ejercer su gobierno. Pero Ponce de León murió el 20 de julio, no sin antes designar como gobernador interino a Marcos de Aguilar. En realidad, Cortés no quiso reasumir sus cargos sin que antes se aclarasen totalmente sus actuaciones. Tras el marasmo político sucedido en su ausencia, o a causa de su discutible viaje más bien, querría actuar con pies de plomo.

Aquellas semanas, Cortés se afanó en redactar su *Quinta carta de relación*, que firmaba el 3 de septiembre en México-Tenochtitlan. Al final de la misma informaba a Carlos I de que en Zacatula tenía tres navíos acabados, a falta de terminar de armarlos de artillería y municiones, con los que él mismo se mostraba dispuesto a

descubrir por aquí toda la Especería y otras islas, si hobiere arca de Maluco y Malaca y la China, y aun de dar tal orden que vuestra majestad, no haya la Especería por vía de rescate, como la ha el rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como a su rey y señor y señor natural [...]

Con el mismo empeño había enviado gente a poblar la desembocadura del río Tabasco, o Grijalva, por ser un lugar muy adecuado para el descanso de los navíos que surcasen aquellas costas, cuyas provincias terminó de

pacificar, pues cuando alguna nave había dado al través, sus tripulantes acabaron asesinados. También planificó conquistar la tierra de los zapotecas, donde se había fracasado ya en dos ocasiones, atacándoles en esta ocasión por tres partes con otros tantos contingentes. No solo era por la riqueza de sus minas, sino también por terminar con sus reiterados ataques a los territorios aledaños ya pacificados. Otra iniciativa iba a ser poblar en el río Palmas, más allá de Pánuco, en dirección a Florida, por tener informaciones veraces acerca de la existencia de un buen puerto y de ser la tierra óptima para colonizar. Pero no se acababan con ellas sus inquietudes, pues también ofrecía nuevas de la posibilidad de extenderse desde Michoacán hacia el norte, toda vez que

hay cierta gente y población que llaman Chichimecas; son gentes muy bárbaras y no de tanta razón como estas provincias; también envió agora sesenta de caballo y docientos peones, con muchos de los naturales nuestros amigos, a saber el secreto de aquella provincia y gentes.

Cortés no se paraba en barras y le escribía a Carlos I que si los chichimecas aceptaban cristianizarse y la presencia civilizadora hispana, perfecto, pero que si demostraban ser unos simples bárbaros, como sus informes preliminares señalaban, entonces se les haría la guerra a sangre y fuego y se los vendería como esclavos. No podía saber, en aquellos momentos, que el futuro argentífero del virreinato de Nueva España se encontraba en las tierras chichimecas. Y, por último, tras tener conocimiento por la expedición de su pariente, Francisco Cortés, que avanzase más allá de Colima, de la existencia de buenas tierras y noticias de un gran río, se propuso enviarlo de nuevo al mando de un grupo más nutrido de gente para conocer mejor todas las riquezas que pudiesen reportar aquellos vastos parajes. En definitiva, la expansión territorial, ya fuese por el Pacífico, ya fuese por el Atlántico en dirección a Florida, o ya fuese por el interior del país, estaba en marcha. Las posibilidades parecían infinitas. Cortés había hecho su parte, y había gastado toda su hacienda sirviendo al rey. No esperaba nada a cambio, sino seguir sirviendo como debía. Pero su estrella empezaba a declinar y lo sabía, quizá.<sup>[39]</sup> El viaje a Las Hibueras fue un terrible error. No se lo iban a perdonar. Tenía demasiados enemigos. Lo extraño, en un personaje de su talla y de su trayectoria, es que no los hubiera tenido.

## Epílogo

Es muy significativo que el mismo día que Cortés firmó su último informe al monarca, la *Quinta carta de relación*, el 3 de septiembre de 1526, el gobernador interino, Marcos de Aguilar, obligase al caudillo extremeño a renunciar a sus cargos de capitán general y repartidor de encomiendas de indios. Tras el deceso de Aguilar, en marzo de 1527, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Estrada lo sustituyeron como gobernadores interinos, pero el segundo se deshizo rápido de Sandoval y, desde agosto, gobernó en solitario. En septiembre de 1527, Estrada llegó a desterrar a Cortés de Ciudad de México y se vio obligado a residir los meses siguientes en Coyohuacan, Tetzco y Tlaxcala. Solo en abril de 1528, Carlos I reclamó la presencia del conquistador en España y, en consecuencia, partió este de Veracruz casi de inmediato. Gonzalo de Sandoval le acompañó. Desembarcaron en Palos a finales de mayo, donde Sandoval murió asesinado en un intento de robo. Un final extrañamente inadecuado para un hombre de su trayectoria. En julio, Carlos I y Hernán Cortés se entrevistaron por primera vez. Y si bien en enero de 1529 se iniciaron los interrogatorios a los testigos en su juicio de residencia —ordenado por el rey ya en primavera de 1528—, lo cierto es que a lo largo de ese año el de Medellín se halló muy cerca del primer Habsburgo —viajó a Zaragoza en abril con el monarca; lo despidió en julio en Barcelona cuando Carlos I partió hacia Italia—, además de contraer matrimonio, también en abril de 1529, con doña Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar. Por fin, el 6 de julio de 1529, Cortés recibió su recompensa: el título de marqués del Valle de Oaxaca y un nuevo nombramiento como capitán general de Nueva España y del mar del Sur, una merced de 23 000 indios, vasallos propios, y un estado que comprendía 22 pueblos, además de numerosas tierras en Ciudad de México y sus alrededores. Mientras, las pesquisas judiciales acerca de las andanzas indianas de Cortés siguieron su curso; de hecho, fueron una especie

de pesadilla judicial que todavía coleaban en 1545, si bien puede decirse que el juicio de residencia del marqués del Valle, como fue conocido desde la década de 1530, quedó en nada.

Cortés triunfó de pleno en la vida y se enriqueció. Aunque constantemente hiciese mención de los muchos dineros gastados en otras tantas expediciones, el propio interesado cifraba en 1522 su fortuna entre 400 000 y 500 000 pesos de oro, cifra que, sin duda, se redujo a causa de los muchos gastos habidos en la terrible expedición a Honduras de 1524 a 1526. No obstante, es factible pensar que en esos años sus rentas alcanzasen los 85 000 castellanos anuales, sin olvidar la merced real otorgada en 1529. Así, en el momento de su muerte, el 3 de diciembre de 1547, la renta del marquesado del Valle sería de unos 24 000 ducados al año, aunque el interesado residiese ya en España desde 1540. Por otro lado, en el momento de fallecer Cortés en Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla, adonde se había retirado, las rentas de las casas que poseía en México le proporcionaban otros 4000 ducados anuales. No obstante, la sensación final de la vida del extraordinario caudillo fue la de hallarse sumido en muchas dificultades, incluidas las económicas.

Cortés siguió gastando mucho dinero: quizá 150 000 pesos en 1529-1530 para anular la Primera Audiencia de Nueva España, presidida por Nuño Beltrán de Guzmán, y el juicio de residencia que tenía lugar por entonces. Y, sobre todo, gastó mucho tras su regreso a Nueva España en 1530, donde llegó a mediados de julio. Algo más de un año más tarde, el último de septiembre de 1531, el marqués del Valle recibió permiso para construir una armada y explorar el mar del Sur. De hecho, en grupos de dos naves, envió expediciones a finales de junio de 1532 y a finales de octubre de 1533. Ambas fueron un fracaso y se perdieron barcos y tripulaciones. El 15 de abril de 1535 partió la tercera expedición, de tres barcos, desde Chametla, en el estado actual de Sinaloa. Cortés en persona viajó hasta la zona con los hombres destinados a embarcarse. Su propósito iba a ser explorar lo que se denominó la península de Baja California. Ese mismo año se creaba el primer virreinato americano, el de Nueva España, y a don Antonio de Mendoza le cupo el honor de ser el primer titular del mismo. La tercera expedición, en la que se embarcó Cortés, regresó a Acapulco en abril de 1536. Por entonces, remitió ayuda militar —dos naves al mando de Hernando de Grijalva con hombres, armas y municiones— a los Pizarro: al gobernador Francisco Pizarro, sitiado en Lima, así como a sus hermanos, Hernando, Gonzalo y Juan, sitiados a su vez en Cuzco por las fuerzas de Manco Inca. Tras intentar algunas transacciones comerciales con la inauguración de una ruta comercial con Perú

y comprar minas de plata en Sultepec, a principios de junio de 1539 Cortés organizó la cuarta y última expedición protagonizada por tres barcos, uno de los cuales se perdió, mandado por Francisco de Ulloa, el cual exploró las costas del golfo de California y la parte externa de la península de Baja California. Pero desde el verano de ese año, el virrey Mendoza se inmiscuyó en las exploraciones y negocios de Cortés en Tehuantepec, donde el de Medellín tenía su astillero. Por ello, para protestar ante ese agravio de sus derechos, el caudillo extremeño decidió personarse ante el monarca y viajó de nuevo a la Península en diciembre de 1539 o bien ya en enero de 1540. Ese último año se le comunicó la imposibilidad de regresar a Nueva España hasta que concluyese su juicio de residencia. En cambio, sí se le permitió estar presente en la campaña de Argel de 1541, un verdadero fiasco militar, como sabemos, en el que Cortés no fue invitado a participar en el consejo de guerra. Todavía el de Medellín pudo entrevistarse con Carlos I en Monzón, donde aquel celebraba cortes (de la Corona de Aragón), y comenzó a quejarse amargamente de su suerte en las llamadas cartas de agravios. La segunda la escribió en 1543. Al año siguiente se instaló en Valladolid y remitió una tercera y última misiva de quejas al monarca. También solicitó al Consejo de Indias que se desistiese en su juicio de residencia en vista de los servicios realizados y siguió pleiteando acerca de este asunto en 1545. En 1546 recaló en Madrid por breve plazo, para pasar a residir en Sevilla en septiembre de ese mismo año. A finales de agosto de 1547 empeñó su vajilla y parte de su mobiliario por 6000 ducados para poder mantenerse y en octubre se trasladó a Castilleja de la Cuesta, donde falleció a primeros de diciembre.<sup>[1]</sup> Al menos, murió en su cama. Algo que no pudieron decir ni Olid, ni Sandoval o Pedro de Alvarado —muerto en la llamada guerra del Mixtón a manos de los chichimecas en Nochistlan en 1541— o, incluso, Cuauhtémoc, Moctezuma II o Xicotécatl. Por cierto, Bernal Díaz también murió en la suya, ya nonagenario, en 1584.

A Cortés le vinieron mal dadas desde 1524. Tal peregrinación por Castilla, por ejemplo, desde su postrera llegada en 1540 demuestra muy a las claras la decadencia del personaje. El virrey Mendoza consiguió que se le impidiese el retorno a Nueva España, donde siempre fue un sujeto difícil de manejar, y con su oscura participación en la campaña de Argel por un lado se le honraba pero, por otro, se le denigraba al no tener voz entre aquellos que formaban el consejo de guerra de la misma, como se ha señalado. Sus gastos en armadas en Nueva España a lo largo de la década de 1530, que evaluó en 240 000 ducados, fue un dinero perdido. También se podría decir que el



caudillo extremeño no tomó ni una sola buena decisión, de entre las trascendentes, desde 1524. Parece como si la suerte del jugador, y Cortés hemos visto que lo era, le hubiese abandonado desde entonces. Aunque no era culpa suya en exclusiva. En el momento en que Carlos I optó por instaurar un virreinato en Nueva España sin concedérselo a Hernán Cortés, su suerte pareció estar ya decidida. El posterior encono del de Medellín con Antonio de Mendoza no hizo otra cosa sino perjudicar la imagen del caudillo extremeño en la corte. El Consejo de Indias desechó en 1543 cualquier posibilidad que hubiese tenido Cortés de perjudicar al primer virrey novohispano con sus alegaciones. Tampoco pudo departir nunca más con el monarca, pues este se embarcó ese último año hacia Italia y no regresó a la Península hasta 1556, es decir, dos años antes de su muerte en Yuste. Fue, quizá, un final demasiado triste e hiriente para un personaje del recorrido de Hernán Cortés.

Pero muchos de sus contemporáneos fueron muy conscientes de su trascendencia. «Porque hay tanto que decir de sus proezas y ánimo invencible, que de solo ello se podría hacer un gran libro», escribió fray Toribio de Benavente en su *Historia de los indios de la Nueva España*. Cortés siempre se presentó a sí mismo como el instrumento que permitió la llegada de la verdadera religión a las tierras por él conquistadas para su señor, Carlos I. La providencia divina fue el gran recurso invocado por todos los europeos, ya fuesen católicos o protestantes, tanto en sus guerras como en sus expansiones territoriales.<sup>[2]</sup> Y Hernán Cortés no iba a ser menos. Como señala con gran acierto Brian Bosworth, los autores de la Antigüedad clásica proporcionaron a personajes destacados como el caudillo extremeño doctrinas adecuadas de superioridad racial —y religiosa, añadido—, que podían ser, por tanto, reforzadas por apelaciones a la divinidad.<sup>[3]</sup> Pero, sin pretender ni mucho menos menospreciar los esfuerzos de Cortés y los suyos en pos de la dominación del universo mexica, lo cierto es que el de Medellín cometió muchos errores o, en todo caso, su aventura militar estuvo en un tris de convertirse en un desastre. No siempre tomó las mejores decisiones en el ámbito puramente militar, como Bernal Díaz del Castillo se apresuró a comentar, sobre todo en diversos momentos de las campañas preparatorias del sitio de México-Tenochtitlan, entre enero y mayo de 1521. La propia Noche Triste se puede calificar de gran desastre, aunque ninguno de ellos estuvo a la altura del viaje a Honduras de 1524 a 1526. En ese asunto, al que podríamos calificar como Triste Viaje, la figura de Cortés deja mucho que desear, siempre bajo el prisma implacable de Díaz del Castillo. El gran héroe se nos transforma en un caudillo vulgar, perdedor, un perfecto desconocido para

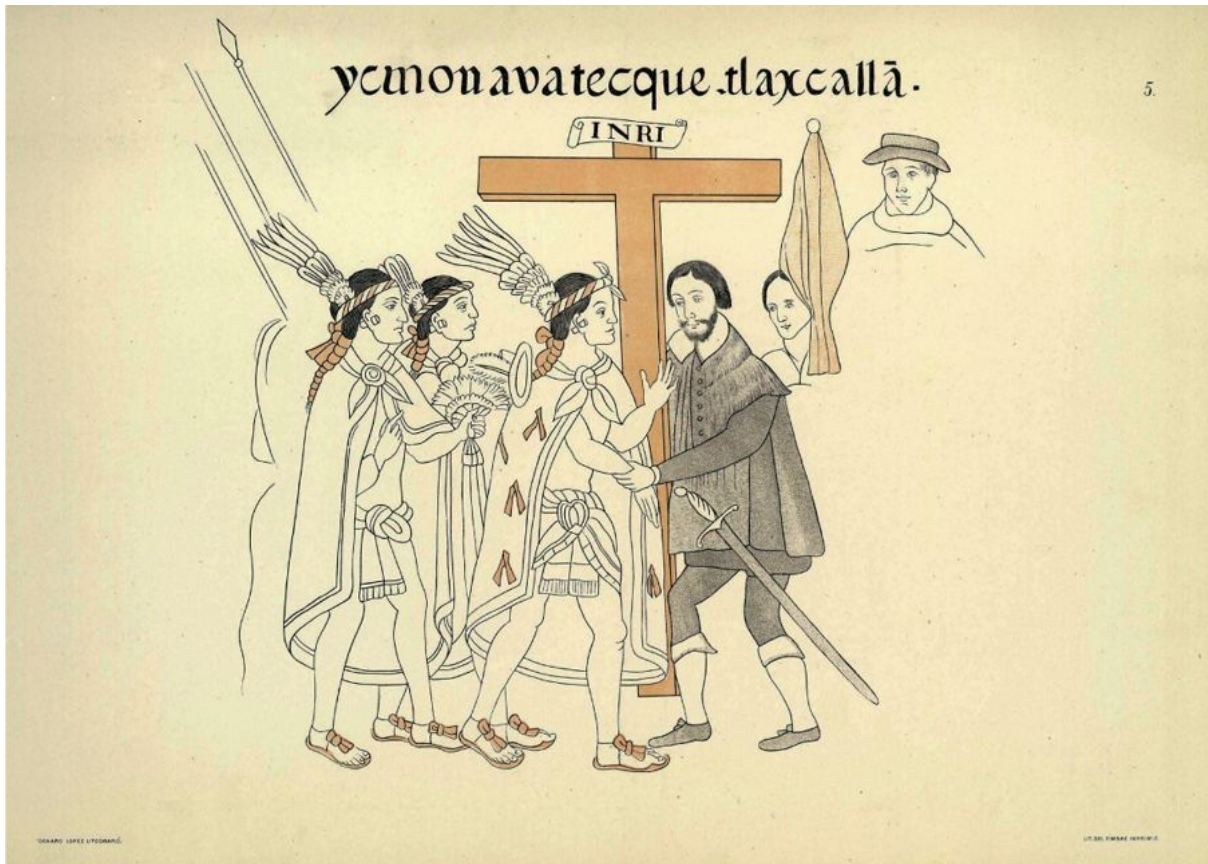
nosotros, incluso asimilable a trayectorias como la de Pánfilo de Narváez, que acabó por morir en 1528 en tierras de la Florida Occidental en pleno fracaso. Parecería como si la divina Providencia, a la altura de 1524, comenzase a darle de lado al de Medellín, pues sus pecados ya eran muchos para entonces. Quizá demasiados. La soberbia de Cortés no solo le costó muy cara a los indios auxiliares, unos 3000 mexicas como mínimo, que le acompañaron en tan azaroso viaje por la peor ruta posible, la más difícil y desafiante, pues el caudillo extremeño apenas reaccionaba si cualquier empresa que principiaba no tenía un tono adecuadamente épico, sino que estuvo a punto de acabar con todos los españoles participantes y con él mismo. Nunca puso a tantos de los suyos en semejante peligro por tan poco.

En definitiva, Hernán Cortés cometió muchos errores a lo largo de su dilatada trayectoria, pero nadie puede negarle el genio militar, la capacidad organizativa y logística, un ejercicio del liderazgo y un carisma superlativos, sin olvidar su uso del terror y de la violencia extrema cuando fue insoslayable, como para poder domeñar con los medios a su alcance, en el fondo tan limitados, una gran formación estatal aborigen de la Mesoamérica del siglo XVI como lo fue el Imperio mexica. Pero, al menos para este autor, siempre quedará la duda de reconocer en Hernán Cortés al constructor —o al inventor como diría Juan Miralles— de México, o, más bien, al aniquilador de una civilización.

## Galería de láminas



1. Cortés sale de Iztacmaxtitlan, junto con 300 guerreros nativos, hacia Tlaxcala. Llega a Iliyocan, identificada con el rótulo de la parte superior. En el centro, el árbol representa la población y las huellas de herradura la llegada de los caballeros. Cortés, un guerrero totalmente armado y otro solo con rodela van a caballo, con varias lanzas detrás. Malinche está de pie al lado de Cortés, que le señala a los indios. Lleva el cabello suelto y el traje maya, con vistosas cenefas y un gran manto blanco con bordados, así como calzado a la europea.



2. Cortés llega a Tlaxcala y coloca una gran cruz en el sitio donde ha sido recibido por los señores de la ciudad. Detrás de la cruz están Malinche y fray Bartolomé de Olmedo, con un estandarte. A tal recepción alude la leyenda de la parte superior: *Ictmonavatecque-Tlaxcalla* («Ya se abrazaron en Tlaxcala»). Los señores de Tlaxcala resistieron la adopción del cristianismo, pero al fin lo aceptaron.

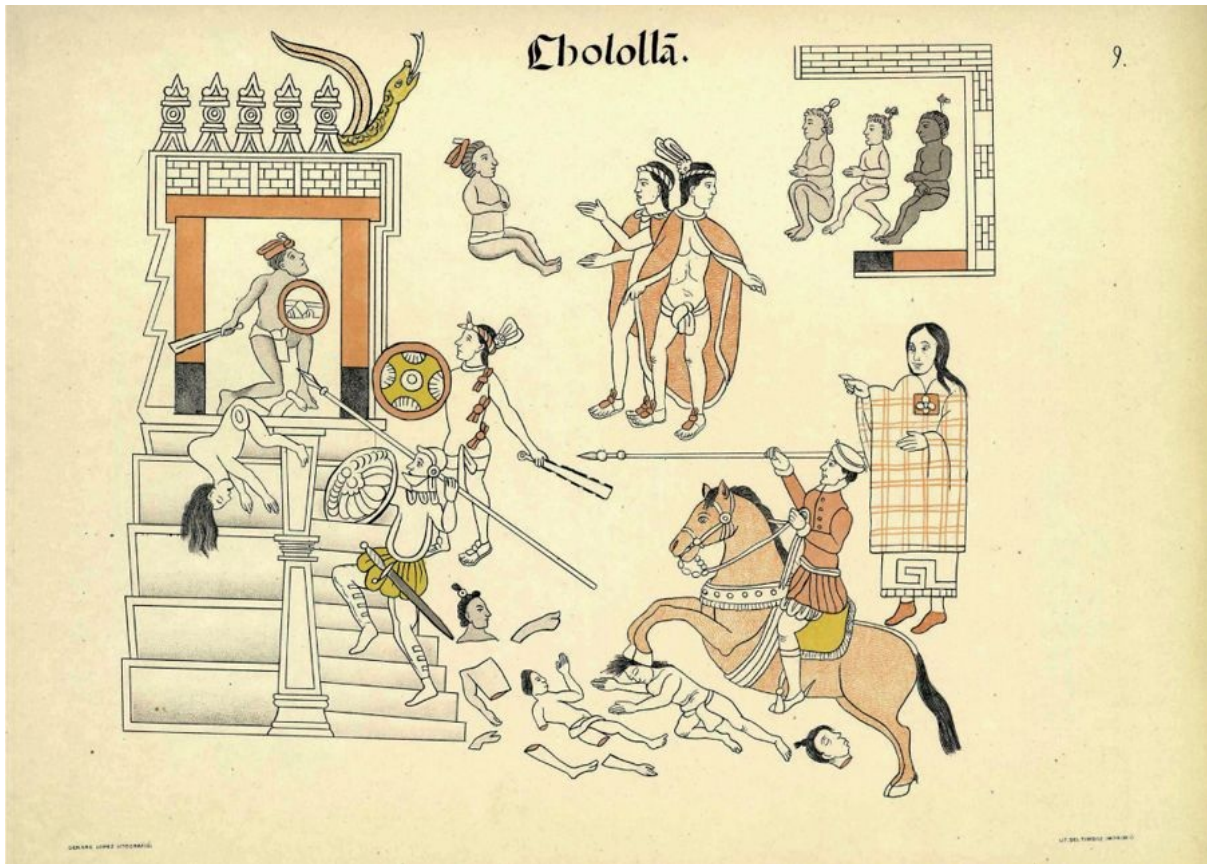




3. Cortés y Marina se alojan en el palacio de Xicotencatl, representado por la figura de la casa grande. La leyenda de la parte superior reza: *Quitlalquamacaque* («Le dieron comida»), como se ve en la parte inferior; dos indios entregan a un escudero de Cortés un gran obsequio de varios alimentos.



4. La lámina representa el interior de la casa que habitaba Cortés. La leyenda dice: *Yemoquayatequique tlatoque* («Ya se bautizaron»). El clérigo Díaz bautiza a Xicoténcatl y a los otros tres señores que esperan detrás de él. Arriba, aparece la Virgen que había llevado Cortés, quien, sentado en una silla, sostiene un crucifijo. Detrás de él están Malinche y sus soldados y, al otro lado, tres capitanes españoles, uno con una vela, y tres mancebos indios.



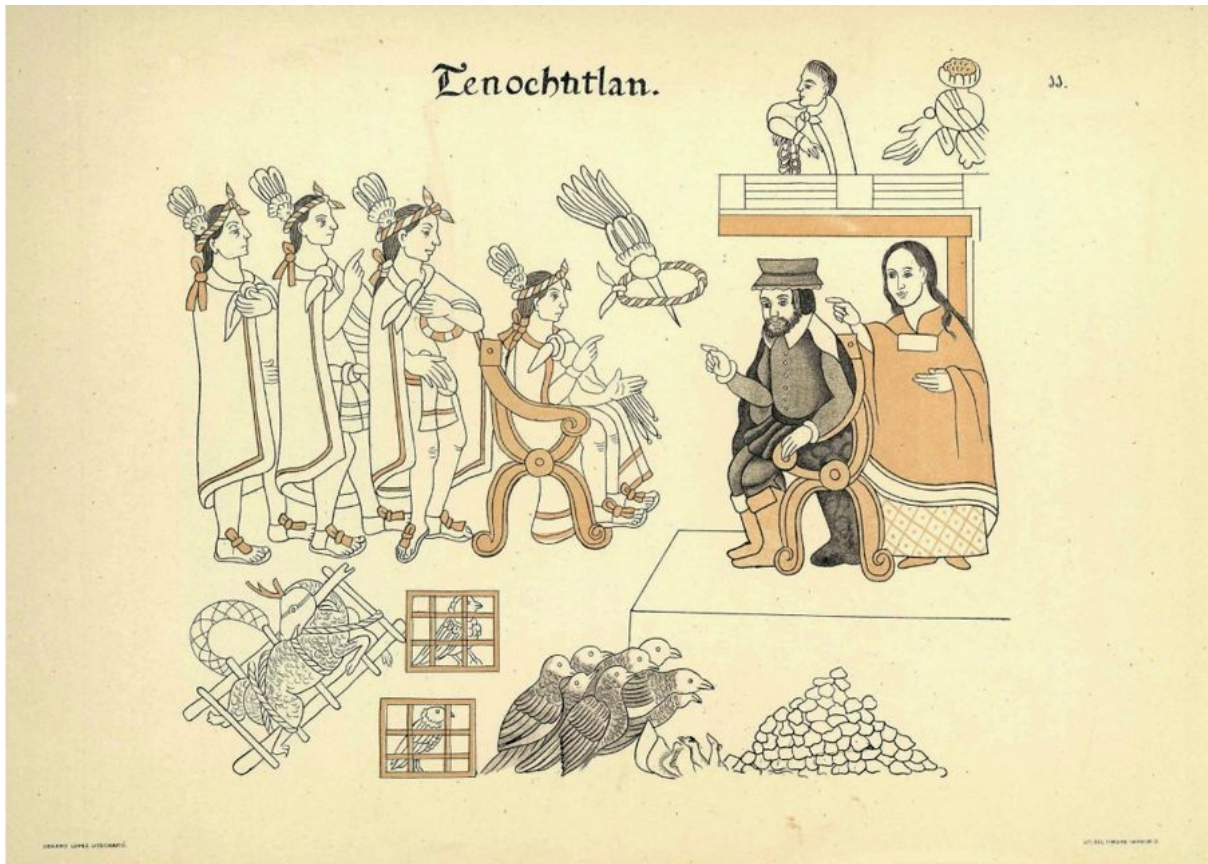
5. Cortés ha marchado hacia Cholula, cuya matanza representa la lámina. La gran pirámide de cinco pisos sostiene el templo de Quetzalcoatl y arriba a la derecha se ve el palacio de los tres jefes sacerdotes, que habían convenido destruir el ejército de Cortés. El sacerdote de la izquierda habla con dos tlaxcaltecas: es quien descubrió la conspiración. Uno de los tlaxcaltecas habla con Malinche, que señala al templo, lo cual sugiere que no fue ajena a los sucesos que se desencadenaron.



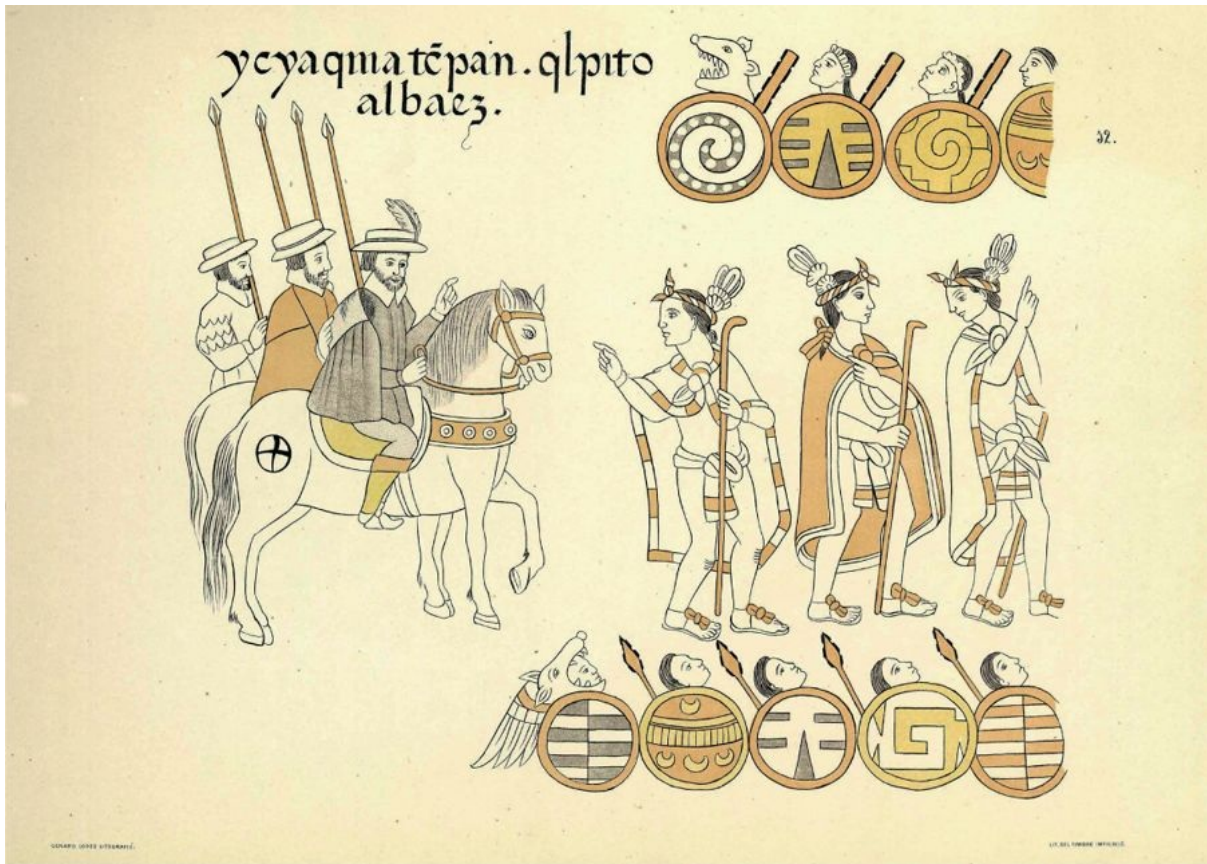


6. Cortés partió hacia México el 1 de noviembre de 1519. La huella del pie y de la herradura por la montaña representan el camino que siguió el ejército. A este lo representa un caballero, símbolo de los castellanos; tres jefes indios, el ejército aliado; un perro que los sigue; y un indio con cargas, muestra de los *tamemes*. El cerro de la parte inferior es el Popocatepetl, cuya falda atravesó el ejército. En la parte superior hay una casa y, sobre ella, el nombre Chalco, adonde llegó.

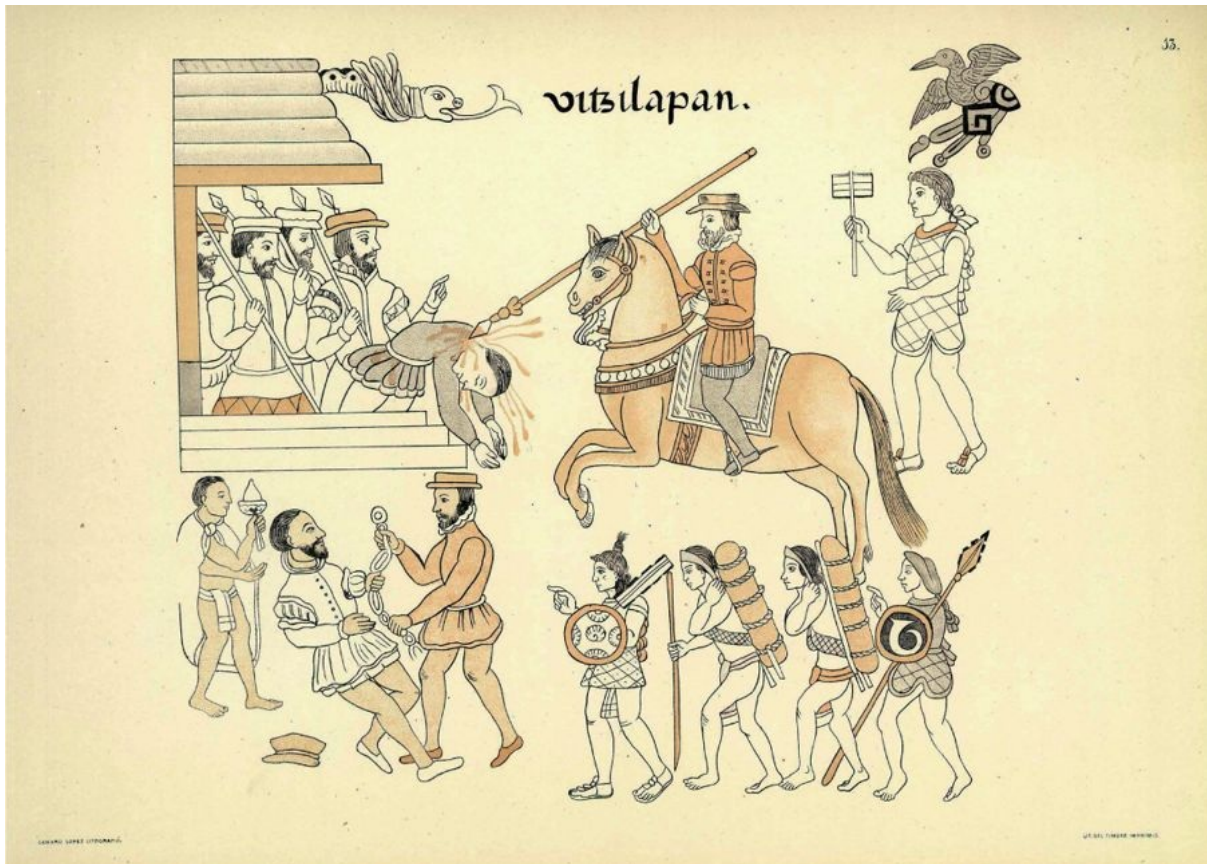




7. La lámina representa la conversación entre Moctezuma y Cortés, una vez este había llegado al palacio de Axayacatl, en Tenochtitlan, como se lee arriba. Cortés está sentado y detrás Malinche, de pie. Enfrente, Moctezuma, también sentado, y tres jefes guerreros de pie. Abajo se muestran los víveres obsequiados a los castellanos: maíz, aves pequeñas, varios pavos, otras aves en jaulas y un venado atado en el huacal en que era llevado a México.



8. La lámina representa la marcha de Cortés contra Narváez. El rótulo superior dice: *Ye yaqmatenpan, quilpito Albaez* («Ya fueron a la costa, fueron a prender a Narváez»). Cortés y dos caballeros representan al ejército castellano, con tres jefes tlaxcaltecas delante de él. En la parte superior, guerreros otomíes y tlaxcaltecas con macana y escudo, uno de ellos con atavío de jaguar; en la inferior, otros con escudo y lanza de cobre con hojas de obsidiana, también con un jefe con atavío de guerrero jaguar.



9. La captura de Narváez. Un caballero ataca el templo de Quetzacoatl, donde debía de estar el cuartel con Narváez preso. Abajo, Farfán esposa á Narváez, ya prendido en Cempoallan. Un cempoalteca presenta un ramillete a los vencedores; y un guerrero tlaxcalteca, dos *tamemes* y un chinanteca con lanza representan al ejército aliado. El rótulo del lugar presenta dificultades, pues el combate ocurrió en Cempoallan pero el nombre reza Vitzilapan. A la izquierda, un indio llega con una carta: llevaba a Cortés noticia de los graves acontecimientos que estaban sucediendo en México.





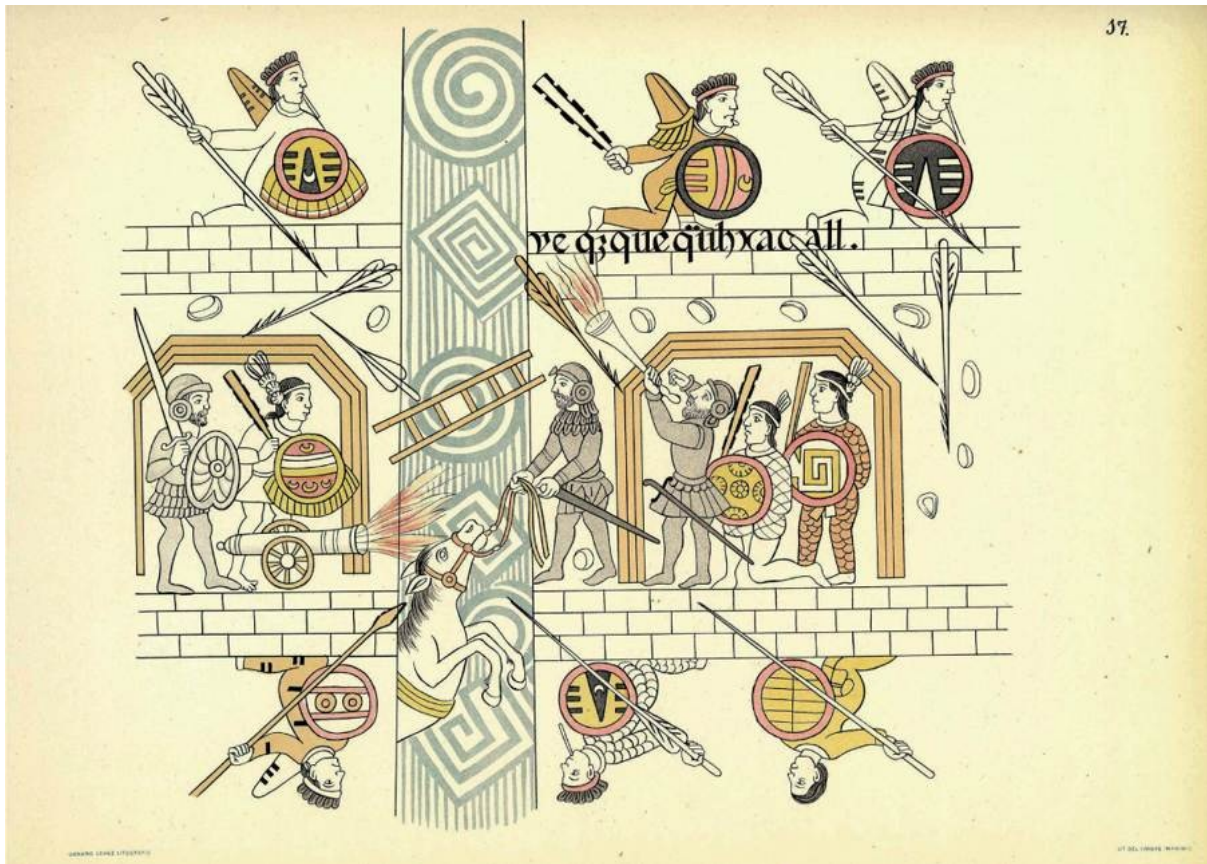


11. Una vez regresado Cortés a Tenochtitlan, se vio sitiado en su cuartel, que aquí vemos atacado por guerreros mexicas con flechas y piedras, y defendido por el propio Cortés, un capitán a caballo y cuatro guerreros tlaxcaltecas, con un cañón que abre fuego. Malinche está detrás. Arde la capilla, con una Virgen y un Calvario, y un indio apaga las llamas. Arriba, la leyenda dice: *Yepuqyaoyotl ychan Motecuigoma* («Ya empezaron la guerra en la casa en que está Moctezuma»). En la azotea, Moctezuma se dirige a los atacantes, momento en que habría recibido una pedrada.





12. Continúa la lucha en Tenochtitlan. La leyenda de la parte superior dice: *Ye q̄itlati tetzaviti yu malques* («Ya quemó el templo del ídolo el marqués»). Un caballero mata con su lanza a un guerrero mexica; varios castellanos y tlaxcaltecas, entre ellos los jefes con sus estandartes, se lanzan al asalto; un castellano asciende por las gradas del templo, defendido por dos guerreros mexicas; dos muertos al pie de la pirámide y uno que se despeña son las bajas de los asaltantes; las vigas, flechas y piedras que caen son los proyectiles; sobre el templo se ven las llamas, pues está ardiendo.



13. El combate de los mexicas contra los ingenios, ideados por Cortés, «de madera, cuadrados, cubiertos y con sus ruedas, para llevarlos mejor». Arriba, la leyenda dice: *Ye qizque quah-cacalli* («Ya sacaron las casas de madera»). Se ve la forma de dos ingenios, separados por una cortadura, con una escalera para atravesarla. Un caballo ha caído, que un soldado trata de sacar desde la orilla. Hay un guerrero tlaxcalteca, un soldado con espada y rodela y un cañón que hace fuego; al otro lado, dos guerreros tlaxcaltecas y un castellano que dispara su arcabuz. Desde las azoteas los mexicas lanzan flechas y piedras sobre los ingenios.

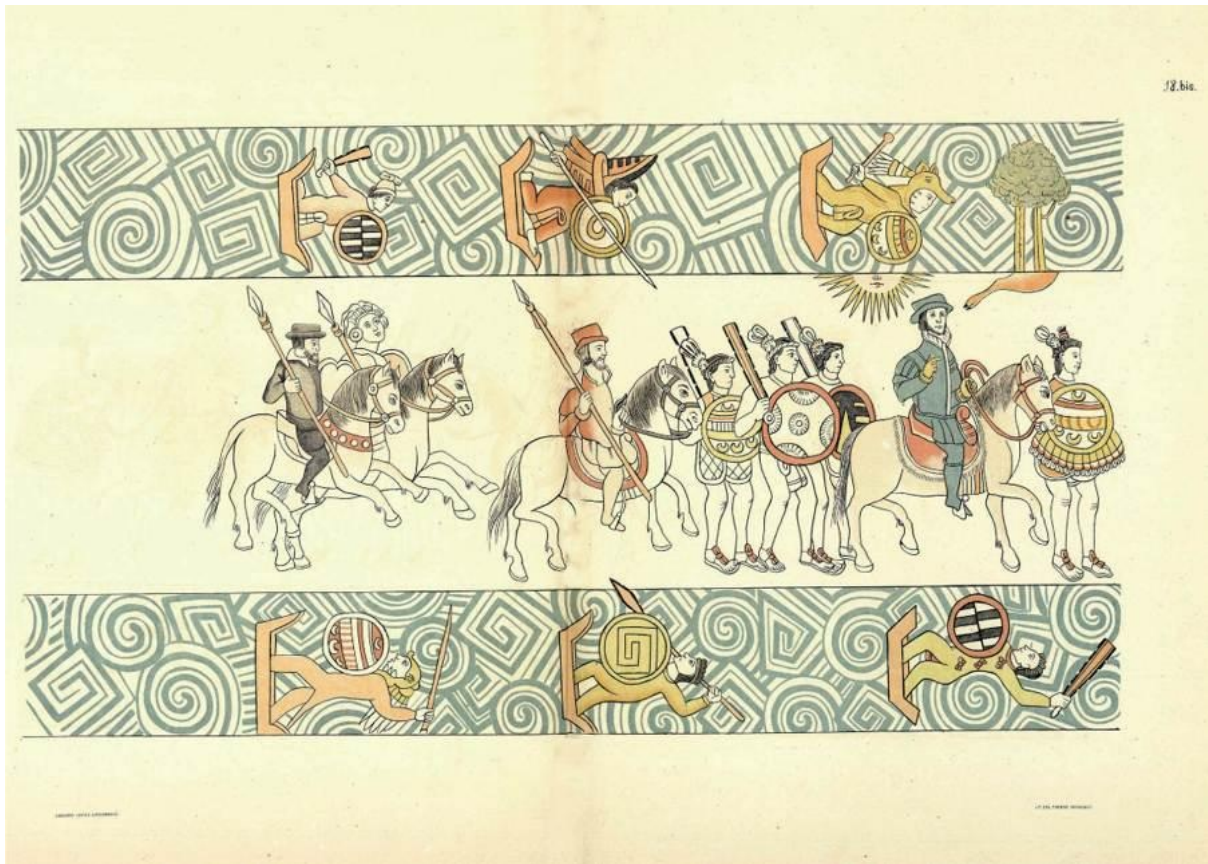




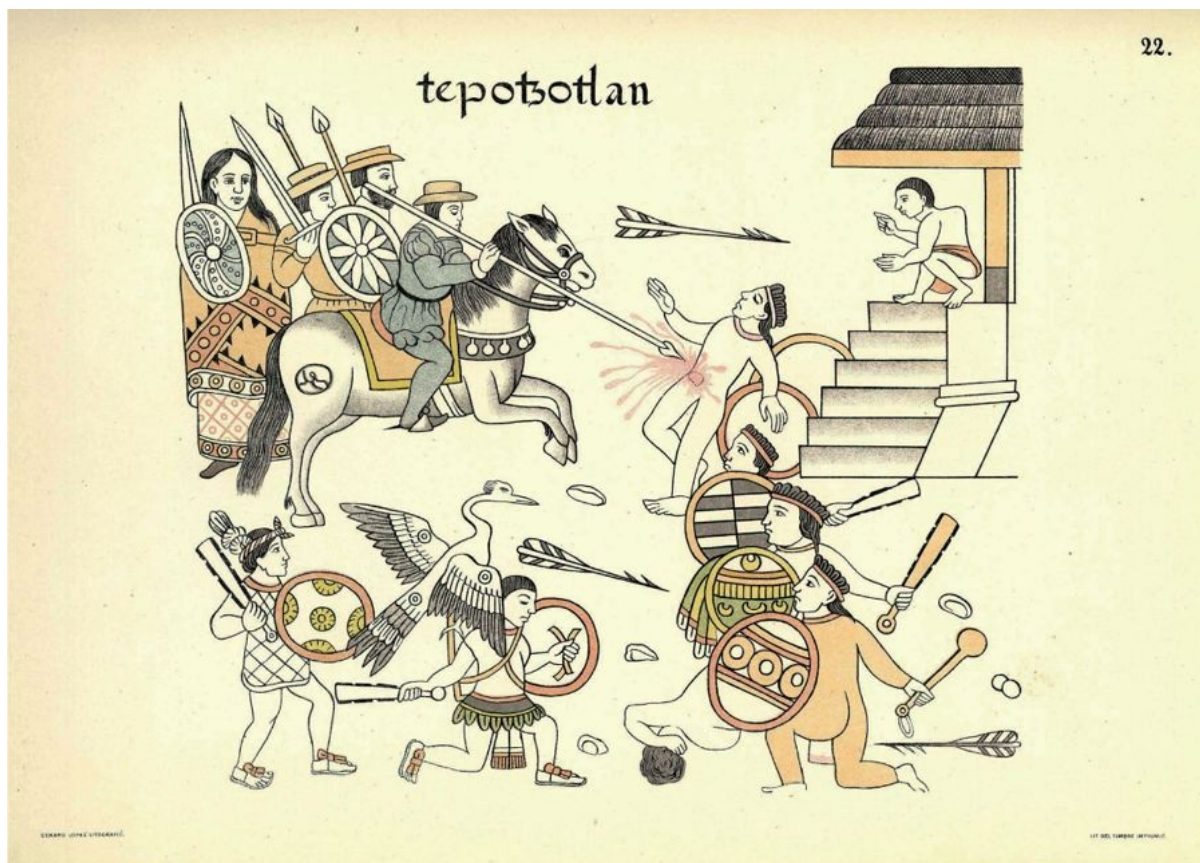
14. Salida de Tenochtitlan de los españoles y sus aliados en la Noche Triste por la calzada de Tlacopan (I). Cortés a caballo, un rodlero y cuatro tlaxcaltecas representan al ejército, que va en marcha y es atacado a ambos lados por indios que se desplazan en canoas.

15. Salida por la calzada de Tlacopan (II). La leyenda mexicana reza: *Toltecaacalotli ypan oncan micovac* («En la cortadura llamada Toltecaacalotli, allí son muertos»). Varios tlaxcaltecas están ahogándose, un soldado español consigue llegar a la orilla y un capitán castellano toma de un pie a un guerrero águila. Al otro lado marchan los tlaxcaltecas que se habían salvado.

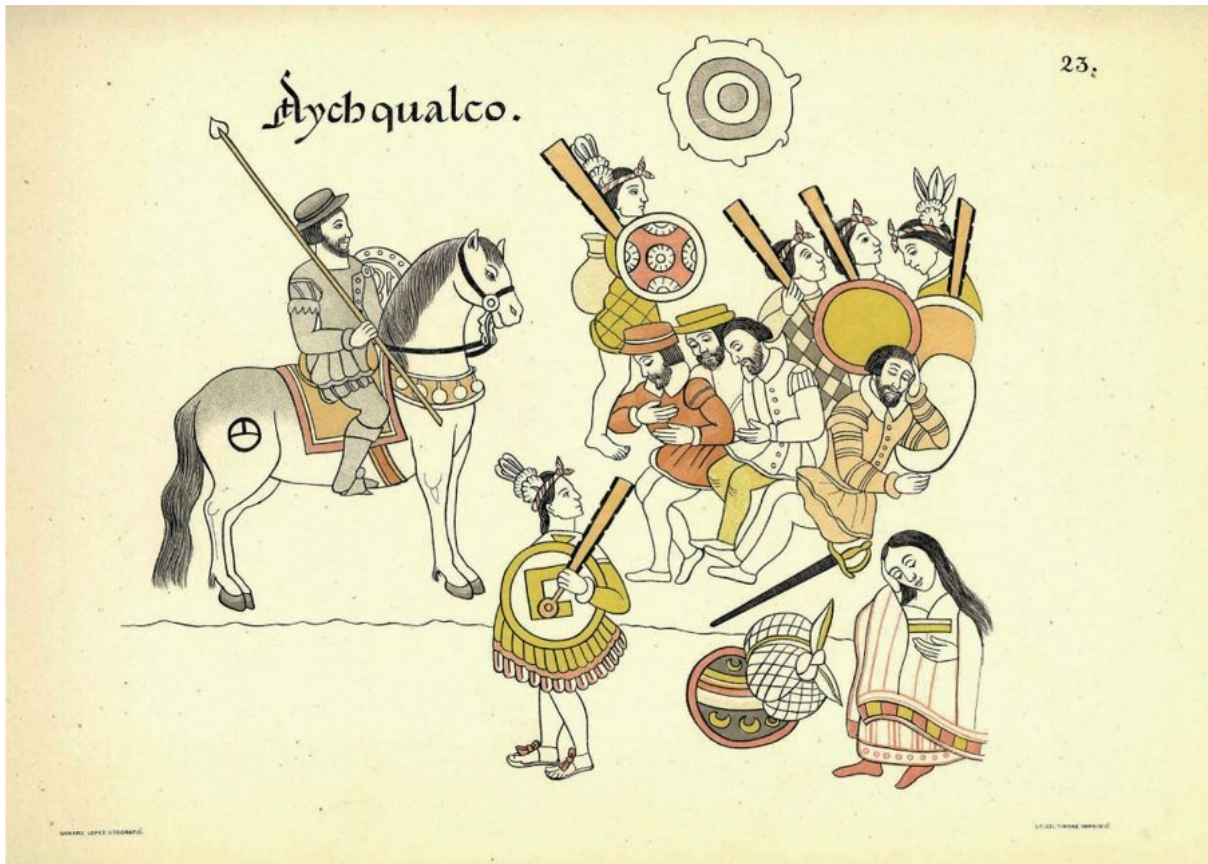




**16.** Salida por la calzada de Tlacopan (III). Cortés y un jefe tlaxcalteca a caballo huyen al galope. Delante va un capitán español a caballo, tres guerreros tlaxcaltecas, Alvarado a caballo y, de pie a su lado, uno de los señores de Tlaxcala. Atacados por mexicas en canoas. Se reconoce a Alvarado por el sol sobre él, pues por ser rubio le decían los mexicas *tonatiuh*, que significa sol.



17. Llegada frente a Tepotzotlan. A la derecha se ve en el templo a un indio jorobado, el cacique, y delante a varios guerreros defensores, quizá otomíes, uno armado con porra. A la izquierda se ve a unos caballeros y detrás a Malinche, con espada y rodela; abajo a dos tlaxcaltecas. Uno lleva a la espalda el estandarte de Tizatlan, una garza, lo cual hace suponer que fuera Xicoténcatl. Las piedras y flechas dirigidas al *teocalli* simulan el ataque y un muerto en la parte inferior y otro que cae delante del templo herido por la lanza de un caballero la derrota de los defensores.

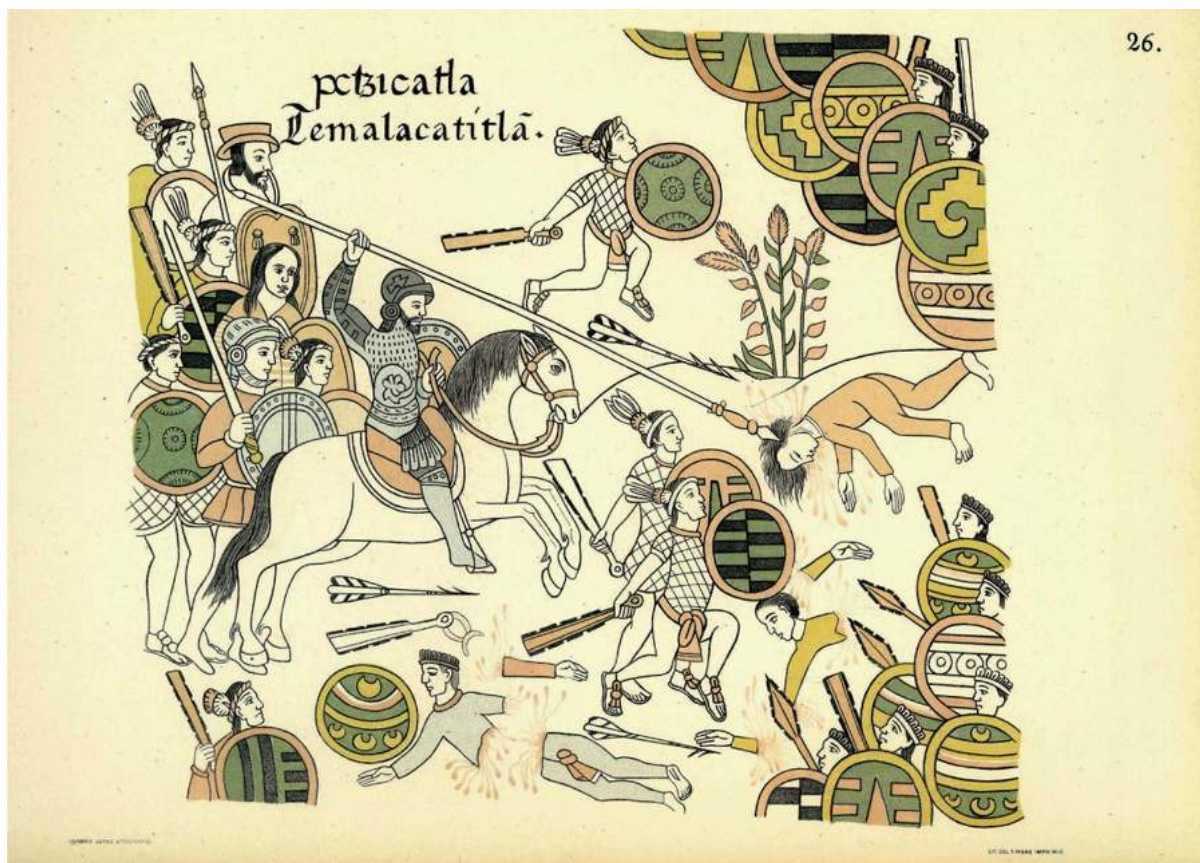


**18.** Las agotadas tropas españolas llegan al pueblo de Aychqualco, como reza el rótulo de la lámina. Parece que allí cesó la persecución, pues los españoles y Malinche duermen fatigados por el cansancio del camino; un caballero y varios tlaxcaltecas velan su sueño. Junto a Malinche está su escudo y el hatillo de su equipaje. La espada en el suelo de uno de los castellanos representa que reposaban sin cuidado.

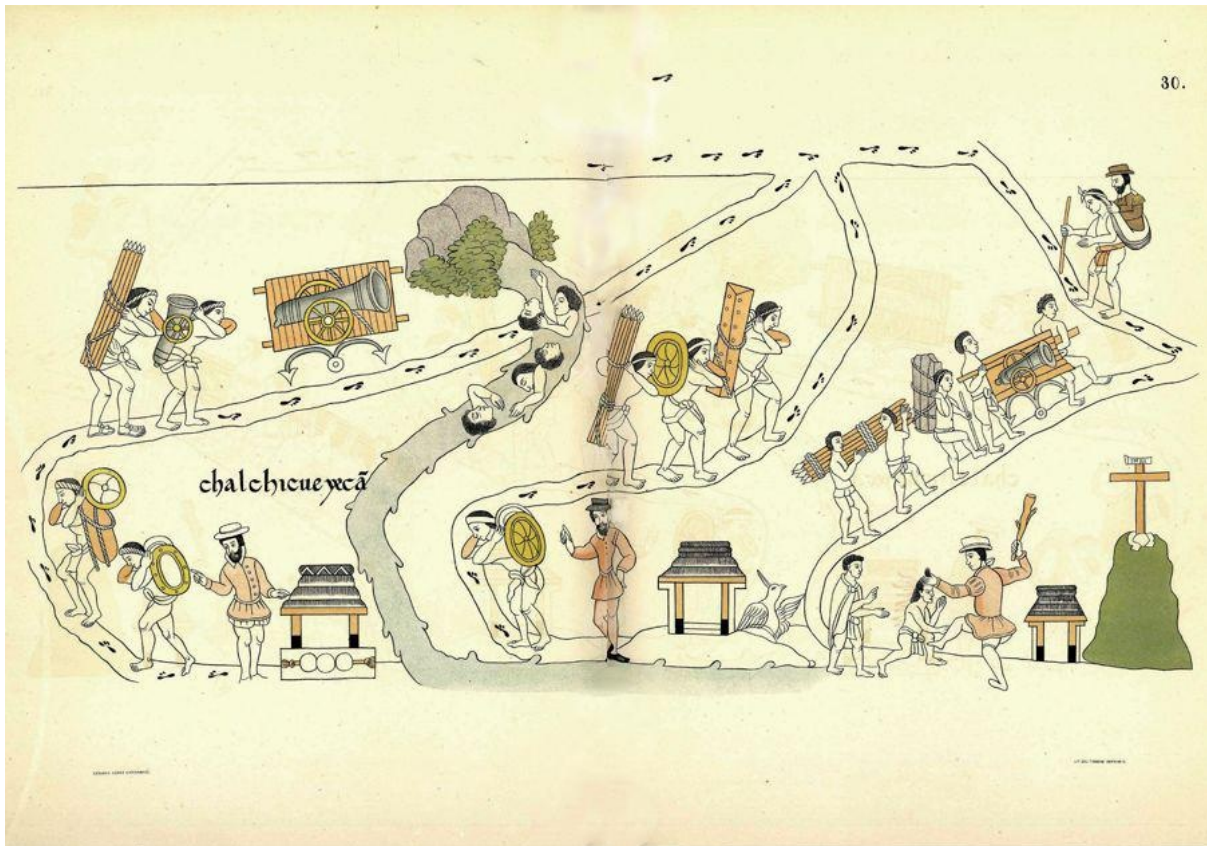




**19.** Junto al nombre del lugar, Aztaquemecan, está su jeroglífico, una garza en una peña. Marchan en el centro dos jefes tlaxcaltecas, después Cortés a caballo y con lanza y detrás dos peones castellanos con lanza, uno con rodela y otro con armadura. Abajo, los indios enemigos que los atacan en su marcha. El tocado de los indios manifiesta que no eran mexicanos, sino los nativos de los lugares que atravesaban. Cortés va con armadura, siempre azul en estas láminas, y lleva un sombrero con plumas a modo de corona. Abajo a la derecha, un castellano descuartiza un caballo muerto que se comieron los soldados de Cortés.



20. La mañana del 7 de julio de 1520, 300 españoles, con sus 22 caballos, y 2000 indios aliados se enfrentaron a un ejército mexica de varios miles de hombres en Otumba. En la lámina vemos a las prietas filas mexicas que cierran el paso a tlaxcaltecas y españoles, un grupo compacto en el lado opuesto, y entre ellos Malinche. Expresan el ataque tres guerreros tlaxcaltecas que avanzan y en el centro Cortés, de punta en blanco y a caballo, da muerte con su lanza al jefe mexica, que cae en una loma bien figurada en la pintura.



21. Cortés llega a Tlaxcala y pide refuerzos a la Villa Rica de la Veracruz (I). Recibió hombres, caballos y cañones, así como los aparejos y materiales que había salvado de las naves que echó al través. A la izquierda, el nombre Chalchicueyecan o Chalchiubcuecan designaba la costa. Un español despacha a varios *tamemes* que cargan a la espalda ruedas, cordaje, anclas, lanzas y cañones.

22. Cortés llega a Tlaxcala y pide refuerzos a la Villa Rica de la Veracruz (II). Arriba, a la derecha, un indio carga con un español para pasar la montaña. Parte también otro refuerzo de una casa, símbolo de población, junto a la cual hay una cruz, lo que manifiesta que es la Villa Rica de la Veracruz, en la que debió de haber cierta resistencia, pues se ve a un castellano que apalea a un indio.





23. Cortés se instala en Tepeyacac. La lámina representa una acción de guerra. El nombre del lugar se repite siempre en estas láminas con su jeroglífico, en este caso un cerro en forma de quijada. Se distinguen en el ejército asaltante a dos caballeros españoles y a un jefe tlaxcalteca con el estandarte de Tizatlan, lo que hace suponer que fuese Xicoténcatl.

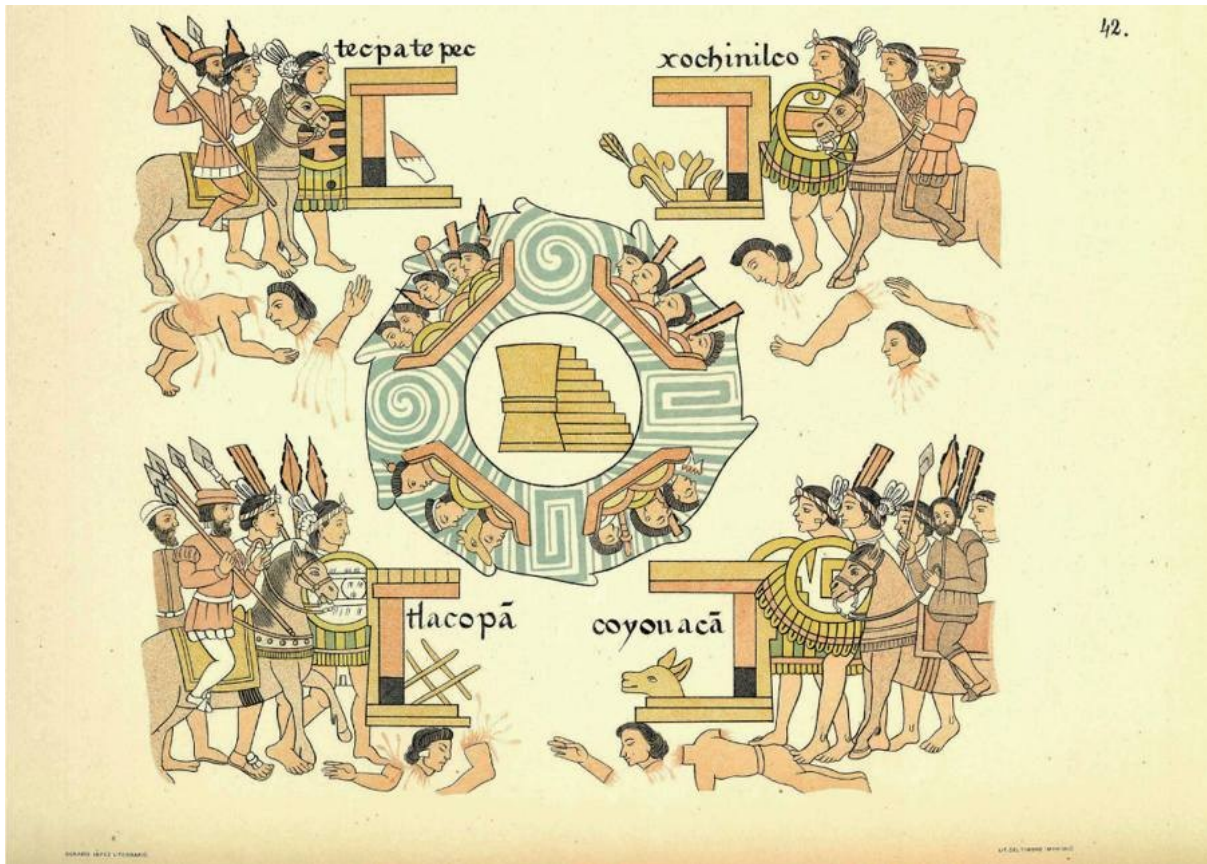


24. La lámina representa el combate con los acolhuas de Matlazinco. El rótulo del nombre del lugar está acompañado, arriba a la derecha, del jeroglífico con una red cerrada en forma de bolsa, *matlatl*.

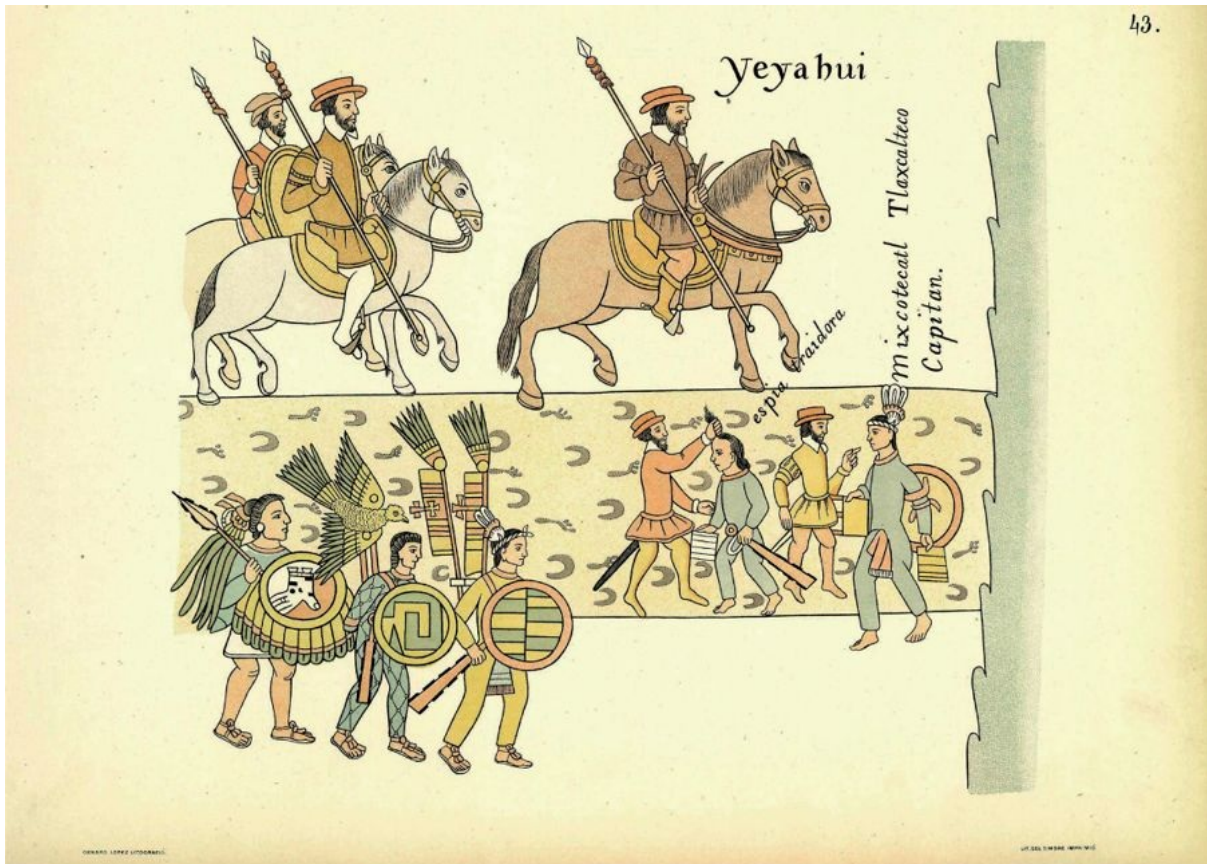




25. Entrada del ejército de Cortés en Texcoco, como se lee en el rótulo de la parte superior. Abajo, a la derecha, un guerrero acolhua pelea con escudo y lanza y otro, con porra, muere lanceado por un caballero. A la izquierda, Cortés a caballo dirige el combate; detrás, dos jefes tlaxcaltecas. En la parte superior, un español en un templo contempla asombrado la cabeza de un caballo junto a un ídolo. Delante del *teocalli*, un jefe indio sostiene una bandera; la leyenda dice: *Tetzco Yavaní ixtlilxochitzi* («Ixtlilxochitl los condujo por las calles de Texcoco»).

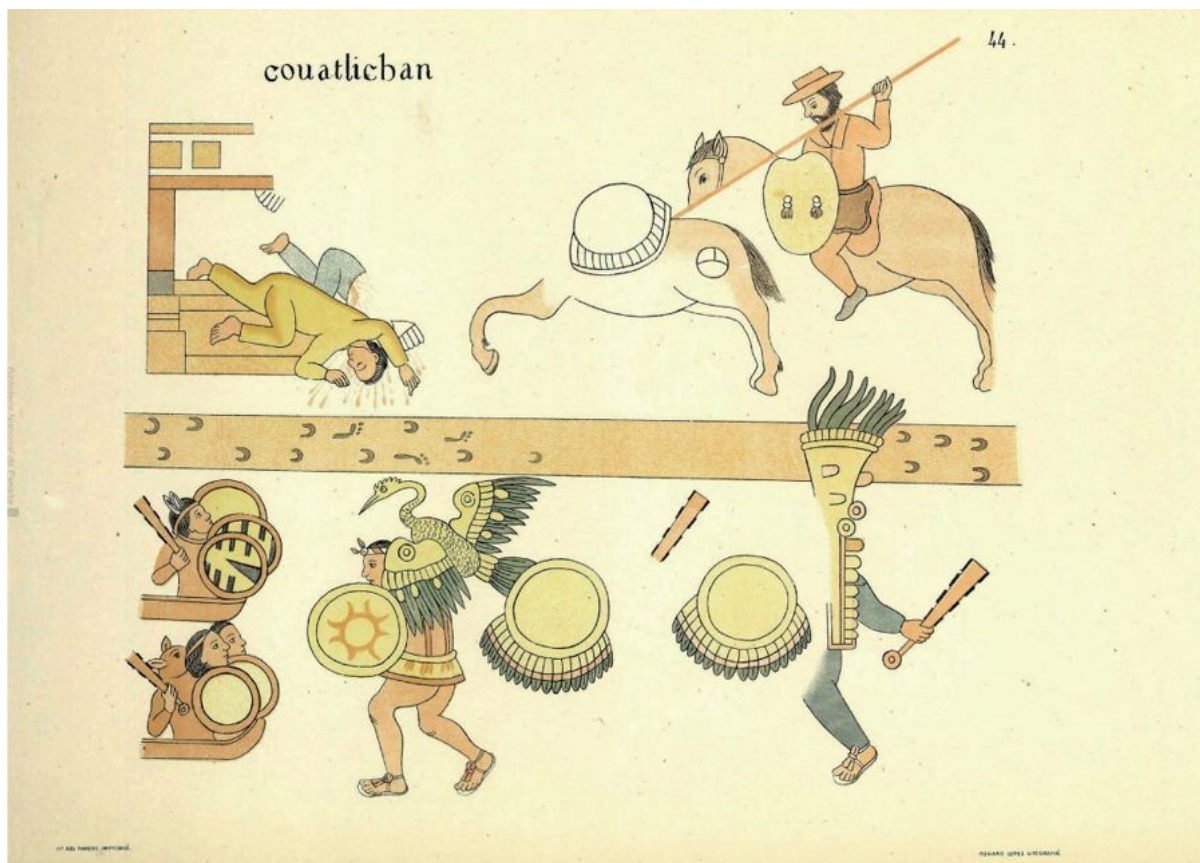


26. Expedición a Iztapalapan al mando de Cortés, con Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid. En el centro, se distingue México con su templo, rodeado de la laguna, y canoas con guerreros que la defienden. En las cuatro esquinas, se ve la toma de cuatro ciudades por el ejército de Cortés. En el sentido de las agujas del reloj, la primera es Tepatepec, la segunda Xochimilco, la tercera Coyohuacan y la cuarta Tlacopani.

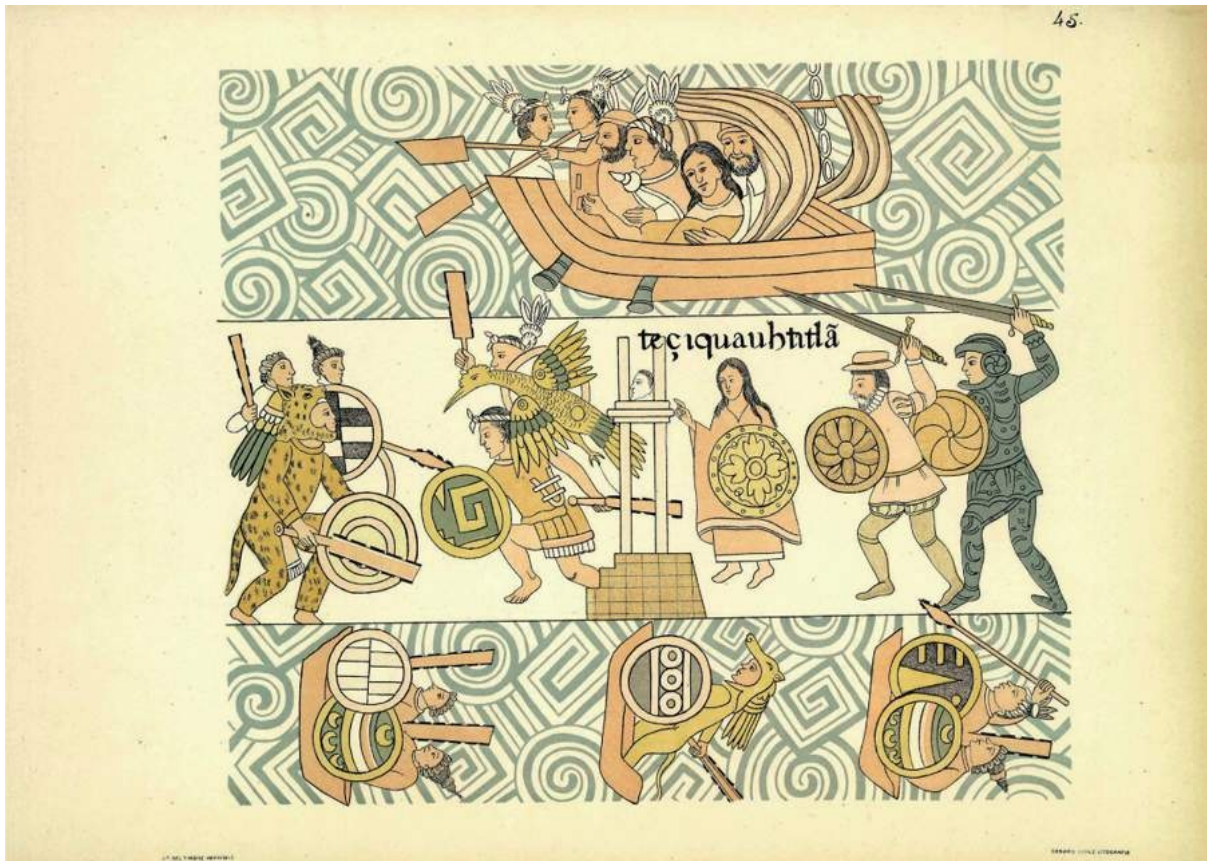


27. La lámina muestra la persecución de los fugitivos por los tlaxcaltecas, que llevan, abajo, el estandarte de Ocotelolco. Arriba, la caballería castellana los alcanza y envuelve. La leyenda mexicana reza: *Yeyahui* («Los envolvieron»). En el centro, en el camino con las huellas de las pezuñas de los caballos y de los pies de los perseguidores, dos castellanos prenden a dos indios. Uno es un jefe, sobre él se lee *Mixcotecatl Tlaxcalteco Capitan*. El otro es un soldado y sobre él se lee *espía traidora*: como tales los consideraron y con ese pretexto los ahorcaron.





28. La lámina lleva el rótulo de Coatlinchan, donde los caballeros castellanos atacan y toman la ciudad, mientras los tlaxcaltecas combaten a los mexicas que vienen en canoas. Quizá uno de los desembarcos que hicieron los mexicas en territorio de Texcoco y del que los desalojó Cortés lanzando la caballería sobre ellos y a los aliados contra las canoas de los guerreros que llegaban de refuerzo.



29. Toma del fuerte de Xoloc. Sobre el templo de la diosa Toci, el rótulo dice: *Tociquauhhtlan*. El artefacto de madera era para el sacrificio por aspamiento. El jefe de Tizatlan con otro guerrero tlaxcalteca rebasan el *teocalli*, seguidos por Malinche, con escudo; un rodadero y un guerrero armado. Combaten contra ellos los mexicas, entre los que se ve a un guerrero jaguar, armado con macana y escudo de Totec. Varias canoas mexicas apoyan la defensa y en uno de los bergantines llega Cortés con Malinche.



30. La lámina representa el ataque del 16 de junio sobre Tenochtitlan. Caballeros y aliados penetran en el recinto del Templo Mayor, con guerreros enemigos que resisten dentro del patio, y en sus flancos se ven escuadrones de mexicas, armados de lanzas para contener a la caballería y de macanas y porras. En la parte superior, el rótulo dice: *Ye qüinni valtocaque caltzalan* («Ya tomaron las calles que están entre las casas»).





31. El 30 de junio, en venganza por la Noche Triste, Cortés dispuso un asalto general, que casi acaba en desastre. Se ve el canal en el que se hunden indios y castellanos derrotados; los mexicas desde sus canoas los atacan con lanzas; un español saca su caballo del agua; un caballero, ya desmontado, combate en una orilla con tres guerreros contrarios; y en la opuesta abre fuego un cañón y dos jefes mexicas prenden a Cortés, que, en efecto, casi resultó capturado. La leyenda reza: *Copolco Yoitzmina yu Capitán* («Copolco: aquí fué sangrado o herido el Capitán»).



32. El 12 de agosto de 1521 caía Tenochtitlan. Cortés, vestido de gala, está sentado en la azotea de la casa de Aztacoatzin. Detrás, Malinche; enfrente, Cuauhtemoc, hecho preso, le habla. Abajo, un soldado lleva presos a los dignatarios mexicas. Arriba, Cortés recibe a las damas mexicas; a su lado, la canoa en que fueron presas. La leyenda que en esta lámina escribieron los tlaxcaltecas es el epitafio más hermoso a la ciudad, dice: *Ye paliuhque mexica* («Con esto, o en este tiempo, se acabaron los mexicas»).



# Fuentes y bibliografía

## Fuentes de archivo

Archivo General de Indias (Sevilla), sección México, legajo 1064/1, «[Informes] verídicos de las personas que se hallaron en la conquista de la Nueva España y Ciudad de México que pasaron con el marqués del Valle», c. 1542.

Archivo General de Indias (Sevilla), sección Patronato, legajo 184/46, carta de Ruy González a Carlos I, Ciudad de México, 24/IV/1553.

## Fuentes primarias

Acosta, J. de, 1590: *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla, Imprenta de Juan de León.

Acosta, J. de, 1954: *Historia Natural y Moral de las Indias*, en J. de Acosta, *Obras*, BAE vol. 73, Madrid, Atlas, 1-247.

Aguilar, F. de, 1980: *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, México D. F., UNAM.

Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891: *Obras históricas de Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl*, A. Chavero (ed.), 2 tomos, Ciudad de México, Secretaría de Fomento.

- Alva Ixtlilxóchitl, F., 1965: *Obras históricas de Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl*, A. Chavero (ed.), 2 tomos, Ciudad de México, Editora Nacional.
- Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985: *Historia de la nación Chichimeca*, G. Vázquez (ed.), Madrid, Historia 16.
- Alvarado, P., 1913: *Copia de dos cartas manuscritas de don Pedro de Alvarado dirigidas á Hernán Cortés, 11 de abril y 28 de julio de 1524*, A. W. Kurtz (ed.), Guatemala, Arenales e Hijos.
- Anglería, P. M. de, 1989: *Décadas del Nuevo Mundo*, Madrid, Polifemo.
- Baudot, G. y Todorov, T., 1990: *Relatos aztecas de la conquista*, México D.F., CNCA/Grijalbo.
- Benavente (Motolinía), T. de, 1914: *Historia de los Indios de Nueva España*, Barcelona, Herederos de Juan Gili.
- Benzoni, G., 1989: *Historia del Nuevo Mundo*, Madrid, Alianza.
- Cervantes de Salazar, F., 1971: *Crónica de la Nueva España*, BAE vols. 244-245, M. Magallón (ed.), Madrid, Atlas.
- Códice Aubin: manuscrito Azteca de la Biblioteca Real de Berlín, anales en mexicano y jeroglíficos desde la salida de las Tribus de Aztlán hasta la muerte de Cuauhtémoc*, 1902: B. de Jesús Quiroz (trad.), Ciudad de México, Secretaría de Fomento.
- Cortés, H., 1946: *Cartas de Relación*, en VV. AA., *Historiadores primitivos de Indias*, tomo I, BAE vol. 22, Madrid, Atlas.
- Cortés, H., 1985: *Cartas de Relación*, Barcelona, Sarpe.
- de las Casas, B., 1981: *Historia de las Indias*, 3 vols., México D.F., FCE.
- de las Casas, B., 1992: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, A. Saint-Lu (ed.), 6.<sup>a</sup> ed., Madrid, Cátedra.
- Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., 1988: *La conquista de Tenochtitlán*, G. Vázquez (ed.), Madrid, Historia 16.
- Díaz del Castillo, B., 1632: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Madrid, Imprenta Real.

- Díaz del Castillo, B., 1947: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, en VV. AA., *Historiadores primitivos de Indias*, tomo II, BAE vol. 26, Madrid, Atlas.
- Díaz del Castillo, B., 1989: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Madrid, Alianza.
- Díaz del Castillo, B., 2011: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Madrid, Real Academia Española.
- Dorantes de Carranza, B., 1902: *Sumaria relación de las cosas de Nueva España*, Ciudad de México, Imprenta del Museo Nacional.
- Durán, D., 1880: *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra Firme*, México, Ignacio Escalante.
- Fernández de Oviedo, G., 1853: *Historia general y natural de las Indias*, A. de los Ríos (ed.), tomo II, Madrid, Real Academia de la Historia.
- Fernández de Oviedo, G., 1959: *Historia natural y general de las Indias*, J. Pérez de Tudela (ed.), BAE, CXXI, Madrid, Atlas.
- García Icazbalceta, J., 1858-1866: *Colección de documentos para la historia de México*, 2 vols., Ciudad de México, Antigua Librería.
- García Icazbalceta, J., 1858: *Colección de documentos para la historia de México*, 2 vols., Ciudad de México, Antigua Librería, tomo I [edición facsímil, México D.F., Porrúa, 1980].
- García Icazbalceta, J., 1980: *Colección de documentos para la historia de México*, 2 vols., México D.F., Porrúa [ed. facsímil].
- Hernández, F., 1986: *Antigüedades de la Nueva España*, Madrid, Historia 16.
- Herrera, A. de, 1601: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*, Madrid, Juan Flamenco.
- León-Portilla, M., 1992: *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, México D. F., UNAM.
- Lobo Lasso de la Vega, G., 1970: *Mexicana*, BAE vol. 132, Madrid, Atlas.

- López de Gómara, F., 1946: *Crónica General de Indias*, en VV. AA., *Historiadores primitivos de Indias*, tomo I, BAE vol. 22, Madrid, Atlas.
- López de Gómara, F., 1991: *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, Caracas, Ayacucho.
- López de Gómara, F., 2007: *Historia de la Conquista de México*, Caracas, Ayacucho.
- López Rayón, I., 1847: *Proceso de residencia instruido contra Pedro de Alvarado y Nuño de Guzmán*, Ciudad de México, Valdés y Redondas.
- López Rayón, I., 1852-1853: *Sumario de la Residencia tomada a D. Fernando Cortés*, en *Documentos para la Historia de México*, 2 tomos, Ciudad de México, V. García Torres.
- Lorenzana, F. A., 1770: *Historia de Nueva España*, Ciudad de México, Imprenta de J. A. de Hogal.
- Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., 2003: *Hernán Cortés. Cartas y Memoriales*, Salamanca, Junta de Castilla y León/Universidad de León.
- Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., 2007: *Desde la otra orilla. Cartas de Indias en el archivo de la Real Chancillería de Valladolid (siglos XVI-XVIII)*, León, Universidad de León.
- Mendieta, J. de, 1980: *Historia Eclesiástica Indiana*, México D.F., Porrúa.
- Muñoz Camargo, D., 1892: *Historia de Tlaxcala*, Ciudad de México, Secretaría de Fomento.
- Muñoz Camargo, D., 1986: *Historia de Tlaxcala*, G. Vázquez (ed.), Madrid, Historia 16.
- Origen de los mexicanos (Códice Ramírez)*, 1987: G. Vázquez (ed.), Madrid, Historia 16.
- Pizarro y Orellana, F., 1639: *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera.
- Ramírez, J., 1970: «Apología en defensa del ingenio y fortaleza de los indios de la Nueva España, conquistados por don Fernando Cortés, marqués del Valle», recogido en G. Lobo Lasso de la Vega (ed.), *Mexicana*, BAE vol. 232, Madrid, Atlas.
- Relación hecha por Pedro de Albarado a Hernando Cortés y Otra Relación hecha [...]*, 1946: en VV. AA., *Historiadores*

- primitivos de Indias*, tomo I, BAE vol. 22, Madrid, Atlas, 457-463.
- Sahagún, B. de, 1995: *Historia general de las cosas de Nueva España*, Madrid, Alianza.
- Sahagún, B. de, 2001: *Historia general de las cosas de Nueva España*, J. C. Temprano (ed.), 2 vols., Madrid, Dastin.
- Schmidt-Riese, R., 2003: *Relatando México. Cinco textos del período fundacional de la colonia en Tierra Firme*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert.
- Solís, A. de, 1758: *Historia de la conquista de México*, Madrid, J. García Lanza.
- Suárez de Peralta, J., 1990: *Tratado del descubrimiento de las Yndias y su conquista*, Madrid, Alianza.
- Torquemada, J. de, 1975-1983: *Monarquía indiana*, México D.F., UNAM-IIH.
- Vázquez de Espinosa, A., 1992: *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, Madrid, Historia 16.
- VV. AA., 1974: *Cartas de Indias*, BAE 264-266, 3 tomos, Madrid, Atlas.
- VV. AA., 1991: *Relaciones de la Nueva España*, G. Vázquez (ed.), Madrid, Historia 16.

## Fuentes secundarias

- Aimi, A., 2009: *La «verdadera» visión de los vencidos. La conquista de México en las fuentes aztecas*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- Albi de la Cuesta, J., 2017: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*, Madrid, Desperta Ferro.
- Alcina Franch, J., 1997: «Alucinógenos y ritual en el México central: una tradición milenaria», *Monografías del Jardín Botánico de Córdoba*, tomo V, 7-15.
- Alcina Franch, J., 1999: *Los Aztecas*, Madrid, Historia 16.

- Añón, V., 2006: «Desplazamientos, frontera, memoria: Bernal Díaz del Castillo y el viaje a Las Hibueras», *Acta Poética*, 27/2, 299-323.
- Añón, V., 2010: «Escribir y poblar. Primeras fundaciones y primeras ciudades en crónicas de la conquista de México», *Espaciotiempo* 6, 50-60.
- Aron, R., 1985: *Paz y guerra entre las naciones. 1. Teoría y sociología*, Madrid, Alianza.
- Barral, Á., 1992: *Rebeliones indígenas en la América española*, Madrid, Mapfre.
- Barrientos, J., 2004: *El gobierno de las Indias*, Madrid/Barcelona, Marcial Pons/Fundación Rafael del Pino.
- Bartolomé Gómez, J., 1995: *Los relatos bélicos en la obra de Tito Livio*, Vitoria, UPV.
- Bataillon, M. y Saint-Lu, A., 1974: *El padre Las Casas y la defensa de los Indios*, Barcelona, Ariel.
- Batalla Rosada, J. J., 1995: «La pena de muerte durante la colonia —siglo XVI— a partir del análisis de las imágenes de los códices mesoamericanos», *Revista Española de Antropología Americana*, 25, 71-110.
- Batalla Rosada, J. J., 1996: «Prisión y muerte de Motecuhzoma según el relato de los códices mesoamericanos», *Revista Española de Antropología Americana*, 26, 101-120.
- Battcock, C., 2016: «Las guerras y las conquistas en la “Crónica Mexicana”», *Estudios de cultura Náhuatl*, 52, 1-24.
- Baudot, G., 1983: *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Bénat-Tachot, L., 2016: «Gonzalo Fernández de Oviedo y la gesta de los “cortesianos”», en M.<sup>a</sup> del C. Martínez Martínez y A. Mayer (coords.), *Miradas sobre Hernán Cortés*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 113-150.
- Benítez, F., 2013: *La ruta de Hernán Cortés*, México D.F., FCE

- Berdan, F. F., 2007: «En la periferia del imperio: provincias tributarias aztecas en la frontera imperial», *Revista Española de Antropología Americana*, 37-II, 119-138.
- Bernard, C. y Gruzinski, S., 1996: *Historia del Nuevo Mundo. Del Descubrimiento a la Conquista. La experiencia europea, 1492-1550*, México D.F., FCE.
- Bicheno, H., 2005: *La batalla de Lepanto*, Barcelona, Ariel.
- Black, J., 2011: *War in the worls. A comparative history, 1450-1600*, Houndmills, Palgrave/MacMillan.
- Bosworth, B., 2000: «A tale of Two Empires: Hernán Cortés and Alexander the Great», en A. B. Bosworth & E. J. Baynham, *Alexander the Great in Fact and Fiction*, New York, Oxford University Press, 23-49.
- Brading, D., 1993: *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México D.F., FCE.
- Brown, M. K. y Stanton, T. W.(eds.), 2003: *Ancient Mesoamerican warfare*, Walnut Creek, AltaMira Press.
- Bueno Bravo, I., 2005: «Tlatelolco: la gemela en la sombra», *Revista Española de Antropología Histórica*, 35, 133-148.
- Bueno Bravo, I., 2006: «Moctezuma Xocoyotzin y Hernán Cortés: dos visiones de una misma realidad», *Revista Española de Antropología Histórica*, 36, 17-37.
- Bueno Bravo, I., 2007: *La guerra en el imperio azteca. Expansión, ideología y arte*, Madrid, UCM.
- Bueno Bravo, I., 2009: «El sacrificio gladiatorio y su vinculación con la guerra en la sociedad mexicana», *Gladius*, XXIX, 185-204.
- Bueno Bravo, I., 2012: «Objetivos económicos y estrategia militar en el imperio azteca», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 44, 135-163.
- Bueno Bravo, I., 2015: *Mesoamérica: territorio en guerra*, México D.F., Centro de Estudios filosóficos, políticos y sociales Vicente Lombardo Toledano.
- Burbank, J. y Cooper, F., 2011: *Imperios. Una nueva visión de la Historia Universal*, Barcelona, Crítica.
- Campos Fernández-Fígares, M.<sup>a</sup> del M., 2002: *El caballo y el jaguar. Sobre la Historia Verdadera de la conquista de Nueva España*, Granada, Comares.

- Campos Jara, S., 2011: «Gonzalo Guerrero, un palermo aindiado», en E. García Cruzado (coord.), *Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América. Jornadas IV, V y VI*, Palos de la Frontera, UNIA /Ayuntamiento de Palos, 157-187.
- Carmona Fernández, F., 1993: «Conquistadores, utopía y libros de caballería», *Revista de Filología Románica*, 10, 11-29.
- Carrasco, P., 1996: *Estructura político-territorial del imperio tenochca. La triple alianza de Tenochtitlan, Tetzaco y Tlacopan*, México D.F., FCE/El Colegio de México/FHA.
- Caso, A., 1956: «Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco», *Memorias de la academia mexicana de la Historia*, tomo XV, 7-63.
- Castañeda de la Paz, M., 2005: «Itzcóatl y los instrumentos de su poder», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 36, 115-147.
- Castrillo, F., 1992: *El soldado de la conquista*, Madrid, Mapfre.
- Cervera Obregón, M. A., 2007: *El armamento entre los mexicas*, Anejos de *Glaudius* 11, Madrid, CSIC.
- Cervera Obregón, M. A., 2011: *Guerreros aztecas*, Madrid, Nowtilus.
- Cervera Obregón, M. A., 2014: «El armamento hispano-mexica», *Desperta Ferro, Historia Moderna*, 12, 46-51.
- Cervera Obregón, M. A., 2017: «Derecho en la guerra: el trato a los combatientes y no combatientes en los conflictos armados mexicas», *Reflectio*, 9-I, 74-89.
- Cervera Obregón, M. A., 2017b: «Alabardas, picas y lanzas: el uso de las armas de asta durante la conquista de México Tenochtitlan», en M. Gajate y L. González Piote (coords.), *Guerra y Tecnología. Interacción de la Antigüedad al Presente*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 165-176.
- Cervera Obregón, M. A., 2019: «La participación de la mujer en los campos de batalla y en la guerra entre los mexicas», en M. Santirso y A. Guerrero (eds.), *Mujeres en la guerra y en los ejércitos*, Madrid, Los libros de la Catarata, 64-78.
- Chance, J. K. y Stark, B. L., 2007: «Estrategias empleadas en las provincias imperiales: perspectivas prehispánicas y coloniales en Mesoamérica», *Revista Española de Antropología Americana*, 37-II, 203-233.



- Chávez Balderas, X., 2008: «*Death during the Conquest Era*», en R. P. Brienen y M. A. Jackson, *Invasion and Transformation: Interdisciplinary perspectives on the Conquest of Mexico*, Boulder, UCP.
- Chinchilla Mazariegos, O., 2011: «La muerte de Moquihuix. Los mitos cosmogónicos mesoamericanos y la historia azteca», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 42, 77-106.
- Clendinnen, I., 1991: *Aztecs: an interpretation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Clendinnen, I., 1991b: «“Fierce and Unnatural cruelty”. Cortés and the Conquest of Mexico», *Representations*, 33, 65-100.
- Coello de la Rosa, A., 2012: *Historia y Ficción. La escritura de la “Historia General y Natural de las Indias” de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557)*, Valencia, PUV
- .
- Contreras, J. E., 1995: «En torno al concepto de guerra florida entre tlaxcaltecas y mexicas», *Dimensión Antropológica*, 2, 7-26.
- Contreras, J. E., 2014: «La confrontación tlaxcalteca ante la conquista», *Dimensión Antropológica*, 61, 40-72.
- Cook, N. D., 2005: *La conquista biológica. Las enfermedades en el Nuevo Mundo*, Madrid, Siglo XXI.
- Danilovic, M., 2017: «Combatir bailando: danza y guerra en el Altiplano prehispánico», *Estudios de cultura náhuatl*, 53-I, 141-174.
- Davies, N., 1977: *Los aztecas*, Barcelona, Destino.
- Declercq, S. J. L., 2018: *In mecitin inic tlacanacaquani: «Los mecitin (mexicas): comedores de carne humana». Canibalismo y guerra ritual en el México antiguo*, tesis doctoral dirigida por G. Olivier, México D.F., UNAM.
- Dehouve, D., 2013: «Las funciones rituales de los altos personajes mexicas», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 45-1, 37-68.
- Diamond, J., 1998: *Armas, gérmenes y acero*, Madrid, Debate.
- Díaz Serrano, A., 2010: *El modelo político de la Monarquía Hispánica desde una perspectiva comparada. Las repúblicas de Murcia y Tlaxcala durante el siglo XVI*, tesis

- doctoral dirigida por J. J. Ruiz Ibáñez, Murcia, Universidad de Murcia.
- Diel, L., 2010: «The Spectacle of Death in Early Colonial New Spain in the *Manuscrito del aperreamiento*», *Hispanic Issues on Line*, 7, 1-20.
- Díez del Corral, L., 1983: *El pensamiento político europeo y la monarquía de España: de Maquiavelo a Humboldt*, Madrid, Alianza.
- Domínguez García, J., 2008: *De apóstol matamoros a Yllapa mataindios. Dogmas e ideologías medievales en el (des)cubrimiento de América*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Earle, R., 2013: *The body of the conquistador. Food, race and the colonial experience in Spanish America, 1492-1700*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Egío, J. L., 2016: «Acciones y virtudes políticas del Cortés de Gómara. Trascendencia secular de un juego de espejos», en M<sup>a</sup>. del C. Martínez Martínez y A. Mayer (coords.), *Miradas sobre Hernán Cortés*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 151-178.
- Elliott, J. H., 2006: *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*, Madrid, Taurus.
- Espino López, A., 2001: *Guerra y Cultura en la Época Moderna. La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII: libros, autores y lectores*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- Espino López, A., 2013: *La conquista de América. Una revisión crítica*, Barcelona, RBA.
- Espino López, A., 2019: *Plata y Sangre. La conquista del imperio Inca y las guerras civiles del Perú*, Madrid, Desperta Ferro.
- Esteve Barba, F., 1992: *Historiografía Indiana*, Madrid, Gredos.
- Fernández Buey, F., 1995: *La barbarie. De ellos y de los nuestros*, Barcelona, Paidós.
- Flores Farfán, J. A., 2006: «La Malinche, portavoz de dos mundos», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 37, 1-21.

- Franco Silva, A., 2006: «El primer oro de las Indias. La fortuna de Lope Conchillos, secretario de Fernando el Católico», *Historia. Instituciones. Documentos*, 33, 123-171.
- Friede, J., 1974: *Bartolomé de las Casas: precursor del anticolonialismo*, México D.F., Siglo XXI.
- Friederici, G., 1973 (1925): *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, México D.F., FCE.
- Galera Isidoro, I., 1992: «La cultura mixteca frente a la conquista española», *Revista española de antropología americana*, 22, 105-122.
- Gámez Espinosa, A., 2017: «La ciudad dual de Cholula. Frontera e identidades étnicas en conflicto», *Tefros*, 15-2, 89-117.
- Garavaglia, J. C. y Marchena, J., 2005: *América Latina de los orígenes a la Independencia. I. América precolombina y la consolidación del espacio colonial*, Barcelona, Crítica.
- García, G., 1901: *Carácter de la conquista española en América y México, según los textos de los historiadores primitivos*, México D. F., Secretaría de Fomento.
- García Martínez, B., 2016: «Hernán Cortés y la invención de la conquista de México», en M<sup>a</sup>. del C. Martínez Martínez y A. Mayer (coords.), *Miradas sobre Hernán Cortés*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 23-47.
- Gardiner, C. H., 1956: *The naval power in the conquest of Mexico*, Austin, University of Texas Press.
- Garraty, Ch. P., 2007: «Intercambio de mercado y consolidación en el corazón del Imperio Azteca», *Revista Española de Antropología Americana*, 37-II, 139-164.
- Gerbi, A., 1992: *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México D.F., FCE.
- Gil, J., 2017: *Mitos y utopías del descubrimiento. Colón y su tiempo*, Sevilla, Athenaica.
- Gómez-Lucena, E., 2013: *Españolas del Nuevo Mundo. Ensayos biográficos, siglos XVI-XVII*, Madrid, Cátedra.
- González Alcalde, J., 2003: «Bombardeta, cerbatana, ribadoquín, falconete y cañón de mano. Cinco piezas multifuncionales de la artillería antigua», *Militaria. Revista de Cultura Militar*, 17, 97-110.

- González Hernández, C., 2000: *Doña Marina (La Malinche)*, Madrid, Encuentro.
- Gracia Alonso, F., 2017: *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados. De la Prehistoria al Estado Islámico*, Madrid, Desperta Ferro.
- Graulich, M., 1994: *Montezuma*, Paris, Fayard.
- Grunberg, B., 1995: *Histoire de la conquête du Mexique*, Paris, L'Harmattan.
- Grunberg, B., 2016: «Hernán Cortés: un hombre de su tiempo», en M<sup>a</sup>. del C. Martínez Martínez y A. Mayer (coords.), *Miradas sobre Hernán Cortés*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 49-66.
- Gruzinski, S., 1991: *El destino truncado del imperio azteca*, Madrid, Aguilar.
- Gruzinski, S., 2010: *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México D.F., FCE.
- Gutiérrez Mueller, B., 2017: «“Quiso Dios” o “acordé y me determiné”: voluntad divina o libre albedrío de Cortés en la Segunda relación», *Revista de Literatura*, 157-I, 17-39.
- Guzmán Pérez, M., 2012: «Otomíes y mazahuas de Michoacán: siglos XV-XVII. Trazos de una historia», *Tzintzun, Revista de Estudios Históricos*, 55-I, 11-74.
- Hanke, L., 1968: *Estudios sobre fray Bartolomé de las Casas y sobre la lucha por la justicia en la conquista española de América*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Hanke, L., 1988: *La lucha por la justicia en la conquista de América*, Madrid, Istmo.
- Hanson, V. D., 2004: *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*, Madrid, Turner/FCE.
- Harari, Y. N., 2014: *Sàpiens. Una breu història de la humanitat*, Barcelona, Edicions 62.
- Hassig, R., 1988: *Aztec warfare*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Hassig, R., 1992: *War and Society in Ancient Mesoamerica*, Los Angeles, University of California Press.
- Hassig, R., 1999: «The Aztec World», en K. Raaflaub y N. Rosenstein (eds.), *War and society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe and*

- Mesoamerica*, Cambridge (Mass.)/London, Harvard University Press, 361-387.
- Hassig, R., 2001: «Xicotencatl. Rethinking an Indigenous Mexican Hero», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 32, 29-49.
- Hassig, R., 2008: «Mesoamérica de los olmecas a los aztecas», en Ph. de Souza (ed.), *El mundo antiguo en guerra. Una historia global*, Madrid, Akal, 275-293.
- Hassig, R., 2012: «How Fighting Ended in the Aztec Empire and its Surrender to the Europeans», en H. Afflerbagh y H. Strachan, *How Fighting Ends: A History of Surrender*, Oxford, Oxford University Press, 114-124.
- Hassig, R., 2016: «Timing and the Conquest of Mexico», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 51-I, 173-196.
- Headrick, D. R., 2010: *Power over peoples. Technology, environments and western imperialism, 1400 to the present*, Princeton, Princeton University Press.
- Heyden, D., 1989: «Tezcatlipoca en el mundo náhuatl», *Estudios de cultura náhuatl*, 19, 83-93.
- Hernando, C. J., 1996: *Las Indias en la Monarquía Católica. Imágenes e ideas*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- Iglesia, R., 1942: *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México D.F., FCE/El Colegio de México.
- Keen, B., 1984: *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, México D.F., FCE.
- Kerner, A., 2013: «Beard and Conquest: the Role of Hair in the Construction of Gendered Spanish Attitudes towards the American Indians in the Sixteenth Century», *Revista de Historia Iberoamericana*, 6-I, 104-126.
- Kohut, K., 2016: «Hernán Cortés, héroe imperial», en M<sup>a</sup>. del C. Martínez Martínez y A. Mayer (coords.), *Miradas sobre Hernán Cortés*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 67-85.
- Koontz, R., 2018: «Classic Veracruz Military Organisation», en M. Peurawaki-Brown, *Seeking conflict in Mesoamerica*, Boulder, University of Colorado Press, 188-203.
- Lameiras, J., 1994: *El encuentro de la piedra y el acero*, Zamora, El colegio de Michoacán.

- León Cázares, M.<sup>a</sup> del C., 2015: «Nuevas luces sobre un antiguo testimonio acerca de los mayas: el informe de la expedición comandada por Juan de Grijalva», *Estudios de Cultura Maya*, 45-1, 49-89.
- León-Portilla, M.(ed.), 1978: *Literatura del México Antiguo*, Caracas, Ayacucho.
- León-Portilla, M., 1993: *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México D.F., UNAM.
- León-Portilla, M., 2005: *Aztecas-Mexicas. Desarrollo de una civilización originaria*, Madrid, Algaba.
- León-Portilla, M., 2011: «De México-Tenochtitlan a Acapulco en tiempos de Ahuítzotl», *Estudios de cultura Náhuatl*, 42, 51-63.
- Levy, B., 2010: *Conquistador. Hernán Cortés, Moctezuma y la última batalla de los aztecas*, Barcelona, Debate.
- Litvak, J., 1971: «Las relaciones entre México y Tlatelolco antes de la conquista de Axayácatl. Problemática de la expansión mexicana», *Estudios de cultura Náhuatl*, 9, 17-20.
- Livi-Bacci, M., 2006: *Los estragos de la conquista. Quebranto y declive de los indios de América*, Barcelona, Crítica.
- López Austin, A., 1965: «El templo mayor de México-Tenochtitlan según los informantes indígenas», *Estudios de cultura náhuatl*, 5, 75-102.
- López Austin, A.*et al.*, 2013: «El nombre náhuatl de la Triple Alianza», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 46-2, 7-35.
- López Austin, A., 2016: «Organización política en el altiplano central de México durante el posclásico», *Estudios de cultura náhuatl*, 52, 247-280 [publicado originalmente en *Historia Mexicana*, 1974].
- López Lomelí, C., 2002: *La polémica de la justicia en la conquista de América*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense.
- López Luján, L. y López Austin, A., 2011: «El coatepantli de Tenochtitlan: historia de un malentendido», *Arqueología mexicana*, 111, 64-71.
- López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., 2008: *Historia del léxico militar en el español áureo: la conquista de Granada, el conflicto hispano-italiano y las guerras de Flandes*, tesis doctoral

- dirigida por M.<sup>a</sup> T. García Godoy, Granada, Universidad de Granada.
- Lynn, J. A., 1997: «The Embattled of Academic Military History», *The Journal of Military History*, 61, 777-789.
- Mann, Ch. C., 2009: *1491. Una nueva historia de las Américas antes de Colón*, Madrid, Taurus.
- Manzo Robledo, F., 2013: *Yo, Hernán Cortés: el Juicio de Residencia*, Madrid, Pliegos.
- Martín Romero, J. J., 2006: «“Aquellos furibundos y terribles golpes”: la expresión del combate singular en los textos caballerescos», *Revista de Filología Española*, LXXXVI, 293-314.
- Martines, L., 2013: *Un tiempo de guerra. Una historia alternativa de Europa, 1450-1700*, Barcelona, Crítica.
- Martínez, J. L., 1992: *Hernán Cortés*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Martínez Baracs, A., 2008: *Un gobierno de indios: Tlaxcala, 1519-1750*, México D.F., FCE/CIESAS/CHT.
- Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., 2013: *Veracruz 2013. Los hombres de Cortés*, León, CONACULTA/INAH /Universidad de León.
- Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., 2018: «Bernal Díaz del Castillo: memoria, invención y olvido», *Revista de Indias*, LXXVIII/273, 399-428.
- Martínez, R. y Valdez, I., 2009: «Guerra, conquista y técnicas de combate entre los antiguos Tarascos», *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 49-I, 17-52.
- Medin, T., 2009: *Mito, pragmatismo e imperialismo. La conciencia social en la conquista del imperio azteca*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert.
- Mejías López, W., 1993: «Hernán Cortés y su intolerancia hacia la religión azteca en el contexto de la situación de los conversos y moriscos», *Bulletin Hispanique*, 95-2, 623-646.
- Mira Caballos, E., 2010: *Hernán Cortés, el fin de una leyenda*, Badajoz, Palacio de Barrantes Cervantes.
- Mira Caballos, E., 2018: *Francisco Pizarro. Una nueva visión de la conquista del Perú*, Barcelona, Crítica.

- Miralles, J., 2004: *Hernán Cortés, inventor de México*, 2 vols., Barcelona, Folio.
- Muriel, J., 1966: «Divergencias en la biografía de Cuauhtémoc», *Estudios de Historia Novohispana*, 1, 53-119.
- Navarrete, F., 2011: «Chichimecas y toltecas en el valle de México», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 42, 19-50.
- Noguerol, F., 1995-1996: «La imagen de la mujer indígena en las crónicas de Indias», *Journal of Hispanic Philology*, 20, 116-143.
- Olivier, G. y López Luján, L., 2010: «Las imágenes de Moctezuma II y sus símbolos de poder», en L. López Lujan y C. MacEwan (coords), *Moctezuma II. Tiempo y destino de un gobernante*, México D.F., Instituto Nacional de Antropología e Historia, 79-91.
- Olivier, G., 2010: «El simbolismo sacrificial de los mimixcoa: cacería, guerra, sacrificio e identidad entre los mexicas», en L. López Lujan y G. Olivier (coords.), *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México D.F., INAH/IIH/UNAM, 453-482.
- Oudjik, M. y Matthew, L.(eds.), 2007: «Mesoamerican Conquistadors in the Sixteenth Century», en *Indian Conquistadors: Indigenous Allies in the Conquest of Mesoamerica*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Pagden, A., 1997: *Señores de todo el mundo. Ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Barcelona, Península.
- Pastor, B., 2008: *El segundo descubrimiento. La conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)*, Barcelona, Edhasa.
- Pastor, M., 2016: «Hernán Cortés y sus fieles repetidores», *Historia y Grafía*, 47, 91-114.
- Pereña, L., 1992: *La idea de justicia en la conquista de América*, Madrid, Mapfre.
- Pereña, L., 1992b: *Genocidio en América*, Madrid, Mapfre.
- Pérez, N., 1992: «Importancia de las armas de fuego portátiles en la Conquista de Méjico», *Militaria*, 4, 109-115.



- Pérez Florez, J. L., 2013: «Indígenas guerreros de la Nueva España del siglo XVI. La representación de sí mismos como conquistadores», *Fronteras de la Historia*, 18-I, 15-43.
- Pérez López-Portillo, R., 2012: *Aztecas-mexicas. El imperio en Mesoamérica*, Madrid, Sílex.
- Perlstein Pollard, H., 2004: «El imperio tarasco en el mundo mesoamericano», *Relaciones*, 99, 117-145.
- Powell, Ph. W., 1984: *La guerra Chichimeca (1550-1600)*, México D F., FCE.
- Prem, H. J. y Dyckerhoff, U., 1997: «Los Anales de Tlatelolco. Una colección heterogénea», *Estudios de cultura Náhuatl*, 27, 181-207.
- Prescott, W., 2004: *Historia de la Conquista de México*, Madrid, Antonio Machado Libros.
- Prien, H.-J., 1996: «La justificación de Hernán Cortés de su conquista de México y de la conquista española de América», *Revista Complutense de Historia de América*, 22, 1-21.
- Raudzens, G., 2007: «So Why Were the Aztecs Conquered, and What Were the Wider Implications? Testing Military Superiority as a Cause of Europe's Preindustrial Colonial Conquests», en E. J. Hammer (ed.), *Warfare in Early Modern Europe 1450-1660*, London, Ashgate.
- Restall, M., 2004: *Los siete mitos de la conquista española*, Barcelona, Paidós.
- Restall, M., 2012: «The New Conquest History», *History Compass*, 10/2, 151-160.
- Reyes Morales, E. D. y Romero Galván, J. R., 2019: «Aztlán, Teocolhuacán, el inicio de una migración y el fin de una Triple Alianza. Tiempos y lugares», *Estudios de cultura Náhuatl*, 57-I, 81-108.
- Reynolds, W. A., 1978: *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional.
- Rojas, J. L. de, 2002: «El Imperio en el México Central en el Postclásico: a vueltas con las fuentes y las ideas», *Revista Española de Antropología Americana*, 32, 115-126.
- Rojas, J. L. de, 2007: «La nobleza indígena de México ante la conquista española», *Trocadero*, 19, 55-68.

- Rovira Morgado, R., 2010: «Huitznáhuac: ritual político y administración segmentaria en el centro de la parcialidad de Teopan (México-Tenochtitlan)», *Estudios de cultura Náhuatl*, 41, 41-64.
- Rozat, G., 2002: *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, Jalapa, Universidad Veracruzana.
- Ruiz Guadalajara, J. C., 2009: «“...A su costa e minsión...”. El papel de los particulares en la conquista, pacificación y conservación de la Nueva España», en J. J. Ruiz Ibáñez (coord.), *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las Monarquías Ibéricas*, Madrid, FCE.
- Ruiz Ibáñez, J. J.(coord.), 2009: *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las Monarquías Ibéricas*, Madrid, FCE.
- Ruvalcaba Mercado, J., 2018: «Los sacrificios humanos y su relación con la dieta y el canibalismo azteca en el momento de la Conquista», *Revista Española de Antropología Americana*, 48, 121-142.
- Salas, A. M.1986: *Las armas de la conquista de América*, 2.<sup>a</sup> ed., Buenos Aires, Plus Ultra.
- Sanchis, V. M., 2012: *Francisco Cervantes de Salazar (1518-1575) y la patria del conocimiento: la soledad del humanista en la ciudad de México*, tesis doctoral dirigida por J. C. Rovira, Alicante, Universidad de Alicante.
- Santa Cruz, A., 1983: *Alonso de Santa Cruz y su obra cosmográfica*, 2 vols., M. Cuesta (ed.), Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.
- Santamarina Novillo, C., 2005: *El sistema de dominación azteca: el imperio tepaneca*, tesis doctoral dirigida por J. L. de Rojas, Madrid, UCM.
- Santamarina Novillo, C., 2005b: «Las fuentes aztecas como narración: los *casus belli*», *Anales del Museo de América* 13, 125-138.
- Santamarina Novillo, C., 2007: «Azcapotzalco antes que Tenochtitlan», *Revista Española de Antropología Americana*, 37-II, 99-118.

- Seed, P., 2010: «La conquista de América», en G. Parker (ed.), *Historia de la guerra*, Madrid, Akal, 137-152.
- Simpson, L. B., 1970: *Los conquistadores y el indio americano*, Barcelona, Península.
- Smith, M., 1994: «Hernan Cortés on the Size of Aztec Cities: Comment on Dobyns», *Latin American Population History Bulletin*, 25, 25-27.
- Solano, F. de (coord.), 1988: *Proceso histórico al conquistador*, Madrid, Alianza.
- Terraciano, K., 2014: «Narrativas de Tlatelolco sobre la conquista de México», *Estudios de cultura Náhuatl*, 47-I, 211-235.
- Thomas, H., 1994: *La conquista de México*, Barcelona, Planeta.
- Thomas, H., 2001: *Quién es quién de los conquistadores*, Barcelona, Salvat.
- Thomas, H., 2006: *El imperio español. De Colón a Magallanes*, Barcelona, Planeta.
- Tirado Salazar, R. O., 2017: *El urbanismo islámico de la Península Ibérica y la ciudad de México: análisis comparativo*, tesis doctoral dirigida por F. Valdés, UAM.
- Todorov, T., 2000: *La conquista de América. El problema del otro*, 11.ª ed., México D.F., Siglo XXI.
- Townsend, C., 2006: *Malintzin's Choices: An Indian Woman in the Conquest of Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Trejo, S., 2000: «La imagen del guerrero victorioso en Mesoamérica», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 31, 231-268.
- Tsouras, P. G., 2005: *Montezuma: warlord of the Aztecs*, Washington D.C., Potomac Books.
- VV. AA., 2015: *Memoria del Primer Congreso Nacional de Historia Militar de México, a través de los archivos históricos*, México D.F., Secretaría de la Defensa.
- VV. AA., 2014: «La conquista de México», *Desperta Ferro. Historia Moderna*, 12, 6-55.
- Valcárcel, S., 1997: *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*, Granada, Diputación Provincial.

- Vallejo, J. M., 2008: *Juicio a un conquistador. Pedro de Alvarado*, 2 tomos, Madrid, Marcial Pons Historia.
- van Zantwijk, R., 2010: «La política y la estrategia militar de Cuitlahuatzin», *Estudios de Cultura Náhuatl*, 41, 19-39.
- Vaner, J. G. y Vaner, J. J., 1983: *Dogs of the conquest*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Vega Hernández, J., 2002: «Hondas y boleadoras en la América hispana», *Anales del Museo de América*, 10, 113-136.
- Vignolo, W., 2007: «Una nación de monstruos. Occidente, los cinocéfalos y las paradojas del lenguaje», *Revista de Estudios Sociales* 27, 140-149.
- Wagner, H., 1944: *The Rise of Fernando Cortés*, Berkeley, Cortés Society.
- Webster, D., 1999: «Ancient Maya Warfare», en K. Raaflaub y N. Rosenstein (eds.), *War and society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe and Mesoamerica*, Cambridge (Mass.)/London, Harvard University Press, 333-360.
- Weckmann, L., 1996: *La herencia medieval de México*, México D.F., FCE/El Colegio de México.



ANTONIO ESPINO LÓPEZ (Córdoba, España, 1966) es catedrático de Historia Moderna de la Universitat Autònoma de Barcelona, especializado en historia de la Guerra. Publicó en 1999 su tesis doctoral *Catalunya durante el reinado de Carlos II. Política y guerra en la frontera catalana (1679-1697)*. Entre los libros que ha escrito destacan *Guerra y cultura en la Época Moderna. La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII*; *Los gobernadores de Ibiza en el siglo XVII*, galardonado con el premio Vuit d'Agost (2005); *Guerra, Fisco y Fueros. La defensa de la corona de Aragón en tiempos de Carlos II (1665-1700)*; *Atlas Histórico del Colonialismo y Guerra y defensa en la Mallorca de Carlos II (1665-1700)*. Es autor de la edición crítica de las obras de Bernardino Barroso y F. Núñez de Velasco.

[1] El manuscrito forma parte del fondo antiguo de la Universidad de Valladolid, 487 fols., c. 1783. <<

[2] Algunos años antes, el cordobés Gonzalo de Ayora «asaz experimentado en las letras y armas, habiendo estado algunos años en Italia, Francia y Alemania siguiendo los ejercicios de armas de guerra, vio y entendió la ventaja que tenía el ejército bien ordenado, aunque fuese de poco número, al de la muchedumbre, confuso; a cuya causa deseó introducir en España lo que suizos y alemanes usan en la guerra, y así lo propuso a los Católicos Reyes [...]». Alfonso Hernández de Madrid, *Historia de la antigüedad y nobleza de la ciudad de Palencia*, citado por Díez del Corral, L., 1983, 162-163. <<

[3] López de Gómara, F., 2007, 22. Y Suárez de Peralta, sobrino político de Hernán Cortés, escribió: «Que los cristianos, a lo menos en Nueva España, no fueran parte, los que fueron, para conquistar y paçificar aquella tierra, si Dios no mostrara su Boluntad con milagro, que lo fue grandísimo bençer tam poca gente a tanta multitud de ymdios como avía». Suárez de Peralta, J., 1990, 67.  
<<



[4] Mira Caballos, E., 2010, 182. <<

[5] *Ibid.*, 182. <<

[6] Aguilar, F. de, 1980, 93. La cursiva es mía. <<

[7] Fernández de Oviedo, G., 1853, II, 333. <<

[8] En su monografía acerca de la evolución histórica de los imperios, Burbank y Cooper afirman: «Con unos pocos centenares de hombres, Hernán Cortés atacó a los aztecas en 1519; y Francisco Pizarro sometió a los incas en 1531-1533». Burbank, J. y Cooper, F., 2011, 176. Para el caso Inca, Patricia Seed, una especialista en las guerras indias de la Norteamérica de la Edad Moderna, no dudó en señalar lo siguiente refiriéndose al sitio de Cuzco en 1536: «190 soldados con casco de acero y coraza derrotaron allí a 200 000 personas armadas con piedras». Ni más, ni menos. Seed está aceptando, sin contrastarlas, las cifras aportadas por, por ejemplo, el cronista Pedro Pizarro, para quien doscientos hispanos, y en especial, setenta de a caballo, vencieron a doscientos mil guerreros aborígenes. Seed, P., 2010, 143. En cambio, Jeremy Black sí sitúa en el nivel que le corresponde la ayuda recibida por Cortés o Pizarro por parte de sus aliados aborígenes, una de las claves de la conquista. Black, J., 2011, 181-182. <<

[9] María Elvira Roca Barea ha vuelto recientemente a utilizar argumentos del nacional-catolicismo hispano más rancio en *Imperiofobia y leyenda negra*, Madrid, Siruela, 2016. <<

[10] Restall, M., 2004, 92-106. <<

[11] Restall, M., 2012, 151-160. <<



[12] Martínez, J. L., 1992, 74. <<

[13] Así lo reclamaba William Prescott tras narrar los terribles hechos conocidos como la matanza de Cholula. En realidad, considero que Prescott sí juzgó esa demasía de Cortés en términos muy críticos, pues el simple hecho de que se planteasen largos párrafos para justificar dicha acción lo demuestra. Al menos en mi opinión. Prescott, W., 2004, 246 y ss. <<

[14] J. L. Martínez toma la expresión de Wagner, H., 1944, 41. Y yo mismo del gran historiador mexicano. Martínez, J. L., *op. cit.*, 139. <<

[15] El lector comprobará que a lo largo del libro he procurado no utilizar los términos soldado, tropas o ejército aplicados al caso de la hueste cortesiana.  
<<

[16] Acerca de la figura y la obra de Díaz del Castillo es imprescindible el reciente trabajo de Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., 2018. <<

[17] M. Restall comenta que, en su trabajo acerca de las biografías de los participantes en la conquista del Imperio mexica, Hugh Thomas identificó a 15 mujeres entre el conjunto de 2200 varones que participaron en los hechos bélicos. De las féminas, 5 o 6 llegaron a empuñar las armas. Restall, M., 2004, 239-240, n. 3. <<

[18] Al respecto, *vid.* Espino López, A., 2019, introducción. <<

[19] Acerca de la Historia del Combate, Lynn, J. A., 1997, 777-789. Asimismo, la postura de Lauro Martines acerca de la Historia Social de la Guerra. Martines, L., 2013, 267. <<



[1] En las siguientes páginas sigo, básicamente, a Hassig, R., 2008, 275 y ss.  
<<

[2] Hassig, R., 1992, 171. <<

[3] Las lanzas, que fueron descritas por los españoles como armas de 167 centímetros de longitud, podían tener una punta en forma de sierra o bien eran de tipo bifacial y de obsidiana. Podían ser arrojadas, pero servían asimismo en la lucha cuerpo a cuerpo, ya que no solo tenían una función punzante, sino que también podían cortar. Por ello, podían tanto abrir las filas del contrario desde lejos, como servir para abrirse paso entre ellos. Cervera Obregón, M. A. , 2007, 136-137. <<

[4] Esta arma consistía en un mango largo de madera, de unos 60 centímetros, con una ranura en la que se insertaba una saeta terminada en una punta afilada y endurecida al fuego o bien se le encajaba una punta de proyectil de pedernal, sílex u obsidiana. Algunos diseños incluían sendos agujeros para introducir los dedos medios de la mano. En manos expertas, el dardo lanzado con este ingenio podía volar 150 metros. Cervera Obregón, M. A., 2007, 65-66. Cervera Obregón, M. A., 2014, 46-49. Hassig, R., 1992, 137. Según el cronista Antonio de Herrera, los indios, entre otras armas, disponían de «[...] baras con amientos, que tiraban con tanta fuerza, y maña, que pasaban una puerta, y era el arma que más temieron los castellanos». Herrera, A. de, 1601, década II, libro VI: fol. 185. <<

[5] Esos dardos, o *minacachalli*, estaban fabricados de roble con su extremo recubierto de diversos tipos de plumas. Las puntas podían ser de obsidiana, pedernal, cobre o espinas de pescado. Había dardos con púas muy peligrosos, pues al herir obligaban a cortar el cuerpo del proyectil y eran difíciles de extraer al lacerar la carne. Cervera Obregón, M. A., 2007, 137. <<

[6] Teotihuacan fue una de las mayores urbes del planeta en su época, pues llegó a alcanzar los 22 kilómetros cuadrados y una población de unos 125 000 habitantes y, a pesar de que su dominio directo se extendía solamente por un área de unos 25 000 kilómetros cuadrados, su influencia alcanzó gran parte de Mesoamérica. Aimi, A., 2009, 43. <<

[7] David Webster asegura que los *átlats* y el arco y la flecha se usaban, pero muchas de estas armas, salvo el arco y las defensas de algodón, fueron, en realidad «only modest innovation in armament throughout Maya cultural history». Webster, D., 1999, 343. Asimismo, para el mundo maya, es interesante Koontz, R., 2018. <<

[8] Durán, D., 1880, II: 44. <<



[9] Se trataba de una talla sobre lasca de entre 10 y 30 centímetros de largo por entre 5 y 10 de ancho a la que se había dotado de filo. Cabe recordar que, si bien el filo es realmente cortante, la solidez del material es muy inferior a la de los metales. Cervera Obregón, M. A., 2007, 67. <<

[10] Tula, aun estando situada en la zona menos fértil del altiplano, consiguió ser un gran centro urbano que alcanzó una extensión de 16 kilómetros cuadrados y una población de unos 50 000 habitantes. Aimi, A., *op. cit.*, 45.  
<<

[11] Este arma, de 50 a 70 centímetros de largo, era un bastón de madera tallado en forma de remo para que en cada extremo se pudiesen colocar hasta seis navajas de obsidiana con función de doble filo, pero no de punción. No es una espada exactamente, pues no penetra, ni una maza al modo de una macana, pues no pretende tener una función contundente, sino de tajar. De hecho, es un arma diferente. Cervera Obregón, M. A., 2007, 69. <<

[12] El arco prehispánico, o *tlahuitolli*, se fabricaba con cartílago animal y madera con un largo de 150 centímetros. *Ibid.*, 67. En el mundo mexica, cada hombre llevaba un solo carcaj, con unas 20 flechas, todas iguales, solo que con diferentes tipos de puntas obtusas: de obsidiana, de pedernal, espinas de pescado. Las puntas las recubrían de fibra de magüey y las pegaban a la saeta con resina de pino. Pero no estaban envenenadas, un gran hándicap. Con todo, eran capaces de atravesar una armadura de algodón tupido. *Ibid.*, 131-132. Su alcance podía ir de los 90 hasta los 180 metros. Hassig, R., 1992, 137-138. <<

[13] Es esta una cuestión controvertida, como reconoce Cervera Obregón, M. A., 2007, 44-45, 52-53. <<

[14] En las siguientes páginas sigo a Bueno Bravo, I., 2007, 22 y ss. <<

[15] Como señalan López Austin, Herrera y Martínez Baracs, esta Triple Alianza fue, en realidad, la cuarta formación con dicha estructura. Según el cronista Chimalpáhin, la primera estuvo compuesta por Tollan, Culhuacan y Otompan; la segunda sería la formada por Culhuacan, Coatlichan y Azcapotzalco; en la tercera, Tetzcoco sustituyó a Coatlichan y en la cuarta y última, aquella encontrada por el grupo conquistador, México-Tenochtitlan había sustituido a Culhuacan y Tlacopan a Azcapotzalco. «También debe hacerse notar que la institución de las triples alianzas no era extraña en el contexto mesoamericano: se dio en el centro de México, en Michoacán, en el norte de Yucatán y en los Altos de Guatemala». López Austin, A.*et al.*, 2013, 23-25. <<

[16] Tlatelolco, muy rica gracias al comercio, pagó los mercenarios para derrotar a Maxtla. Más tarde, se enfrentaron en 1431 a Tenochtitlan. Bueno Bravo, I., 2005, 135-139. <<



[17] En estas páginas sigo a Carrasco, P., 1996, 43 y ss. Bueno Bravo, I., 2007, 55 y ss. López Austin, A.*et al.*, *op. cit.*, 24 y ss. <<

[18] Graulich, M., 1994, 55. La referencia al Imperio inca es inevitable aquí. El Tawantinsuyu también se dividía en cuatro partes: de norte a sur Chincasuyu, Cuntisuyu, Antisuyu y Collasuyu. Por supuesto, el ombligo del mundo era el Cuzco. *Vid.* Espino López, A., 2019. <<

[19] Santamarina cita a Frederick Hicks y Pedro Carrasco. Santamarina Novillo, C., 2005, 250, n. 48. <<

[20] Berdan, F. F., 2007, 122. <<

[21] Como incide Frances Berdan, «Los alimentos, los materiales de construcción y otros bienes utilitarios tienden a ser pesados y voluminosos; los bienes de lujo como las plumas, las piedras preciosas y el oro, tienden a ser más ligeros y más pequeños. La Triple Alianza emplazó las demandas de los objetos utilitarios más pesados en las provincias próximas a las capitales imperiales: estas provincias tenían capacidad para proveer estos bienes, y tenían que cubrir menos distancia en su transporte. Sin embargo, hay algunas anomalías: la distante Coyolapan pagaba parte de su tributo en voluminosos alimentos, y algunas provincias distantes llevaban abultados fardos de algodón y pesadas cargas de cacao (que se producían en esas regiones específicamente)». *Ibid.*, 122, n. 2. <<

[22] Kobayashi citado en Santamarina Novillo, C., 2005, 250, n. 40. <<

[23] Bueno Bravo, I., 2007, 65 y ss. <<

[24] Hassig escribe: «Un sistema político será más eficiente cuanto más descansa sobre el poder, en lugar de sobre la fuerza, pues el esfuerzo requerido para alcanzar sus fines proviene de sus subordinados; de este modo, los subordinados se gobiernan a sí mismos, siguiendo la política dominante para conservar su propia fuerza. Tal sistema político es algo más que un elaborado juego de fraude y engaño; la capacidad para hacer uso de la fuerza es un requisito necesario del poder, aunque su uso real no siempre sea requerido. Un simple ejemplo de fuerza por parte de una unidad política, para mostrar su capacidad de compeler a la obediencia, debe hacer innecesarias posteriores demostraciones». La cita y traducción en Santamarina Novillo, C., 2005, 112. <<



[25] Acerca de la coerción económica en el Imperio mexicana, *vid.* Garraty, Ch. P., 2007. <<

[26] Con esta opinión no estaría de acuerdo Frances Berdan, quien, citando a Carrasco, considera que los gobernantes de las ciudades-estado de la Triple Alianza orchestaron los asesinatos de señores enemigos así como la colocación de sus propios parientes como nuevos señores en las ciudades-estado vencidas. Berdan, F. F., *op. cit.*, 120. Ahora bien, más tarde, en este mismo trabajo, reconoce que tal afirmación se aplicaría en especial a los gobernantes de los territorios más cercanos al valle central, mientras que en los más alejados «los gobernantes locales solían retener su liderazgo local en las provincias distantes». *Ibid.*, 123. <<

[27] Mann, Ch. C., 2009, 102-106. <<

[28] Bueno Bravo, I., 2007, 69. <<

[29] Acerca de los tarascos, que se extendieron por Michoacán y Jalisco, *vid. ibid.*, 15-18. Hubo guerra contra ellos en 1476-1477, en la década de 1480 y en 1517-1518. Los mexicas tuvieron que construir una fortificación en Oztuma para frenarlos; una vez masacrada su población tarasca, se enviaron 2000 pobladores del valle central de México. Los tarascos atacaron Oztuma en 1499, sin éxito, pero veinte años más tarde, en 1519, acabaron por tomarla. Cervera Obregón, M. A., 2011, 177-179. Acerca de las armas de los tarascos, Martínez, R. y Valdez, I., 2009, 17-28. Guzmán Pérez, M., 2012, 24-25. Acerca de la formación del Imperio tarasco, Perlstein Pollard, H., 2004, 119 y ss. <<

[30] Acerca del área de los mixtecos, Galera Isidoro, I., 1992, 105-122. <<

[31] En las siguientes páginas sigo el trabajo de Berdan, F. F., *op. cit.* <<

[32] He seguido en estas páginas a Carrasco, P., *op. cit.*, 59 y ss. y Bueno Bravo, I., 2007, 70 y ss. <<



[33] El *calpulli* puede identificarse como un grupo de parentesco o comunidad, de los que había 20 en México-Tenochtitlan asentados en los cuatro grandes barrios de la urbe. Cada *calpulli* disponía de sus propias tierras comunales, mientras que el resto de esta se dividía entre las propiedades de los nobles, *tecpillalli*, y las tierras públicas que servían para mantener el régimen político-bélico y religioso del estado mexica. Martínez, J. L., 1992, 25-26. En la definición de López Austin, el *calpulli* era la «Unidad social de tendencia endogámica, compuesta de familias que hacían referencia a un origen mítico común, protegidas por una divinidad especial, unidas entre sí por la propiedad comunal de la tierra, con una profesión común y organizadas políticamente en forma gentilicia». López Austin, A., 2016, 275. <<

[34] Según López Austin, la ausencia de rebeliones se debió a que «El enfrentamiento militar era inadecuado cuando el estado conservaba la fuerza de la tropa de otros *calpulli* o de mercenarios, la disposición de los cuerpos de valientes, alejados ya de los intereses de sus *calpulli* y la pericia en la dirección de los capitanes *pipiltin*. En ocasiones la oposición se presentaba con la pasividad, como fue el caso de la negativa de los *macehualtin* cuando los *pipiltin* de México-Tenochtitlan quisieron hacer la guerra a Azcapotzalco». López Austin, A., *ibid.*, 271. <<

[35] Acerca de las hondas en las Indias, *vid.* Vega Hernández, J., 2002. Las hondas se fabricaban con una fibra vegetal, el *ixtle*. Cervera Obregón, M. A., 2014, 49. <<

[36] Cervera Obregón, M. A., 2007, 72-88. Hassig, R., 2008, 287-288. <<

[37] Santamarina Novillo, C., 2005, 197. <<

[38] Bueno Bravo, I., 2015, 25-30. <<

[39] Bueno Bravo, I., 2012, 144. <<

[40] Según el códice Aubin, en su reinado una terrible plaga de langosta condujo al hambre, además de por la sequía. La necesidad fue tanta, que muchos se diseminaron por los montes en busca de caza, mientras que los muertos eran tan numerosos que no podían ser sepultados y los animales silvestres los comían. *Códice Aubin: manuscrito Azteca de la Biblioteca Real de Berlín, anales en mexicano y jeroglíficos desde la salida de las Tribus de Aztlán hasta la muerte de Cuauhtémoc*, 1902, 96. <<



[41] Chalco estuvo regido por gobernadores militares durante 22 años tras su conquista. Solo entonces, citando C. Santamarina a Pedro Carrasco, «[...] los tenochcas instalaron como reyes de las principales cabeceras de Chalco a miembros de sus antiguas dinastías, y se establecieron alianzas matrimoniales semejantes a las que el linaje real de Tenochtitlan mantenía con sus reyes subordinados. Chalco ocupó entonces una situación semejante a la de los reinos dependientes de Tenochtitlan, contribuyendo con contingentes militares y participando en las obras públicas de Tenochtitlan». Santamarina Novillo, C., 2005, 208. <<

[42] Bueno Bravo, I., 2012, 144 y ss. <<

[43] No hay consenso en los orígenes de Moquihuix. Unas fuentes lo señalan como tío del anterior *tlatoani*, Cuauhtlatoa, y, por tanto, de estirpe tepaneca. Otras que era tenochca y, más en concreto, sobrino de Moctezuma I Ilhuicamina. Por último, también se le hace proceder de Aculhuacan. En todo caso, emparentó con Tenochtitlan a través de su matrimonio con Chalchiuhnénetl, hermana de Axayacatl y con Tetzco al casarse con una hija de Nezahualcóyotl. Una tradición quiere que de esa unión naciera la princesa Tiyacapan, que se casaría con Ahuitzotl, *tlatoani* de Tenochtitlan, quienes, a su vez, tendrían como descendiente a Cuauhtémoc, el último emperador mexica. Bueno Bravo, I., 2005, 140. <<

[44] La elección de Axayacatl se realizó con la oposición de sus hermanos mayores, Tizoc y Ahuitzotl, y de sus tíos, Machimale e Iquéhuacatzin, hijos de Moctezuma I Ilhuicamina. Bueno Bravo, I., 2005, 141-142. <<

[45] Acerca de los aspectos míticos en la derrota de Tlatelolco de 1473, *vid.* Chinchilla Mazariegos, O., 2011, 77 y ss. <<

[46] Perlstein Pollard, H., *op. cit.*, 122. En la guerra contra los matlatzincas, Axayacatl fue herido en una pierna por un guerrero llamado Tlilcuespal. Hubo de ser un suceso señalado pues aparece citado en el código Aubin. Código Aubin, *op. cit.*, 96. <<

[47] Acerca del faccionalismo en la acción política mexicana, *vid.* Bueno Bravo, I., 2007, 99 y ss. <<

[48] Lameiras, J., 1994, 48. <<



[49] León-Portilla, M., 2011, 53-54. <<

[50] Oaxaca era importante por conectar a través de ella con la zona del golfo, donde los mexicas establecieron guarniciones en Acatlan, Cotlaxta, Hueytlalpa, Juyupango, Matlatan, Chila, Misantla y Papantla. Bueno Bravo, I. , 2007, 13. <<

[51] Graulich, M., *op. cit.*, 270. <<

[52] Hassig, R., 2012, 115-116. <<

[53] Cortés describe el acueducto que llevaba agua dulce a la ciudad de la siguiente forma: «Por la una calzada que a esta gran ciudad entra vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia [...]». Cortés, H., 1985, 69. <<

[54] Bueno Bravo, I., 2007, 120. <<

[55] Medin, T., 2009, 102-110, cita en p. 103. <<

[56] *Ibid.*, 122. <<



[57] Según el código Aubin, fueron los habitantes de Cuauhnahuac, Tepotzotlan, Huaxtepec y Xilotepec quienes construyeron la gran pirámide. Años más tarde, coincidiendo con el de la muerte de Ahuitzotl, se convocó a las gentes de Malinalco para labrar piedras, sin explicitar para qué obras, pero al no enviar suficientes trabajadores, los mexicas comenzaron a aprisionarlos. Con Moctezuma II se reanudaron sus servicios como picapedreros. Código Aubin, *op. cit.*, 97. <<

[58] Gracia Alonso, F., 2017, 193-194. Graulich, M., *op. cit.*, 48-49. <<

[59] Ruvalcaba Mercado, J., 2018, 128 y ss. <<

[60] «Presenciar la horripilante muerte no sólo de soldados enemigos, sino también de esclavos del lugar, niños, u ocasionalmente algún plebeyo libre, a la mayoría de la gente debió hacérselo pensar dos veces antes de implicarse en cualquier forma de resistencia contra su rey o señor local». Cita y traducción de Smith en Santamarina Novillo, C., 2005, 148-149. <<

[61] León-Portilla, M., 2005, 125-127. <<

[62] Graulich, M., *op. cit.*, 129-136. <<

[63] Isabel Galera considera que la presencia de litigios constantes entre mixtecos, zapotecos y mexicas en las tierras de Oaxaca condujo a una situación de «guerra de guerrillas» generalizada que facilitó la conquista hispana a partir de 1521. Galera Isidoro, I., *op. cit.*, 108. <<

[64] Graulich, M., *op. cit.*, 137-154, 202-203. Davies, N., 1977, 185-188. <<



[65] Lameiras, J., *op. cit.*, 50. Graulich, M., *op. cit.*, 237-238. <<

[66] Graulich, M., *op. cit.*, 235-242. <<

[67] Bueno Bravo, I., 2007, 120-125. Davies, N., *op. cit.*, 187-194. <<

[68] Lameiras, J., *op. cit.*, 50-52. Graulich, M., *op. cit.*, 246-252. <<

[69] Cervantes de Salazar, F., 1971, lib. IV, capt. III. <<

[70] Las citas en Olivier, G. y López Luján, L., 2010, 79-91. <<

[71] Cervera Obregón, M. A., 2011, 50-53. <<

[72] Al respecto, Santamarina Novillo, C., 2005b, 128 y ss. <<



[73] Para V. Hanson, la diferencia principal entre la doctrina bélica mexicana y la europea estribaba en que la primera estuvo sometida a unas limitaciones geográficas y culturales mayores que la segunda. Hanson, V. D., 2004, 222.  
<<

[74] Hassig, R., 1992, 141. Otros autores, como J. L. Martínez, nos hablan de una ciudad, Tenochtitlan, de entre 72 000 y 300 000 habitantes, insertada en un imperio de 500 000 kilómetros cuadrados. Martínez, J. L., *op. cit.*, 22-25. Y también se ha argumentado, merced a la etnohistoria y la arqueología, que el valle central de México estaría habitado en 1519 por entre 1 200 000 y 1 600 000 habitantes. Smith, M., 1994, 25-27. <<

[75] Hassig, R., 1992, 144-145. <<

[76] Graulich, M., *op. cit.*, 133-134. <<

[77] Pomar en VV. AA., 1991, 76-80. <<

[78] Lameiras, J., *op. cit.*, 60-61. <<

[79] Bueno Bravo, I., 2007, 147-152. Hassig, R., 2008, 291. <<

[80] Muñoz Camargo habla del asentamiento de xoltocamecas (o xacamatecas), otomíes y chalcas. Muñoz Camargo, D., 1892, I, 111-112. <<



[81] Carrasco, P., *op. cit.*, 531-543. <<

[82] Beekman, citado por Santamarina Novillo, C., 2007, 105. <<

[83] Bueno Bravo, I., 2007, 153. <<

[84] Carrasco, P., *op. cit.*, 532-533. <<

[85] Santamarina Novillo, C., 2007, 105-107. <<

[86] Dichas estrategias serían: «Reforzamiento: Las élites y los gobernantes buscan garantizar su posición local y en el seno del imperio. Resistencia: La gente de las provincias busca reducir o anular el control imperial de los asuntos internos. Emulación: Las élites y otros en la provincia emplean un estilo prestigioso o prácticas asociadas con el imperio. Éxodo: Los *macehuales* o élites provinciales discrepantes huyen para escapar de las fronteras imperiales o las áreas administradas. Control de la información: La gente de las provincias busca controlar u ocultar en su propio beneficio la información buscada por el gobierno imperial. Apropiación: La gente de las provincias adopta selectivamente procedimientos e instituciones imperiales y las usa para asuntos locales. Afirmación: La gente de las provincias busca redefinirse en beneficio propio o pretende la exención de procedimientos e instituciones imperiales. Complicidad: Las élites en la provincia colaboran económicamente con partes significativas del imperio en beneficio propio. Asimilación: Las élites o los *macehuales* de la provincia, como individuos o grupos, buscan distintos grados de integración social, económica o de identificación con la sociedad dominante». Chance, J. K. y Stark, B. L., 2007, 208. <<

[87] El líder de los guerreros águilas era el *cuahnochtecuhtli*, quien cuidaba del orden y la disciplina de aquellos guerreros de élite. El guerrero era conocido como *cuauhtecuhtli*. Según Isabel Bueno, «Este es, sin duda, el guerrero que alimenta el imaginario azteca; sin embargo, es una paradoja comprobar que, a pesar de ello, no es el más representado, quizás la razón se deba a su propia exclusividad ya que sobre la armadura de algodón se ponían un mono recubierto de plumas, que eran un producto de lujo muy exclusivo, que sólo algunos privilegiados podían utilizar con permiso real. El traje se completaba con un casco con forma de cabeza de águila, por cuyo pico abierto el guerrero mostraba su rostro». Bueno Bravo, I., 2015, 76. <<

[88] Llamados también *oceloyótl*, o guerreros jaguar. Según aporta Isabel Bueno, los trajes que vestían estos guerreros aparecían en las listas de tributos exigibles a las provincias dominadas, que o bien los entregaban ya confeccionados o bien tributaban las propias pieles. Era de cuerpo entero y se ataba a la espalda y el algodón y las plumas también parece que se utilizaban a la hora de su confección. Por cierto que los guerreros *macehualtin* que alcanzasen el máximo rango militar que les estaba permitido podían vestir un traje realizado con tiras de piel llamado *oceloehuatl*. *Ibid.*, 76. <<



[89] Sus trajes se reservaban a los guerreros que habían capturado a seis o más enemigos. También eran de cuerpo entero y atados a la espalda, pero podían ser de diversos colores y confeccionados con diversos materiales: «[...] el *tozcoyotl* con plumas amarillas de papagayo, el *citlalcoyotl* con plumas de pava y cuyo diseño representaba el cielo estrellado, el blanco o *coyotl iztac*, el denominado *tlecoyotl* o coyote de fuego, que se decoraba con plumas brillantes o flecos teñidos de algodón o papel, el *tlapalcoyotl* de color rojo. El casco tenía forma de cabeza de coyote, rematado con un penacho de plumas de quetzal y utilizaba escudos de tipología variada». *Ibid.*, 76-77. <<

[90] Torquemada citado en Cervera Obregón, M. A., 2011, 130. Hassig, R., 1992, 140-141, 143. <<

[91] Pomar en VV. AA., *op. cit.*, 76-80. <<

[92] Cervera Obregón, M. A., 2011, 137. <<

[93] Declercq, S. J. L., 2018, 273 y ss. <<

[94] Hanson, V. D., *op. cit.*, 225-226. <<

[95] Gracia Alonso, F., *op. cit.*, 196-197. <<

[96] Bueno Bravo, I., 2015, 75. <<



[97] Sahagún, B. de, 2001, II, 617. <<

[98] Como nos recuerda Antonio Aimi, «los guerreros caídos en batalla iban a la Casa del Sol y acompañaban a este astro desde el alba hasta mediodía, momento en el que se entregaba a las mujeres fallecidas durante el parto, que lo acompañaban hasta el atardecer. Los que habían muerto ahogados o fulminados por un rayo, o en circunstancias asociadas al agua o la lluvia, iban al Tlalocan; todos los demás iban al Inframundo». Aimi, A., *op. cit.*, 62, n. 49.  
<<

[99] Según Juan B. Pomar, los padres de los guerreros ayunaban cuando estos iban a la guerra, de forma que solo comían una vez al día, y no se afeitaban el cabello ni se limpiaban el rostro hasta el regreso de su familiar. En caso de retorno, y máxime si había capturado algún prisionero, se hacían grandes fiestas. En caso de fallecimiento, los familiares del finado lo lloraban durante ochenta días en su casa con todos sus parientes. Pomar en VV. AA., *op. cit.*, 47. <<

[100] Bueno Bravo, I., 2007, 147-158. Bueno Bravo, I., 2009, 193-195. Hassig, R., 2008, 288-291. Cervera Obregón, M. A., 2011, 70-87. <<

[101] Bueno Bravo, I., 2009, 189. <<

[102] Cervera Obregón explica que el rito del *Tlacaxipehualiztli* consistía en el enfrentamiento de cuatro guerreros mexica, armados de manera convencional con *macuáhuatl*, contra un prisionero de guerra al que se le armaba con un simple bastón de madera con plumas en lugar de cuchillas de piedra y un escudo. La lucha, ritualizada, se producía encima de una piedra especial llamada *temalácatl*. Cervera Obregón, M. A., 2011, 92. Cuando el guerrero era herido se procedía a llevarlo al altar de sacrificios y se le arrancaba el corazón. El ritual continuaba con el corte de las cabezas de los sacrificados y su desollamiento. Las pieles, una vez curtidas, eran enterradas cuarenta días más tarde al pie de la escalinata del templo. Incluso un fémur del sacrificado se colgaba en la casa de los guerreros para protegerles en el futuro en los campos de batalla. Bueno Bravo, I., 2009, 199-204. <<

[103] Y. González, *El sacrificio humano entre los mexicas*, México, FCE, 1985, 36, citada en Bueno Bravo, I., 2009, 191. El ritual del sacrificio lo explica perfectamente Gracia Alonso, F., *op. cit.*, 191-193. <<

[104] López Austin citado en Santamarina Novillo, C., 2005, 145. <<



[105] Santamarina Novillo, C., 2007, 108. <<

[106] Citas en *ibid.*, 108-109 y n. 13. <<

[107] Acerca de los bailes, y cánticos, asociados a la guerra, *vid.* Danilovic, M., 2017. <<

[108] En este mes se sacrificaban víctimas de guerra, llamados *xipeme*, es decir desollados, o *tototecti*, es decir los muertos en honor al dios Tótec, en el templo de Huitzilopochtli. Los ejecutados se desollaban antes de llevar los cuerpos al *calpulli* de su capturador. Fray Diego Durán menciona que se desollaba y despedazaba a los muertos y su carne era cedida al indio capturador. Al guiso que incluía la carne humana le llamaban *tlacatlaolli*. El mes mexica constaba de 20 días, de manera que en el decimonoveno del mes de Tlacaxipehualiztli se realizaban los combates con los guerreros más destacados sobre el *temalácatl*, es decir la piedra redonda con la imagen del sol. Pero, en esta ocasión, se desollaban los guerreros sacrificados directamente en el *calpulli* del captor. Declercq, S. J. L., *op. cit.*, 322. <<

[109] Declercq, S. J. L., *op. cit.*, 288-308, 316. <<

[110] El cronista Alvarado Tezozómoc se refirió a ellas como «batalla civil y gloriosa, rociada con flores, preciada plumería, de muerte gloriosa, con alegría, en campo florido, pues no es con traición sino de voluntad, de que todos los enemigos fueron muy contentos de ello». Citado en *ibid.*, 197. <<

[111] Harner comentó que la élite mexicana, pero también los guerreros destacados procedentes de otros estratos de la sociedad, eran quienes se aprovecharían de la ingesta de los cuerpos de los sacrificados prisioneros de guerra. Esa ventaja gastronómica, que permitiría sobrevivir en un medio de dificultades para encontrar proteínas, haría, además, que se generase una «maquinaria bélica agresiva». Los comentarios acerca de Harner en *ibid.*, 70. <<

[112] Cervera Obregón, M. A., 2011, 162-167. <<



[113] Declercq, S. J. L., *op. cit.*, 75. También niega el canibalismo dietético  
Ruvalcaba Mercado, J., *op. cit.*, 125 y ss. <<

[114] Para una crítica de la visión de los chichimecas como bárbaros, o más primitivos, en contraposición a los toltecas, máxima expresión de lo civilizado en aquel mundo, *vid.* Navarrete, F., 2011. Navarrete escribe: «Este proceso de convergencia cultural no se dio a partir de un centro hegemónico que irradiara sus bienes culturales a grupos periféricos y subordinados. Tampoco fue un proceso de evolución cultural en que los toltecas, más civilizados, prevalecieron sobre los chichimecas, más primitivos. Se trató más bien de la suma de un conjunto de procesos diferentes, pero relacionados entre sí, en que la creciente centralización política y control territorial impuestos por ciertos *altépetl* más toltequizados obligaron a otras entidades políticas a seguir pasos similares; a la vez la mayoría de los *altépetl* se chichimequizaron al expandirse a los ámbitos ecológicos de pie de monte y serranía». *Ibid.*, 45. <<

[115] Declercq, S. J. L., *op. cit.*, 76-79. <<

[116] *Relación de Michoacán* citada en *ibid.*, 270. <<

[117] Ruvalcaba Mercado, J., *op. cit.*, 125. <<

[118] Hassig, R., 2008, 293. Declercq considera en su tesis sobre el canibalismo ritual mexicana que Hassig no prestó la suficiente atención a los aspectos rituales en el modo de hacer la guerra de los nahuas, al menos no en su trabajo de 1988, cuando León-Portilla, ya en 1956, había dejado sentada la importancia de la mística guerrera en los discursos de los nahuas. Michel Graulich sí prestó más atención a tal sugerencia. Declercq, S. J. L., *op. cit.*, 75, 193 y ss. <<

[119] Declercq, S. J. L., *op. cit.*, 193 y ss. <<

[120] Bueno Bravo, I., 2007, 158-175. Cervera Obregón, M. A., 2011, 54-59. Acerca de los tarascos, cuya capital, Tzintzuntzan, era una urbe de 25 000 a 30 000 pobladores, *vid.* Hassig, R., 1992, 152-154. Cabe decir que los grandes enemigos de los mexicas, como tarascos y tlaxcaltecas, no solo tenían sociedades evolucionadas y ejércitos profesionalizados, sino que contaban con casi las mismas armas, pues los tarascos no usaban *átlatl*, y con defensas corporales de algodón. Pero los mexicas tampoco pudieron conquistar a los chichimecas dada su condición de nómadas y sus aptitudes para la guerra de guerrillas. Hassig, R., 1992, 151. <<



[121] Cervera Obregón, M. A., 2017, 74-89. <<

[122] Al respecto, *vid.* León-Portilla, M., 1993, 251-257. <<

[123] Acerca de este dios, *vid.* Heyden, D., 1989, 83-93. <<

[124] Hassig, R., 1992, 140. <<

[125] Bueno Bravo, I., 2007, 186-204. Hassig, R., 1992, 142. <<

[126] Tirado Salazar, R. O., 2017, 359. <<

[127] Aimi, A, *op. cit.*, 41-49. <<

[128] *Ibid.*, 49. <<



[129] Al respecto, *vid.* Carmona Fernández, F., 1993. <<

[130] México-Tenochtitlan dispuso de 25 canales, de los que 14 se trazaron con un sentido o dirección de oriente a poniente, lo cual respondía a la lógica de tener muy presente la función compensadora del nivel del agua ante las crecidas del lago de Tetzaco, que estaba precisamente al oriente de la ciudad. Luego, otros 9 iban de norte a sur, lo cual es natural pues su función era llevar el agua entre vasos que estaban comunicados por ellos. «En otras palabras, la función de los canales en la ciudad prehispánica era muy importante ya que servían como reguladores del nivel del agua que rodeaba la ciudad y, de esta manera, se lograba un equilibrio en el que podía coexistir la ciudad con la laguna». Tirado Salazar, R. O., *op. cit.*, 384. <<

[131] López Luján, L. y López Austin, A., 2011, 64-71. <<

[132] Alonso de Santa Cruz señala cómo, tras la toma de la gran urbe mexicana, «Hoy, puesto que el marqués del Valle, don Hernando Cortés, reedificó hasta parte de ella al modo de España, haciendo caballerizas para trescientos caballos y seis y siete herrerías, que a la continua hacían armas, están en ellas el visorrey y la audiencia y sus oidores y la casa de la moneda y la de la artillería y armas y todo muy anchamente aposentado». Santa Cruz, A., 1983, 346-357. <<

[133] León-Portilla, M., 2005, 128. Miralles, J., 2004, 151-152. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, capt, IX. <<

[134] Aimi, A., *op. cit.*, 49-51. <<

[135] Escribe López Austin de los *macehualtin*: «Tras cultivar sus tierras, acudían por turno a las destinadas al sostenimiento estatal, que se encontraban entre las del *calpulli*. Acudían también, por tandas, a aportar su fuerza de trabajo a las grandes obras erigidas por el gobierno estatal y bajo la dirección de la clase gobernante y a labrar las tierras que el estado tenía dispuestas para satisfacer sus gastos. El tributo era fijado por lo regular en productos agrícolas usualmente cultivados en cada región y en proporción a la productividad de la tierra. Las obligaciones militares de los adultos se cumplían con la participación en las guerras en calidad de tropa y los jóvenes estudiantes iban como cargadores de armas y vituallas». López Austin, A., *op. cit.*, 253. <<

[136] León-Portilla, M., 2005, 128-130. <<



[137] Cervera Obregón, M. A., 2019, 64-78. <<

[138] Diego Durán citado en Aimi, A., *op. cit.*, 154-155. <<

[139] Aimi, A., *op. cit.*, 154, n. 148. <<

[140] *Ibid.*, 158-159. <<

[141] *Ibid.*, 159-168. <<

[142] *Ibid.*, 168-170. <<

[143] El Requerimiento era un documento elaborado, como es sabido, por el doctor Juan López de Palacios Rubios en 1513; un manifiesto que los futuros conquistadores —Pedrarias Dávila fue el primero en 1514— debían leer a los indios antes de comenzar legalmente las hostilidades, siempre que aquellos no lo aceptasen. De manera sucinta, en el Requerimiento se pregonaba el señorío universal del papa, la donación pontificia de las Indias a los Reyes Católicos y sus descendientes y el mandato impuesto a estos de evangelizar y predicar la fe cristiana a los amerindios; en virtud de todo ello, el monarca hispano debía ser reconocido como soberano por los príncipes y caciques de las Indias. De esta forma se justificaba la conquista de aquellas tierras y, al mismo tiempo, en caso de resistencia, se amenazaba a los indios con hacerles la guerra; una guerra justa, por supuesto. Hanke, L., 1988, 40 y ss. Pereña, L., 1992, 33 y ss. <<

[144] Aimi, A., *op. cit.*, 194. <<



[145] *Ibid.*, 200. <<

[1] Esteban Mira propone como fecha de nacimiento 1484 e incluso el arco cronológico que va de 1482 a 1484. Por ello, cuando fuese a estudiar leyes en 1499 no tendría catorce años, sino entre quince y diecisiete, edades más aptas para dichos estudios. Mira Caballos, E., 2010, 106-113. He seguido también en estas páginas a Thomas, H., 1994, 148-175. <<

[2] Mira Caballos, E., 2010, 82-92. <<

[3] Mira Caballos, E., 2018, 27. <<

[4] Así lo aseguró el sobrino político de Cortés, y cronista, Juan Suárez de Peralta, recogido en Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., 2013, 14, n. 8. <<

[5] Mira Caballos, E., 2010, 131 y ss. <<

[6] Acerca de la fortuna lograda por el personaje gracias a su rol como secretario de Fernando el Católico y sus contactos profesionales con las Indias, *vid.* Franco Silva, A., 2006, 123-171. <<

[7] Cita y traducción en Prescott, W., 2004, 126. Velázquez, un antiguo criado de Bartolomé Colón, habría llegado a las Indias en 1493 y sirvió bien a Nicolás de Ovando cuando fue gobernador de La Española. Al pasar a Cuba, hubo de someterse a un control administrativo y judicial de su actividad (juicio de residencia) entre 1515 y 1517 por el licenciado Cristóbal Lebrón, pero sus buenos contactos en la Corte impidieron cualquier repercusión negativa. García, G., 1901, 135-136. Acerca de Velázquez, la trayectoria de su familia y la conquista de Cuba, *vid.* Thomas, H., 2006, 431 y ss. <<



[8] Acerca de las andanzas americanas del personaje, *vid.* Thomas, H., 2006, 399 y ss. <<

[9] Fonseca, capellán de Isabel I y archidiácono de Sevilla, fue nombrado obispo de Burgos en 1495. Se le encargó la administración de los asuntos de Indias desde aquel momento y si bien hizo gala de buen organizador, también era codicioso. Y corrupto a la manera de la época. Medin, T., 2009, 28. <<

[10] Thomas, H., 2006, 441 y ss. <<

[11] Prien, H.-J., 1996, 16-19. Martínez, J. L., 1992, 107-122. Mira Caballos, E., 2010, 131-148. Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., *op. cit.*, 16. Thomas, H., 2006, 440 y ss. <<

[12] Mira Caballos, E., 2010, 148 y ss. <<

[13] Grunberg, B., 2016, 61. <<

[14] Martínez, J. L., *op. cit.*, 116 y ss. Prien, H.-J., *op. cit.*, 16-19. Mira Caballos, E., 2010, 161-166. <<

[15] Díaz del Castillo, B., 1989, 838-846. <<



[16] Cervantes de Salazar, F., 1971, lib. II, capt. XVI. <<

[17] Martínez, J. L., *op. cit.*, 566. También el licenciado Juan de Salmerón, oidor de la segunda audiencia de Nueva España, que actuase entre 1531 y 1535 durante la presidencia de S. Ramírez de Fuenleal, tildó a Cortés de persona codiciosa, falsa y manipuladora. Citado este testimonio en Grunberg, B., 2016, 61. <<

[18] Thomas, H., 2001, 225. <<

[19] Citado en Reynolds, W. A., 1978, 90. Para Baltasar Gracián, los tres grandes conquistadores del mundo fueron Alejandro, César y Cortés. La figura de Cortés mereció formar parte de la galería de *Varones Ilustres del Nuevo Mundo* que pergeñó en 1639 Pizarro y Orellana. <<

[20] Cuando Daniel Headrick reflexiona acerca del uso de los avances tecnológicos de todo tipo por parte de los Estados europeos a partir del siglo XV para imponerse sobre casi todos los restantes habitantes del planeta —«*Likewise, it is tempting to use one's technological advantage to coerce other people into doing one's bidding [...] When a powerful state uses force or the threat of force to impose its will on a weaker society, especially when the weaker society belongs to another culture, we call that imperialism*»—, no obstante, no parece tener en cuenta que, a menudo, los primeros contactos tuvieron lugar en fechas en las que dicha evolución tecnológica apenas estaba esbozada. Headrick, D. R., 2010, 5. <<

[21] Hanson, V. D., 2004, 251. Bicheno, H., 2005, 65. Las afirmaciones de Hanson apenas han variado desde el célebre libro de Prescott, pero no debemos olvidar que este último, nacido en Boston en 1796, publicó su obra en 1843. Prescott escribe, cuando detalla el encuentro entre Moctezuma y Cortés: «Había llegado el momento de que las tácticas imperfectas y las toscas armas de los bárbaros se enfrentaran con la ciencia y la ingeniería de las naciones más civilizadas del globo». Prescott, W., *op. cit.*, 162. Tampoco hay que olvidar, como señala Headrick con respecto a la tecnología: «But such superiority is instrumental, that is, it allows people to do more. This is not the same as moral superiority. We must be careful not to confuse the two». Headrick, D. R., *op. cit.*, 3. <<

[22] Pérez, N., 1992, 109-115. <<

[23] Díaz del Castillo, B., 1632, fol. 2. Díaz del Castillo, B., 2011, 24. La espingarda parece introducida por Alfonso V de Aragón desde mediados del siglo XV y fue el precedente, en cuanto a armas de fuego portátiles, de la escopeta y el arcabuz. López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., 2008, 716-717. <<



[24] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXXXIII. <<

[25] *Ibid.*, lib. V, capt. XXXIV. <<

[26] Fernández de Oviedo, G., 1853, II: 405, 421. <<

[27] Díaz del Castillo, B., 2011, 1011. <<

[28] Herrera, A. de, 1601, III, I: capt. XIII y III, IV: capt. XI. <<

[29] López de Gómara, F., 2007, 379. Gómara refiere hechos de 1539. Este cronista, capellán y secretario de Hernán Cortés en sus años finales en España, de 1541 a 1547, fue pagado por el hijo y heredero del marqués del Valle, Martín Cortés, quien le devengó 500 pesos de oro por sus servicios literarios. Keen, B., 1984, 92. En los últimos años la figura de López de Gómara como cronista está recibiendo un tratamiento más ecuánime y, si bien reconoce la trayectoria militar y política de Cortés, no obstante se apunta que lo hizo no sin dejar por ello de lanzar algunas críticas. Y aunque se mostró comprensivo con el uso de la crueldad por parte del de Medellín y la justificaba por imperativo militar, lo cierto es que su figura sale reforzada al compararla Gómara con los casos de la conquista de las Antillas, Panamá o del Perú. Egío, J. L., 2016, 151-178. <<

[30] Manzo Robledo, F., 2013, 347. <<

[31] Díaz del Castillo, B., 1632, fol. 17. <<



[32] Headrick, D. R., *op. cit.*, 97. <<

[33] León-Portilla, M., 1992. <<

[34] Thomas, H., 2001, 58. Herrera, A. de, *op. cit.*, III, I: 14. <<

[35] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXVIII. <<

[36] *Ibid.*, lib. V, capt. CLXVI. Castañeda, cántabro de nacimiento, siempre fue crítico con la figura de Pedro de Alvarado, a quien vio incendiar y robar algunos pueblos. Fue uno de los escogidos por Cortés para acompañarle en su lucha contra Pánfilo de Narváez, de modo que a su vuelta se hizo eco del alzamiento mexica en la gran capital cuando Alvarado permaneció allí. Tras la caída de México-Tenochtitlan, estuvo con Gonzalo de Sandoval en Coatzacoalcos, con Miguel Díaz de Aux ocupó Tasco y acompañó a Alvarado en la conquista de Guatemala. Más tarde fue alférez real e intérprete de la Audiencia mexicana y recibió un escudo de armas en 1527, pero su encomienda de Puctla solo le rentaba 320 pesos de oro. Thomas, H., 2001, 57-58. <<

[37] Díaz del Castillo, B., 1632, cita en fol. 135, las demás informaciones en fols. 17, 20v<sup>o</sup>, 47v<sup>o</sup>, 122 y 139. <<

[38] *Ibid.*, fol. 152. <<

[39] *Ibid.*, fol. 143v<sup>o</sup>. <<



[40] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capts. XCII y CXL. <<

[41] López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., *op. cit.*, 239-240. <<

[42] Sahagún, B. de, 2001, II: 1094. <<

[43] Se trataba de lombardas, también conocidas como bombardas, un tipo de cañón de retrocarga, un arma de mayor calibre que el falconete, propia para la guerra de sitio. Su alcance sería de unos 1000 metros y su cadencia de tiro de 15 minutos. Díaz del Castillo, B., 2011, 126, n. 4. Se trataba de una pieza caracterizada por su cañón corto, un calibre grueso y una boca ancha, construida de hierro habitualmente. López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., *op. cit.*, 902 y ss. <<

[44] El falconete era una pieza tipo culebrina, es decir de mayor tamaño que las lombardas, de retrocarga y muy usual en los barcos, donde se usaba para repeler abordajes, pero podía desmontarse de los mismos y usarse en tierra, como hizo Cortés. Díaz del Castillo, B., 2011, 48, n. 6. El calibre del falconete era de 5 a 7 centímetros de diámetro, mientras que la lombarda podía tenerlo de 20 a 30 centímetros. El tamaño de la pieza solía ser de 150 a 160 centímetros (pues la pieza llamada falcón alcanzaba los 3 metros de largo). En la época, quedó estipulado que para el arrastre de un falconete se necesitaban hasta tres caballos, sustituidos por indios en el caso de América. González Alcalde, J., 2003, 97-110. López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., *op. cit.*, 741 y ss. <<

[45] Julio González Alcalde hace referencia a un cañón de mano, conservado en el Museo del Ejército, Madrid, utilizado por los hombres de Cortés en Segura de la Frontera (Tepeacac). Es un arma de poco menos de 1 metro de longitud, un peso de 7,59 kilogramos y un calibre de 1,6 centímetros. González Alcalde, J., *op. cit.*, 108. <<

[46] Es decir, de balas de piedra, o bolaños, las usuales para las piezas tipo falconete, también llamado pedrero precisamente por eso. Las pelotas harían, más bien, referencia a las balas de hierro, también conocidas como pellas. *Ibid.*, 97-110. <<

[47] Díaz del Castillo, B., 1632, fols. 17, 86vº. Antonio de Herrera especifica que las artillerías salidas de Cuba eran «diez tirillos de bronce y algunos falconetes». El artillero se llamaba Juan Catalán y, junto con los demás, debían ayudar a Mesa a limpiar las piezas y refinar la pólvora. Herrera, A. de, *op. cit.*, II, III: 102-104. Pero otras informaciones tanto de Díaz del Castillo como del propio Cortés señalan que con Narváez llegaron 18, 19 o 20 piezas artilleras. <<



[48] Díaz del Castillo, B., 1632, fol. 22. <<

[49] *Ibid.*, fols. 27, 45v<sup>o</sup>. <<

[50] Sahagún, B. de, *op. cit.*, II: 1094. <<

[51] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. III, capt. III. <<

[52] *Ibid.*, lib. III, capt. XXXVI. <<

[53] Herrera, A. de, *op. cit.*, II, VI: fol. 185. <<

[54] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. II, capt. XXXII. <<

[55] *Ibid.*, lib. IV, capt. I. <<



[56] *Ibid.*, lib. V, capt. CLXVII. <<

[57] Thomas, H., 2001, 243. En otra ocasión, viendo Osma que en una dura lucha en las azoteas entre mexicas y tlaxcaltecas sus aliados iban retrocediendo, atravesó una acequia a nado y, sin compañía, se introdujo en una casa, pasando inadvertido. Entonces, trepó por la salida del humo y, tiznado, se plantó en la terraza, donde tras pugnar con un oficial mexica, consiguió matarlo a estocadas. Al ver su osadía, los tlaxcaltecas reaccionaron e hicieron retroceder a sus contrincantes. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXXVII. <<

[58] Cervera Obregón, M. A., 2007, 157-159. <<

[59] Restall, M., 2004, 204. <<

[60] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXXVI. <<

[61] *Ibid.*, lib. V, capt. CLXVIII. <<

[62] La alabarda es un arma que asemeja a una lanza, pues dispone de un asta de madera de unos 2 metros de largo rematada por una cuchilla transversal, aguda en uno de sus lados y con una hoja en forma de media luna en el otro. López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., *op. cit.*, 251 y ss. <<

[63] Díaz del Castillo, B., 1632, fol. 94. <<



[64] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. III, capt. LXXI. La pica reglamentaria medía 5,46 metros, aunque, con el tiempo, se acortaron hasta alcanzar los 4,20. Pero no tenemos demasiados datos de las usadas por Cortés y los suyos salvo los mencionados. Acerca del vocablo pica, López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., *op. cit.*, 1029 y ss. <<

[65] La partesana es un arma blanca compuesta por una hoja larga puntiaguda y ancha en su extremidad inferior, cortante por ambos lados, que se encaja en un asta de madera con un regatón de hierro. López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., *op. cit.*, 1007. <<

[66] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, caps., LXXXIII y LXXXV. <<

[67] *Ibid.*, lib. V, capt., XXI. <<

[68] Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: cita en p. 342; véanse también 294, 488. <<

[69] Díaz del Castillo, B., 1632, fols. 15v<sup>o</sup>, 115, 138, 181, 182v<sup>o</sup> y 189. <<

[70] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CV. <<

[71] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 443. <<



[72] Herrera, A. de, *op. cit.*, II, VI: fol. 185. <<

[73] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. III, capt. XXVI. <<

[74] Dorantes de Carranza, B., 1902, 34-35. <<

[75] El capacete es la parte de la armadura que cubre la cabeza a modo de casco semiesférico, sin visera ni cresta, con los bordes caídos de manera habitual, aunque se le puede colocar visera. López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., *op. cit.*, 464. <<

[76] La cota es la defensa corporal por antonomasia y estaba fabricada de cuero con guarnición de puntas de clavo, anillas o mallas de hierro entrelazadas, de ahí el nombre de cota de malla. López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., *op. cit.*, 581-582. <<

[77] Díaz del Castillo, B., 1989, 347, 492. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXX. <<

[78] Cortés, H., 1985, 85. <<

[79] Díaz del Castillo, B., 1632, fol. 16. <<



[80] Thomas, H., 2001, 104. <<

[81] Cortés, H., *op. cit.*, 85. <<

[82] Así se desprende del análisis de diversos documentos tratados por Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 50 y ss. <<

[83] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. III, citas en capts., XXV, XXXIII, XXXIV. <<

[84] Michel Oudjik y Laura R. Matthew consideran que las alianzas euroindígenas y el proceso de conquistas sistemáticas emprendidas desde la costa siguieron las normas del expansionismo prehispánico. Una prueba de ello, además, es que la hueste cortesiana, en este caso, siguió los caminos precolombinos establecidos. Oudjik, M. y Matthew, L.(eds.), 2007, 49. <<

[85] Díaz del Castillo, B., 1632, citas en fols. 21v<sup>o</sup>-22 y 43. <<

[86] *Ibid.*, fol. 108. <<

[87] Díaz del Castillo nos informa de que Lugo era hijo natural de un caballero de Medina del Campo llamado Álvaro de Lugo el Viejo, señor de Fuencastín y Villalba; Lugo fue capitán en algunas entradas y era hombre «bien esforzado». Díaz del Castillo, B., 1989, 850. <<



[88] Martínez, J. L., *op. cit.*, 135. López de Gómara, F., *op. cit.*, 33. Díaz del Castillo, B., 1989, 155. <<

[89] Herrera, A. de, *op. cit.*, II, VI: fol. 212. Muñoz Camargo, D., 1892, II: 210. <<

[90] Aguilar, F. de, 1980, 75. <<

[91] Sahagún, B. de, *op. cit.*, II: 1077, 1082-1083. <<

[92] *Origen de los mexicanos (Códice Ramírez)*, 1987, 142. <<

[93] Muñoz Camargo citado en Contreras, J. E., 2014, 52. <<

[94] Muñoz Camargo, D., 1986, 195. <<

[95] Francisco de Orozco nos lo describe Díaz del Castillo como un enfermo «de bubas y muy doliente». Díaz del Castillo, B., 1989, 852, 856. <<



[96] Thomas, H., 2001, 301. <<

[97] Díaz del Castillo, B., 1632, fols. 33vº, 143, 154vº, 165-165vº, 243. Díaz del Castillo, B., 1989, 852, 856. Thomas, H., 2001, 157-158. <<

[98] Thomas, H., 2001, 92-93, 146-147, 157, 229-230, 305. Puede que Marmolejo formara parte de las amotinadas tropas de Hugo de Moncada, cuando se retiraron a Ibiza tras una fallida expedición contra Argel en 1518.  
<<

[99] Acerca de la transición cortesiana de rebelde a héroe, *vid.* Pastor, B., 2008, 156 y ss. <<

[100] Acerca del esfuerzo en este ámbito escribió poco después de la caída de México-Tenochtitlan Juan López de Vivero Palacios Rubios su *Tratado del esfuerzo bélico heroyco* (Salamanca, 1524), con la intención de señalarle a su hijo las claves psicológicas del valor en el combate. El doctor Palacios Rubios estuvo muy vinculado desde siempre con las Indias. Jurista de prestigio, Fernando el Católico contó con él en la Junta de Toro (1505). También fue canciller en Valladolid y del Real Consejo tanto de la reina Juana como de Carlos I y autor del Requerimiento (1513), ya mencionado. Su obra es una oda al valor, a la honra y a la gloria ganadas mediante el esfuerzo, pero sin excluir la clemencia del vencedor, ideales bélicos caballerescos. También es un rechazo hacia las armas que matan a distancia —desde la ballesta al arma de fuego—, no solo porque impiden la lucha cuerpo a cuerpo, y por lo tanto imposibilitan al caballero demostrar sus virtudes en el combate aprendidas tras muchos años de ejercicio, sino que, aún peor, dichas armas permiten al plebeyo matar al caballero. Espino López, A., 2001, 33-34. <<

[101] Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 324, 341, 360-361. Acerca de la narración de batallas en Tito Livio, *vid.* Bartolomé Gómez, J., 1995. <<

[102] Kohut, K., 2016, 71. Acerca de la recepción en Europa de la primera idea en torno al mundo mexicana, *vid. Keen, B., op. cit.* <<

[103] Díaz del Castillo, B., 1632, fols. 40, 72vº, 111 y 221. <<



[104] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. XLIV y CXCVII. <<

[105] Citado en Reynolds, W. A., *op. cit.*, 115-119. Según Reynolds, «Julio César es el héroe de la antigüedad que se compara más con Cortés». También Pizarro y Orellana cita a Illescas y recuerda la proeza no solo de Cortés, sino la de Francisco Pizarro, quien «con menos de cien Españoles prendió al emperador Atabaliva rodeado de millones de indios muy prevenidos», lo cual lleva a pensar en que el autor estableció una competencia, quizá inconsciente, entre las gestas de ambos. Pizarro y Orellana, F., 1639, 89-90. <<

[106] Fue Gabriel Lobo Lasso de la Vega quien, en su poema épico, *Mexicana*, quiso que Cortés hubiese nacido el mismo año que Lutero y viceversa, para así salvar a la Iglesia: «[...] en el mismo año que Lutero/monstruo contra la Iglesia, horrible y fiero». Martínez, J. L., *op. cit.*, 107, n. 2. Y en su biografía de Cortés, y otros tantos varones ilustres, Pizarro y Orellana mantiene la misma idea. Pizarro y Orellana, F., *op. cit.*, 66. <<

[107] Prien, H.-J., 1996, 12-13. <<

[108] Mendieta, J. de, 1980, III: capt. I. <<

[109] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CXI. <<

[110] Restall, M., *op. cit.*, 54. <<

[111] Martínez, J. L., *op. cit.* La cita de Servando Teresa de Mier en Pereña, L., 1992b, 321. Asimismo, Ruiz Guadalajara, J. C., 2009, 116 y ss. <<



[112] Aron, R., 1985, 268. Pero no deja de asombrar que autores de cierto reconocimiento como Diamond, J., 1998, 81 y ss., mantengan opiniones parecidas y, por tanto, poco contrastadas. También Harari, Y. N., 2014, 408-414. <<

[113] Anglería, P. M. de, 1989, 298, 346. <<

[114] Muñoz Camargo, D., 1986, 214. <<

[115] Herrera, A. de, *op. cit.*, II, VI: fol. 185. <<

[116] Acosta, J. de, 1590, 531-532. <<

[117] Hassig lo expresó de la siguiente manera: *«Spanish technology was important, but the key to the success of the Conquest was acquiring native allies who magnified the impact of those arms. Doing this required a thorough understanding of the political organization of Mesoamerican states and empires, the nature of rule and patterns of royal succession, and the individuals and factions involved. Cortés had some grasp of the situation, but not the detailed knowledge or understanding necessary to determine which faction to attack and which to support: only the Indians had the knowledge. The Tlaxcaltecs could have destroyed the Spaniards, either in their initial clashes or after their flight from Tenochtitlan, and some factions wanted to do so. But the Tlaxcaltec leaders saw the advantages of an alliance, given their own imperilled position vis-à-vis the Aztecs, and chose to ally with Cortés. The Conquest was not primarily a conflict between Mexico and Spain, but between the Aztecs and the various Mesoamerican groups supporting Cortés. The clash was centred on issues internal to Mesoamerica; Cortés neither represented the forces of Spain nor had formal Spanish backing. Instead, he fought on his own behalf in hope of eventual Spanish royal support and legitimation. The Aztecs fought a Mesoamerican war and lost»*. Hassig citado en Rojas, J. L. de, 2007, 64-65. La traducción de este pasaje sería: «La tecnología española era importante, pero la clave del éxito de la Conquista fue adquirir aliados nativos que magnificaron el impacto de esas armas. Hacer esto requirió una comprensión profunda de la organización política de los estados e imperios mesoamericanos, la naturaleza del gobierno y los patrones de éxito real, y los individuos y facciones involucrados. Cortés tenía cierto conocimiento de la situación, pero no el conocimiento o entendimiento detallado necesario para determinar qué facción atacar y cuál apoyar: solo los indios lo tenían. Los tlaxcaltecas podrían haber destruido a los españoles, ya sea en sus enfrentamientos iniciales o después de su huida de Tenochtitlan, y algunas facciones querían hacerlo. Pero los líderes tlaxcaltecas vieron las ventajas de una alianza, dada su propia posición de debilidad frente a los aztecas, y optaron por aliarse con Cortés. La conquista no fue ante todo un conflicto entre México y España, sino entre los aztecas y los diversos grupos mesoamericanos que apoyaron a Cortés. El choque se centró en temas internos de Mesoamérica; Cortés no representaba a las fuerzas de España ni tenía respaldo formal español. En cambio, luchó en su propio nombre con la

esperanza de un eventual apoyo real y por la legitimación. Los aztecas lucharon una guerra mesoamericana y perdieron». <<

[118] Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., 1988, 39. <<



[119] Obviamente, es un error tratar a la hueste cortesiana como si de un ejército convencional se tratara. Pero se la califica de esa forma e, incluso, de «ejército español». Por ejemplo, en Rozat, G., 2002, en Díaz Serrano, A., 2010, 82, o en Pérez López-Portillo, R., 2012, 308. <<

[120] López de Gómara, F., *op. cit.*, 55, 67, 95, 96. <<

[121] Citas en Díaz del Castillo, B., 1989, 80, 115-116, 162, 167, 482. <<

[122] Cortés, H., *op. cit.*, 84. <<

[123] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. III, capt. LV; lib. IV, capt. LXVIII, CXX y CXXX; y lib. V, capt. I. <<

[124] Díaz del Castillo, B., 1989, 314. <<

[125] Según V. Hanson, las guerras entre los mexicas y su entorno cesaban durante breves periodos entre octubre y abril, época de cosecha, y tampoco se luchaba apenas entre mayo y septiembre, época de lluvias. Hanson, V. D., *op. cit.*, 222. La pregunta obvia es: ¿cuándo luchaban los mexicas? Porque luchar, luchaban. <<

[126] Headrick, D. R., *op. cit.*, 105. <<



[127] Se conserva una lista de todos aquellos participantes en la conquista de México que solicitaron algún tipo de compensación a la Corona en AGI, México, leg. 1064/1, «[Informes] verídicos de las personas que se hallaron en la conquista de la Nueva España y Ciudad de México que pasaron con el marqués del Valle», *ca.* 1542. <<

[128] Díaz del Castillo, B., 1989, 866. Nuestro cronista nació, en efecto, en Medina del Campo a caballo de 1495 y 1496. Era hijo de un regidor de la ciudad y de María Díez Rejón. Un joven hidalgo que en 1514 partió hacia las Indias en la gran expedición de Pedrarias Dávila. Tras un regreso fugaz a la Península en 1540, al año siguiente se asentó en Guatemala, donde fue uno de los representantes del cabildo de la ciudad y donde se casó con una dama española, viuda de otro conquistador. Entre 1549 y 1551 estuvo, de retorno, en la Península, desde donde regresó definitivamente a la ciudad de Guatemala como regidor. Su hijo mestizo, Diego, recibió en 1561 un escudo de armas. Bernal Díaz acabó su crónica en febrero de 1568. Una copia viajó a la Corte, pero no llegó a manos del rey hasta 1577. Bernal Díaz del Castillo murió como regidor de Guatemala en febrero de 1584. Campos Fernández-Fígares, M.<sup>a</sup> del M., 2002, 93-116. <<

[129] En años posteriores, Monjaraz acabó siendo enemigo declarado de Cortés, el cual, en sus descargos en el juicio de residencia que se le incoó, lo tildaba de «muy grande e capital enemigo». Nombrado teniente de gobernador de Oaxaca por parte del oidor (de la Primera Audiencia de México) Gonzalo de Salazar, Monjaraz fue acusado por Cortés de robarle 10 000 pesos en bienes de su hacienda en dicha provincia. Manzo Robledo, F. , *op. cit.*, 281. <<

[130] Thomas, H., 2001, 96. <<

[131] *Ibid.*, 83, 311. Monjaraz era tío del también conquistador Andrés de Monjaraz y se embarcó en Santo Domingo en la expedición de Juan de Burgos con destino a Nueva España; quizá por haber asesinado a su mujer quiso poner tierra de por medio. Advierte Díaz del Castillo que este Monjaraz nunca luchó en la guerra, pero que siendo de natural fanfarrón, quiso acercarse al cerco de México-Tenochtitlan por no creer en la bravura de los mexicas. Y allí lo mataron. Un final adecuado para alguien que había buscado falsos testigos para encubrir el asesinato de su esposa, a quien acusó de hacerle maleficios. Díaz del Castillo, B., 1989, 427. <<

[132] Juan de Nájera era conocido como «el sordo» por haber perdido una oreja en el sitio de México-Tenochtitlan. Se incorporó a la expedición de Cortés en otoño de 1520. Thomas, H., 2001, 283. <<

[133] *Ibid.*, 199. <<

[134] *Ibid.*, 205. Otros escopeteros del grupo de Narváez eran Francisco Jiménez y Antonio de Molina, quien también actuó como balletero. *Ibid.*, 226 y 235. <<



[135] *Ibid.*, 160. En el grupo de Narváez llegaron ballesteros como J. Méndez de Sotomayor, Juan Navarro, Juan Pantoja, Juan Rodríguez Labrillo, P. Sepúlveda o Francisco Verdugo. *Ibid.*, 233, 239, 243, 251, 259, 271. <<

[136] *Ibid.*, 147. <<

[137] Alonso de Espinosa, natural de Palos, fue condenado en 1527 a un mes de cárcel por blasfemo. Parece que tuvo una mujer aborigen, natural de Tlaxcala. Thomas, H., 2001, 207. <<

[138] Thomas, H., 2001, 94. <<

[139] *Ibid.*, 135. <<

[140] Díaz del Castillo, B., 1989, 719. Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 53. <<

[141] Muñoz Camargo resalta también en ese lance a un capitán tlaxcalteca, Antonio Temazahui (o Temoxahui), que llegó con un escuadrón justo a tiempo de hacer retroceder al enemigo que tenía tomado preso a Cortés en el fondo de una acequia. La acción de Temazahui permitió la llegada de Antonio de Quiñones y Cristóbal de Olea, quien, a la postre, murió en la pugna, no sin antes haber cortado las manos de aquellos que habían capturado a Cortés. Una imagen plena de simbolismo. Muñoz Camargo, D., 1986, 221. <<

[142] Díaz del Castillo, B., 1989, 846-866. <<



[143] Acerca de la imagen de la mujer aborigen en las crónicas de Indias, *vid.* Noguero, F., 1995-1996. <<

[144] López de Gómara, F., *op. cit.*, 17, 287. También las menciona Cervantes de Salazar, para quien algunos creyeron que en el cabo Catoche, en la península del Yucatán, había señales de su presencia. Aunque nadie las vio. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. II, capt. IV y lib. VI, capt. XIII. <<

[145] En las ordenanzas libradas a Hernán Cortés en el momento de emprender su viaje, Velázquez insistió en lo siguiente: «Item, porque más cumplidamente en este viaje podáis servir a Dios Nuestro Señor, no consentiréis ningún pecado público, así como amancebados públicamente, ni que ninguno de los cristianos de vuestra compañía haya acceso ni coito carnal con ninguna mujer fuera de nuestra ley, porque es pecado a Dios muy odioso, y las leyes divinas y humanas lo prohíben; y procederéis con todo rigor contra el que tal pecado o delito cometiere, y castigarlo heis conforme a derecho por las leyes que en tal caso disponen». Citado en Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. II, capt. XIII. <<

[146] Según López de Gómara, con gran exageración, la muerte de muchas mujeres a causa de la viruela tuvo, también, la siguiente consecuencia: «Sobrevínoles hambre, y no tanto de pan como de harina; porque, como ni tienen molinos ni tahonas, no hacen otro las mujeres sino moler su grano de *centlie* entre dos piedras, y cocer. Cayeron pues malas de las viruelas, y faltó el pan, y perecían muchos de hambre». López de Gómara, F., *op. cit.*, 194. <<

[147] Cervantes de Salazar, F., op. cit., lib. III, capt. LXI. <<

[148] Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 302, n. 30. <<

[149] *Ibid.*, 301 y ss. Thomas, H., 2001, 221. <<

[150] Thomas, H., 2001, 35. <<



[151] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, capt. LXXXIX. Por cierto, a Bernal Díaz, la «esposa» totonaca de Cortés le pareció muy fea, aunque este, diplomático, la aceptó con buen semblante. En cambio, Alonso Hernández de Portocarrero tuvo mejor suerte, pues su mujer totonaca era muy bella para ser india, según Díaz del Castillo. La llamaron doña Francisca. Díaz del Castillo, B., 1989, 133. <<

[152] Thomas, H., 2001, 37-43, 108. <<

[153] *Ibid.*, 140-141. <<

[154] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. II, capt. XIV. <<

[155] Thomas, H., 2001, 121. <<

[156] López de Gómara, F., *op. cit.*, 110. La cursiva es mía. <<

[157] Muñoz Camargo, D., 1986, 196-197. Las princesas entregadas fueron, según el cronista Alva Ixtlilxóchitl, Tolquequetzaltzin y Tecuiloatzin, hijas de Xicoténcatl; Zicuetzin, hija de Atlalpatzin, fue la cedida por Maxixcatzin; el señor de Quiahuitztlán eligió a Zacuancózcatl, hija de Axoquentzin, y a Huitznahuazihuatzin, hija de Tecuanitzin. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 245. <<

[158] *Ibid.*, 245. <<



[159] López de Gómara, F., *op. cit.*, 229. <<

[160] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, capt. CXII. <<

[161] *Ibid.*, lib V, capt. XVIII. Díaz del Castillo también comenta el hecho cuando relata que tanto en Quauhtinchan como en Ytzocan las quejas no solo era por los robos cometidos por las tropas mexica llegadas de guarnición, sino sobre todo por «las hijas e mujeres si eran hermosas, y que las forzaban delante de sus maridos y padres y parientes». Díaz del Castillo, B., 1989, 407.  
<<

[162] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, capt. LXXIII. <<

[163] *Ibid.*, lib. V, capt. VII y CLXXIV. <<

[164] Cervera Obregón, M. A., 2017, 86-87. <<

[165] Díaz del Castillo, B., 1989, 419. <<

[166] López de Gómara, F., *op. cit.*, 91, 141. <<



[167] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, capt. XXX. <<

[168] Díaz del Castillo, B., 1989, 561-562. <<

[169] Declercq, S. J. L., 2018, 286-287. <<

[170] Díaz del Castillo, B., 1989, 463-464. <<

[171] Thomas, H., 2001, 207, 256 y 435. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXIV. Gómez-Lucena, E., 2013, 221 y ss. <<

[172] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXV. <<

[173] Díaz del Castillo, B., 1989, 559-560. <<

[174] Thomas, H., 2001, 425, 435-436. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXVI. Díaz del Castillo, B., 2011, 908. <<



[175] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, capt. LXXXVI. Thomas, H., 2001, 187-188, 214-218, 436. <<

[176] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXIX. Thomas, H., 2001, 309. <<

[177] Gómez-Lucena, E., *op. cit.*, 384-385. <<

[178] Thomas, H., 2001, 53-55, 135, 204, 308, 435. Díaz del Castillo, B., 1989, 557-558. <<

[179] Gómez-Lucena, E., *op. cit.*, 377-379. <<

[180] *Ibid.*, 395-397, 412-413. <<

[181] *Ibid.*, 2013: 227. <<

[182] En las siguientes páginas sigo a Díaz del Castillo, B., 1989, 3-45. Thomas, H., 1994, 115-147. Miralles, J., 2004, 30-45. Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 37-57. Graulich, M., 1994, 255 y ss. Grunberg, B., 1995, 11-26. Thomas, H., 2001, 218-220. <<



[183] Alaminos llegó a las Indias en el cuarto viaje de Colón (1502-1504) y descubrió la corriente del Golfo para regresar a la Península navegando entre Florida y las Bahamas. Una semblanza de este en Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., *op. cit.*, 153-154. <<

[184] García, G., 1901, 136. <<

[185] En el descargo efectuado por Cortés y sus asesores, un documento conocido como «Cuestionario general», en su juicio de residencia, se afirma que las bajas habidas en ese enfrentamiento fueron 26 y Hernández de Córdoba recibió no menos de 20 heridas. También se afirmaba que Diego Velázquez no había financiado aquella expedición, sino el propio Hernández de Córdoba junto con Lope Ochoa de Caicedo y Cristóbal Morante. Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 322. <<

[186] El padre Torquemada, que suele guiarse por López de Gómara y Herrera, especifica la muerte de 47 hombres en tierra, 2 prisioneros y medio centenar de heridos, de los cuales 5 fenecieron en los barcos. Un total, pues, de 54 bajas. Torquemada, J. de, 1975-1983, II: lib. IV, capt. III. <<

[187] Medin, T., *op. cit.*, 132. Según el padre De las Casas, Velázquez, tras el regreso de la expedición de Hernández de Córdoba, envió dos procuradores a la Corte, Gonzalo de Guzmán y Pánfilo de Narváez, para solicitar el cargo de adelantado sobre las tierras recién descubiertas, cargo concedido mediante una capitulación fechada en Zaragoza el 13 de noviembre de 1518. De las Casas citado en León Cázares, M.<sup>a</sup> del C., 2015, 69, n. 48. <<

[188] Como señaló L. Weckmann, «[...] el acto de toma de posesión de la tierra que en el feudalismo consistía, por ejemplo, en cortar la rama de un árbol o en darle de estocadas [...] Los descubridores y los conquistadores observaron fielmente esta práctica por doquier, misma que reflejaba el antiguo ceremonial godo y la cual era registrada por un notario si había uno a la mano. [...] Ya en 1498 los tenientes de Colón cortaban ramas de árboles en las Antillas en señal de dominio». Weckmann, L., 1996, 88-89. <<

[189] León Cázares, M.<sup>a</sup> del C., *op. cit.*, 53. <<

[190] Fernández de Oviedo citado en García, G., *op. cit.*, 146. <<



[191] Según Manuel Giménez Fernández, los chanchullos indios de Lope de Conchillos, si se nos permite la expresión, le reportaban 4 millones de maravedíes anuales, cuando sus salarios a cuenta de sus cargos en la Península montaban un cuarto de millón de maravedíes. Citado en Medin, T., *op. cit.*, 29-30. No me resisto a apuntar que Medin transforma a Lope de Conchillos en Lope de Cochinillos en su libro. Un *lapsus* menor entre las páginas de un gran libro. <<

[192] Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., *op. cit.*, 82, se hace eco del tema. Grijalva, el 18 de julio de 1518, ordenó, según Fernández de Oviedo, que se dejase de tratar de la cuestión, que nadie se alejase del campamento y que cesasen los corrillos y comentarios acerca del tema. <<

[193] Martínez, J. L., *op. cit.*, 122-124. Thomas, H., 2001, 218-220. <<

[1] En estas páginas he utilizado las obras de Díaz del Castillo, B., 1989, 45-63. Martínez, J. L., 1992, 127-134, que cita a Aguilar, De las Casas y Konetzke. Mira Caballos, E., 2010, 166-179. Cervantes de Salazar, F., 1971, lib. II, caps. XII-XXIII. Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., 2013, 15-19. Thomas, H., 1994, 179 y ss. Prescott, W., 2004, 130 y ss. <<

[2] El contador era un funcionario encargado del control y fiscalización de los ingresos y gastos de los ayuntamientos. <<

[3] El maestresala era el criado principal de un señor, en especial en lo referente a la comida y su distribución en la mesa. <<

[4] El almojarife, término de origen musulmán, era un alto funcionario encargado de la recaudación de impuestos equivalente a un tesorero mayor.  
<<

[5] Al respecto, Gil, J., 2017, I: 22 y ss. Vignolo, W., 2007, 140-149. <<



[6] Otras cifras serían 530 hombres, según declaraciones del juicio de residencia de Cortés en 1529; o bien 600 según Diego Velázquez en carta a Carlos I; Andrés de Tapia habló de 560 efectivos; López de Gómara y Cervantes de Salazar refieren 500 soldados y medio centenar de marineros. Fernández de Oviedo y Pedro Mártir coinciden en el medio millar de soldados. Solo Cortés habló de 400 hombres, pero quizá se refiere a los que entraron en el territorio sin contar el retén de Veracruz. Todas estas cifras recogidas en Thomas, H., 1994, 752. Por otro lado, 50 marineros para tripular 11 barcos, aunque casi todos fuesen pequeños, me parecen demasiado pocos. Por ello, acepto la cifra de Díaz del Castillo. María del Carmen Martínez ofrece otro resumen de las cifras de la compañía cortesiana y el aumento de su contingente con posterioridad. Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., *op. cit.*, 26-130. <<

[7] María del Carmen Martínez cita datos de B. Grunberg, que identificó a 34 marineros y 23 pilotos del grupo contratado por Cortés. Dicho autor asevera que el 37,2 por ciento del millar de conquistadores del Imperio mexicana que consiguió identificar era hombres del mar. Cortés fue generoso con sus pagas, pues debía hacerse con los servicios de gente competente y escasa en aquellos lares. Algunos maestros se llevaron entre 70 y 100 pesos de oro al ser reclutados, pero el famoso piloto Antón de Alaminos cobró 200 y algunos testimonios insinúan que el doble. En total, la marinería percibió 600 pesos de oro al ser embarcada en Cuba. Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., *op. cit.*, 138-139. Díaz del Castillo no olvidaba a uno de esos marineros, un tal Álvaro, natural de Palos de Moguer, que «decían que tuvo en indias de la tierra treinta hijos en obra de tres años». Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 863. <<

[8] Griegos serían Nicolás de Rodas, cretense, hermano de Andrés de Rodas, que llegó en el grupo de Cortés; Antón de Rodas, quizá un marinero; Nicolás de Rodas (o Rodalés) y Pedro de Rodas, hijo de una andaluza, Juana Fernández, y nacido ya en Andalucía. También Juan Griego Girón, que había tenido algunos indios encomendados en La Española, pero pasó a Cuba en su momento y se enroló en la expedición cortesiana. Resultó malherido en la Noche Triste. Thomas, H., 2001, 92, 138, 250. <<

[9] Genoveses, en realidad, fueron algunos: con Narváez contamos con Luis Napolitano, Tomás de Rigoles (o Rijoles), Diego Genovés, Domingo Ginovés, Esteban Ginovés, Luis Ginovés, Marcos Ginovés y Ramón Ginovés. Con Cortés llegaron el tambor Bautista Ginovés, Lorenzo Ginovés, que peleó en todas las batallas, Lucas Ginovés, piloto, que murió en la guerra. Hacia 1521, en diversas expediciones, llegó más gente, entre ellos Juan B. Grimaldo, que sirvió de artillero y resultó herido. Thomas, H., 2001, 89, 212, 238, 250, 309. <<

[10] Bernal Díaz se acordaba en su vejez de los soldados portugueses Magallanes, Platero, Martín de Alpedrino, Juan Álvarez Rubazo, Gonzalo Sánchez, Gonzalo Rodríguez y los hermanos Villanueva. Díaz del Castillo, B. , 1989, *op. cit.*, 859. <<

[11] De él aseguraba Bernal Díaz que con ayuda de aceite «santiguaba y ensalmaba» las heridas de sus compañeros. Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 508. También refiere la presencia de un tal Alonso Catalán, calificado como buen soldado. *Ibid.*, 857. Quizá lo confunde con Antón Catalán, que murió a manos de los indios. Y en el grupo de Narváez llegaron un Clemente de Barcelona, aunque tal vez lo hizo con el propio Cortés, y Antón Marco, nacido en Barcelona. Thomas, H., 2001, 58, 193, 230. <<

[12] Acerca de la presencia de africanos en las conquistas, *vid*, las páginas de Restall, M., 2004, 89 y ss. <<

[13] Thomas, H., 1994, 753. <<



[14] Sigo en estas páginas a Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 63-86. Cortés, H., 1985, 23-32. Martínez, J. L., *op. cit.*, 147-160. Miralles, J., 2004, 86-98. Prescott, W., *op. cit.*, 144 y ss. Grunberg, B., 1995, 32 y ss. <<

[15] Thomas, H., 2001, 156. <<

[16] Acerca de Guerrero, Campos Jara, S., 2011, 157-187. <<

[17] Manzo Robledo, F., 2013, 333. <<

[18] Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., 1988, 72-73, n. 15, con los comentarios de G. Vázquez. Thomas, H., 1994, 199. Guerrero murió años más tarde, en 1536, peleando contra los españoles de Montejo en la invasión del Yucatán. Medin, T., 2009, 150. <<

[19] Según escribe Luis Weckmann, Cortés habría dado «tres cuchilladas de posesión a una ceiba en Tabasco, jurando rodela en brazo y espada en mano defender por el rey esa tierra al que se la disputase, de todo lo cual dio testimonio un escribano». Weckmann, L., 1996, 89. <<

[20] En sus descargos en el juicio de residencia, Cortés y sus agentes dieron datos alternativos: fueron 250 los hombres que salieron a explorar el contorno, apenas una legua del campamento, y dirigidos por Gonzalo de Alvarado, Gonzalo de Sandoval y Domingo García de Alburquerque. En su búsqueda de bastimentos, quedaron cercados en unas estancias, de modo que Cortés, alertado por algunos aborígenes de los llevados de Cuba que les fueron remitidos por los anteriores, se vio obligado a enviarles ayuda y algunas piezas artilleras para sacarlos del atolladero. Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 337. <<

[21] Acerca de Bernal Díaz y López de Gómara como cronistas olvidados en favor de las crónicas de Antonio de Herrera y Antonio de Solís, *vid.* Campos Fernández-Fígares, M.<sup>a</sup> del M., 2002, 168 y ss. <<



[22] Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 338. Cortés añadía que los aborígenes le solicitaron dos días de tregua para retirar sus muertos. <<

[23] Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 400-401. <<

[24] Herrera, A. de, 1601, II, IV: fol. 136v<sup>o</sup>. <<

[25] Medin, T., *op. cit.*, 156-158. <<

[26] García, G., 1901, 154. <<

[27] Sigo en estas páginas a Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 87-112 y 193. Cortés, H., *op. cit.*, 32-35. Martínez, J. L., *op. cit.*, 160-201. Miralles, J., *op. cit.*, 99-106. Thomas, H., 1994, 224 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 155 y ss. <<

[28] González Hernández, C., 2000. Townsend, C., 2006. <<

[29] Restall, M., *op. cit.*, 127 y ss. <<



[30] Bernal Díaz nos lo describe «[...] de mediana estatura, el rostro alegre, y amigo de regocijos e buen jinete; e cuando acá pasó sería de edad de treinta y cinco años, y era más dado a negocios que para la guerra; era franco y gastaba más de lo que tenía de renta [...]». Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 867.  
<<

[31] Flores Farfán, J. A., 2006, 1-22. <<

[32] Juan Pérez de Arteaga, palentino, criado de Cortés y guardián de la Malinche. Llegó a Santo Domingo con Nicolás de Ovando en 1502. Como tantos otros, tuvo una esposa india, con la que engendró siete hijos, pero luego se desposó con una española. Thomas, H., 2001, 133. <<

[33] Cortés, H., *op. cit.*, 51. <<

[34] El cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl insinúa que también llegaron embajadores del príncipe tetzcocano alzado en armas, Ixtlilxóchitl, a interesarse por los extranjeros. Cita en García, G., *op. cit.*, 162. <<

[35] Medin, T., *op. cit.*, 173, 179. <<

[36] Como alcaldes eligió a Alonso Hernández de Portocarrero y Francisco de Montejo, quienes luego actuaron como procuradores cortesianos, y como regidores a Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila, Alonso de Grado y Cristóbal de Olid. Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., *op. cit.*, 108-109. Cortés también hubo de afrontar en su juicio de residencia acusaciones de nepotismo por la elección de estos adeptos para tales cargos. Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 116-123. <<

[37] En sus descargos en el juicio de residencia, Cortés dejó muy claras dos cosas: primera, sus hombres se lo concedieron graciosamente, y, segunda, él nunca cobró un quinto del total como si fuese el rey, sino un quinto del resto una vez devengado el Quinto Real. Así, tras quedar un 80 por ciento de la cifra total, Cortés se apropió del 16 por ciento de esta última cantidad. Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 104. <<



[38] Se le remitirían al rey 5400 pesos, de un total de 23 000. *Ibid.*, 102 y n. 28. En realidad, el Quinto Real de 23 000 pesos serían 4600, de modo que si se le remitieron 5400, el monto extra enviado al rey sería de 800 pesos suplementarios. <<

[39] Las críticas ante las acciones de Cortés, tanto de la época como historiográficas, en Martínez Martínez, M.<sup>a</sup> del C., *op. cit.*, 80 y ss. El de Medellín fue tildado de tirano, comunero, golpista, antifeudal y antiabsolutista. <<

[40] Por cierto, Zavallos siempre negó que Narváez hubiese tentado a Moctezuma a alzar su gente contra Cortés y los suyos, «no siendo creíble que un hombre tan sensato como mi superior hiciera algo tan insensato». Thomas, H., 2001, 276. <<

[41] *Ibid.*, 262. <<

[42] Sigo en estas páginas a Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 88-152. Cortés, H., *op. cit.*, 40-41. López de Gómara, F., 2007, 85-87. Martínez, J. L., *op. cit.*, 203-208. Miralles, J., *op. cit.*, 106-120. Thomas, H., 1994, 242 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 169 y ss. <<

[43] Añón, V., 2010. <<

[44] En cambio, en sus descargos en el momento de su juicio de residencia, Cortés apenas si considera que los totonacas podrían disponer de un millar de soldados, lo que, de paso, hubiera justificado su conquista por los mexicas. Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 342-343. <<

[45] Contreras, J. E., 2014, 49. <<



[46] Díaz del Castillo informa de que Umbría, un buen piloto y soldado, tras ser mutilado logró viajar a Castilla y presentar sus protestas acerca de la arbitrariedad de Cortés a la hora de hacer justicia; Carlos I le concedió un millar de pesos de oro anuales de renta en pueblos de indios de la Nueva España, pero Umbría «nunca volvió de Castilla porque temió a Cortés». Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 856. <<

[47] Ambas citas en Bénat-Tachot, L., 2016, 131. <<

[48] Un cronista algo más tardío, Francisco Hernández, comentaba al respecto: «Simulando que las naves estaban corroídas por la broma, a escondidas mandó que se les horadara bajo la línea de flotación, para que privados de su poca honrosa ayuda, pugnarán la salvación, que dependería únicamente de las armas, con ánimo intrépido y pronto». Hernández, F., 1986, 209. Alguien del grupo de Cortés, A. de Tapia, también confirma lo explicado por López de Gómara. Tapia en Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 81-82. <<

[49] Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 124-126, 159-160. Fray Juan de Torquemada también insistió en lo extraordinario de la acción cortesiana cuando escribió: «[...] y de estos ejemplos no hay muchos; y de lo que yo alcanzo a saber me ocurre uno que hicieron los troyanos (como refiere Aristóteles) cuando pasando de sus tierras a las de Italia quemaron ciertas mujeres los navíos en que habían venido porque no tuviesen ocasión de volverse; y viéndose sin remedio fundaron la ciudad de Roma y permanecieron en ella. Y de Omich Barba Roja, el del brazo cortado, dice Francisco López de Gómara, en lo que escribe de las batallas de la mar, que poco antes de este hecho de Cortés quebró siete galeotas y fustas por tomar a Bugía para que viéndose los soldados sin socorro y tan a los ojos de la muerte se animasen y venciesen a los enemigos». Torquemada, J. de, 1975-1983, II: lib. IV, capt. XXV. <<

[50] Para el cronista Alva Ixtlilxóchitl, eran 1000 *tamemes*, 1300 guerreros totonacas, algunos rehenes y las fuerzas hispanas que señala López de Gómara, solo que 7 artillerías en lugar de 6. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 238.  
<<

[51] Thomas, H., 2001, 123. <<

[52] En estas páginas sigo a Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 146-226. Cortés, H., *op. cit.*, 39 y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 87-125. Martínez, J. L., *op. cit.*, 203-236. García, G., *op. cit.*, 168-169. Medin, T., *op. cit.*, 194 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 123-143. Fernández de Oviedo, G., 1959, IV, lib. XIV, capt. III. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. III, capt. XXV-LVII. Thomas, H., 1994, 264 y ss. Martínez Baracs, A., 2008, 37-54. Prescott, W., *op. cit.*, 197 y ss. <<

[53] Durán citado en Contreras, J. E., *op. cit.*, 50. <<



[54] Para Genaro García, el contingente de indios auxiliares tuvo que ser mucho mayor de lo sugerido por los cronistas, pues desde Cempoallan alcanzaron localidades como Jalapa, Xicochimalco, Ixhuacan o Zocotlan, teniendo en cuenta que solo en Iztacamaxtitlan obtuvieron 300 guerreros, según López de Gómara. García, G., *op. cit.*, 168-169. <<

[55] El cardenal Lorenzana, arzobispo de México, e impulsor de la publicación de las cartas de relación cortesianas en el siglo XVIII, incorporó un itinerario de Veracruz a la capital de la Triple Alianza y realizó una descripción del estado del muro en el momento de su estancia en Nueva España. Aseguraba que aún se hallaban restos del mismo, a veces de una vara de alto, y estaba construido de piedra seca, «puesta una sobre otra sin mezcla alguna», a menudo aprovechando la presencia de grandes peñascos que se incorporaron al trazado del mismo. Las dimensiones de algunos de dichos peñascos se perciben cuando aclara que, al haber sacado uno de ellos, en el hueco que dejó se habilitó una cochiguera con capacidad para 30 o 40 animales. Lorenzana, F. A., 1770, I-XVI. <<

[56] Tapia en Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 87. <<

[57] Según Martínez Baracs, aquellos otomíes habían sido acogidos como vasallos por los tlaxcaltecas cuando huían de los mexicas-culhuas a cambio de que trabajaran la tierra y defendieran militarmente la frontera. Tras derrotar a las fuerzas de Moctezuma, los tlaxcaltecas integraron a la élite militar otomí casándolos con sus propias hijas. Martínez Baracs, A., *op. cit.*, 74. <<

[58] Morón habría luchado en las guerras en Europa, ya fuese Italia o, incluso, Granada, y le había sido recomendado a Diego Velázquez por el secretario Lope de Conchillos para que recibiese alguna merced en Cuba. Thomas, H., 2001, 121-122. <<

[59] Cita de Aguilar en García, G., *op. cit.*, 170. <<

[60] Acerca del relato del combate singular en la literatura caballeresca de la época, *vid.* Martín Romero, J. J., 2006. <<

[61] El arzobispo Lorenzana asegura que en el siglo XVIII los parajes estaban en ruinas, pero se conservaban los nombres de los pueblos quemados por la furia española, por llamarla así con ecos más propios de las guerras de Flandes. Las localidades señaladas por Lorenzana eran nueve. A saber: Otomcatepetl, Atzacualco, Quatlapanqui, Taltempan, Eoatepetl, Quauteptl, Atetecaxétl, Tototunapan, Atlihuetzan. Lorenzana, F. A., *op. cit.*, I-XVI. <<



[62] Anglería, P. M. de, 1989, 299. En otro momento de su libro, escribe el cronista italiano: Cortés «saqueó cuanto le vino á la mano». <<

[63] Señalaba Cervantes de Salazar cómo «Alababan los nuestros mucho a los enemigos de que no hobiesen querido pelear más que con armas, porque con quitarles la comida les pudieran haber hecho gran daño. Todas las veces que venían con provisión, decían no ser taxcaltecas los que hacían la guerra, sino otomíes, gente bárbara y sin respecto; encubrían la verdad por no confesar que la nación taxcalteca podía ser vencida». Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. III, capt. XXXVIII. Prescott, siempre perspicaz, no cree que los tlaxcaltecas enviasen comida, sino que más bien los suministros los obtenía Cortés de sus correrías en aquellas tierras. Prescott, W., *op. cit.*, 215 y ss. <<

[64] Como señala José E. Contreras, Charles Gibson creía que «Los tlaxcaltecas mostraron temor ante la facilidad con que los españoles se apoderaron de Tecuac y de otras regiones fronterizas», mientras que Luis Barjau escribe que Xicoténcatl el Mozo decidió pactar cuando se dio cuenta, o tuvo noticia, del resultado de la batalla de Centla. Contreras, J. E., *op. cit.*, 43. Unas actitudes que no casan con la resistencia demostrada ante la hueste cortesiana en las jornadas previas a la formalización del pacto. Aunque, sin duda, la cercanía del grupo invasor castellano a las propias tierras tlaxcaltecas exacerbó la fiereza de estos. <<

[65] Como es harto conocido, en los códigos de justicia tanto musulmanes como cristianos de la época, el corte de manos era un castigo ampliamente conocido y utilizado. Bernal Díaz del Castillo refiere, por ejemplo, cómo uno de los soldados de primera hora de Cortés, del que no menciona el nombre, «tenía una mano menos, que se la cortaron en Castilla por justicia». Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 852. <<

[66] Acerca del uso de los espías en las guerras de los mexicas, *vid.* Mendieta, J. de, 1980, II, capt. XXVI. <<

[67] Andrés de Tapia, *Relación de algunas cosas...*, en Schmidt-Riese, R., 2003, 143. <<

[68] Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, IV, lib. XIV, capt. III. <<

[69] En realidad, las mutilaciones en vida no eran desconocidas en Mesoamérica. Ross Hassig explica cómo, en las primeras batallas contra Xochimilco, el emperador Itzcoatl cortó una oreja a cada cautivo. Hassig citado en Thomas, H., 1994, 284. En el Códice Aubin se comenta cómo en la lucha contra Tetzi, señor de Culhuacan, los tenochcas se afanaron por cortar las narices de los enemigos vencidos y no las dos orejas, para que no se dijese que habían derrotado a dos enemigos cuando solo era uno. Además de perder más tiempo cortando dos apéndices en lugar de solo uno. Códice Aubin, 1902, 93. Y Muñoz Camargo explica que cuando los tlaxcaltecas enviaron a Cholula un enviado, Patlahuatzin, que les aseguraría que los recién llegados del mar no eran peligrosos, la respuesta de los cholultecas fue despellejarle la cara y los brazos hasta los codos, cortarle las manos y dejárselas colgando. En todo caso, si el cronista tomó la historia de un hecho ocurrido con anterioridad, en guerras del pasado, demuestra que la práctica era conocida. Citado en Thomas, H., 1994, 776-777. <<



[70] Esta última frase, muy interesante, parece reforzar la idea de que los indios creían que los castellanos disponían de poderes sobrenaturales y mágicos, lo que denota, pues, superioridad sobre ellos. Egío, J. L., 2016, 161, n. 35. <<

[71] Herrera, A. de, *op. cit.*, II, VI: fol. 188. Fray Juan de Torquemada sigue en todo momento a Antonio de Herrera en esta cuestión, repitiendo frases textualmente. Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. XXXIII. <<

[72] Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 169-170.  
<<

[73] Citado en Thomas, H., 1994, 289. <<

[74] Medin, T., *op. cit.*, 153. <<

[75] Contreras, J. E., *op. cit.*, 53-55. <<

[76] Juan Velázquez de León tenía treinta y seis años cuando inició la conquista de México; según la descripción de Díaz del Castillo, era «de buen cuerpo e derecho e membrudo, e buena espalda e pecho, e todo bien proporcionado e bien sacado, el rostro robusto, la barba algo crespa e alheñada, e la voz espantosa e gorda, e algo tartamudo; fue muy animoso e de buena conversación, y si algunos bienes tenía en aquel tiempo los repartía con sus compañeros [...] e fue muy buen jinete e a pie e a caballo muy extremado varón». Informa Bernal Díaz que Velázquez de León mató en duelo a un tal Ribasaltas en La Española, de ahí que, perseguido por la justicia, se refugiase en Cuba y pasase más tarde a Nueva España. Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 808, 868-869. <<

[77] La semblanza que nos transmite Díaz del Castillo es la siguiente: «Gonzalo de Sandoval fue muy esforzado, y sería quando acá pasó de hasta veinte y dos años [...] su estatura muy bien proporcionada y de razonable cuerpo y membrudo; el pecho alto y ancho y asimismo tenía la espalda, y de las piernas algo estevado y muy buen jinete; el rostro tiraba algo a robusto, y el cabello y la barba que se usaba algo crespo y acastañado, y la voz no la tenía muy clara, sino algo espantosa y ceceaba tanto cuanto; no era hombre que sabía letras, sino a las buenas llanas, ni era codicioso de oro, sino solamente tener fama y hacer sus cosas como buen capitán esforzado; y en las guerras que tuvimos en la Nueva España siempre tenía cuenta en mirar por los soldados que le parecían que lo hacían bien y les favorecía y ayudaba». *Ibid.*, 847, 867-868. <<



[78] Cristóbal de Olid tenía veintiocho años al iniciarse la conquista y hacía nueve, según su testimonio, que conocía a Cortés. Hombre de valía, fue enviado por Diego Velázquez a la búsqueda de la expedición de Grijalva, pero un serio percance, al perder las anclas de sus barcos, le obligó a regresar a Cuba sin completar la misión. A decir de Díaz del Castillo, el propio Cortés señaló que Olid era «un Héctor en el esfuerzo para combatir persona por persona, y que si como era esforzado tuviera consejo, fuera muy más tenido en el esfuerzo que suelen decir de Héctor, más había de ser mandado». La descripción es la siguiente: «[era] natural de cerca de Baeza o Linares, y su presencia y altor era de buen cuerpo y membrudo y de grande espalda, bien entallado e algo rubio, y tenía muy buena presencia en el rostro [...] en la plática hablaba algo gordo y espantoso, y era de buena conversación, y tenía otras buenas condiciones de ser franco». Olid traicionó a Cortés cuando este lo envió a la conquista de Las Hibueras al alzarse contra su autoridad. Fue degollado en Naco en 1524. *Ibid.*, 626 y 847. <<

[79] Alonso de Ávila es descrito por Bernal Díaz como «de buen cuerpo e rostro alegre, en la plática expresiva, muy clara e de buenas razones, e muy esforzado; sería de hasta treinta y tres años cuando acá pasó; e tenía otra cosa, que era franco con sus compañeros; más era tan soberbio e amigo de mandar e no ser mandado, e algo envidioso; era orgulloso y bullicioso, que Cortés no lo podía sufrir, e a esta causa lo envió a Castilla por procurador con un Antonio de Quiñones». Quiñones murió en la isla Terceira acuchillado a causa de un amorío con una mujer, mientras que la expedición, con Ávila al frente, fue asaltada por el corsario galo, de origen genovés, Jean Fleury en 1522, momento en el que se perdió parte del botín obtenido en la conquista de México y que se enviaba a la Corte. Ávila estuvo preso dos años en Francia. Fleury fue atrapado años más tarde por corsarios vizcaínos y mandado ahorcar por orden de Carlos I. *Ibid.*, 869. <<

[80] Cortés, H., *op. cit.*, 49. El texto latino dice: «Todo reino dividido contra sí mismo será devastado». <<

[81] Hernández, F., *op. cit.*, 211. <<

[82] *Vid.* «Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia», en Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 139-140. <<

[83] En 1560, los descendientes de aquellos que ayudaron a Cortés escribieron a Felipe II para manifestarle cómo habían sido mejores aliados de los castellanos que los propios tlaxcaltecas, pues estos «en muchos casos desertaban y no eran muy hábiles en el campo de batalla». Por otro lado, con respecto a ellos mismos, señalaron: «no solo colaboramos en la guerra, sino que además ofrecimos a los españoles todo lo que éstos necesitaban». Citado en Restall, M., *op. cit.*, 86. <<

[84] Diego de Ordaz nos es descrito por Díaz del Castillo como un natural de Tierra de Campos de cuarenta años de edad, «capitán de soldados de espada y rodela, porque no era hombre de a caballo; fue muy esforzado y de buenos consejos, era de buena estatura e membrudo, e tenía el rostro muy robusto y la barba algo prieta e no mucha; en el habla no acertaba bien a pronunciar algunas palabras, sino algo tartajoso; era franco e de buena conversación; fue comendador de Santiago». Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 869. <<

[85] Contreras, J. E., *op. cit.*, 59-61. <<



[86] Me he basado para escribir estas páginas en Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 210-228. López de Gómara, F., *op. cit.*, 87-125. Martínez, J. L., *op. cit.*, 228-238. Medin, T., *op. cit.*, 210 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 141-145. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. III, capt. LIV-LVII. Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. XL. Thomas, H., 1994, 295 y ss. Tapia en Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 95-100. Prescott, W., *op. cit.*, 236 y ss. Martínez Baracs, A., *op. cit.*, 50-54. Grunberg, B., *op. cit.*, 76 y ss. <<

[87] En realidad, Cholula estaba poblada en el momento de la invasión hispana por toltecas-chichimecas, que ostentaban el poder, y por los descendientes de los primitivos pobladores olmecas-xicalancas y colomochcas. Como escribe Alejandra Gámez Espinosa, «Cholula fue una ciudad-estado, pluriétnica, monumental, polo comercial y centro religioso por excelencia, que no perdió su vocación como sitio sagrado cuando llegaron los conquistadores españoles». Gámez Espinosa, A., 2017, 92. <<

[88] Una vez más, el problema de las cifras: para López de Gómara 50 000 les parecerían muchos, de ahí que los rebajase a 30 000. Díaz del Castillo, a su vez, fijó aquel ejército en 20 000 hombres de Moctezuma. Graulich, M., 1994, 348-364. <<

[89] Contreras, J. E., *op. cit.*, 61-62. <<

[90] Cervantes de Salazar asegura «que los sacerdotes sacrificaron a su Quezalcoatl diez niños de a tres años, las cinco hembras. Esta era especial cerimonia suya cuando comenzaban alguna guerra, tanto que si después les subcedía mal, echaban la culpa a la falta que en el sacrificio había habido». Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. III, capt. LVI. <<

[91] Graulich, M., *op. cit.*, 352-354. <<

[92] Cortés, H., *op. cit.*, 51. <<

[93] Andrés de Tapia, *Relación de algunas cosas...*, en Schmidt-Riese, R., *op. cit.*, 147-149. <<



[94] Thomas, H., 1994, 298-303, 778. Según Francisco Hernández, los muertos fueron 6000. Hernández, F., *op. cit.*, 214-215. <<

[95] de las Casas, B., 1992, 107. García, G., *op. cit.*, 178. <<

[96] Thomas, H., 1994, 301. <<

[97] Herrera, A. de, *op. cit.*, II, VI: 218. <<

[98] Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. XL. <<

[99] F. de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, México, Editora Nacional, 1965, vol. II, 371-372, citado en Lameiras, J., 1994, 118-119. <<

[100] Sahagún, B. de, 1995, II: 830. <<

[101] Muñoz Camargo, D., 1986, 214-215. <<



[102] Clendinnen, I., 1991, 74. «Cortés ciertamente conocía los efectos terapéuticos de una buena masacre para guerreros que han vivido demasiado tiempo con miedo, con su sentido de la invencibilidad ya muy dañado por los enfrentamientos con los de Tlaxcala, y contra los legendarios guerreros de Tenochtitlán, todavía en perspectiva. Como otros líderes también habían descubierto en el pasado, la confianza vuelve cuando el enemigo invisible se revela como una masa de humanidad que grita, sangra y huye». <<

[103] Aguilar, F. de, 1980, 77. <<

[104] Testimonio citado en Martínez, J. L., *op. cit.*, 233. <<

[105] Díaz del Castillo, B., 1989, *op. cit.*, 42-43, 225. El punto de vista del padre De las Casas en de las Casas, B., 1981, III: 239 y ss., y 1992, 107. <<

[106] Medin, T., *op. cit.*, 210-217, cita en p. 214. <<

[107] López Rayón, I., 1852-1853, I: 58-59. <<

[108] Thomas, H., 2001, 147. <<

[109] *Ibid.*, 123. <<



[110] Cortés, H., *op. cit.*, 52. <<

[1] Para escribir estas páginas he seguido a Díaz del Castillo, B., 1989, 234-324. Cortés, H., 1985, 53-72. López de Gómara, F., 2007, 117-183. Cervantes de Salazar, F., 1971, lib. III, capts. LX-LXIII y lib. IV: capts. I-L. Miralles, J., 2004, 143-191. Martínez, J. L., 1992, 236-258. Thomas, H., 1994, 304 y ss. Graulich, M., 1994, 364 y ss. Prescott, W., 2004, 252 y ss. Grunberg, B., 1995, 83 y ss. <<

[2] Aguilar, F. de, 1980, 79. <<

[3] Alonso de Santa Cruz describía a mediados del siglo XVI las casas de México-Tenochtitlan de la siguiente forma: «Las casas comunes de indios son muy bajas y viles, con sólo un sobrado de hasta un estado, son de cal y canto por el agua y lo restante de arriba de ladrillos o adobes, no tienen tejados, sino terrados, puesto que algunas de señores eran soberbiamente labradas y así lo eran los más templos, aunque todo diferente de lo de España». Santa Cruz, A., 1983, 346-357. <<

[4] El relato del encuentro en Sahagún, B. de, 2001, 1087 y ss. <<

[5] Medin, T., 2009, 219-227. <<

[6] López de Gómara nos lo describe de la siguiente forma: «Donde él moraba y residía a la continua, llaman Tepac, que es como decir palacio; el cual tenía veinte puertas que responden a la plaza y calles públicas. Tres patios muy grandes, y en el uno una muy hermosa fuente; había en él muchas salas, cien aposentos de a veinticinco y treinta pies de largo y hueco; cien baños. El edificio, aunque sin clavazón, todo muy bueno; las paredes de canto, mármol, jaspe, pórfido, piedra negra, con unas vetas coloradas como rubí, piedra blanca, y otra que se trasluce; los techos de madera bien labrada y entallada de cedros, palmas, cipreses, pinos y otros muchos árboles; las cámaras pintadas, esteradas, y muchas con paramentos de algodón, de pelo de conejo, de pluma; las camas pobres y malas; porque, o eran de mantas sobre esteras o sobre heno, o esteras solas». López de Gómara, F., *op. cit.*, 141. <<

[7] Cortés reconstruye el discurso de aceptación por parte de Moctezuma de la cesión de la soberanía a Carlos I. Dirigiéndose a sus más allegados en la Corte, les dijo: «Y mucho os ruego, pues a todos es notorio todo esto, que así como hasta aquí a mí me habéis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengáis y obedezcáis a este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengáis a este su capitán; y todos los tributos y servicios que hasta aquí a mí me hacíades, los haced y dad a él, porque yo asimismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare; y demás de facer lo que debéis y sois obligados, a mí me haréis con ello mucho placer». Cortés, H., *op. cit.*, 64. <<



[8] Tanto Fernández de Oviedo como Pedro Mártir de Anglería no opinaron de manera favorable acerca de la supuesta «alegría» con la que Moctezuma aceptó su vasallaje con respecto a Carlos I, una idea que circuló entre cronistas posteriores. El primero comenta que las lágrimas vertidas por el *tlatoani* solo permitían «considerar que esta novela o restitución [la cesión de la soberanía] no era de grado de Moctezuma». Y en el segundo caso, el autor italiano dudaba que, aquellos que han gobernado, cedan el poder demostrando alegría. Bénat-Tachot, L., 2016, 132 y n. 26. Lo cierto es que el propio Cortés se refirió a las lágrimas (amargas) de Moctezuma al aceptar el vasallaje. Cortés, H., *op. cit.*, 64. <<

[9] Los mexicas, en un edificio llamado *Coacalco*, mantenían encerradas las imágenes de los dioses tutelares de las ciudades que habían derrotado como si de prisioneros en una cárcel se tratase. Una de las frustraciones de Moctezuma fue no haberse podido apoderar de un ídolo de Camaxtle-Mixcóatl, el dios tutelar de Tlaxcala y Huexotzinco. Declercq, S. J. L., 2018, 126. <<

[10] Tzvi Medin ya advirtió que, desde el inicio de su campaña, Cortés tomó medidas para que los aborígenes aceptaran el cristianismo en sustitución de sus religiones, una prueba más que contundente de que su intención principal era la de «conquistar, subordinar y poblar e incorporar estos pueblos al imperio de Carlos V». Medin, T., *op. cit.*, 151. Prescott relata con cierta perplejidad la acción represora sobre los ídolos de Cempoallan por parte de Cortés y los suyos. Además, un viejo soldado, Juan de Torres, aquejado de muchos dolores, accedió a permanecer en la urbe al cuidado del santuario cristiano que se levantó. Prescott, W., *op. cit.*, 182. <<

[11] Miralles, J., *op. cit.*, 138-139, 142. <<

[12] Estoy de acuerdo con Beatriz Gutiérrez Mueller en que, en el transcurso de su camino hacia México-Tenochtitlan, Cortés fue dotando su discurso, y así se percibe en la *Segunda carta de relación*, de un contenido providencialista y autojustificativo. No solo la conquista «ilegal» del Imperio mexica era una empresa querida por él, sino también auspiciada por Dios. Gutiérrez Mueller, B., 2017, 27 y ss. <<

[13] Cortés citado en *ibid.*, 30. <<

[14] El cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl achaca el cambio de planes a algunas noticias recibidas por Cortés acerca de un posible complot orquestado por Moctezuma II para deshacerse de ellos: «Otro día vinieron a él ciertos tlaxcaltecas y algunos españoles a avisarle que habían alcanzado que Motecuhzoma trataba de matarlos y que para esto quería quebrar las puentes. Y hablando según una carta original que tengo en mi poder, firmada de las tres cabezas de la Nueva España, en donde escriben a lá majestad del emperador nuestro señor (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella a Motecuhzoma y a los mexicanos de esto y de lo demás que se les arguyó, que lo cierto era que fue invención de los tlaxcaltecas y de algunos de los españoles, que no veían la hora de salirse de miedo de la ciudad y poner en cobro innumerables riquezas que habían venido a sus manos». Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, capt. LXXXV. <<

[15] A. Kerner ha investigado el papel de la barba como herramienta al servicio del establecimiento de la identidad masculina, en este caso en las Indias, pues la misma no solo servía para distinguirse de las mujeres, sino también de los indios, y remarca algunas de sus características «femeninas», como la de ser barbilampiños. Kerner, A., 2013, 105-106. <<



[16] Sahagún, B. de, 2001, II: 1089. Alva Ixtlilxóchitl, F., *op. cit.*, capt. LXXXVI. <<

[17] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, capt. XXVIII. <<

[18] *Ibid.*, lib. IV, capt. XXXVI. <<

[19] El texto de los *Anales* recogido en Baudot, G. y Todorov, T., 1990, 187-206. <<

[20] Thomas, H., 2001, 44. <<

[21] Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 277. <<

[22] Fernández de Oviedo, G., 1853, II: 290. <<

[23] Medin, T., *op. cit.*, 244. <<



[24] Graulich, M., *op. cit.*, 382 y ss. <<

[25] Manzo Robledo, F., 2013, 344. <<

[26] Al menos Cervantes de Salazar acusa a Alonso de Grado de haber tenido un espía, castellano, en la costa para informarle de la llegada de algún navío procedente de Cuba con noticias de Velázquez. Cortés, enterado del tema, hizo tomar prisionero al espía, trasladarlo a México-Tenochtitlan y afrentarlo públicamente. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, capt. XLIV. <<

[27] Acerca de la caza en el mundo mexicana, relacionada con otras cuestiones, Olivier, G., 2010, 453-482. <<

[28] Una semblanza de Olmedo en Thomas, H., 1994, 185-186. <<

[29] Según López de Gómara, el oro conseguido tendría un valor de 160 000 pesos y de plata fueron 500 marcos, por eso el Quinto Real montaba 32 000 pesos y 100 marcos de plata. Y añade: «Valía allende de esto cien mil ducados lo que Cortés apartó de toda la gruesa, antes de la fundición, para enviar por presente con el quinto, en perlas, piedras, ropa, pluma, oro y pluma, piedras y pluma, pluma y plata, y otras muchas joyas, como las cerbatanas, que, fuera del valor, eran extrañas y lindas, porque eran peces, aves, sierpes, animales, árboles y cosas así, contrahechas muy al natural de oro o plata [...] mas no se envió, y todo o lo más se perdió, con lo de todos, cuando el desbarate de México». López de Gómara, F., *op. cit.*, 177. <<

[30] Bernal Díaz asegura que este piloto natural de Triana iba diciendo «que no había visto tierra adonde hubiese dos reyes como en la Nueva España, porque Cortés llevaba quinto como rey, después de sacado el real quinto, y de pensamiento dello cayó malo». Tras viajar a Castilla, donde presentó quejas ante el monarca, este le concedió, como a otros, 100 pesos anuales de renta en una encomienda, pero al regresar a Nueva España al poco murió. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 858. <<

[31] Mejía se opuso a que Velázquez de León obtuviese un plato de oro ante la renuencia de Cortés a corregir esos excesos. El caudillo lo mandó arrestar y encadenar, de ahí la enemistad entre ambos desde ese momento. Con todo, Mejía también fue acusado a su vez de apropiarse de 2000 o 3000 pesos y durante las semanas transcurridas mientras se controlaba a Pánfilo de Narváez Cortés lo tuvo bajo custodia. Thomas, H., 2001, 116-117. <<



[32] Al respecto Mejías López, W., 1993, 623-646. <<

[33] López de Gómara, F., *op. cit.*, 312. <<

[34] Cortés, H., *op. cit.*, 68. <<

[35] López de Gómara se recrea en los detalles: «Eran de piedra, y del gordor, altura y tamaño de gigante. Estaban cubiertos de nácar, y encima muchas perlas, piedras y piezas de oro engastadas con engrudo de *zacotl*, y aves, sierpes, animales, peces y flores, hechas a lo mosaico, de turquesas, esmeraldas, calcedonias, amatistas y otras piedrecicas finas que hacían gentiles labores, descubriendo cada diez corazones de hombres de oro, y sendas máscaras de oro con ojos de espejo, y al colodrillo gestos de muerto; todo lo cual tenía sus consideraciones». López de Gómara, F., *op. cit.*, 158. <<

[36] Miralles, J., *op. cit.*, 171-172, que cita a Díaz del Castillo. <<

[37] Fernández de Oviedo citado en Bénat-Tachot, L., *op. cit.*, 131. <<

[38] Graulich, M., *op. cit.*, 242-245. <<

[39] De hecho, refiere Muñoz Camargo que los cholultecas insultaron a los tlaxcaltecas poco antes de ver su ciudad atacada por los aliados llamándoles «cobardes, merecedores de castigo: como se ven vencidos de los mexicanos, andan a buscar gentes advenedizas para su defensa». Y más adelante, exclaman: «Decidnos de dónde los habéis traído *alquilados* para vuestra venganza». La cursiva es mía. Muñoz Camargo, D., 1986, 210-211. <<



[40] De este Rodrigo Rangel nos señala Díaz del Castillo «que fue persona preeminente y estaba muy tullido de bubas, nunca fue a la guerra para que dél se haga memoria». Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 856. Thomas, citando a Díaz del Castillo, señala que «No era para darle ningún cargo, a causa que estaba siempre doliente y con grandes dolores y bubas [...] y todo lleno de llagas, cuerpo y cabeza abierta [...] de mala lengua». De hecho, cuando aun después de la guerra se enroló en la conquista de los zapotecas, siendo muy mayor, pues se cree que nació en 1447, Rangel al sentir hablar de quien fuese siempre contestaba «Al carajo, que lo aspen». En buena posición económica, no en vano fue el encomendero de Cholula, en 1527 lo acusaron por blasfemar, al decir, entre otras lindezas, que la Virgen María era una furcia, y hubo de sufrir grandes penitencias por ello. Thomas, H., 2001, 137. <<

[41] Thomas, H., 1994, 364. En otra ocasión, Pedro de Alvarado, junto con Alonso de Ojeda, intervino en el robo de 600 cargas del cacao de Moctezuma. Cortés, una vez más, tuvo que disimular. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, capt. XLIV. <<

[42] Graulich, M., *op. cit.*, 390. <<

[43] Los detalles en Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 314-365. Cortés, H., *op. cit.*, 72-78. Martínez, J. L., *op. cit.*, 258-262. Miralles, J., *op. cit.*, 192-208. Thomas, H., 1994, 412 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, caps. XLVIII-XC. Aguilar, F. de, *op. cit.*, 83-85. Prescott, W., *op. cit.*, 300 y ss. Graulich, M., *op. cit.*, 403 y ss. <<

[44] Novecientos hombres y 80 caballos según López de Gómara, quien además afina: la flota la formaban 11 naos y 7 bergantines; Vázquez de Ayllón añade a tales cifras 1000 indios de apoyo procedentes de Cuba, además de algunos esclavos africanos; 800 infantes, 80 efectivos de caballería, 80 escopeteros, 120 ballesteros y una docena de cañones, según el propio Cortés; Andrés de Tapia refirió la presencia de poco más de un millar de hombres, con buena artillería, así como 90 caballos y 150 escopeteros y ballesteros. Martínez, J. L., *op. cit.*, 259, n. 29. López de Gómara en un momento de su relato asevera que la infantería de Narváez se dividía en 80 escopeteros, 120 ballesteros y 600 armados de espada y rodela. López de Gómara, F., *op. cit.*, 192. Fray Juan de Torquemada señaló las cifras aportadas por Herrera: 85 caballos, 800 infantes y una docena de cañones. Torquemada, J. de, 1975-1983, II: lib. IV, capt. LIX. Andrés de Monjaraz, testigo en el juicio de residencia de Cortés, señaló las siguientes fuerzas: 580 lanceros y piqueros, 86 escopeteros, unos imprecisos ciento y tantos ballesteros, 116 jinetes, así como 17 cañones. López Rayón, I., 1852-1853, II: 50. <<

[45] López Rayón, I., *op. cit.*, II: 50. <<

[46] A Cervantes, una vez Cortés controló la situación en Cempoallan, sus hombres le dieron una paliza. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 359. <<

[47] Con todo, uno de los llegados con Narváez, Pedro de Meneses, pero adicto a la causa cortesiana, aseguró años más tarde que el de Medellín llevó consigo hacia Cempoallan entre 15 000 y 20 000 tlaxcalteca para luchar contra Narváez. <<



[48] Andrés de Monjaraz, testigo en el juicio de residencia de Cortés, señaló que Alvarado recibió un centenar de hombres para cuidar de la persona de Moctezuma II y especifica que se trataba de los que se hallaban recuperándose de enfermedades o heridas o bien de aquellos de los que el líder extremeño menos se fiaba. López Rayón, I., *op. cit.*, II: 48. <<

[49] Alonso de Mata era un veterano de las guerras contra Francia y actuó como balletero una vez abrazó la causa cortesiana. Incluso se significó en operaciones de finales de 1520 acompañando a Gonzalo de Sandoval y en el sitio de México-Tenochtitlan. Thomas, H., 2001, 232-233. <<

[50] En su juicio de residencia, Cortés nunca admitió que Narváez era portador de provisiones y otras órdenes reales. Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 161-163.  
<<

[51] *Ibid.*, 163-164. Andrés de Monjaraz afirmó que a la altura de Tepeacac aparecieron unos indios que portaban el cuerpo del difunto Piñero, con numerosas heridas, en una hamaca. López Rayón, I., *op. cit.*, II: 71. <<

[52] Citado por García, G., *op. cit.*, 197. <<

[53] Thomas, H., 2001, 232. <<

[54] Cervantes de Salazar aporta muchos más nombres de todos los personajes relevantes que pelearon en cada escuadra. Discrepa de las restantes fuentes al señalar los comandantes de las mismas, salvo en el caso de Gonzalo de Sandoval, que llevó consigo 60 hombres; la segunda escuadra la comandaba Cristóbal de Olid que era su maestro de campo, así como Sandoval era el alguacil mayor, y la tercera escuadra la dirigía el propio Cortés. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, capt. LXXXIII. <<

[55] Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 354-355. <<



[56] Thomas, H., 2001, 190. <<

[57] Tapia en Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., 1988, 118. <<

[58] Thomas, H., 2001, 195. <<

[59] O bien pólvora de los barriles que trajo Narváez. Tapia lo explica con detalle: cuando un antiguo marinero intentó poner fuego a la pólvora, y eran varios barriles, por suerte el primero que desfondó tenía alpargatas. Cuando Cortés se dio cuenta, apagó el fuego y le recriminó que si llega a ser pólvora hubiera muerto mucha gente. Pero una vez controlada la situación, «E llevada la pólvora a una casa pequeña de un ídolo donde él tinie algunos de los contrarios presos, e encomendádoslos a un capitán, mandó traer algunos de los tiros, e batía en la torre donde los españoles estaban, e así se dieron». Tapia en Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 118-119. <<

[60] Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 357-358. <<

[61] Prescott, W., *op. cit.*, 341 y n. 209. En el cargo undécimo contra Cortés en su juicio de residencia, el número de bajas de Narváez es de 16 muertos en el combate trabado. Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 169-173. <<

[62] Thomas, H., 2001, 232. <<

[63] Graulich, M., *op. cit.*, 406. <<



[64] Para confeccionar estas páginas he seguido a Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 365 y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 195-198. Herrera, A. de, 1601, II, X: 335-336. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, caps. CI-CII. Martínez, J. L., *op. cit.*, 262-266. Miralles, J., *op. cit.*, 212-213. López Rayón, I., 1847, 37-38. Thomas, H., 1994, 427 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 344 y ss. <<

[65] Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 867. Pedro de Alvarado (1485-1541) fue comendador de Santiago, además de adelantado de Guatemala, Honduras y Chiapas, obtuvo una capitulación para explorar el mar del Sur y alcanzó Quito en 1532; estuvo en Perú hasta 1534 e intentó involucrarse en la conquista de aquellas tierras, pero optó por abandonar la partida. De regreso a Nueva España, participó en la pacificación de Honduras y acabó muriendo en el ataque al peñón de Nochistlán (1541) en plena guerra del Mixtón dirigida por el virrey Antonio de Mendoza. Thomas, H., 2001, 38-43. <<

[66] La importancia de la festividad estribaba en que era el momento del año en que se sacrificaban guerreros prisioneros de guerra, en especial a aquel que actuaba en sustitución del propio *tlatoani*. El mes de tóxcatl se asociaba con el ascenso hacia el sol del representante del dios Tezcatlipoca. De hecho, el propio emperador en persona vestía con los atributos apropiados al sacrificable. Por otro lado, era la fiesta en que los guerreros efectuaban ritos para encontrar la suerte en futuros lances bélicos y seguir capturando enemigos. A los ritos le seguía la ingesta de carne de los sacrificados, además de otros alimentos. Declercq, S. J. L., *op. cit.*, 323-326. <<

[67] B. Grunberg cita el testimonio de Juan Álvarez. Aunque muchos cronistas culpabilizaron de lo acontecido a los aborígenes, el padre De las Casas, José de Acosta y Juan Ginés de Sepúlveda no dudaron de la culpabilidad de Alvarado. Grunberg, B., *op. cit.*, 124 y ss. <<

[68] Thomas, H., 2001, 45. <<

[69] Martínez Baracs, A., 2008, 54-56. <<

[70] Martínez, J. L., *op cit.*, 235. <<

[71] Genaro García también apuesta por esta posibilidad. García, G., *op. cit.*, 205. <<



[72] El padre Durán justifica su afirmación alegando que era imposible, si en México-Tenochtitlan estaban pugnando con los refugiados hombres de Alvarado, que les hubiesen permitido pasar hasta el centro de la ciudad. Durán, D., 1880, II: 47. Pero, siguiendo la misma lógica, se podría aducir que los dejaron pasar para acabar con mayor facilidad con todos de una vez dentro de la gran urbe. <<

[73] *Códice Aubin*, 1902, 98. <<

[74] López de Gómara insiste en el tema del mucho oro que los danzantes portaban como adorno: «[...] viéndolos tan ricos, que se acodiciaron al oro que traían a cuestras [...] sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima». López de Gómara, F., *op. cit.*, 197-198. <<

[75] Sahagún, B. de, 1995, II: 837. <<

[76] *Códice Ramírez*, 1987, 143-144. <<

[77] López Rayón, I., *op. cit.*, I: 35-43. <<

[78] Medin, T., *op. cit.*, 250 y ss. Graulich, M., *op. cit.*, 408-410. <<

[79] Aguilar, F. de, *op. cit.*, 85-86 y n. 38, en la que el editor, J. Gurría, refiere que fray Juan de Torquemada aseveraba que había dispuesto de dos relatos indígenas en los que se aseguraba que los aborígenes habían planificado un ataque para terminar con Alvarado y los suyos al calor de la celebración en el Templo Mayor. <<



[80] Suárez de Peralta, J., 1990: 133. <<

[81] López de Gómara, F., *op. cit.*, 196-197. <<

[82] Graulich, M., *op. cit.*, 410-413. <<

[83] Medin, T., *op. cit.*, 255. <<

[84] Baudot, G. y Todorov, T., *op. cit.*, 187-206. <<

[85] Sahagún, B. de, 2001, 1093. <<

[1] Sigo en estas páginas a Cortés, H., 1985, 78-88. Díaz del Castillo, B., 1989, 380-394. López de Gómara, F., 2007, 200-213. Durán, D., 1880, II: 40 y ss. Herrera, A. de, 1601, II, X: 335-347. Cervantes de Salazar, F., 1971, lib. IV, capts. CIII-CXXX. Muñoz Camargo, D., 1986, II: capt. VI. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, capt. LXXXIX. Sahagún, B. de, 1995, II: 839-845. Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., 1988, 191. Miralles, J., 2004, 215-227. Martínez, J. L., 1992, 258-274. García, G., 1901, 209-229. Thomas, H., 1994, 439-473. Aguilar, F. de, 1980, 86-93. Fernández de Oviedo, G., 1853, II: 317 y ss. Prescott, W., 2004, 359 y ss. Grunberg, B., 1995, 129 y ss. Graulich, M., 1994, 416 y ss. <<

[2] Bernal Díaz dice de Santa Clara que era un mancebo de La Habana que murió a manos de los indios. Díaz del Castillo, B., 1989, 855. <<



[3] Un testimonio citado por Genaro García, Henrico Martínez, comentó en su momento que los mexicas no impidieron la entrada de la hueste en el interior de la ciudad, o bien porque esperaban atraparlos a todos dentro y matarlos por hambre o, en todo caso, la explicación es que los aborígenes no luchaban más de tres días seguidos, descansaban el cuarto, y el de Medellín aprovechó el momento para avanzar sin reparo alguno. García, G., *op. cit.*, 209. <<

[4] Sahagún, B. de, 2001, II: 1094. <<

[5] Cuitláhuac, quizá el undécimo hijo del *tlatoani* Axayacatl según una tradición, o hermano mayor del propio Moctezuma II según otra, en palabras del cronista Tezozómoc, era hijo de una princesa de Iztapalapa, hija, a su vez, de Huehneh Cuitlahuatzin, *tlatoani* de la misma. Se casó con una acolhua, nieta por más señas de Nezahualcoyotl. Alcanzó el rango de *tlacochcalcatl* o jefe supremo del ejército. Acerca de este personaje, *vid*, van Zantwijk, R., 2010. Su ascenso al poder, no obstante, no se entiende sin la llegada de los españoles con su pretensión conquistadora. <<

[6] Grunberg, B., *op. cit.*, 129. <<

[7] Torquemada, J. de, 1975-1983, II: lib. IV, capt. LXVIII. <<

[8] *Ibid.*, II: lib. IV, capt. LVIII-LXIX. El padre Torquemada también cita la muerte de Gonzalo Cerezo aquellos días, extremo que desmiente Thomas, H., 2001, 200. <<

[9] Citado en García, G., *op. cit.*, 213. <<

[10] Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 322. <<



[11] Thomas, H., 2001, 265. <<

[12] Citado en Thomas, H., 1994, 444. <<

[13] Fernández de Oviedo, que hace gala de mayor conocimiento bibliográfico que otros cronistas, aseguró que tales ingenios eran los testugines o tortugas descritos en su obra de arquitectura por Vitruvio, o en el arte de la guerra de Flavio Vegecio, y añade con perspicacia: «No sé yo si de tal çiençia Hernando Cortés toviessa notiçia; pero su ingenio é habilidad era á más que esso bastante». Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 320. <<

[14] Se trataba de un templo dedicado a Tequitzin y Mayahuel. Acerca del templo de Yopico, *vid.* López Austin, A., 1965, 92. <<

[15] Trescientos para Cervantes de Salazar y A. de Herrera; 500 para López de Gómara; según Díaz del Castillo eran, nada menos, que 4000. <<

[16] Los informantes del padre Sahagún explicaron que muchos de ellos «se despeñaban cu [templo] abajo». Sahagún, B. de, 2001, II: 1095. <<

[17] La adarga era un escudo de cuero, ovalado o con figura de corazón, con un único brazal para asirlo en su parte posterior. López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., 2008, 239-240. <<

[18] Acerca de venenos apunta Cervantes de Salazar lo siguiente: «Lo principal con que curan los que saben hacer algo es con brevajes, que ellos llaman *patles*, los cuales son tan peligrosos las más veces que quitan presto la vida. Con estos bebedizos hacen a las mujeres echar las criaturas, y a las que están de parto dicen que las ayudan. Conocen unas mariposas tan venenosas que, dándolas a beber hechas polvos, matan luego, y si los polvos son de las mismas mariposas, más pequeñas, matan en diez días, y si son de las muy chicas y muy nuevas, consumen y acaban la vida al que las toma, poco a poco». Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. I, capt. XXI. <<



[19] Durán, D., *op. cit.*, II: 50. <<

[20] Genaro García menciona los testimonios de los padres Acosta y Durán, los informantes de Sahagún o del cronista Chimalpáhin como coincidentes en el asesinato, bien por estrangulamiento bien por cuchilladas, de Moctezuma II. García, G., *op. cit.*, 214-218. <<

[21] López de Gómara, F., 2007, 203. <<

[22] Las fuentes mexica supervivientes del conflicto sostienen que el cuerpo de Moctezuma II, así como los de Cacama e Itzquauhtzin, ejecutados por los españoles, fueron encontrados fuera de palacio, en el entorno del canal de Teoayoc. Levy, B., 2010, 400. Cortés, de manera muy fría, comenta: «e yo le fice sacar así muerto a dos indios de los que estaban presos, e a costas lo llevaron a la gente, y no sé lo que dél se hicieron, salvo que no por eso cesó la guerra, y muy más recia y muy cruda de cada día». Cortés, H., *op. cit.*, 80-81. Según fray Juan de Torquemada, Cacama fue agarrotado en secreto pocos días después de que Moctezuma se lo hubiese entregado a Cortés. Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. LVI. <<

[23] El autor, o autores, del *Códice Aubin* sugieren un rechazo a hacerse cargo del cuerpo del difunto Moctezuma II, hasta que fue incinerado: «Cuando este último murió, enseguida vino a cargarlo sobre sus espaldas uno llamado Apanécatl. Enseguida se lo llevó allá, a Uitzillan. Pero entonces, allá, sólo vinieron a verlo. Entonces también, lo llevó allá, a Necatitlan. Pero entonces allá, sencillamente le dispararon flechas. Entonces también lo llevó a Tecpantzinco, pero allá también sólo fueron a verlo. Entonces, una vez más, lo llevó a Acatliyacapan. Entonces allá, Apanécatl sencillamente dijo: “¡Oh señores nuestros! ¡Qué pobre desgraciado es Motecuhzoma! ¿Qué me voy a pasar la vida cargando en las espaldas?”. Enseguida los señores dijeron: “¡Recíbanlo, pues!”. Enseguida, los mayordomos lo tomaron a su cargo, enseguida lo incineraron». Baudot, G. y Todorov, T., 1990, 209-215. Según el padre Torquemada, cuando los mexicas reconocieron el cuerpo de Moctezuma, lo recogieron y lo llevaron no a Chapultepec, como quiere una cierta tradición, sino a Copalco, donde lo quemaron en una gran hoguera pero sin seguir el ceremonial correcto, pues era un personaje odiado por su pueblo. En cambio, en el caso del señor de Tlatelolco, Itzquauhtzin, los suyos se llevaron su cadáver en una canoa y «llevándolo al patio del templo le celebraron sus obsequias con grandes llantos y solemnidad; y quemado su cuerpo, pusieron sus cenizas en un lugar llamado Quauhxicalco y lo mismo hicieron de los otros señores que murieron con ellos, según la dignidad de cada uno». Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. LXX. <<

[24] Acerca de los funerales de los dignatarios mexicas durante la conquista, *vid.* Chávez Balderas, X., 2008, 179 y ss. <<

[25] Vázquez de Tapia en Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 145-146. <<

[26] Cortés explica que a cambio de la libertad de uno de los sacerdotes importantes que tenía preso, un grupo de notables mexica le ofreció poder salir en paz de la ciudad. «El cual vino y les habló y dio concierto entre ellos y mí y luego pareció que enviaban mensajeros, según ellos dijeron, a los capitanes y a la gente que tenían en las estancias, a decir que cesase el combate que daban a la fortaleza y toda la otra guerra», pero el pacto no llegó a buen puerto. Cortés, H., *op. cit.*, 82-83. <<



[27] Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. LXX. En concreto, el padre Torquemada narra los hechos de la siguiente forma: una vez agarrotados, «[...] y vieron que estaban muertos, mandáronlos echar por las azuteas fuera de la casa, en un lugar que se llamaba Tehuayoc, que quiere decir lugar de la tortuga de piedra. Porque allí estaba labrada una tortuga de piedra». <<

[28] Francisco Rodríguez Magariño fue alguacil de Puerto Real, en la isla La Española, desde donde viajó a Cuba para participar en la expedición de Cortés. Más tarde luchó en uno de los bergantines en el lago Texcoco. La fidelidad a Cortés y sus años de lucha le valieron tres encomiendas. Thomas, H., 2001, 139. <<

[29] En los descargos de su juicio de residencia, Cortés se sintió obligado a explicar por qué se puso en cabeza de la gente que huía y no se situó en la retaguardia con Pedro de Alvarado: según su versión, se envió a Gonzalo de Sandoval y a Antonio de Quiñones con 200 hombres a colocar las planchas de madera en la primera zanja abierta en la calzada para que pasaran los caballos, pero ambos capitanes alegaron que los hombres no quisieron hacerlo si no era Cortés en persona quien fuese con ellos, pues «con su presencia se animaría la xente e tomarían las dichas puentes e sigurarían los dichos pasos, e no de otra manera». Manzo Robledo, F., 2013, 356-357. <<

[30] Cristóbal Martín Millán de Gamboa no solo habría salvado esa noche a Alvarado, sino también a otro capitán como Sandoval, además de a Antonio de Quiñones y a Colmenero. Al día siguiente, murió su caballo. Con posterioridad, en el sitio de México-Tenochtitlán, salvó al propio Cortés. Martín de Gamboa había llegado a las Indias de la mano del gobernador Ovando en 1502 y acabó por prosperar. En 1518, se desplazó a Cuba para poder participar en el viaje de Grijalva. Más tarde lo hizo con Cortés, del que fue caballerizo mayor. Fue herido en la cara en los combates contra los tlaxcaltecas. Thomas, H., 2001, 112-113. <<

[31] *Ibid.*, 99. <<

[32] Asegura Díaz del Castillo que en la petaca del nigromante muerto encontraron un pequeño libro lleno de cifras y otros mensajes crípticos, así como una «natura como de hombre, de obra de un jeme hecha de baldrés, y tenía dentro como una borra de lana de tundidor». Díaz del Castillo, B., 1989, 387. Es decir, un artilugio en forma de pene, de la largura que hay entre el dedo índice y el meñique de una mano, hecho de piel de cordero muy fina y relleno de borra de lana de la usada por los pañeros. Lo que se nos escapa es la utilidad del ingenio. <<

[33] Sahagún, B. de, 2001, II: 1097. <<

[34] Juan Tirado y otro conquistador, Ruiz Mansilla, enfadados con Cortés por el reparto del botín, escribieron consignas contra el caudillo y las fijaron en las paredes de Coyohuacan tras la caída de la urbe imperial. Tirado llegó a estar en la cárcel de Ciudad de México y fue uno de los grandes enemigos de Cortés una vez finalizada la guerra. Thomas, H., 2001, 143, 156-157. <<



[35] Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 325. <<

[36] Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 68. <<

[37] Thomas, H., 2001, 240-241. <<

[38] Durán, D., *op. cit.*, II: 48. <<

[39] van Zantwijk, R., *op. cit.*, 25. <<

[40] Sahagún, B. de, 1995, II: 1097-1098. <<

[41] *Ibid.*, 1098-1099. <<

[42] Sahagún, B. de, 2001, 1098. ¿Se trata de Coacalco? <<



[43] Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. LXXI-LXXII. <<

[44] Años más tarde, en 1553, Ruy González señaló que Cortés disponía entonces de 340 soldados europeos, casi todos heridos, y 27 caballos, pero no dijo nada de indios aliados. Citado en Thomas, H., 1994, 471. <<

[45] Thomas, H., 2001, 211. <<

[46] Aguilar, F. de, *op. cit.*, 93. <<

[47] García, G., *op. cit.*, 227-229. <<

[48] Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 177-181, cita en p. 180. En los descargos de dicho juicio de residencia, añadió Cortés sin pudor alguno: «[...] sola su persona de Don Hernando Cortés fue parte para escapar la xente e que no los matasen todos, porque vino a él toda la Tierra, e la xente española estaba muy desmayada». *Ibid.*, 358. <<

[49] AGI, Patronato, leg. 184/46, carta de Ruy González a Carlos I, Ciudad de México, 24/IV/1553. <<

[50] Muñoz Camargo, D., *op. cit.*, 224. <<



[51] van Zantwijk, R., *op. cit.*, 30-35. <<

[52] Durán, D., *op. cit.*, II: 51. <<

[53] Me he servido para redactar estas páginas de Cortés, H., *op. cit.*, 85-95. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. IV, caps. CXXXI-CXXXIV y lib. V, caps. I-XXIX. Díaz del Castillo, B., 1989, 394-427. López de Gómara, F., 2007, 219-225. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 325 y ss. Durán, D., *op. cit.*, II: 54 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 274-284. Miralles, J., *op. cit.*, 227-241. Thomas, H., 1994, 474 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 390 y ss. Grunberg, B., *op. cit.*, 145 y ss. <<

[54] Muñoz Camargo, D., *op. cit.*, 226. <<

[55] Cortés, H., *op. cit.*, 87. <<

[56] Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 358-359. <<

[57] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. III. <<

[58] Thomas, H., 2001, 234-235, 242. <<



[59] Fray Juan de Torquemada, en cambio, se decantó por señalar que 6000 flecheros acompañaron a Cortés y los suyos en esta operación. Mientras Xicoténcatl aprestaba un ejército de 50 000 tlaxcaltecas. Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. LXXVI. <<

[60] Muñoz Camargo citado en Martínez Baracs, A., 2008, 60. <<

[61] Vázquez de Tapia en Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 148. <<

[62] Herrera, A. de, *op. cit.*, II, X: 352-353. <<

[63] Cuando relató los primeros combates del sitio de México-Tenochtitlan, Fernández de Oviedo volvió a la carga al comentar la barbarie de los aliados de Cortés, cuando «Ni podían ver los ojos de los chripstanos é cathólicos más espantable é aborrescida cosa que ver en el real de los amigos confederados el continuo exercicio de comer carne asada ó cocida de los indios enemigos; é aun de los que mataban en las canoas ó se ahogaban, é después el agua los echaba en la superficie de la laguna ó en la costa, no los dexaban de pescar é apossentar en sus vientres». Por supuesto, era barbarie porque no se hacía por necesidad, como ocurrió en Atenas al ser sitiada por Sila, según el relato de Amiano Marcelino que nuestro cronista oportunamente cita. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 392-393. <<

[64] Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. LXXVI. <<

[65] Herrera, A. de, *op. cit.*, II, X: 353. Cabe decir que para el cronista Herrera la política de Cortés hacia los esclavos era justo la contraria: «mandó Cortés vender a muchos que había prendido, y herrarlos, salvo a las mujeres y niños, conforme a su costumbre, aplicando una parte a su ejército, y otra a la república de Tlascal». Herrera nos ofrece esta explicación por seguir en su relato a Cervantes de Salazar. Otro cronista que justificó la política esclavista de Cortés y los suyos fue López de Gómara. Al respecto, Egío, J. L., 2016, 161 y ss. <<

[66] Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 148. <<



[67] El testimonio de Vázquez de Tapia en García, G., *op. cit.*, 234. López Rayón, I., 1852-1853, I: 58-60. <<

[68] Citado en Thomas, H., 1994, 482. <<

[69] Thomas, H., 2001, 271. <<

[70] Citado en García, G., *op. cit.*, 233. Serrano, que había sido alférez, tuvo algún problema con Cortés acerca de una india cubana y se le retiró el rango. No fue muy amigo del de Medellín. Díaz del Castillo, B., 1989, 108. <<

[71] Según otras fuentes, los hombres incorporados con Morejón fueron una veintena. Actuó como capitán de un bergantín en el sitio de México-Tenochtitlan y acabó muriendo en Honduras. Thomas, H., 2001, 281. <<

[72] Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 335. <<

[73] Anglería, P. M. de, 1989, 347. <<

[74] En el juicio de residencia cortesiano se alegó que Cristóbal de Olid llevó en dicha ocasión una gran cantidad de aborígenes presos, de los cuales «hizo apartar de los dichos indios, quatrocientos hombres, que <h>eran para pelear, e los fizo matar todos e los otros que quedaron que <h>eran mujeres e niños, los fizo todos esclavos». Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 190. <<



[75] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. XXII. <<

[76] Fernández de Oviedo completó la anterior descripción de Cortés de la villa recién conquistada: «Está absentada en un llano á la halda do un çerro medianil, donde tiene muy buena fortaleça; é por la otra parte de háçia el llano está cercada do un rio hondo, que passa junto al muro, y está çircuyda de la barranca del rio, que es muy alta, é sobre la barranca fecho un pretil, toda la cibdad en torno, tan alto como un estado, y ençima de aquella çerca estaban muchas piedras sueltas para su defensa. Tiene un valle redondo muy fértil, de diverssas fructas é mucho algodón, y en ninguna parte de los puertos arriba se haçen, por la grand frialdad, é allí es tierra abrigada é caliente, á causa que está amparada de las sierras circunstantes. Todo aquel valle se riega por muy buenas acequias, que tienen tan bien sacadas é concertadas quanto en parte del mundo se puede hacer». Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 342. <<

[77] *Ibid.*, II: 340-341. <<

[78] Había nacido en Medellín, hijo de un licenciado. Muy cercano a Cortés. Presente en todos los hechos de guerra importantes, se quedó vigilando las ruinas de México-Tenochtitlan con 300 hombres mientras Cortés iba a Coyohuacan. Luego estuvo en la conquista de Cihuatlan, donde vivió y tuvo varias encomiendas. Thomas, H., 2001, 140-141. <<

[79] Francisco Álvarez Chico era primo de otro hombre de confianza de Cortés, Francisco de Terrazas. Su hermano Fernando murió a manos de los indios en Puerto Rico. Arribó a las Indias en 1511. Procurador mayor del consejo de Veracruz en 1519, al año siguiente permaneció con Pedro de Alvarado custodiando a Moctezuma II mientras Cortés pugnaba para imponerse a Pánfilo de Narváez. Según el testimonio de Juan Álvarez de 1521, Álvarez Chico fue quien, en el asunto de la fiesta del Templo Mayor, le sugirió a Alvarado que «antes que los dichos indios dieran sobre los cristianos, aquellos dieran sobre los dichos indios». Thomas, H., 2001, 46. <<

[80] Díaz del Castillo, B., 1947, 130-149. López de Gómara, F., 1946, 368-375. Thomas, H., 1994, 463-500. <<

[81] La enfermedad hizo acto de presencia por primera vez en dicha isla en 1507, pero reapareció con fuerza desde finales de 1518. Conocida en el resto del planeta desde varios milenios atrás, no obstante, en Europa, donde era endémica, aún mataba al 3 por ciento de la población infantil. En América lo hacía al 30 por ciento de los infectados. Headrick, D. R., 2010, 101. <<

[82] Baudot, G. y Todorov, T., *op. cit.*, 187-206. <<



[83] D. Headrick, no obstante, se decanta por pensar que los cambios de liderato sufridos en México-Tenochtitlan, con la muerte de Cuitláhuac a causa de la viruela fueron más importantes que los ocurridos en Tlaxcala con el deceso de Maxixcatzin, pues Cortés pudo controlar con facilidad la sucesión de líder en ese caso. No me parece un argumento suficiente, pero sí, en cambio, el trastorno político sufrido por la Triple Alianza desde el desembarco de Cortés y los suyos en Veracruz. Una secuencia de hechos en la que, la llegada de la viruela, fue una más de las muchas desgracias que tuvieron que arrostrar los mexicas y sus aliados. Headrick, D. R., *op. cit.*, 108.  
<<

[84] Thomas, H., 1994, 492-496. Cook, N. D., 2005, 71-82, que cita a Brooks en la p. 81. Miralles, J., *op. cit.*, 241-242. <<

[85] En palabras de Vázquez de Tapia: «[...] en esta pestilencia murió gran cantidad de hombres y gente de guerra y muchos señores y capitanes y valientes hombres, con los cuales habíamos de pelear y tenerlos por enemigos, y milagrosamente Nuestro Señor los mató y nos los quitó de delante». Vázquez de Tapia en Díaz, J., Tapia, A., Vázquez de Tapia, B. y Aguilar, F., *op. cit.*, 148. <<

[86] Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. LXXIX. <<

[87] Para redactar estas páginas me he servido de Díaz del Castillo, B., 1989, 427 y ss. Cortés, H., *op. cit.*, 98 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. XXXIX y ss. López de Gómara, F., 2007, 226 y ss. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 347 y ss. Herrera, A. de, *op. cit.*, II, X: 360 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 285 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 242 y ss. Thomas, H., 1994, 500 y ss. Grunberg, B., *op. cit.*, 161 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 414 y ss. <<

[88] García Icazbalceta, J., 1980. <<

[89] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 272. <<

[90] Este cronista asegura que Cortés arribó a Tetzoco con apenas 25 000 aliados, pues desde la ciudad los hermanos leales a su causa, o traidores a Coanacoch, según como se mire, le prometieron que allá le esperaban infinidad de leales. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 342. <<



[91] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 274. En su famosa *Relación Décimotercera*, Alva Ixtlilxóchitl afirma que Huaxpitzcac, llamado Don Carlos desde su bautizo, hubo de dejar su cargo cuando el príncipe Ixtlilxóchitl estuvo en disposición de acceder al mismo. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 346. <<

[92] Baudot, G. y Todorov, T., *op. cit.*, 187-206. Tal vez hay aquí una confusión, no sé si mía, pues existe un gran guerrero tlatelolca del mismo nombre, Temilo, no tetzcocano. Puede que el texto haga referencia a los altos dirigentes tlatelolcas que se entrevistaron con los enviados de Tetzco. En el libro XII del *Códice florentino* aparece Temilo al lado de otro destacado guerrero llamado Coyohuehue repeliendo un ataque compuesto por españoles y de xochimilcas. Poco después, los dos guerreros-jaguar se unieron para lograr embarrancar uno de los bergantines cortesianos y cortarles el paso a sus enemigos. Más tarde, Temilo, con indumentaria de guerrero-águila, aparece en la lucha portando una espada que había capturado. Al final es identificado en el texto como uno de cuatro grandes guerreros, dos provenientes de Tlatelolco y dos de Tenochtitlan, que acompañan a Cuauhtémoc en el momento de la rendición. Terraciano, K., 2014, 220-221. <<

[93] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 343, 345-346. <<

[94] Uno de esos testimonios fue el de Antonio de Villarroel. López Rayón, I., *op. cit.*, I: 198-199. <<

[95] Manzo Robledo, F., *op. cit.*, 204-205. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 272-273. Según Cortés, Ixtlilxóhñitl era un hombre joven, de veintitrés o veinticuatro años, muy «esforzado y temido de todos». Cervantes de Salazar lo hace de veinticinco o veintiséis años y utiliza el testimonio de Toribio de Benavente, que le conoció, para decir de él que era «muy esforzado e un poco alocado». Citas en Miralles, J., *op. cit.*, 292. <<

[96] Benavente (Motolinía), T. de, 1914, 184-185. <<

[1] En las siguientes páginas sigo a Martínez, J. L., 1992, 285-294. Díaz del Castillo, B., 1989, 443-447. Miralles, J., 2004, 253 y ss. López de Gómara, F., 2007, 225, 237-238, 248. Cervantes de Salazar, F., 1971, lib. V, caps. XXX, LIV, LXVIII-LVolverII. Levy, B., 2010, 241-243. <<

[2] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 275. <<



[3] Thomas, H., 2001, 103-107. <<

[4] Muñoz Camargo, D., 1986, 231. <<

[5] Thomas, H., 1994, 491-492. <<

[6] Acerca de los tercios hispanos, *vid.* Albi de la Cuesta, J., 2017. <<

[7] Cortés, H., 1985, 121. <<

[8] Torquemada, J. de, 1975-1983, II: lib. IV, capt. LXXXV. <<

[9] Estas páginas he podido redactarlas gracias a Cortés, H., *op. cit.*, 97 y ss. Díaz del Castillo, B., 1989, 434 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. LII y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 233 y ss. Fernández de Oviedo, G., 1853, II: 352 y ss. Herrera, A. de, 1601, III, I: 1-5, 9-14. Martínez, J. L., *op. cit.*, 297 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 248 y ss. Thomas, H., 1994, 500 y ss. Prescott, W., 2004, 417, 435 y ss. Medin, T., 2009, 271 y ss. <<

[10] Díaz del Castillo refiere un contingente de 220 peones, además de 13 jinetes, 20 ballesteros y 6 escopeteros. Díaz del Castillo, B., 1989, 434. López de Gómara apunta la cifra de 5000 aliados tlaxcaltecas. López de Gómara, F., *op. cit.*, 233. Alva Ixtlilxóchitl habló de 6000 indios aliados. Fue la primera vez, por cierto, que aculhuas de Tetzco y tlaxcaltecas pelearon juntos. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 344. <<



[11] Según Bernal Díaz, la frase era «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traía en mi compañía». Díaz del Castillo, B., 1989, 444. <<

[12] Citado en Thomas, H., 1994, 516. En el juicio de residencia de Cortés se aseveró que Sandoval preguntó al caudillo acerca de qué haría si los habitantes de Calpullalpan decidían rendirse y en ningún momento presentaban resistencia. La respuesta de Cortés habría sido: «aunque os salgan de paz los matad». Manzo Robledo, F., 2013, 191. <<

[13] Para redactar estas páginas me he servido de Cortés, H., *op. cit.*, 105 y ss. Díaz del Castillo, B., 1989, 447 y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 233 y ss. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 360 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 297 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 254y ss. Thomas, H., 1994, 513 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 440 y ss. Levy, B., *op. cit.*, 256 y ss. <<

[14] Levy, B., *op. cit.*, 264, que cita a Hassig. <<

[15] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 346. <<

[16] Para redactar estas páginas he seguido a Cortés, H., *op. cit.*, 110 y ss. Díaz del Castillo, B., 1989, 456 y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 240 y ss. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 364 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 297 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 254 y ss. Thomas, H., 1994, 516 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 440 y ss. Levy, B., *op. cit.*, 273 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps., LXXXIX a XCII. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 278-290. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 346 y ss. <<

[17] También citaba a Petrarca, cuando en la canción XXIX de la primera parte de su *Cancionero* escribió: «Non piu bebe del Fiume aqua che sangue». A su vez, Petrarca captó esta imagen de la obra del hispano Floro, de su *Epítome* en concreto, cuando dice: «Ut victor Romanus de cruentu flumine non plus aqua e biberit quam sanguinis barbarorum». Como es obvio, la analogía entre un mundo y otro, entre una época y otra, viene dada por la derrota de los bárbaros, sean estos quienes sean. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 365.  
<<

[18] Bueno Bravo, I., 2006, 31-32. En el ataque final a México-Tenochtitlan la figura de Sandoval no adquiere tanto relieve en la *Tercera carta de relación* del propio Cortés, a diferencia del caso de Pedro de Alvarado. ¿Celos de Cortés? <<



[19] Thomas, H., 1994, 524-525. <<

[20] Díaz del Castillo, B., 1989, 466. <<

[21] Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 368. Thomas, H., 2001, 138. <<

[22] En cambio, el relato de Antonio de Herrera está despojado de toda información desfavorable a Cortés, y, de hecho, transforma la toma de los peñoles en un pequeño triunfo. Herrera, A. de, *op. cit.*, III, I: 16. <<

[23] Para redactar estas páginas me he servido de Cortés, H., *op. cit.*, 113 y ss. Díaz del Castillo, B., 1989, 475 y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 244 y ss. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 372-376. Herrera, A. de, *op. cit.*, III, I: 17, 23-24. Martínez, J. L., *op. cit.*, 297 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 254-260. Thomas, H., 1994, 530 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 453 y ss. Levy, B., *op. cit.*, 275 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps., LI, XCIII-C. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 278-290. <<

[24] En la edición al cuidado de Guillermo Serés en el texto aparecen dos soldados de los llegados con Narváez al ser azotados. Díaz del Castillo, B., 2011, 590. <<

[25] Alva Ixtlilxóchitl la confunde con Culhuacan. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 350-351. <<

[26] Rijoles, a pesar de haber llegado a la conquista de la mano de Pánfilo de Narváez, actuó como paje de Cortés en Tlacopan. Posteriormente intervino en las campañas de Pánuco, Tabasco y Honduras, además de acompañar a Pedro de Alvarado a Nueva Galicia en 1541. Se casó con la conquistadora Beatriz Fernández, de Sevilla. Thomas, H., 2001, 250. <<



[27] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 351. <<

[28] Cervantes de Salazar propaló otra versión en la que Villafaña, aun siendo culpable, pagó con su vida y de esa forma se evitó inculpar con más contundencia al verdadero motor de la trama, que fue el tesorero Alderete. Quiere que, incluso al escuchar misa, Cortés se personase ante Alderete y con solo su mirada le diese a entender que conocía todas sus intenciones. Y de esa forma desarticuló el asunto. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CVI. <<

[29] Para redactar estas páginas he seguido a Cortés, H., *op. cit.*, 120 y ss. Díaz del Castillo, B., 1989, 475-500. López de Gómara, F., *op. cit.*, 244 y ss. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 379 y ss. Herrera, A. de, *op. cit.*, III, I: 24 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 317 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 281-290. Thomas, H., 1994, 537-547. Prescott, W., *op. cit.*, 465 y ss. Levy, B., *op. cit.*, 275-296. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. C-CXIV. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 285-290. <<

[30] Es la cifra, nos recuerda M. Restall, que mencionó en su momento R. Hassig. Restall, M., 2004, 84. El cronista Alva Ixtlilxóchitl llegó a referir la presencia de 200 000 guerreros de Tetzaco y sus señoríos, así como 50 000 gastadores y 300 000 efectivos de los restantes aliados, en especial Tlaxcala, Cholula y Huexotzinco, lo que nos da una suma final de más de medio millón de hombres. Los mexicas sumaron 300 000 efectivos. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 352-353. <<

[31] En 1562, los naturales de Tlaxcala escribieron a Felipe II para quejarse del trato recibido tras las conquistas protagonizadas por Cortés, el cual les prometió exención de impuestos a cambio de su ayuda, cuando por entonces tributaban cada año 8000 fanegas de maíz, y sin contar los «malos tratamientos y bexaciones, si en tributos como en servicios personales» padecidos. *Vid.* Tlaxcala a Felipe II, primero de marzo de 1562, en VV. AA., 1974, I: 400-403. <<

[32] Vázquez de Espinosa, A., 1992, lib. III, capt. XVIII. <<

[33] Las cifras de Bernal Díaz son 30 jinetes, 175 infantes de espada y rodela, además de 20 escopeteros y ballesteros. Los tlaxcaltecas fueron 8000. Díaz del Castillo, B., 1989, 496-497. <<

[34] Para Cervantes de Salazar, los capitanes de los trece bergantines fueron: Juan Rodríguez de Villafuerte, Juan Jaramillo, Francisco Verdugo, Francisco Rodríguez Magarino, Cristóbal Flores, García de Holguín, Antonio Carvajal, Pedro Barba, Jerónimo Ruiz de la Mota, Pedro de Briones, Rodrigo Morejón de Lobera, Antonio de Sotelo y Juan Portillo. La información se la habría proporcionado Jerónimo Ruiz de la Mota. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CV. <<



[35] Según Cervantes de Salazar, Cortés estuvo en un tris de mandar ejecutar también a Piltechtli, pues lo creía igual de traidor, pero Ojeda lo contuvo. Por cierto, este último le confesó a Cortés que Xicoténcatl le había ofrecido oro por valor de 2000 ducados si lo dejaba escapar y había rehusado. El de Medellín se rio de la ingenuidad de Ojeda al decirle que debía haber cogido el dinero y luego haber traicionado al príncipe de Tlaxcala. Dicha circunstancia dice mucho de Ojeda pero, sobre todo, dice mucho más de (la falta de escrúpulos) de Cortés. *Ibid.*, lib. V, capt. CXXII. <<

[36] *Ibid.*, lib. V, capt. XXVII, XXIX, CI-CIII. <<

[37] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 275. <<

[38] También citado en otras fuentes como Tziuacpopoca, Tzihuacpopoca e, incluso, Cipactzin o Cipocatli. Prem, H. J. y Dyckerhoff, U., 1997, 201. <<

[39] O Tencuecuenotl. *Ibid.*, 201. <<

[40] Otras fuentes (*Códice Aubin*, *Códice Meyicayotl*) también citan a Totleuicol entre los ajusticiados. *Ibid.*, 201. <<

[41] Baudot, G. y Todorov, T., 1990, 187-206. <<

[42] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CXIX. <<



[1] Clendinnen, I., 1991, 83. <<

[2] Las siguientes páginas las he redactado siguiendo a Cortés, H., 1985, 121 y ss. Díaz del Castillo, B., 1989, 500 y ss. López de Gómara, F., 2007, 249 y ss. Fernández de Oviedo, G., 1853, II: 382 y ss. Cervantes de Salazar, F., 1971, lib. V, caps. CXV y ss. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 291 y ss. Herrera, A. de, 1601, III, I: 34 y ss. Martínez, J. L., 1992, 322 y ss. Miralles, J., 2004, 290 y ss. Thomas, H., 1994, 546 y ss. Prescott, W., 2004, 465 y ss. Levy, B., 2010, 303 y ss. <<

[3] López de Gómara insinúa que fue el 13 de mayo el momento en que Cristóbal de Olid, sin concurso de Pedro de Alvarado, rompió el acueducto de Chapultepec. Aunque puede ser un error y referirse al 23 de mayo. López de Gómara, F., *op. cit.*, 251. <<

[4] Tirado Salazar, R. O., 2017, 408-410. <<

[5] López de Gómara recoge algunas de estas diatribas, cuando escribe que los mexicas insultaban a sus enemigos ancestrales tlaxcaltecas con lindezas como las siguientes: «¡Ah cornudos, esclavos, traidores a vuestros dioses y rey: no os queréis arrepentir de lo que hacéis contra vuestros señores; pues aquí moriréis mala muerte; porque os matará el hambre o nuestros cuchillos, o os prenderemos y comeremos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se hizo; en señal y voto de lo cual os arrojamus allá esos brazos y piernas de hombres propios vuestros, que por alcanzar victoria sacrificamos; y después iremos a vuestra tierra, asolaremos vuestras casas, y no dejaremos casta de vuestro linaje!». López de Gómara, F. , *op. cit.*, 252. <<

[6] Thomas, H., 1994, 548-549. <<

[7] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXX. <<

[8] León-Portilla, M., 1992. <<



[9] Sahagún, B. de, 2001, 1105. <<

[10] León-Portilla, M., *op. cit.* <<

[11] Según Cervantes de Salazar, Pedro Barba murió al pelear con un montante en las manos, como un caballero, en la cubierta de su bergantín, cuando los mexicas le arrojaron una gran piedra que le hirió en la cabeza y cayó muerto. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXIII. <<

[12] *Ibid.*, lib. V, capt. CLXIV. <<

[13] Las siguientes páginas las he redactado siguiendo a Cortés, H., *op. cit.*, 126 y ss. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 500 y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 256 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. CXXXV y ss. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 390 y ss. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1985, 291 y ss. Herrera, A. de, *op. cit.*, III, I: 41 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 322 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 292 y ss. Thomas, H., 1994, 546 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 476 y ss. Levy, B., *op. cit.*, 307 y ss. <<

[14] También fray Francisco de Aguilar trató a los mexicas como guerreros valientes. Aguilar, F. de, 1980, 96. <<

[15] León-Portilla, M., *op. cit.* <<

[16] *Ibid.* <<



[17] Sahagún, B. de, *op. cit.*, 1105-1106. <<

[18] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 359-361. <<

[19] *Ibid.*, I: 362-363. <<

[20] Thomas, H., 1994, 831-832, n. 74. Miralles, J., *op. cit.*, 296-297. Sahagún, B. de, 2001, II: 1108-1109. <<

[21] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 365. <<

[22] Navarrete, que fue paje de Cortés, siempre le alabó y, según su testimonio, la actuación de aquel en el momento de la Noche Triste salvó muchas vidas. Debió de ser un tipo valiente, pues según Bartolomé de Góngora, en cierta ocasión se lanzó desde un bergantín al lago para descubrir a nado tierra firme donde desembarcar. Su premio fueron encomiendas pobres en Nespa y Tauzan, así como en Tancolol, aunque fue regidor de la ciudad de Santisteban, en el Pánuco, en 1525. Treinta años más tarde profesó en la orden de los agustinos. Thomas, H., 2001, 123. <<

[23] Alonso de Navarrete señaló que «si no se derrocara, no se pudiera acabar de ganar, a lo menos tan presto». Gaspar de Garnica coincidía cuando «bio que fue nezesario hazerse, e para ello fue rrequerido, porque veyá el daño que les hazian los enemigos a cabsa de no derrocaer las casas que se ganaban en un dia, porque otro dia las hallavan fortaleçidas y puestas en guerra». Pedro Rodríguez de Escobar afirmaría que «fue necesario para ganalla, destruylla y derrocarla». Thomas, H., 1994, 556. <<

[24] Ross Hassig ha tratado la cuestión de la temporada de lluvias, y la de cosechas, y su influencia a la hora de practicar la guerra los mexicas. Para estos, el mejor periodo para guerrear era de diciembre a abril, es decir después de las cosechas, cuando ya había alimentos suficientes y los hombres estaban disponibles para una actividad bélica, y antes de la temporada de lluvias. Hassig, R., 2016, 183-184. <<



[25] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 367. <<

[26] Para redactar las siguientes páginas me he servido de Cortés, H., *op. cit.*, 131 y ss. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 517 y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 258 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. CXLV-CXLVIII. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 396 y ss. Herrera, A. de, *op. cit.*, III, I: 43 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 322 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 292 y ss. Thomas, H., 1994, 558 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 485 y ss. Levy, B., *op. cit.*, 315 y ss. <<

[27] Thomas, H., 1994, 559. Baudot, G. y Todorov, T., 1990, 187-206. <<

[28] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXVII. <<

[29] Aparece, asimismo, un guerrero *otomitl* peleando con los tlatelolcas, el *tlacatécatl* Ecatzin, que dirigió uno de los ataques contra los españoles y sus aliados indígenas, cuando incitó a la lucha a sus compañeros mediante un discurso ardiente, pero no sin derribar a un español, al que arrastró como prisionero. Terraciano, K., 2014, 221. <<

[30] León-Portilla, M., *op. cit.* <<

[31] El padre Torquemada los presenta a ambos como guerreros tlaxcaltecas célebres por sus hechos heroicos en combate. Un error, sin duda. Torquemada, J. de, 1975-1983, II: lib. IV, capt. XCIII. <<

[32] León-Portilla, M., *op. cit.* <<



[33] Sahagún, B. de, 2001, 1107. Baudot, G. y Todorov, T., *op. cit.*, 187-206.  
<<

[34] Santamarina Novillo, C., 2005, 207. <<

[35] Dehouve, D., 2013, 47. <<

[36] León-Portilla, M., *op. cit.* <<

[37] Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. XCVII. <<

[38] En la milicia mexicana, el *tlacateccatl* era el tercer jefe militar en importancia tras el *tlatoani* y el *tlacochcalcatl*, que lideraba las tropas si el anterior no estaba presente. Hassig, R., 1988. <<

[39] Sahagún, B. de, *op. cit.*, 1108-1110. <<

[40] Para pergeñar estas páginas he seguido a Cortés, H., *op. cit.*, 134 y ss. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 520 y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 265 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. CIL y ss. Fernández de Oviedo, G., *op. cit.*, II: 396 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 322 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 292 y ss. Thomas, H., 1994, 558 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 487 y ss. Levy, B., *op. cit.*, 317 y ss. <<



[41] En otras ocasiones eran los mexicas los que cegaban un paso con materiales de poco peso, como alguna madera, paja y ramajes para que, al pasar los castellanos, cayesen en la zanja. Es decir, que aprovechaban una cortadura y la necesidad de cegarla a toda costa para convertirla en una trampa. Uno de los que cayó en una de ellas fue el alférez Corral, pero con su daga acabó matando a los mexicas que intentaron atraparlo y salió ileso de aquel trance. Corral se plantó en el centro de la calzada y comenzó a hondear su bandera, aunque estuviese mojada. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXVIII. <<

[42] En la versión tetzcocana del cronista Alva Ixtlilxóchitl, fue el príncipe Ixtlilxóchitl quien sacó del agua a Cortés y cortó los brazos a su captor cuando iba a cortarle la cabeza al de Medellín. Es más, añade la siguiente información: un clérigo, pariente de Olea, hizo pintar en el monasterio de Santiago de Tlatelolco la escena del rescate de Cortés por el oficial español y escamotearle así el mérito al tetzcocano. Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 368.  
<<

[43] Hay una imagen recurrente en algunas historias de la conquista, sobre todo las más deudoras del gran trabajo de Prescott, pues destacan el hecho, no mencionado ni por Cortés ni por Díaz del Castillo, de que Olea cercenó los brazos de los mexicas que habían tomado preso al caudillo extremeño. De alguna forma, parecería que era el castigo merecido por semejante atropello hecho en la persona de alguien casi deificado ya por muchos. En realidad, Antonio de Saavedra, en su *El peregrino indiano* (Madrid, 1599), había cantado la hazaña en loor de Olea: «Túvole con las manos abraçado,/ Y Francisco de Olea, el valeroso,/ Un valiente español, y su criado,/ Le tiró un tajo bravo y riguroso:/ Las dos manos á cercén le ha cortado,/ Y el le libró del trance trabajoso./ Huvo muy gran rumor, porque dezían,/ Que ya en prisión amarga le tenían». Citado en Prescott, W., *op. cit.*, 490, n. 141. Pero Francisco de Aguilar es el cronista que narra cómo un Cortés, a quien los indios intentaban ahogar, algo difícil de entender dada su tendencia a tomar prisioneros de calidad, como he referido, fue ayudado por Olea, «el cual cortó los brazos y manos a los que le habían echado mano, y así le libró y sacó». Aguilar, F. de, 1980, 96. <<

[44] Bernal Díaz discrepa de Cortés en este punto, pues explica que los mexicas capturaron a Guzmán. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 523, 537. <<

[45] Desde su llegada a tierras dominadas por los mexicas, era habitual que, al ser recibidos por los habitantes de los distintos territorios, Cortés y su gente fuesen ahumados con este tipo de resinas aromáticas. Sin duda, era parte de los ritos entre religiosos y diplomáticos, pero como afirma José Luis de Rojas, probablemente el hedor desprendido por los castellanos también influyese en el asunto, sobre todo para los finos olfatos de la élite del mundo mexica. Al respecto, *vid.* Rojas, J. L. de, 2007, 59. <<

[46] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 369. <<

[47] Juan de Cuéllar, que estuvo con Cortés en Las Hibueras, donde perdió tres caballos, fue recompensando por este con dos encomiendas en Chimalguacan Atenco e Ixtapaluca, además de con un escudo de armas en 1544. Pero no prosperó demasiado, pues murió relativamente pobre en 1551. Thomas, H., 2001, 79-80. <<

[48] Acerca de Cervantes de Salazar y Alderete, *vid.* Sanchis, V. M., 2012, 269 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 302 y ss. <<



[49] Pero en diversos capítulos de su obra rectifica esta cifra y aporta como válidas 62 o 78 caídos, además de 7 caballos. <<

[50] Sahagún, B. de, *op. cit.*, 1111. <<

[51] León-Portilla, M., *op. cit.* <<

[1] Las siguientes páginas las he elaborado siguiendo a Díaz del Castillo, B., 1989, 530 y ss. Cortés, H., 1985, 136 y ss. Cervantes de Salazar, F., 1971, lib. V, capt. CLVII y ss. López de Gómara, F., 2007, 268 y ss. Herrera, A. de, 1601, III, I: 45 y ss. Sahagún, B. de, 2001, 1111 y ss. Thomas, H., 1994, 561 y ss. Miralles, J., 2004, 301 y ss. Levy, B., 2010, 323 y ss. Prescott, W., 2004, 495 y ss. <<

[2] Acerca de asedios en la Europa del siglo XVI, *vid.* Martines, L., 2013, 115 y ss. <<

[3] Thomas, H., 2001, 313-314. Díaz del Castillo asevera que el barco lo había fletado Lucas Vázquez de Ayllón para Florida. Evidentemente, se equivoca. Díaz del Castillo, B., 1989, 545. <<

[4] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXV. <<

[5] Estas páginas han sido confeccionadas merced a Díaz del Castillo, B., 1989, 546 y ss. Díaz del Castillo, B., 2011, 666 y ss. Cortés, H., *op. cit.*, 139 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. CLXX y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 268 y ss. Fernández de Oviedo, G., 1853, II: 407 y ss. Herrera, A. de, *op. cit.*, III, II: 52 y ss. Thomas, H., 1994, 569 y ss. Martínez, J. L., 1992, 326 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 307 y ss. Levy, B., *op. cit.*, 327 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 498 y ss. <<



[6] Los informantes del padre Sahagún explican que, en cierta ocasión, entraron hasta cuatro jinetes de súbito en el mercado de Tlatelolco, dieron una vuelta por el mismo alanceando gente y se marcharon de improviso. Fue posteriormente cuando se tomó la plaza y se quemaron los adoratorios de la parte superior de la gran pirámide. Sahagún, B. de, *op. cit.*, 1112. <<

[7] Thomas, H., 2001, 235. <<

[8] Alva Ixtlilxóchitl, F., 1891, I: 372. Según este cronista, en los combates habidos ese día no hubo medio millar de bajas mexica, sino 600 muertos y más de 2000 rendidos, quizá los seguidores que le quedaban a Coanacoch. <<

[9] Recordemos, como se dijo páginas atrás, que también una señora de la élite mexica, atrapada por Juan Rodríguez Bejarano en un patio de una de las casas principales que recorrían antes de derribarlas, pudo confirmarles las diferencias suscitadas entre los mexicas por la resistencia a ultranza sostenida por Cuauhtémoc, pero nadie se atrevía a llevarle la contraria, sobre todo tras algunos éxitos militares. Pero, por entonces, les faltaban suministros y municiones de guerra de modo que, ante la negativa a entregar la ciudad, solo quedaba proseguir con el sitio y procurar cerrarles el lago a sus canoas, para evitar la obtención de vituallas, y destruirles las nuevas plataformas de madera fijadas sobre el lecho del lago que sustituían sus casas derribadas. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXXIX. <<

[10] En una información recogida en 1533, Gaspar de Garnica asegura que fue uno de los dos españoles que atravesaron un canal y tomaron una albarrada llena de enemigos, muchos de los cuales ultimaron, justo delante de la casa fortificada donde residía Cuauhtémoc. Aunque puede haber algo de exageración, tampoco puede considerarse un testimonio desdeñable. Thomas, H., 2001, 211. <<

[11] Años más tarde, y en un contexto muy diferente, el duque de Alba le escribió, en 1573, a don Juan de Austria: «Lo que defiende las plazas no son las murallas, sino la gente; que por flaca que sea una plaza, la gente que está en ella, siendo mucha, entretiene y alarga el tiempo para recibir el socorro [...]». Solo que los mexicas, en 1521, ya no tenían socorro alguno que esperar. La cita de Alba en Espino López, A., 2001, 211. <<

[12] Prem y Dyckerhoff sugieren que, en realidad, el nombre completo del *tlatatéccatl* Ecatzin era Ecatzin Tlapanecatl Popocatzin. Prem, H. J. y Dyckerhoff, U., 1997, 202. <<

[13] Baudot, G. y Todorov, T., 1990, 187-206. <<



[14] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, capt. CLXXXII. <<

[15] Para redactar estas páginas sigo a Díaz del Castillo, B., 1989, 548 y ss. Díaz del Castillo, B., 2011, 669 y ss. Cortés, H., *op. cit.*, 141 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. CLXXXIII y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 272 y ss. Fernández de Oviedo, G., 1853, II: 412 y ss. Sahagún, B. de, *op. cit.*, 1115 y ss. Alva Ixtlilxóchitl, F., *op. cit.*, I: 374 y ss. Herrera, A. de, *op. cit.*, III, II: 52-55. Thomas, H., 1994, 572 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 326 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 309 y ss. Levy, B., *op. cit.*, 329 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 507 y ss. <<

[16] El padre Torquemada narra que Coyohuehue, «el cual armado en figura y semejanza de tigre, llevaba consigo muchos soldados, unos armados como águilas, otros como tigres, otros como leones y hacían gran daño en los contrarios, dando voces y esforzando a los demás para que peleasen sin miedo, ni descanso y sin volver atrás». Torquemada, J. de, 1975-1983, II: lib. IV, capt. XCIX. <<

[17] Sahagún, B. de, *op. cit.*, 1113-1115. <<

[18] Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. XCIX. <<

[19] León-Portilla, 1992, capt. XII. <<

[20] *Ibid.*, capt. XII. <<

[21] Baudot, G. y Todorov, T., *op. cit.*, 187-206. Acerca del templo de Huitznáhuac, sede del culto al dios Tezcatlipoca Omácatl, y donde en noviembre se sacrificaban numerosos cautivos, *vid.* Rovira Morgado, R., 2010, 41-64. Lo interesante aquí, en todo caso, es que este templo se hallaba en la zona de Teopan, algo alejada de los principales combates. ¿Significa eso que una parte mayor de la ciudad de lo que hemos creído no acabó de ser destruida? <<



[22] Pedro Mártir de Anglería también se hizo eco del asunto cuando escribió: «Setenta días continuos fue hostilizada por todos lados, y por detrás y por delante [...] cuanto más sangriento había sido el estrago, tanto más abundante y opípara cena tenían los guaxocingos, tlaxcaltecas y demás auxiliares de allí, que acostumbraban a sepultar en sus vientres a los enemigos que caen en la batalla, y Cortés no se habría atrevido a impedirlo». Anglería, P. M. de, 1989, déc. V, capt. VIII. <<

[23] Estas páginas las he pergeñado siguiendo a Díaz del Castillo, B., 1989, 551 y ss. Cortés, H., *op. cit.*, 147 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. CXCIV y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 274 y ss. Fernández de Oviedo, G., 1959, IV, lib. XIV, caps. XXVII-XXX. Fernández de Oviedo, G., 1853, II: 418 y ss. Alva Ixtlilxóchitl, F., *op. cit.*, I: 375-379. Herrera, A. de, *op. cit.*, III, II: 55-58, 63-70. Sahagún, B. de, *op. cit.*, 1117 y ss. Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, caps. C-CI. Martínez, J. L., *op. cit.*, 326-335. Miralles, J., *op. cit.*, 306-316. Thomas, H., 1994, 575 y ss. Prescott, W., *op. cit.*, 510 y ss. <<

[24] Aguilar, F. de, 1980, 97. <<

[25] Baudot, G. y Todorov, T., *op. cit.*, 187-206. <<

[26] Alva Ixtlilxóchitl, F., *op. cit.*, I: 377-378. <<

[27] Aguilar, F. de, *op. cit.*, 97-98. <<

[28] Según Díaz del Castillo, Cortés, para tranquilizarlos, les explicó una situación similar ocurrida entre Mario y Sila en el momento de conmemorar el triunfo sobre el rey númida, Yugurta, pues ambos querían ser recordados como el hombre que portaba encadenado al rey derrotado al entrar en Roma. Además de conocer por Díaz del Castillo cierta pedantería de Cortés, por no decir la propia, pues es posible que el cronista se ilustrase antes de explicar con gran lujo de detalles la disputa entre Mario y Sila, el caso es que el de Medellín les dijo a sus oficiales que Carlos I sería informado de todo a su tiempo y el monarca dispondría la recompensa adecuada. Pero, acto seguido, Díaz del Castillo recuerda que quien pudo colocar en su escudo de armas las coronas de los tres *tlatoani* mexica derrotados, a saber Moctezuma II, Cuitláhuac y Cuauhtémoc, fue el propio Cortés. Díaz del Castillo, B., 2011, 677-678. <<

[29] López de Gómara señaló que los instrumentos aborígenes incluían «flautas de hueso de venados, flautones de palo como la pantorrilla, caramillos de caña, atabales de madera muy pintados y de calabazas grandes, bocinas de caracol, sonajas de conchas y ostiones grandes», citado en Danilovic, M., 2017, 145. <<



[30] Explicaba Cervantes de Salazar que «Acostumbra casi desde entonces el Regimiento y Cabildo desta ciudad [de México] sacar el estandarte la víspera deste sancto y el día siguiente por la mañana, con la mayor pompa y autoridad que puede; sácanle los Regidores por su orden, aunque por merced particular de Alférez, le sacó una vez Rodrigo de Castañeda. Acompañanle el Visorrey, Audiencia, Arzobispo y Obispos que al presente se hallan, con todas las demás personas principales de la ciudad. Sácanle de las casas de Cabildo e vuélvenle a ellas. Hay misa cantada y sermón aquel día, e yo he predicado algunas veces». Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V., capt. CXCVII. <<

[31] Clendinnen, I., 1991, 86. <<

[32] *Ibid.*, 92. «Esa resistencia había sido tanto “irracional”, como escalofriantemente deliberada». <<

[33] Hassig, R., 2012, 116-117. <<

[34] *Ibid.*, 122-124. <<

[35] Al respecto, *vid*, algunos casos citados por Martines, L., *op. cit.* <<

[36] Baudot, G. y Todorov, T., *op. cit.*, 187-206. <<

[37] Fray Diego Durán relata que le explicaron que, durante el sitio, los mexicas entregaban joyas y otras riquezas por un puñado de maíz, de suerte que hubo gentes de las provincias cercanas que les proporcionaron comida a cambio de las riquezas de los asediados. Durán, D., 1880, II: 57. <<



[38] Sigo en las siguientes páginas a Díaz del Castillo, B., 1989, 551 y ss. Díaz del Castillo, B., 2011, 676 y ss. Cortés, H., *op. cit.*, 147 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. V, caps. CXCIV y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 277 y ss. Sahagún, B. de, *op. cit.*, 1120 y ss. Fernández de Oviedo, G., 1853, II: 424 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 326 y ss. Miralles, J., *op. cit.*, 306-316. Thomas, H., 1994, 575 y ss. <<

[39] Durán, D., *op. cit.*, II: 62. <<

[40] Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. CIII. <<

[41] Citado en Prescott, W., *op. cit.*, 508, n. 192. La frase la copia el padre Torquemada, pero este solo hace referencia al canibalismo maternal de los hijos. Torquemada, J. de, *op. cit.*, II: lib. IV, capt. C. <<

[42] Prescott, al citar las cifras aportadas por todos los cronistas, nos ahorra el esfuerzo de hacerlo. Prescott, W., *op. cit.*, 516, n. 222 y 224. <<

[43] Díaz del Castillo también lo utilizó. Díaz del Castillo, B., 2011, 679. <<

[44] Fernández de Oviedo, G., 1853, II: 423-424. <<

[45] Díaz del Castillo afirma que en la batalla por México-Tenochtitlan 62 de sus compañeros fueron capturados e inmolados, pero antes que ellos habían caído en la campaña 850. Así, el total sería de 912. Díaz del Castillo, B., 2011, 684. <<



[46] Thomas refiere según sus indagaciones la presencia de 1805 hombres, pero consiguió información de otras 425 personas, de modo que, con algunas repeticiones, pero también algunos no contemplados, reivindica una cifra de algo más de 2200 hombres. Thomas, H., 2001, 12-13. <<

[47] Thomas, H., 1994, 836, n. 78. Thomas, H., 2001, 277 y ss. <<

[48] Díaz del Castillo, B., 2011, 684. Tras hacer un repaso de todos los lances en los que se vio envuelto en aquella campaña, concluye Bernal Díaz, que siempre que debía enfrentarse a una situación peligrosa «por esa causa temblaba el corazón, porque temía la muerte». *Ibid.*, 685. <<

[49] Díaz del Castillo afirma que, al despedirse los aliados de retorno a sus localidades de origen, «y aún llevaban harta carne cecinada de los mexicanos que repartieron entre sus parientes y amigos como cosas de sus enemigos: las comieron por fiestas». Díaz del Castillo, B., 2011, 683. <<

[50] León-Portilla, M., *op. cit.*, capt. XIII. <<

[51] Durán, D., *op. cit.*, II: 64. <<

[52] Pudiera tratarse del peyote, o *peyotl*, que, según el padre Sahagún, una vez bebido en infusión o comido proporcionaba visiones espantosas o de risa durante un cierto tiempo. Los chichimecas lo ingerían para ir a la guerra, pues les proporcionaba seguridad en sí mismos al no tener miedo ni pensar en ningún peligro, pero tampoco sensación de hambre o sed. O bien del *tlapátl*, causante asimismo de un efecto embriagador, si bien retiraba las ganas de comer hasta la muerte, incluso. Por ello, hay más testimonios que hablan del uso del hongo llamado *teonanácatl*, servido a causa de su sabor con miel en los banquetes. Su ingesta causaba euforia, que las fuentes llaman enseguida lujuria, con deseos de bailar y cantar, y sus efectos se confunden con los de una borrachera. Según el padre Durán, aquellos que iban a ser sacrificados, de mostrarse tristes, pues la tristeza se consideraba de mal agüero, se les hacía ingerir alguna planta psicotrópica, de las que los cronistas mencionan hasta diez para el mundo mexicana. Alcina Franch, J., 1997, 7-15. Díaz del Castillo hace referencia a que Moctezuma fumaba unos «cañutos de liquidámbar» después de las comidas, por ejemplo. Es una mezcla de tabaco con una resina o bálsamo procedente de un árbol llamado *uitziloxitl*. Díaz del Castillo, B., 2011, 324, n. 16. <<

[53] Díaz del Castillo, B., 2011, 681-682 y n. 16. <<



[54] Se trataba de artillería de pequeño calibre, puesto que el pasavolante disparaba balas de 7 a 8 centímetros de calibre y el verso de 4 a 5. El pasavolante, también llamado cerbatana, disparaba balas de no más de 6 o 7 libras de peso. López Vallejo, M.<sup>a</sup> A., 2008, 1111. <<

[55] Cortés, H., *op. cit.*, 179-180. <<

[56] Baudot, G. y Todorov, T., *op. cit.*, 200-206. <<

[57] Alva Ixtlilxóchitl, F., *op. cit.*, I: 380-381. <<

[58] López Rayón, I., 1852-1853, I: 124, 164-165, 238-239, 446. <<

[1] García Martínez, B., 2016, 23-47. <<

[2] Elliott, J. H., 2006, 207-209. <<

[3] Martínez, J. L., 1992, 342-343. Thomas, H., 1994, 604-611. Miralles, J., 2004, 332-336. <<



[4] Martínez, J. L., *op. cit.*, 371-383. Thomas, H., 1994, 587-596. Miralles, J., *op. cit.*, 332 y ss. Díaz del Castillo, B., 2011, 696 y ss. <<

[5] Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 694-696. <<

[6] Juan Tirado, en el juicio de residencia de Cortés, así lo afirma y recalca que Olid apenas había recibido una recompensa digna de sus servicios tras la conquista de México. López Rayón, I., 1852-1853, II: 16 y ss. <<

[7] Anglería, P. M. de, 1989, 381. <<

[8] Cortés, H., 1985, 150-158. Cervantes de Salazar, F., 1971, lib. VI, capts. XIII y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 351 y ss. Thomas, H., 1994, 612 y ss. <<

[9] Martínez, J. L., *op. cit.*, 351-356. Cortés, H., *op. cit.*, 160 y ss. Thomas, H., 1994, 613-614. <<

[10] Cortés, H., *op. cit.*, 150 y ss. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 715 y ss. Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. VI, capt. XXIX. Fernández de Oviedo, G., 1853, II, 423-427. López de Gómara, F., 2007, 284 y ss. <<

[11] Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. VI, capt. XXX. <<



[12] Thomas, H., 2001, 294, 316. <<

[13] Cortés, H., *op. cit.*, 159 y ss. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 728-731.  
Cervantes de Salazar, F., *op. cit.*, lib. VI, capt. XXXI-XXXII. <<

[14] Cortés, H., *op. cit.*, 162. <<

[15] He seguido para escribir estas páginas a López de Gómara, F., *op. cit.*, 295-296. Herrera, A. de, 1601, III, V: 206-207. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 748-749. Anglería, P. M. de, *op. cit.*, 490. Miralles, J., *op. cit.*, 349-353. Thomas, H., 1994, 638 y ss. <<

[16] Cortés, a la altura de 1524, ya había sido informado del viaje de Magallanes, pues en un momento dado de su nuevo informe al rey, la llamada *Cuarta carta de relación*, escribe: «se tiene cierto que en aquella costa hay estrecho que pasa a la mar del Sur, y se hallase, según cierta figura que yo tengo del paraje adonde está aquel archipiélago, que descubrió Magallanes por mandado de vuestra alteza, parece que saldría muy cerca de allí, y siendo Dios Nuestro Señor servido que por allí se topase el dicho estrecho sería la navegación desde la Especería para esos reinos de vuestra majestad muy buena y muy breve; y tanto, que cada vez que alguna necesidad tuviesen se podrían reparar, sin ningún peligro, en cualquiera parte que quisiesen tomar puerto, como en tierra de vuestra alteza, y por representármeme el gran servicio que aquí a vuestra majestad resulta [...]». Cortés, H., *op. cit.*, 181-182. <<

[17] *Ibid.*, 165 y ss. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 731 y ss. López de Gómara, F., *op. cit.*, 291 y ss. <<

[18] Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 743. <<

[19] El testimonio de García del Pilar en Martínez, J. L., *op. cit.*, 370-371, n. 43. Otros testigos del juicio de residencia cortesiano, como Juan Tirado o Andrés de Monjaraz citaron a García del Pilar como fuente principal a la hora de referir tales hechos. López Rayón, I., *op. cit.*, II: 17-18, 58-59. <<



[20] Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 753. <<

[21] Cortés también afina mucho en la información: en su *Cuarta carta de relación* dirigida a Carlos I asegura que remitió hacia Guatemala 120 caballeros con un total de 160 caballos, así como 300 peones, de los cuales 130 eran ballesteros y escopeteros. Cortés, H., *op. cit.*, 175-176. <<

[22] López de Gómara, F., *op. cit.*, 303. <<

[23] Cortés, H., *op. cit.*, 176-178. <<

[24] *Ibid.*, 175. Miralles, J., *op. cit.*, 354-355. <<

[25] Alvarado, P., 1913. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 753-758. <<

[26] Vallejo, J. M., 2008, I: 136. <<

[27] Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 760. <<



[28] «Relación hecha por Pedro de Albarado a Hernando Cortés», 1946, 460-463. <<

[29] *Ibid.*, 457-463. López de Gómara, F., *op. cit.*, 300 y ss. Herrera, A. de, *op. cit.*, III, V: 210. Alvarado, P., *op. cit.* <<

[30] Vallejo, J. M., *op. cit.*, I: 139. <<

[31] *Ibid.*, I: 182-191. <<

[32] *Ibid.*, II: 697, 702, 718, 729, 829, 840-841, 855. <<

[33] «Carta de Diego Godoy», en Schmidt-Riese, R., 2003, 101. El cronista A. de Herrera habla del capitán Diego Godoy y no de Luis Marín, sin duda por conocer la carta del anterior y no el relato de Díaz del Castillo. *Vid.*, Herrera, A. de, *op. cit.*, III, V: 205. <<

[34] Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 766-786. <<

[35] *Ibid.*, 811-816. <<



[36] Para escribir estas páginas he seguido a Cortés, H., *op. cit.*, 187 y ss. Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, 761-766, 826-900, 927-935. Miralles, J., *op. cit.*, 364 y ss. Martínez, J. L., *op. cit.*, 417 y ss. Restall, M., 2004, 207 y ss. <<

[37] Gil González Dávila era contino en la casa real y uno de los favoritos del obispo Fonseca, que lo nombró contador en La Española en 1509, de donde pasó con Pedrarias Dávila al Darién en 1514. Al año siguiente regresó a la Península, pero en 1521 el obispo Fonseca le nombró general del mar del Sur y exploró la costa del Pacífico centroamericano hasta 1523, cuando inició la conquista de Nicaragua. Pero tuvo que retirarse. De regreso a Panamá, para evitar problemas con el gobernador Pedrarias Dávila huyó a Santo Domingo, desde donde organizó una hueste para intentar la conquista de Honduras donde, poco más tarde, topó con la expedición de Cristóbal de Olid. Posteriormente alcanzó Nueva España y desde allí fue enviado a España, donde murió en 1526. <<

[38] Citado en Martínez, J. L., *op. cit.*, 135, n. 26. <<

[39] Una prueba es que sus archienemigos, Gonzalo de Salazar y Pedro Almídez Chirinos, no fueron castigados por sus delitos. Salazar fue, de hecho, nombrado de nuevo factor en 1538 y regidor perpetuo de Ciudad de México en 1545. Sin duda, su apoyo al virrey Antonio de Mendoza fue clave. Chirinos, un antiguo criado del secretario regio, Francisco de los Cobos, actuó a las órdenes de Nuño Beltrán de Guzmán, presidente de la Primera Audiencia de Nueva España, a partir de 1530. Merced a sus contactos, obtuvo varias encomiendas, pero acabó por regresar a la Península en 1544 y murió en Valladolid cinco años más tarde. Thomas, H., 2001, 348, 414-415. <<

[1] Thomas, H., 2001, 75-76. Martínez, J. L., 1992, 722-726, 763-766. <<

[2] Elliott, J. H., 2006, 281-286. <<

[3] Bosworth, B., 2000, 23-49. <<

# VENCER O MORIR

Antonio Espino López

UNA HISTORIA  
MILITAR DE  
LA CONQUISTA  
DE MÉXICO

